

COLECCIÓN SÓCRATES

AGUSTÍN VENTURINO

**SOCIOLOGÍA PRIMITIVA
CHILEINDIANA**

LA CONQUISTA DE AMÉRICA
Y LA GUERRA SECULAR AUSTRAL

TOMO II



EDITORIAL CERVANTES
AVENIDA DE ALFONSO XIII, 382
BARCELONA



AGUSTIN VENTURINO

SOCIOLOGÍA PRIMITIVA CHILEINDIANA

II TOMO

**La conquista de América
y la
guerra secular austral**

**EDITORIAL CERVANTES
AVENIDA ALFONSO XIII, NÚMERO 382
BARCELONA, AÑO MCMXXVIII**

OBRAS DE AGUSTÍN VENTURINO

SOCIOLOGÍA PRIMITIVA CHILEINDIANA. Editorial Cervantes, Barcelona, 1927. — I Tomo (Prehistoria). — II Tomo (Protohistoria).

LOIS Y SU OBRA. 1914. — Santiago.

ENSAYO SOCIOLÓGICO SOBRE LOIS. 1917.

INFLUENCIA INTELECTUAL, MORAL Y ECONÓMICA DE LOS INGLESES, FRANCESES E ITALIANOS EN CHILE. 1918.

GRANDES FAMILIAS CHILENAS DESCENDIENTES DE INGLESES, FRANCESES E ITALIANOS: LA HERENCIA BIOPSICOLÓGICA. 1918.

LA INFLUENCIA DE LA INSTRUCCIÓN MILITAR ALEMANA EN PARANGÓN CON LA FRANCESA. 1919.

MI PRISIÓN EN LIMA. Ensayo sociológico sobre el Perú. 1922.

EL RADICAL, quincenario sociológico. Santiago de Chile. 1912. Treinta y tres números, 800 páginas.

LA EDUCACIÓN, órgano de la Escuela y Biblioteca Lois, Iquique, 1914.

EN PREPARACIÓN:

SOCIOLOGÍA CHILENA.

SOCIOLOGÍA GENERAL AMERICANA.

Imprenta «Gráfica Moderna», de Lorenzo Cortina, calle de Mallorca, 206.—Barcelona

La sociedad prehistórica chileindiana al operarse el descubrimiento del continente

En la primera parte de *Sociología Primitiva Chileindiana*, se trató de bosquejar el aspecto propiamente prehistórico de la sociedad tribal austral y por circunstancia trascendental concomitante con el descubrimiento del continente por un pueblo histórico de Europa. Se puede decir en justicia que hubo descubrimiento porque el conjunto de seres que se puso en contacto con las sociedades prehistóricas que no tenían la escritura, lejos de ser aún protohistóricos, eran en realidad históricos desde el instante que poseían la maravilla incomparable de la escritura.

La aparición súbita de la escritura, de la civilización, podrá correlacionar, pero no predisponer, el desenvolvimiento de una sociedad prehistórica que, no obstante, se torna protohistórica, es decir, que la oscuridad y vaguedad de aquélla se hace menos compleja, más comprensible, gracias al nuevo documento que reporta la crónica.

Por otra parte, si en contacto con la sociedad tribal el pueblo histórico trata, como en el caso de los chileindianos, de describirlos, se puede observar que se produce una situación nueva, provocada por el civilizado provisto de la escritura que llega. La sociedad tribal deja de ser prehistórica, es decir, entregada a sí misma, al aluvión de mezclada y confusa oscuridad, y pasa a ser protohistórica, esto es, a enfocarse al juicio de trasuntadores históricos, y aunque éstos sean superiores tienen que preadaptarse y empezar a referir lo que han estado viendo y que, debido a su antecedente escrito, es protohistoria.

Esta segunda parte protohistórica de la sociedad primitiva, procuraremos estudiarla sociológicamente, aunque, para mayor claridad, convendría precisar más algunos aspectos expuestos en la primera.

Por el bosquejo sociológico de la formación, desarrollo y desenvolvimiento, se induce la forma anormal en que se constituyó. A simple vista se repara en la falta de interdependencia social, en la abundancia tectónica y, finalmente, en el medio físico hostil en que tuvo que emerger. La falta de interdependencia social está asentada en la protohistoria que afirma que un siglo y medio antes de la llegada del protohistorialista la sociedad prehistórica incásica trató de ponerse en relación con la chileindiana, siendo rechazada. Aquí hay un antecedente serio que, claro está, no inhibió las relaciones clánicas; pero estas relaciones clánicas, como es natural, no pudieron constituir interdependencia social. Las relaciones clánicas se limitarían a intercambios materiales, pero de ahí a provocar infiltraciones, cruces y transformaciones como lo hace a menudo la interdependencia, dista una complejísima trayectoria social. La abundancia tectónica también está documentada protohistóricamente y se induce, después de todo, por el medio físico, la lejanía y el aislamiento en que estaba, que aún hoy ha cambiado muy poco y que fué hostil al desenvolvimiento tribal.

Pero por encima de todos esos antecedentes inferidos, se induce con mayor fundamento y acopio de profundas relaciones sociológicas el papel primordial de la energía, del esfuerzo que en la brega amarga exigieron la disciplina y la organización sociales, dejando en segundo término el medio y la raza, es decir, sus componentes antropológicos, y, en tercero, las concomitancias exteriores.

Aunque parezca extraño y después de meditarlo bastante, no abandonamos nuestro punto de vista por no tener otros más claros indicios y porque el estudio protohistórico que empezamos es toda una inmensa acumulación de energía, callada, silenciosa, inmutable en la falta hierática de la escritura. ¡Qué fenómeno sociológico más grande y

conmovedor! Esa fuerza moral inmensa seguía creciendo y no la alentaba la escritura, la misma maga inefable por la cual el prehistorialista sabía que no estaba sólo en el mundo y podía comunicarse con la madre, la esposa y los hijos y hacer celebrar por el rey, por la nación, las hazañas transmitidas, cobrando psicológicamente, como es natural, mayor tono su vibrátil personalidad.

Los componentes antropológicos de la sociedad tribal chileindiana, con relación a sus congéneres del resto del continente, revelan, y es posible que sigan revelando, una excepcional simplicidad. Por la posición geográfica, en relación con las otras, acaso sean los menos mezclados, y si existió la mezcla antropológica, como es natural en toda horda o clan, la sociedad tribal se mantuvo relativamente pura. Pensamos así, porque no de otro modo un superorganismo primitivo pudo llegar a la uniformidad psicológica que transparenta el disciplinamiento colectivo prehistórico y que asume proporciones inesperadas en la protohistoria.

En la horda y en el clan, tan simples de por sí, se concibe que cualquier agregado humano puede ser recibido hasta con deleite si se ve una equitativa colaboración y si se encuentra natural que seres vacilantes y desamparados se apoyen unos a otros.

Pero en la tribu, y, sobre todo, con la agravante de la chileindiana, que tuvo que disciplinarse prematuramente para sobreponerse y preadaptarse al medio físico, los mismos riesgos, penurias y desazones, harían cundir luego los egoísmos y las limitaciones que excluirían de plano cualquier intromisión desfavorable.

La tribu, al ir perfilándose, forzosamente ha tenido que homogeneizar a la horda y al clan, aunque es fácil advertir que primitividades simples deben de haber tenido muy pocas complicaciones, sobre todo en la mesología austral, tan angustiada que no dejaría tiempo para dilucidamientos de ningún género.

Pero estas hipótesis no han de satisfacer seguramente al antropólogo tradicionalista que en todo ve la braqui-

dencia dos hechos lógicos y profundos. La originalidad de la constitución, puesto que así no más no se llega a la avanzada forma política primitiva, y la efectiva asimilación, que deja muy atrás toda influencia y relación y empieza a erigirse en propia colaboradora.

Es raro que se trate de entroncar a los clanes bárbaros de Polinesia antes que a la sociedad tribal incásica, que finalmente, por la simultaneidad, pudo relacionar e influenciar a la chileindiana. Si la incásica tuvo poca o escasa predisposición en el desarrollo de la sociedad tribal, menos pudieron tenerla los clanes bárbaros oceánicos. La incásica no la tuvo y en este aserto está el protohistorialista al informarnos del rechazo que sufrió siglo y medio antes de su llegada.

La Confederación azteca y el Imperio incásico se habían constituido dos siglos y medio y dos siglos, respectivamente, antes de que llegara el conquistador. Si ello fué así, ¿por qué no pensar también que la sociedad tribal chileindiana, si no se constituyó casi al mismo tiempo, tardaría por lo menos uno, dos o tres siglos más, dada la forma anormal de desenvolverse?

Tres, cuatro o cinco siglos, en una sociedad primitiva, son quizá menos tiempo que cincuenta años de una civilizada, puesto que en el aborigen todo es lento, lentísimo, y revela acaso una especie anterior a la tortuga.

De haber habido una influencia manifiesta, ya que no polinésica, cualquiera que hubiesen sido los substratos sociales de las tribus, habría dejado rastros; el protohistorialista no nos ha aportado ninguna luz.

Aunque en la horda y en el clan haya habido relación antropológica, ésta, sociológicamente, pierde su valor ante la constitución de la sociedad tribal, que surge como la suprema creación primitiva, asimiladora y transformadora de todo lo que pudo absorber. Por ejemplo, ¿qué valor sociológico podría tener un clánico polinésico ante un chileindiano si él mismo, al cambiar de medio y soportar uno tan hostil, ya no era el mismo, y quiérase o no tuvo que sufrir la preadaptación del singularísimo y hosco medio físico austral?

En Europa, y en la misma América, acaso por pereza mental, quizá por profundo lastre antropocentrista, con respecto a las sociedades primitivas, antes que a su formación, desenvolvimiento y evolución, importan el origen o lo que se llama orígenes, relacionándolo necesariamente con las migraciones, como si el hombre proviniese del padre Adán y hubiese fatalmente que tener un antepasado. Se ha empleado tanto ingenio, voluntad y paciencia en todo eso, que de haberse aplicado a las evoluciones sociales, no estaríamos como estamos, casi en la penumbra.

Casi no hay libro que pretenda ser de Prehistoria, de Protohistoria y aun de Historia que no empiece con el consabido tema del origen único y, por tanto, de las consiguientes migraciones.

Se ha abultado tanto estas afirmaciones gratuitas que uno se queda realmente sorprendido. Los mayas, los toltecas, los aztecas, los pipiles, los quichés, los incas y los chileindianos, quiérase o no, tienen que haber sido fruto de la emigración. Lo profundamente extraño es que se hable de emigraciones remotísimas, sin percatarse que lo remoto hace colegir dos hechos lógicos. Si no se sucedieron cuatro o cinco siglos antes del descubrimiento de América, mientras se constituía la Confederación azteca, el Imperio incásico y la sociedad tribal austral, y aun más se necesitaban, quiere decir que fueron esporádicos, se dejaron de la mano y hasta fracasaron. Antes de Jesucristo se conocía el hierro por las razas que se supone emigradoras y, sin embargo, 1,500 años después de nuestra era cristiana empezaron a florecer poderosas nacionalidades primitivas, sin hierro y sin que gravitara la problemática influencia extranjera. Si en realidad las susodichas emigraciones se sucedieron, muy remotamente, cuando los aborígenes continentales constituían células primitivísimas, bien poca cosa deben haber realizado por que el salvajismo sin aptitudes ni predisposiciones de asimilación y transformación, debió de haber sacado escaso provecho de tan súbitos y fortuitos contactos.

La ingenuidad es tal que se invocan supuestas corrien-

tes marinas que trajeron como inmutables maniqués a polinesios y asiáticos, sin reparar que al intentar relacionar tan débil influencia de la raza, resulta que el medio físico y las corrientes oceánicas desempeñan el papel principal. Además, aunque así haya sido, urge pensar en lo peregrino de las suposiciones. Núcleos de pescadores, gente por supuesto salvaje o semibárbara, dada su primitivísima ocupación, no pudieron haber influido, admitiendo las consabidas corrientes, porque muy remotamente deben haber alcanzado la sociedad tribal, en hordas, clanes o quizá en tribus como los de los mayas, que acaso se encontraban mejor preparados para condicionarlos a ellos mismos.

Si se ha observado que a una conquista, que es algo más seguro y de más inmediata utilidad, sobre todo las interoceánicas, jamás se movieron los reyes, gobernantes superiores, jefes, dignatarios, intelectuales, profesionales, personificadores de la cultura, ¿de cuándo acá se da visos de verdad, no a emigraciones propiamente dichas, sino más bien a irrupciones bárbaras, que bien poca cosa habrían aportado?

Si se confirmara el aserto protohistórico de que remotamente vinieron no se sabe de dónde, ni importa al caso, los reyes, gobernantes, familia imperial, casta sacerdotal o guerrera de determinada nación primitiva, entonces no habría que dudar, puesto que ya se habría operado una preadaptación en forma; pero esto es imposible en los primitivos.

Cuando se han movido es para conquistar y sus conquistas han resultado materiales, permaneciendo el fondo antropológico casi intacto debido a las propias y voluntarias restricciones míticas.

En las mismas sociedades prehistóricas continentales anteriores al descubrimiento de América, como asimismo en las orientales, existían inhibiciones respecto al matrimonio, y es bastante difícil poder explicarse cómo pudieron operarse transformaciones hórdicas o clánicas si en el sexo y en la sangre había un obstáculo insalvable.

Lo mismo que se ha objetado de las emigraciones mun-

diales con respecto a los aborígenes precolombinos, podría objetarse acerca de los incásicos con los chileindianos.

Nuestros intelectuales modernos, obsesionados y auto-sugestionados con la política, en la brillante forma imperial incásica, sin quererlo, imaginarlo ni pensarlo, por puro tradicionalismo, encontraron un sortilegio difícil de deshacer, y de ahí a la erección de un dogma mediaba poco trecho.

Resultó lo que debía resultar: ¿cómo podría haber dejado de sufrir la influencia de una poderosa entidad política el chileindiano?

He ahí la fuerza inconcebible del prejuicio.

Según los protohistoriadores, entre ellos el inca Garcilaso y Fernando Montesinos, los incas, siglo y medio antes de que se operase el descubrimiento de América, trataron de conquistar al chileindiano con un gran ejército de 30,000 guerreros al mando del propio hijo del emperador indígena.

La conquista fracasó porque el chileindiano resistió en forma soberanamente gallarda y formidable.

Aquí hay algunos antecedentes protohistóricos que es necesario puntualizar.

Si el Imperio incásico, que apenas llevaba un siglo de existencia, trató de conquistar al chileindiano, claro está que fué porque nunca había estado bajo su sujeción, y de no haber sido así no habría habido para qué llevarle la guerra. La empresa no puede considerarse como expedicionaria ni indagadora, porque al mando del inca hijo arremetieron una enormidad de guerreros, no sin comprometer la vitalidad de la nación y todavía cuando ésta, por su estado incipiente, requería los mayores fortalecimientos morales.

Dichos guerreros conocían ya la metalurgia y habían logrado considerables artificios en el gobierno, en la creación de una casta guerrera y sacerdotal, en el culto mítico y en el desarrollo de la cerámica y de la alfarería; y, sin embargo, siglo y medio o casi dos siglos después, al sorprender el protohistoriador a la sociedad tribal austral no encontró nada de eso. He aquí un punto de partida para la confrontación e indagación.

Muy por el contrario, los chileindianos fueron sorpren-

didos sin metales y apenas con el *ulmén*, jefe de parcialidades, con el *renis*, sacerdote, y ni siquiera tenían los artificios de casta y mucho menos guerreros ni míticos, siendo así que el medio físico se prestaba para exacerbar el sentimentalismo. Apenas una alfarería, cerámica, hilandería y labranza, a base de piedra, madera y barro, bien poco desarrolladas por cierto.

Obsérvese que hacemos ver diferencias profundas por encima de las cuales mediaron casi dos siglos del contacto imprevisto y brusco. Después del choque, ya doblemente secular, el protohistorialista anotó hechos que no asignan ninguna transformación, como si nada hubiera pasado.

Parece que hasta del contacto guerrero incásico se habían olvidado los chileindianos y no conservaban la más lejana noción de lo que era una guerra o resistencia o ataque violento. Se piensa así porque no de otra forma se explicaría la entrada del descubridor y gobernador de Chile, Pedro de Valdivia. Este, al contrario que Cortés en Méjico y que Pizarro en el Perú, no se atrae a nadie, no forma núcleo, no procura alianza, a pesar de haber sufrido varios encuentros más al norte que debían haberlo hecho meditar, y apenas si lleva indios de otras tierras a su servicio.

Acaso el experimentado y eminente capitán, uno de los más insignes que fueron a la conquista de América, imaginaria, y eso que hacía ya tres años que estaba en los alrededores del área chileindiana, que los aborígenes sufrirían impávidos la sujeción. La brabuconería y arrogancia de los guerreros incásicos, al parecer, no sirvieron ni para influenciar al chileindiano, puesto que éste siguió tan tranquilo y sosegado como antes, tranquilidad y sosiego que resultó un engañoso espejismo para el conquistador y todo su ejército. Ni en la conquista de Méjico, ni en la del Perú se vió el hecho espantoso, y al mismo tiempo espantosamente inexplicable, de que el descubridor, gobernador y capitán pereciese con todo su ejército en la primera batalla formal.

Tenemos que recordar que el aborígen es antropológicamente guerrero, y se considera natural que el chileindiano, guerrero contra la naturaleza, hubiese aprendido algo de

los incásicos, sobre todo a guerrear contra los hombres. Pero, nada. El extraño mutismo, propio del indígena de tierra fría, extravió al conquistador. Además, el chileindiano, al revés del inca, no atacó de frente ni inició el combate, sino que, estratégicamente, hizo ir tras de sí al conquistador y lo estrelló contra la montaña, sin ninguna arma metálica.

La sociedad tribal chileindiana únicamente pudo recibir condicionalmente de la incásica; pero ésta no la comprendió, creyendo que bastaba un núcleo de guerreros para domarla.

Esta profunda incomprensión del inca, tan experimentado en la conquista de pueblos, puesto que había realizado las mayores del continente, es un serio indicio psicológico. No supo lo que era la sociedad tribal austral.

Dicha ignorancia en él, tan avieso y ducho, fortifica la ninguna interdependencia social del aborígen austral, porque si no hubiera sido así habría estado sobre aviso y habría manobrado en forma inversa, más segura y tácitamente. De tener interdependencia demás se habrían observado sus fundamentos e inclinaciones sociales, y quizá hasta comprendido su íntima y profunda potencialidad moral. El inca, tan habilidoso, habría buscado recursos distintos a los que puso en práctica para conquistar a la sociedad austral.

Después del inca no hubo otra sociedad tribal que pudiese o intentase condicionar al chileindiano, y la prueba tácita de ello está en que el incásico había sometido a todas las hordas, clanes y tribus meridionales y septentrionales.

Como se deduce, el inca, en su asomo de conquista, no ejerció ni pudo ejercer ninguna influencia antropológica apreciable en el desenvolvimiento de la sociedad tribal chileindiana. De ser así habría que averiguar si el ejército, como sería natural, antes que de los propios incásicos estaba formado por gentes de tribus conquistadas que poco tenían que arriesgar, tales como los uros, los aimaraes y los nazcas, de los que eran herederos sanguíneos directos, y de los calchaquies, diaguitas, changos, michimalongos, promaucaes, etc.

Dando esto por cierto ni siquiera podría atribuirse al incásico un posible aporte antropológico, por más que una conquista primitiva jamás hubiese alcanzado a remover el substrato tribal.

En el paralogsimo y autosugestión políticohistórico, los modernos, hasta las efectivas y rezagadas primitividades del chileindiano, como su industria, su comercio, su arte y su labranza, se la achacan al incásico, que quizá antes de constituir el Imperio, debido a la interdependencia social y al medio físico más favorable, las había abandonado del todo.

Es una desviación muy grande, sobre todo en un primitivo conquistador como el inca, que trataba de asimilar las tribus y refundirlas en su armazón políticomoral, el suponérsele que hubiera podido aportar a los chileindianos instrumentos, usos y modalidades ya exhumadas, clásicas y tiempo ha irremisiblemente transformadas. Es hasta hacerle una injuria estúpida.

Si él era de la Edad del Bronce, como se dice, ¿qué tiempo tuvo, qué intercambio logró, cuando la guerra se prestaba tan poco, para iniciar o ahondar al aborígen austral en la Edad de Piedra, como gratuitamente se propala también no a los cuatro vientos, que eso sería mucho, sino a través de las cuatro páginas de los manuales?

Al inca, abrumado por las labores de la guerra, sobrecojido por las contingencias de la acción, ni le pasó por la mente la idea de intercambiar, comerciar, enseñar ni aportar utillaje nuevo al primitivo austral. La guerra es la guerra, y al cruzar la región meridional del continente no pudo llevar más que armas y soldados. Los obreros, los maestros, los descubridores, como es lógico, no iban con ellos, porque a la sazón no se requerían.

Por lo demás, todo lo que se achaca al incásico, la forma del cultivo con azada, la siembra del maíz, los útiles de piedra, el hacha, el martillo, la moledora, la cerámica y alfarería, los trastos de cocina y de domesticidad, si fueron de ellos en el clan o en la horda, no por eso fueron exclusividad suya, supuesta la interdependencia social y el aluvión

de tribus que emergieron para constituir en seguida el Imperio y evolucionar hacia la metalurgia.

Si el protohistoriador encontró a la sociedad tribal chileindiana con industria, comercio y arte, éste no puede referirse a la brillante civilización tropical. En tal caso se habrían encontrado con mayor razón elementos metálicos y procedimientos más complejos, y se sabe que los australes no tuvieron ni lo uno ni lo otro.

Hay tanta desproporción entre la industria, el comercio y el arte de los incásicos y de los chileindianos, que el sociólogo no puede achacarlos más que a falta de interdependencia social, porque, de lo contrario, se habría reparado en posibles conexiones y simultaneidades.

Por la carencia de metales, el chileindiano quedó rezagado en la herramienta de piedra, muy a su pesar por cierto. Si el medio físico y la interdependencia social no se lo aportaron ni se lo dieron como a las otras tribus que utilizaron la plata y el cobre y consiguieron procedimientos broncíneos, es natural que tuviese que resignarse.

Al llegar el protohistoriador, sorprende a la sociedad chileindiana con utillaje de piedra engarzado en madera. Su arado, sus hachas, su azada, su *gualato*, etc., eran así. Su piedra de moler, su mortero y otros utensilios, eran de piedra. En la cerámica, en la alfarería y en la pesca, si no se mantuvo al nivel del utillaje pétreo, al menos los adelantos fueron insignificantes.

Ante estos hechos contundentes y efectivos, cabe pensar y hacerse la pregunta: ¿cómo fué posible que recibiendo influencias exteriores, y aun la supuesta incásica, se le sorprendiese con industria sino paleolítica al menos borrosamente eneolítica?

El incásico poseía ya el bronce, que había logrado con una aleación maravillosa, y sabía fabricar la plata y el cobre.

De haber estado sometido el chileindiano a alguna influencia, no obstante el choque operado siglo y medio antes de que llegara el protohistoriador, en algo siquiera se hubiera encontrado rastro de esos metales, pues no cabe

cefalia y la dolicocefalia, partiendo del prejuicio teológico de la unidad del género humano.

En cuanto al chileindiano, los tradicionalistas proclaman la mezcla y ramificación polinésica, por ejemplo, sin más ni más, adelantando coincidencias filológicas o sociales, sin base alguna en la prehistoria, en la tradición, en la leyenda, ni en la mítica. El chileindiano no tiene ningún indicio de ramificación polinésica en su psicología mítica que sirva de fundamento cierto y efectivo.

Dentro de las mayores posibilidades, al relacionar los monolitos de la isla de Pascua, frente a Valparaíso, los clanes de Tierra del Fuego y los inmensos archipiélagos, estrechos, canales e islas que podrían presuponer a un espíritu bastante aventurado la idea de restos de un continente sumergido, topamos con la dificultad insalvable de los glaciares de ultra Patagonia, que en los tiempos remotos, como ahora, deben haber hecho imposible la vida social.

Si los glaciares son muy modernos, no tanto que no se remonten cuando menos a mil años, y el continente en que floreció el chileindiano estuvo soldado o se comunicaba por medio de archipiélagos con Oceanía u otra región ahora desconocida, los clanes bárbaros de Polinesia y de Tierra del Fuego, al menos éstos en relación con el chileindiano, no dejan de ser una formidable interrogación. ¿Por qué se rastrea tanto la influencia polinésica entre los chileindianos y no se repara en la que, claro está, a su vez, tuvieron que tener forzosamente en los fueguinos que aparecían como la avanzada obligada? Si no influyeron en éstos, ya que todavía los vemos oscilando entre la horda y el clan, menos podrían haberlo hecho entre los chileindianos.

Además, antes de que fueran descubiertos los polinesios a fines del siglo XVIII o principios del XIX, al atenernos a los relatos de los civilizados y tratar de compararlos, no resultaban ni sombra de los chileindianos, que hacía dos o dos siglos y medio que ya habían constituido una sociedad tribal protohistórica. ¿Cómo era posible que hubieran influido? El hacha simbólica de mando y el nombre *toqui*, jefe

de guerra, similar entre los chileindianos y los polinesios, de que se ha abusado tanto, no pasa quizá de ser una simple coincidencia. En cuanto al hacha no cabe duda alguna, porque la tienen casi todos los prehistóricos y es posible que el chileindiano la tuviese por una circunstancia excepcional. Se opera la guerra y falta de armas metálicas y acaso creyendo endeble el arco, la honda y la flecha, por fuerza de la necesidad empezaría a instituir el hacha de piedra, lo más duro que tenía, lo único fuerte y con lo cual había derrumbado la selva espantable, como insignia de mando; y si había derrumbado árboles fortísimos, a manera de cuerpos corpulentos, ¿por qué el jefe no podría derrumbar con la misma hacha el cuerpo del colega no ya tan corpulento como el suyo, grande y anchuroso de por sí? Acerca de la palabra *toqui*, jefe de guerra, si no fué un eufemismo de los mismos que recogieron las voces, al menos cabe esta duda: antes de que llegara el prehistorialista primero y el protohistorialista después, el chileindiano, que no había tenido nunca guerras, llamaba *ulmén* al jefe de parcialidad y apenas si, al llegar el conquistador, en un instante súbito en que no cabe ni sospechar la menor influencia, porque hasta se vió el continente fragmentado, se dió con la famosa palabra tan traída y llevada.

Aparte de encontrarse en casi todas las lenguas las mismas coincidencias, había que observar que ni con veinte de éstas se podía intentar, sin caer en vanas paradojas, explicar el desenvolvimiento de una sociedad tribal.

Por lo demás, había que reparar, en esto de la influencia barajada por los entrometidos o por los antropólogos tradleonalistas, en un poderoso hecho protohistórico.

Al llegar el protohistorialista, el Imperio incásico, que fué el único que pudo influir de manera cierta y en el orden social en la constitución de la sociedad tribal chileindiana, hacía alrededor de dos siglos que se había constituido. Esta fecha no debe parecer muy escasa, ya que los aztecas, apenas dos siglos y medio antes de dicho acontecimiento, alcanzaron a constituir la famosa confederación.

Si la constitución de esos Estados fué tan reciente, evi-

dudar de que él los hubiese conservado y quizá tenido como sortilegios con vistas a la pesca y la caza, que tanto requerían los instrumentos metálicos.

En todas las regiones a donde llegó el incásico se advierte la huella de la herramienta metálica. Los calchaquíes y los diaguitas de las estribaciones de la cordillera nordeste argentina la usaron, como asimismo los changos, que quedaron casi a un costado de la cordillera, en las riberas del Pacífico.

Tanto en los calchaquíes y los diaguitas como en los changos, aun saliendo del clan, el perfilamiento tribal no fué tan profundo como en los chileindianos. Los primeros constituían guerrillas domésticas y los segundos se entregaban al errabundaje.

Es raro que el inca casi no arraigase en la parte septentrional de la América Meridional, y que en su asimilación en grande, con implantaciones metálicas, apenas llegase, en realidad, por el sur del continente, hasta las regiones que, pared por medio de la Cordillera de los Andes, habitaban, de un lado del pampeano, los calchaquíes y diaguitas, y del costero, los changos. Si descendemos más al sur, será nebuloso cuanto se diga, quizá por la misma débil influencia.

En esa rareza solamente ahora alcanzamos a advertir dos grandes relaciones físicas. Una es el clima demasiado frío y que acaso empezaba a sentirse ya en las regiones septentrionales subtropicales calchaquí, diaguita y changa. El incásico tropical, todavía no de moral muy fuerte para oponerse a los rigores del invierno, tampoco pudo soportar sin duda alguna los rigores del desierto de Atacama, y para ir hacia los changos bordeaba la cordillera, penetraba en la quebrada de Humahuaca, se internaba en las montañas calchaquíes y volvía seguidamente a las costas en donde estaban los changos.

Se daba ese trabajo porque había dos relaciones físicas estupendas, y no abandonó la ruta calchaquí-diaguítachanga por las minas que encontró y que los indígenas explotaban. Esta misma inducción nos hace pensar que si

hubiera sabido que el chileindiano atesoraba metales, el inca, tan inclinado a ellos, habría vuelto contra él de nuevo más preparado que nunca.

En efecto, en la actual provincia argentina de La Rioja, en la que fué región diaguita, se explotaba el riquísimo mineral llamado famatinita, nombre que ya presupone su luminosa fauna, y en la de Catamarca, que lo fué de los calchaquíes, los minerales de Andalgalá, cuyos rastros todavía ve el viajero observador con ojo agrandado. Casi enfrente o en las inmediaciones de Andalgalá, que, más que el Famatinita, penetraba ya y ocupaba uno de los primeros cordones de la gruesa cordillera, se encontraba un boquete enorme, algo así como un paso natural. Por aquí, el incásico se internaba y bajaba a la parte septentrional norteñamarítima de Chile y topaba con los imponderables minerales de Copayapú, *Copa de oro*, Copiapó, actual capital de la provincia chilena de Atacama.

Doscientos años antes de que llegara el conquistador de América ya habían ahondado los incas en su alma el misterio de la ruta minera que pesaría tanto, acaso como un fantástico espejismo, en el alma de la raza. Un siglo después de la independencia americana, los descendientes incásicos, por la guerra, trataron de volver a las andadas. ¡Ah! ¡La nostalgia, la visión escalofriante, alojada quién sabe en qué circunvolución de la melancólica raza!

La mina, sí, era la mina lo que a pesar de su sol fuerte y radiante, de su atmósfera cálida y tibia, había hecho volver los ojos al inca, acaso con pavor, hacia otro sol no tan esplendente como el suyo y hacia otra atmósfera, inmensamente helada, fría y nebulosa.

Entre los aztecas, pasaba casi lo mismo. El azteca se extendía por regiones mineras, como Zacatecas y Guanajuato, por el norte, y como Oajaca y Tapachula, por el sur, y pasaba a tierras extrañas, a Guatemala, por ejemplo, en donde había minas.

¡Ah! ¡La sed del metal hasta en el aborigen! ¡Y qué injustos hemos sido con el conquistador!

Por encima de las mundanas murmuraciones, basándo-

nos en los hechos prácticos que hablan más fuerte por boca de las minas que las crónicas, sociológicamente se podría inducir, en cuanto al inca, que si no hubiese sido por *Copayapú*, *Andalgalá* y *Famatina*, la trilogía excelsa de la copa de oro, de la gala y de la fama, es posible que no hubiese habido Imperio, que no hubiesen flameado las insignias incásicas al sur del Cuzco o al sur de Tiahuanaco. Muy otra habría sido la mira hacia el norte o el costado este, regiones paraguayas o brasileras.

El maravilloso, el inusitado, el inverosímil uso que hizo el inca de los metales en sus templos suntuosos y en sus palacios, más suntuosos todavía, son una tremenda inducción, y el drama inmenso de Atahualpa con Pizarro, al llenarle el cuarto de oro, nos aporta ahora una luz muy viva. Si ofreció y pudo llenar toda la enorme sala y todavía con jactancia infinita se hizo exceder en la demanda, parece natural pensar que también el emperador indiano estaba poseído de la diabólica sed del oro, no ignoraba su hechizo y comprendía el terrible poder que escondía, porque de lo contrario no se habría representado la más honda tragedia psicológica. Tanto o más que el conquistador sabía lo que era el metal, pues el pobre indio, así como el siervo de la gleba, tenían que entregarlo, sin esperar ni las gracias, a los engreídos magnates, que todavía eran, lo que es peor, más aviesamente jactanciosos con lo que no le demandaba ningún trabajo: el tributo de sangre del infeliz y doloroso pueblo. La escena de aquel jefe conquistador que con los ojos vendados fué introducido en uno de los templos y al que de súbito se le arrancó la venda para advertir la sorpresa que le producirían las áureas maravillas, es todo un inmenso capítulo de la práctica psicología de la casta incásica.

Los desgraciados michimalongos, promaucaes y chile-indianos, al revés de los calchaquíes, diaguitas y changos, no tuvieron *Andalgalás*, *Famatinas*, ni *Copayapús*, y con esto claro está que tuvieron que verse entregados a su suerte perra.

Parece extraño, pero va acercándose a la verdad, el

hecho de que hasta las civilizaciones primitivas han sido movidas por la sed del oro. Los incas, por ejemplo, erigieron templos, palacios, toda una inconmensurable cadena de podería lujosa y refinada.

El oro aparece como un lujo y un alarde de las civilizaciones primitivas, casi mediocres, y en las que llegan a una mayor superioridad se acentúa más esta inclinación.

Quizá por encima del hombre mismo, por muy primitivo y grosero que sea, el oro, con su belleza sutil y amodorrante, no ha dejado de ser un factor civilizador. Unido a la plata, el cobre, el estaño y el bronce, y en ocasiones alternándose uno y otros, según las circunstancias, es innegable que los metales, tanto en la guerra como en la construcción, han influido extraordinariamente en el desenvolvimiento de las civilizaciones primitivas.

Sin ellos no habría habido joyas ni adornos, que es en lo que se muestra el lujo y el refinamiento y por ende el cusismamiento humano. Ellos han aportado el mecanismo de las armas fuertes, con las cuales se han dilatado y mantenido las conquistas, cuando no, como en el caso de los calchaquíes, diaguitas y changos, ha sido el motivo recóndito de las acciones expansivas. Y si no fuera así, ¿qué habrían significado aquellas enormes moles de *pucarás*, fortalezas de piedra, que, cual nuevas Gorgonas, y quizá más satánicas, se enroscaron, en la dominación incásica, a los reductos de los minerales famosos? Después del *Famatina*, saliendo de la región diaguita, ya no se encuentra más *pucarás* en la región sur cordillerana argentina, y hay que seguir más al sur, atravesar la cordillera por Mendoza, bajar a los valles de Chile y ascender hasta los cerros de Angostura, provincia de O'Higgins, para encontrar apenas los indicios de otro. Como el de Angostura no tuvo a sus plantas ni a su alrededor ningún *Copayapú*, *Famatina* o *Andalgalá*, no hubo necesidad de darle proporciones gigantesca, por lo que hoy apenas se observan sus rastros. Es evidente que para vigilar los ríos de la región, que arrastraban pepitas de oro en sus límpidas aguas, e impedir que fueran profanados por los extraños, los esbirros incaicos

tuvieron bastante con un simple fortín. Pero los pucarás, que parecen levantados para rivalizar con la eternidad y que subsisten hoy más fuertes que nunca, son un testimonio elocuente de la infinita sed de oro, el ansia de metal, que se apoderó del inca.

Ya en posesión del anhelado metal el incaico debió ser tan poderoso como cualquiera de nuestros modernos emperadores, y aquellos primitivos, una vez sometidos a la insaciable codicia del oro, no tuvieron otro dilema que absorber o ser absorbidos. Y absorbieron tanto y de tal modo que el pobre chileindiano, refugiado en un rincón del mundo, perdido, confundido y aplastado bajo el peso de su laberinto de montañas, no pudo, en el supremo egoísmo de gozar las cosas terrenas, ni recibir el más leve soplo de la bienhechora civilización. Vivió bajo un cielo gris y recibiendo el frígido hálito de una naturaleza incluyente. Y así también tuvo que vivir el mismo protohistórico, aun después de medio siglo de preadaptación, y el propio González de Nájera, con otros, estimó que el nombre del país, Chile, quería expresar glacial, y se derivaba del frío extremado que azotaba y mordía a los habitantes de la comarca.

Desde el punto de vista sociológico cabe considerar que los incas debilitaron y perturbaron el desenvolvimiento nacional al someter a la casta gubernamental e imperial a gentes de las tribus y clanes septentrionales: changos, diaguitas y calchaquíes, y de las meridionales: michimalongos y promaucaes, fronterizos a los chileindianos. Y como los incas mantuvieron una organización egoísta, no permitiendo que nadie, fuera de su casta, se beneficiara de los productos metálicos y de las conquistas guerreras, fortificaron el Imperio al disolver las tribus o someterlas a su poderío como víctimas propiciatorias, matando en germen la iniciativa individual e imposibilitando que se estableciera el natural intercambio e independencia de relaciones.

A pesar de su excéntrica situación geográfica, de su lejanía, de su pésimo clima y sus cultivos de otro orden, la sociedad tribal chileindiana se vio avasallada por el incásico, ya que éste lo tenía todo monopolizado y simétrica-

mente fiscalizado. De no haber sucedido así es posible que el chileindiano hubiese franqueado la frontera norte, como al parecer franqueó la cordillera, a juzgar por las relaciones que después, con la guerra, se acentuaron con los aborígenas de la pampa argentina. Es cierto, también, que los michimalongos y promaucaes, clanes casi bárbaros, perdidos en un largo, angosto y pedregoso territorio que se estira exaltado por el frío atroz como una serpiente que en vano quisiera entrar en calor, no eran muy aptos para el peregrinaje comercial. Si los aztecas recorrieron desde *Tenochtitlán* hasta *Cuscatlán*, actual República de El Salvador, una proporción casi parecida a la que mediaría entre las regiones chileindiana y calchaquí, los chileindianos, de no mediar la absorción incásica, es posible que algo hubieran avanzado en el ambulamiento comercial, con lo cual habrían alcanzado por sí mismos la interdependencia social, tan necesaria al desenvolvimiento tribal, que nadie les pudo llevar.

Entregados a su suerte ignara y en medio de clanes que, como el calchaquí, michimalongo y promaucaes, llevaban el nombre del jefe principal, lo que presupone en parte su débil perfilamiento, no es de extrañar que el chileindiano casi se mecanizara en la lucha sobreponedora contra la naturaleza.

**En la época protohistórica
los chileindianos se mecanizaban en la lucha
contra el medio físico**

Al llegar el hombre protohistórico, los chileindianos, abandonados, semiasfixiados en su región, se estaban mecanizando sin duda alguna en su lucha contra la naturaleza, y hasta no sería extraño que esta mecanización hubiese comenzado mucho antes a surtir su efecto, por cuanto en las sociedades primitivas, por lo mismo que son conjuntas, las reacciones resultan muy lentas, harto despaciosas.

Hay que pensar que el indígena no tenía, como el civilizado moderno, el instinto del tiempo y la conciencia de la hora. El hecho de que el aborígen austral, como por ejemplo el azteca y el inca, no conociese la Era, la sucesión de los años, nos induce a imaginar que, al revés que el hombre moderno, consumiera su existencia en la misma forma con que solía consumir el producto de sus talas selváticas.

El hombre protohistórico, a juzgar por las observaciones que nos ha transmitido, encontró a la sociedad tribal austral en condiciones muy complejas y con una organización llena de lagunas inexplicables. Junto a los progresos más notorios, como en el arte de la navegación, de la pesca y aun en la lengua, advirtió el atraso en otros aspectos. La industria, por ejemplo, mostraba formas muy acentuadas de avance. La perfección de los tejidos, de la tintorería, del bordado, de la cerámica y la alfarería contrastaban con el utillaje, que era de piedra y toscamente labrado. La piedra abundaba; pero no por esto dejó de sorprender menos hallar allí tales artefactos. Si la región hubiese sido llana, de no ser tan montañosa, el hombre protohistórico

no hubiese mostrado su asombro ante aquellos útiles pétreos de los chileindianos, y hasta es posible que, como aconteció en el Paraguay, no hubiese reparado en la pobreza de recursos que entrañaban.

Pero en el área montañosa, montuosidad que recalca casi con empujamiento González de Nájera, la cosa tenía que ser bien distinta. Causada atrozmente la inteligencia con tanta montaña, que aparecían como una pesadilla, es natural que comprendiesen desfavorablemente los pobres útiles de piedra chileindianos. Así, psicológicamente; se induce en el protohistorialista una prevención, la misma que, un poco más lírica, heredó el historiador moderno, y en el mismo Barros Arana, uno de los primeros, la prevención llega a convertirse casi en una obcecación, sin reparar que desde Medina hasta Guevara este diapasón se entona sobremanera.

Había útiles de piedra y casi toda la industria madre estaba basada en la piedra; pero no era para ofuscarse tanto. La misma azada, las mismas hachas, los mismos morteros, las mismas piedras de moler los usaban casi todos los aborígenes precolombianos, y aun los incas y los aztecas, y no es una incongruencia declarar que, al menos en cuanto a los morteros y a las molidoras, todavía siguen siendo de piedra en los pueblos de nuestro continente, y aunque es raro encontrar hachas y azadas, no deja de haberlas, sin embargo, sobre todo en las precarias poblaciones de los confines de las montañas.

Los mismos protohistorialistas, a despecho de los metales y de la consiguiente irritabilidad, azuzada en su errabundaje continental, debieron sentirse atrozmente contrariados en lo más íntimo ante tanta espantosa y terrible monotonía. Acaso ellos mismos experimentaron en carne viva la tortura que hizo brotar de sus labios la queja insólita. Para calentarse en las noches heladas, requerirían talar el bosque, y hasta en esto se toparía con la siniestra hacha de piedra. El hierro magnético debía ser tan raro que el chileindiano no ha dejado rastro de él.

En esto de los prejuicios contra el chileindiano, hay que

tener presente que mediaba la guerra, que predispone siempre en contra del enemigo, y aún los sociólogos más experimentados no pueden substraerse a veces a los paralogramos.

Si es cierto que entre los aztecas y los incas hubo bastantes azadas, hachas y armas metálicas, hay que pensar que en ningún caso fueron de la colectividad, puesto que costaba tanto trabajo fabricarlas. El mismo bronce, que los incas obtuvieron después de ensayar infinitas aleaciones, era un artículo demasiado costoso, y no todos tendrían azadas y hachas de bronce. Las poseerían, naturalmente, las gentes de las castas superiores y algún que otro favorecido; pero la gleba manumitida, y en especial la más alejada de las ciudades, quizá no las vieron nunca.

La sociedad tribal austral, por su acentuadísima evolución psicológica, transparentada en las industrias textiles y cerámicas, en el comercio, el arte, la mítica, la justicia, la educación, la cultura, las organizaciones sociales y la lengua, ya estudiadas en la primera parte, aporta elementos generatrices que hacen pensar que su desenvolvimiento no fué normal y que no está en relación con la industria de la Edad de Piedra.

Es posible que ni en la Edad de Bronce alcanzasen muchas sociedades primitivas, como la chileindiana, los perfeccionamientos de la lengua, de las clases sociales, de la cultura, de la educación, de la justicia, de la teogonía y del arte. En tal caso, la industria de la Edad de Piedra, como se ha proclamado, no consagraría ya la fase bárbara o salvaje. Pasaría, sociológicamente, a representar, en vez de un atraso social, una falta de equivalencia social; pero, a pesar de ella, se evolucionó, aunque confusamente. En este caso, contrariamente a lo que se ha creído, la industria de la piedra chileindiana evidenciaría que lo que se cree atraso, es más bien obstáculo, algo así como una resistencia estúpida.

Sin esa monótona industria pétreo, a la vista de las acentuadas evoluciones sociológicas, no habríamos tenido un fundamento serio de inducción acerca del desenvolvimiento primitivo austral.

Los etnógrafos, los etnólogos, los antropólogos y los arqueólogos tradicionalistas, es decir, casi todos los americanos y europeos, salvo contadas excepciones, fáciles por otra parte de advertir, al tratar de generalizar en sus estudios lo han hecho teniendo preconcebidas nociones vagas respecto a emigración, influencia e intercambio, de que ya hemos hablado en el capítulo anterior.

Veamos ahora, a la vista de la sociedad tribal chileindiana, cuan infundadas y vacuas resultan tales conjeturas.

Los estudios de los etnógrafos, etnólogos, antropólogos y arqueólogos se han basado en los útiles de las Edades de Piedra y Bronce, por lo general, y, por más que los utensilios lleguen a mayor edad, no han podido hablar, como es de suponer, para formular reparos que habrían resultado deliciosos.

Respecto a los chileindianos, se ha presentado la Edad de Piedra como signo de la evolución social; y esta evolución, dadas sus generalizaciones, se produjo por emigración e intercambio. Bien. Es una forma ingeniosa de salir del paso.

La confusión ante los hechos es grandísima y se advierte tanta obscuridad, contradicción y simpleza que uno se queda aterrado.

El chileindiano, por ejemplo, según los tradicionalistas, no pasó de la Edad de Piedra, y solamente pudo llegar a ella por intercambio y emigración. Sea. Es posible que este intercambio y esta emigración se verificaran, como se asegura, por el polinesio primero y por el inca más tarde. Sea por otra vez.

Pero surgen reparos serios que introducen la confusión y la contradicción más completas.

Si el polinesio emigró y, por consiguiente, intercambió los útiles de la Edad de Piedra, ¿cómo se explicaría la falta de equivalencia observada, ya que la formación de la sociedad tribal se basa en la conquista psicológica, progreso a que no llegaron los polinesios? Se dirá que fué algo circunstancial; pero las circunstancias no eluden la certeza de que el indígena llegó a constituir la sociedad tribal por-

que en la horda y en el clan, en donde pudo sufrir semejante emigración e intercambio, mostró sobresalientes aptitudes de desenvolvimiento, y, en tal caso, aunque hubiera habido semejante emigración e intercambio, de bien poco le habría servido, sobre todo tratándose de industria tan simple. Si el hórdico chileindiano necesitaba calentarse en las noches heladas, ¿por qué no se le pudo ocurrir que a golpes podría desgajar el árbol? De aquí a la invención del hacha apenas si hay un paso. Hay que observar lo que hacen los insectos, que, acaso por ser insectos, a nadie se le ha ocurrido relacionarlos con la emigración y el intercambio, para inducir toda una luz formidable. Hay también que parar mientes en que los vientos enfurecidos arrancan árboles desde la raíz.

En cuanto al inca, empezando por el más poderoso historiador chileno y acabando en los manuales escolares, se supone que aportó también su contribución. Lo raro es que haya sido siempre el chileindiano el que, como una esponja, estuviera siempre chupando; y se imagina que no en balde vivió junto al mar, en donde se dan con tanta abundancia.

Se sabe que el inca, aproximadamente siglo y medio antes de que llegara el protohistorialista, fué rechazado, al ir en son de guerra, por el chileindiano. El atacante era de la Edad de Bronce y se le atribuye al respecto una invención única. Entre tanto, el atacado, con su humilde azada y hacha de piedra enmangada en madera, era tirado de la vida como él hacía tirar al *chillihueque* y al perro.

El ataque sería acaso esporádico: pero eso no importa, y lo interesante es que, después de todo, surge el protohistorialista, lo sorprende en la Edad de Piedra, y, siguiéndolo, los modernos prejuizan la influencia incásica.

No hay antecedente que lo abone y el que pudo aportarlo ni siquiera paró mientes en ello. Pero esto hace poco al caso.

El inca era de la Edad de Bronce, se repite como queriendo demostrar que por gozar de mayor desarrollo social le hizo al chileindiano la dádiva de darle un empujoncito y situarlo en la Edad de Piedra, tal como hacen algunos

políticos que, saliendo del anonimato, encumbran a cualquier anónimo. Ya nos referimos a la autosugestión política, y ahora sería oportuno decir que más que religiosos han sido bastante politiqueros nuestros jóvenes y atolondrados pueblos hispanoamericanos.

Pero hay que pensar que pese a las autosugestiones y las escolásticas politiqueras, las hordas, los clanes y las tribus no se forman y evolucionan por simple política. Se puede tolerar que el gobierno-providencia haga todo lo que le plazca con la *élite* y el pueblo; pero de ahí a atribuir a la misma ideología el desenvolvimiento primitivo, es caer en grotescas puerilidades.

Porque logró tener un gobierno-providencia, fácilmente se supone que el inca pudo darle la cerámica, la alfarería, la hilandería, la técnica del cultivo, la teogonía, el arte, la poesía, la música, la oratoria, la terapéutica, la navegación, etcétera, al chileindiano, ya que el infeliz no logró tener un gobierno providencial.

Que resistieran el análisis sociológico todos esos fárragos de proposiciones, bastante más abultados que los de muchos protohistorialistas, no tendría nada de particular, puesto que en los pueblos nuevos es muy fácil ser personalidad. Lo raro es extrañarse de los protohistorialistas, que no tenían ningún punto de apoyo y a los que arrastraban los odios y violencias de la guerra.

Realmente, se le ha hecho al inca de la Edad de Bronce un flaco servicio al no haberle capaz de sacar de la Edad de la Piedra al primitivo austral, y en vez de presentarle como un factor de evolución se ha logrado con ello presentarle como un egoísta vulgar, fuleto y trapisondista. ¡Pobre Indio, tan generoso, atribuyéndole cosas que no guardan relación con la realidad, a él, que aportó el metal y que sacó de la Edad de Piedra a calchaquies, diaguitas y changos!

El inca, tan delante del chileindiano y supuesta su fracasada tentativa de conquista, no tuvo tiempo ni pudo tampoco aportar nada concreto capaz de producir una transformación súbita en la sociedad tribal chileindiana. No es presumible que siendo guerreros llevaran útiles de piedra

y diesen instrucciones para que los imitasen y reprodujesen, constituyendo una industria en forma. No es presumible, además, que unos guerreros que devastaban los campos tuviesen la mente clara y despejada y el ánimo tranquilo y sociable para enseñar el difícilísimo arte de la labranza y del cultivo, verbigracia en el área territorial austral, que requería tan profunda preadaptación.

Posiblemente por medio de los michimalongos y pro-maucaes, y éstos por medio de los calchaquíes, diaguitas y changos, si a la larga los incas hubieran logrado prolongar su imperio, tal vez habrían alcanzado a tener una irradiación austral. Pero dos siglos y medio de constitución, como lo prueba el mismo ataque a los chileindianos, no bastaron.

Es indudable que en la horda y en el clan, en donde pueden ser más sensibles las emigraciones e intercambios por razón de la ley suprema de la necesidad, pudieron registrarse semejantes influencias, difíciles de precisar.

Jamás sabremos si el chileindiano, por intercambio o asimilación refleja, llegó a desarrollar la industria de la piedra. En cualquiera de estas dos fases, el superorganismo social tuvo que ser bastante simple: la horda y el clan. El tradicionalista no tiene en qué basarse y entra en el terreno de las suposiciones gratuitas al prejuzgar el intercambio.

Primitivamente, el colito y el hierro magnético tal vez fuesen el punto de partida para construir sus armas. Un colito o el hierro magnético de filamento acentuado, pudo sugerirle la idea del arma y del hacha, aparte de las hachas naturales llamadas del diluvio. Las hordas y los clanes, por más retardadas que sean, siempre poseen una aptitud psicológica para innovar, para elaborar.

Con el intercambio se trata de relacionar influencias y transformaciones, como si las sociedades primitivas fueran máquinas a las que se pudiera añadir o quitar piezas. El tradicionalista se obceca tanto que le basta invocar el intercambio y las influencias para que las transformaciones se operen por sí solas. Este modo de pensar excluye las simultaneidades, y, claro está, no puede lanzarse al espacio

libre porque las alas están todavía recargadas de escolásticos monogenistas y antropocentristas, tan contrarios a toda investigación amplia, y desvirtuadores y unilaterales, por otra parte, de cualquier apreciable esfuerzo.

Respecto al intercambio y a las influencias sobre el chileindiano, llegamos a una situación embarazosa. Si los hubo al principio, ¿por qué no siguió produciéndose desde el instante en que el protohistorialista, industrial, aunque no socialmente, lo sorprendió barajando por completo útiles de piedra? El intercambio es una fase evolucionada de toda organización social y desde que surge como medio de llenar y de provocar necesidades que aporten nuevos recursos complicados de existencia, no puede producirse en forma tan primaria y elemental. Parece raro que con el chileindiano, que se hallaba en una situación geográfica desventajosísima, se produjera tal intercambio y menos todavía para llevarle útiles de piedra. Demos por cierto que los indios de Guatemala, al regresar sin cargas efectivas, las simulan con piedras de peso; pero creemos que el hecho, aunque extraño, no llegara a producirse entre los aborígenes australes. Se concibe que con un desenvolvimiento algo avanzado se intercambien no útiles de piedras, sino de bronce, y se introduzcan métodos e ideas nuevas; pero suponer que el inca de la Edad de Bronce intercambiase útiles propios de la de Piedra, es caer en banalidades.

Por lo demás, si el intercambio se produjo, habría que averiguar si el clan o la tribu eran aptos para recibir en forma la influencia. Ya se ha visto lo que pasó con los incas. Eran los poderosos de la tierra y constituían la civilización propagada hasta los márgenes del Bío-Bío. Sin embargo, teniendo a las puertas y pudiendo haberse aprovechado de ella, la rechazaron en el ataque alevé. Es que lo que los incas y sus adláteres creían que era bueno, el chileindiano no lo estimaba así. Complicación psicológica, y nada más.

Los tradicionalismos que se basan en intercambios y sus corolarios de influencias y transformaciones, pueden explicarse estudiando las civilizaciones asiáticoáfricoeuropeas, que positivamente vivieron del intercambio, que

tan vigorosamente contribuyó al desenvolvimiento institucional. Pero de allí a substraerse a la realidad, sin haber hecho los prolijos estudios que exige el conocimiento de las sociedades que ocupan nuestra atención, hay tal distancia que no podemos aceptar explicaciones extrañas.

Los protohistorialistas, y esto se induce por sus descripciones, encontraron casi paralizadas sociológicamente a las civilizaciones primitivas continentales. El azteca mantenía la guerra y no conquistaba de plano a las otras tribus, pudiendo hacerlo, porque los sacrificios religiosos, para tener víctimas, lo requerían así. Es decir, la actividad social, en vez de encaminarse a la transformación, la restringían y la perturbaban con prejuicios insólitos. El inca mantenía el Imperio con procedimientos despóticos y exclusivo beneficio de las castas dominantes, que, al parecer, enseñaban una elevada moralidad... para que los demás fuesen bondadosos con los sátrapas y expoliadores. ¡Cabe burla más atroz! Al revés que el azteca, el inca no mantenía la guerra y procuraba liquidarla pronto, aunque con propósitos de la más intensa dominación. ¿Cómo conciliar la sed insensata de dominio, basada en el odio y a costa de derramamiento de sangre, con los principios de su rígida moralidad? ¿No sería acaso un subterfugio parecido a los de los leguleyos modernos, a fin de que el inca, al ser más bueno, obediente, frugal, trabajador y honesto... resultase mejor presa para el déspota guerrero? Los déspotas indígenas, que llevaron la guerra de conquista a medio continente, se opusieron a la hispánica, cosa natural, por cuanto hasta el perverso trata siempre de justificar sus actos. Los guaraníes abandonaban sus casas y poblados al morir alguien, y esta idea, que no abandonaron aún con la llegada de los incas, capaces de transformar todas las creencias, resulta extraña en un pueblo tan adelantado en la Botánica y en lo referente a higiene sexual. El chileindiano continuaba casi mecanizado en la lucha contra el medio hostil.

Estos fenómenos sociales son síntoma de un retraso que agravaba la desproporción entre la inmensidad del territorio y la escasez de población. En las civilizaciones asiático-

atlaloceuropeas se han registrado retrasos más acentuados; pero la proporcionalidad entre el territorio y la población originaban intercambios que removieron hasta las más ínfimas capas sociales.

En el continente precolombino el intercambio se redujo a los aztecas e incaicos, y aun dentro de una reducida esfera de acción. Los demás, carecieron de importancia. Los aztecas, impulsados por sus concepciones teogónicas y míticas, guerrearon permanentemente, y los incas no se quedaron a la zaga movidos por su afán conquistador, y esto nos lleva muy lejos en nuestras inducciones intercambistas. Los incas anulaban todo intercambio al imponer su peculiar modo de ser luego de la conquista. Los aztecas tampoco lo favorecieron mucho con sus guerras religiosas, sin olvidar por ello el botín y las sementeras tlascaltecas. El verdadero intercambio sólo lo ejerció una minoría, y hasta se ha comprobado que los mercaderes que recorrían el país y pasaban por Guatemala y Cuscatlán para descender hasta Nicaragua, eran espías generalmente.

En estas condiciones lógico es pensar que el intercambio apenas se había iniciado al llegar el hombre protohistórico, si bien se hubiera podido desarrollar sin su presencia en el transcurso de uno o dos siglos. Tan cierto es ello, que al sobrevenir la conquista de América no se concertaron para la defensa las propias tribus aborígenes, y las más, como las de Tenotitlán y Cajamarca, sólo lucharon entre sí movidas por odios feroces que estimulaban al blanco.

Los mismos estudios antropológicos americanos revelan cuán simples fueron las mezclas de razas, y en las civilizaciones primitivas se advierte la falta del intercambio que uniforma por los progresos disparejos, ya que junto a una cerámica evolucionada se encuentra una astronomía incipiente y junto a un comercio desarrollado la falta de toda política comercial. El intercambio uniforma la variedad y se ha observado muy pocas diferencias en la cultura de los aztecas, mayas, quichés, pipiles y chorotegas de Nicaragua, lo que demuestra que más que intercambio hubo una infil-

tracción pasiva o vasallaje nacido del interés o la comodidad, cuando no debido a la sorpresa.

Si en el continente precolombino se advierte este hecho, lo sucedido con la sociedad tribal chileindiana tuvo que ser peor. Nada podía esperar por el sur ni por el mar, y por el lado de la Cordillera poco les aportarían los bárbaros clanes de los pampeanos argentinos. Sólo le quedaba un acceso por el norte, ultra el Bío-Bío, donde moraban los promaucaes y los michimalongos y se abría el camino para ir hacia los incas, y de marchar hacia Mendoza tenían que tropezar con los huarpes y calingastas argentinos. Estos indígenas poseían útiles de piedra; pero ignoramos si, como los chileindianos, llegaron al pulimento y perforamiento. Se observa que los guaraníes no llegaron al hacha perforada como los primitivos australes.

Para fijar el grado de intercambio e influencia habría que establecer una comparación entre diferentes industrias; pero falta material al respecto. Esto será obra del porvenir sin duda alguna.

Aunque así no fuera, respecto a la industria de la piedra podría adelantarse quizá que los chileindianos, aparte la posible simultaneidad en la invención de muchos de sus útiles, como la *ruca* y la embarcación, tanto en la horda como en el clan, suponiendo que pasaran por estas etapas ínfimas, bien pudieron asimilar ideas artísticas que, adaptadas a sus necesidades, dieron origen a su Edad de Piedra.

Siendo antropológicamente guerreros las hordas y los clanes, y aun las tribus, no es de presumir que a trueque de ningún intercambio cedieran a otros sus invenciones pétreas, sus armas, pues a tanto equivalía restar sus medios de defensa. Eran patrimonio del grupo y debieron ser tenidas como algo reservado y secreto.

Con el correr del tiempo, bien por accidentes fortuitos o por descuidos, por delaciones o venganzas o espionajes, iríanse conociendo las invenciones guerreras del vecino o del de más allá.

Pero los datos recogidos o la vista del mismo modelo no suponían más que la idea. Faltaba la preadaptación, y

para los primitivos, tratándose de útiles de piedra, esto equivalía tanto como la invención. En esta prima la necesidad y en la reproducción el esfuerzo psicológico.

Cuando el civilizado ve un hacha, una moledora, un mortero, un arma de piedra cualquiera, punta de piedra o boleadora, encuentra fácil su construcción y concibe el intercambio de la misma manera que los niños para sus juguetes. Pero entre los primitivos era muy al contrario, y para convencerse de ello basta ver el apego que nuestros sencillos pueblos hispanoamericanos sienten por la piedra de moler.

Es posible que la horda y aun el mismo clan conociesen la piedra de moler y el mortero de piedra, dado que se los encuentra en las civilizaciones primitivas avanzadas; pero tal vez los nómadas no pudiesen utilizarlos por la dificultad de acarrear grandes pesos. Y supuesto el egoísmo antropológico de los primitivos, es posible que antes que por intercambio e influencias directas, al menos en cuanto al chileindiano, muchos de sus útiles de piedra y su cultivo del maíz, por ejemplo, fuesen la consecuencia de la adopción, transmitada y tamizada. Por ejemplo, sin que los michimalongos y promaucaes le dijeran nada y sin que él tratara de orientarse, observaría y se daría cuenta de lo que era el maíz y lo que se podía esperar de él. Sin la intervención del poseedor, y quizá a escondidas de él, pudo adueñarse de algunas semillas e iniciar en su parcela, que quedaba lejos y que era muy helada y muy húmeda, un fruto que parecía regalía de los trópicos. La preadaptación del terreno, la elección del mismo y el aprestarse contra los riesgos de las heladas y de la humedad, esfuerzos tenaces y continuados, tuvieron que ser obra genuinamente chileindiana, de la misma forma que la naturaleza botánica al adaptar una planta de clima caliente o subtropical, serias diversificaciones, acaso subespecies, haría nacer el maíz. Esta planta tan rubia como el oro del sol tropical, que hace florecer multitud de espigas, es raro que se hubiese aclimatado entre los chileindianos, teniendo a los vientos del sur, *través*, y de la cordillera, *puelche*, tan en contra. Este proceso

dará una fecunda idea de la asimilación y adopción que casi constituyen una invención, y quizá en los primitivos, pues en ellos empieza todo, no deja de serlo. En el civilizado, que con los libros puede suplir la experiencia, la cosa es muy diferente.

En los estupendos hechos que acontecieron desde que el protohistorialista se puso en contacto con la sociedad austral, encontrarán advertencias profundas los que manejan tanto la influencia. Tenemos el caso de las gallinas, introducidas desde el primer momento, de las que el chileindiano no hacía el menor caso; no paraba mientes ni en los huevos, no obstante ver el uso que de ellos hacía el conquistador. Cuenta González de Nájera que los aborígenes criaban las gallinas tan sólo para arrancarles las plumas y adornarse con ellas. Los conquistadores les arrebataban las aves siempre que podían.

Algo profundamente humano y de intensa psicología primitiva lo ofrece el hecho de que lo que era tan apetitoso y selecto para el hispánico careciera de atractivo para el chileindiano, que ni siquiera a la vista de las olorosas viandas sentíase tentado de probar el nuevo y succulento bocado, a pesar de los sacrificios que le costaba a veces poder comer y de la escasez de animales.

Como el civilizado moderno cree que para comer basta con presentar los manjares aderezados por el arte culinario, imagina que el indígena comía cuanto hallaba al alcance de su mano. Errores como este han motivado falacias como la relativa al maíz. Si este cereal se cosechó en toda la inmensa área precolombina, lo mismo que otros productos de la flora y la fauna, cabe pensar que el chileindiano empezó a cultivarlo de manera muy distinta a como lo hacían los incaicos y demás conglomerados norteños. Para éstos, el maíz era el principal alimento, mientras que para el chileindiano no constituía la base de su alimentación por cuanto lo destinaba principalmente a extraer de él su más apetecida bebida.

Seguramente, el chileindiano no hubiera hecho el menor caso del maíz de no haber sido por su cualidad fermentes-

cible, no obstante ver que las sementeras de los michimalongos y promaucaes, imitando a los incaicos, ofrecían el imponderable aspecto de las amarillentas mazorcas que salían a flor de tierra, al revés de lo que sucedía con su papa, negra y fea, que se soterraba en el suelo.

El pobre indio austral tuvo que cavilar mucho antes de obtener su *chicha*, la bebida nacional, de ese grano tan bonito que adornaba graciosamente su tierra sombría. El placer de la *chicha* le hizo borracho y el ansia de perpetuar sus borracheras le hizo trabajar la tierra con inusitado ardor.

Algo parecido a los fenómenos de asimilación y transformación que se operaron en el chileindiano ante las gallinas y el maíz, sucedió al conocer la viña y la uva. El fruto de la vid y el vino, que tanto gustaban a los españoles, no hicieron el menor efecto en el indígena, ya que 50 años después de iniciada la conquista dejó secar las vides al arrojar del territorio al conquistador.

Estos hechos, que podrían ampliarse, dan mucha luz en lo referente a las pretendidas influencias, intercambios y relaciones. Y lo mismo que con la gallina, el maíz y la uva, pudo acontecer con las industrias de la piedra. ¡Cómo no extrañarnos de que el chileindiano, tan bebedor, rechazase el vino! Y si andando el tiempo el chileindiano ha acabado haciendo constante uso de la gallina, del maíz y de la vid, se debe al cambio que se ha operado en las circunstancias, y en ello han tenido mucha parte los cierzos y heladas que han diezmando las cosechas y han provocado la escasez y con ella el hambre.

En lo que respecta a las creencias ya veremos más adelante que en vez de imitar el sacrificio religioso azteca o el sacrificio zoomorforreligioso incaico, creó una forma nueva y espantable de sacrificio, tanto más sorprendente cuanto el chileindiano jamás había sacrificado vidas humanas.

Psicológicamente, hemos de convenir que cada tribu y aun cada clan, tiene sus gustos, preferencias e inclinaciones que se van formando tras gradaciones milenarias, y creer lo contrario sería negar el ritmo y la evolución de la vida.

No es de presumir que una tribu sufra impertérritamente determinada influencia. Se oponen a ello la vanidad de lo propio y la resistencia a aceptar el repudiado fetichismo del enemigo, aparte de la cuestión de gustos y las más vitales necesidades. El mismo sesgo antropológico de las guerras primitivas nos obliga a ser cautos en lo que respecta a las relaciones tribales.

Los intercambios e influencias sociales son nociones muy modernas y por basarse en necesidades lógicas, provocadas y estimuladas por nuestra misma civilización, no han faltado etnólogos tradicionalistas que han supuesto lo mismo entre los primitivos. Y nada menos cierto por cuanto el primitivo tenía pocas necesidades y desconocía esa emulación o rivalidad social creadora de las actuales superficialidades y frivolidades modernas.

Por lo demás, el primitivo, socialmente fué desarrollándose poco a poco, como la célula, y de golpe y porrazo no se le pudieron imponer intercambios e influencias. ¿Qué habría sacado el inca de la Edad de Bronce con influenciar a una horda o un clan? Las diferencias de psicología, de cultura, de ambiente y de medio físico se le presentarían como un abismo difícil de salvar. Es de suponer que hallara más fácil conquistar, que no es lo mismo que influenciar o intercambiar, si bien aun con la conquista no se puede de buenas a primeras hacer de un cazador o un pescador un agricultor.

La mente del primitivo, rala como la tierra en barbecho, exigía un gran esfuerzo para discurrir una idea o comprender la de otro. Sólo así se explica que el eolítico y el paleolítico hayan sido períodos realmente milenarios durante los cuales sólo empleó el hombre de las cavernas algún que otro útil grosero y burdo.

Por lo general, es más fácil comprender lo que se ve prácticamente que lo que se propone para influenciar o intercambiar, porque en esto hay algo simbólico y enojoso desde el primer momento, y, además, los clanes que sostenían una lucha durísima por su existencia no iban a convertirse en maestros, máxime cuando, desconocedores de

los enjuagues burocráticos, carecían de instituciones de enseñanza.

Para el primitivo fué más útil la aplicación y la ejecución que la influencia y el intercambio, porque en aquellas han de poner en juego sus facultades y aptitudes, sin contar que para el indígena la aplicación y la ejecución fueren tanto como la propia invención. Es un vicio muy moderno, propio de la arrogancia antropocéntrica, unilaterarizar los esfuerzos cerebrales, prejuizando que solamente vale la invención y no la aplicación y la ejecución, y que fuera de aquella todo se debe a la influencia y al intercambio.

Una idea primitiva extraña deja de ser tal cuando la asimila cualquiera, puesto que forzosamente tiene que transformarse en las naturales aplicaciones y ejecuciones. No pensar así prejuiza que los seres son maquinales imprevistas, que así como reciben dan, sin ninguna aptitud de raciocinio ni facultad de desenvolvimiento psicológico.

De la sociedad tribal chileindiana, ya dijimos en la primera parte, al tratar de su formación y constitución, que no había tenido interdependencia social ni había conocido el metal, salvo las pepitas de oro que abundaban en los ríos y que se habían desarrollado en los vaivenes aciagos de la abundancia tectónica, de terremotos, maremotos, ciclones, erupciones, cierzos, ventoleras, etc.

En tal caso, claro está, adelantamos el discurrimiento personal y simultáneo de la industria, del arte, de la teogonía, del comercio, de la justicia, de la educación, de la cultura y de las clases sociales. Para ello nos basamos en su aislada y lejanísima situación geográfica, en su clima frío y glacial y en sus ocupaciones marítimas, invocando la tribu incásica, que, por excepción, la aventajaba; pero era de actividades terrícolas, de clima cálido, por no decir subtropical, y se encontraba, con respecto del chileindiano, aislada y lejanísima.

En el caso hipotético, por lo demás, de que el inca le hubiese aportado una que otra invención, y ya vimos que no hay en qué basarse, podríamos reforzar lo dicho presu-

poniendo la preadaptación, que no dejaría de esconder impulsos originales y fecundos de discurrimiento.

Pero tenemos un hecho trascendental que nos induce a pensar que la sociedad tribal chileindiana, simultáneamente, floreció con las otras, y su desarrollo también resultó simultáneo. Si no hubiera habido simultaneidad, el protohistorialista no la hubiese sorprendido mecanizándose en la lucha contra la naturaleza hostil. Ya había triunfado en ella, es cierto, como había triunfado en menor escala de la piedra para fabricar el hacha, el mortero, la moledora y el arma; del maíz para hacer sus bebidas y de la selva para hacer la casa, la embarcación y lograr la pesca y la calefacción. Su triunfo contra la mesología tremenda está muy por encima de su industria paleolítica o neolítica y confunde los aventurados intercambios e influencias hasta dejarlos en planos inferiores.

La misma pretendida mecanización de la sociedad tribal chileindiana, presupone lo simultáneo de su desenvolvimiento social, porque, de lo contrario, el intercambio, la relación, la influencia, la interdependencia, en fin, habría terminado colaborando con el indígena austral para que éste prosiguiese su obra sobreponedora.

Pero no. El chileindiano, abandonado y solo, ya había dado todo lo que humanamente podía dar, y como la civilización superior primitiva no la podía obtener sin entrar en contacto con otras fuerzas sociales mediante el intercambio y la influencia, y esto no sucedió, era natural que se paralizase. Si ya había andado todo lo que podía andar y le faltaban elementos psicológicos para seguir haciéndolo, es natural que algo anormal se produjera.

Era la mecanización terrible y nefasta, consecuencia del abandono del mundo, tan vasto, tan grande, y que, sin embargo, no tuvo nada para el chileindiano.

Semejante mecanización confirma la simultaneidad del desenvolvimiento de la sociedad tribal, ya que a la inversa por nada de este mundo habría llegado a la misma.

La civilización superior hispanoeuropea pre-dispuso la evolución profunda de los primitivos continentales.

Cuando menos se esperaba, no obstante la leyenda, irrumpe en el continente precolombino la civilización superior hispanoeuropea. Leyendas mejicanas y peruanas antiguas, se dice, presintieron la aparición; pero bien pudiera ser que hubiese sido un recurso habilidoso para ganar a los blancos y, en su vanidad y temeridad, conformarlos y tal vez extraviarlos.

Sociológicamente la llegada al continente de la civilización superior hispánica, fué un hecho de lo más grande que no solamente concurrió a predisponer la profunda evolución de las civilizaciones primitivas, sino también la del mundo entero.

En cuanto España descubre el Nuevo Mundo, adquiere el cetro del Universo y da un giro nuevo a la Humanidad; y a esta acción maravillosa no fueron extrañas, como es natural, las sociedades tribales americanas. Ello, como era lógico, operó una evolución profunda, y así como en mecánica de una acción se produce una reacción, la gran civilización superior europea forzosamente tuvo también que evolucionar.

La aparición de España en América fué por demás necesaria, y las organizaciones sociales aborígenes le tenían abonado de antemano el terreno para que ejerciera sus actividades fecundas. Si no hubiese habido civilizaciones primitivas en el continente, muy otro giro hubiera tomado la irrupción. En el caso de haberse topado con un continente despoblado, con una tierra salvaje y deshabitada, como

las regiones glaciares, es probable que no hubiese sido condicionada.

Aun en las mismas operaciones militares, cuando los indígenas no les sirven a los españoles de guías, les secundan y les ayudan a abrirse paso. Llegan a Tenotitlán, Méjico, bordeando la estupenda cumbre del Maltrata, escoltados por fieles amigos, y desde Cuzco, Perú, entrando por la quebrada de Humahuaca, ganando los valles calchaquíes o introduciéndose por los boquetes de la cordillera, se apresuran a poner pie en las tierras fértiles de Chile, en donde el desierto empezaba a ser menos hosco, acompañados de indios amigos.

Pero los más condicionados por el gran acontecimiento fueron los superorganismos primitivos precolombinos. En ellos, y esto lo decimos después de cuatro siglos y a la vista de los hechos y de los adelantos de la ciencia, la consecuencia fué grande, como si en el presentimiento del mal interior el nuevo condicionamiento hubiera venido a darles nueva vida, a remozarles de nuevo.

En el continente, a pesar de la superioridad de algunas civilizaciones primitivas, éstas no habían podido desenvolverse como deberían haberlo hecho, y, sin duda, aspiraban en vano a hacerlo. Al revés de las áfricoasiáticoeuropeas, las sociedades tribales carecían de interdependencia social y apenas si algunas estaban ligadas o condicionadas por la vecindad y los intereses económicos y sociales.

Retrotrayendo las miras al postdescubrimiento de América, se manifiesta más profundo todavía semejante fenómeno de aislamiento, causa principal del retardo, paralización o decadencia prematura de las civilizaciones aborígenes precolombinas.

Al respecto tenemos hechos de innegable elocuencia. En el antiguo Méjico florecen las civilizaciones mayas, toltecas y zapotecas, y en el antiguo Perú las de los aimaraes y uros. Apenas por su arquitectura maravillosa, por su arqueología más maravillosa aún, tenemos uno que otro rastro, uno que otro indicio que no han permitido concebir una impresión

de conjunto. Ello nos hace entrever anomalías enormes y acaso asfixias y ahogamientos prematuros.

De los mayas, por ejemplo, no se ha hallado la clave de sus jeroglíficos, y, por lo tanto, no sabemos en realidad si éstos son simplemente figurativos o fonéticos, o ambas cosas a la vez, aunque la misma forma jeroglífica ya presupone que no lograron un gran adelanto cultural y que sucumbieron en la desolación amarga de los inútiles esfuerzos. De los uros y de los aimaraes no se sabe si tuvieron jeroglíficos, y es curiosísimo que de sus herederos directos, los incas, tampoco se haya sabido nada todavía.

He ahí un punto de partida para inducciones ciertas e incontestables. Si apenas unos llegaron al vago jeroglífico y los otros no, vale decir que estas civilizaciones primitivas, al revés de Egipto y Babilonia, que alcanzaron la escritura, desaparecieron prematuramente, agobiadas y confundidas, sin haber podido dar todo lo que en mejores condiciones de interdependencia social pudieron haber dado sin grandes esfuerzos.

Es probable que los mayas, los toltecas, los zapotecas, los uros y los aimaraes, más aguda y antiguamente que los aztecas, los incas y los propios chileindianos, no se viesen conectados por fuerzas sociales interdependientes que podrían haberlos ayudado a evolucionar. Cuando más, ellos fueron el resultado de felices circunstancias que hicieron sobreponerse a hordas y clanes bárbaros gastados, paralizados o en decadencia. Pero esta posible sobreposición o concentración les hizo cobrar algunas alas, y nada más. Luego, la falta de población y el territorio desproporcionadísimo, en vez de apadrinar el desenvolvimiento de las tribus, las confundía y las extraviaba, lanzándose algunas al errabundaje, que caracteriza al clan, o al asalto y la guerrilla de presa y rapiña que se manifiesta en la horda.

Es lúgubre el contraste de las civilizaciones primitivas continentales; a menor población, mayor, más enormísimo territorio. En semejante desproporcionalidad, ateniéndonos al aislamiento absoluto en que estuvo el continente, es probable que se alcance a inferir un signo que dé alguna luz

respecto a la trayectoria angustiada de las sociedades tribales.

Relacionando estos hechos y los vagos y confusos resultados de las civilizaciones antequísimas precolombinas con las aun más antequísimas y supuestas emigraciones, quizá se podría encontrar fundamento para intentar alguna explicación aproximada.

La similitud, relaciones o coincidencias que se afirma encontrar, por ejemplo, entre los asiáticos y los mejicanos, ¿no podrían acaso encuadrarse en una conjetura a la vista de la falta de interdependencia y del destino aciago de las civilizaciones mayas, toltecas y zapotecas?

Es posible que hayan existido, en cuanto a los mejicanos antiguos, al menos, dichas relaciones, provenientes no de emigraciones hechas y derechas, sino de correntadas y naufragios, primero, y después de alguna que otra débil embarcación. El abandono, el aislamiento, la falta de interdependencia, antes de asfixiar y ahogar a los supuestos emigrantes, acaso cortó de raíz al nacer las actividades de éstos, sin que por ello hubiesen alcanzado a dejar los rastros que se dice que se vislumbran. Ello es posible y lógico a la vez, puesto, ¿qué interés habría habido en proseguir una aventura o corazonada inciertas, sin las más claras y efectivas consecuencias?

Es que faltaba la interdependencia social. O no se había perfilado o era muy débil todavía. Pero la expectativa no sustraía los hechos luctuosos y siniestros.

Los mayas, los toltecas, los zapotecas, los uros y los aimaraes, ven desaparecer sus civilizaciones en medio de la más lúgubre tristeza, envuelta quizá en las convulsiones de la anormalidad. La cultura, el imperio del cerebro y del corazón, se iban con ellas, y a sus pies se levantaban las organizaciones tribales guerreras aztecas e incásicas. ¿Qué era? ¿Acaso el eterno empezar? ¿Podría estabilizarse la anormalidad social?

En Oriente, Egipto y Babilonia y en el mar Egeo, Creta, pasan los milenios, crean una cultura propia y predisponen la humana. Se informa que la civilización egipcia, 3,000 años

antes de Jesucristo tenía ya la escritura y concibió *El Libro de los Muertos*, fuente indudable de la *Biblia*.

A la inversa, en nuestro continente, si no tan antiguo en ninguna forma tan reciente tampoco, las civilizaciones primitivas precolombinas se ahogan al parecer, se asfixian a sí propias. Irrumpen, florecen, llegan a un grado inferior que las orientales, no alcanzan a predisponer una cultura en grande y se las ve desaparecer presas de la más ignota obscuridad. Se suceden unas a otras, a distancias no muy apreciables o simultáneamente, por lo mismo que empiezan a correlacionarse. No perdura ninguna, como sucede con las de Egipto, Babilonia o Creta, y su mismo escaso desarrollo superior las ha dejado en penumbras. De ello se infieren hechos casi inexplicables.

En el Anáhuac, en donde se perfilan las civilizaciones primitivas de los mayas, toltecas y zapotecas, dos siglos y medio antes de que llegara el hombre protohistórico, se presume que los aztecas formaban un clan que no se sabe de dónde había venido, o, mejor dicho, era acaso un detrito social. Al llegar el protohistoriador los sorprendió en las lagunas del Anáhuac. Vivían todavía en forma casi clánica, lacustre y aun hórdida, preparados contra los ataques y para ejecutar la rapiña y predispuestos al éxodo violento. Cierto que en toda civilización primitiva, en algunas más que otras, siempre quedan resabios antropológicos.

Pero lo que apenas alcanza a explicarse es que un clan se sitúe tranquilamente en las alturas pletóricas de lagunas del Anáhuac y a despecho de las civilizaciones extinguidas o en decadencia intaure modalidades oscuras de guerrillas. O las civilizaciones primitivas fueron tan débiles que no lograron modificar la desviación o constituían plantas parasitarias predisuestas a marchitarse en cualquier empuje fuerte.

Semejantes hechos, que se desvanecen en una vaguedad notoria y en una incertidumbre creciente, nos hacen pensar que la falta de interdependencia social, surgida del aislamiento casi absoluto del continente, de la escasez de población y del desproporcionadísimo territorio, unidas a otras

casualidades circunstanciales, tenían contaminadas de paralización, mecanización y prematuro envejecimiento, con todas las angustias y dolores de lo que pudiéndose hacer no se hace, a las civilizaciones prehistóricas americanas.

El hecho aparece más claro, pero también más rudo, cuando a través del protohistorialista lo observamos en las sociedades tribales aztecas, incásicas y chileindianas.

Se nos ocurre preguntar si el azteca, el inca y el chileindiano, en la hipótesis de que el descubrimiento se hubiese operado dos siglos después, habrían podido continuar manteniendo el primero la confederación a base de la guerra, el segundo su imperio a costa de sojuzgamientos y el tercero su lucha contra el medio físico. La respuesta tendría que ser negativa, ya que las sociedades tribales, demasiado frágiles por su simplicidad, al unilateralizarse se mecanizan y con ello se paralizan, sobreviniendo la decadencia irremediable.

La guerra es un innegable factor social; pero no puede instituirse como función de la sociedad tribal. En sus tristes designios parece natural que el azteca estaba ya contaminado. Si él hubiese hecho la guerra para conquistar, colonizar, crear industria, fortificar el mercado e imponer el intercambio, hubiese logrado evadir la amenaza. Pero el protohistorialista lo sorprende manteniendo y prolongando la guerra solamente para satisfacer acciones negativas, los sacrificios humanos, con los que no se lograba extender la labranza en grande, profundizar la industria, ampliar el mercado y renovar y facilitar el intercambio.

En tales circunstancias parece natural pensar que el azteca se predisponía por sí propio a una regresión social.

El incaico, mixtura de guerrero y de colonizador, fué una víctima de la herencia antropológica y de los clanes bárbaros que lo rodearon. Éstos no podían integrarse más que por la fuerza bruta, y, claro está, primitivos, insuficientemente madurados, no tardan en remover las taras y lacras ancestrales y a la postre paralizarse psicológicamente. Es el caso del despotismo de los incas. Atentos al interés y a la conveniencia inmediata de la casta, impusieron la uniformidad de la lengua, de la mítica y de la política y con

ella la obediencia, la esclavitud y el servilismo. Se imaginaron que los seres humanos podían ser dominados como los numerosos rebaños de llamas que hacían pastorear en medio de cántigas melancólicas. En algo consiguieron su objeto plasmando una sociedad sumisa, dócil, cuasi infantil en la extrema obediencia. En el mundo todas las sociedades, aun las primitivas, siguiendo el principio cosmológico de lucha universal, no pueden vivir sin lucha, por lo que se requiere el empleo de la brutalidad y la violencia. El inca vería tarde su engaño y ante la sola presencia del invasor se dió por sojuzgado. ¡Tanto había perdido la noción renovadora de la lucha constructiva cuando renunció a aprestarse a ella!

El chileindiano, más abandonado, distante y aislado que ningún aborígen continental, su misma lucha, aunque valerosa y audaz, de sobreposición mesológica, acabó por mecanizarlo. Ello era natural. La misma lucha, por más emocionante y dignificadora que sea, si no sufre la acción del ritmo en los matices, tonalidades y situaciones, no tarda en unilateralizarse, y, por consiguiente, aparejar la regresión. Parecerá una paradójal inventiva, pero sociológicamente se estaría en lo cierto al afirmar que la guerra, que tanto daño le había hecho al azteca y estaba extraviando al inca, al operarse en el chileindiano le debió aportar grandes bienes transformadores. ¡Qué no habría hecho esa sociedad prehistórica entregada al aluvión de la guerra, que a veces lo renueva, afirma y lo transmuta todo!

Si hubo un mal en las sociedades prehistóricas, no fué la guerra, sino la falta de interdependencia social y humana, separadas como estaban por fatalidades cosmológicas inaccesibles al resto del mundo. Aunque hubo otras sociedades más distanciadas, las oceánicas por ejemplo, esto en forma alguna quita importancia a la maravillosa e inmensa concentración humana que se operó en Asia y África y que luego ganó a la actual Europa, para, en el flujo y reflujo de la insuperable interdependencia, correlacionar y predisponer al conjunto más vasto de la Humanidad.

Semejante trayectoria explica la evolución de las civilizaciones egipcia, babilónica y cretense, debidas en gran

parte al intercambio, a la relación, a la vecindad y a la contigüidad. Las distancias eran aquí tan cortas que se vivía casi en familia, y es natural que la idea de asociación facilitase las más profundas y variadas formas de desenvolvimiento social.

Pero en nuestro continente las cosas eran muy distintas. En la Mesopotamia, casi río por medio, florecieron las civilizaciones babilónica y asiria, y en las cuencas del Nilo, del mar Egeo y del Mediterráneo, tan inmediatas, brillaron la egipcia, la cretense, griega y romana. Aquí se comunicaban tres continentes, y en América, desde el área de la civilización azteca hasta la incásica, que la seguía en importancia, se abarcaba tanto espacio como el que comprendían las civilizaciones de los tres continentes asiáticoamericano. Había más distancia entre los incásicos y los chileindianos que la que medió entre los egipcios, cretenses, griegos y romanos, y, acaso también, entre éstos y los asirios y caldeos.

El mal precolombino es casi el mismo que se observa ahora: la enormidad de las distancias en un territorio inmenso, inconmensurable, donde los grupos humanos son como gotas de agua en el mar.

La sociedad, que es un producto de la humanidad civilizada, en las circunstancias anormales precolombinas tenía que crecer enteca y magra. Tanto era así que acaso el azteca, a la vista de las ruinas de Teotihuacán, de Mitla, de Palenque y Yucatán, presintiera con indecible y angustiada tristeza algo fatal que anulaba los mejores impulsos y empujaba hacia la muerte. El osario de civilizaciones que le circundaban debieron infundirle la noción contaminadora de la evolución social en los trágicos y horribles sacrificios humanos, los más monstruosos alardes de supersticiosidad que se haya conocido. Aquella música que todavía se oye en los arrabales de Méjico más bien sería una queja inmensa de la raza, proferida como un lúgubre y aterrador lamento. El mismo incásico se levantaba sobre las ruinas de los uros y de los aimaraes, que, en su espantable silencio de piedra, quizá expresaban en gritos desgarradores la inutilidad de

las cosas humanas, y se induce que hasta un devastador terremoto asoló por completo a Tiahuanaco.

La falta de interdependencia y el horror del desierto aumentaba las dificultades de los precarios medios. Mientras que para atravesar los territorios asiáticos, africanos y europeos se contaba con los grandes elefantes, con los diligentísimos caballos y con el paciente burro, las fragosas regiones precolombinas tenían que recorrerse a pie, tras el aullido ensordecedor de las fiebres y el ruido monocorde de los insectos y mosquitos. Mientras allá tenían el buey, la vaca, la oveja, la cabra y la gallina, las civilizaciones precolombinas apenas tuvieron alguno que otro animal útil, sin contar con que tampoco conocieron el trigo, la cebada ni el azúcar, y mucho menos los carros, el torno ni la rueda, y apenas imaginaron un remedo de tracción.

Engarzadas las sociedades tribales como satánicos anillos de hierro, era lógico que no rindieran más que lo que pudieron aportar. Si no aparecen muy desarrolladas y fueron atacadas de un grave mal en plena juventud, en mucha parte no fué culpa de ellas. Los chileindianos, por ejemplo, tendían los brazos, imploraban con la mirada y trataban de adivinar con el corazón, y, sin embargo, la naturaleza que les dió un instante de tregua reaccionadora, para mayor ironía les martirizaba mecanizándolos en la misma. No se concibe desgracia mayor, y ya no es la de un dios ni la de un bienhechor, llámese Prometeo o Isis, sino la de toda una sociedad.

Ciertamente, si las civilizaciones protohistóricas no resultaron profundamente adelantadas, tampoco aparecieron claramente inferiores. Dados el medio en que se desenvolvieron, las circunstancias que las rodearon y las fatalidades físicas que no pudieron vencer, surgen como lo más notable, brillante y dinámico.

No se podrán comparar a las de Egipto, Babilonia y Creta; pero tampoco podrán compararse las condiciones físicas y sociales de unas y otras. Aparecen como algo tan disímil como el alma humana.

Pero, después de todo, ello no basta para estigmatizar

tradicionalmente y sin apelación, como inferiores y caricaturescas, a las civilizaciones primitivas precolombinas. En su lugar, las egipcias, babilónicas y cretenses habrían dado con poca diferencia los mismos resultados. Quizá en el futuro, al intentar relacionar sociológicamente las concomitancias y asociaciones, aparezcan las civilizaciones orientales antes que como fenómenos locales, el caso de las americanas, como fenómenos interdependientes, universales y humanos. Esta tarea está reservada al porvenir.

Si después de las anormalísimas condiciones de aislamiento del continente precolombino, no se ha encontrado en otros tan aislados, verbigracia Oceanía, sociedades tribales que hubiesen creado civilización, equivale a afirmar la hazaña enormemente esforzada de los prehistóricos americanos. Este es un punto de cotejo para inducir la importancia sociológica de las civilizaciones precolombinas, condenadas antes de nacer. Si América, con Méjico a la cabeza, hubiese ocupado la posición geográfica que Egipto con relación al Egeo, al Mediterráneo y a Europa, las cosas habrían resultado muy diferentes; pero antes de que nacieran los mismos egipcios, antes de que apareciera el hombre sobre la tierra, ya los continentes empezaron a perfilarse. Desde el caos resultaron predisuestas las hordas y clanes precolombinos. No es poco, por lo tanto, que algunas llegasen a transformarse en tribus y más tarde en sociedades tribales y a forjar una civilización, aportando con ello una poderosa contribución a la humanidad civilizada, a la inmensa porción de la tierra más favorecida y que ignoró sus desgracias irremediables. Aunque las hubiera sabido, ¿qué podía haber hecho? ¿Emigrar simbólicamente en su socorro, como se ha supuesto, teniendo a la vista el mundo que nacía, se formaba y desenvolvía y que, por lo tanto, necesitaba y requería simultáneamente al hombre y a la sociedad? No era posible, puesto que no estaban formadas, constituidas ni asentadas las civilizaciones, que era lo más necesario.

Los incas, con su despótico exclusivismo, trataron de aplicar, y esto no se observa en las civilizaciones opresoras y explotadoras orientales, una especie de **comunismo**

social. Los mismos asomos hubo entre los guaraníes, en el actual Paraguay, y al parecer pueden ser condicionados por la fase clánica. Hubiera sido posible que con el mayor desarrollo, la consiguiente aparición de las clases sociales, la división del trabajo y con el desenvolvimiento de la industria y del arte, hubiese sufrido serios quebrantos difíciles de prever. Valga la generosidad humana que en bien del semejante se esfuerza por ampararlo, socorrerlo y fortalecerlo.

Semejante asomo de comunismo social, quizá más lírico por las mismas exigencias de la vida, aunque hubiese sido un ideal mítico, en la inmensa desgracia y desolación humana resultaría un presentimiento del bien inalcanzable y una profecía de lo que más tarde o temprano habría que comprobarse si había sido cierto o engañoso.

Los aztecas, por su parte, tan guerreros y supersticiosos, no lo fueron tanto que cerraran los oídos a los sufrimientos humanos, por cuya comprensión empieza a perfilarse la civilización. Mantuvieron *hospitales*, lo que ahora llamamos *ambulancias*, para los menesteres y dolores de la guerra, y *asilos* para los envejecidos e inválidos. Tales progresos de la bondad humana, aunque alcanzados por las civilizaciones orientales, evidencian una profunda perfección de la misteriosa alma azteca. ¡Cómo era posible que ellos tan guerreros, tan dados a la fuerza opresora y devastadora de civilizaciones, razas y pueblos, al fin y a la postre acabaran, como en expiación tremenda, sometidos míticamente a los dioses en los sacrificios humanos de prisioneros y de enemigos! ¡Sería posible que el ideal mítico antropomórfico les impulsase a actos tan macabros y lúgubres! ¡O sería que en el embrollo y vacío de la conciencia humana, no comprendiendo ni distinguiendo como no distingue nadie, la dualidad concomitante del mal y del bien, obraba así para desahogar sus nobles arrebatos, sus impulsos de redención bondadosa!

¡Cómo se explica que los aztecas, que se entregaban a sacrificios humanos propios del hombre de las cavernas, mostraran una moral tan avanzada como la que revelaron al fundar sus hospitales y asilos! En esto apenas les han su-

perado las modernas sociedades, que no han escapado todavía a los horrores de la guerra ni desterrado el odio y la envidia entre los pueblos.

Es probable que preadaptándonos a la psicología mítica azteca, los sacrificios humanos resultasen una forma muy peculiar de sostener y abrazar el bien. Los sacrificados eran prisioneros hechos en la guerra, que es el mal, la maldición antropológica tribal por excelencia. Por lo demás, quizá el azteca, deseoso de ser bueno, y no solamente de serlo sino de parecerlo, al igual que una deidad cesárea sacrificaba a su *Huizilopotti*, dios de la guerra, a los malos, a los perversos, con lo cual, a semejanza de los tribunales modernos con los bandidos y salteadores, ajusticiaba, y, por lo tanto, procuraba el bien. A la larga puede resultar una complejidad tan grande como el alma de David, como la de los mismos actuales descendientes aztecas que, no obstante sus tremendas conmociones sociales revolucionarias, son los músicos más armoniosos del continente americano.

Los chileindianos, más restringidamente, estaban absorbidos en la lucha sobreponedora contra el medio físico, para al fin resultar casi mecanizados, sin que por esto se les secase el alma, dieran paso al más grosero materialismo y se entregasen a satisfacer las más triviales necesidades animales.

La mecanización social del chileindiano no llevaba visos de debilitarse antes de la llegada del hombre protohistórico.

Muy por el contrario, siglo y medio antes de su llegada y acto seguido del rechazo guerrero por el aborígen austral, el inca, el emprendedor inca, había abandonado no solamente el área fronteriza, colindante o inmediata a la sociedad tribal chileindiana, sino, lo que aparece sintomáticamente grave, el territorio que ocupaban promaucaes, michimalongos y changos, esto es, la actual área de Chile.

Al parecer el inca no sólo abandonó la larga y angosta faja de tierra meridional, sino que se retrajo a la cordillera, dejó a un lado a los huarpes, calingastas y diaguitas, tribus argentinas que ocupaban las actuales provincias de Mendoza, San Juan y La Rioja, y se mantuvo desde el Famatina

al norte, acaso por las célebres minas y el clima subtropical.

Si semejante acontecimiento se operó siglo y medio antes del descubrimiento de América, habría que pensar que la estabilidad, la evolución y desenvolvimiento del incásico no fueron muy normales. Ese recogimiento involuntario cuando apenas hacía medio siglo, o a lo más un siglo, que había logrado la unidad política imperial, es grave y con respecto a la sociedad tribal chileindiana da motivo a serias reflexiones. Al volver sobre sus pasos, al limitarse antes que sobreviniera el fracaso y la desmembración voluntaria, el inca presupone que en su estructura política imperial hubo mucho de turbio y engorroso. Esta retirada del área de los promaucaes, michimalongos y changos, de un lado de la cordillera, y de la de los huarpes, calingastas y diaguitas del otro, hubiera llevado al imperio a una triste situación seguramente de haberse prolongado dos o tres siglos tal estado de cosas.

Es posible que los guerreros del imperio se engreyesen con las conquistas y que en el engrainamiento general dilatasen demasiado las fuerzas, descuidando la vigilancia y abandonando tareas necesarias, lo que tal vez tratasen de aprovechar para rebelarse las hordas y chunces sometidos. Algunos síntomas de levantamiento quizá los hicieron volver a la realidad y dejarse de conquistas. Con el área peruana antigua habrían tenido demasiado, y nada les habría restado la admiración de la posteridad. Pero el conquistador inca, ya afebrado y autosugestionado, no reparaba en los medios, ni calculaba los resultados, atendiendo sólo a la finalidad de agregar nuevas tierras. A veces las fuerzas sociales querteras no estaban a la altura de la empresa que perseguían, y es claro que los desequilibrios no tardarían en producirse, como en el incásico, que apenas medio siglo o un siglo después de conseguida la forma imperial, no se contenta con las conquistas que ha hecho e intenta otras para luego abandonarlas.

Es posible que respecto a los promaucaes y michimalongos no hubiese abandono de territorios, sino traslado de campamento o retirada previsora. Carecemos de datos para

creerlo así; pero el hecho de que no prosiguiera la lucha contra el chileindiano y que al primer rechazo cambiase súbitamente de rumbo, nos lo hacen suponer.

Por lo demás, si la forma imperial incásica se había logrado medio o un siglo antes de emprender las conquistas más allá del Bío-Bío, habría que pensar que con tan escaso tiempo ni siquiera se habría estabilizado en el interior, y, pensando así, quizá resolvieron la retirada, que antes que a un fracaso puede atribuirse a una política harto habilidosa.

Medio siglo o un siglo de afianzamiento imperial debieron haber dejado residuos y resabios de las violentas guerras de conquista, y es lógico atribuir a las taras y predisposiciones de dominación y mando una empresa tan aventurada y una retirada mucho más difícil para la conservación de la unidad política imperial que la operada más allá de los límites chileindianos. Las mismas hordas y clanes sometidos, que buscarían el momento de rebelarse, debieron tomar alas ante el importante contratiempo. Y a su llegada, el protohistorialista, un siglo o siglo y medio de la retirada general, encuentra al imperio sumido en la guerra civil más espantosa. Claro que el tiempo no es para los pueblos lo que para los individuos, y 50 ó 100 años no son muchos para el sometido y domeñado.

La misma guerra atroz en que el protohistorialista sorprendió a la sociedad incásica, sociológicamente aporta inducciones profundas y hace presumir que no existía una conciencia nacional. El progreso moral era disparejo y la cultura pertenecía a una minoría escasa, como acontece hoy todavía en varias repúblicas indohispánicas.

Estas inducciones afectan también al chileindiano, lo mismo que el rechazo o retirada de los clanes promaucaes y michimalongos. Aun yendo en son de conquista cabe observar que el incásico dejara huellas de su paso y que éstas se advirtieran aún a la llegada del prehistorialista, siglo o siglo y medio después.

El chileindiano no se modificó al contacto con el inca. El aborígen austral no podía ser alterado porque se le en-

señara el cultivo del maíz y se le aportaran útiles neolíticos, que a tanto hubiera equivalido darle alfileres para perforar montañas. La alteración efectiva hubiese resultado del intercambio, de la convivencia. Con un cambio de ocupaciones y de perspectivas tal vez hubiese acabado olvidando su lucha sobreponedora y transformándose; pero como la hostilidad del ambiente se prolongaba, terminó mecanizándose. Desde el momento que se sobreponía al medio hostil era porque se alimentaba, y esto no habría de hacerle tan imprescindible el cultivo del maíz y el aporte de rezagados útiles de piedra.

Lo que requería, y no se le pudo aportar, era el intercambio, la influencia, la relación, que acaso habrían resultado escasos. Ya hemos visto en la primera parte, al hablar de las formaciones de clases sociales, que la guerra sometedora de hordas y clanes, al aparejar nuevas necesidades, crear la servidumbre, fortificar el mercado y preparar el Estado, pudo darle al chileindiano la avanzada fórmula política. Se sabe que si no hubiera sido por los vencidos, que luego pasaban a ser esclavos, las civilizaciones orientales, la egipcia, la babilónica, la cretence, la griega y la romana no habrían podido hacer maravillas en Arquitectura. Casi lo mismo se podría agregar de los mayas, toltecas, zapotecas, aztecas, tecuzcanos, quichés e incásicos. El trabajo alejaría a los sometidos de la murmuración, del complot y de la asonada, y quizá el hecho de levantar templos zootropomórficos les hubiera dado una nueva sensación de misticismo. El arte floreció entre los primitivos no tanto por las riquezas despojadas cuanto por la necesidad de explotar al vencido. Cortés construye en el Anáhuac trece bergantines y logra abrir un canal prodigioso, gracias a la cooperación del indio.

Aunque el supuesto intercambio, relación e influencia hubiesen resultado escasos en comparación con las consecuencias que aparejan las guerras de conquista, es natural que en algo se habría transformado la sociedad tribal austral, exteriormente al menos, que es lo que más requería. Al igual que el individuo, una sociedad, por primitiva que

sea, no puede subsistir ni desarrollarse con llenar simplemente las funciones animales. Se hace necesaria la interdependencia y la simultaneidad de esfuerzos, mientras más dilatados y profundos mejor, que provoquen y condicionen el trabajo, la industria, el comercio y el mercado, para que los seres puedan desarrollar su actividad, agudizar la mente, predisponer elementos morales de responsabilidad y desenvolverse poco a poco sociológicamente.

El supuesto intercambio, influencia y relación incásico-chileindiano, aunque pudiera comprobarse, distaría en la práctica de haber dado los resultados apetecibles.

En realidad, el inca no pudo operar el intercambio, la influencia ni la relación, que no tardan en aparejar la interdependencia social, que es la que hace transformar y evolucionar a las sociedades, sobre todo tribales, porque no pudo estabilizarse con el chilindiano. El rechazo armado y la súbita retirada de los clanes ultra Bío-Bío, demuestra que no tuvo aptitudes para hacerlo y que a él mismo le faltaron quizá los elementos que el indígena austral esperaba impaciente que se le aportaran.

Aunque el inca los aportase es probable que no los advirtiera el prehistorialista, ya que una sociedad no puede transformarse en 150 años, y menos una tribal, donde el progreso es tan lento. La influencia no podía ser intensa por cuanto el inca estuvo en guerra permanente con el chilindiano, y en estas condiciones poco se podía lograr.

Esporádica y súbitamente, el inca, a la inversa de lo que se supone, no pudo operar la transformación ni la evolución del chilindiano.

De haberse verificado el descubrimiento de América dos o tres siglos más tarde, es probable que nuestras sociedades hubiesen sido descubiertas más evolucionadas, por cuanto el hombre protohistórico llegó cuando aun estaba en germen el desenvolvimiento de la sociedad tribal, agobiada bajo el peso de la abrumadora mesología.

Sólo al contacto de la superior civilización hispana evolucionaron profundamente los primitivos continentales. Aquellas sociedades que se asfixiaban y retorcían en un terri-

torio inmenso, se modificaron cuando de repente conocieron los progresos y adelantos del continente europeo. Las consecuencias de esta interdependencia revelarán que la conquista no sobrepasó los caracteres de un episodio histórico, grande y maravilloso sin duda.

La interdependencia social en la conquista

La conquista fué en sí un hecho superior al mismo descubrimiento, más que la colonización, más que la absorción y que la transformación que operó, y que no se hubiesen conseguido sin las circunstancias especialísimas en que se realizó. Sin estar el mar de por medio hubiese sido de orden moral más que material, como sucedió con los incas. Pero la posición geográfica, la lejanía del continente de donde procedían los hombres valerosos y audaces, dió a la conquista un carácter militar. La conquista exigió de España un esfuerzo desusado, que no podía verificarse con un conjunto de valores morales e intelectuales. Y por eso tuvo que realizarse con una tremenda impetuosidad.

Conocemos con todo detalle a los que dominaron a aztecas e incas; pero no al que supo aplicar en beneficio de los humanos el cacao, el henequén, el maíz, el tabaco, la caoba, el bálsamo, la quina, la banana y la patata. Sólo sabemos que se producían en la dilatada área precolombina y que sus frutos se mostraban al alcance de los más avisados. Conocemos hasta la saciedad el modo en que fueron impuestas las fórmulas jurídicas, teológicas, sociales y políticas; pero, con todo el dolor de nuestra alma, ignoramos lo referente a la aplicación del trigo, del caballo, del buey, de la naranja, de la oveja, de la manzana, de la gallina, de la cebada, del asno y la mula en aquella época.

La conquista fué una obra colectiva, y por esto es imposible desentrañar el detalle. Ya en la primera embarcación que llegó de España a Santo Domingo o Cuba, iban

caballos, cerdos, gallinas, etc.; pero entre tantos hombres como formaban la tripulación no hay manera de averiguar nada. Aparte de la necesidad de alimentarse, el pensamiento que dominaba a aquellos hombres era el de la conquista, y por eso llevaban el caballo para aplicarlo a la guerra, sin imaginar que su reproducción iba a crear en las nuevas tierras una magnífica raza caballar que transformaría las condiciones sociales del indio con el sistema de tracción y comunicación que había de acortar distancias y vencer la aridez del desierto, estableciendo un intercambio efectivo. A la mula y al burro les correspondió también la misión de arrancar al aborigen de su triste situación de bestia de carga. Fenómenos parecidos se operaron con la vaca y el buey, y en el orden alimenticio con el cerdo, la gallina, el buey, el trigo y la cebada. Tanto los animales como los productos eran ya de uso doméstico entre los conquistadores, y esto mismo hizo que nadie pensase dejar su nombre a la posteridad como introductor de elementos que habían de resultar el fruto esencial de la conquista y el resultado más inmediato. Desgraciadamente no resultó lo mismo en lo tocante a la creación y afianzamiento de la cultura americana.

No se sabe quiénes introdujeron en Europa los productos de la naturaleza virgen americana: el cacao, el maíz, el tabaco, la patata, la banana, el bálsamo, la quina, la caoba, el henequén, el hierro, etc., que tanto como el oro, la plata y el cobre introdujeron transformaciones en el mundo europeo y continental. No se ignora que el conquistador envió tales productos a sus soberanos; pero sí el nombre del que llevó a cabo tal iniciativa.

Escasamente sabemos algo del introductor, o mejor dicho, del aplicador del arado, del buey, de la vaca, de la gallina, del trigo, de la leche, del huevo, del queso, etc., y mucho menos de la mano hábil que propagó el uso del hierro.

Tenía que empezarse por la conquista, y como ésta resultó gloriosa, excepcional, maravillosa en su multiplicidad, monopolizó las actividades de los seres humanos.

Aunque así sea, no deja de apesadumbrar este vacío moral, extraño sobre todo en los protohistoriadores, tan

fecundos y minuciosos y a veces, en su arrogancia y afán de novedad, bastante dados a la hipérbole y a la exageración.

No solamente pasó esto con los productos naturales, que se trajeron y se llevaron, sino aún con las propias mujeres, madres, esposas e hijas que acompañaron al conquistador, y que con su temperamento y cultura sirvieron de educación refleja, de enseñanza viva, de ejemplo práctico para que sus congéneres de las sociedades tribales se transformasen y apresurasen la asimilación. ¡Qué contraste tan ejemplar, en medio de las indias desnudas y desarregladas, ver a una mujer vestida y arreglada en las regiones más bárbaras del continente!

Es que en el mundo, por más que la mente humana, por pereza o desvarío, tienda a unilateralizar, la existencia, en su resuelta realidad, no tarda en imponerse. Es así como todo lo que hemos indicado se encuentra en la vida americana; pero no en los libros del protohistorialista. Acaso este mismo los compuso como los componen sus continuadores, embebidos en el motivo dinámico de la guerra, que en ellos resumía el deseo de imponerse, de llamar la atención, de sobresalir, aunque fuera momentáneamente, sin imaginar la consistencia, profundidad e importancia de lo que hacía.

En la misma España se ha modificado el sentido moral de la conquista. No así en nuestros pueblos americanos, en donde todavía la vemos como acción guerrera omnipotente, concentradora de las universales actividades.

Sociológicamente, claro está, importan más los resultados y las consecuencias de la conquista que esta misma, tanto más cuanto siguió una era de intenso desenvolvimiento civilizador.

La conquista ha sido acaso un minuto de la vida española en América, a partir del descubrimiento. Minuto trágico, sombrío, grandioso, maravilloso en su grandeza tremenda, es cierto, pero que al igual que todas las cosas de la vida sonó ya de manera rotunda y clamorosa, al menos para nosotros.

Por ejemplo, la parte espiritual y la parte biológica que

sobrevivieron a la conquista, y siguen sobreviviendo más lozanas que nunca, aunque naciesen a la vida americana hermanadas con ella, nos dan una inducción seria para esforzarnos en presentar la evolución social. Una historia de manual quizá tenga razón para manosear la conquista, porque ésta, en la culminación de los héroes, jefes y caudillos, se presta para ello; pero el sociólogo no acepta la misma explicación, puesto que tiene que atender al hecho social, a su relación permanente y a la estabilización. Por más que un héroe, jefe o caudillo llegase a altura inconmensurable, su influencia no habría sido tanta como la de la cultura y la de la infiltración biológica, desde el instante en que no aparecen en forma de acciones personales, sino como secuelas humanas, engarces sociales.

La misma conquista de América, sin la equivalencia espiritual y biológica, ¿qué sería hoy día? Es posible que tal conquista, con la tranquilidad que hubiesen dado los años, hubiese quedado reducida a uno de tantos episodios guerreros afortunados de la Historia, tal como pasa en los Estados Unidos, donde se hizo tabla raza del indio.

Lo que le da brillo a la conquista española y la hará fulgurar perennemente, es el espíritu que al ser transmutado operó la mezcla. Cuando se piensa que Hernán Cortés llegó a Cozumel, a Tabasco y a Zempoalla y que luchó para que el aborígen renunciara a sus ídolos y los horrendos sacrificios y abrazara la religión católica, el alma se conmueve y cree asistir, no a una conquista, sino a una cruzada espiritual. Al ver que Cortés no abandonó jamás al hijo que tuvo con la Malitzin, y aunque de madre india, lo cuida, educa y vela por él, se transportan en éxtasis los sentidos y se olvida que viviera en un estado de guerra y destrucción.

Luego el espectáculo del fraile humilde y harapiento, verbigracia un Motolinía, en el Anáhuac, desposeyéndose de sus vestiduras para cubrir el desnudo cuerpo del enfermo, no deja de ablandar hasta los corazones más empedernidos.

Si el soldado realizó la conquista, el humilde siervo de Dios la mantuvo, y cualquiera que sea el resultado desde el punto de vista de los adelantos de la ciencia, de la morali-

dad, de las creencias, era, al fin, espíritu, bondad, dolor y humanidad.

Parecerá raro que entre guerreros, y algunos más terribles que las fieras por sus instintos acometedores, se viese al fraile. Quizá por esto mismo iba con ellos.

España, al partir el conquistador y hacer partir con él al fraile, psicológicamente revela que la suya fué la civilización más moral, humana y profunda de su tiempo.

Si hubiese sido una nación bárbara o mediocre solamente habría reparado en las utilidades y resultados materiales, en la conveniencia personal e inmediata que reportaran los mismos. De esa manera el mundo no habría tenido una efusión moral nueva y poderosa y las tierras conquistadas nada tendrían que haberle agradecido. Bien pudiera ser que fuese este el caso de los Estados Unidos, en donde, por más que se haya exacerbado el individualismo y la iniciativa privada, no se concibe el despego y hasta el desprecio por la madre patria. Es posible que esta posición psicológica pueda explicar el materialismo yanqui y sus ideas demasiado egoístas, aun en Derecho internacional, en las que tratan de aparecer no como cooperadores sino como dominadores. ¿Qué habría sido de América sin su madre? ¿Qué habría sido de nuestras repúblicas, huérfanas de todo amor filial, sin España?

Cuando en Méjico se recuerda al maya, al zapoteca, al tolteca y al tlascalteca; en Centro América al quiché, al pipil y al chorotega; en el Perú al uro, al inca y al aimará; en el Paraguay al guaraní; en el Uruguay al charrúa y en Chile al araucano o mapuche, no se hace porque se quiera retrogradar ni se perciba el abismo profundo de su evolución social. Se hace por volver el alma empapada en sentimiento, en gratitud y amor hacia los ya lejanos ascendientes y evocar la tragedia y los sufrimientos pasados. Es una forma profunda de ser buenos, de ahondar, de alimentar los más puros y nobles anhelos de la desgraciada y dolorida especie humana.

Igual cosa pasa con la madre patria, al ver o al invocar, al lado de un caudillo malo y perverso, al fraile hu-

milde y bueno, tan santo y misericordioso en su bondad.

Cuando leemos pinturas sombrías de figuras trágicamente perversas también se nos llena de una luz nueva el alma, recordando al instante a un joven, casi un niño, al poeta Ercilla, que por lo mismo que era un adolescente estuvo más expuesto a contaminarse de las violentas ráfagas de odio y de muerte. No nos importa que las estatuas de los hombres nos lo representen viejo, algo anciano, porque nos lo imaginamos siempre joven en su gloria.

Al tradicionalista embotado en los dogmas crasos y rudos, la presencia de la bondad humana, poeta o fraile, la prejuzga a través de sus ideas actuales, conaturalizado con luchas ideológicas que antes no se conocieron y con subterfugios espirituales que otrora eran muy raros. Le parece raro, y lo estima ridículo, el hecho de que al frente de la cruz fuese la espada.

Olvida que entre los aztecas e incásicos sucedía lo mismo, y en esta analogía de civilizaciones tan disímiles no había para qué reparar en las vulgaridades, siendo así que el motivo humano y religioso sobrevivía tan claro y nítido.

Moctezuma y Atahualpa se hicieron sacerdotes, y en su calidad de tales y de jefes guerreros iniciaban, mantenían y fomentaban las más crueles operaciones. Moctezuma introdujo una innovación en la política azteca instituyéndose sacerdote, y desde que fué tal los sacrificios humanos se hicieron más horrorosos que nunca.

En la conquista el fraile misionero personificó la cultura no guerrera y contrapesó los naturales impulsos de los audaces y valerosos luchadores. Sin él no se sabe qué habría sido de aquélla, pues en los instantes más críticos de escisiones y conjuraciones, en Méjico y Perú, eran los misioneros los que suavizaban y allanaban las inevitables dificultades. Más culto, más dueño de sus pasiones, más experimentado, se alía con dos analfabetos que parten a la conquista del Imperio de los Incas, casi el territorio más vasto del continente. ¡Quién sabe si los dos analfabetos no se hubiesen decidido nunca de no contar con semejante estímulo espiritual!

Parte Cortés de Cuba y recalca en la isla de Cozumel, todavía poblada, y derriba los ídolos de los naturales, los que ante el sacrilegio tocan a rebato. Avanza hasta Veracruz y a las playas calientes llegan a invitarle los totonecas y luego pasa a su tierra; recibido como amigo y en medio del calor de los agasajos, de nuevo intenta derribar el culto indígena, no obstante la experiencia amarga de Cozumel, y al instante se produce el encuentro inevitable.

Prosigue la marcha hacia la meseta del Anáhuac y sorprende a los aborígenes totonecas, que lo reciben bien. A pesar de la grata acogida intenta de nuevo, y con más fervor, echar abajo los ídolos, y el fraile se opone.

El conquistador, avisado por los totonecas y tepanecas, se dirige a la República de Tlascala, y aun van miles de ellos acompañándole, no obstante la amenaza tremenda de los aztecas. Los tlascalenses, al ver en tratos a los conquistadores con las embajadas aztecas, se pusieron recelosos y procuraron cerrarles el paso. Se producen encuentros sangrientos en los que peligran todos ellos, y cuando empieza a reinar la desolación, la fatiga y el desconsuelo, el misionero, de fuerte e invencible espíritu, consigue volver la esperanza y la confianza perdidas.

Después de algunos encuentros la República de Tlascala decide recibir como amigos a los conquistadores, y, al efecto, éstos se aproximan a las ciudades de las montañas en medio de la más estruendosa recepción. Al igual que en Cozumel, Zempolla y Tlatauquitepec, Cortés y los suyos imponen la cruz cristiana y derriban los ídolos tlascaltecas, prescindiendo de las amargas experiencias recibidas. En Cholula, la *Ciudad Santa* del Anáhuac, tratan de volver a las andadas. Y el fraile se opone de nuevo, él, que ama más la cruz y repugna la baja idolatría. Al llegar a Tenotitlán en calidad de amigos y visitar el Templo Mayor, de nuevo se intenta la profanación, y el misionero, dándose cuenta del peligro inmediato, exige mayor discreción.

El fraile Olmedo se destaca con resplandores de gloria en la conquista de Méjico. Si guerra no es contra el ser humano sino contra el mal espíritu del hombre. Vigila,

observa, induce, y en medio de la modestia y de la humildad más enternecedora, restringe, modifica, ataja y suaviza. Lo extraordinario es que adquiriera tanto ascendiente sobre guerreros que todo, hasta su propia incultura e ignorancia, predisponía a proceder como caballos desbocados. Su obra fué obscura y humilde porque se concretó a refrenar, a sujetar, a evitar. Era magnánimo y abnegado y procuraba hacer menos malos y viciosos a los españoles para que fueran más fuertes y dueños de sí. Cortés, el maravilloso conquistador, debió recibir la influencia profunda de Olmedo.

El misionero, psicológicamente, podía ejercer tan enorme influencia porque no era guerrero, y, aunque parezca paradoja, la guerra, por más justa que sea, también requiere sus correctivos. Como el fraile tenía una psicología moral y teológica distinta al guerrero, era lógico que no lo contaminasen ni obcecasen los odios y pasiones desencadenados por los azares de la guerra. El conquistador, después de la toma de las poblaciones y de la sumisión de los indígenas, querría gozar los frutos que le daban su valor y su temeridad. El fraile, por el contrario, no se sentiría atraído por otro interés que el de que los hombres fueran mejores para gloria de su fe, movido por la bondad y la ternura humana.

Es profundamente consolador para la especie humana que el fraile, tan magro y enjuto, tan solo y abandonado, lograra hasta hacer bajar las espadas y volver la boca de los cañones. Era la única fuerza espiritual, el inmenso soplo de justicia inmanente del mundo. Sin él es probable que la conquista se hubiera consumado más pronto; pero entonces habría faltado el aglutinante del amor para hermanar a los vencidos y vencedores.

La obra misionera debió ser realmente importante, porque emergía desde muy hondo y representaba una institución universal fortalecida por los siglos y cuya organización rivalizaba hasta con la misma milicia armada. Olmedo, que la encarnaba, no se contentaría en el Anáhuac con reprimir al conquistador, al hermano de raza, sino que trataría de influir misericordiosamente en el propio aborígen.

El totoneca, el tepaneca, el cholteca y el tlascalense,

primero, y después los aztecas y los tecuzcanos, experimentarían la irradiación amorosa del misionero ante las virtudes morales civilizadoras que él personificaba.

El aborígen se extrañaría ver entre el conquistador, su enemigo temible, a aquel hombre sin mujer y sin inclinaciones hacia ellas, sin armas y sin deseos de matar, predicando siempre, requiriendo a la concordia, clamando por la fraternidad. Se sorprendería al observar en el infierno de la guerra al ángel de la bondad.

La sola presencia del misionero le haría caer en un mundo de dudas y confusiones, a él, tan arrebatadamente mítico. Fervoroso de su idolatría, bien pudo comprender la unción moral y el hálito de ternura humana del misionero, y, por lo tanto, aproximarse en el mutuo dolor.

Es innegable que el misionero hizo algo efectivo por la conquista social del indio. En este punto surgen esplendorosamente los nombres de fray B. de las Casas, de Lozano y de Valdivia. El primero, apenas iniciada la conquista, aconsejando y determinando la introducción de negros, atendiendo solamente al dolor del indio y procurando evitarlo; el segundo, con su violín, humilde y sencillo, logró la asimilación de los calchaquíes, que en vano había intentado el hombre armado; y el tercero, con dignidad y altivez incomparable, obtuvo el reconocimiento de la frontera chileindiana, dejando al aborígen austral tranquilo y gozoso en su territorio lleno de abruptas montañas.

El poder espiritual del sacerdote no era tampoco desconocido por el mismo indígena. Gracias a sus sacerdotes lograron a veces oponer porfiadas resistencias. En Cozumel, en Zempoalla, en Tlataquitepec, a la vista de la profanación de los cultos, lanzan a los fieles al combate. En Tlascalá, al tanto de lo que había hecho el conquistador en otras regiones, después de frustrados ataques, los sacerdotes deciden un ataque nocturno, a pesar de que jamás el aborígen había peleado de noche. En el propio Tenostitlán, la capital azteca, la intromisión de los españoles en el culto ajeno motivó el levantamiento.

Consumada la conquista de gran parte de América, a

punto de consumarse la del Imperio de los Incas, el sacerdote indio, a la vista de las profanaciones de sus templos y huacas, alienta y propaga el alzamiento y sitio del Cuzco, que es acaso el único episodio nacionalista guerrero incásico. Al parecer, el levantamiento de los calchaquíes, de las estribaciones cordilleranas argentinas, que luego resultó de tan tremendas consecuencias, se operó por los mismos poderosos motivos.

Si entre los indígenas el sentimiento mítico, herido y lesionado, llegó hasta condicionar los terribles levantamientos de Tlascalá, Tenostitlán, Cuzco y Calchaquí, para no citar nada más que los principales, ¿qué no podríamos agregar respecto a la acción religiosa del misionero cristiano, que contraía y por ende modificaba?

Ello es natural. La conquista no puede resultar un proceso guerrero de cuatrocientos españoles contra la confederación azteca. Pensar así sería desvirtuar los hechos unilateralizando el acto fortuito, circunstancial, el éxito del hombre armado, posponiendo los factores sociales, mucho más variados y complejos en su infinita simultaneidad.

De ahí que también, sociológicamente, meditemos sobre la causalidad interna, sobre los factores de condicionamiento aborígen. Apenas, en la conquista de Méjico, arribó el conquistador a Veracruz, esto es, pisó tierra azteca, no se hicieron esperar las embajadas con regalos suntuosos y con informaciones deslumbradoras, las cuales, como es de suponer, alentaron los propósitos del recién venido. No habría salido de la sorpresa que le producirían tantos objetos de oro precioso y las señales inequívocas de grandeza política, cuando irrumpieron en el campamento hispánico embajadores totonecas, invitándole a aposentarse en sus lares tan queridos. Los conquistadores no pierden la oportunidad de trabar amistad y entre demostraciones de júbilo son informados de que la poderosa República de Tlascalá, que distaba unas veintenas de leguas, era enemiga tradicional e irreconciliable de la confederación azteca. Alentados por el descubrimiento, los conquistadores, guiados y acompañados por los indios amigos, que los quintuplicaban, se dirigen a Tlascalá, y

aunque tuvieron fuertes rozamientos, acaso más por incompreensión, como los derrumbamientos de ídolos en otras regiones, al fin pactan la amistad, y todavía no se habían esfumado los vapores del *pulque*, la bebida nacional, cuando se produce un hecho inaudito, inesperado y desconcertante. De los tres Estados que componían la temible y guerrera confederación azteca, uno, el de Tezcucó, estaba a su vez dividido en dos, regidos por dos hijos del rey recientemente fallecido. Uno de ellos, Ixtlilxochitl, envía una embajada pidiendo la alianza contra la confederación y contra la otra parte regida por su hermano.

Si estos hechos políticos, al parecer anormalísimos, del Anáhuac no estuvieran confirmados por Cortés en sus propias cartas al monarca español y por un historiador tan verídico y honrado como Bernal Díaz del Castillo, actor circunstancial de los propios hechos que refiere, cabría algún asomo de duda y de sospecha. La ingenuidad y franqueza de Cortés y de Bernal Díaz del Castillo, nos conmueven y no dejan de emocionarnos ante la alegría que muestran al darse cuenta de las posibilidades y del partido que sacarán de semejantes anomalías.

Sociológicamente, esta falta de madurez, estabilidad o simultaneidad de los organismos políticos primitivos, influyeron favorablemente en la consumación de la conquista hispánica.

Los mismos reparos que a través de las figuraciones petroglíficas y jeroglíficas aztecas, primer eslabón de la escritura, hicimos a la evolución cultural del Anáhuac, haremos ahora a la política.

En realidad, después de cuatro siglos, desaparecidas las instituciones y, lo que es peor, faltos de escritura, toda explicación reconstructiva pecará de alguna vaguedad y complejidad. La misma descripción o información del protohistorialista que, por lo general, atiende al motivo inmediato de la conquista, recalcando la parte casera y apenas reparando en la otra exterior, no nos orienta bien.

Después de un esfuerzo sintético y a la vista de los adelantos científicos modernos, se podría agregar que en las

sociedades tribales, que recién empezaban a acentuarse, era natural dicho proceso, que el civilizado, más avanzado y de más profunda organización, a la vista del contraste, supone algo anormal. No eran ni normales ni anormales. Apenas se podría decir que respondían al desenvolvimiento social y político alcanzado a la llegada de los españoles. Que nos resulte ahora primario, y quizá hasta precario, es cosa muy distinta de los hechos, una denominación infundada. En el caso de los aztecas, el progreso que habían logrado alcanzar, con una tenacidad enorme, es imposible de presentir por un civilizado moderno.

Es posible, además, en los aztecas al menos, que al no estar condicionados por otras naciones tan poderosas y desarrolladas, la misma endeblez de las sociedades tribales que los circundaban, el mismo desproporcionado y desierto territorio que los rodeaba, prolongasen a porfía y mantuviesen en su contra un saldo hórdico. Esas continuas incursiones asoladoras, esas idas y venidas acometedoras, contenían, es cierto, resabios cláucos, pero apenas avanzadas del todo empiezan a debilitarse en la civilización superior. El errabundaje, el nomadismo guerrero azteca, al igual que el incásico, aunque hubiese experimentado serias transformaciones, haciéndose más complejo que en la caza y el pastoreo, no puede dejar de llamar la atención del sociólogo.

No tarda en desprenderse de semejante proceso, o de lo que se alcanza a relacionar de él, algo sintomático azteca. O todavía no acentuada madurez o prolongación infundada de resabios y lacras antropológicas, más por fatalidades topográficas y por tenue cuando no sombreada interdependencia social.

A la llegada del conquistador al Anáhuac, los zempoaltecas, vecinos de las costas, primero, y después los tlascaltecas, en el centro, casi al iniciar la ascensión que llevaba a las alturas montañosas aztecas, se deciden a su favor. La alianza de la República de Tlascala, formada por esforadísimos guerreros montañoses, fué decisiva para el pendón hispánico, puesto que eran los soldados invencibles a quienes no habían podido domeñar los de las mesetas altas, aunque

en ello medió, como comprobaremos, la psicología mítica.

Con soldados de Zempoalla y de Tlascalala, Cortés y los suyos hacen su entrada en Tenostitlán, la capital azteca, sin que éstos, al contrario de los tlascaltecas, cholultecas, zempoaltecas y tabastelcas, y aun con más motivo porque la amenaza crecía y el orgullo disminuía, osaran jamás acometerles; antes más bien trataron de valerse de otros, como en Cholula, quedando ellos a la retaguardia.

Los cuatrocientos españoles y los miles de indios amigos, para llegar al foco azteca, tuvieron que subir las montañas, enormes y gigantescas, y luego descender al valle.

Las montañas, en alturas inmensas, escogidas ex profeso, fueron consideradas por el azteca como el valladar de la raza, y así habría sido si hubiesen estado más decididos. Esa raza, que al llegar el protohistorialista se estaba afianzando desde hacía dos siglos y medio, buscó una situación estratégica para radicarse. Todavía ahora, el ferrocarril de Veracruz a Méjico tiene que forzar impetuosamente una sorprendente y montañesísima subida.

Los aztecas, en la altura y rodeados de montañas y volcanes inmensos, cual las bocas de un infierno de guerra, se sintieron siempre inexpugnables contra los enemigos del Anáhuac y sus estribaciones, cumbres, precipicios y abismos, que en más de una ocasión fueron la tumba de los ejércitos indígenas enemigos. En realidad, la posición no podía ser más infranqueable, y por sí sola bastaba para arredrar a los más valientes.

Sin embargo, Cortés y los suyos ganan las estribaciones y repechan las montañas para salir a las cumbres y luego orillar el llano, y no se divisó a los aztecas, a los guerreros indomables que debieron tener en ese inmenso círculo pétreo el mejor aliado. Siquiera los tlascaltecas atacaron a los conquistadores en uno de sus desfiladeros, oponiéndoles la más heroica resistencia.

Al parecer, es incomprendible la actitud azteca. Pero es posible que resultase o se imaginase vencido por sus propias obras.

En efecto, desde que arriban a las playas atlánticas y se

internan hasta la capital azteca, Cortés y los suyos no escuchan más que el grito gemebundo contra el déspota de la víspera. Se clama contra los impuestos agobiadores y contra la violenta apropiación de doncellas y de jóvenes, unas para entregarlas a la prostitución y otros para los sacrificios.

He aquí una causalidad psicológica, profunda y humana, que da la clave de la evolución política azteca, tan precaria para hacer frente al conquistador, y de los consiguientes errores y excesos que los precipitaron a la disolución.

¡Qué distintos resultan los incas! En tanto éstos consolidan el imperio, aquéllos apenas alcanzan la confederación, teniendo todavía a la formidable República de Tlascalala en contra.

Es que los procedimientos culturales fueron opuestos y acaso, en política, muy a su pesar, el azteca no evolucionó como en las otras fases, acaso porque sus castas sacerdotales y guerreras no se lo permitieron.

En realidad, una política que lesionaba tan a lo vivo los intereses económicos, despojando a los sometidos con el pretexto de impuestos y arrebatándoles las doncellas para servir de instrumentos de placer a los déspotas, y a los jóvenes para recreamiento de los dioses, tenía que ser bárbara y resulta inexplicable en los aztecas.

Los que llegaron a tener imponderables jardines, cuando en Europa no los había todavía, maravillosos y soberbias colecciones de animales, a manera de nuestros parques zoológicos modernos, hospitales y ambulancias, bibliotecas y escuelas de música, parece extraño que no llegaran a una forma avanzada de política cuando ya los incas la poseían.

Sociológicamente no es raro, ya que la evolución política es la que más tarda, y a veces, por el sinfín de intereses, es la más expuesta a las transgresiones y futelezas de los hombres.

Es posible que los sacerdotes y los guerreros aztecas mantuviesen y condicionasen semejante estado de cosas, de la misma forma que en algunas de nuestras repúblicas núcleos de soldados y de políticos encienden, avivan y mantienen las asonadas, llamadas grotescamente revoluciones.

Ello se explicaría en parte por la superabundancia de sacerdotes y de cultos y la tenaz absorción guerrera, que aparejarían los motivos de debilidad. El mismo Moctezuma se instituyó guerrero y sacerdote, creyendo así que sería mejor emperador.

Pero tenemos que admitir que en semejante forma los aztecas tenían un poder aparente, basado en la fuerza y en la astucia, que a veces son los peores fundamentos de un Estado. Los primitivos, por más primitivos que sean, jamás llegan a ser tan bestiales que no se sientan supremamente heridos al despojarles del fruto de su trabajo y al arrebatarles sus amores queridos, encarnados en la esposa o la hija, el hermano o el hijo.

Si el azteca hubiera respetado el interés y a los familiares del sometido, no arrebatañdolos tan brusca y despóticamente, otra habría sido su evolución política; quizás habría llegado a mejores adelantos que los incásicos y el conquistador lo hubiese sorprendido más fuerte por la solidaridad, el amor y la confraternidad.

¡Qué primitivo no clamaría, se anegaría en llanto y vociferaría venganza al arrebatarle parte de la cosecha tan penosamente alcanzada, y que al sufrir el despojo se vería presa del hambre y de la privación!

¡Qué primitivo no sentiría rotas sus entrañas, proferiría alaridos de fiera y experimentarían que ya empezaba a sentirla adentro, bien adentro, al ser separado de la esposa, de la hija o del hijo, empujados a la eterna ignominia!

Resulta sociológicamente comprensible que el zempoalteca fuese a buscar al conquistador, lo cobijase en sus lares y lo empujase hacia los tlascaltecas, enemigos irreductibles de los aztecas. Se comprende, además, que las circunstancias bordearon las dudas, sobresaltos y escrúpulos, y entre el mal mayor o menor se plegasen con los conquistadores para castigar a los malos de la tierra.

A simple vista, y en ello se equivocaron el protohistoriasta y los que les han seguido, se imagina al emperador Moctezuma y a los suyos presas de la pusilanimidad, la doblez y la vacilación. No. Se les vió enviar embajada tras

embajada, portadoras de regalos suntuosísimos, para hacer proposiciones. Hasta propusieron pagar impuestos y entregar doncellas. ¡Ah, cómo al fin, en la hora suprema, la justicia immanente se encargaba de confundirlos con los mil recursos de la justicia humana! El impuesto y la prostitución, que habían servido para envilecer a los pueblos, ¡oh, contrastes de los perversos!, a la vista del peligro, servía para envilecerlos a ellos mismos, mendigando una onerosa protección.

No obraba, no podía obrar con pusilanimidad, doblez o vacilación el coautor de la matanza de Cholula, que bordea los alrededores del pueblo para hacer el riesgo menor. En la propia *Ciudad Santa* del Anáhuac mueve el brazo cholteca y la traición llena de sangre y de horror a los queridos manes indígenas. Hasta los mismos dioses fueron testigos del tremendo escarnio y de la tremenda expiación en el fracaso horrible de su última intentona.

Compungidos y amilanados no les quedaba más que dar libre entrada a aquellos que habían tratado de desviar con tretas y artimañas. El escarnio de Cholula parece que pesó como una lápida, porque ya los amenazantes bloques montañosos estratégicos, donde debía perder la vida el conquistador, ni siquiera le permitieron evocar el pasado de trágica grandeza, cuando diezmaban como pajarillos enjaulados a los pobres e infelices hermanos de infortunio.

Al escarnio de Cholula, para mayor afrenta, se suma el de su propia capital, hollada por los tlascaltecas y zempoaltecas, los enemigos de toda la vida, exacerbados en mil combates cruentos.

En vez de pusilanimidad, doblez y vacilación, era el sentimiento tremendo de sus errores psicológicos políticos. Quizá antes que la presencia y la amenaza de los conquistadores, al igual que el llanto por el bien que se le fué, lo anonadaría la revelación escalofriante y macabra de que había arado en el mar al poner tanto empeño en someter a pueblos que ahora se le rebelaban. Las amarguras y fatigas, los banquetes y saraos de triunfo, que otrora llenaron su alma de unción confortalecedora, ahora le resultaban quisquillosas e irónicas asechanzas; y hay que creer que si el infor-

tunado azteca mantenía la guerra y ejercía la servidumbre de los impuestos y rescates de vidas humanas, era porque así lo creería mejor. Cuestión de apreciación y no irremediable maldad.

Si los vencidos de siempre, al contacto del conquistador, resultaban ahora los vencedores, quizá creyó Moctezuma que el triunfo de los blancos no se le aparecía tan espantoso como el de sus propios rivales. De los hispánicos no los separaba ningún odio, porque jamás había mediado entre ellos la guerra y les eran desconocidos.

No conoce, no ha profundizado la psicología mítica indígena el que crea que exageramos. Si Cortés y los suyos lo hubieran entendido así, no habrían conseguido levantar a los pueblos vencidos contra los aztecas; muy otra hubiera sido la conducta de éstos si en las laberínticas montañas que conducían al valle del Anáhuac hubiese intentado un ataque decisivo.

El orgullo del guerrero primitivo es de los peores orgullos humanos, y en su simplicidad, que le daba mayor fuerza todavía, el azteca hubiera preferido entregarse al conquistador sin combatir antes que verse forzado por el enemigo. No en balde mantenía los horrorosos sacrificios humanos y no en balde también prolongaba los horrores de la guerra.

La guerra contra determinadas razas, los tlascaltecas y zempoaltecas, por ejemplo, se había llegado a instituir como función antropomórfica, y en el primitivo la psicología mítica es lo más universal y eterno.

El tlascalteca no se avenía a que otros dioses y otras tradiciones estuviesen en oposición con los suyos por una especie de atavismo guerrero-mítico, y esto que separaba al azteca de otros indios no rezaba con los españoles, recién llegados al país, cuya religión le resultaría demasiado inabordable cuando no incomprensible por lo abstracta.

Además, la convivencia de siglos, las acciones y reacciones, ampliamente sentidas y reforzadas, las preocupaciones y prevenciones, las arrogancias y fantasías evocadoras del pasado, harían que las razas vencidas se sintiesen más cerca

de ellos que de los cuatrocientos hombres blancos, a los que por su escaso número atribuiría poca importancia.

Siendo así, parece natural que los magnates aztecas se anonadasen y desmoralizasen ante el súbito cambio de sus vasallos de la víspera, y no hay que olvidar que en dicha civilización guerrero-mítica se le daba más importancia a la servidumbre que a otra cosa, como único fundamento político posible.

Quizá Moctezuma y los suyos creyeron que el Estado era la dominación y nada más. Una fase psicológica, muy primitiva, pero muy explicable también. Roto el resorte, deshecho el motivo, quebrada la dominación, era natural que se estimase en peligro de muerte a la institución. Lógicamente debían pensar así primitivos como los aztecas, que no habían conocido a otros pueblos o tribus más que a los que tenían domeñados.

Por lo demás, sería paradójico no tomar en consideración el modo de ser azteca y deponer a naciones con tradición y prestigio, como la República de Tlascalca, para anteponerla a cuatrocientos hombres, que serían todo lo civilizados que se quiera, pero que no eran ni una tribu como los zempoaltecas, ni un pueblo como Cholula, ni una nación como Tlascalca.

Psicológicamente, las clases superiores aztecas tuvieron que paralogizarse ante el rumbo levantisco que tomaron los sojuzgados, y hay que reparar en que el primitivo, aunque llegase a una civilización adelantada, no abandonaba nunca sus odios domésticos, que constituían la espina dorsal de sus actividades. Imaginar complejidades y complicaciones es caer en el extravío de suponer al azteca, semibárbaro, maniobrando a la europea, forma ultracivilizada, dándole a sus ojos carácter de guerra de conquista, lo que al principio, confusa y embrolladamente, hasta conceptuaría de simple maniobra, sin que por eso, como pasó más tarde, dejara de ver más claro y la situación se le fuera apareciendo cada día menos intrincada y nebulosa. Era la primera vez que en la vida azteca se presentaba el caso de los cuatrocientos hombres de Cortés, con la agravante de que otros tantos habían lle-

gado poco antes a las playas y pasado de largo. Era para confundir hasta a un civilizado, porque hay que observar que si el hispánico era más civilizado que el azteca, éste no lo entendía así. Estaba en su casa, mandaba, no tenía necesidad de nadie y es claro que como primitivo se atribuyese un valor aparte inconfundible y único.

Tanto es así que al aposentarse Cortés y los suyos en Tenotitlán, le visita el emperador indígena, que se muestra perplejo respecto al motivo de venida tan sorprendente; y si el protohistorialista no nos ha transmitido bien el pensamiento de Moctezuma, al menos poco se podrá dudar de su complejidad interna.

La perplejidad deberíase a la presencia de los cuatrocientos hispanos y el anonadamiento al desconocimiento de la autoridad que se personificaba en los miles de sojuzgados que hollaban la capital imperial, o tal vez ambas cosas se equilibraran sin saberse a punto fijo cuál era de mayor potencialidad.

Naturalmente, los cuatrocientos hispánicos, aliados con los enemigos, empezarían con el correr del tiempo a hacerse sospechosos, sin que por ello, teniendo en cuenta su modo de ser y desconocimiento pleno del conquistador, dejaran de dar más importancia a los sublevados y en sus odios exagerasen el estímulo, ayuda y condicionamiento de los sublevados.

Tan cierto es ello que el protohistoriador nos aporta una premisa en nuestras inducciones sociológicas. Al ir Cortés con unos cuantos de los suyos a poner término a las aonadas que estaban fomentando en la costa uno recién llegados de Cuba, Pedro de Alvarado se queda al mando de la tropa de Tenotitlán, y no se sabe bien si aprovechándose de una ceremonia mítica, en que las mujeres y los hombres se presentaron con todas sus joyas, o convocándoles ex profeso, asaltaron y mataron a los principales y derribaron altares y templos, repitiéndose la profanación aborigen de Cozumel, Zempoalla y Tlataquitepec, que el fraile Olmedo evitó en Tlascala y Cholula, a pesar de los templos grandiosos que habríanle avivado el despecho y de los miles de cadáveres

indígenas que patentizaban la prepotencia incontrastable conquistadora. Olmedo había partido con Cortés, y ello nos ahorra el comentario.

El azteca, más civilizado que los otros y de más profunda psicología mítica, es natural que sintiese con más desgarrador sentimiento la profanación, y si el conquistador creyó que sólo había arrebatado algunas alhajas y sacrificado algunas vidas, se equivocó del todo. La india mítica y el indio supersticioso se habían vestido como en los mejores días de gala, no por ellos sino por los dioses, y las prendas metálicas acaso eran enseñar míticas. La misma sangre vendría a ser como algo que por desagaviar a los manes tutelares se había vertido.

Llega Cortés, se impone del estado de ánimo general, logra aplacar a los magnates y todavía Moctezuma sale a calmar al pueblo, aunque a instancias del conquistador. Todavía no veía claro, o tal vez la poltronería propia de los palacios y burócratas no le dejaban ver.

Pero aunque los dirigentes no viesen ni sintiesen, el pueblo azteca vió y sintió por ellos.

La profanación mítica reveló al pueblo, por la humildad y llaneza de las creencias, las intrincadas tramas conquistadoras, que Moctezuma y las castas no advirtieron, quizá embriagados por el insensato orgullo de dominación, cegados por el descabellado prurito de gloria y de grandeza, incapaces de substraerse a la atmósfera egoísta y vanidosa que respiraban. Ese orgullo y ese prurito, mellado en lo más hondo, precipitaron en el anonadamiento, a falta de virtudes más consistentes, a los gobernantes.

Entretanto, el pueblo, más huérfano, más solo, más al margen, no tendría los mismos orgullos y pruritos fanfarrones, y por esto, en vez de seguir llorando como un cobarde lo que ha perdido, se erguiría como un sólo hombre para remediar la situación. El emperador y las castas eran un lastre. Había que arrinconarles como cosa inservible. La memorable fecha de Cuauhtemoc fué la señal convenida.

El hecho de que el pueblo sublevado matase a su propio emperador, revela que la transformación no pudo operarse desde arriba.

Cuauhtemoc, joven y pobre, surgido de la nada, se instituye emperador. He ahí un caso de honda psicología que, al tratar de penetrarlo, nos revelará, en parte al menos, la ceguera e ignominia de los políticos indianos.

El pueblo azteca, tan tradicionalista, tan apegado a la fórmula, algo mecanizado en el constitucionalismo castal y burocrático, para sobreponerse a los hechos que se estaban produciendo, tuvo que demostrar un imponderable espíritu de independencia y de reforma. Su actitud nuestra una condenación de sus propios mentores y un impulso de dignificación moral.

En realidad, el hecho de que se depusiese al jefe y hasta se dejase de lado a la casta gubernamental, presupone un poderoso empuje transformador de la clase popular, incomprensible en una sociedad tribal. Casi se podría equiparar a una revolución.

Es cierto que el pueblo atiende a veces solamente a sus pasiones y que es incapaz de relacionar las causas, de maniobrar en forma y de concebir un vasto plan de acción que lo sustraiga a las irritabilidades, impresiones momentáneas y bruscas confusiones. De ahí que el pueblo, mejor que Moctezuma y los suyos, se diese cuenta del peligro; pero que al revés que ellos, no apreciaría, como se vió, en toda su magnitud la gravedad del mismo.

Aunque así haya sido, es conmovedor que un pueblo sin emperador, sin jefes, sin gobierno, inicie la resistencia heroica e imperturbable, acaso con el presentimiento de que éstos mismos, quizá sin saberlo, estaban conspirando contra la integridad nacional.

La acción popular fué un acontecimiento único en la conquista de América, y es posible que, aparte de su verdadera grandeza, haya sido, por otro lado, un síntoma político terrible. Los acontecimientos hispanotlascaltecas-zempoaltecas, que cada día se aclaraban mejor, solamente revelaron el mal, hondo y profundo. El emperador y la casta debieron, desde mucho tiempo antes de la llegada del conquistador, enajenarse la buena voluntad del pueblo. Es probable que las exacciones e impuestos, el parasitismo,

el refinamiento, el sibaritismo y hasta la molicie de los palaciegos, no fueran ajenos a ello, y también que en el pueblo cundiese el descontento por las injusticias y maldades de las guerras perpetuas, que sólo aprovechaban a los señores.

El mal político se revela sobre todo en la revolución y en la guerra. Quizá la llegada del conquistador, es decir, del que aparece tal ante nosotros, después de consumados los hechos, ahondó el malestar y agudizó la anomalía. Además del amonudamiento que deben haberle producido el levantamiento de sus propios sojuzgados, quizá Moctezuma, y esto no se sabrá de fijo nunca, presintiese que el pueblo, como sucedió, en efecto, acabaría sublevándose contra él y su gobierno. Los dirigentes conocían el descontento popular, y a este respecto el protohistorialista nos ha aportado un hecho revelador. En una ocasión salió disfrazado uno de los jefes de la confederación azteca, Nezahualcoyotl, y sin que lo reconocieran preguntó a varios hombres qué les parecía el rey, y todos respondieron que era muy malo porque ellos tenían que penar mucho para conseguir la leña por no permitírseles la entrada en el bosque inmenso, del cual ni el mismo emperador sacaba nada.

Por lo demás, el mal interno azteca, aunque parezca raro, es casi el mismo que experimentan las sociedades avanzadas y el mismo que experimentaban los incas, que el protohistorialista encontró enfangados en la guerra civil.

En semejantes condiciones claro está que Moctezuma y los suyos se sentirían, bajo el peso de sus propias inmoralidades y canalladas, derrotados para combatir al conquistador y a los indios amigos y no quisieron exponerse a la confirmación de la dura imposición de los hechos. Es el caso de países desmoralizados y pervertidos que, por lo mismo, están de antemano vencidos, y que, sin embargo, se entregan a la guerra como recurso desesperado, sin imaginar que ésta ha de dar la victoria al más capacitado, al más sano, al más preparado y al más moral.

Por más que el levantamiento del pueblo azteca equivalga a una revolución moral, muy dignificadora por cierto, no dejó de ser un síntoma de la disociación, del debilita-

miento político, de la disgregación nacional que indudablemente favorecieron a los enenigos.

Sociológicamente, como se habrá visto, hasta las condiciones políticas internas equilibran el proceso externo de la conquista, haciéndolo paulatinamente más complicado y complejo.

Como ya hemos expuesto el condicionamiento político interno azteca, convendría presentar, para mayor claridad de la investigación, otro aspecto, también interno, el moral por ejemplo. Así, exponiendo otros puntos de vista, llegaremos casi a una explicación sociológica.

El prototipo del segundo aspecto lo encontramos entre los incas.

En efecto, Pizarro y los suyos, menos que Cortés y los suyos, acaso la mitad de éstos, al internarse en el territorio no encontraron la menor resistencia por parte de los incas, al revés de los aztecas y demás pueblos antiguos mejicanos. Bordean, repechan, orillan y descienden por la cordillera de los Andes, erizadas de los más terribles y espantosos precipicios, y los incas, que estaban fortuita y accidentalmente en las inmediaciones, en Cajamarca, los ven bajar por los caminos de la muerte sin intentar aprovecharse de la ventaja satánica de los flancos pedregosos. Es cierto que la llegada de Pizarro y los suyos, aunque pocos, los pillaba de sorpresa; y de buenas a primeras, sin haber visto una demostración rotunda, no podían decidir nada. Es cierto que estaban saliendo de una fatigosa guerra civil y que los nervios y el ánimo, algo cansado y fatigado, estaría poco predisuesto también. Es incontestable, además, que el inca, políticamente mejor organizado que el azteca, se conceptuara inexpugnable y no se sobresaltara ante 200 hombres de los que no sabía quiénes eran, de dónde y a qué venían. No hay que olvidar que al primitivo, como al civilizado, la misma vanidad le hacía vivir en un mundo convencional, a imagen y semejanza de su megalomanía. De ahí que Atahualpa y los suyos, a la inversa de Moctezuma y la casta gubernamental, no experimentasen la menor congoja, puesto que la armonía hacía fuerte su unión y

las guerras tribales, si no habían desaparecido, estaban bastante anuladas en la organización política imperial asimiladora, correlacionadora y niveladora.

El inca, acostumbrado a ser obedecido y respetado, debió esperar respeto y obediencia por parte de Pizarro y los suyos. De lo contrario, sería fácil vencerles en el más desmesurado territorio político y en el mayor conjunto de seres humanos del continente. Atahualpa y los suyos creíanse inmortales, y, por lo tanto, nada más podían temer de tales extranjeros.

Pero Pizarro y los suyos, en una empresa que se ha llamado de perfidia y maldad, y que sociológicamente era la única que podía condicionar supremamente sus actividades, sometieron al inca, a Atahualpa, a la casta imperial, a los sacerdotes y guerreros.

Muertos Atahualpa y algunos de sus caudillos, se extinguió el Imperio incaico, la más poderosa y grande organización política del continente precolombino. ¿Cómo concebir que esto sucediese?

Dado el culto que el soberano inspiraba, era natural que al ser apresado y al morir Atahualpa con sus jefes, se produjese algo extraordinario. Esto nos revela la anormal y monstruosa autoridad del emperador inca, de carácter divino, ante el que cometió las mayores bajezas la pobre alma humana.

Por los prehistorialistas sabemos que en el Imperio existía una institución célebre y tradicional, formada por lo más selecto de la sociedad incaica, que tenía la misión de escoger las más puras y tiernas doncellas para dedicarlas al culto, pero que en realidad servían para saciar la monstruosa lascivia del poderoso coronado.

Esta institución nos indica que lo que a los zemopaltecas, cholultecas y tlascaltecas incitaba a formidables y perennes resistencias, el envilecimiento de la mujer núbil, entre los incas, gracias a los subterfugios y habilidades de los seres divinizados, pasaba a ser motivo de pasiva y social distinción, de mérito y prestigio.

Si con la niña virgen y pura pasaba eso, ¿qué no sería

con el pobre siervo de la gleba, con el triste esclavo, todavía adormecido con el opio feroz de cántigas amodorrantes?

Debido a su carácter divino, el emperador era el *único* hombre; el resto, la sociedad, los pueblos, las tribus, equivalían a las manadas de llamas que obligaba a pastorear para su solo consumo. Sólo los palaciegos eran objeto de algunas deferencias.

Un culto plerórico de las más rebuscadas y abultadas ceremonias, servía a maravilla para lograr semejante resultado de embrujamiento colectivo.

El inca, que se escudaba en la pantalla de la divinidad, no era ni la sombra del azteca. A la inversa del culto mejicano antiguo, no tuvo la aritmética, ni el principio de la escritura, figurada en el sorprendente jeroglífico. Si el rey era divino, ¿qué necesidad tenía de aritmética ni escritura el pobre pueblo incaico, hecho no más que para obedecer y doblegarse ante los déspotas? Si hasta le estaba prohibida la instrucción y la cultura era monopolio de los *divinos*, éstos, que eran unos cuantos, tampoco requerían muchas complicaciones ni tenían por qué calentarse la cabeza.

Se insinúa entre grandes aspavientos que el emperador y su casta habían logrado darle al pueblo las mejores fórmulas morales de vida, es decir, que le disponían a que fuese bueno. Entretanto, no le daban los medios prácticos para serlo, puesto que no se le instruía, no se le permitió la propiedad, se le regateó la herencia y sobre su aciago destino todavía pesaban como fauces de lobos voraces la prohibición de heredar a los hijos. Es un adelanto parecido al que le brindan al pueblo algunos de nuestros políticos, que mientras dejan subsistir las más oprobiosas condiciones de elección, de gobierno y de administración, para seguir perpetuándose, le hacen la dádiva de unos simples decretos que llaman de asistencia social, sin procurar realmente asistir a nadie y dejando que los infelices se asistan solos, recurriendo a los rúbulas.

Se observa que no se permitía la ociosidad, que el trabajo era obligatorio; pero no se observa que el pobre inca no tenía derecho sobre la tierra, los animales y los meta-

les y que, además, tenía que reservar una parte al culto y otra a los guerreros. Es decir, psicológicamente se obligaba a trabajar no para engrandecerse ni dar más provecho a la nación, sino para que en la bestial carga diese mayor rendimiento al amo y al sojuzgador. No porque en otras partes fuesen peores las condiciones sociales, dejaban de ser las auyas calamitosas.

La falta de instrucción y la falta de comercio y hasta casi de industrias en el pueblo incásico, es gravísima y acusa una anomalía tremenda en el desenvolvimiento social.

La instrucción, el comercio y la industria, después de llegados a cierta evolución, no representaron entre los incas más que el bienestar de las castas, y si poseían alguna ciencia debieron restringirla a las necesidades puramente animales. El pueblo, la masa de la nación, quedó eliminado de todo perfeccionamiento intelectual, y a juzgar por el inca Garcilaso, que evoca la tradición del inca Yupanqui, los propios emperadores procuraban que la mayoría se mantuviera en la barbarie moral.

Psicológicamente, un pueblo de instrucción primitiva, inhibido del libre vuelo de la imaginación, ajeno a todo discurrimento, privado de toda iniciativa, tenía que ser un pueblo bárbaro, mecanizado en la obediencia y en la pasividad, ya que se le impedía el perfeccionamiento individual. Es posible que el emperador y las castas pudiesen ser englobados en la civilización primitiva, que pugnó por madurar; pero el pueblo, la masa, la totalidad, por designio monstruoso de los de arriba, tenía que paralizarse en la semi-bestialidad.

En realidad, prehistóricamente, el pueblo incásico estaba paralizado en lo más profundo y en lo más hondo, en lo que predispone la evolución social, el desarrollo cerebral mediante la instrucción y el desarrollo de la iniciativa personal mediante el comercio y la industria. No se puede llamar desarrollo cerebral a lo que se imponía siguiendo una estrecha consigna. No era comercio ni industria lo que sólo tendía al interés de la casta y se efectuaba por tácticas inspiraciones de los superiores.

Un pueblo así y una casta gubernamental semejante, era natural que no conociesen el dinero, al revés de los aztecas, que usaban unos pedacitos de estaño en forma de T y unos sacos medidos de cacao, y hasta se insinuía que conocieron una monetización en oro. Ni los mismos chileindianos, tan faltos de interdependencia social y de intercambio, dejaron de valerse del trueque y del cambio en grande.

Semejante falta de moneda y de sus secuelas el comercio y la industria, es una inmensa anomalía social, y nos basta para conocer el pasado de un pueblo. Se habla de Imperio incásico cuando los incas eran los menos. Mejor sería, empleando una denominación moderna, hablar de oligarquía incásica, domoñadora de tribus, puesto que el Imperio presupone libertad, iniciativa, instrucción, comercio e industria, lo que los incas no tuvieron.

Es profundamente extraño, prehistóricamente, el hecho de que los incas, algunos incas, lograsen constituir una oligarquía, casta, gerontocracia o lo que sea, gobierno de unos pocos en perjuicio de la inmensa mayoría ignara y bestial. Es posible que el protohistorialista, al anotar los hechos, nos estaba transmitiendo sin él imaginárselo los pormenores de la decadencia o asfixia política de un pueblo. ¡Qué otra cosa se puede decir de un pueblo sumido en la ignorancia y la explotación por las clases dirigentes, que vegetaban en la más oprobiosa modorra y senilidad! Un conjunto de tribus y de clanes sometidos, lo que en realidad era el Imperio incásico, no podía durar mucho ni estabilizarse políticamente, porque estaba herido de muerte por sus propios extravíos.

Al llegar al Cuzco, sede del emperador, después de pasar por otras ciudades, Cajamarca y Pachacama entre ellas, el protohistorialista quedóse enormemente sorprendido ante la inmensidad de templos, palacios y construcciones de todo género. Es decir, casi el mismo ejemplo que nos dan algunos gobiernos politiqueros y explotadores de nuestra América; en tanto el pueblo, analfabeto y embrutecido, no puede sacudirse la ignominia de su miseria física y moral, el magnate tiene palacios y templos por doquier. Todavía en algunas capitales se ve que en medio de un caserío, que remeda

la toldería indígena, se yergue despreciativo y altanero el palacio de la casta de nuevo cuño.

Psicológicamente, parece natural que en un pueblo domoñado, obediente, pasivo y sumiso como el inca, hiciese todo lo que le diese la gana en arquitectura. No tenía más que levantar la mano para ser obedecido. A costa de los esclavos, de los casi manumitidos, podía darse gusto en todo y acaso para amortiguar sus escrúpulos de conciencia haría erigir numerosos templos suntuosos, creyendo autosugestionarse y redimirse de sus culpas sempiternas. El inca carecía casi por completo de madera, como los chileindianos y los guaraníes; pero ello no era obstáculo.

El protohistorialista no encontró entre los aztecas las deslumbradoras magnificencias arquitectónicas del inca, seguramente porque era un pueblo libre que vivía del trabajo, celebraba ferias, poseía moneda y había creado una industria y comercio populares. Claro está que no podía haber hecho lo uno ni lo otro porque el tiempo no daba para tanto. Al chileindiano lo encontró el protohistorialista, deslumbrado ante la majestuosa arquitectura incásica, sin otras construcciones que su humilde *ruca*, su casa, hecho natural por cuanto la chileindiana era una sociedad pesquera y labradora, fortalecida por el esfuerzo y la lucha contra la naturaleza. La iniciativa individual, el impulso personal, no se podían poner al servicio de un magnate que, a costa del sudor y el dolor ajenos, se recrease y gustase fruiciones inefables. Hoy mismo se ve que la arquitectura es algo privativo del poderoso. Al observar las grandes proporciones que adquirió entre los incas y los egipcios, se piensa que más que un motivo de interés nacional fué una manifestación del ansia de boato de los poseídos de megalómana grandeza.

Pero aun así nos damos cuenta de que el pueblo incásico era un pueblo máquina, sin desbatar, al que los gobernantes nunca iniciaron en las letras ni en las ciencias, que ellos ignoraban, sino en las artes, en la mecánica, en la industria, el comercio, etc.

Sin ideas, sin espíritu de acción, el incásico no era, no

Un pueblo así y una casta gubernamental semejante, era natural que no conociesen el dinero, al revés de los aztecas, que usaban unos pedacitos de estaño en forma de T y unos sacos medidos de cacao, y hasta se insinúa que conocieron una monetización en oro. Ni los mismos chileindianos, tan faltos de interdependencia social y de intercambio, dejaron de valerse del trueque y del cambio en grande.

Semejante falta de moneda y de sus secuelas el comercio y la industria, es una inmensa anomalía social, y nos basta para conocer el pasado de un pueblo. Se habla de Imperio incásico cuando los incas eran los menos. Mejor sería, empleando una denominación moderna, hablar de oligarquía incásica, domeñadora de tribus, puesto que el Imperio presupone libertad, iniciativa, instrucción, comercio e industria, lo que los incas no tuvieron.

Es profundamente extraño, prehistóricamente, el hecho de que los incas, algunos incas, lograsen constituir una oligarquía, casta, gerontocracia o lo que sea, gobierno de unos pocos en perjuicio de la inmensa mayoría ignara y bestial. Es posible que el protohistorialista, al anotar los hechos, nos estaba transmitiendo sin él imaginárselo los pormenores de la decadencia o asfixia política de un pueblo. ¡Qué otra cosa se puede decir de un pueblo sumido en la ignorancia y la expoliación por las clases dirigentes, que vegetaban en la más oprobiosa modorra y senilidad! Un conjunto de tribus y de clanes sometidos, lo que en realidad era el Imperio incásico, no podía durar mucho ni estabilizarse políticamente, porque estaba herido de muerte por sus propios extravíos.

Al llegar al Cuzco, sede del emperador, después de pasar por otras ciudades, Cajamarca y Pachacama entre ellas, el protohistorialista quedóse enormemente sorprendido ante la inmensidad de templos, palacios y construcciones de todo género. Es decir, casi el mismo ejemplo que nos dan algunos gobiernos politiqueros y explotadores de nuestra América; en tanto el pueblo, analfabeto y embrutecido, no puede sacudirse la ignominia de su miseria física y moral, el magnate tiene palacios y templos por doquier. Todavía en algunas capitales se ve que en medio de un caserío, que remeda

la toltería indígena, se yergue despreciativo y altanero el palacio de la casta de nuevo cuño.

Paleológicamente, parece natural que en un pueblo domado, obediente, pasivo y sumiso como el inca, hiciese todo lo que le diese la gana en arquitectura. No tenía más que levantar la mano para ser obedecido. A costa de los esclavos, de los casi manumitidos, podía darse gusto en todo y acaso para amortiguar sus escrúpulos de conciencia haría erigir numerosos templos suntuosos, creyendo autosugestionarse y redimirse de sus culpas sempiternas. El inca carecía casi por completo de madera, como los chileindianos y los guaraníes; pero ello no era obstáculo.

El protohistorialista no encontró entre los aztecas las deslumbradoras magnificencias arquitectónicas del inca, seguramente porque era un pueblo libre que vivía del trabajo, celebraba ferias, poseía moneda y había creado una industria y comercio populares. Claro está que no podía haber hecho lo uno ni lo otro porque el tiempo no daba para tanto. Al chileindiano lo encontró el protohistorialista, deslumbrado ante la majestuosa arquitectura incásica, sin otras construcciones que su humilde *ruca*, su casa, hecho natural por cuanto la chileindiana era una sociedad pesquera y labradora, fortalecida por el esfuerzo y la lucha contra la naturaleza. La iniciativa individual, el impulso personal, no se podían poner al servicio de un magnate que, a costa del sudor y el dolor ajenos, se recrease y gustase fruiciones inefables. Hoy mismo se ve que la arquitectura es algo privativo del poderoso. Al observar las grandes proporciones que adquirió entre los incas y los egipcios, se piensa que más que un motivo de interés nacional fué una manifestación del ansia de boato de los poseídos de megalómana grandeza.

Pero aun así nos damos cuenta de que el pueblo incásico era un pueblo máquina, sin desbatar, al que los gobernantes nunca iniciaron en las letras ni en las ciencias, que ellos ignoraban, sino en las artes, en la mecánica, en la industria, el comercio, etc.

Sin ideas, sin espíritu de acción, el incásico no era, no

podía ser más que una fuerza muscular, con la agravante de que había sido domeñada por las más habilidosas y torcidas enseñanzas míticas. El bruto da coces a lo mejor y huye; pero al infeliz incaico, retenido por sus infinitas supersticiones, ni eso hacía.

Su misión consistía en esperar, obedecer, paciente y mansamente, como una llama, y acaso el pastoreo de ésta dió a los que después fueron gobernantes la experiencia sobre la mejor forma de tratar a un pueblo.

Por tanto, al sobrevenir el apresamiento y muerte del emperador, de los sacerdotes y de los guerreros, el doloroso pueblo esperó, esperó para obedecer, pacientemente como la llama, al conquistador.

No es de extrañar, pues, que se consumase la conquista del Imperio inca sin derramamiento de sangre, sin disparar la honda ni la flecha, sin golpes de lanza.

Aunque parezca increíble, este es el resultado de la mansedumbre, pasividad y esclavitud en que el emperador y las castas habían mantenido al pueblo, que se había acostumbrado a no ver en todo más que al emperador y a la casta gobernante.

En su egoísmo fratricida no hicieron, como se induce por el desarrollo de los acontecimientos, brotar la idea de patria, de nación, aunque confundida con ellos o equilibrándose a sus expensas, como se observó entre los tlascaltecas y aztecas, por ejemplo, que con sus emblemas, insignias, banderas y escudos, combatían por la seguridad de la República y de la Confederación. Si el conquistador invocaba siempre al monarca, a juzgar por lo que se desprende del protohistorialista, lo hace por una razón circunstancial; pero sin olvidar la nación. Cortés y los suyos le pusieron Nueva España al Anáhuac, y Alvarado y los suyos El Salvador a Cuscatlán. España, con una generosidad infinita, respetó los nombres nacionales aborígenes, y las ciudades que se fundaban, los ríos y mares que se descubrían, llevaban nombres que recordaban no al hombre, sino a la patria.

Si los incas no hubiesen estado tan sometidos al emperador y a la casta gobernante, no se habrían quedado per-

plejos ante su muerte, como no se quedaron los aztecas.

La falta de una noción nacionalista entre los incásicos sorprende tanto más cuanto otros primitivos, en peores condiciones, como los chileindianos, la mantuvieron firme e inquebrantablemente.

Además de la falta de esa noción, que entraña la evolución moral y educativa de un pueblo, se advierte la de la fraternidad, pues mientras son conquistados los incas se ve a los calchaquíes, diaguitas, calingastas y changos completamente dislocados y obrando por su cuenta y riesgo, hecho natural en tribus o clanes hundidos en el servilismo y sin ningún sentimiento de fraternidad, que sólo nace y arraiga con la cooperación, solidaridad y reciprocidad.

Si el pueblo incásico hubiese poseído estas dos fuerzas espirituales, el amor a la patria y el sentimiento de fraternidad, hubiera sido muy distinta su actitud ante los españoles. Pero a los pueblos, lo mismo que a los individuos, no se les puede exigir lo que no tienen.

La organización política incásica, producto híbrido e infecundo de la falta de instrucción y educación del pueblo, de la masa, de la nación, transparentando en la prepotencia monstruosa de unos cuantos magnates, imbecilizados en los placeres de los sentidos, sociológicamente tuvo que condicionar la conquista.

El hecho, no obstante su rareza, es contundente. Algunos conquistadores del Perú, entre ellos Pizarro y Almagro, no sabían leer ni escribir; pero eso no quiere decir que carecieran de toda instrucción, puesto que la tuvieron refleja del ambiente civilizado en que se formaron. Por lo menos tenían la instrucción apropiada para efectuar la conquista, y el éxito lo confirma.

Se considera un perfeccionamiento moral el hecho de que los incas llegaron a un comunismo mediante el cual se atendían, se aliviaban y satisfacían sus necesidades. Sin semejante régimen vivían en todas partes los seres humanos, y lo habría hecho también en sus lares el propio incaico, puesto que comer, dormir y vestirse jamás lo ha dejado de hacer ningún pueblo por más salvaje que fuera.

Es posible que ese comunismo, como todos los comunismos que van contra la naturaleza, contra la herencia biopsicológica, al atender sólo y falazmente a las condiciones animales del pueblo, concurriese, como concurrió, a retenerlo en la barbarie. Es en cierta forma el caso de los guaraníes, que de manera fácil fueron presa de las misiones para instituir un nuevo imperio. Es lógico. Si sólo se atiende a la parte animal, al esfuerzo digestivo, y se descuida o a porfía se suprime la instrucción y la educación, que aparejan la libertad, la iniciativa, el perfeccionamiento individual, es natural que el exceso de pasividad y de mansedumbre no sólo hiciese nacer imperios despóticos sino factorías sumisas.

El insensato culto del oro indígena imperial también condicionó, como es de suponer, la conquista, y, al parecer, los monarcas indios monopolizaban tan precioso metal. Moctezuma da esta impresión.

El jefe azteca sentía tanta o más pasión por el oro que cualquier monarca de Europa, al decir del protohistoriador. Se hacía servir la comida en escudillas o platos de oro, que luego regalaba a sus servidores. Este hecho nos revela que el indígena, al revés de los otros, le daba un valor de ostentación distintivo. Acaso él sólo tenía esta facultad. ¡Pero cuánto le costaba al pobre y sufrido pueblo semejante refinamiento, al que todavía no había llegado la gente civilizada!

En los templos y palacios y en las joyas y adornos se derrochaba el oro en tiempos de Moctezuma, y era tan grande su afán por este metal que poseía mapas indicando los lugares donde se encontraba y que comunicó a los propios conquistadores.

El azteca, y no el inca, empleó pedacitos de oro como moneda, de raro uso; pero el hecho demuestra que los indios conocieron la moneda mucho antes de la llegada del europeo.

Psicológicamente, exige un serio estudio el proceso del oro que aparece tan temprano, casi prehistóricamente. Cuando el chileindiano veía que en la arena relampagueaba algo a la luz del sol, sentiríase poseído de la codicia ante los

enormes pepitazos amarillentos y duros. Al principio desconoció el valor del oro, puesto que lo utilizaba de peso en la red pescadora. Después, lo mismo que el azteca y el inca, ya en contacto con el conquistador, empezó a darle valor.

Simple utensilio o charrería personal, mítica y gubernamental, a la llegada del conquistador el oro fué para el gobernante azteca, gracias a Moctezuma, una especie de ganzúa.

La lectura de los protohistoriadores sugiere que Cortés y los suyos estaban obcecados por el oro. Acaso no se cuidó dar detalles, explicaciones, ni profundizar los hechos. Cortés, como los cultos historiadores Bernal Díaz del Castillo y Oviedo, y como el propio padre Olmedo, anhelaba el oro. Todos ellos, llevados de su sinceridad, o por su escaso conocimiento de la psicología humana o por esa indiferencia ante el qué dirán que insensiblemente gana a los seres en tierra extraña, relataron sus impresiones respecto al oro con las ofuscaciones y pasiones del momento.

Antes que la ambición vil y la baja codicia, quién sabe si el oro fué para el conquistador, sin comprenderlo, un punto de partida trascendental. Para Cortés y sus más capacitados compañeros, sería algo así como un barómetro que les permitiría conocer el estado moral y social del aborigen. No les pasaría inadvertido que indígenas que habían llegado a fabricar y a refinar el oro, no podían ser bárbaros. Quizá imaginaron que obtenerlo era su principal misión, y para ello habíanles dado motivo los indios cubanos al exponerles su doloroso estado. Es probable que la soldadesca lo apeteciese, y que Cortés y los caudillos más ilustrados procurasen confundirla y desviarla, inquiriendo, preguntando, mostrándose muy interesados en alcanzarlo.

Por lo demás, los mismos Cortés y Bernal Díaz del Castillo, simples y afortunados soldados que no tenían antecedentes intelectuales en su tierra, al relatar estos hechos no debieron pensar que sus escritos les haría sentar plaza de historiadores y que llegarían a ser la infusa materia de inmensísimas bibliotecas. Quizá creerían que sus cartas y sus relaciones, que después de su muerte fueron recogidas

en libros, tan sólo servirían de orientación, y una prueba de ello es el tono unipersonal que emplean para loar sus propias acciones.

De ahí que no se preocupasen de profundizar los hechos, y psicológicamente se advierte que para darle más importancia a la obra, en la impaciencia del hombre que todavía no es nada, exagerasen el oro azteca primero, y después el incásico, sabiendo que el mejor modo de atraer la atención era encomiando la abundancia del precioso metal, universalmente ambicionado. Así es que no fuera extraño que propalaran las mayores mentiras. Presentándose como grandes poseedores de oro lograrían ayuda y protección, y tanto Cortés como Pizarro, lo primero que hacen es enviar oro a su monarca. El mismo Moctezuma no buscaba otra cosa con sus continuas dádivas a los conquistadores, desde que desembarcaron en Veracruz. El astuto jefe, que conocía la tragedia de los jefes tribales cuando les desposeía de su oro, figurábase que con el oro sería fácil ganar la voluntad de los recién venidos.

Moctezuma mostrábase tan generoso que aun cuando ganaba en el célebre juego llamado *totoloque*, que se jugaba con bolas de oro, repartía las ganancias entre los que con él contendían.

Después, con perversa intención, repartió el tesoro de su padre, acrecentado por él, entre los conquistadores, creyendo que así lograría dividirlos e indisponerlos, como acostumbra a hacer entre las tribus. Sacrificando su oro esperaba Moctezuma corromper y dominar al enemigo. Pero Moctezuma no logró sus propósitos y parece que Cortés y los suyos no advirtieron sus manejos.

No cabe duda que al conquistador se le despertó en el Anáhuac su pasión por el oro, y no cabe suponer que fue este afán el que le impulsó a realizar su empresa por cuanto su existencia le era incierta. Sólo a su vista, a su contacto, despertó en él su pasión por el oro.

El soldado, analfabeto y supersticioso, viendo los templos, *teocalis*, cubiertos de oro, sintió indudablemente el deseo de apoderarse de él, tal vez más molesto por tanta

ostentación que por ambición grosera. Y bien pudo suceder que lo que al principio era exagerado celo mítico se transformase luego en vulgar apetencia de riquezas.

No es de presumir que el conquistador viniese tan sólo por el oro, porque a tanto equivaldría atribuirle una idea previa de lo que era América, que sabemos no era posible.

El oro yacía virgen en América y debía hacer muy poco que empezaron los indios a amontonarlo en los lavaderos cuando llegaron los prehistoriadores. Las minas estaban abandonadas, y eran pocas las conocidas por los indios. Si las civilizaciones precolombinas hubiesen comenzado a explotarlas uno o dos milenios antes de llegar los españoles, habría influido de manera muy distinta el áureo metal en la conquista. Hubiera sido industrializado y vulgarizado, y con esto no habría sido tan patente su ostentación en los *teocalis*.

La prueba de que el oro empezaba entonces a ser explotado nos la dan la escasez de minas y la falta de su empleo fuera de los templos y los palacios reales. A los incas les estaba prohibido, bajo pena de muerte, poseer oro. De otro modo, hubiera llegado a ser un producto extendido en el mercado.

Cortés y los suyos no eran unos logreros vulgares. Durante su estancia en las islas de Santo Domingo y Cuba, antes de llegar al Anáhuac, trabajaron la tierra e hicieron fortuna. El soldado ambicioso no trabajó la tierra y olvidó sus hábitos de hombre esforzado a la vista del metal.

El oro, cuyo valor exageramos los modernos por estar tan metalizados, no representó entre los prehistóricos americanos, ni aún entre los propios conquistadores, el papel que hoy tiene. El ser humano se contentaba con poco y los incas vivían sin dinero. Se sabe que en el reparto del tesoro de Moctezuma, uno de los más grandes de la tierra, entre cuatrocientos conquistadores, luego de apartados los quintos del rey y de Cortés, apenas si les reportó a algunos una cantidad no superior a cien pesos oro, premio exiguo para quien había abandonado sus tierras, desafiado la furia del mar sobre frágiles naves y arrostrado las iras del indio

en pos de una conquista que exigía tantas penalidades como heroísmo.

No es de extrañar que los soldados, en su descontento y decepción, renunciaran a tan escasa ganancia, y que Cortés, dando ejemplo de generosidad, les ofreciera desprenderse de lo suyo en beneficio de ellos. Ejemplo único el del gran conquistador renunciando al fruto recogido después de la conquista de un formidable Imperio.

Pocos hechos históricos habrá más conmovedores que estas escenas de dolorosa decepción y de renunciamento.

Es lógico que tras la conquista comenzase la extracción en grande del oro, que sólo aprovechó a muy pocos por cuanto casi todos los conquistadores perecieron en el Perú, víctimas de sus propios yerros.

La interdependencia social que en vano pretendieron establecer las sociedades prehistóricas en tres o cuatro siglos de esfuerzos, la crearon los conquistadores españoles en menos de cincuenta años, si bien los que fueron a Méjico eran muy distintos a los del Perú y los de aquí a los de Chileindia. Parecerá extraño tan enorme resultado en tan poco tiempo; pero es que a la homogeneidad que imponía la guerra de conquista se sumaba la influencia de una superior civilización que iba provista del hierro y de la escritura. El espíritu, la fuerza de la mente, se impuso a la naturaleza, al hombre y a sus creaciones.

La interdependencia social conquistadora fué un fenómeno psicológico que no solamente abarcó el teatro de operaciones, la tierra americana, sino que, saltando el mar y entroncándose al continente europeo, sacudió a España y por medio de ésta al mundo entero. Quizá, desde la caída del Imperio Romano, el mundo no asistía a un fenómeno único de interdependencia social.

La civilización superior, por una parte, y los hombres que se revelaron y maduraron en la guerra de conquista, Cortés, Bernal Díaz del Castillo, Pizarro, Valdivia, Góngora de Marmolejo, Ercilla, etc., realizaron tal maravilla.

En realidad, la civilización española por medio de sus hijos y mediante la herencia biopsicológica, reveló en la

guerra de conquista la inextinguible potencialidad de su genio. Cortés, sin ser político ni militar, lleva a cabo la más imponderable obra política y estratégica. Bernal Díaz del Castillo, simple soldado, en cuyo oficio pudo enmohecerse como su espada brillante, surge como un cronista acucioso, honrado y digno. Góngora de Marmolejo, en Chileindia, lo mismo que Bernal Díaz del Castillo, concilia la pluma con la espada, rubricando sus hechos con el más denodado heroísmo. Ercilla, joven, casi un niño, troca el sable y el arcabuz por la lira e introduce en la guerra el hálito divino de la poesía.

Joven todavía Cortés, y Ercilla casi un niño, transparentan la acción prodigiosa de la herencia y reafirman la madurez genial de la civilización superior que los formó y desarrolló. Debido a la juventud y a su improvisación, a su escasa roña profesionalista, no se contagiaron quizá de los enconos, impacencias y sequedades de alma que gana a los del oficio ya muy trasegados.

Este papel trascendental de la herencia biopsicológica no es de asombrar. Se refleja, pero en sentido inverso que en los conquistadores, hasta en los propios monarcas indígenas. Moctezuma y Atahualpa son todo lo contrario que los hispánicos, que sin ser de elevada estirpe se improvisan como grandes caudillos. En vez de elevarse como Cortés y Ercilla, descienden y declina su prosapia tal vez por las taras fisiológicas de sus antepasados.

Moctezuma hereda el trono de sus abuelos, y en el proceso de su decadencia tal vez se advirtiera la tradición viciosa de la vida cortesana. Oviedo asegura que tenía un hermano loco y otro imbécil y poseía más de 1,500 mujeres, de las cuales había siempre 150 embarazadas, si bien se malograban casi totalmente los frutos de la pródiga paternidad regia porque abortaban la mayoría. Conocemos sus fabulosas riquezas y su habilidad para pervertir con el oro. Rompiendo con las costumbres de sus padres, no salía de palacio por no rozarse con sus súbditos. Humillaba a los magnates, gobernadores y sacerdotes, obligándoles a comparecer en su presencia descalzos y con trajes groseros de

burda paja tropical, el *neguén*, acaso el henequén de hoy. A sus propios sirvientes los rebajaba regalándoles la vajilla que usaba. Los emperadores aztecas no habían sido más que simples guerreros; pero él se erigió en jefe y sumo sacerdote. Sin la llegada de los conquistadores, tal vez se hubiera divinizado para crear una monarquía de origen divino, como la de los incas. Para comer se le presentaban más de mil platos y tal era su fastuosidad que hasta usaba sandalias de oro.

Atahualpa, mestizo, casi espúreo, muchachón todavía, usurpa el poder a su hermano menor, Huascar. ¡Qué decir de una monarquía divina ante el ejemplo de semejantes imberbes, que tenían todavía por esposas a las *Virgenes del Sol*, que sólo en el Cuzco, la capital imperial, pasaban de 1,500 y que se reclutaban entre las hijas de los sacerdotes, jefes, gobernadores y guerreros de mayor distinción! El mozalbete que era emperador divino, o considerado así desde la infancia, hacía barrer y alfombrar el suelo donde pisaba y, siguiendo a sus antepasados, predicaba la moral de la pasividad: el respeto a la viuda, sobre todo si era vieja, y la protección y la ayuda a los ancianos, por lo mismo que ya no podía esperarse nada de ellos. Pero jamás trató de instruir a la niñez y a la juventud, acaso para que no se aprovecharan de sus conocimientos. Sin embargo, los aztecas tenían museos botánicos, parques de fieras y hasta enanos y monstruos humanos para recreamiento del pueblo.

La abyección y sibaritismo, por no decir cretinismo y crapulosidad, de Moctezuma y Atahualpa, mayor en éste por ser más joven, biopsicológicamente presuponen un desarrollo fisiológico anormal, propio de ascendencias gastadas o predispuestas al desgaste por los refinamientos y artificios de todo orden.

Eran hombres de corte, de gobierno y de imperio, y, por más indígenas que fueran, dados a satisfacer las ruindades humanas.

Entretanto, la mayoría de los conquistadores, y en especial Cortés, Bernal Díaz del Castillo, Góngora de Marmolejo

y Ercilla, de pasado humilde y sin abolengo, fueron los padres fuertes de obras más fuertes aún, tal vez porque ni por herencia, ni por el ejemplo ni la educación tuviesen modelos desquiciadores.

Esta flor y nata de una civilización, es como el árbol que cuanto más arraigado en las profundidades de la tierra, más vigoroso se desarrolla y da frutos más altos. La revelación de tanta superioridad humana, reafirma la bondad insuperable de los sedimentos y extractos sociales de la civilización hispánica.

Esa gente de *baja estofa*, esa *mala ralea*, como han dicho y repetido los burócratas metidos a historiadores y a los que se les secó el alma al contacto de las frías páginas de mudas bibliotecas, aunque procedían de muy bajo, fueron los únicos artífices de la conquista. La prueba la tenemos en el antiguo Méjico, Perú y Chile.

Cortés, sin ser político y militar, como ya hicimos presente, en presencia de los indígenas y en un medio nuevo para él, procede con generosidad, con discreción y hasta con fraternidad, evidenciando su táctica diplomática y estratégica. Valdivia, en el otro extremo social, avezado militar y político, obra con crueldad y torpeza. Pizarro, sin saber leer ni escribir, conquista un imperio, el más vasto conjunto de sociedades tribales del continente. Valdivia, culto, ilustradísimo, paga con su propia vida el apego al dogmatismo político y militar.

Las consecuencias tuvieron que ser necesariamente dispares. Valdivia, político y militar en Europa, empleó con los chileindianos métodos censurables. Fué una víctima de su profesionalismo. Cortés, sin método hecho y cerrado, se adaptó a las circunstancias, y como no estaba inbuído de prejuicios, como Valdivia, no encuadró sus acciones dentro de teorías de academia, sino en hechos prácticos y contundentes. El mismo Pizarro, analfabeto y hasta expósito, se vió libre de ideas fijas, y de golpe pudo abarcar la situación sin someterse a simplicidades teóricas. Sin precedentes de escuelas ni academias, Ercilla comprendió la grandeza guerrera chileindiana y se reveló poeta épico, casi el único de la

conquista. Joven, inspirado y libre de dogmas, comprendió la grandeza del drama incomparable. A su obra poética se sobrepone la influencia y relaciones que despertó. Conquistador y poeta, es el primero que profundiza el alma del indio, y, después de él, despierta el afán por dar noticias de los aborígenes y reanudar los esfuerzos prehistóricos. El mismo Bernal Díaz del Castillo, tan minucioso y diligente, casi no nos dice nada del Anáhuac y apenas se refiere, no a las instituciones ni a las personalidades, sino más bien a la ciudad, a los hechos materiales que observó a su llegada a Tenotitlán. No debiera haber sido así, puesto que escribió cincuenta años después; y para evitar posibles reparos, trató de paliar su ignorancia o descuido argumentando que, como soldado, no tuvo tiempo de preocuparse de otra cosa que de la conquista, no obstante que, por haber pasado media centuria, pudo haberse informado.

Es cierto que son rarísimas las personalidades que se forman como Cortés, Ercilla, Bernal Díaz del Castillo, Pizarro y Góngora de Marmolejo; pero no por eso se puede negar que con relación a los acontecimientos hicieron maravillas, precisamente porque habiéndose formado ellos mismos sólo aprendieron lo real, lo útil, lo experimental, sin atiborrarse de fórmulas vacías.

No se crea que tratamos de hacer la apoteosis del analfabetismo, sino oponer un reparo los excesos de los que en vez de estudiar y esforzarse esperan que todo se lo den hecho. No desconocemos que la autoeducación tiene también sus inconvenientes, porque a veces, por pereza mental o por falta de intensidad en el esfuerzo se cae en la ligera imitación y en el vano personalismo.

Pizarro, por ejemplo, al internarse en el antiguo Perú y apresar al inca, parece tener grabada la imagen de Cortés. Afortunadamente, la imitación le dió mejor resultado, dado el carácter divino de Atahualpa. Si en vez de divino hubiese sido un rey guerrero como el azteca, es posible que la imitación le fracasara, a juzgar por el levantamiento azteca después de apresado y muerto el emperador.

Bernal Díaz del Castillo, por personalizar con López de

Gómez, escribe su historia, que le resulta embarazosa, y, causado de la polémica, se entrega de lleno a una obra veraz y sincera.

Sociológicamente, un núcleo de hombres de grandes méritos, si bien accidentales y circunstanciales, los conquistadores, impusieron la interdependencia en América, y, desde que se operó ésta, los imperios, confederaciones, pueblos, tribus, clanes y hordas quedaron prendidos a unos anillos de hierro de los que nunca más escaparían. Predispuestos por estos hombres superiores, no dependiendo de ellos por las complicadísimas relaciones, la interdependencia social conquistadora, y luego otra más profunda aún, la colonizadora, que después de sometido el indio sometía también a la tierra remozada, fértil, labrada, llegaría hasta el chileindiano, más poderosa que nunca porque ya la conquista estaba consumada y empezaba a arraigar la interdependencia económica. El éxito obtenido era un recurso psicológico nuevo.

Al llegar a Chileindia, la interdependencia conquistadora es más poderosa, porque a la vez que se confunde con la colonizadora y económica, se hace más efectiva y más clara, dados los intereses, ambiciones y apetitos despertados. Será imposible frenarla, así como no se pueden reprimir las mareas ni las corrientes.

Se ha gustado ya el oro y la mujer india. Tropical, caldeada por el sol abrasador, ha resultado una sensación nueva. El invasor se convierte gustosamente en propietario; los braceros, las sementeras y minas indígenas han servido como de encantamiento. El orgullo, la vanidad y la arrogancia se transforman en megalomanía con el cambio de vida. La naturaleza humana... siempre la misma. En Egipto y el Anáhuac. En Europa y en América.

Los seres que se enfrentaron con el chileindiano encubrían experiencias nuevas difíciles de olvidar e indomables pasiones.

La irrupción del soldado conquistador

Al parecer, los primeros hispánicos que se pusieron en contacto con los chileindianos, fueron los soldados capitaneados por Almagro, allá por el año 1541.

Esta fuerza militar hispánica llegó hasta las márgenes del Bío-Bío y fué violentamente rechazada.

Venía fortalecida por uno de los hijos del último Inca, Paullu Inca, y aunque parezca raro el hecho, habría que recordar que bastantes aztecas acompañaron a Cortés en su penosa expedición por Tabasco y Honduras.

Pero no conviene dejar pasar sin algunas reflexiones la participación del hijo del Inca y los suyos en la expedición de Almagro, también rechazada violentamente por los chileindianos y que, al parecer, iba dirigida contra ellos.

Al salir de Tupiza, Bolivia, y antes de entrar en la quebrada de Humahuaca, provincia de Jujuy (Argentina), en donde se vieron obligados a desviarse por la resistencia de los naturales, el hijo del Inca dió cien mil pesos oro a Almagro. Al llegar a Copiapó, después de pasar la cordillera por el lado pampeano argentino, el Inca hijo fué más dádivo aún y dió doscientos mil pesos más, y al ver el entusiasmo de los soldados agregó otros cien mil más pocos días después. ¡Cuatrocientos mil pesos!, según Figueroa y Córdoba, que escribió dos siglos después, y que no sabemos cómo obtuvo esta nueva información.

Ese dinero, o mejor, el oro equivalente, ya que ni los incas ni los indios del desierto chileno tenían noción de la moneda, fué recogido entre los naturales del valle de Copiapó, capital de la actual provincia de Atacama.

El hecho de que recogiesen oro no es tan raro y extraño como la pasividad de los changos, michimalongos y promanenca con los hispánicos y sus aliados los incas, no obstante la resistencia que opusieron los calchaqués en las estribaciones de la cordillera argentina y los otros aborígenes, que no les dejaron franquear la Quebrada de Humahuaca.

Se sospecha, sin ningún fundamento protohistórico, que ayudaron a dar un duro golpe al chileindiano de la misma forma que después, por grado o por fuerza, secundaron a Valdivia.

Este hecho es bastante sugeridor, puesto que Almagro y los suyos no hacen altos, no fundan ciudades, y, como perseguidos por el perro del infierno, casi sin parar ni tomar aliento, llegan a las márgenes chileindianas.

Si siguieron a ojos cerrados las inspiraciones de los incas, Almagro y los suyos servían, quizá sin saberlo, designios trágicos y sombríos, puesto que los chileindianos, un siglo o siglo y medio antes, habían derrotado a un ejército de cincuenta mil incas, según se dice.

Aunque los incas que venían con Almagro y los suyos eran nietos e hijos de los guerreros vencidos, parece que el revés levantó una llama tan viva que fué algo así como una zarza ardiendo por encima de las generaciones.

Es posible que Almagro y los suyos, vistas las facilidades de la conquista del Imperio de los Incas, creyesen cuanto les dijese el Inca hijo y su corte. Les harían creer que los chileindianos eran tan grandes como ellos y contra ellos debieran dirigirse las actividades. La rápida y casi insólita aventura de Almagro y los suyos lo hace presumir así.

El Inca hijo, o, mejor dicho, los magnates y artesanos incásicos que obraban por su cuenta, al lanzar a Almagro y los suyos contra los chileindianos, tan abandonados y aislados, acaso concibieron un plan de alta política. Echar en la boca del lobo, en las fauces terribles de la destrucción, a los hispánicos para así desbaratarlos. Sabían que el chileindiano había opuesto, años ha, toda una inmensa fuerza guerrera que los hizo huir. De ahí que no fuese raro que

abrigasen el trágico designio de ver desaparecer a Almagro y los suyos, para luego ellos alzarse contra los hispánicos que quedaban en el Perú, como se alzaron a poco de salido el primer descubridor de Chile, y luego arrojarlos del poder y entronizarse de nuevo.

No en balde les brindaron ese tesoro equivalente a cuatrocientos mil pesos oro y se logró la conspiración de todos los aborígenes, desde el chango hasta el promaucaes, contra el chileindiano.

Es posible, también, que al mismo tiempo que lograsen hacer pasar por las horcas caudinas a los blancos, ellos, en el consiguiente agotamiento y cansancio, intentasen vengarse de los que llenaron de oprobio y de ignominia las arrogantes armas de sus progenitores.

Sea lo que fuere, el hecho es que Almagro y los suyos experimentaron un tremendo desastre y los chileindianos quedaron como siempre dueños del campo, obligándolos a huir.

Los hispánicos regresaron sin más tardanza al Perú y al instante se vieron envueltos en la guerra civil, azuzada por los incásicos, en la que tuvieron un fin trágico.

La imprevista y trágica muerte de Almagro y de sus caudillos y el hecho de que no supiese escribir, porque de lo contrario algo habría escrito, nos han dejado en penumbras sobre su enigmática expedición a Chile y la sospecha de que, sin él saberlo, sirvió designios vengativos.

Se ha alegado que regresó decepcionado de Chile al no encontrar minas. Ésta es una pobre excusa, y siendo así que desde el centro al norte, Quillota, Marga-Marga, Huasco, Copiapó, etc., abundaban los lavaderos de oro.

Es probable que ante la dolorosa derrota penetrase el designio sombrío del incaico y que sin decir esta boca es mía, diese vuelta a la brida del caballo. Comprendería, aunque un poco tarde, que había sido víctima de una celada y antes de delatarla, ya que los que la concibieron estaban en su casa y obraban con la annuencia de los promaucaes y michimalongos, prefirió callar. La decepción la experimentó casi antes de ponerse en contacto con los españoles que dejó al

partir y que con él sellaron su heroísmo con la muerte en un instante sombrío, como el designio que sirvió. ¡Pobre Almagro! Su fatalidad fué más lejos y ha confundido a los siglos. Sobre él se interpuso el silencio, y nada se ha sabido.

Con Valdivia, que sabía leer y dejó cartas, iba uno, Góngora de Marmolejo, que escribió una historia, y con Hurtado de Mendoza, Ercilla, que concibió la épica; pero con Almagro no iba nadie capaz de contar el hecho, que parece cuento, y que apenas, psicológicamente, se alcanza a relacionar.

Dos o tres años después de Almagro, salió Pedro de Valdivia del Perú, al mando de unos doscientos hombres y algunos miles de indios.

Este hombre, también sin sospecharlo ni presentirlo, a pesar de su cultura y dignidad, servía un designio quizá más sombrío. Era el brazo con que se descongestionaba al Perú convulsionado.

Sabido es, y el protohistorialista está de acuerdo en ello, caso extraño, que uno de los motivos que decidieron a Valdivia fué librar a la conquista incásica de tanto faccioso o en camino de serlo. Aunque no se haya dicho o no haya habido interés en decirlo, es probable que se conminase a algunos incas para que quedase limpia la colonia.

Claro está que Valdivia, por encima del trágico designio de los incas y de los suyos, era esclavo de las circunstancias violentas y terribles. Las cosas habían cambiado mucho y ya el indígena había sido domeñado y tragaba la bilis del despecho. Tanto era así que llevado de la sed de venganza contra el conquistador, que apenas sufrió Almagro el primer revés, al ponerse en contacto con los changos y michimalongos, comenzó una guerra de guerrillas. Ya no se trataba de oro, ni de sementeras, ni de aliados, ni del Inca hijo ni del magnate, a los que no necesitaba para pelear el incásico sometido, que deseaba salir de su embarazosa situación.

Es posible que con el pobre Valdivia se mostrasen los indios más crueles y despiadados que nunca. Los changos y michimalongos, apostados en los vericuetos interminables

de las montañas de Copiapó, Vallenar y La Serena, hostilizaron a porfía, y en su reducto del valle del Mapocho, la actual capital de Chile, escondieron las sementeras y el ganado, y acaso, en el apuro, echaron al río lo mejor que tenían.

¡Lo que son las cosas de la vida! El michimalongo que al principio ayudaba a Almagro y a los suyos cuando se dirigían a quebrantar al chileindiano, ahora, por la fuerza de los hechos, aparecía ayudando al propio chileindiano contra los que iban a ser sus peores enemigos.

Los changos y michimalongos debieron sufrir mucho y quedar asolados, puesto que los promaucaes, fronterizos a los chileindianos, empezaron a observar una conducta indiferente.

Los españoles que acaudillaba Valdivia, ¡triste bautismo de armas!, pelearon y usaron los más crueles refinamientos contra sus propios hermanos, secundados por los incas que les acompañaban.

En realidad, como se verá más adelante, fué una verdadera desgracia que los conquistadores de Chile emprendiesen sus hechos de armas en América no como es corriente, usual, tradicional, sino entre hermanos, acciones tan tristes que no se habían visto en ninguna parte, ni aun en el Anáhuac, en donde la guerra los autorizaba para ser violentos.

El contagio moral, el mal de conciencia que después se trocó en la sequedad de alma y en la crueldad más inaudita, insólita en la conquista americana, tuvo consecuencias irreparables. El que en instantes tan críticos, lejos de la familia y de la patria, en otro mundo, en donde casi no había por qué, ni para qué, se enfangaba en la guerra fratricida, es porque la naturaleza salvaje lo confundía y lo arrastraba en su frenética carrera. La civilización empieza en la tribu, prosigue en la ciudad y se reafirma en la nación. Pero, ¿qué civilización cabía entre razas extrañas, primitivas, y cómo habían de seguir siendo civilizados en donde la necesidad, el peligro, la delación, el hambre y el crimen hacían retrogradar al ser humano?

En el Perú, en la guerra civil, el soldado perdió el amor que lo ligaba al hermano, y quizá en una degeneración del sentimiento humano, sin él quererlo, poscío de la fatalidad de las cosas y de las circunstancias, se extravió en el más frío y seco egoísmo. ¡Qué diferencia con los hombres de Cortés, amándose en el dolor, la desgracia y la muerte, como demostraron en la espeluznante expedición de Honduras! En el mismo Perú sólo murieron cuatro o cinco españoles, y de muerte natural.

Si fué así, si psicológicamente el ser tuvo que ir degradándose, ¿por qué extrañarse que el morbo moral, la morbosidad ambiente colonial hispánicoincásica, se extendiese a Chile? La guerra, función de muchedumbres, es lo más contagioso que hay, y como a todos los niveles el peligro, la brutalidad y la violencia, no es raro que se perviertan unos a otros y que no haya más ley que la de la fuerza. Y el indio fué una víctima de este sentimiento.

La morbosidad de los conquistadores se exacerbó desde la salida del Cuzco, al subir los enormes cerros, penetrar en la abrupta montaña y luego descender y toparse con la inacabable y nunca vista cadena de cerros grises, pelados, erizados de lajas finas como cuchillos o puñales, que empiezan en el desierto de Atacama, en Copiapó, aumentan más al sur de Vallenar y continúan cada vez más amenazadores y bruscos. En ninguna otra región de América encontró el conquistador serranía tan desolada y pavorosa.

El morbo del Perú y el doloroso camino por un desierto más espantoso que el de Sahara, influyeron en el ánimo del conquistador de Chile. No es extraño que entrase a sangre y fuego, como en ninguna otra parte. Cortés llegó a Méjico, a Tenotitlán, antes del sitio, casi sin violencias de ninguna especie. Solamente a Pedro de Alvarado, con los cachiqueles de Guatemala, se le ve emplear métodos violentos llevado de su codicia.

El deseo de terminar pronto los determinaría a matanzas tremendas, como la que siguió a la batalla del río Andalién, en las inmediaciones de la actual ciudad de Penco. Ya casi todo estaba conquistado, el Anáhuac, el antiguo Perú y la

inmensa faja que se extendía desde las Antillas hasta el mismo centro de lo que es hoy Chile. Poco o casi nada quedaba por conquistar, y los que deseaban completar la conquista eran varios. A Almagro siguió Valdivia y a éste trataban de ganarle la delantera otros, entre ellos un tal Martínez de Hoz, que mereció morir en la horca en Santiago.

Era el mismo caso de Cortés, aunque más atenuado, que siempre temía que de un momento a otro llegase cualquier otro a Veracruz. Antes que él había cruzado las playas atlánticas mejicanas Grijalba, y después que él penetró en Méjico Narváez, enviado por el gobernador de Cuba, para tratar de suplantarle.

Es posible que este temor fuese debido a una excitación de nervios, a la consiguiente neurastenia contraída en la lucha feroz.

La conquista de Méjico y del Perú se hizo en muy distinta forma que la de Chile, porque también las cosas se presentaban de manera distinta y el conquistador jamás abandonó el sentido común. Cortés, en el Anáhuac, procuró hacer una conquista pacífica, sin extorsiones ni derramamientos de sangre, y aunque después las circunstancias lo hicieron cambiar de propósito, en lo más cruento de la refriega se dolía en el alma de la destrucción de los palacios y edificios aztecas. Es lo que tuvo en cuenta al tomar la ciudad. Sería de ver la congoja que ganaría su corazón y la tristeza que dominaría a su ser al observar la ciudad envuelta en llamas, próxima a quedar hecha ceniza. En el Perú, por más rudos que fuesen los conquistadores, comprendieron que cualquier templo, palacio o casa era un valor vivo, fijo e inconfundible.

Entretanto, los changos, los michimalongos y los promaucaes no habían logrado volver a la ciudad, y, por consiguiente, sus sementeras y sus brazos era lo único que tenían.

Además, los conquistadores, en especial Pedro de Valdivia, no ignoraban que habían servido al Inca, y llegasen o no a ser vasallos, el hecho cierto era que se habían establecido vastas relaciones. Las trizaduras de los cerros de

Copiapó y de Quillota, en donde se empezó a explotar las minas en verdadera forma, lo denunciaban y no podían desmentirlo. El propio Almagro había sido ayudado por ellos. Le aportaron bastante oro y comestibles y se dejó conducir por los indios siguiendo sus rutas, por más inaccesibles y abruptas que parecieran a simple vista. Es posible que si el indígena no hubiese orientado al primer conquistador, éste se habría perdido entre las montañas del desierto de Atacama; y algunos soldados experimentados, que hicieron el primer viaje y que después volvieron con Valdivia, debieron también servirle de mucho.

Por otra parte, Valdivia y sus principales jefes, en la travesía desértica e infernal, se darían cuenta de que en Méjico y Perú habían salido victoriosos hombres que no eran militares de carrera ni ostentaban la suficiente cultura, mientras ellos, tan superiores, no salían de los vericuetos obstruidos por las piedras afiladas que se les clavarían en el alma como cuchillos.

La gloria de Cortés se extendía por todo el mundo y las hazañas de los conquistadores del Perú comenzaban a ser famosas. Pizarro, con menos de doscientos españoles, había conquistado el fastuoso Imperio de los incas, mientras Valdivia, avezado a la guerra y con doscientos soldados mejor escogidos, no lograba vencer la iracunda hostilidad de clanes bárbaros. ¡Cómo maldeciría su suerte al verse perseguido por los michimalongos y los changos! Pizarro y los suyos dominaron numerosas ciudades y gozaron las delicias de un clima bonancible. Él, por el contrario, nada podía conquistar, se desmoronaba cuanto construía y aun en la actual capital de Chile, en las inmediaciones del río Mapocho, se vió en inminente peligro de perecer con todos los suyos.

El paisaje era espantoso, de pavorosa desnudez, y los mismos indígenas, changos, michimalongos y promaucaes, aparecían tan desnudos como los cerros del norte de su país, el actual desierto de Atacama. Era para desesperar a cualquiera. Aun hoy mismo se observa en las salitreras que hasta el manso buey llevado del centro del país, se vuelve

rabioso y bravo, como atacado de un mal que no tiene explicación.

Valdivia no debía ser el mismo de antes, en medio de una naturaleza tan enemiga. Era de más edad que Cortés, y si en años le aventajaban Pizarro y Almagro, él les superaba en sufrimientos. Las amarguras de la vida debieron llevarle a las playas de América, porque es casi el único caso de que un profesional de las armas bien reputado figurase entre los aventureros y la turbamulta de soldados improvisados que iban a la conquista. Los accidentes de su conquista, su anhelo de reservarse la mayor parte en los repartimientos, su olvido de la experiencia y de los terribles reveses del pasado, revelan un inmenso drama interno. Su avidez y su egoísmo son incomprensibles en un militar español de aquel siglo caballeresco. ¡Qué contraste entre él y Cortés, luchando desinteresadamente por la religión y la gloria y aconsejando a los suyos que no empleasen la violencia ni se apoderaran del oro!

Valdivia cayó víctima de su ambición desmedida, de sus evidentes errores. No debía ignorar que a Cortés habíale dado buen resultado aliarse con los totonecas, tepanecas y tlascalenses y que Almagro fué y volvió de las márgenes chileindianas con el favor y la simpatía de los indígenas.

Valdivia debía saber que el chileindiano era implacable en la lucha defendiendo su soberanía. Todavía estaba fresco el tremendo desastre de Almagro y acaso imaginaría que las montañas seguían teñidas de sangre. No ignoraría lo que los indígenas australes fueron y había llegado a ser para los incásicos. Tanto lo supo, tan bien lo llegó a saber, que una noche del año 1545, al acercarse por primera vez a las márgenes chileindianas, se sintió violentamente atacado. ¡De noche, de noche!, diría, y se apretaría la cabeza y miraría al cielo para ver si había tormenta y si los rayos y truenos le hacían ver visiones. De su pavor es testigo la historia, que nos lo representa huyendo de noche y dejando grandes fogatas encendidas a fin de despistar al indígena para que no lo persiguiera entre las sombras. En el Anáhuac, de naturaleza muelle y tropical, los indios no pelea-

ban hasta romper el alba, y cuál no sería su sorpresa ante semejante ataque nocturno.

Valdivia, llevado de su engrimeo profesional, no quiso creer en las condiciones guerreras de la sociedad tribal austral; pero al comprobarlas debió cambiar de rumbo, y no lo hizo. Su terquedad y su insólita ambición lo llevaron a la muerte. A Pizarro y Almagro les hubiera disculpado su incultura. Valdivia fué completamente distinto que Cortés, que falleció rodeado del general respeto y en pleno goce de muy justas comodidades, al mismo tiempo que el conquistador de Chile hacía frente a su abrumadora empresa.

Valdivia debió esperar un poco y no querer consumir la conquista con tanta rapidez. Esto es lo que se desprende cuando se considera la del Anáhuac. Cortés todo lo confió a un plan, basado en la obra meditada y laboriosamente ejecutada, sin temor a que nadie le atribuyese dilaciones pueriles ante el hecho de comenzar la construcción de trece veleros y abrir media legua de canal con esclusas, puertas, fortificaciones, etc., para nivelarlo con el lago de Tescoco. Valdivia todo lo confió al azar, sin creer en otra cosa que en el arcabuz, la espada y la lanza. Esta equivocación la pagó con la vida y con ella le dió al indio su ya nunca desmentido prestigio.

Realmente, fué una víctima de multitud de circunstancias desfavorables. Se propuso libertar al Perú de gente maleante, y tal vez a esto se deban las insensatas ambiciones que precipitaron su caída, que tal vez se hubiera evitado de haber llevado a otro Olmedo en sus filas. Pero, si no éste, llevaba, al decir de los prehistorialistas, a un tal Lobo que hizo honor a su apellido peleando como un lobo entre ovejas.

Si Valdivia y los suyos no hubiesen entrado a sangre y fuego desde el desierto de Atacama hasta las márgenes del Bío-Bío, muy otra hubiera sido la conquista y se hubiese evitado la interminable guerra chileindianahispánica. De haber ido en son de paz y atraído con prudencia a los indios de Copiapó, como hizo Cortés en el Anáhuac, todo se hubiera evitado, y por más que Almagro había dejado un

mal recuerdo, la persistencia de una conducta generosa hubiese desarmado al aborígen. Además, como hizo Cortés en Méjico, bien pudo tomarse un largo descanso para ganar el alma del indio y atraerlo hacia la cristiandad. La siembra de amor hubiera dado sus frutos, y la solidaridad no hubiera tardado en establecerse entre unos y otros. Los michimalongos hubiesen visto andando el tiempo con singular agrado y asombro la redención de sus hermanos del norte, tan desgraciados los pobres que la más leve demostración de ternura los habría convertido en hermanos, y el camino frágil se hubiera transformado en senda de flores. Y entonces, los michimalongos y los promaucaes, ganados por el ejemplo, no habrían tardado en postrarse ante las plantas del hermano más civilizado. Un cuarto de siglo antes se había contemplado en América este espectáculo. No era pedirles mucho, por lo tanto, a Valdivia y los suyos, que lo ofrecieran de nuevo.

También es posible que el chileindiano hubiese experimentado alguna contrariedad de haber visto al chango, al michimalongo y al promaucaes amigos y aliados de los hispánicos, lo mismo que Moctezuma y su corte de sacerdotes y guerreros cuando se sublevaban las tribus sometidas a su poder. Quizá hubiesen mirado entonces a los aliados con más encono que al mismo Valdivia y a los suyos, que no pasaban de doscientos y que por no saber quiénes eran confundían al principio con los incaicos, según testimonio de los españoles.

El ser humano, y con preferencia el primitivo, se crece ante el peligro inmediato, que gusta de exagerar por orgullo y vanidad. Una alianza de promaucaes, michimalongos y changos, como la de los totonecas, tepanecas y tlascaltecas en el Anáhuac, hubiera sido un golpe terrible. Esta maniobra, fácil acaso para Valdivia, lo hubiera llevado al más completo éxito. Y fué raro en él, tan experimentado en maniobras guerreras, que no la concibiera.

Pero no. Entraron a sangre y fuego, y es de notar que ni Valdivia en sus *Cartas al Rey*, ni Góngora de Marmolejo, que iba con él y que escribió la primera historia de estos

episodios, aludieron a estos métodos de violencia. Aún más, Valdivia, en su analgesia, le refiere al monarca español en su cuarta carta la salvaje mutilación de doscientos chileindianos con la misma buena fe que si se tratase de la conversión de los gentiles.

Después de Hurtado de Mendoza, que no echó mano de ellos acaso porque llegó a las puertas de los chileindianos directamente desde el Perú, se comprendió la necesidad de reclutar michimalongos y promaucaes. Pero era tarde para dar este salto atrás. Valdivia y los suyos, ante sus tremendos y repetidos desastres, proclamaban a gritos su gran equivocación.

La política que se siguió en Chile fué muy distinta de la que se siguió en la conquista de Méjico y aun en la del Perú. Valdivia, como profesional de las armas, ambicionó los lauros de la misma aun a trueque de sacrificar los más elementales deberes de conciencia. Quiso gozar la admirable gloria de que gozaban Hernán Cortés y Pizarro, y para ello emprendió una tarea superior a sus fuerzas, confiando con exceso en que las circunstancias le favorecerían.

Un militar como él no podía transigir, en una época de heroísmo y de caballeros andantes, con una política de prudencia, y como él se formó en la guerra y no creía más que en la decisión violenta y en el combate sangriento, de ahí que sometiese a tales procedimientos la conquista de Chile.

Apasionado de su profesión es probable que una conquista no militar no fuese conquista para él. No debió desconocer las ventajas de un plan de atracción y división de los indígenas; pero esto no dejaría de ofrecer sus inconvenientes. Sus huestes, formadas por españoles e incásicos, no se avendrían a una penetración paulatina, dada su endeble disciplina. Además, se necesitaban para ello más recursos de los que disponía, ya que el desgraciado Valdivia apenas si había podido organizar un pequeño ejército con grandes fatigas, y lo mismo que le pasó a Hernán Cortés en Méjico, hubiese precisado de grandes caudales para repartir baratijas y regalos entre los indígenas. Después, en los famosos parlamentos chileindianohispánicos se vió cuán onerosas

resultaban para la corona las cargas que se imponía de repartir entre los indios sombreros, bastones, comida, bebidas, etc.

Valdivia debió desanimarse ante el largo plazo que se necesitaría para que diera resultado una política de atracción, tal vez cuando él y los suyos se hubiesen extinguido y quizá a costa de sacrificios y renunciaciones que no se avienen más que con los mártires o las gentes poseídas de unión mística. Pedir a sus hombres que se sacrificasen por una gloria lejana y exigirles desinterés sería lo mismo que suplicarle conmiseración a un tigre. El ser humano, en aquellas circunstancias, no podía dar más ni cabía esperar otra cosa de él que lo que saltaba a primera vista. Confiar que tales guerreros se mostrasen abnegados y magnánimos, habría sido ignorar lo esencial de la naturaleza humana.

Cortés no empleó más de tres años en la conquista del Anáhuac, con la salida y sitio de Tenotitlán, y Pizarro aún menos en la del Imperio de los incas. Valdivia llegó a Chile en 1545 y no se decidió a atacar en forma a los chileindianos hasta cuatro años más tarde. La demora indica lo arduo de la empresa. Sus mismos hombres no cesaban de mortificarle por ello; pero las críticas más amargas llegaban de ultramar, donde era absoluto el desconocimiento del teatro de operaciones y de lo que valían y representaban los chileindianos, lo que agravaba la situación del infortunado caudillo.

Valdivia se lanzó al combate y pereció con el arma al brazo, y ante su admirable ejemplo hay que lamentar su prematura muerte por el caudal de experiencias que se llevó a la tumba. De haber sobrevivido a los hechos no cabe duda que hubiese escrito las enseñanzas que se desprendían de sus acciones.

La conquista a sangre y fuego era inevitable aun acariando el ideal de la penetración pacífica, en primer lugar porque Valdivia y los suyos, faltos de todo, aislados, abandonados en medio de aquellas ingentes montañas, eran muy poco para esta labor persuasiva y asimiladora. No recibiendo ayuda del exterior, estaba condenado al fracaso de

antemano. En segundo lugar, porque los changos y michimalongos, en vista de las consecuencias de la conquista incásica, no se mostrarían dispuestos a dar fe a los nuevos propósitos redentores.

Si no imposible, era realmente difícil asimilar y transformar al indígena, ya que éste no abandonaba así no más su modo de ser y su temperamento. Para eso, lo mismo que en el Paraguay, habría habido necesidad, en vez de militares, de jesuitas, y aun con dudas sobre el resultado. Cortés, en el Anáhuac, pudo penetrar pacíficamente entre los tototecas, tepanecas, cholultecas y tlascalenses porque contó con un recurso psicológico inmenso, la división y los odios profundos que existían contra el azteca, expoliador, detentador de mujeres para los impúdicos serrallos y de niños y hombres para sus famosos sacrificios humanos. La infiltración y penetración de Cortés fué de otra índole, y no logró enlazar a los aztecas. Resultó más bien una transitoria y condicional alianza para conquistar al azteca.

Entretanto, con los changos, michimalongos, promaucaes y chileindianos, Valdivia no pudo hacer lo mismo. Los clanes casi no se molestaban y al parecer no tenían grandes odios entre sí. Vivían cada cual en sus valles y montañas, ajenos el uno al otro, y su evolución social, algo primaria todavía, no había permitido introducir tantas complicaciones en la política. Las tribus chileindianas, las más desenvueltas, apenas si habían tenido algún leve contacto con ellos, y tanto es así que, no obstante la primera ida de Almagro con incásicos, michimalongos y promaucaes, siguieron creyendo que Valdivia y los suyos eran incásicos. Es cierto que Valdivia pudo haber conseguido la alianza con changos, michimalongos y promaucaes, tal como la obtuvo con buenos resultados Almagro, y con ella hacerse presente a los chileindianos, demandarles acatamiento y darles seguridades de paz. Para Valdivia eran malos embajadores los incásicos, enemigos irreconciliables de los otros.

Un cúmulo de circunstancias adversas rodearon a los conquistadores, y bien pudiera haber sucedido que su de-

signio les hubiera resultado tan fallido como a sus compañeros del Anáhuac que, no obstante todas las alianzas, protestas, embajadas y presentes de paz, al fin, los acontecimientos los empujaron a la sombría destrucción de Tenochtitlán, la grande y suntuosa ciudad del Nuevo Mundo, y a la matanza de cerca de cuarenta mil aztecas. Psicológicamente, en la guerra, el hombre está muy por debajo de las contingencias, desde el instante que actúa como rebaño armado y destructor. Así se concibe que Cortés llorase a Tenochtitlán, reducida a escombros, de la misma forma que hubiera llorado su derrota definitiva.

Sociológicamente, la conquista, esto es, el choque de las civilizaciones primitivas americanas con la civilización superior hispánica, y el ritmo, la evolución y la interdependencia social universal, fueron superiores a los hombres; tuvieron que serlo en la incommensurable, infinita y nunca vista complejidad y variedad de factores a cual más oscuros, tenebrosos, encontrados y disímiles. Aunque parezca paradoja y hiera a la moral de baratillo, sin o con crueldades, con o sin monstruosidades, los hechos tenían que seguir su curso determinado y fatal. Acaso lo que el moderno llama crueldad, empalagado con toda la contumacia hipócrita y el fárrago de insultos sin base humana ni real, no fué tal para el indígena, al menos no pudo serlo para el azteca, ni para el inca, que sin el menor empacho sacrificaban multitud de niños, mujeres y hombres. Quizá toda crueldad, como en el caso del galvarismo chileindiano, resultase un homenaje a sus dioses y hasta un motivo para entronizarse héroe. Aunque parezca paradoja, el heroísmo y el martirio los desconoceríamos sin haber mediado la crueldad, y a veces, cuando se dignifica a un Xicontecal o a un Cuauhtemoc, entre los tlascalenses y los aztecas, por ejemplo, no se repara en que los héroes, de no haber sido por la crueldad, tal vez habrían muerto como cualquier hijo de vecino. En la dualidad del bien y del mal se observan muchas cosas incomprensibles, y todavía en nuestros pueblos indohispánicos no atina uno a comprender por qué se ha gastado y se gasta tanta tinta en censurar las crueldades indígenas, y no se

esfuerza nadie, sin embargo, por mejorar la triste situación del indio actual. No se sale del círculo vicioso de censurar sin corregir los males que todos conocemos.

Los conquistadores del tipo de Valdivia, por ejemplo, al mutilar a los doscientos chileindianos en la batalla de Andalién, no obraron simplemente por crueldad, que eso sería negarles todo atributo humano, sino por el prestigio de las armas en un ambiente en que no cabía la dulzura y la misericordia que podían malograr la obra. Actos de tan terrible crueldad eran fruto de los odios de una parte y otra; pero en la conquista debe verse algo más que esto, que es lo único que ve la pereza mental de los que hablan tradicionalmente de aquellas luchas.

Sólo hemos atendido a las crueldades que el conquistador perpetraba en el aborigen y no a las que el indígena infligía al invasor. A la larga, unas y otras se confundieron, se condicionaron, y en el flujo y reflujo de la guerra acabaron por ser trágica y sombríamente interdependientes. Valdivia fué mutilado por los indios al mismo tiempo que otros de los suyos, y unos cuantos compañeros de Hernán Cortés, sin mediar acto alguno de crueldad por parte de ellos, los llevaron los aztecas a la piedra del sacrificio y ejercieron en ellos la más terrible monstruosidad humana. El sentimiento humano, por más falto de educación y escaso de orientaciones educativas que esté, jamás dejará de horrorizarse ante semejante salvajismo; y, sin duda alguna, era éste el más crudo y siniestro que había experimentado en carne viva el hijo de España.

Claro está que en la guerra es condenable cualquier exceso no justificado; pero, hay que decirlo claro, los pueblos que ven parcialmente la parte fatal, negativa, de la crueldad, tarde o temprano acabarán empequeñeciéndose a sí mismos, contagiándose del miedo que se desprende de toda lamentación que pierde, en fuerza de repetirse y vulgarizarse, todo el santo vigor de la protesta.

Es casi inconcebible que por una crasa y supina ignorancia nuestros pueblos estén todavía retenidos en la malla de las enrevesadas suspicacias tan fatales a nuestros renova-

mientos culturales. Por ejemplo, en el pueblo bajo de Chile se admira más a Caupolicán que a Lautaro, siendo así que cuando éste era todavía un niño rompió el fuego y dió a su patria gloria imperecedera. El secreto de ello está en la crueldad de que fué víctima aquél, y ante ella, poco a poco, se han ido olvidando sus grandes reveses.

Psicológicamente, hay algo de plebeyo, una especie de limitación y endebles que denuncia una falta de desarrollo emotivo superior en la tradicional, por no decir, en la maquinal ensalmación de la supuesta y equívoca crueldad. Los pueblos que se enfangan en la contemplación de la crueldad, no tardan en acercarse a ella con el corazón; y por eso de que los extremos se tocan, hasta convendría ver, ahondar, profundizar mejor el problema.

Nuestros pueblos niños, y, por lo tanto, atolondrados, díscolos y revoltosos, por su mismo estado psicológico de transición, se han hecho un mal sin saberlo. Las injurias ya no le sirven al cruel, como la conmiseración al martirizado, porque ni el polvo queda de ellos, y a la nación, a la patria de los ejecutores, no podemos hacerla responsable de los extravíos e insensateces de algunos de los suyos.

Las nacionalidades de América, en vez de volver la cabeza atrás para ver el mal, debieran mirar hacia adelante para presentir el bien, para que no le pase lo que al apóstol, que hacía el mal que trataba de evitar. Los pueblos debieran alimentarse más de las virtudes fuertes y austeras, que entrañan el porvenir, que renguear en el pasado; y no vaya a ser que el mucho clamar sea una pantalla o resulte un disfraz que oculte nuestra ignorancia y la imposibilidad de comprender las cosas profundas de la vida.

Ante el modelo incesantemente expuesto, nuestros niños, que no tenían por qué conocer tan pronto los horrores del mundo, acabaron familiarizándose con el mal, intoxicados para siempre, predispuestos para que, ya de hombres, se lanzaran por una nonada a continuar el cortejo de guerras y revoluciones que han assolado a la joven América. ¡Qué infantilismo el nuestro!

La culpa de todos nuestros males la tiene esa haraganería histórica, llena de tradicionalismos perniciosos que no han logrado desvanecer los generosos esfuerzos de sociólogos y sabios educadores de tanto prestigio como el chileno Letelier, el argentino González y el peruano Cornejo.

El choque de dos civilizaciones

Sociológicamente, en Santo Domingo, en Cuba, en el Anáhuac, en Centro América, en Colombia, en Perú, en Argentina y en el Uruguay, esto es, en casi todo el continente, chocaron dos civilizaciones en forma fatal e inevitable.

Los chileindianos, con ser los últimos por su posición geográfica, no podían escapar tampoco al irremediable choque; y es probable que resultase más decidido en vista del éxito estimulador.

Las civilizaciones primitivas americanas, por sus condiciones morales, materiales y guerreras, eran, naturalmente, muy distintas a las más evolucionadas, a las superiores, como la hispánica por ejemplo.

Las aborígenes estaban casi naciendo, y la hispánica había logrado ya tal superioridad que no era posible que unas ni otra se reconociesen al enfrentarse.

Había entre ellas una diferencia de evolución inmensa, infinita, difícil de poder relacionar, y ello fué lo que produjo el choque inevitable.

Si las civilizaciones prehistóricas hubiesen tenido cierta analogía de desarrollo con la hispánica, muy otro habría sido el giro de la conquista. El aislamiento y la falta de interdependencia social, le fueron fatales al continente, y mucho más al chileindiano. De no haber sido así, la comunicación, el intercambio, habrían obrado maravillas, hecho conocer y apreciar mejor a los pueblos.

Pero las sociedades tribales precolombinas, ni siquiera eran conocidas en Europa, y al contrario, como tales, esta-

ban de antemano fatalmente condenadas. Las similares a ellas del Oriente, la egipcia y la babilónica, por ejemplo, hacía más de mil años que habían sido dominadas por los griegos, e incorporadas posteriormente al Imperio romano.

Su calidad de civilizaciones primitivas superiores, o de incipiente definitiva civilización, de poco les sirvió, y, al parecer, sus adelantos, aunque primarios y elementales, fueron una invitación a la conquista, fuerte, perseverante y efectiva.

Si cayeron ante el impulso de otras superiores las civilizaciones primitivas orientales, claro está que cabía esperar lo mismo en cuanto a las precolombinas. Al menos éste debe haber sido el pensamiento de Colón y de Cortés, sobre todo porque a ambos grandes espíritus, para mayor desgracia de las sociedades tribales, les tocó recalar y vivir en las islas en donde los clanes estaban en plena decadencia o consunción. Semejante aspecto social debió haber influido bastante en el conquistador, y como acontece siempre en la especie humana, que procura ver nada más que lo favorable y desechar lo desfavorable, no sería raro que a los soldados que estaban por partir al Anáhuac les pareciese fácil la conquista, creyendo que los indígenas del continente vivían tan atrasados y miserablemente como los de Santo Domingo y Cuba.

Tan cierto es ello que en las islas casi no encontraron resistencia, con lo que el entusiasmo y la fe cobraron alas y les dieron impulsos desmedidos.

Es posible que la forma de imposición, aunque toda conquista jamás ha dejado de tenerla, sobre los indios antillanos, produjo en Cortés la más profunda impresión y le dió su inefable e incontenible idealismo.

Si en vez de Santo Domingo, Cuba u Honduras, donde se dice que tocó tierra Colón primeramente, hubiera recalado en el actual puerto de Veracruz o en Acapulco, en cualquier lado del Atlántico o del Pacífico, y se hubiese puesto en contacto con los aztecas, es innegable que muy otro habría sido el giro de las actividades conquistadoras. Acaso la misma corona española, informada de la importancia

del Estado azteca y de lo floreciente de sus numerosas y amplias ciudades, habría tomado cartas en el asunto, y Cortés no hubiese salido de Cuba casi por su propia cuenta.

Pero los pueblos, lo mismo que los hombres, no pueden a veces penetrar ciertas cosas, por más cerca de ellas que se encuentren.

¡Qué alegría hubiesen tenido Colón y sus marineros, al dar cuenta al rey y a la corte, si en vez de Santo Domingo hubiesen descubierto el Anáhuac!

¡Cómo se habría conmovido Europa!

De haber sucedido así es posible que se hubiese puesto en movimiento la nación entera, y, acaso sin combatir, sólo al influjo del pendón y del baluarte, las confederaciones o imperios indios habrían capitulado.

En tal caso no habríamos tenido la conquista guerrera, que aunque salpicada de sangre y con resplandores diabólicos, aportó un tono nuevo de energía, de heroísmo, de audacia y de valor al mundo.

Acaso las cosas permanecieron así, escondidas, oscuras, intactas, para que al fin pusieran en evidencia la evolución humana, la transformación y ritmo de la especie, el adelanto de la civilización. Sociológicamente, la conquista sirvió como de prueba tremenda y dolorosa.

Gracias a esa prueba se agrupó una inconmensurable porción de seres, fragmentados en hordas, clanes, tribus y sociedades, a los otros del continente, y se los relacionó con la humanidad. Este hecho fecundo, el de lograr no ya la interdependencia social sino la humana, sirvió inmensamente para hacer progresar a la especie y para predisponer la de fraternidad que impera ahora, por encima de la industria y del comercio, en la cultura, en la ciencia y en los ideales educativos. Sin la conquista de América no se habría apresurado el paso, porque no se habría tenido el ejemplo inconsciente de la interdependencia humana, que fluía y continuaría fluyendo de ella. Tras la mezcla de razas, la quimicación de la humanidad, si así puede decirse, lograda gracias a la conquista, haría renovarse al mundo al darle nueva y fecunda savia.

La conquista resultó desastrosa para los indígenas; pero la evolución humana, el desenvolvimiento sociológico de la humanidad, ganó con ellas como se ha visto.

Los conquistadores, sin anticipar ni imaginar teorías, preadaptándose a los hechos crudos y naturales, impusieron transformaciones que después han inspirado a la ciencia. Por encima de los tan vapuleados atavismos, hibridismos, acaso individuales en alguno que otro caso, pero nunca sociales, porque las sociedades no son máquinas, se ha observado que lo que el conquistador obró en grande escala, la mezcla con el nativo, es y será un fundamento biológico de renovación y evolución humana.

Claro está que para llegar a esos resultados las cosas tuvieron que hacerse, como suelen hacer los humanos, a pedazos, contando con que las generaciones sucesivas se encargarían de las consiguientes soldaduras.

No había otro medio que empezar por la conquista; y éste no se crea que es atributo exclusivo de los humanos. En la fauna, en la flora y aun en el dominio de la Física se repara en el universal, eterno y cosmológico principio de conquista manifestado en la lucha, en la resistencia y en la oposición.

La tierra sufrió mucho hasta conquistar su equilibrio. Con estruendosa violencia se sumergieron y emergieron islas, regiones y quizá continentes, hasta dar con la forma más o menos estable por que pasamos, aunque en los terremotos, temblores, maremotos y cambios de clima no dejaremos de ver quizá nunca la conquista de algo anormal que debe ser alterado.

Las carnicerías espantosas de las fieras son un hecho biológico tremendo, y se puede decir que siendo el hombre el último eslabón de la inconmensurable cadena zoológica, no ha podido escapar a los atributos de la animalidad. Por eso la humanidad ha sido tan porfiadamente guerrera, y la guerra, como en el caso espantoso de los aztecas, hasta se ha llegado a instituir como fundamento de la psicología mítica. El hecho de que ellos, después de sacarles el corazón, echaran los despojos de prisioneros y víctimas propiciatorias

de los terroríficos sacrificios humanos, a las fieras que tenían enjauladas, hace pensar que se connaturalizaban con ellas en los medios de destrucción.

Claro que la conquista no debe ser equiparada a una carnicería bestial y monstruosa, porque entonces se anularía el objeto que la ha decho florecer.

Los mismos primitivos la ejercían con métodos de terrible crueldad.

Frente a los aztecas y a los incas, por ejemplo, los españoles trataron de hacer una conquista más evolucionada. Los primeros, como es sabido, se contentaban con cobrar impuestos y atrapar niños, mujeres y hombres para los sacrificios y trabajos domésticos, manteniendo siempre la guerra. Los segundos, por el contrario, trataban de liquidar la conquista evitando en lo posible las guerras; no sacrificaban seres humanos en tan grande escala, ni sus violencias eran tan grandes; pero, al parecer, no tenían idea de transformación ni de evolución social, sino una hartazgo tribal, la del sometimiento al Inca y a la casta imperial.

Sus conquistas eran tan primitivas como ellos mismos; los clanes y las tribus, o eran sometidos a la esclavitud o diezmados a sangre y fuego. Los aztecas no sólo llegaron a imponer una esclavitud encubierta y disfrazada como los incas, sino otra efectiva y grosera, como la cosa más natural del mundo. Su mercado de esclavos fué tristemente célebre.

El primitivo cortesano no supo que los seres que hacía diezmar inútilmente, eran fuerza viva que le restaban al desenvolvimiento social, y Moctezuma y sus palaciegos ignoraban que aquellos hombres rebajados a la categoría de esclavos, en mejores condiciones y con alguna ayuda, habrían dado mayor rendimiento de no hacerlos objeto de un tráfico comercial para que acabaran trabajando por la comida o sirviendo de comida.

La civilización primitiva no podía concebir semejante adelantada conquista, y hay que dejarla con la que hacía a su modo. Monstruosa, bestial, horrible; todo lo que se quiera, pero que, al fin, era suya. Al pobre indígena, formado

entre las fieras o no teniendo en el precoz desamparo o en el prematuro abandono más maestro de lucha y de atrapamiento de alimentos que éstas, quizá siguió su ejemplo. Acaso con ese presentimiento fecundo de las realidades humanas, el aborigen creería que lo que hacía la fiera era lo que en otra forma hacía él, atrapar el alimento como viniera y de donde viniera, y que el civilizado, con su crueldad refinada, olvidando las naturales necesidades animales, moteja de fiera; la manera violenta en algo excusa; pero habría que pensar que al pobre animal no le quedaba otra cosa que hacer, como no le quedaba otra distinta al triste ser de la horda.

Si el conquistador, de civilización superior y más avanzada, llegó a hacerle al azteca, por ejemplo, lo que éste le hacía al tlascalteca, al choluteca, al tepaneca y al totoneca, someterlo por la violencia, al menos, también, se diferenció profundamente en los motivos, en los ideales y en la trascendencia social civilizadora.

No llegó, como el vasallo de Moctezuma, a encender ásperas guerras por el puro deseo de sacrificar a deidades los prisioneros, ni a atrapar mujeres y niños, ni a ejercer la esclavitud violentadora. Si después de sometidos, el azteca, con los impuestos, con la lascivia y con los sacrificios humanos alteraba la guerra, haciéndola moral, no por eso debaja de ser guerra.

Era el estado antropológico de la evolución sociológica por la que pasan todas las sociedades tribales preadaptadas y predispuestas a ella, aunque con el tiempo tuvo que haberse transformado.

Cortés y los suyos, de una civilización superior, madurada, estabilizada sobre sólidos e inmovibles fundamentos, es lógico que procediesen de manera muy distinta y que perseverasen en sus generosos propósitos. Tan insigne caudillo no hizo una guerra a muerte y sin cuartel, y, aún en lo más álgido del sitio de Méjico, nunca le abandonó la prudencia y el buen sentido e intercedió por la paz, la concordia y el mutuo apoyo. De ello hay suficiente documentación, y la prueba está en que, al revés que los jefes de otras conquis-

tas, vivió tranquilo, sano y salvo, en las propias tierras sometidas.

A la inversa del azteca, no prolongaba la guerra en una u otra forma para debilitar o matar de consunción, porque de la conquista tuvo un concepto muy claro y superior. Tuvo que apelarse a las armas como primer esfuerzo; pero después se apeló también a la herramienta, a la tierra, a la familia, al gobierno, a la sociedad, a la nación. Le dolió en el alma tener que destruir la ciudad de Tenochtitlán y lamentó en lo más recóndito de su ser la matanza de braceros que habrían servido para labrar los campos, introducir el arado, el pastoreo, la avicultura, la horticultura, etc.

En vez de tratar de agotar, de consumir, de debilitar al vencido, trataba de atraerlo, de reintegrarlo al grupo social. Para él no había enemigos, sino cooperadores de la grande, de la luminosa obra de crear la civilización hispano-americana.

Sin que nadie se lo advirtiese, sin recibir sugestión de ninguna especie, casó a los suyos con nativas o les obligó a traer sus mujeres, y nadie, después de un plazo de año y medio, podía seguir usufructuando los repartimientos si no estaba casado y dispuesto a echar raíces en el país.

Para el desenvolvimiento de la civilización del Nuevo Mundo, esta conquista moral de Cortés fué tanto o más notable que la militar.

Aunque en el Perú y en Chile no hicieron lo mismo Pizarro y Almagro, toda España, como se vió después en los nombramientos de virreyes, reales audiencias, dignatarios, clerecía, etc., estaba atenta al mayor desenvolvimiento social de este continente. También hay que agregar en descargo de aquéllos, que las circunstancias no les fueron del todo favorables.

Sociológicamente, se explica que la conquista hispánica eclipsase los horrores de los indígenas con otros que se les sobrepusiesen. Este hecho de lógica elemental es indubitante ante la interdependencia y relación de las cosas humanas.

Si los aztecas y los incas, por ejemplo, eran el fruto ma-

duro de la conquista, y gracias a ella llegaron a ser lo que fueron, tal como los sorprendió el protohistorialista, es indudable que no hay por qué extrañar que después sufrieran lo que ellos habían hecho sufrir a otros. Es tan lógico este aserto que si en el Anáhuac, los tlascaltecas, los cholultecas, los tepanecas y los totonecas colaboraron al principio con los españoles contra los aztecas y después juntos con casi todos los clanes y tribus de los alrededores, es porque consideraban justo el procedimiento.

La conquista es terrible; pero es un fenómeno sociológico, y en ningún caso debe servir para zaherir obcecadamente al hispánico como si fuese el creador de esta forma de dominio, vieja como el mundo.

Los mismos que en el determinismo universal habían sufrido la conquista, no era raro que por desenvolvimiento social la llevaran como la llevaron al confín de la tierra, a otro continente, en donde, también, se enseñoreaba y hubo que luchar con ella.

La conquista, desde cierto punto de vista, podrá merecer reparos y, de alguno que otro moralista, protestas tremendas; pero el sociólogo, atento a relacionar consecuencias y a explicar el fenómeno social, forzosamente tiene que atender al desenvolvimiento en general.

La crueldad en una conquista es, antes que obra social, personal, y si no fuera así ella misma subvertiría sus fines de explotación de la tierra por medio de los braceros indígenas. Nunca se sabrá de fijo la magnitud de la persecución del indio por los puritanos que, no obstante su condición moral, procedían así. Cuando yo estuve en Punta Arenas, Patagonia chilena, oí decir que se había llegado a pagar una libra esterlina por cada cabeza de fueguino, y que varios, entre ellos un inglés que era alcalde, se habían hecho millonarios. Esta forma de crueldad se confunde con el crimen y nadie puede excusarla; pero convendría saber primero si el indígena caído bajo el plomo del blanco estorbaba las actividades de éste o intentaba lesionar sus intereses. En 1912 viví por algún tiempo en Temuco, provincia de Cautín, y la suerte me deparó ocasión de recorrer la región chileindiana

por primera vez en mi vida, y entonces tuve ocasión de ver, observar y darme cuenta de infinitas crueldades, amparadas por los gobiernos de entonces, tendientes a quitarles la tierra a los indios. En 1923, en la península de Yucatán, en donde floreció la maravillosa civilización maya y casi nunca había habido revoluciones, tuve la desgracia de conocer de cerca las más horrorosas crueldades, casi inútiles, dictadas más que nada por el miedo y la ignorancia.

Después se ha comprobado que el trato del indio, aunque haya cambiado de forma, no deja de ser cruel, sobre todo en la región de las sierras y de los montes peruanos, paraguayos, ecuatorianos, bolivianos y argentinos, en donde el alcohol y la sífilis destruyen más hombres que las balas. Niño aún, quedé espantado al llegar a la zona austral de Chile y oír a roso y belloso que el alcohol de un inglés llamado Bunster había conquistado al indio, y se decía con sarcasmo que lo que no consiguieron los españoles ni los chilenos lo estaba alcanzando el *vichicuma*, del cual descenden varias familias de millonarios.

La crueldad que en todas partes salta ante nuestros ojos, nos hace pensar con honda y desesperada tristeza que es universal y eterna; el asesinato y el robo no han podido borrarlos ni la cultura moral ni la justicia de los hombres.

Las guerras hispanoamericanas, que no han tenido la consecuencia civilizadora de la conquista hispánica, han resultado verdaderos exponentes de crueldad, y a veces no sólo por la mutilación de los individuos, de lo que se acusó a los hispánicos, sino, lo que es peor, por la maquinación de un pueblo reconocidamente fuerte contra otro débil. Las guerras de los Estados Unidos contra Méjico, las Antillas y algunas repúblicas centroamericanas, tendrán más desastrosos resultados que las crueldades de algunos conquistadores, un Alvarado en el Anáhuac y un Valdivia en Chileindia, por ejemplo.

Pero hay hechos que inducen a pensar que la crueldad no fué arma de los conquistadores, sino algo inherente a la conquista, al hecho humano armado, violento, y tan cierto

es ello que habría que evocar, además, las crueldades de que fueron víctimas los mismos conquistadores, que quizá fueron tantas o más que las que experimentaron los propios indígenas. La tragedia del Perú, ¡quién la creyera entre los indios más sumisos!, es algo insuperablemente pavoroso. Bastaría evocar a los doscientos españoles que llegaron con Pizarro y pensar que apenas cuatro o cinco murieron de muerte natural para conocer el sombrío y vasto drama. Tras ésta podrían evocarse las tragedias de Narváez en Zempoalla, Anáhuac, y la de Olid en Honduras, para seguir con las de Balboa en Panamá, etc.

El conquistador no sólo fué cruel con el indígena; lo fué también con su propio hermano. Psicológica y humanamente, el hecho de que se produjesen tragedias entre los españoles revela que lo que se supone crueldades no ha sido más que el fruto del ofuscamiento producido por la revuelta, los sufrimientos y el temor, nacidos y alimentados por la guerra.

Toda conquista, y ahí están las de las primeras sociedades primitivas para proclamarlo, ha hecho derramar siempre regueros de sangre y de lágrimas, y en la misma Biblia se lee que las tribus religiosas, en sus choques tremendos, «no dejaban piedra sobre piedra» y echaban sal sobre los campos para que no fuesen sembrados. La hispánica no llegó nunca a semejantes extravíos ni a tales excesos, horrorizándose siempre de la sombra de Tamerlán.

El conquistador entró en Chile, ya lo hemos dicho, a sangre y fuego, y claro está que esta manera violenta había de chocar con el indígena; pero las circunstancias no le permitieron otra cosa, y al primer choque sociológicamente hubo de suceder un segundo, un tercero y así sucesivamente. No lo podían evitar ya ni los compañeros de Valdivia ni los chileindianos. Las contingencias humanas empezaban a estar por debajo de las sociales.

Era el choque inevitable e irremediable de dos civilizaciones, una primitiva y la otra superior, algo así como de dos mundos. Tan desconocido le era el uno al otro, que el odio que nace de la ignorancia persistió por más de medio siglo de empezada la acción conquistadora. González de

Nájera, que actuó en el propio terreno, expone que los chile-indianos llamaban a los españoles *viracochas*. En este mote hay todo un antagonismo y un resabio racial. *Viracocha* era un dios de los incas, y como el hispánico se le presentaba tan creyente como éstos, no es de extrañar que los hermanase en su tremendo sarcasmo. Esto acontecía a los cincuenta años de empezada la guerra.

Los primeros encuentros guerreros hasta la desastrosa batalla de Andalien, sociológicamente concentran el primer gran choque, el inicial, con el cual se pusieron en pugna las civilizaciones. Son los más conocidos y acaso los de menos importancia; y si se hubiera quedado ahí, todo habría terminado.

Al choque guerrero siguió la lucha por la tierra, acaso la más ruda y tremenda, porque con su posesión se arraigaría el español y se haría permanente su dominio. Perder la tierra, era para el indígena, que tanto la amaba, peor que perder la vida. Antes daba mujer e hijos que sus campos. Este choque fué el más terrible que conocieron las sociedades tribales americanas.

El conquistador no podía hacer otra cosa, porque la conquista no se reduce al choque armado. Los que componían el ejército expedicionario eran hombres que no se sometían a ninguna jerarquía, escalafón y disciplina, y al margen de la institución nacional, que había quedado en ultramar, sólo les interesaban los resultados. Tenían necesidades y habían luchado para satisfacerlas hasta lo inaudito. Su travesía desde el Perú hasta Chileindia había sido la más penosa y dilatada de cuantas realizaron los españoles de América. Ni Cortés ni Pizarro tuvieron que ir y volver a través de la Cordillera, de tantas montañas ásperas y frías, y, como ellos, los compañeros de Valdivia no sintieron el estímulo de las prodigiosas civilizaciones que surgían a su paso. Estos pobres españoles no tenían otro premio que la triste tierra, único patrimonio del chileindiano. Los que operaban en el Anáhuac y el Perú, no tenían por qué echarse sobre ella tan de inmediato.

De no haber pretendido apoderarse de la tierra muy

otra habría sido la situación de estos conquistadores. Los acontecimientos habrían tomado otro cariz. Si antes de proceder a su reparto, de instituir los famosos repartimientos, hubieran tomado medidas de dominación efectiva, las cosas no habrían resultado como fueron. Antes de tocar la tierra, debieron hacer lo que sabían que el inca estaba haciendo a su llegada, los *mitimaes* o cambios de habitantes de una región a otra. Es posible que entre los chileindianos hubiese resultado esta empresa irrealizable; pero algo se habría conseguido. Fué una lástima que no intentaran nada en este sentido, en contra de lo que aconsejaba la prudencia más elemental.

Ante este verdadero problema, el más difícil de sus actividades frente al chileindiano, el conquistador acaso presintió que no cabía otra cosa que el repartimiento de la tierra, ya que el indígena jamás se separaría de ella, y ellos, apenas unos cientos, ni tenían fuerzas suficientes ni estaban capacitados para intentar siquiera un remedo de *mitimae*. Si Valdivia, recién llegado y sin tiempo para conocer lo que más convenía, se entregó al despojo violento, fué porque no veía otra forma de obtener el fruto de la conquista. Fué un gran error, que en su caso habría cometido cualquiera. Para Valdivia y los suyos sería la cosa más natural del mundo; pero para el sociólogo, conocedor de las consecuencias que se sucedieron, prejuzga un error. Una verdadera desgracia, algo determinadamente fatal.

Por lo demás, el soldado tenía que comer y dar de comer a la caballada y hacer producir la tierra para hacer frente a las necesidades más apremiantes de la guerra. Confinados en un ignorado rincón del mundo, alejados de todo, inmensamente distanciados de los del Perú, teniendo enajenada la buena voluntad de las hordas y clanes del camino, a los pobres casi no les quedaba otra cosa que hacer. ¿Quién les daría de comer? ¿Con qué sino con el producto de la tierra conseguirían armas y elementos de vida en el Perú? ¿En qué otra forma que apropiándose de la tierra podían justificar y llenar sus ambiciones?

Valdivia se introdujo en el territorio chileindiano y lo-

gró fundar o hacer fundar, además de Concepción, las ciudades o fuertes de Arauco, Purén, Imperial, Valdivia y Villarrica. De buenas a primeras, estas fundaciones, que abarcaron unas ciento cincuenta leguas de largo y otras tantas de ancho, no se justifican, y aquí está el mayúsculo error de su política. Si se quería comer y dar de comer a la caballada y a los indios amigos traídos del Perú y de más al norte y conseguir cosechas para venderlas y con su producto comprar armas, una elemental prudencia aconsejaba obrar con cautela y poco a poco, acaso recogién dose en la frontera.

Se dice que Valdivia, alrededor de todo fuerte y ciudad que fundaba, se reservaba la mejor y más vasta parte. Es probable que en ello se advierta el propósito del jefe que sabe que en tales circunstancias no se puede llevar a feliz término la conquista más que con dinero, con interminables y cuantiosos desembolsos. Es probable, también, que fuese esto el origen de los insaciables encomenderos, de esos arquetipos que, no obstante las bondadosas instrucciones de la Corte, no dejaron de escasear. Como Valdivia sucumbió luego, víctima de sus propios yerros, el sociólogo no podrá relacionar el hecho social.

Sea como fuere, semejantes procedimientos tenían que producir entre los chileindianos resultados completamente opuestos a los que se esperaban. La fundación de fuertes y ciudades para instituir luego el repartimiento de la tierra y de los hombres, como si se tratase de cosa propia, no podía aparecérselos más que como un medio para despojarles de su soberanía. El chileindiano, que para sentirse más fuerte, aunque predispuesto por el sortilegio individualista y separador del monte, del río, de la loma, del precipicio o valle, había sido enemigo de toda reducción, no podía ver con buenos ojos semejantes construcciones y edificaciones; y quién sabe si desde entonces se sintió dominado por un odio profundo e inextinguible.

Entre los incas, por ejemplo, la cosa habría sido bien diferente. Agrupados en reducciones, trabajaban comunalmente, más para el inca que para ellos, y, como es natural no podían tenerle a la tierra tanto apego como el chile-

indiano. Su propio comunismo no les permitió, como al aborigen austral, la libertad salvaje, azuzada por las fragmentaciones y accidentes de la montaña y acaso por la variedad inmensa de contrastes, a cuál más embelesador y sugerente. Su misma experiencia de que la tierra era de otros y si la trabajaba era más para alimentar al extraño que para poder vivir él y los suyos, tuvo que haberle adormecido, y debemos observar que en un indio como él, tan sumiso e ineducado, debieron ser más agudos los dolores de su situación.

En las conquistas del Anáhuac y de los incas no se echó mano tan apremiadamente de la tierra, porque el conquistador quedó al punto ofuscado y atraído por las inmensas riquezas metálicas. Aunque así hubiese sido, al menos se habría encontrado otra singular atenuante, la de que el indígena, por temperamento, por tradición, por mítica, por ley y por imposición ya estaba acostumbrado a trabajar para otros, al revés del chileindiano, que aún conviniéndole, nada ni nadie podía obligarle si no quería.

La fundación de ciudades o fuertes tampoco habría despertado tanta inquietud como en Chileindia, porque se estaba acostumbrado a ello. El azteca, el tlascalteca, el cholteca y el incásico habían vivido entre ellos, sufrido sus efectos y experimentado la seguridad y el bien que aportaban. La ciudad o la asociación en común no había sido dificultada por la fragmentación y los accidentes de las montañas, ni por los sortilegios de los contrastes de las mismas, y más bien el valle, en su línea monótona, los inclinaba a la comunidad, a la vida gregaria. Por otra parte, el conquistador, al tenerlas de sobra y no fundarlas en la conquista del Anáhuac y de los incas, es posible también que dejase de despertar las consiguientes suspicacias.

Valdivia se equivocó profundamente, relacionando a las otras sociedades tribales con la austral. He ahí su desgracia. En su lugar, nadie hubiera escapado a semejante catástrofe.

La chileindiana era una sociedad tribal al margen de las otras, y tan disímil, que los procedimientos que llevaron

al feliz éxito en otra parte produjeron en ella resultados contraproducentes.

El choque de las dos civilizaciones tuvo que ser más brusco y desastroso de lo que se pueda creer.

Es posible que en el Anáhuac, en el Imperio Incásico y en casi todas las hordas, clanes y tribus prehistóricas, la llegada del conquistador pusiese a los indígenas en un conflicto tremendo y que la incertidumbre y la duda les ganara el corazón. Entre los totonecas, tepanecas, cholultecas y tlascalenses, y entre algunas tribus domeñadas por los incas, el protohistorista, con sus informaciones, nos permite juzgar así.

El mismo descontento por la esclavitud y servidumbre ejercitada por los antiguos amos, predispuso la preadaptación del nuevo. ¡Con cuánta alegría verían el cambio que introduciría el conquistador, los esclavos aztecas y las víctimas propiciatorias de los horrorosos sacrificios humanos!

Por lo demás, en el Anáhuac y en el Imperio Incásico estaban acostumbrados a obedecer y vivir sojuzgados, y los pobres e infelices manumitidos jamás intentarían hacer lo contrario. Habían nacido en una atmósfera despótica y hasta les sobrecogería extrañamente de que apareciera entre ellos un ser más humano, más dulce y más suave.

En la sociedad tribal austral, inversamente, ni siquiera se tuvo el lastre tradicionalista y el apego al autoritarismo que tanto sirven para condicionar cualquier otra autoridad.

Muy al contrario, de las otras sociedades tribales, las mismas anormales condiciones sociales en que se desarrolló, pugnarón por el mayor auge del esfuerzo individual y se llegó a tanta presión que fué difícil vencer la individualidad o posponerla en beneficio de determinada autoridad excesiva. La lucha sobreponedora, el tesón implacable y la perseverante energía, tuvieron que aportarles luego al chileindiano nociones exageradas y hasta incomprensibles de individualidad. Por ella rehuyeron toda autoridad más allá de lo simplemente conveniente y utilitario; y si rehuyeron la artificiosa autoridad, con mayor razón rehuirían someterse a la limitación del caserío o de la ciudad. Psicológicamente,

no conjuntas: explosiones morales debieron haber brotado de la horda reaccionadora contra el medio físico, que hizo exacerbar en forma iracunda los sentimientos individuales que coexistieron, sin duda, con la fragmentación y accidentes de los límites del área territorial.

La mayor desazón de Valdivia y los suyos, y también de los que les siguieron, fué ver al chileindiano no sometido a un pueblo, sino disperso, y, lo que es peor todavía, dueño de alturas abismales, de precipicios terribles, de entradas de asperísima fragosidad, y de salidas laberínticas donde, con el solo manejo de la flecha, de la honda y de la boleadora podía atajar a ejércitos enteros. La paz y la tranquilidad que ellos mismos gozaron, debieron estar resguardadas por todas estas pavorosas circunstancias.

El conquistador jamás logró reducirlos a pueblo, como ya estaban antes de su llegada la mayoría de los indígenas del continente y como después redujeron a unas cuantas tribus, clanes u hordas desperdigadas. Chocaron siempre contra la invencible valla. Si no la vencieron ellos mismos, era difícil que de afuera trataran de trizarla.

Hace cuatro siglos las ciencias no estaban tan adelantadas que permitieran comprender ciertos fenómenos sociales que ya se habían dado en la antigüedad en Grecia y Roma, si bien más en la primera. En Grecia, de configuración montañosa como Chileindia, no se llegó nunca tampoco a una suprema unidad nacional, no obstante sus sabios y políticos.

El choque del conquistador con el chileindiano vigorizó a éste en vez de debilitarle, y así como en la mayoría de las sociedades prehistóricas, en la azteca y la incásica particularmente, cesa la militarización a la llegada del español, en la chileindiana comienza y se desarrolla con el tiempo.

El secreto de este fenómeno residía en el individualismo primitivo del chileindiano, en su espíritu de lucha y en su inexorable acometividad contra el medio físico.

Estas mismas circunstancias habían llegado a producir la propiedad privada, la cual, entre indígenas tan abandonados, tan aislados, tan atrasados, debió reducirse a bien

poca cosa, la *ruca*, la casa, alguno que otro animal domesticado, al utillaje doméstico y a los útiles de trabajo, caza, pesca, pastoreo y labranza. Bien pobre y rudimentaria cosa, y esta condición encerraba la clave de su adaptación. Cualquiera, con un poco de esfuerzo, podía tener su *ruca*, sus animalitos, útiles y productos. Cosa de poca monta, que no habría por qué ambicionar ni envidiar y que todos poseían con simple e instantáneo esfuerzo. Ningún sobresalto, ningún resquemor se avendría con esa situación. Con el tiempo y con el prestigio que dan las costumbres a los hechos consumados y trascendentes, no fué raro que se instituyese sólidamente la propiedad privada.

La fragmentación y accidentes infinitos de la montaña, predispondría a la formación de la propiedad privada. Una vivienda sobre un cerro escarpado o en una sinuosidad del río grande o correntoso o engarzada en un vericuetto abrupto o en un vallecillo de difícil acceso, era la base de toda propiedad. Nadie ambicionaría un rancho así, inferior al trabajo que costaba llegar hasta él. Las mismas dificultades de comunicación, opondrían inconscientemente un límite a la voluntad levantisca y disociadora. Además, la flecha, la boleadora y la lanza, símbolos de la autoridad primitiva, consagraban la propiedad privada, que nadie tendría interés en disputar porque en la bajada, en la subida, en la entrada o salida, el arma arrojadiza no tardaría en imponerse. En esta forma tan extraña y casi inverosímil, nada raro era que por encima del individualismo transparentado en la propiedad privada, con la relación de las causas y de los acontecimientos, floreciese la noción social de respeto, seguridad y paz, sobre lo cual estaba definitivamente asentada.

Así es que el chileindiano no podía ver sin sobresalto que violasen su propiedad y hasta el indígena más distante sufriría como propio el ultraje inferido al de la frontera, en las naturales y legítimas equivalencias y compensaciones de conveniencias y utilidades.

Si él poseía la propiedad privada, también poseía por la misma línea de efusión moral a la mujer y a los hijos. Valdivia, en una carta al monarca, decía que el chileindiano

«amaba en demasía sus mujeres e hijos». Claro que como digno corolario a la propiedad privada, no es de extrañar que amase a sus mujeres e hijos en demasía, como una cosa que nadie se atrevería a arrebatarle. Ercilla, Góngora de Marmolejo y González de Nájera, los primeros cronistas que llegaron a Chileindia, hablan con admiración de la fidelidad de la mujer, sobre todo el primero; y el último asegura que los hombres eran celosísimos. Claro está que tras cincuenta años de guerras y sobresaltos, tenían que velar para que no le quitaran lo suyo. Sin quererlo, el protohistorialista adujo un hecho que viene a demostrar cuán ofendido se sentía el chileindiano.

Como el conquistador no fué, como en otras regiones, contra la tierra, sino contra la propiedad privada, ni contra las mujeres, sino contra las esposas e hijas del chileindiano, es natural que con más agudeza que nunca el choque no fuese propiamente guerrero, sino de dos civilizaciones, aunque la una primitiva y la otra superior.

Por lo demás, el conquistador no tenía en cuenta, ni estaba en sus adentros, frente al chileindiano, eso de la propiedad privada y del respeto a la esposa y la hija. Era la guerra y no había más que el choque de las fuerzas que ponían frente a frente los acontecimientos. Y las consecuencias dirían lo demás.

En el resto de América ya se había instituido el repartimiento y los soldados empezaron a prostituir mujeres, aunque sabios españoles tan bien informados como Azara, aseguran que la lascivia de las indias facilitó la conquista del Paraná y del Paraguay.

El repartimiento no ha sido exclusividad de la conquista hispánica, sino más bien una fatalidad de toda conquista y quizás una predisposición apropiadora del espíritu humano, como se ha visto con más descaro entre los politiqueros de nuestras jóvenes repúblicas que trocaban la representación nacional en asquerosas apropiaciones que motivaron y motivan levantamientos. En la Edad Media, un poco transformadas, existían las mismas cosas, y en la antigüedad se llegó a monstruosidades increíbles.

Entre los indígenas de América, salvo los chileindianos y alguna que otra tribu desconocida o no reconocida, existían acciones peores que las que entrañaba el repartimiento conquistador. Entre los aztecas y los incas, aún los propios connacionales estaban sometidos al repartimiento. El azteca, según Oviedo, de todo tenía que dar un tercio a Moctezuma, es decir, al monarca y a la corte. El pobre inca, y respecto a esto todos están acordes, de tres partes, una era para él Inca, el jefe, otra para el culto religioso y la tercera, la peor, para él.

Con pequeñas variantes es un repartimiento, casi el mismo que en pequeña escala ejercitaban las hordas y clanes necesitados con las piltrafas que atrapaban, por lo cual vienen a decir los sociólogos que toda conquista guerrera entraña algo de primitivo.

Entre los repartimientos del azteca, del inca y del conquistador, el sociólogo no sabría por cuál decidirse. Seguramente más de uno alegraría que el indio estaba en su casa y podía hacer lo que le diera la gana, como aún se sigue diciendo. Lo cierto es que, al igual que el conquistador, el inca y el azteca ejercitaron el repartimiento con tribus extranjeras que habían sometido a la fuerza, y es posible que éstas diesen el mayor tributo. El azteca, por ejemplo, escogía las mejores mujeres para instrumentos de placer de los magnates y la flor y nata de los enemigos para víctimas propiciatorias de los sacrificios humanos. Menos mal que el conquistador trataba de abolir semejante atentado a la vida.

En cualquier forma que fuese, ya institución política humana o resabios o excesos circunstanciales, el hecho era que el repartimiento, explicable desde el punto de vista conquistador, había de encontrar la mayor resistencia por parte del chileindiano.

La propiedad y la familia serían los fundamentos económico-moral-biológicos incommovibles en que se basaría la resistencia, y la conciencia de la especie, en forma más compleja de lo que concibió Giddings, se recogería como el león dispuesto a dar el primer zarpazo.

Era natural. Dos formas de vivir y de ver la vida. Dos

civilizaciones mejor dicho. Lo que había avanzado una, es lo que le faltaba a la otra para llegar a compenetrarse. Pero ni el chileindiano ni el hispánico habían hecho el mundo; ni siquiera podían variarlo, y no tenían más que seguir el curso de las obscuras tragedias de la vida.

La guerra se alzaría trágica y sombría como una interrogación fatal y pavorosa, y los seres humanos se lanzarían sin saberlo, y acaso sin comprenderlo bien, como espectros de un mundo que no podía continuar siendo como había sido hasta entonces.

Transmutación psicológica que se opera en el superorganismo primitivo

Frente al conquistador el chileindiano le ataca de noche una y otra vez. A los incas y a Almagro atacáronles antes de llegar a la frontera, y a Valdivia lo mismo. Las ciénagas que formaba el inmenso Bío-Bío, amuralladas por los contrafuertes de la cordillera de la costa, fueron siempre el escenario. La noche, con su negro velo y quizá con la negra tormenta, concurría a hacer más temibles los lodazales. Es posible que en ese hecho haya una predisposición moral de la naturaleza sombría del chileindiano, ya connaturalizado con toda clase de horrores.

Al revés que el azteca y el inca, el chileindiano franqueó la frontera y siempre al amparo de la noche atacó a mansalva al conquistador de América. Sabido es que el azteca dejó penetrar en sus elevadas montañas, que se alzaban como baluarte inexpugnable, al enemigo blanco, y el inca, impasible, le permitió que por los alrededores de Cajamarca ascendiese y descendiese por la áspera fragosidad de la cordillera. Los abismos, precipicios y dificultades de la montaña, que debieron haber sido la tumba inevitable de las hordas, clanes o tribus enemigas, ante el temor y la indiferencia indígena, se tornaron en blando camino.

En cambio, el chileindiano, en la entrada del sistema montañoso que le vió nacer, aunque el conquistador iba de bajada, le opuso vigorosa resistencia, y en su auxilio recurrió a la ciénaga, la tormenta, la noche y el río. He ahí un hecho que retrata a un pueblo. Aquella sociedad tribal

que empezaba a valerse de lo más tenebroso de la naturaleza, el mal paso de la montaña, el abismo de la ciénaga, el espanto de la tormenta austral, de la escalofriante noche y del iracundo río que en la correntada y en el arrastre de piedras sonaría a cascabeleo infernal, demostraba poseer cualidades superiores y que, acostumbrado al horror de la naturaleza, no le intimidaba la guerra.

Siendo una sociedad pacífica, cazadora, pesquera, pastora y labradora, salió fuera de sus lares tan amados y le infligió una derrota tremenda al ensoberbecido incásico en las cuchillas montañosas y en las ciénagas serranas de ultra Bío-Bío. El protohistorialista nos ha transmitido el hecho, pero no nos ha dado detalles de él, y en la obscuridad prehistórica se nos aparece como inverosímil el acontecimiento. ¿Sería posible que el chileindiano, no guerrero y pacífico, hiciese frente al incásico y a sus aliados los promaucaes, los michimalongos y los changos, tan acostumbrado a la pelea? Aunque el hecho parezca inverosímil, lo comprueba la tradición y lo que aconteció más tarde.

Ante el incásico y sus aliados, el superorganismo primitivo austral tuvo que operar una no prevista y brusca transmutación. De francamente pacífica y trabajadora que era, se transformó súbitamente en guerrera. El hecho es raro, extraño y anormal; pero existió indudablemente.

Lo que pasó quizá fué que una noche sombría el chileindiano atacaría por sorpresa al campamento incásico aliado, alzado en una de las tantas gargantas que por las regiones cercanas al Bío-Bío forman las montañas. Los arenales que todavía existen entre Monte Aguila y más allá de Yumbel, debían estar encenagados, y al indígena austral, que corría por las ciénagas como por los cerros, los lodazales debieron servirle para inmovilizar y vencer al enemigo. Encajonado en las gargantas montañosas y aprisionado en las ciénagas, el chileindiano lo sorprendería de noche con un diluvio de flechas, lanzadas, pedradas y macanazos. El incásico, no acostumbrado a pelear de noche y no preadaptado a una naturaleza tan áspera ni a un clima tan riguroso, se entregó al pánico. En semejante situación la mortandad debió ser

enorme y el desastre completo, puesto que el chileindiano atacaría y prendería fuego de fijo al campamento.

Para realizar tamaña acción el chileindiano no requería ser un consumado artífice de la guerra. Para ello necesitaba lo que poseía con exceso: valor, coraje, energía y arrojo. Era montañés, nacido en una naturaleza madrastra que estaba acostumbrado a dominar, y de sobra tenía elementos para hacer frente. En continua lucha con las fieras, aprehéndolas en los vericuetos y sinuosidades de la montaña o acuchillándolas contra sus mismas cuchillas naturales, sabía combatir y en sus batidas contra el león, la ballena, el huanaco y el lobo marino había tenido hartas ocasiones de amaestrarse en el manejo de la flecha. La callada y sombría lucha sobreponedora contra el medio hosco y hostil le harían desarrollar esa fuerza fantástica que a muchos incas hizo morir estrangulados o descuartizados al sólo golpe de sus músculos formidables. Frente al león que pelea de noche y se vale de las vastas sombras para atrapar la presa, el chileindiano se acostumbraría a fortalecerse y a darse cuenta de que las tinieblas y la obscuridad no dejaban de ser un poderoso elemento. ¡Cómo se estremecería de horror el incásico al verse atacado de noche, creyendo tal vez en la confusión de los primeros instantes que lo era por la fiera chileindiana!

Solamente así se explica el revés tremendo del incásico y de sus aliados. Guerreros jerarquizados y burocratizados, provistos de armas metálicas y también de todos los recursos que aporta la riqueza, no debieron experimentar en otra forma su singularísimo fracaso. Las armas chileindianas: flechas, lanzas, cuchillos, punzones y otros útiles con puntas de hueso de león, de lobo marino, de huanaco, de ballena, de mariscos, choros, tacas o locos, claro está que ante las armas incásicas resultaban pobre cosa. Ellos también lo comprenderían así. De ahí que el ataque por sorpresa, violento, iracundo, en masa y súbitamente, como vomitado por los volcanes australes, diera espantosa cuenta del enemigo que, desprevenido, desconocedor de la topografía del terreno y exagerando los obstáculos que el chileindiano le opondría, apenas le quedaría tiempo para replégarse mal-

trecho y que, en plena huída, vería que si hubiera retrocedido dos o tres cuadras o tomado igual distancia a la izquierda o la derecha hubiera podido salir de su situación difícil y, parapetándose, hacer frente al nocturno e imprevisto atacante.

El primer ataque le daría al inca la impresión de que con el chileindiano ya no había nada que hacer y que lo mejor era retirarse, puesto que para su mayor desgracia había conseguido el rival valerse hasta de los horribles elementos. Con un indígena envalentonado por el rayo y el trueno y enfurecido por la tormenta y la lluvia, bien poco se podría intentar con éxito, ya que ponía en práctica armas desconocidas y desusadas y ante las cuales, él, tan supersticioso y acobardado por los elementos, quedaría aterrado.

La derrota del incásico y sus aliados queda así explicada, y sociológicamente fué un hecho natural de la sociedad tribal austral. No se transformó en guerrera porque la acción fué esporádica; pero si los hechos se hubiesen repetido y estabilizado la transmutación habría venido de pronto. El chileindiano, un poco más acostumbrado que él a las fieras de la montaña, dió el asalto a los incásicos y a sus auxiliares. Estaba en su justo medio y daba lo que podía dar. No debe extrañarnos el partido que había sacado de la lucha sobreponedora contra las abrumadoras condiciones mesológicas.

En realidad, el hecho de que una civilización de la Edad de Bronce saliese derrotada al enfrentarse con una sociedad tribal que no había salido de la Edad de Piedra, da mucho que pensar y pone en evidencia una profunda relación. Ello confirma que el chileindiano no estaba muy atrasado y que, por el contrario, había llegado a un efectivo y serio desenvolvimiento psicológico. Vencer al incásico, cosa que no habrían podido hacer sus aliados de pega, el promaucaes, el michimalongo y el chango, comprueba su gradual desarrollo mental. Una horda o un clan jamás se habrían opuesto a tan singular civilización. Una tribu habría sido de poca acción. Solamente una sociedad tribal como la chileindiana, en su variedad, complejidad y multiplicidad de recursos, pudo obrar semejante maravilla, que no lo es tanto por el

ataque cuanto porque puso de manifiesto la vitalidad creciente del superorganismo social.

Ciento cincuenta años después de esta victoria sobre el inca y sus aliados, se registró un segundo encuentro, casi en el mismo sitio o en las inmediaciones del primero. Pero ahora el enemigo era muy diferente. Lo capitaneaba Almagro y pertenecía a una civilización superior, la de la Edad de Hierro. Sus hombres llevaban armas de hierro y con ellos venían los incásicos al mando del propio hijo del rey. En la retaguardia figuraban como cooperadores inoportunos, pero deseables, los antiguos aliados de los incas.

¡Lo que habían cambiado las cosas!

En 1541, veinte años después de la conquista del Anáhuac, diez de la del Imperio de los Incas y ciento cincuenta años después del primer ataque, se producía el segundo.

La situación del enemigo había cambiado profundamente; pero la del chilindiano continuaba siendo la misma, sostenida con la misma terquedad áspera de sus montañas.

El hecho de que el inca se lanzase por segunda vez al ataque bajo las órdenes de un civilizado, indica dos cosas: o que el inca se consideraba incapaz de vencer por sí sólo al enemigo continental, o que se quería deshacer de Almagro y de los suyos, sus aliados y dominadores, valiéndose del chilindiano.

Pero el inca expió terriblemente su doblez, si la hubo.

Los chilindianos atacaron a los aliados que mandaba Almagro en el mismo sitio donde ciento cincuenta años antes mordieron el polvo de la derrota los incas. En verdad, no se podía intentar la invasión por otro sitio, y Almagro tal vez creyera que podría forzar esta entrada engreído por la superioridad que le daban tanto la cabalgadura como sus férreos aprestos. Pero los chilindianos vencieron por segunda vez. Nuevamente las ciénagas y las cuchillas cordilleras de ultra Bío-Bío presenciaron el ejemplar castigo, más grave y sangriento que el primero. El inca ya no se atrevió a volver más; pero desde lejos se sentiría morir de envidia al advertir el creciente desarrollo militar de su enemigo.

La justicia immanente vengó por segunda vez a las razas vencidas y sometidas al más oprobioso despotismo indígena.

Almagro y los suyos experimentaron la tremenda decepción que antes experimentara el inca. Los protohistorialistas casi no nos han dejado detalles de este hecho.

Tres o cuatro años después de la derrota de Almagro, en 1446, en las mismas ciénagas de las inmediaciones del Bío-Bío, hiciéronle sufrir un nuevo descalabro a otro invasor, que retrocedió igualmente.

Esta vez no atacaban ni el inca, ni Almagro y los suyos ni sus aliados los changos, michimalongos y promaucaes. Se trataba de un enemigo hispano que venía solo. Ya no llegaba acompañado de incas ni de los clanes y hordas ultra chilindianas. Era superior al llegado antes conducido por Almagro y representaba el más alto valor militar que hubiera franqueado aquella desolada región por su cultura, experiencia, disciplina y decisión.

Valdivia debía conocer el fracaso de las dos expediciones anteriores. No obstante, tal vez confiase en aplastar fácilmente al porfiado indio. Las experiencias del pasado debían haberle hecho precavido.

Las maniobras de los incásicos tal vez tendiesen en esta ocasión a presentar a los chilindianos ante el conquistador como un enemigo poco temible, variando la táctica empleada con Almagro. A éste trataron de hacerle caer en sus garras, y seguramente buscaban esta vez lo mismo con Valdivia; pero por los hechos se infiere que no les creyó. De lo contrario no se explicaría que al llegar al tradicional obstáculo opuesto por la naturaleza retrocediera con sus fuerzas sin combatir, levantando sus tiendas y regresando a Santiago, según testimonio de Góngora de Marmolejo, que iba con el célebre capitán.

El hecho de no presentar batalla al enemigo que lo hostilizaba y de valerse de un ardid para efectuar la retirada, hace pensar que adoptó esta medida por prudencia. Abandonó el campo al obscurecer, dejando encendidas enormes fogatas que dieran al chilindiano la alborozada impresión de que el enemigo continuaba acampado. Y al atacarle

acaso aquella misma noche tal vez el despecho por la burla sufrida se calmara pensando en que se le dejaría tranquilo en sus inabordables posiciones.

El hecho, un poco engorroso para Valdivia y los suyos, que ya habían vencido a todas las hordas y clanes que dejaron a la espalda, parece inexplicable sobre todo por la retirada nocturna y el despistamiento chileindiano. Cualquiera se inclinaría a pensar que antes que el enemigo, el sorprendido resultó él.

Sea lo que fuere, el caso es que adquirió una profunda experiencia, y en el acto cambió de designio. Luego marchó al Perú, aparejó dos o tres navíos, aprestó armamentos y congregó a otros nuevos soldados y aliados. Los changos, los michimalongos y los promaucaes, estaban ya conquistados. Así es que los preparativos se dirigían contra los chileindianos, de los que antes de atacarles, como se esperaba, presintió su inexpugnabilidad. Es probable que por elemental prudencia y a fin de no comprometer las acciones del futuro, guardase muy en lo hondo el secreto de que las montañas que circundaban al guerrero indio eran el más inexpugnable baluarte. Valdivia había peleado en la montañosa Italia, y por la edificación de ciudades, La Serena, en una loma, Quillota, a la espalda de un cerro, Santiago, al pie del *Huelén*, y Concepción, amurallada contra la Cordillera de la Costa, es de presumir que no desconociese la situación estratégica chileindiana.

El hecho de que apenas se rozase con el guerrero austral retrocediese para luego marchar al Perú, en donde estaba asentado el poder político de España, ha pasado casi inadvertido; pero el sociólogo debe ver en él la confirmación táctica del poder chileindiano. Quien obraba así conocía a los indios y había luchado contra más de diez clanes y tribus. Los aprestos y precauciones estaban a la altura de la reputación de gran capitán que tenía Valdivia, y los acontecimientos posteriores lo justificaron en forma ilimitada.

Tres o cuatro años después de la retirada, vuelve a enfrentarse Valdivia con el chileindiano, y en este cuarto encuentro el aborigen tuvo la más insospechada sorpresa. Val-

divia y los suyos venían armados hasta los dientes, con nuevos elementos y fortalecidos por la multiplicidad de recursos que periódicamente le llegarían por mar; pero para ello necesitaba abrirse paso y habilitar un puerto.

Después de dos o tres encuentros nocturnos de desastrosas consecuencias para ambas partes, se entró al fin en la fase decisiva de la famosa batalla de Andalien, y aunque vencido, el chileindiano, por su coraje, por su valor, por su audacia, por su acometimiento, quedó como un arquetipo guerrero. Ni las armas de fuego, ni las espadas, ni las lanzas que experimentaba por primera vez le hicieron retroceder un palmo de terreno; antes prefirió morir en el paraje tradicional que por tres veces había sido testigo de su poder insigne. Valdivia le hizo pagar bien cara su retirada de tres años atrás, y, finalmente, el chileindiano experimentó el agudo dolor de la derrota.

Valdivia y los suyos, a través de aquella siembra heroica de vidas, pudieron llegar a la playa, donde en un pobladillo indígena, caleta pescadora acaso, llamado Penco, fundó Concepción, que después, por la prolongación de la guerra, pasó a ser la capital política del reino, estableciéndose la Gobernación, la Real Audiencia y los cuarteles. En el puerto, como esperaba, recibió pronto el auxilio que le trajeron algunos navíos.

A pesar de su gran victoria, Valdivia y los suyos no prosiguieron en el verano de 1550 las operaciones, desviándose hacia el mar. Este hecho irrecusable da a entender que el jefe adivinaba la gravedad de los acontecimientos y que todavía no podía cantar victoria. La experiencia y el buen sentido le indicaron la conveniencia de esperar y precaverse. En eso se le pasó un año. Largo espacio para meditar y trazar planes.

Cuando ya había reflexionado bastante, mandó emisarios al interior para fundar fuertes en las estribaciones de la cordillera de la costa, en Arauco, Purén e Imperial, en tanto que Valdivia y el grueso del ejército se quedaban en el puerto.

Al revés que Cortés, que incendió sus naves para no ver

de nuevo el mar, y de Pizarro, que por quedar lejos no pudo valerse de él, Valdivia y los suyos, con ojo avizor, hicieron del infinito elemento una retaguardia indispensable y una fortaleza contra los ataques a mansalva. Las fundaciones de los fuertes no se apartaron mucho del mar, pues los fuertes de Arauco y de la Imperial se asentaron en puertos escogidos al efecto y el de Purén no muy distante de la playa.

En la conquista del Anáhuac y del Imperio Incásico, sobre todo en las maniobras internas, el mar no juzgó gran papel, en tanto que movió y puso en movimiento la máquina conquistadora austral. Fué un acierto profundo de Valdivia, propio de su cultura, y que otro, un Almagro, por ejemplo, no habría tenido. Mediante la comunicación, Valdivia y los suyos pudieron sentirse fuertes y poderosos.

Es innegable que el hecho de aprovechar el mar, al que fueron ajenas casi todas las sociedades tribales conquistadas, evidencian la solidez de la sociedad austral. Las formidables resistencias opuestas anteriormente por el chileindiano en la entrada, boca o garganta de su infinito e infranqueable sistema de montañas, le inspiraron a Valdivia su desviación de aquellos lugares, hecho que automáticamente proclama la dificultad de la acción.

Si Valdivia no hubiese recurrido al mar, con lo que descargó un terrible golpe contra el chileindiano y se reveló como un avisado caudillo, es probable que hubiese perecido en el intento. El chileindiano, viendo entrar y salir los navíos, se descorazonaría al escapársele la apetecida presa, y con la libertad de movimientos el hispano recobraría valor y esperanza, a cubierto de asechanzas y lejos de las laberínticas montañas y pavorosas encrucijadas.

Los increíbles esfuerzos de Valdivia por llegar al mar, demuestran que al revés que los incas y aztecas no confiaba conquistar a los chileindianos con una serie de ataques de frente. Era cuestión más complicada. Antes que en la toma o destrucción de la ciudad-fortaleza-templo o en la captura y muerte del emperador, había de confiar en la posición estratégica natural e invulnerable y en el fervor patriótico de sus hombres.

No por ello dejaba de ser una gran temeridad esta empresa de una magnitud escalofriante. Sus riesgos eran muchos, y ahora, con una visión más clara cada vez de las cosas, caben algunos reparos.

Si Valdivia quería repartimientos ya los tenía con exceso desde el desierto de Atacama hasta el Maule. No tendría tiempo ni las fuerzas le alcanzarían para explotarlos debidamente. Con lo conquistado le bastaba para enriquecerse y enriquecer a los suyos.

Además, si buscaban oro, éste se encontraba al norte, no al sur, donde se debatían, si bien es verdad que los minerales de *Copayapus* (Copiapó), actual provincia de Atacama, explotados hasta por los incas, así como la mayoría de los lavaderos de oro, los de Quillota, Marga-Marga y Logotoma, se encontraban al norte.

Si era así resulta inexplicable la obcecación del conquistador después de treinta años de lucha, tras las experiencias adquiridas, ante la sangrienta suerte que corrían los compañeros que quedaban atrás y que disputaban tenazmente los frutos de la conquista.

No es posible olvidar que el conquistador iría dándose cuenta de que a la lucha militar seguiría otra más enconada todavía, la explotación de la tierra. El indio la labraba a su modo y sin más ambición que llenar las necesidades del momento; pero el conquistador aspiraba a extraer toda la riqueza que reporta la agricultura, y esto no se lograba fácilmente.

Ante estos hechos tan oscuros y complejos como la naturaleza humana, por encima de los repartimientos y del oro, se advierten fuertes corrientes de espiritualidad, de gloria y de heroísmo patriótico, pues de otro modo no se comprende que el conquistador volviera la espalda al botín que le brindaba el oro para lanzarse a un rudo trabajo que había de simultanearse con la guerra.

Ésta suele ser también un ideal y una pasión para el que abraza la carrera de las armas. Valdivia, militar profesional muy reputado, en una época en que la guerra embargaba los corazones más esforzados, tenía que considerar

como un alto ideal la realización de la conquista. Su objetivo era la sociedad tribal chileindiana, tan austral y aislada. Y tan cierto es que había una pasión y un ideal en las actividades acometedoras de Valdivia y los suyos, que el fragor del combate era el mismo cincuenta años después, multiplicándose las causas.

Por lo demás, no es de extrañar que el ideal y la pasión de Valdivia y los suyos se confundiesen con el repartimiento y el oro, puesto que la naturaleza humana es así, y, sobre todo, en la guerra, el apasionado e idealista requiere vastísimos recursos por la enormidad de hombres que actúan en ella y a los cuales hay que contentar en una forma u otra.

Cualquiera que sea la psicología de la guerra y del guerrero, aunque en ella haya mucho de tradicional, de maquina, sociológicamente podrá advertirse que tuvo que operar una profunda evolución en el chilcindiano.

El encuentro con el inca, ciento cincuenta años atrás, y los de Almagro y Valdivia, diez y cuatro años, respectivamente, antes de que el chileindiano estabilizara el proceso, no merecen llamarse acaso acciones sociales, puesto que los esfuerzos súbitos de unos cuantos, por más meritorios que fueran, no alcanzarían a la sociedad entera.

Solamente a partir de la batalla de Andalien en 1549, se vió que la guerra se encendería más fuerte que nunca, no obstante el efecto engañoso del paréntesis de dos veranos que logró extraviar hasta a los propios jefes. Aunque Valdivia y los suyos se parapetaron en la ciudad fuerte marítima, tomándole el peso a la situación y esperando nuevos refuerzos que viniesen por mar, jamás creyeron en un levantamiento general que los quebrantaría por completo, como sucedió en 1553.

Al contrario, tras el descalabro chileindiano de Andalien creyeron al guerrero indígena quebrantado seriamente, no sin dejar de llamarles la atención que un aborígen tan atrasado, tan entregado a las labores de la pesca y de la labranza, súbitamente se aprestase al combate sin haber tenido vecinos que lo estuviesen poniendo siempre en guardia aconsejándole previsión y cautela.

Pero el quebrantamiento no era la muerte; y en los veranos de 1551 y 1552 se suceden hechos que así lo demuestran.

Sea por necesidad, por rabia o por despecho, al ver que los chileindianos se ausentaban hacia los montes y le sacaban el cuerpo a los trabajos del repartimiento, el conquistador empezó a talarles las sementeras, pretendiendo tal vez con ello sitiarnos por hambre.

En otras regiones, entre los aztecas por ejemplo, el procedimiento pudo haber dado buenos resultados, y con mayor motivo entre los incas, porque estaban tradicionalmente agrupados y vivían de los frutos de la tierra.

Pero entre los chileindianos la cosa era muy distinta, como se comprobó al tercer verano. Les era fácil levantar su casa e irse temporalmente adonde les diera la gana, máxime si se les perseguía y no tenían ya sementeras. La montaña, la cordillera y la selva escondían infinidad de frutos silvestres y los ríos y el mar multitud de peces y mariscos y los bosques y llanos enormidad de pájaros y avecillas. Podría privarle el enemigo de los frutos de la tierra, se diría el chileindiano; pero jamás de los silvestres, aves, pajarillos, peces y mariscos de toda especie, porque eso sería cuestión de nunca acabar. En tanto que el soldado destruía sus sementeras en las márgenes del Bío-Bío, él se escurriría bien hacia la cordillera o hacia los archipiélagos y canales del sur, adonde no pudo llegar el conquistador por falta de elementos, de gente, de carros, de conocimiento de la topografía del terreno y de tantas otras cosas.

En el inca, por ejemplo, habría habido más esperanza de éxito, puesto que no eran libres y desde tiempo inmemorial estaban acostumbrados a la toltería, al pueblo, al recinto, a la ciudad, de donde no se podían mover y eran vigilados como niños. La cordillera les quedaba tan distante como el mar, aunque la costa caliente y malsana del Perú antiguo, como el de ahora, no sería tan fecunda como la fría y saludable chileindiana. Como casi no tenían selva, no contaban con esa inmensa e inacabable reserva de frutos silvestres. El país, a pesar de sus accidentes y dificultades montañosas,

no presentaba tanta aspereza y brusquedad como el del chileindiano, y el clima era muy distinto, casi opuesto, algo suave y amodorrador, sin contar con una circunstancia política inapreciable: que en tanto que en la región austral se combatía contra una nacionalidad aborígen, entre los incas se pudo echar mano a los expedientes disgregadores y fragmentadores a que se prestaban las tribus descontentas, que eran más de diez.

A Valdivia no le dió la tala el resultado que esperaba, y, muy al contrario, fraguó la conspiración general, y si antes había participado solamente un núcleo escogido, lo mejor dispuesto, como pasa siempre, ahora participaría como un cuerpo intangible la sociedad entera. ¡Tremendo error que le costaría muy caro, que pagaría con la vida! Las mujeres y los niños y aún los ancianos que no participarían en los encuentros pasados, ya que ellos poco podrían hacer, ahora, con la privación, el éxodo y el sufrimiento, cobrarían las alas que mueve la venganza y que empujan a las mayores temeridades. De ahí que en el general levantamiento que sucedió al verano de la tala de las sementeras, participaran también las mujeres, los niños y los ancianos. Con el hambre no se puede jugar y los sufrimientos encienden los ánimos.

Para mayor desgracia de Valdivia y los suyos, la tala coincidió con algo que el indígena, dado su encono e ignorancia, atribuyó a una maquinación fraguada en contra suya.

Como en el Anáhuac antes del sitio de Tenochtitlán, se cebó en los chileindianos una fiebre feroz que los aborígenes llamaron *chavalongo*. En Méjico se dice que llevó el contagio un negro que venía de Cuba, y de resultas de la fiebre murieron miles de indígenas, entre ellos el hermano de Moctezuma, que a la sazón era emperador.

Entre los chileindianos la mortandad fué enorme, el cuádruple de la famosa batalla de Andalien. Los pillaba de sorpresa, no conocían su origen, ni medios de curación y solamente después de muchas víctimas acertarían a atajar el mal. El chileindiano, al principio quedaría horrorizado y espantado, ya que él, de clima tan frío y lluvioso, húmedo y neblinoso, por primera vez en su vida, sin hacer nada, sin

fatigarse y sin trabajar sudaba y sentía que sus carnes quemaban como fuego. Después, las granulaciones y desfiguraciones del rostro y del cuerpo no dejarían de atormentarle.

Probablemente el mal no fué en ellos tan desastroso como hubiera sido si Valdivia y los suyos, en vez de destruir algunas sementeras, hubiesen logrado reducirlos a pueblo o a campamento. La dispersión, la altura y los aires de la montaña les hicieron mucho bien, de donde se podría inferir que la escapatoria y errabundaje por la montaña que motivaron los designios del enemigo, los salvó, si no a todos, a gran parte.

El contagio y la propagación de la fiebre partió del campo español, muy a pesar de éstos; pero el indígena, sobre todo en los primeros instantes, en los que se sentiría ofuscado por la destrucción de sus sementeras y el abandono de sus casas, los achacó a una malvada maquinación del enemigo. Ello era natural, máxime cuando los separaban ríos de sangre, miles de cadáveres, y cuando las madres, viudas, hermanas e hijos clamaban venganza.

Si para el chileindiano el *chavalongo* tuvo al principio el carácter de una maquinación del enemigo, comprendió más tarde, ya mejor informado, que era una de las tantas epidemias de la vida, aunque nunca había experimentado otra tan contagiosa y terrible.

Pasados los trágicos veranos de 1551 y 1552, en los que como rumia satánica se suceden la tala de las sementeras y el *chavalongo*, amanece el trágico de 1553, en que se enciende la guerra más obstinada de la preconquista continental.

El medio ambiente se especializa y se hace guerrero y la guerra se estabiliza. He ahí una profunda evolución sociológica. En el ataque al inca, a Almagro y al mismo Valdivia, no se especializó el ambiente, ni la guerra se estabilizó. Ultra Bío-Bío, en el Andalien o más allá de la frontera, se tuvieron los cuatro grandes encuentros tradicionales. La forma del ataque revistió todos los caracteres de una empresa brava y audaz de los más valientes, de unos cuantos escogidos o de los mejor dispuestos. La sociedad tribal

quedó lejos, en la retaguardia, ignorando acaso el designio de sus valientes hijos. Solamente el alarido de gloria lo percibiría de fuera, de más allá de la frontera, y no tuvo la alegría inefable e incontenible de haber presenciado, como después sucedió, los azares y peripecias del encuentro. Acaso habría querido y deseado la suerte de la piedra fría e insensible para no dejar de ver el espectáculo nuevo e incomparable. La alegría y el entusiasmo, cosa bien efímera en este triste mundo, fueron lo único que compartió con los cuatro veces vencedores del Andalien.

Pero, después del primer desastre, el de Andalien en 1550, cuando la sociedad tribal vio llegar los doscientos mutilados, ya no le embargó la alegría ni el entusiasmo, sino algo trágicamente superior, el dolor, el llanto, la tristeza, que al par que acobardan al ser, lo hacen considerarse más consigo mismo y más cerca de las excelsas virtudes humanas.

Hasta ese instante no había experimentado más que sensaciones placenteras, y era extraña al inmenso proceso que se fraguaba en sus propias entrañas.

Después vinieron las destrucciones de las sementeras y el *chavalongo* y ya empezó a sentir en carne viva, a saber lo que era la guerra, gracias al hambre, a la privación, al sufrimiento y a la persecución y debido a las calamidades de la fiebre que ella, en su inocencia, imaginaría algo tan feroz como la guerra.

Al experimentar todos esos efectos la sociedad tribal chileindiana, tuvo que sacudirse y removerse. El ambiente empezaba a especializarse en los ajetreos gembundos. Al principio era algo así como el renacimiento indígena.

Luego, en su mismo seno y ya no más allá de la frontera, en pleno corazón de sus lares queridos y en presencia de todos, madres, esposas, hijas, padres, abuelos y ancianos, se trabó la guerra, mucho más terrible desde el instante que surgía en medio de las cosas más queridas de la vida, la montaña que le vio nacer y subió desde niño, el río en que se bañaba y el vallecito en que se solazaba. Las cosas eran más graves y tomaban el aspecto de una decisión tremenda, inexorable e inquebrantable.

En realidad, la sociedad tribal asistiría en cuerpo y alma a la formación del medio ambiente guerrero, para así fortalecer a sus soldados animosos y empujarlos al cumplimiento del deber, apartándolos de los riesgos de la frontera y aun de más allá, donde, faltos del estímulo moral, habían sufrido el primer revés. Quizá la sociedad tribal se preguntaría angustiada si había sido tal o continuaba siéndolo con aquel puñado de valientes que, sin conturbarla, fueron lejos, más allá de las fuerzas humanas, fuera del territorio, a atajar al enemigo y evitarle dolores inmediatos. Acaso para reparar lo que se supondría yerros, tibiezas e incomprendiones, la guerra se formalizaría mejor a la vista de todos, para así mancomunarse en el común dolor y en la común desgracia y solidarizarse en la alegría y en el entusiasmo.

Ya no sería la guerra de los guerreros, ni la guerra de grupos calificados, sino la guerra de todos, de mujeres y de hombres, viejos y niños, capacitados y no preparados, la guerra social.

He allí, sociológicamente, uno de los hechos más grandes de la preconquista americana.

Pero para que lograrse producirse tuvo que operarse la verdadera transmutación psicológica.

En realidad, la chileindiana había llegado a ser una sociedad tribal labradora y pastora, con algo de pescadora y cazadora, y, por lo tanto, entregada al trabajo y al esfuerzo. La misma lucha sobreponedora contra la naturaleza madrastra le había hecho avanzar en la evolución social y logrado que se alterase, se modificase o se pasase por encima de algunas transiciones, naturales en todo desenvolvimiento social. Así, la misma horda y el mismo clan no pudieron prolongarse demasiado y acaso se acortaron rápidamente, o, debido a la lucha, su presentación fué bastante tenue.

Si no hubiese sido por la lucha y el esfuerzo sobreponedor contra la naturaleza madrastra, es posible que la sociedad tribal no llegase a ser tal, o, cuando más, un conjunto de clanes cazadores y pescadores, pastores y recolectadores, aunque con asomos de labranza, como los promaucaes y michimalongos.

El esfuerzo y la lucha, nivelando y suavizando la necesidad y aportando los medios de vida, correlacionaron a los seres y psicológicamente terminaron por empujarlos y hacerlos sufrir la forma tribal.

La tribu, la sociedad tribal chileindiana era la consecuencia natural y lógica de la lucha y del esfuerzo fundamentados como idealidad social. Al ser así, claro está que tendría que presuponerse la paz, la disciplina, el trabajo, el respeto y el orden, porque de otra manera el esfuerzo y la lucha no hubieran podido ser sociales tampoco. Hay lucha y esfuerzo en la horda y en el clan, que persiguen la fiera, mantienen la pesca y la recolección de frutos silvestres y encienden la guerrilla de presa y rapiña contra los similares. Pero nunca es constructiva y edificante como la social, la tribal, por ejemplo, que se traba ya no contra el hombre ni contra la fiera, sino contra la naturaleza hostil e inclemente. Para llegar a esta fase tiene que mediar un progreso enorme, deponer los resabios antropológicos de guerrilla humana y empezar a amar y respetar al ser humano, a fin de asociarse y emprender mancomunados la tranquila y tesonera labor diaria.

En la sociedad tribal, el hombre tuvo que disciplinarse un poco, suavizar algo la acometividad atávica y sumarse al grupo. Para que esto sucediera tenían que primar de un lado el disciplinamiento social y del otro seres experimentados en la lucha y el esfuerzo, y en el logro del mejor resultado, de la más profunda consecuencia, tenía que imponerse la necesaria concomitancia y relación. Es decir, se había llegado a una verdadera evolución psicológica en la que los seres abrazaban y fundamentaban principios íntimos y definidos de acción, de lucha, de sobreposición, de esfuerzo.

Psicológicamente, si el chileindiano no hubiese logrado ser así, no se concebirían sus cuatro ataques y reencuentros de Andalién.

Ni por arte de magia ni por artimaña de sus *machis* se podría haber infundido el espíritu, el valor y la decisión que sólo se conquista, se asimila y se adquiere con la lucha y la experiencia.

Los clanes de ultra Bío-Bío, los promaucaes, michimalongos y chungos, de menos brusco medio físico, si tuvieron, como debieron tener, sentimientos de lucha y de esfuerzo, éstos jamás lograron instituirse como disciplina social, porque sus condiciones eran muy distintas. Tan cierto es que no la alcanzaron, que los incas, ciento cincuenta años antes de la llegada del conquistador, los tenían sojuzgados, y a la llegada de Almagro, si no ejercían un dominio efectivo, al menos tenían bastante influencia, puesto que cooperaron en las expediciones que se acercaron al Bío-Bío. El hecho mismo de que admitieran el sojuzgamiento, el tutelaje o compadrazgo político, presupone que no tenían disciplina social, ya que no podían valerse por sí mismo, y aceptarían sumisos la infiltración de la extraña.

En la sociedad tribal chileindiana, no solamente se llegó a una disciplina social, sino que el aislamiento, la lejanía, la misma forma anormal en que se desenvolvía, la exacerbaron. Luego, las fragmentaciones y accidentes de la montaña y los contrastes que se le aparejaban, aunque resulte algo paradójal el hecho, terminaron por hacerla más fuerte y ostensible. Cada cual, para seguir viviendo bien, como vivía, separado y disgregado en un bajío, loma o cumbre, en un abismo, pendiente, hondonada o planicie, requería forzosamente el beneplácito y la complacencia general para no ser estorbado. Del sumo individualismo y de la mayor libertad, la más profunda aquiescencia y respeto por conservarla. La separación y la parcialidad doméstica en la conjunción, en el agrupamiento moral. Por más que la restricción se extendiese a los familiares, a la casa, a la propiedad privada, a los útiles domésticos, a los rebaños y a los productos de la labranza y de la pesca, en la vida diaria, en la industria y en el comercio, en la división del trabajo y en la mancomunidad necesaria de propósitos, la relación y la alternativa personales tuvieron que ser manifiestas. La disciplina social venía a resultar como el coronamiento, la síntesis psicológica de la sociedad tribal austral.

En relación con los cuatro célebres ataques y reencuentros de Andalién, la disciplina social coexistió con un hecho

y una necesidad psicológica por demás trascendental. La falta de entrabamientos por los artificios y excesos del autoritarismo, que se producían entre los aztecas y los incas, y la predisposición a un cambio, a consecuencia del mayor desenvolvimiento y de la pretendida mecanización.

En verdad, la disciplina social chileindiana se había mantenido pura, nítida en su bárbara manifestación, arraigando como formidable árbol frondoso de la selva que, cuanto más virgen y más salvaje, más lozano y vigoroso crece. El aislamiento, la lejanía, la falta de comunicaciones, la interdependencia nulificada, en fin, concurren a obrar semejante prodigio, raro a primera vista. Toda disciplina es una complicación psicológica, y lo extraño del caso es que la chileindiana no se complicase más de lo necesario, más de lo que requerían las cosas, y cayese en banalidades y puerilidades. Quizá el acicate perpetuo de los elementos fué el mejor condicionamiento y opuso resistencia a los egoísmos y ambiciones de los hombres.

En el último rincón del mundo y tratando solamente de romper el aislamiento por el frente, por el norte, el chileindiano se desarrolló completamente aislado, al revés de las otras tribus que recibían por los cuatro costados las influencias exteriores. Aún tratándose del frente sólo ahora vemos que fué una posibilidad de relacionamiento; pero es posible que las circunstancias no se lo permitiesen.

De ahí surgió entonces una sociedad tribal, sin muchas complicaciones ni muchos artificios, como que se debía y bastaba a sí misma. No requería, no le eran necesarias, y en sus condiciones no pudieron nacer los artificios y subterfugios. Dentro de su anormalidad política se daba y acataba las más mínimas y, por lo tanto, más profundas y sinceras manifestaciones de disciplinamiento.

Si en vez del aislamiento, de la lejanía y de la falta de interdependencia que la dejaron entregada a sus propios esfuerzos y dándose a voluntad y conciencia las limitaciones más premiosas, la sociedad tribal chileindiana hubiese florecido al revés, la vecindad, la relación, la comunicación, la influencia, el intercambio, la interdependencia, en fin,

forzosamente tenían que haberla empujado a las mayores complicaciones primitivas, a la ciudad-fortaleza, al gobierno, al Estado y con ellos a complicaciones disciplinarias.

Lo que se habría ganado en cantidad se habría perdido en calidad, no apartándonos y relacionando los cuatro tradicionales ataques y reencuentros en el Andalién.

Con la ciudad-fortaleza, el gobierno y el Estado, la disciplina social chileindiana, a base de lucha y de esfuerzos, de necesidades y sufrimientos colectivos, se habría alterado, transformado y complicado profundamente. Habría dejado de ser la disciplina de todos y para todos y en vez de atender como atendía a los propios y efectivos intereses, en la seguridad de que no lesionaba ni menoscababa los ajenos, habría terminado por tener que conciliar los de los extraños, que no le merecían tanta cuenta, en las continuas domeñaciones e imposiciones. Era el caso de los incas, por ejemplo, que aceptaban la disciplina que venía de afuera, del emperador, de los sacerdotes, de los guerreros, de los terrícolas, y ni siquiera lograban visualizar la suya, la que, como la del chileindiano, se asentaba en el corazón, salía de él y se confundía con el núcleo social. Entre la disciplina de la tierra del inca, si es que puede llamarse así, y la del chileindiano, mediaba un mundo. En tanto que el uno, en los obligatorios repartos para el culto, el rey y los guerreros doblegaba su individualidad y, por lo tanto, debilitaba la disciplina que es una condición íntima personal, el otro, sin vasallajes de ninguna especie, sin recibir ni dar cuenta a nadie, manifestaba con más imperio la suya, la prolongaba y la estabilizaba en la propiedad privada.

Semejante proceso sociológico no es de extrañar y habría que profundizar y partir del punto de comparación que presentan los incas y los aztecas para entendernos mejor y aclarar una relación trascendentalísima.

Debido a la mayor civilización superior primitiva, los aztecas y los incas, como es natural, lograron complicar la disciplina y en las complicaciones se engrosaron bastantes subterfugios y artificiosidades.

Es posible que, al revés del chileindiano, no tuviesen la

disciplina social, sino la jerárquica, la reglamentada, la institucional, la política. A ello tiende y debe tender toda civilización. Las jerarquías de emperadores, sacerdotes, guerreros, gobernadores, recaudadores, asistentes y oficiales, nos lo hacen presuponer. Es probable, también, que los incas y los aztecas fuesen envueltos al nacer en la interdependencia social y que desde muy temprano, por relaciones e influencias exteriores, no dejaran de asentar la jerarquía, como se perfila en algunas que otras hordas, clanes y tribus. La misma inclinación jerárquica en los primitivos, es un peligro para el grupo social porque condiciona a los déspotas y usurpadores.

Por lo demás, la disciplina social chileindiana, dentro de lo posible, debe haber sido de tan genuina raigambre tribal austral como lo era la propiedad individual, la familia, la industria y el comercio. Un conjunto de factores especializados se darían la mano para obrar semejante prodigio, el medio excesivo y duro y la consiguiente reacción sobreponedora, la fragmentación y accidentes montañosos y sus correspondientes e infinitos contrastes, el aislamiento y la falta de interdependencia social. Luego la acentuación individual y las nociones de respeto, de paz y de trabajo, que nacen en toda sociedad luchadora, debieron haber predispuerto la disciplina social.

Claro está que tan singular disciplinamiento sólo pudo nacer en una sociedad tribal tan rara como la chileindiana, y puede nacer en cualquier otra que tenga que vencer la anormalidad política. Era una disciplina que partía de la necesidad de lucha y de esfuerzo sobreponedor, cubría o trataba de cubrir los apetitos del grupo y terminaba, por encima del mismo, por resguardarlos contra el abuso y el atropello, en provecho de ellos mismos. Era social y no podía dejar de serlo, porque de manera profunda y resaltante no excluía a nadie, no jerarquizaba en beneficio de nadie y los englobaba a todos en el colectivo esfuerzo y en la colectiva necesidad.

Sociológicamente, semejante disciplina social, secuela de un desarrollo anormal, estaba fatalmente llamada a trans-

formarse, como toda institución social. La interdependencia, en algo la habría quebrantado en la alteración de las causas internas.

Pero lo cierto es que, después de todo, la conquista sorprende a la sociedad tribal chileindiana, basada en la disciplina social, y no debe entenderse por ella la abjuración de determinadas cosas sino la prepotencia personal, no entabadora, del prójimo en beneficio de la colectividad. Dicho accidente social tuvo que predisponer al chileindiano y resultar para el conquistador uno de sus mayores sino el mayor obstáculo.

Tan efectivo es que la disciplina social era más una condición interna que una causa fundamental del desenvolvimiento del superorganismo primitivo austral, apta para un cambio, predispuesta a la transmutación, so pena de debilitarse o de degenerarse en el retardo o en la paralización que estaban aparejando la mecanización. Si en vez de social hubiese sido disciplina jerárquica, no habría experimentado un ritmo tan profundo. Se produjo el cambio, se transformó la disciplina social; pero no se hizo jerárquica. Es que el nuevo elemento, que lo hacía producir, aunque jerárquico, no requería todavía muchas complicaciones. Fue un bien para la sociedad tribal.

Nueva visión del desenvolvimiento social chileindiano

Hacia ya veinticinco años que se había conquistado el Anáhuac y diez años el Imperio de los Incas, y, sin embargo, el primer conquistador de Chile, Diego de Almagro, no avanzó hasta la zona chilindiana y apenas si pasó de la frontera.

Cuatro o cinco años después del primero, llegó el segundo conquistador, Pedro de Valdivia, a quien en realidad se puede llamar como tal.

Valdivia, en el verano de 1546, intentó llegar hasta las márgenes opuestas del Bío-Bío. Habían pasado veinticinco años desde el sometimiento de los aztecas y once o doce del de los incas al pretender hacer irrupción entre los chileindianos.

Es profundamente extraño que hombres que disponían del mar por los buques de vela y de los caminos terrestres por el caballo, tardasen tanto. Es posible que ahora nos parezca lenta, lentísima, la conquista; pero no debe haber sido así a juzgar por la infiltración inglesa en la América del Norte. La dificultad de las comunicaciones, lo desproporcionado del territorio y los exiguos elementos conquistadores, tuvieron mucha parte en ello y evidencian la grandiosidad de la obra.

El primer conquistador no avanzó desde la región promaucae al sur y el segundo intentó hacerlo dos años después. Si es cierto que los michimalongos le opusieron toda clase de dificultades, escondiendo las cosechas y echando a perder los sembrados, al parecer resultaba poco explicable la de-

moza en llegar a las márgenes chilindianas, ahora en que el tren apenas emplea una noche escasa.

Estos hechos nos aportan una formidable luz respecto a las dificultades, o, mejor dicho, imposibilidades de comunicación e interdependencia social. Los michimalongos habían sido domeñados y resistieron con frenesí, previo aviso de los incas.

Entretanto, los chileindianos creyeron que Valdivia y los suyos eran también incas, es decir, los mismos que habían sido rechazados por sus antepasados ciento cincuenta años antes. El hecho, al parecer inexplicable, lo observó Valdivia, quien lo refiere en su carta cuarta. Medio siglo después, según lo anota González de Nájera, les llamaban *viracochas*.

He ahí una profunda inducción para reafirmar que los chileindianos vivían faltos de toda comunicación y relación. Hacia ya dos años que los conquistadores estaban al frente de los michimalongos y, sin embargo, desconocían la presencia cercana del europeo. Es probable que los michimalongos se la ocultasen y silenciasen a fin de que recibieran golpes inesperados, y de ser ello cierto vendría a comprobar el enorme abismo que los separaba de los chileindianos.

Un hecho, al parecer extraño, raro y casi inexplicable es que, no obstante la resistencia de los michimalongos y de los changosmichimalongos, los promaucaes dejasen pasar al conquistador sin que intentasen oponerle dificultades. Pudiera ser que los descalabros de las tribus de más al norte les sirviesen de escarmiento; pero se observa que aún durante la tremenda y prolongadísima guerra chilindiana jamás tomaron las armas en favor de sus hermanos los indígenas. Ante esta anomalía en hordas o clanes tan belicosos, el sociólogo sospecha odios y envidias contra el chileindiano. Su abstención o retraimiento no tendría otra explicación, y por esta mala voluntad quizá se logre explicar la sorpresa y muerte que sufrieron en su área territorial el primer jefe guerrero chileindiano, Lautaro, con sus trescientos compañeros. Cincuenta años después de empezada la conquista, se advierte que el conquistador logró mover las tribus fronterizas en contra de la sociedad austral.

De todas maneras, sociológicamente, tenemos una especie de mapa o de plano moral que nos advierte que los michinalongos, en connivencia con los incásicos, ocultaron a los chileindianos el peligro, y que los promaucaes procedieron con una dañina y calculada indiferencia. Estos hechos nos reafirman la diferencia profunda, casi la opuesta psicología del chileindiano.

En tales condiciones no es pecar de obcecados seguir insistiendo en la falta de interdependencia social y de relaciones de la sociedad tribal austral.

Es probable que después, por boca de los mismos conquistadores, empeñados en amedrentarlos, conocieran la caída tremenda del Anáhuac y el desplome espantoso de los incas, y sus ojos, ajenos a tanta maravilla, se agrandarian a la distancia y la imaginación se poblaría de infinitas tristezas. Es posible que recién empezasen a saber lo que eran las sociedades tribales de más al norte.

Tanto es así, que no conocían la inmensa tragedia, el doloroso drama, y confundieron al conquistador nuevo con el antiguo. De no haber sido por esa confusión y enterarse de que eran otros hombres, no se explicaría tampoco lo que por primera vez le ocurrió en sus ajeteos al conquistador de América.

En 1546, al pretender vadear el Bío-Bío, una enorme montaña de guerreros casi aplastó a Valdivia y a los suyos. Faltó poco para que quedaran sepultados los conquistadores. Los salvó una circunstancia inesperada, jamás vista entre los aztecas y los incas. Los chileindianos eran aficionados a pelear de noche y el conquistador, ante el tremendo trance, encendió una inmensa fogata y en tanto las llamadas y los resplandores llenaban las distancias se replegaron y recogieron. Así tuvieron tiempo de despistar y de alejarse del chilcindiano.

Cuatro o cinco años después del percance, vuelven los conquistadores, y en 1549, según Valdivia, siguen creyéndolos incásicos y traban terribles combates, tres o cuatro encarnizadas batallas que obligan al jefe a usar un procedimiento atroz, único en la conquista, el de mutilar a dos-

cientos guerreros enemigos, entre ellos algunos principales.

En los veranos de 1550, 51 y 52, Valdivia y los suyos penetran en el área chileindiana y hacen lo que no había hecho nadie en la conquista, ni Cortés en el Anáhuac ni sus compañeros en el Perú: fundar en plena guerra cinco ciudades. En Méjico no se intentaría, porque las habría de sobra y con edificios apropiadísimos y en el Perú se empezó después de dos o tres años de conquistado y pacificado, no obstante la construcción de fortines. Entre los valdivianos no se contaba con las alianzas y triunfos de Cortés ni con la imposición de Pizarro y los suyos, y apenas temerosamente habían tenido encuentros, no en el área, sino en la frontera, lo que es peor todavía.

El hecho es que en 1553, después de tres años de larga y sombría espera, el indígena se subleva.

No tuvo los motivos del azteca de guardar la reincorporación del rey y de los jefes apresados, ni la confusión del inca al ver al monarca y a la corte desaparecidos y a los principales en rehenes.

Si en 1546 los hizo huir y cuatro años después, en 1549, fuera de su territorio emprende de nuevo el ataque, ¿por qué se replegó tres años a sus montañas y se levantó en armas después de sufrir en su propia casa al enemigo?

Psicológicamente, es posible que en semejantes extraños hechos haya influido una revelación hecha a sí propio. Al irse los hispánicos se quedaron creyendo que eran incas y al volver siguieron creyendo que eran los mismos. A los tres o cuatro encuentros acaso se dieron cuenta la segunda vez de su equivocación y el discurso que les esptó Valdivia terminaría por ponerlos sobre aviso. Pero ya era tarde para volver sobre los pasos, y las contingencias y necesidades habían ensanchado la brecha.

Sea lo que fuere, una tremenda equivocación, sólo en los medios pero no en los fines, dió principio a la guerra contra el nuevo conquistador. En ella hay algo parecido a la de Colón.

De haberse dado cuenta de que en vez de los incas, sus irreconciliables enemigos, eran los españoles los que se le

presentaban, es probable que no se hubiera producido el primer encuentro y la consiguiente huida y los encuentros posteriores. Las cosas habrían tomado un giro muy distinto.

Pero no deja de ser extraño y anormal que a los españoles se les tomase por incas. Valdivia lo dice: «Llámannos a nosotros Ingas, y a nuestros caballos hueques Ingas, que quiere decir ovejas de Ingas.»

Este profundo equívoco podría explicarse reparando en que los chileindianos no conocían a los incas, y el odio mortal contra ellos se lo había transmitido la tradición, la música, la poesía y la oratoria, a que eran tan aficionados. La guerra victoriosa contra los incas se había efectuado ciento cincuenta años atrás, y al tomar participación en ella sus abuelos y bisabuelos o algunos padres ancianos, supuesta la longevidad indígena, los guerreros adversos a Valdivia y los suyos apenas se moverían por la embriaguez patriótica ambiente.

Sociológicamente, el hecho, de trascendencia vastísima, viene a confirmar que si los chileindianos confundieron a un civilizado blanco europeo con un cobrizo primitivo civilizado, lo que es ya mucho desconocer, con mayor razón desconocería las relaciones, concomitancias y simultaneidades sociales. Este hecho, inducido a través de otro hecho observado por el protohistorialista, confirma de manera incontrovertible la falta de interdependencia social de la sociedad tribal chileindiana y su consiguiente desenvolvimiento en rebote de la lucha contra la mesología inaccesible y brutal. Esta falta de interdependencia se acentúa todavía con la indiferencia conspiradora del promaucae y con el perverso mutismo del michimalongo.

No era fácil lograr tampoco la interdependencia social y ahí están los movimientos del conquistador para corroborarlo.

Casi treinta años después del Anáhuac y quince del antiguo Perú, el conquistador irrumpe contra el chileindiano, es decir, se tardó más en avanzar del Imperio de los Incas a Chileindia que desde el antiguo Méjico al antiguo

Perú, no obstante las inmensas dificultades políticas que le opusieron las civilizaciones primitivas y que la distancia era infinitamente menor, quizá la cuarta parte. El secreto de ello está en la falta de interdependencia, exacerbada por el clima frío y casi glacial, por la montuosidad que dificultaba la comunicación y el transporte y por las hordas y clanes. Sería vano hablar de falta de interés, supuesto el estímulo y embriaguez que en la conquista siguió a los primeros éxitos.

Dicha carencia de interdependencia social chileindiana se apareja con un profundo desconocimiento del inca y del hispano, obra del primero, que también alcanzó a englobar a los michimalongos y promaucaes. No conocían al chileindiano más que por un mote o apodo, inspirado por el despecho feroz y la rabia iracunda. Se le llamaba *araucano*, enemigo en lengua *quichúa*, quizá después de la derrota memorable.

El hecho de que esta denominación tan extraña ganase al inca, y tras él al michimalongo, al promaucae y al conquistador, presupone que desde el inca se desconocía por completo al chileindiano.

Al llegar el protohistorialista, por boca de ellos mismos se supo que no tenían un nombre genérico, como el azteca, el inca, el pipil, el chibcha, etc. Apenas sus *butalmapus*, reducciones y parcialidades, tenían nombres simbólicos, es decir, Tenotiplán, *Nopal sobre piedras*, Cuscatlán, *Tierra de la dicha*, Calchaquíes, *Lugar de siembras*, Tlascalá, *Lugar de pan*, Tezcuco, *Sitio de descanso*, etc.

Y lo que hace la pereza mental en el mundo: el protohistorialista, acaso identificándose con el inca, le siguió llamando araucano, y Ercilla escogió el mote como título de su gran obra. Quizá tuviese razón, porque se trataba del enemigo.

Los protohistorialistas, los historiadores modernos y los manualistas, sin reflexionar, sin apreciar la oposición de actividades, pusieron en boga y vulgarizaron el apodo, acaso con el mismo móvil que el conquistador y engreídos y deslumbrados por la guerra.

Pero el sociólogo no puede calificar ni continuar denominando con ese sobrenombre al guerrero, al individuo, al enemigo circunstancial, a toda una estructura social, a la sociedad tribal.

La misma denominación de *butalmapus* nos hace imaginar la sociedad de tribus en oposición al conquistador, a Valdivia y aun del protohistorialista y del propio historiador moderno que, siguiéndolo, le ha clasificado como en una casilla de correo con vagas denominaciones. Es cierto que los procesos sociales comprendidos en la tribu y el clan han sido observados y denominados recientemente y por ello es factible el error.

Valdivia nos ha dejado en su carta cuarta, en un solo y cortante acápite, una visión viva e intacta del desenvolvimiento social chileindiano, y su apreciación es de importancia insuperable.

Con Góngora de Marmolejo, que después escribió una historia de los primeros setenta y cinco años de guerra, Valdivia completó el par de los primeros descubridores y conquistadores que dejaron algo escrito excepcionalmente. Valdivia, más prominente que aquél, de más cultura y experiencia, resulta un aporte inapreciable. No se puede sospechar de él y su parquedad y hasta desprecio por los promaucaes y michimalongos, que se transparenta en el hecho de no mencionarles, aparte el episodio de ocultar las sementeras de éstos, nos hace pensar que tenemos el juicio de un ser humano no muy predispuesto a menudearlos.

El militar y jefe que aportó al porvenir una sensación exacta del chileindiano, no puede ser inculpaado de imprudente ni jactancioso. Conocía el brillante prestigio de los incas, quedó suspenso de su progreso y no ignoraba los de los aztecas. Además, los cinco o seis rudos encuentros con los chileindianos y la destrucción de las ciudades recién edificadas por los michimalongos en la capital y en La Serena, debieron inspirarle conceptos no muy placenteros ni regocijantes.

Psicológicamente, la guerra que sostuvieron los hispánicos con el indígena americano, por transmutación mental,

les hizo como pelear entre sí. Aunque parezca raro, en los protohistorialistas no hay dos que estén de acuerdo, y todos procuran ignorarse. Ercilla nos da el retrato de muchos héroes chileindianos, y Góngora de Marmolejo, que le antecedió en ocho años en las acciones conquistadoras y que escribió después de él y teniendo a la vista su obra, ni siquiera lo nombra, y, como si tal cosa, revela otros nombres, si bien es cierto que a partir de hechos que no describió el poeta.

A menudo se ve también que creyendo dar más imponderable grandeza a sus actos, introducen lo milagroso. Los relatos de Valdivia, Ercilla y Góngora están plagados de ellos. Parece ser un ripio de la época. Pero lo cierto es que el lector atento infiere que el milagro, sin ellos quererlo, los traiciona y les hace aparecer como simples maniqués.

Ciertamente, era imposible substraerse al condicionamiento moral de las circunstancias; pero a tan esforzados soldados no se les podía exigir que observaran el medio y en seguida se marcharan a otra parte a meditar. El cambio de ambiente, la falta de contacto con los mismos actores, la distancia y las nuevas alegrías habrían podido cohesionar la obra maestra. Ercilla y Bernal Díaz del Castillo, más el primero que el segundo, retirándose del campo de acción, distraendo la mente con el cambio de vida y de planos sociales, nos dejaron obras bastante meritorias.

Después de todo, aunque el juicio del protohistorialista se confunde generalmente con las pasiones y resquemores del momento, siempre hay algo en él que se puede aceptar y comprobar. Valdivia no mintió nunca al formular sus apreciaciones tan valerosas y desinteresadas sobre el chileindiano, y su delicadeza se ha comprobado al tratar de profundizar el desenvolvimiento social austral. Cortés y Bernal Díaz del Castillo no mintieron al pintar la grandeza azteca, ni Montesinos la de los incásicos, y por ellos hemos logrado tener una inmensa fuente de datos que nos orientan.

El conquistador y primer gobernador de Chile, Pedro de Valdivia, dijo con la sequedad de soldado montañés en su carta 4, de 25 de septiembre de 1551, escrita en Concepción, en la frontera:

Aman en demasia los hijos e mujeres y las casas, las cuales tienen muy bien hechas y fuertes con grandes tablonazos, y muchas muy grandes, y de dos a dos, cuatro y ocho puertas.

Tienen muchas y muy pulidas vasijas de barro y madera. Esta tierra es todo un pueblo y una sementera.

Próspera de ganado como lo del Perú, con una lana que se arrastra por el suelo.

Abundosa de todo mantenimiento.

La gente es crecida, doméstica, amigable y blanca y de lindos rostros, así hombres como mujeres, vestidos todos de lana e a su modo, aunque los vestidos son algo groseros.

Son grandísimos labradores.

Cuantos vasallos están en ella y han visto la Nueva España, dicen ser mucha más cantidad que la de ella; es todo un pueblo.

He ahí una apreciación seria, sugerida por la observación directa del propio terreno, en el instante supremo en que la sociedad austral estaba como nunca viva e intacta.

Después, con la guerra, es claro que las condiciones materiales de la vida tuvieron que variar y sufrir hondísimas transformaciones. Entre los aztecas y los incas, por ejemplo, el protohistorialista encontró, en su apogeo en aquéllos y declinando en éstos, los terribles sacrificios religiosos. En los aztecas asumían toda su espantable desnudez, porque se estaba en perpetua guerra, y entre los incas, quizá porque ya se había afianzado el imperio y amenguado la guerra, estaban en falencia. Se ha hecho observar que al propio Moctezuma se le servía a la mesa un potaje de carne humana, de un prisionero o enemigo mantenido ex profeso en cárceles de cuerdas y después de arrancársele el corazón en las luctuosas ceremonias.

Valdivia, Ercilla y Góngora de Marmolejo, actores de los primeros diez años de conquista chileindiana y que después y en el mismo terreno escribieron sus impresiones, no nos dicen nada respecto a que los tribales australes aplicasen o hubiesen instituido los sacrificios humanos. Ellos, tan religiosos y tan preocupados y prevenidos contra los horrendos sacrificios, al igual que sus compañeros del

Anáhuac y del Perú, no cabe duda que hubiesen dicho algo de haberlos conocido.

Este hecho tan profundo y tan substancial, que se confunde con los sedimentos y extractos sociales más penetrantes de toda organización social primitiva, confirma no solamente la desvinculación con el inca y las tribus de más al norte, sino su intensa desigualdad. Bastaría para confirmar este aserto invocar todavía el testimonio de Valdivia para ponerlo más de relieve.

Pero hagamos antes un pequeño reparo. Los historiadores y los manualistas modernos, aun los propios nacionales, han hecho una confusión espantosa, peor que el laberinto de Creta. La cronología la han dejado de lado, acaso sugestionados y siguiendo inconscientemente al protohistorialista, y, en cuanto a las épocas, no hay para qué decir nada, porque ni se las sospecha. Así, por ejemplo, Medina, en sus *Aborígenes de Chile*, anota hechos que observó Núñez de Bascuñán en 1700, juntamente con los de Valdivia, Góngora de Marmolejo y Ercilla, en 1550, es decir, ciento cincuenta años antes de aquél.

Si el historiador o manualista sigue a Núñez de Bascuñán, claro está que tendrá una pintura de los chileindianos de una época dada, y si sigue a los padres Olivares, Ovalle y Molina, que escribían e inducían a través de la época que estaban viviendo, es natural que sufra algunas confusiones.

Estos hechos son tanto más graves cuanto la guerra trastornaba cada vez más la sociedad tribal.

En la guerra, sobre todo en la chileindiana, tenía que diferirse la cultura especulativa, lo mismo que la moral, la educación, la justicia y las artes, para unilateralizarse en el encuentro violento y duro. Los azares y revces de la lucha armada harían retrogradar un tanto a los indígenas en adelantos domésticos. Si en la paz no sacrificaban ni comían carne humana, con la guerra y acaso por intensa psicología mítica, no sacrificaban a manera de los aztecas y los incas, pero sí se hacían pasar el corazón de los caídos en la guerra, para chupar la sangre con el más profundo rencor. Si en la paz se dormía, se comía y se vivía bien, con tanta

guerra se hacía todo lo contrario, y la vida de campaña tenía que disponerlo en esa forma. Así que no era extraño que un siglo o siglo y medio después de empezada la guerra, un protohistorialista, un Olivares, un Ovalle o un Núñez de Bascañán, los viese durmiendo en el suelo miserablemente, tal como en los ajetreos combativos que le habían hecho perder los antiguos hábitos. Anotaría el hecho; pero el historiador y el manualista, en la manía de las consecuencias, trataría de pintar, por una degeneración predispuesta no por ellos, la nacionalidad. Si algunos hubieran tratado de sacar forzadas consecuencias no sería nada y lo sensible es que no advirtiendo ni las dudas del protohistorialista, todavía afirman las más grandes barbaridades. Así Núñez de Bascañán habla de un baile donde había unas mil personas de ambos sexos y que en medio de la borrachera, la lascivia los lanzaba a todos a actos inmorales, y eso que vivió prisionero entre los chileindianos y fué muy diligente en estudiarlos. Pudiera ser que el baile ése hubiera sido discurrido como uno de los tantos excesos que trae la guerra, ya que se cita ciento cincuenta años después de empezada. Pues bien, en la obra *Aborígenes de Chile*, sin citar a Bascañán todavía, no se habla de mil personas, sino de grupos de cinco mil, que se ovillaban en la más repugnante viciosidad, sin percatarse de que en las páginas anteriores ponderaba la fidelidad de las mujeres.

Por eso, sociológicamente, tenemos que espurgar testimonios de la época y de las circunstancias y poner una muralla china a las confusiones y arresamientos introducidos por todos aquellos que en la nerviosidad de fabricar libros no imaginaron que harían más mal que bien. Esto en cuanto a las costumbres, puesto que éstas son tan variables como el hombre, y de una a otra época cambian bastante, y con mayor razón a hechos generales, a síntesis morales como las apreciadas por Valdivia, Cóngora de Mar-molejo y Ereilla. Lo que no quita tampoco que pueda utilizarse, después de comprobarse inductivamente, algún hecho recogido por Núñez de Bascañán en las circunstancias favorabilísimas de haber permanecido en amistoso

aprimonamiento, sobre todo si se atiende al substrato, al fondo eterno y profundo de la psicología tribal.

El testimonio de Valdivia, que fué la primera luz extranjera que se reflejó sobre el chileindiano, y el primer hispánico que se valió de la escritura para transmitírnosla, es irrefutable, y aunque sólo sea un párrafo para nosotros vale tanto como una obra.

Por esa visión viva e intacta, no sólo alcanzamos a imaginar y comprobar lo que ya sociológicamente hemos inducido de la sociedad tribal, sino a recomprobar nuestros indicios e hipótesis acerca de la profunda desemejanza con el incásico.

«La gente es crecida, doméstica, amigable y blanca y de lindos rostros, así hombres como mujeres; vestidos todos de lana y a su modo, aunque los vestidos son algo groseros», afirmaba el gobernador.

He ahí un tipo físico casi opuesto al incásico que, a juzgar por el protohistorialista, era espigado, de no muy elevada estatura y flaco, cobrizo, tirando a moreno, de ropas simples y ligeras, es decir, del tipo común y vulgar del trópico, de la naturaleza ardiente que se ve todavía.

El chileindiano, en medio del frío glacial y empapado de la lucha contra la naturaleza hostil, en el inveterado y persistente funcionamiento muscular, logró desarrollar todo el cuerpo y dar uno de los tipos más majestuosos de la tierra, que aun hoy es motivo de admiración.

«Aman en demasía los hijos e mujeres y las casas.»

Los incas, al parecer, no los amaban tanto, ya que los entregaban al sacrificio, a la prostitución, como *Virgenas del Sol*, y vivían amontonados, en rebaño, como sus llamas; o si no las amaban tanto, quiere decir que el chileindiano amaba a las mujeres para sí, no para otros, ni para pasto de groseras e infames supercherías.

¡Cuánta diferencia! A Valdivia no se le ocurre nunca comparar ni decir como en el Perú, y cuando lo hace no se refiere al ser humano, sino a una condición accidental, la prosperidad del ganado, para así hacerla resaltar. Acaso es sintomático el caso de Valdivia, que debió sufrir el espejismo incásico imperial.

Ya hicimos notar la desemejanza de la psicología mítica del chileindiano con el inca en cuanto a los sacrificios, que no podría hacer el oborigen austral, luchador, esforzado y sobreponedor, y que, al revés que aquél, todo lo esperaba de su único y profundo aliento. En tanto el inca imploraba a los dioses por medio de las víctimas humanas, él, desenvuelto y formado en la lucha más aciaga, jamás pudo dar cabida en su alma a semejante ceremonia. Es posible que con el correr del tiempo y quizá para paliar los efectos gemebundos de la tétrica contienda, el chileindiano, que resultaba tan supersticioso, lo hubiese abrazado. No perdía nada con ello y acaso su incipiente vanidad no le haría sonrojarse mucho por si después de todo resultaba un calmante o anestésico.

El hecho de que no hiciese sacrificios humanos y que el protohistorialista ni siquiera encontrase un vago indicio de que su funcionamiento u origen hubiese llegado a sus oídos, sociológicamente es de lo más rotundo para asentar la originalidad del desenvolvimiento tribal. Si el chileindiano, sobre todo en las ceremonias de la declaración de la guerra, sacrificaba *chillihueques*, especie de llama cordillerana, degeneración de la incásica, a este hecho podría agregarse que todos los indígenas de la tierra, aun los de los más apartados continentes, no han dejado de sacrificar animales.

Al diferenciarse tan profundamente del inca, en lo que se diferencian tan poco los aborígenes, la psicología mítica está evidenciando, como lo evidenciará al desenvolverse frente al conquistador, sus enormes aptitudes.

Bastaría, al respecto, para simplificar la comprensión de las aptitudes de desarrollo social, enfocar o valernos, además, de la observación directa de Valdivia. El conquistador, ya hemos citado sus propias palabras, informaba al rey del amor que los chileindianos tenían por sus hijos, mujeres y casas. Los «aman en demasía».

Esta experiencia personal viene a confirmar que, al revés de los aztecas y de los incas, el chileindiano, con semejante amor por hijos, mujeres y casas, revela lo individual, esforzador y sobreponedor de su desenvolvimiento. Ama en de-

masía lo que es suyo, lo que le ha costado dolores y llantos tremendos. Y al chileindiano no solamente le costaban todo eso, sino también fatigas, cansancio y hasta desesperación en los continuos y abrumadores terremotos. Si la sociedad tribal austral hubiese vivido sujeta a caseríos, comunamente, como los incas y guaraníes de la América del sur, es natural que en la falta de delimitación, sin noción de lo tuyo y mío, cada cual no hubiese tenido tanto apego, tanto amor a la casa. La *ruca*, esos *tablonazos*, como decía Valdivia, se levantaba por propia iniciativa y se mantenían aisladas unas de otras. El aislamiento mismo de las casas presupone la desvinculación completa, y se puede agregar que en la limitación y en la distinción se hace más efectivo y más fuerte el amor.

Si la carta no hubiese sido dirigida al rey, cansado de los sucesos del Perú, habríamos pensado que se trataba de un golpe teatral para atraerse brazos guerreros. Pero no. Estaba dirigida al monarca y habla de cosas que a él le parecerían insospechables, las virtudes íntimas y caseras de los indígenas.

«Tienen muchas y muy pulidas vasijas de barro y madera». El jefe que había visto la inmensa variedad y perfeccionamiento de la alfarería incásica, no tenía por qué deslumbrarse ante la chileindiana, y, sin embargo, no oculta su entusiasmo. Es claro que dado el grado de adelanto de la sociedad tribal austral, su alfarería tenía que ser también variada y desarrollada, comprendiendo así los términos de *muchas y pulidas*. De haber vivido en la barbarie el indígena aquél, no se habría contentado con las conchas de los moluscos, que a miles les daría el mar, para llenar usos domésticos, y no hubiera usado cuchillos, raspadores, punzones y ensartadores de conchas pulidas, ni menos habría tenido necesidad de ofrecer a la vista del conquistador un espectáculo tan inusitado.

«Esta tierra es todo un pueblo y una sementera. Próspera de ganado como lo del Perú, con una lana que le arrastra por el suelo. Abunda de todo mantenimiento».

Estaría muy lejos de la mente de Valdivia y ni siquiera

pasaría por ella que su testimonio confirmara la profunda evolución chileindiana.

No se habla de caza ni de pesca.

Se habla de pastoreo y agricultura.

Y todavía, en términos jubilosos, de abundancia.

Aunque se hubiera hablado de caza y de pesca, no se habría mermado en nada la prefijación del desenvolvimiento social chileindiano, sobre todo si por el mar había sido y tenía que continuar siendo pescador, y por la cordillera, que guarecía tanto huanaco, cóndor y huemul, lo mismo que infinidad de pájaros y avecillas, cazador. Es posible que, no obstante sus adelantos en el pastoreo y la agricultura, dadas sus condiciones geográficas, el chileindiano siguiese siendo una mixtura extraña de caza y pesca, de pastoreo y agricultura. El mismo aislamiento, abandono y falta de interdependencia social lo hace presumir así, y no por esta simple presunción estaríamos autorizados para imaginar que los chileindianos eran una bárbara y caótica confusión, no habiendo logrado con la madurez aclarar y delimitar profundamente las ocupaciones. Muy al contrario.

El hecho de que por encima de la caza y de la pesca se le sorprendiese pastor y labrador, evidencia que el chileindiano constituía en realidad una sociedad tribal. Los sociólogos han estimado que la caza y la pesca patentizan la horda y el clan. El pastoreo y la agricultura aparecen como la encarnación de la tribu, como el bautismo de la civilización primitiva. Aunque con respecto al chileindiano, por sus anormales condiciones de desarrollo y por desvinculaciones sociales, en la abundancia y el crecimiento de la población, tuviesen que alternarse y confundirse las ocupaciones, el hecho de que abrazase la agricultura en región tan fría, inaccesible y lluviosa, demuestra la efectiva seguridad de su evolución sociológica.

En América, se ha dicho, no se conoció el pastoreo.

Es posible que no haya alcanzado las proporciones que en Asia, por ejemplo; pero existía en alguna forma.

A su llegada a las tierras americanas el protohistoria- lista observó los ganados incásicos. Escasos tal vez en pro-

porción a su inmensa población; pero existía el pastoreo.

Quizá porque no se encontró el bucy, la vaca, la oveja, la cabra, el asno y el caballo se negase que pudiera existir pastoreo, como si sólo con esas especies se pudiera pastorear.

Entre los incas, se pastoreaba la *llama* y al parecer el *huanaco*, y tanto es así que los símbolos antiguos y aun la moderna heráldica los representan.

Los aztecas, y no tenemos todavía los suficientes datos para convenir lo contrario, no conocieron el pastoreo, y, cosa extraña, a los antiguos mejicanos se ha tratado de relacionarlos a toda costa con los asiáticos, los clásicos ganaderos de la tierra.

La sociedad tribal chileindiana pastoreó el *chillikueque*, la *vicuña* y el *huanaco*. Es posible que los dos primeros y hasta el tercero fuesen de la familia de la llama, o acaso un género mixto, o, en último caso, una degeneración, a juzgar por las protuberancias que le colgaban del cuello a uno de ellos. El clima frío también debió haberlos alterado y modificado.

Al parecer, por lo que ha ocurrido y ocurre en el extremo de la Patagonia, en Tierra del Fuego y en Punta Arenas, se podría coleccionar lo que pudo acontecer entre los chileindianos. En la región cuasi polar ha florecido y está floreciendo una ganadería prodigiosa, y apenas se introdujo la oveja, la industria de la lana floreció como por encanto. Efecto del frío, como en las estepas asiáticas.

El clima austral, tan extremado, debió condicionar una fauna maravillosa de la misma forma que la condiciona ahora. Al respecto aportan innumerosos vestigios los megaterios, mitodontes y toxodontes. Aún se observa una especie de perro salvaje vagabundo, fiel e inseparable amigo del fueguino, y que acaso originó el que llegó a domesticar el chileindiano.

Cincuenta años después de la llegada del conquistador, observaron los protohistorialistas, González de Nájera entre ellos, en unas islas chileindianas, *enormes perros blancos lanudos* (son sus palabras).

En la misma forma que el clima chileindiano predispuso

y preadaptó una prodigiosa fauna, condicionaría al ser humano.

«La gente es crecida, doméstica, amigable y blanca y de lindos rostros, así hombres como mujeres», decía el agudo observador. Cómo podían quedarse atrás de los megaterios, mitodontes y toxodontes y aún de los «enormes perros blancos lanudos», y aunque el desarrollo corporal, el crecimiento, no permite comparación, en algo podían haber sufrido también, simultáneamente, la acción del clima. Si había perros blancos y lanudos, extraña excepcionalidad debida al clima, por este mismo y como se ve todavía hoy entre los chileindianos, debió existir, entre los indígenas de América, un tipo tirando a blanco y rubio o castaño. Este hecho vendría a poner de relieve la originalidad del tipo físico austral, y aunque el polinesio fuese también crecido y tirando a blanco, en esta relación no habría más que la influencia de los mismos elementos físicos, ya que se ha observado en la misma América que se alteran las formas, coloramientos y expresiones fisonómicas. El polinesio, al trasplantarse al territorio incásico, por ejemplo, habría visto que sus hijos o nietos, en combinación con el clima, empezarían a alterar la coloración, forma y expresiones fisonómicas. Es que, como observé en Ecuador, Panamá y Nicaragua, regiones ardientes, los calores abrasadores y el clima alteran las formas y expresiones de tipos tan definidos e inconfundibles para nosotros como el inglés y el italiano.

Así como a los chileindianos no se les supone el presagio de la llegada de los blancos, suposición que se dice que se encontró desde Méjico hasta el Perú, acaso por ser del mismo color muchos de ellos, no les llamaría tanto la atención el hecho, de la misma forma, en esa discrepancia mítica extraña, se podría rematar la desequivalencia de la sociedad austral con las otras precolombinas.

«Son grandísimos labradores», siguió diciendo el justiciero Valdivia. Es posible que a la vista de la comunalidad incásica habría usado otro tono y si no nos traiciona la frase, quizá abarcaría una acepción amplia respecto al individualismo chileindiano, la propiedad privada, el esfuerzo

sobreponedor y la lucha contra el medio obstaculizador, comprendiendo o habiéndose dado cuenta de estas actividades sociales.

En cuanto al inca, tan comunal y gregario por no decir indomeñado burocráticamente, quizá habría dicho refiriéndose a la agricultura: su grandísima labranza. Pensamos así porque Valdivia, tan autoritario y despótico con el chileindiano, en su carta, sin él quererlo y acaso inconscientemente, le reconoce su valor personal, diciendo: *aman, tienen, son*. Bien pudiera ser que no los estimase como una sociedad sino como un conglomerado; pero esta hipótesis no tiene base al percatarse que él mismo los comprende como pueblo y no ignora que viven en forma opuesta a los comunales incásicos.

En realidad, el término grandísimo es toda una enorme comprobación de desenvolvimiento profundo e intenso, y este prejuigamiento se confirma con la permanencia reiterada de año tras año de los hispánicos en las márgenes, en la frontera, y en los dos o tres años que permanecieron en el área chileindiana. Si no eran grandísimos labradores, ¿cómo, entonces, se justificaría la permanencia de los hispánicos y de dónde podrían haber sacado abastecimientos que tuvieron que ser inmensos y desniveladores? Tanto más cuanto por el clima glacial, frío, neblinoso y lluvioso y por los infinitos ajetreos y maniobras, los soldados exigirían más ración y mejor comida.

Sociológicamente tuvieron que ser grandísimos labradores, en primer lugar por los precarios frutos silvestres y por los riesgos tremendos de la caza y la pesca, y en segundo lugar y con más propiedad, porque ya había llegado a la fase agrícola en una forma en que la sociedad tribal tuvo que confundirse con la civilización primitiva. Tuvieron que empezar a basarse, como los pueblos modernos, en el trabajo fecundo de la tierra. Era el principio de la culminación.

Evolución de la sociedad tribal al determinarse la guerra de conquista

La transmutación de la sociedad tribal austral de disciplinadora social trabajadora en guerrera, y la visión viva e intacta del conquistador, nos hacen pensar en la profundidad y originalidad del desenvolvimiento chileindiano.

Este gran proceso psicológico transmutador era obra suya, aunque provocada por la interdependencia social, y por él puso de manifiesto sus innegables aptitudes de creación e invención. Si no hubiese sido así, habría sido incapaz de transmutar nada.

El hecho mismo de que siendo labradora y pastora, pesquera y ganadera, complicase y profundizase más sus actividades, tratándose de tornarse en guerrera para defender sus conquistas morales, la sociedad austral presupone la civilización primitiva. Y lo raro del caso es que aparezca manifestándose por la voluntad, la decisión, la audacia y la tenacidad, virtudes muy raras en los primitivos y aun en algunos pueblos civilizados superiores.

Que dadas las anormales condiciones del chileindiano se llegase a la agricultura y al pastoreo, confirma que ya había dejado de ser clan, y aun una tribu cualquiera, para dilatarse en la sociedad tribal. «Son grandísimos labradores y se tiene tanto ganado como lo del Perú», decía Pedro de Valdivia, y ya había adelantado que en una de las incursiones sus soldados atraparon un rebaño de «mil ovejas», *chillihueques*, animal domesticado regional. Aun no llegando ni a la mitad, este dato explica la aptitud pastoril del chileindiano, puesto que se trataría de lugares fronterizos.

Cuando se llega a la agricultura y a la ganadería, sociológicamente se puede decir que hay civilización primitiva. Solamente el inmenso cúmulo de creaciones, adaptaciones, preadaptaciones y tanteos que se requieren, nos hacen inducir toda una enorme trayectoria mental, sin contar con que, al contrario que en las otras regiones americanas, el cultivo y la labranza, por efectuarse en terreno montañoso y expuesto a los más terribles cambios climatéricos y atmosféricos, demandaría una extraordinaria habilidad. El maíz, que en casi todo el continente estaba como está, bajo la acción del trópico, entre los chileindianos demandaba nuevas y desusadas preadaptaciones, a cuál más ingrata y sufrida. González de Nájera, cincuenta años después de la llegada de sus congéneres conquistadores, reparaba en dicha dificultad, por la cual abrazaron rápidamente el trigo y la cebada, que se da también en las montañas y en el clima frío. Ya se verá que al operarse la transmutación social y cuando más se podía necesitar, dejaron de la mano el maíz, que se creía de importación incásica. Este hecho revela la poca afinidad de costumbres, de gustos y aun de culinaria. En tanto que el maíz sigue cultivándose en todo el continente americano, aportando la materia prima de casi todos los platos favoritos, en el chileindiano se le substituyó y se le dejó de mano en cuanto se pudo.

Si entre los chileindianos no se encontró canales y obras de regadío como los que tenían los aztecas y los incas, más se debió a las condiciones físicas que a otra cosa. Las lluvias torrenciales y los ríos correntosos y abundantísimos cual en ninguna otra región, hicieron que no fueran indispensables semejantes obras. La tierra era extraordinariamente fecunda por la gran humedad principalmente. Entre los aztecas fueron indispensables tales obras porque sus mesetas eran cálidas, y también entre los incas por la sequedad, la arenosidad, y las infiltraciones de aguas saladas. Por estos mismos grandes inconvenientes discurrieron los incas el abono agrícola, que lo extraían, como se extrae ahora, en las isllas y costas rocosas del extremo norte de Chile o de sardinillas ressecadas. El chileindiano no tuvo ne-

cesidad de canales y obras de regadío, que tuvieron los mismos michimalongos de ultra Bío-Bío. Todavía se cita con asombro la famosa represa del río Mapocho, desde la que se repartía el agua por las diversas chacras indianas.

El chileindiano, que construyó puentes aún sobre ríos anchurosos, él, tan acostumbrado a abrirse camino a través de las rocas de las montañas, que despeñaba en su ansia de tránsito, construyó, además, balsas y canoas de diez o doce remos, fondeaderos, amarras y tendió cables de lado a lado de los ríos para amenguar el ímpetu de la corriente en las frecuentes travesías.

La sociedad tribal austral reveló también en la ganadería notorios adelantos.

Tenían el renombrado *chillihueque* u oveja de la tierra, como la llamaban los conquistadores. Al parecer era una degeneración de la llama incásica; pero el protohistoriador ni siquiera nos da indicios de su ascendencia peruana, y hasta tal vez fuese una subespecie o algo genuinamente salvaje y regional, como el perro que todavía se ve en el extremo de la Patagonia argentina y chilena.

Sin duda alguna, la sociedad tribal domesticó el *chillihueque* como domesticó a la vicuña y al perro que llamaba *tegua*, y los cuidados que puso en la domesticación pasarían de los límites comunes, puesto que lograron tener grandes rebaños. La montaña debió ser el mejor sitio para crianza de esa *oveja* que, con razón, llamaban de la tierra. Los declives y sinuosidades, los repechos y pendientes, las alturas y hondonadas, serían el medio más eficaz de preadaptación, como sucedió con la cabra y la oveja hispánica.

La domesticación del *chillihueque* entraña un progreso psicológico apreciable, puesto que no por bajas materialidades iban a imponerse tan penosísimo trabajo, por cuanto que con la pesca y mariscos, la caza de animales salvajes y aves tendrían más que suficiente. La domesticación indicaría en tal caso el propósito social de utilizar las fuerzas animales en provecho de las actividades humanas.

El chileindiano domesticó al *chillihueque* para aprovechar su aporte de lana y crear la industria del tejido.

Cuando le sorprendió el protohistoriasta la domesticación se habría transformado en ganadería en grande. Este hecho profundo y trascendental lo colegimos del dato que nos aporta el mismo Valdivia, de que todos llevaban vestidos de lana. Para que toda una inmensa población utilizase la lana, la ganadería tuvo que adquirir grandes proporciones, porque de lo contrario no habría dado abasto para tanta gente.

Psicológicamente, el hecho de que el propio chileindiano llegase a industrializar su ganadería, nos hace pensar en que los indígenas abrazaron disciplinas mentales sociales tan desarrolladas como las de cualquier civilización superior primitiva. En relación con él, el animal comprendió la domesticación, la reproducción, la ganadería y la industrialización. Era un fermento ascendente de civilización, y lo más raro es que en toda esa trayectoria limitasen la mítica y aun las más premiosas necesidades fisiológicas.

Al revés de los aztecas y de los incas, el chileindiano jamás hizo sacrificios humanos, si bien como casi todos los primitivos de la tierra, en alguna que otra ocasión, rara siempre, sacrificaba animales, por lo general una oveja de la tierra.

El protohistoriasta nos informa que en sus ceremonias míticas, presididas por el árbol sagrado, el *canelo*, sacrificaba de vez en cuando *chillihueques*, siempre que estuviesen demasiado viejos o se estimasen como inservibles. En este hecho, al parecer insignificante y vulgar, encontramos serias relaciones sociales. Sacrificar tan sólo a los animales inútiles, revela que sus afanes de ganadería y de industrialización lunar no eran, no podían ser dificultados, contrariados ni amagados por la psicología mítica, y muestra sus fervientes anhelos de trabajo, de lucha, de creación material y de producción efectiva, dando a entender que se hacía cargo de la general escasez ambiente y que sólo podía vencerla con esfuerzo y con circunspección.

Después de iniciada la guerra y de haber trabado algún conocimiento con el medio chileindiano, el protohistoriasta nos refiere que el *chillihueque* conducía vasijas de chi-

cha a las ceremonias indígenas, asambleas militares, reuniones, declaración de guerra, casamientos, levantamiento de una casa, etc. He aquí la tracción animal indígena, un principio nuevo y fecundo.

Pero habría que hacer un reparo. El aborígen austral vió que el hispano montaba a caballo y que éste portaba cargas, comestibles, equipajes, armas, etc. Acaso, por aplicación, empezarían, en la forma que pudieron, a aprovecharse del animal y fundamentar la tracción.

Aunque así haya sido, no hay por qué olvidar tampoco que la aplicación pudo equivaler en él a algo parecido a una creación.

Después, el mismo chileindiano observaría que el caballo o el buey hispánicos tiraban del arado, y él, con su *chillihueque*, empezó a hacer lo mismo. Es decir, que la interdependencia social introdujo una originalidad profunda en la agricultura y ganadería aborígen.

Sociológicamente, la agricultura y la ganadería chileindianas, industrializadas, comercializadas, aplicadas a la tracción, es innegable que llegaron a fundamentar la civilización superior primitiva; y este fundamento debe ser tanto más apreciable cuanto más se profundice la forma anormal en que se desarrolló la sociedad tribal austral.

Aunque muchos sociólogos han instituido la pesca y la caza como funciones clánicas, el protohistorialista las sorprendió entre los chileindianos, como cualquiera las sorprendería en nuestros pueblos indohispánicos, siendo no la función por excelencia, sino una de las tantas actividades de determinados grupos. Por lo demás, en la sociedad tribal chileindiana la pesca y la caza habían perdido ya sus atributos exclusivos clánicos frente a la agricultura y ganadería, y aun la forma en que se ejercería nos hace presuponerlo así. Los chileindianos, al ir de pesca o de caza, dejaban por algunos días la casa y la familia. Los ligaba, entonces, la noción tribal del territorio y de los parientes. No andaban en errabundaje ni acampaban donde primero los sorprendiese la noche.

El mismo desenvolvimiento de la pesca y de la caza ves-

tigia que el chileindiano había dejado muy atrás la fase clánica. Para el paso de los ríos se valía de la balsa de totora, *thagi*, y en la pesca de redes, lanzas pesadoras, anzuelos, flotadores, etc., y claro está que la embarcación, sobre todo la que surcaba el mar, cinco leguas por lo menos, iba de pesca del continente a las islas, a la Quiriquina (frente a Talcahuano, provincia de Concepción), a la Santa María y a la Mocha (frente a la provincia de Arauco), no podía ser clánica y ya haría mucho que habría dejado de serlo. El chileindiano, en sus amplias canoas *huampu*, conducía hasta treinta personas, y los remeros llegaban hasta doce, y hoy día, a la vista de la travesía marítima, llena de peligros, uno se impone del prodigio de las primitivas travesías.

En la caza, tampoco el chileindiano era muy clánico que digamos, aunque las limitaciones de las montañas obligaban a echar mano de escasos medios y siempre los mismos por su eficacia. Sin duda la fuerza imponderable y tradicional reconocida en el chileindiano, sería su primer gran elemento con el arte de trepar, de correr a trotecillo, como en calzada abierta y segura, por los cerros más crizados y espinosos. Después, sus armas numerosas que, no obstante las dificultades y monotonía de la caza, el medio físico pre-disponía tan poco a variar, no se asemejaban a las de los clanes, ni mucho menos a las de las hordas. Todavía en el Alto Paraná del Paraguay se ve hordas que no conocen ni el arco y que solamente se arman de un palo puntiagudo de madera durísima y trabajado a semejanza de torno, de unos dos metros de largo, parecido a una lanza, y otro más chico, casi la mitad. Estos aparejos hórdicos se aplican a los más diversos menesteres: a la recolección de frutos silvestres, para subirse a los árboles, vadear los ríos, defenderse, atacar a las fieras, etc.

La pesca y la caza chileindiana fueron sorprendidos por el protohistorialista bastante evolucionadas, y hubo de ser así, porque de otra manera no se explicaría la formación, desenvolvimiento y profundidad de la agricultura y ganadería.

Por dichas cuatro fases sociales, que compendian la

industria, el comercio y las artes y fundamentaban la sociedad tribal austral, se podría colegir el efectivo grado de evolución y aun hasta el perfilamiento civilizador primitivo.

Pero para mayor comprensión y claridad del desenvolvimiento sociológico chileindiano, convendría insistir en que su industria y su comercio, al mismo tiempo que fueron sus creaciones mentales por excelencia, no han dejado ni dejarán jamás de representar el progreso psicológico del aborigen austral.

Aunque el chileindiano, con excepción de las pepitas de oro que arrastraban los ríos, no conoció prehistóricamente el metal, ni el bronce, ni el cobre, ni la plata como el inca, por ejemplo, al menos no quedó rezagado en la simplicidad de la piedra. Más que el simple cleolito, conoció la piedra pulimentada que caracteriza al paleolítico, y más adelante se le sorprende, con el perforamiento de la misma, en el eneolítico o transición al bronce, a los metales.

La industria de la piedra en el chileindiano abrazó las tres etapas conocidas, y cabe pensar que en posesión del metal le habría sido fácil la transición, de la misma manera que había logrado tanto desarrollo en la disciplina social.

No se crea que el desarrollo de la industria de la piedra del chileindiano fué insignificante. Quizá a través de los descubrimientos y utensilios de todo orden resulte así ahora; pero convendría situarnos en su medio y no olvidar la anomalía de su desenvolvimiento y la falta de interdependencia social. El guaraní, por ejemplo, más cercano a los incas, que por intercambio recibió su influencia y conoció el hierro magnético, no tuvo al parecer la piedra perforada, no alcanzó a ella en grande escala.

En el chileindiano, con la llegada del conquistador se vió después que aunque al principio no sabía trabajarlos, usó el bronce, el cobre, el hierro, la plata y hasta el acero para forjar espadas.

Al darse cuenta de la importancia inapreciable del metal, demostró al punto recursos habílsimos. Acaso por observación propia, por indagación indirecta o por espionaje se puso sobre la pista de los herreros hispánicos, y es posi-

ble que provocasen encuentros sólo por atrapar vivo al herrero antes que al jefe. ¡Cuánto ingenio y cautela no pondrían en ello! Se imagina su penoso esfuerzo por el afán y el tesón que pusieron después en la metalurgia.

González de Nájera, que estuvo ocho años en la guerra de conquista medio siglo después de empezada, nos aporta datos interesantes respecto a los apresamientos de herreros verificados por los chileindianos y nos informa de que en una u otra forma, ya dándose cuenta de su situación de prisioneros o compelidos por el indígena, levantaron fraguas y trabajaron con él los metales, especialmente el hierro.

¡El aborigen que no conoció la metalurgia, al revés que todos los que la conocieron en el continente precolombino, aparece trabajando el hierro, el metal desconocido que ha caracterizado en los manuales otra edad más avanzada de civilización que el bronce!

Es profundamente raro que se haya instituído la Edad de Piedra, de Bronce y de Hierro y no la del oro. Quizá porque éste era demasiado fino y no se prestaba para convertirse en herramienta. Esto quiere decir que en la clasificación famosa solamente se atendió a la manualidad. ¡Cuánta incompreensión! Todavía se ignora que psicológicamente el azteca y el inca y aun el chileindiano, con el oro obraron maravillas en el pensamiento colectivo, profundizando la mítica e intensificando la cultura; y hasta se podría decir que nació todo un arte del oro, como se vió en los adornos de los templos y de los palacios y en las alhajas y en el lujo de los emperadores y maguates. Si cualquier instrumento de bronce, una herramienta dada, presupone una profunda evolución prehistórica por el uso que entrañaba, en ninguna forma los adornos de oro de los templos y palacios y las joyas de los propios jefes indígenas, dejaron de transparentar complicación, profundidad e intensidad psicológica en las múltiples transformaciones sociales y morales.

El chileindiano no conoció, por ejemplo, los metales de la clasificación tradicional; pero con el oro no dejó de desarrollar ingenio. El protohistorialista, al ver que algunos indios del continente ponían como contrapeso en sus redes pesca-

doras pepitas de oro, creyó que el aborigen no le daba ningún valor. En presencia del chileindiano siguió pensando lo mismo y no reparó en lo que pudo ser una pretensa preadaptación. Si hubiera tratado de poner peso, habría perforado ex profeso alguna piedra. Es posible que no se tratase de un peso. Quizá las mareas, a una hora determinada de pesca, pondrían amarillentas las aguas con la enormidad de *güivos*, esponjas y demás materias que todavía se ven flotar en las playas que fueron chileindianas. En tal caso, el oro, además de peso de la red, tendría otro valor. Hoy en día, tradicionalmente, a las redes y lienzos de pescar se las hace cobrar peso guarneciéndolas de plomo o de algún latoncillo firme y semigrisáceo fabricado ex profeso. El pescador actual no ignora, como no ignoró el chileindiano, que cierta coloración, la del oro y plomo por ejemplo, extravían tanto a los peces que pocas cosas le servirían con tanta eficacia.

La sociedad tribal austral fué genuinamente pescadora y en su dilatado mar y variadas islas y en sus múltiples ríos demás preadaptaría el oro. Es cierto que hizo de él un uso simple y que no llegó a la metalurgia; pero por algo se empieza. Quizá no lo encontrase en abundancia o que obtenerlo en las corrientes heladas exigiese enorme trabajo, y cabe pensar que si hacía dibujos en la piedra con el paciente perforamiento, pudo hacer lo mismo con materia menos dura y engañosa.

Es posible que los clasificadores tradicionales ignorasen que los aztecas, aunque en pequeña escala, llegaron a usar pedacitos de oro como moneda y que el emperador Moctezuma y algunos de sus principales magnates hicieron uso ostentoso y perverso del oro en la conquista hispánica. Podría repararse que es y ha sido una función del magnate, y que el bronce, el cobre, el plomo y el hierro, en las clásicas herramientas y en las consiguientes funciones prehistóricas y protohistóricas, han desempeñado otros papeles sociales. Pero en determinados grupos que emplearon el oro abundantemente en el ornato de los templos, al darle mayor relieve a la psicología mítica, debió influir tanto o más que el utillaje manual.

Aunque nos apartemos un poco de las clasificaciones tradicionales, sociológicamente, la preadaptación del chileindiano al metal, al hierro, al acero, al cobre y al bronce, representa un caso extraño y bastante complejo en el desenvolvimiento prehistórico humano.

El chileindiano empezó a conocer la metalurgia en la guerra, casi en la misma forma que la han conocido bastantes agrupaciones, ya que la guerra ha sido en las sociedades prehistóricas la función por excelencia de la interdependencia social. No se podría hablar más que de asimilación, puesto que el enemigo, en pie de combate, no pudo ni trató de aportar semejante progreso, tan decisivo, a la sociedad que trataba de domeñar. De no ser así no se comprendería su papel de guerrero conquistador. Al chileindiano, por la interdependencia, como a la mayoría de las tribus metalúrgicas, se le puso en relación, en condicionamiento, en comitancia. Una acción refleja y pasiva después de todo.

Pero a él se le ocurrió, a despecho del civilizado, sacar el mayor partido. Se preadaptó, asimiló un vasto progreso y en sí operó una transformación, casi una creación. La importancia de la preadaptación no escapó al protohistorialista, y González de Nájera nos da una sensación tan real del momento y de la circunstancia, que es imposible apartar la idea de que el soldado dejara de darse cuenta de la verdadera situación. Desde ese instante se le presentaba grave, y sus presentimientos no resultaron fallidos.

Acaso después de hacer y ver trabajar al herrero hispánico, también se hiciese herrero alguno que otro chileindiano. Asimiló y transformó tantas cosas que no habría nada raro en ello. Al parecer, el sociólogo se inclina a pensar que aprendieron a trabajar dichos metales, porque pasan los años, transcurre más de un siglo y el chileindiano todavía seguía fabricándolo, y, cuando ya debían haber fallecido o escapado sus maestros, él seguía forjando el metal. Además, desde el preciso instante en que el chileindiano conoció la propiedad del hierro y del cobre, del plomo y del acero, y calculó el partido que podía sacar de ellos, le cobró una pasión desmedida, tanto o más que al caballo y a las

armas. El protohistorialista nos expone que, con riesgo de su propia vida, trataba de atrapar las espadas, las lanzas, los arneses, las espuelas, los puñales y los cuchillos en los singulares encuentros guerreros. Después, por las noches, a gatas, a escondidas, no importándole lastimarse, ni herirse en los terribles abrojos colocados ex profeso, procuraba introducirse en los fuertes para apoderarse de toda cosa de metal. Más adelante emplearon los chileindianos ingeniosísimas tretas y artimañas, aprovechándose del hambre de los enemigos sitiados, y a cambio de papas y frutas conseguían hierro y hasta espadas. González de Nájera, que estuvo a cargo de un fuerte, expone que eran frecuentísimas las desapariciones de las armas metálicas, aun teniéndolas resguardadas.

Si en vez del hispánico hubiese sido el inca el que por interdependencia le hubiera aportado la metalurgia, y luego se hubiese retirado por agotamiento, cansancio, prudencia o escasas probabilidades de adaptación, no cabe duda que el protohistorialista habría encontrado convertido en metalúrgico al chileindiano. El tradicionalista diría que el inca le enseñó, y no se pararía a pensar en que el inca asimiló y preadaptó creaciones de los aymaraes y de los uros, sus directos y más civilizados ascendientes.

El hecho mismo de que la guerra entre el hispánico y el chileindiano se mantuviese, no autoriza para hablar de intercambio, influencia y relación en cuanto a metalurgia, ya que nadie habría de buen grado intentado provocarlos y llevarlos a cabo para su mismo perjuicio.

Si la civilización superior hubiese terminado por conquistar y remover a sus expensas la sociedad tribal austral, se podría haber hablado de imposición y de irradiación directa, aunque nunca se podría desconocer la instantánea y espontánea aplicación chileindiana. Que la guerra dejase en suspenso la bifurcación y absorción que apareja toda conquista, la dilatación y prolongación más que seculares de las actividades, no autoriza tampoco para pensar en una suelta y efectiva tendencia.

Aunque el chileindiano fué predispuesto por la guerra, por la interdependencia social en ese caso, el sociólogo no

está autorizado para creer que fué a su vez predispuesto, porque ello sería contradecir el motivo fundamental que fatalmente y a pesar de ella llevaba la interdependencia y a considerar al chileindiano incapaz de preadaptación, asimilación, transformación, cuando la misma guerra de conquista nos exhibe una complejidad inmensa operada en el mismo sentido. Claro está que en el primitivo, una preadaptación y asimilación como la metalúrgica equivale a una creación. ¡Cuánto le costaría a la pobre y débil mente comprender y apreciar tan grande progreso de la civilización superior, desproporcionado a las tambaleantes fuerzas mentales suyas!

Si se tratara de reparar que la interdependencia social hispánicochileindiana casi dejó de ser tal al formarse ambiente específico, después del medio siglo, precisamente cuando ya había empezado la transformación metalúrgica aborigen, se podría aducir que el azteca, por ejemplo, no obstante la herencia y predisposición de civilizaciones anteriores, jamás salió del ambiente específico de guerra; y, a pesar de ello, se le encontró metalurgia. Quizá se podría alegar que la interdependencia fué proporcional y que jamás pudo sufrir en forma la de una civilización inmediata superior a la suya; pero, aunque así haya sido, habría que observar que no supo, además, trabajar el hierro.

Al ser provocada la interdependencia por el hispánico y tan necesaria al chileindiano para su profunda evolución, notoriamente de civilización superior, no por eso el indígena austral hizo el efecto de una blanda esponja. A mayor complicación y evolución del hispánico, mayor esfuerzo correspondió en la asimilación y transformación chileindiana.

En realidad, es rara, extraña, así como fué raro y extraño el desenvolvimiento chileindiano, semejante forma de preadaptación. De no ser de un civilizado superior, la rareza no habría sido quizá tan grande. Si hubiera sido de cualquier otro primitivo, no se habría reparado siquiera en eso de la relación, influencia e intercambio.

Con todo, sociológicamente habría que pensar que la rareza estaría en los detalles, en los puntos de vista y en

los tradicionalismos. Al azteca, al inca, a todas las civilizaciones prehistóricas, la interdependencia llevó la metalurgia y por ella jamás se hizo ninguna limitación. En el caso del chileindiano se podría agregar que no fué la civilización superior, ni el hispánico tampoco, porque ellos eran más artistas y usaban cosas más perfectas que las que les preadaptó el chileindiano. Fué la guerra y, en su caso, su secuela la interdependencia social, predispuesta y acentuada por un fenómeno sociológico superior a los hombres y a los acontecimientos.

En la súbita y circunstancial preadaptación de la metalurgia, al observar el condicionamiento rápido y casi impuesto de la guerra, no debemos olvidar que en otras circunstancias el chileindiano y cualquier otro indígena habría asimilado con pasmosa lentitud, ya que en los primitivos las evoluciones se operan en forma lentísima y abrumadora.

Además, hay que convenir que si la sociedad austral se preadaptó a la metalurgia y aun a la que no conocieron los aborígenes americanos, fué porque poseía profundas condiciones psicológicas para ello, viniendo a confirmar dicha notable preadaptación las serias aptitudes y predisposiciones del indio montañés.

Por otra parte, la preadaptación casi súbita de la metalurgia, presupone que ya mucho tiempo antes podrían haberse preadaptado a ella si la interdependencia social y la falta de metales no hubiesen sido tan absolutos.

El sociólogo se encontrará, en el de la metalurgia chileindiana, con un fecundo caso que pondrá en evidencia las posibilidades, es decir, que siendo accesible al uso la materia prima, en el acto se provocan las transformaciones y los oficios. El chileindiano nos aporta un buen ejemplo respecto a ello.

Por lo demás, en la hipótesis de que el hispánico se hubiese retirado y dejado solo con su metalurgia al chileindiano, pasado cierto tiempo es probable que la metalurgia no habría continuado siendo restringidamente guerrera. De la industria de las armas se hubiera llegado a fabricar útiles de labranza, de pastoreo, de pesca y de caza, hechos de

cobre o hierro. En tal caso habrían llegado a poseer una metalurgia social, o ser uno de los fundamentos sociales, y los arqueólogos no habrían tardado en dar cuenta de ella.

Pero el conquistador no suspendió el estado de guerra, y aunque luchando irreductiblemente ganó la ultrafrontera, no por eso el chileindiano recibió la sensación de que quedaba como antes. Estado bien perjudicial por cierto para su desenvolvimiento. Era confinarlo de nuevo al abandono y, ahora, con todo cálculo, al limitársele la extradición fuera de sus lares, se le anulaba del todo la interdependencia social, que, como ya se vió, le impulsó a desarrollarse.

En la prehistoria, aunque no podrían precisarse bien los casos, se induce que por la guerra, un civilizado primitivo superior, un egipcio, un babilónico, por ejemplo, al preadaptar a las evoluciones más avanzadas a sociedades tribales, forzosamente impusieron e impulsaron la interdependencia, con la cual tuvo que brotar una civilización dada.

De ahí que la sociedad tribal austral diese el primer paso para llegar a la civilización superior primitiva. Pero seguiría requiriendo que la interdependencia no se frustrase en su contra y que la guerra terminase o a su favor o dejándole libre el campo para poder dedicar todas sus facultades en afianzarla.

De pasar las cosas así, es claro que los chileindianos, al abrazar la metalurgia, habrían llegado a crear civilización, puesto que también empezaron a dar indicios de ella y a franquear los primeros y más difíciles obstáculos.

El desenvolvimiento de la mítica, del arte, de la educación, de la cultura, de las clases sociales y de la lengua a que habían llegado, no sólo respondían a avances psicológicos sino a cierta homogeneidad y uniformidad moral, en constante avance. Tan cierto es que los chileindianos intensificaban las formaciones y creaciones psicológicas colectivas, que al atacar a los incas, a Almagro y a sus aliados los incas y los clanes de ultra Bío-Bío, y, por último, a Valdivia y los suyos, es indudable que empezaron a salirse de los límites de una sociedad tribal para elevarse a la confederación tribal. En seguida, con el medio guerrero y con el am-

biente específico, tuvo que brotar la nacionalidad primitiva, confundida con el principio confederativo o engarzada ya en una sola y amplia idealidad social, el pueblo o la nación. Los acontecimientos posteriores nos darán cuenta de ello.

Entretanto, habría que convenir que la sociedad tribal, además de su industria y comercio, tenía su mítica y su sacerdocio y había llegado a una respetable evolución. Si es cierto que no tenía el dios único como los civilizados superiores, como el enemigo que se le enfrentaba, se puede presumir que para allá iba, supuesto que ya había pasado por bastante naturales transiciones y orillado la noción antropomórfica elevada.

El sacerdote no dejaba de ser otra conquista psicológica, desde el instante que había entrevisto el poder de la individualización en el culto.

En nuestra América todavía hay hordas y clanes cuyos progresos míticos se desconocen, y claro está que aunque punteasen la idea deísta y sacerdotal, nunca alcanzarían la magnitud, profundidad y complicación de una sociedad austral.

La evolución de la psicología mítica chileindiana es interesantísima y revela lo intenso de su desenvolvimiento. Poco se puede diferenciar de los aztecas y de los incas en las ideas y en las conquistas morales; pero sí bastante en la forma de conseguir las y predisponerlas.

Los aztecas y los incas patentizan en los sacrificios humanos que la guerra impulsó la creación profunda de la psicología mítica. Bastantes dioses fueron dedicados a ella y por ella los rivales discurrían algunos. Los incas agregaban a los suyos los dioses vencidos. Y así lograron constituir legiones, que todavía sorprenden por su variedad y complicación.

Entretanto, los chileindianos no tuvieron sacrificios humanos ni muchos dioses, lo que equivaldría a pensar que, al revés de los otros, la guerra, que jamás llegó entre ellos a ser función social, no le aportó los grandes elementos interdependientes.

Sociológicamente, la falta de sacrificios humanos y de complicación en la psicología mítica austral, predispone a pensar que la lucha y el esfuerzo sobreponedores fueron factibles a base de paz, de tranquilidad, de respeto y de esfuerzo, porque de no ser así se habría entronizado la guerra y, sin duda, habría terminado por introducir lo que caracterizó a las sociedades tribales, míticoguerreras. Por lo que se ve, la mítica azteca e incásica fueron muy condicionadas por la guerra, como el chileindiano lo estaba siendo en su metalurgia, obtenida a costa de múltiples encuentros.

De no mediar la guerra, que en los primitivos provoca la interdependencia social, la sociedad tribal austral, al forjarse sin ella o a espaldas de la misma, hubiera tenido que hacer más penosos, hondos y persistentes esfuerzos, aunque éstos no lo transparenten los hechos materiales varios.

Luego, su evolución, esbozada en el antropomorfismo y en el sacerdocio, pareada e inmediata a la que alcanzaron las principales civilizaciones primitivas continentales, evidencia la potencialidad y profundidad de su desenvolvimiento psicológico, acrecentado todavía con las otras manifestaciones de vida mental.

En arte, por ejemplo, a la llegada del conquistador y del protohistorialista, se había llegado a una variedad sorprendente. Alcanzaron a poseer la música, la poesía y la oratoria, y esto ya era mucho; el tema, el tono, el ritmo, la variedad, la complicación y la creación en grande, en fin, habría sido cuestión de tiempo. También alcanzaron a poseer el arte naval, arquitectónico, terapéutico, pesquero, labrador y cazador, en condiciones aceptables. El hecho psicológico de que ya se había ido perfilando la necesidad de muchas creaciones, está por encima, como en la música, la poesía y la oratoria, de los estilos, asuntos y preferencias, por cuanto éstos tuvieron que venir y ser inseparables en la manifestación de aquéllos.

Aparte del arte, había llegado a penetrar la educación, la justicia y la cultura, tan necesarios en los superorganismos primitivos y sin cuya acentuación es imposible concebir la sociedad tribal. Aunque esas conquistas resultasen

predominantemente reflejas, habría que pensar que eran las primeras y que por algo se había de empezar.

La educación chileindiana tuvo que enfocar y predisponer todo ese inmenso ambiente de lucha y esfuerzo sobreponedor que se estabilizó en el disciplinamiento colectivo y sin el cual habría resultado imposible predisponer la formación de la sociedad tribal austral. La disciplina social, como norma y regulación, cobró, tuvo que cobrar vida inusitada mediante la educación. El papel prehistórico de ésta es innegable, y el mismo fluído moral, al que no fué extraño el conquistador, lo hace evidente. Este ya lo hemos visto en lo dicho por su jefe proclamando el amor a los hijos, a las mujeres y a las casas, el progreso fecundo de la labranza y del pastoreo, y, además, la armonía, la asociación y la reciprocidad reinantes.

La misma justicia que practicaba, denuncia que correspondía, aparte de detalles de forma y fondo, a una exigencia psicológica profunda y respondía a una creación, muy de acuerdo con las condiciones y las circunstancias. Si no llegó a la idea de cárcel como el azteca, ni a la de pena de muerte como el inca, es porque el medio era muy diferente. Entre los primeros acaso la interdependencia social, que hacía darse de la mano a los pueblos y la enormidad de población diferente, harían discurrir algunas precauciones para evitar la huída o despistamientos. Entre los segundos, la misma facilidad de evadirse por las llanuras, sierras, o la prontitud en confundirse o mezclarse con las hordas y clanes de la cordillera, harían que se emplease contra el delincuente un procedimiento capital. Entre los chileindianos no había necesidad de cárcel, ya que cada parcialidad en que vivían las familias eran otras tantas voluntarias cárceles, y, en efecto, nadie podría bajar o subir, franquear una entrada o salida sin ser visto o sentido, supuesto que el chileindiano habitaba, repartido, en las infinitas fragmentaciones y accidentes de las montañas australes. La pena de muerte no respondía a nada por la imposibilidad de la evasión y porque en cualquier instante podía ser castigado el delincuente.

En cuanto a la cultura, que tanto cuesta perfilarse en

las sociedades humanas, los chileindianos alcanzaron positivos avances. El protohistorialista sorprendió al indígena austral con una avanzada cronología. Sabía lo que era día y noche, semana, mes y año, y si no llegó como el azteca a discurrir la hora proclamada por sus sacerdotes desde los *teocalis* con sus diversos instrumentos musicales, al menos procuraba dividir el día en algo parecido a prima, tercia, sexta y nona. La palabra chileindiana *maleu* expresa el tiempo que va de las ocho a las diez del día; *vitumaleu*, de las diez a las doce, y así sucesivamente dividían el día y la noche. González de Nájera nos da una descripción al respecto: «Sírveles de reloj el arco o concavidad del cielo por la parte que camina el sol de levante a poniente, porque preguntándoles a qué hora sucedió alguna cosa, a qué hora partieron o llegaron cartas u otra tal, para decir el amanecer señalan con el dedo a donde sale el sol; y si es más tarde, señalan más alto, como quien dice cuando el sol estaba allí, hasta poner el dedo derecho para decir que a mediodía; y si dicen de alguna hora de la tarde, señalan de la misma manera los lugares por donde suele ir descendiendo el sol hasta el ocaso; donde se pone, de tal manera, casi sin haber error notable, se entiende la hora que quieren decir. El año lo dividían en meses, y éstos en lunaciones, que denominaban: *avun-cújen*, enero; *cogi-cújen*, febrero; *glor-cújen*, marzo; *rimu-cújen*, abril; *nánimu-cújen*, mayo; *thor-cújen*, junio; *inanthor-cújen*, julio; *huim-cújen*, agosto; *píllel-cújen*, septiembre; *huel-cújen*, octubre; *inanhuel-cújen*, noviembre; y *huiven-cújen*, diciembre. La numeración chileindiana no dejaba de ser apreciable tampoco, puesto que sobrepasaba el millar, y contaban desde uno, *quiñe*, hasta ciento, *pataca*, y desde este número a mil, *huarauca*, prosiguiendo hasta diez mil, *mari-huarauca*. Es posible que a muchos extrañe tan avanzadas combinaciones aritméticas, pero habría que recordar que el azteca, siguiendo al maya, tenía una aritmética en forma. El adelanto numérico hizo discurrir una especie de vaga geometría. El chileindiano supo medir las distancias, y en sus caminatas alcanzaba a medio trote, de sol a sol, a echar doce leguas por día. Parece que estuvieron

acordes en una medida de jornada aproximadamente igual a cinco de nuestras leguas, y conocieron algunas otras a las que daban valores convencionales. Las fragmentaciones y accidentes de las montañas en las subidas y bajadas, en las entradas y salidas, les haría evidente el principio geométrico de la distancia. El mismo progreso aritmético que impuso la cronología, las distancias y las varias medidas cóncavas, predispuso también el *quipus*, sistema de fijar y reducir a cifras el pensamiento, para proseguir con el peso, *vanen*, que no tuvieron los aztecas ni practicaron en su comunismo los incas, porque ¿de qué les habría servido si las cosas que pudieron ser pesadas, la lana, el ganado y los metales, especialmente, no podían ser suyas y les estaba prohibido poseerlas mediante severísimas penas?

En cultura, sobre todo social y práctica, atendiendo más a la industria y al comercio, al parecer la sociedad tribal austral fué un poco más avanzada que la incásica, y no faltan razones para inducirlo. La organización comunista del pueblo, que sufría mansamente la imposición, y los privilegios de la casta gubernamental, que no quería o no deseaba progreso y se parapetaba como blanda excusa en su prosopeya divina, lo hacen presuponer así.

Las clases sociales chileindianas, sorprendidas por el conquistador y el protohistorialista, confirman la evolución psicológica de delegar el mando en uno al que consideraban más entendido y respetable que los propios dignatarios. En sus behetrías, como calificó Valdivia el estado político austral, existían las Asambleas Militares, que fueron otra fase de delegación de mando, aunque ya más complicada, porque comprendían muchas *behetrías*. Era el principio de autoridad, la idea de gobierno que más tarde, con la guerra y la interdependencia social, sería factible de enorme evolución.

Como coronamiento de las conquistas psicológicas, la sociedad tribal alcanzó la homogeneidad y uniformidad en la lengua. Ciento cincuenta años antes de la llegada del conquistador, el inca ya habría penetrado el designio social lingüístico chileindiano, puesto que el protohistorialista lo encuentra afanado en imponer una sola lengua, la madre, la

quichúa, quizá inspirado por el fenómeno revelador de homogeneidad y uniformidad social que le presentaría el indígena austral.

Por la lengua, profunda y original y predispuesta a la unidad, no sólo de la letra, del pensamiento y de la expresión, sino de las costumbres, doctrinas, educación, justicia, cultura y disciplina, se infiere que el conquistador se encontró con una verdadera sociedad tribal. Acaso no lo estimase ni lo comprendiese así al hablar de behetrías, atendiendo más a la autoridad política personal que al núcleo. En esa época no era raro tampoco, porque las prepotentes monarquías lo absorbían todo y, al parecer, la sociedad apenas sería presentida por los sabios. Aun hoy, en nuestros países, se creen por encima de la nación los politiqueros gobernadores.

Caracterización sociológica del descubrimiento, conquista y colonización del continente

Sociológicamente convendría hacer un reparo antes de penetrar en la guerra de conquista hispánicochileindiana, aun cuando no sea más que para provocar la renovación moral de buena parte del mundo.

El inmenso proceso social que motivó la conquista, debiéramos haberlo comprendido ya en toda su magnitud, humanamente, substrayéndonos a los prejuicios nacionalistas y a los tradicionalismos históricoguerreros.

La conquista de América no se operó entre salvajes ni bárbaros, y no fué ni pudo ser un simple episodio de guerra, porque en ese caso desvirtuaríamos los hechos, desposeyéndonlos de su imponderable importancia.

Por lo general, siguiendo un estribillo histórico, se trata de salvajes o bárbaros a los que poblaron esta región del mundo, el continente precolombino. Este juicio erróneo lo asentaron el conquistador y el protohistorialista que anduvo con él. Es bien raro por cierto, y sobre todo que mediante él se haya formado una montaña de vaguedades e insulseces.

¡El mismo que trataba de salvaje y bárbaro a su enemigo ultraoceánico, casi a renglón seguido espetaba una serie de lamentaciones acerca de los penosos trabajos que le daba! ¿Cómo se compagina esto? ¿Acaso no eran salvajes y bárbaros?

La inconsecuencia e incomprensión parte de un individualismo muy arraigado en la época, que todo lo veía bajo el

prisma del ser humano. No sería raro, además, que el conquistador no se considerase asociado profundamente con nadie para emprender la guerra, aunque una vez consumada diese cuenta de ella al monarca del país.

Ni la conquista fué simplemente obra de los conquistadores, ni en América había sólo salvajes y bárbaros.

Pensando así empequeñecemos los hechos de una y otra parte y no tratamos de penetrar la interdependencia humana y universal.

No pudo haber salvajes ni bárbaros en el continente precolombino, puesto que de ser así no habría habido propiamente conquista; habría bastado una que otra campeada para someterlos. El salvaje y el bárbaro apenas luchan; no pueden luchar en grande ni provocar y mantener un proceso guerrero que requiere ambiente, coordinación y simultaneidad.

Por encima del hombre, sea cual fuere, salvaje o bárbaro, existían prehistóricamente en América civilizaciones primitivas.

De no ser así no se explicaría la conquista tampoco, puesto que para oponer resistencia hubo que mediar organización, disciplina, idealidad y psicología multiguerrero-nacionalista.

El salvaje es la horda y el bárbaro el clan, representaciones simplísimas de la evolución humana; y es claro que ante un grupo de seres civilizados y bien armados, no habría habido lucha posible, ya que al estupor del primer instante quizá habría sucedido la comedida y respetuosa avenencia.

Psicológicamente, ante el escaso número que formaban las primeras expediciones, es posible que de buena fe el conquistador y el protohistorialista, antes que la idea de civilización y de sociedad tuviesen la idea de la lucha de hombre a hombre porque con él se topaban, y con el ímpetu, la voluntad indomable y las armas cortantes y de fuego siempre se saldría airoso. Es una actitud de momento y de circunstancia, y nada más.

Pero, después, acaso el conquistador y el prehistorialista empezaran a ver las cosas de manera muy diferente, tal como se presentaban.

Aunque es cierto que el guerrero deja en segundo término la civilización y la sociedad y atiende sólo al fin inmediato de enfrentarse con el rival, el protohistorialista, también soldado, no pudo salirse de la atmósfera recargada. Acaso por un excesivo pudor, por una excesiva modestia, sin quererlo ni presumirlo, aparecieron como rebajados luchando con salvajes y bárbaros. Es lo que se desprende de los propios escritos, a no ser que al calificar de salvajes y bárbaros a los indígenas buscaran un mayor efecto en la península por el atrevimiento de la empresa u obtener una patente de corso para salir impunes de cualquier desmán.

Sea lo que fuere, lo cierto es que no se trataba de salvajes ni de bárbaros, sino de civilizaciones primitivas, como atestiguan el desenvolvimiento prehistórico de cada una de las sociedades tribales que se constituyeron en el continente. Así llegamos a puntualizar los hechos, a puntos de partida ciertos y a no extraviarnos en una selva de vaguedades más peligrosa que la fantástica y maravillosa selva indiana. Y no sólo partimos de la base real y efectiva, sino que hacemos mayor justicia al conquistador y comprendemos mejor las civilizaciones indígenas. A los primeros porque, sin más ni más, tuvieron que habérselas con salvajes y bárbaros, y a los segundos porque no eran tales.

En realidad, a la llegada del conquistador existían las civilizaciones aborígenes como hoy existen las indohispánicas. Unas serían más perfectas y otras más medianas; pero no dejaría de haber algunas confundidas con un cruel retardamiento, como la chileindiana, por ejemplo, si bien, después de todo, eran civilizaciones.

La azteca fué una civilización como lo fué la tlascalense. No poseía la forma hórdica ni clánica propia de salvajes y bárbaros. Había avanzado ya hasta la sociedad tribal y la confederación social, pugnando por la estabilización internacional en la confederación con el Estado de Tezcusco.

Al llegar el conquistador la azteca era un superorganismo social primitivo, acaso el más profundo en razón de la interdependencia, de su especialísima posesión geográfica y

de la herencia de algunas civilizaciones primitivas que le habían antecedido.

Aquellos salvajes y bárbaros eran una cosa sublime, más honda, más complicada que el montón y el rebaño humano. Eran una civilización primitiva, y la humanidad siempre ha tenido que seguir la misma evolución.

En efecto, la civilización azteca se encontró en la misma etapa evolutiva porque habían pasado todas, inclusive la propia conquistadora, sin que nadie ni nada pudiera substraerse a los designios de una ley natural e inexorable. Era un hecho fatal y no había más que aceptarlo sin desvirtuarlo ni confundirlo tampoco.

El tradicionalista y el manualista moderno, a pesar de los adelantos de la ciencia y de la cultura, siguen incurriendo en errores que sólo pudieron justificar la época y las circunstancias. Que el conquistador, dadas su arrogancia y las naturales bravuconerías que inspira siempre la guerra, considerase salvajes y bárbaros a los indios, es excusable, por cuanto aspiraba el virus tremendo de los odios momentáneos. Que la época, exacerbada en la forma política divina e individual, no hubiese visto ni comprendido, como vemos y comprendemos, a los hombres como conjunto, como nación, no deja de ser también excusable. Pero que el historiador y el manualista tradicionalista, sobre todo el hispanoamericano, persista en no situarse en la realidad de los hechos y en juzgar civilizaciones primitivas a través de nociones atrasadas, es francamente censurable.

¡Cuánto dolor y cuánta amargura se experimenta al hojear cualquier manual de nuestras escuelas americanas y ver que los antiguos aparecen todavía peor que salvajes y bárbaros! Cuando no se les hace aparecer comiendo carne humana, como en cierto manual argentino, se les presenta como una dádiva incásica, como en otro texto chileno.

La ignorancia y la pereza mental no incita a los manualistas a salir de los caminos trillados, y como es más fácil repetir que analizar, siguen condenando o difamando lo que no entienden ni han entendido, sólo por salir del paso y decir algo de los pobres desgraciados.

La ignorancia y la pereza mental llegan a grados tan increíbles que sólo se repiten los símiles ya rebuscados en que los pobres indígenas fueron víctima de la befa y de la leyenda de los perversos y despechados. Esos repetidores no deben llevar en sus venas sangre nativa. Lo más triste es que sea éste el pan intelectual de nuestras inocentes criaturas, como si las civilizaciones primitivas no tuviesen ninguna noble virtud ni tanta melancólica grandeza humana.

Sociológicamente, ya es hora de que la conquista no se siga estudiando en forma inconexa y anticientífica, como el flujo y reflujo de unos cuantos combatientes. Esa forma unipersonal, demasiado egocéntrica, de ver las cosas, pasó para siempre. Ahora urge contemplar el aspecto social, más profundo, más dinámico, más rítmico.

Ni los aztecas fueron un grupo de salvajes o bárbaros ni Cortés y los suyos un grupo de aventureros, como se dijo hasta por ellos mismos y se sigue repitiendo, pues, aun representando dos civilizaciones, unos cuantos hombres de una parte y otra, no podían transformar el mundo. Por encima de ellos gravitaba la interdependencia social y el eslabón patrio nacional.

No cabe duda de que los que después de Colón llegaron a Santo Domingo y Cuba, y desde aquí, como Cortés y los suyos, se aprestaron a la conquista, no pudieron dejar de aprovecharse de la ruta abierta por España. Hasta en la iniciación de las actividades se advierte el ritmo universal y la interdependencia humana. Colón, al pedir la ayuda de un país extranjero para descubrir un mundo, demostraba la incapacidad y estulticia de su patria, y España, al brindársela, realizaba uno de los hechos morales más grandes de la especie humana, acogiendo, dando hospitalidad a un hombre superior abandonado, desamparado y errante por el mundo, que se lo negaba todo. Es mejor que hubiese sido extranjero, para que así resalten más los eternos y profundos lazos de la solidaridad humana.

El descubridor de América no habría hecho nada sin España y el inconmensurable imperio del siglo XVI tampoco habría hecho nada; y es posible que el justificado anhelo de

conservar el poder y el vehemente deseo de renovar sus presigios, de darle mayor grandeza, impulsaran la empresa grandiosa. Cuando España se decidió a acometerla, reveló al mundo la profundidad de la civilización alcanzada. La conquista guerrera no sería más que un medio para llegar a la conquista social; y tanto no dejó de ser un medio, que ya antes de la guerra, hecho humano, se empezó por la geografía, hecho cosmológico, descubriendo un mundo nuevo.

España no sólo cooperó con lo que pudo, naves, hombres y aprestos, sino con lo que vale más, con el inmenso prestigio que tenía y que automáticamente dió un verdadero salvoconducto, una inmunidad efectiva a la empresa. Esta se estabilizó; pudo seguir adelante y llegar a seguro término gracias a la prodigiosa retaguardia. Si no hubiera sido así, si se hubiera tratado de la empresa de una nación mediocre, hasta los piratas, tan en boga a la sazón, se habrían adelantado a disputar la primacía del descubrimiento.

Se dice que antes que Colón llegaron otros expedicionarios a América. Aun siendo esto cierto, vendría a confirmar que por encima de los descubrimientos tuvieron que estar los ambientes y las condiciones sociales y políticas que permitieran conservarlos. Es probable que la acción de Colón hubiese resultado ineficaz, como las ya pasadas, si no se hubiera relacionado, por ejemplo, con la de Cortés y los suyos, la de éstos con los colonizadores y organizadores políticos, y así sucesivamente. El proceso que siguió rebasó las fuerzas humanas, pasó los siglos y siempre se hizo simultáneo, gracias solamente a la civilización, a la interdependencia humana, que es eterna y universal. Los resultados generales, la civilización de un mundo, fueron los que hicieron cobrar brillo inusitado a los parciales y locales.

Cuando Cortés y los suyos partían de Cuba hacia el Anáhuac, la sombra tutelar de España se cernía sobre ellos como la de una madre generosa. Tenían la ruta trazada y sabían que les esperaba la gloria, el homenaje del mundo y las justificadas recompensas. La lucha más feroz, la de los elementos y la del misterio, había pasado para dejar paso a la del hombre, no tan arriesgada ni misteriosa.

¿Pudo haber cosa más terrible que atravesar el mar ignoto y embravecido y surcar oleajes terribles y misteriosos?

En la guerra se levantaban olas de hombres; pero nunca tan expuestas como las que sorprendieron a toda la tripulación de Colón en el oleaje terrible e iracundo. En el combate, es cierto que se caía herido de muerte; pero los elementos resultaban más terribles porque no podían ser evitados, y la tormenta, el maremoto, el rayo, el naufragio, etc., podían aniquilarles en un instante.

Casi todo fenómeno social de descubrimiento envuelve una necesidad general y profunda de crecimiento, y la nación más organizada y mejor preparada es la que lo lleva a término y obtiene los más completos resultados.

España, en vísperas del descubrimiento de América, había llegado al máximo de lo que podía dar un pueblo, y para no esterilizar ni extraviar sus energías fecundas, requería una válvula de escape, algo así como un nuevo y vasto campo de acción.

Durante miles de años tal vez la ignorada América estuviese clamando por una ayuda firme y energética, hasta que al fin España se derramó por su suelo como nuevo y fecundante limo.

Un pensador inglés, Macaulay, expuso que si España no hubiese descubierto América, la habría descubierto dos o tres siglos después cualquier otro país. Esta afirmación revela la idea de maquinismo que se tenía de las civilizaciones. Si España hubiese carecido de espíritu aventurero, audaz y valeroso, en virtud de sus múltiples desenvolvimientos, no habría hecho nada, de igual manera que cualquiera otra nación sin aptitudes, sin hombres esforzados y luchadores, no habría intentado semejante empresa.

Así como el descubrimiento envuelve la necesidad de crecimiento, toda guerra de conquista responde a idénticas necesidades. Estas no sólo han de ser económicas, políticas, religiosas e intelectuales, sino, más propiamente, volitivas, propias de la energía y de una fuerza de voluntad capaz de quebrar montañas.

Lo que primaba en el descubrimiento y en la conquista,

porque las circunstancias lo requerían así, era la energía y la voluntad indomable de los marinos y soldados, sin perjuicio de que los actores fuesen por de contado la resultante de un medio que las exacerbaba.

Sin audacia, sin energía y sin voluntad, lo que más les cuesta poseer a los hombres y a los pueblos, jamás se habría operado el descubrimiento y conquista de América, y el hecho de que en España floreciesen esas facultades volitivas, proclama que había llegado a la civilización madura, a la toma de posesión de los dones personales más altos del hombre.

El descubrimiento y la conquista resultan como las naturales consecuencias del ambiente energético y voluntarioso de aquella España, ya que la energía y voluntad de sus hombres, refleja (latente o heredada) en las acumulaciones y sedimentos biológicos del ambiente secular, imprimieron a los nuevos hechos nuevos giros, la preadaptaron, la transformaron completamente.

Biopsicológicamente, si los descubridores y conquistadores no se hubiesen formado, desarrollado y convivido en el ambiente de España, que a la sazón culminaba por su energía y fuerza de voluntad, si no hubiesen estado predisuestos desde el seno materno a absorber la savia fecunda de la raza, no se habría registrado un hecho tan trascendental para la civilización humana.

No llegó el Imperio romano, asombro de la Historia, a realizar nada semejante. Si comparamos ésta con la conquista de Nueva Inglaterra, el sociólogo piensa en la audacia y valeroso ejemplo de los hispánicos, que contrastan con las mediocres virtudes domésticas de los anglosajones.

La conquista de América sobrecoge por el cúmulo de energía que exigió, y si se llega a recorrer el inmenso territorio donde se desarrolló la lucha, se piensa en la condición mesiánica atribuible a tan esforzados guerreros. Se portaron como cumplía a una nación indomable. El sociólogo piensa que sin las condiciones del pueblo español hubiera fracasado la empresa, y que hasta las crueldades, transmutadas a un fin moral, pueden ser consideradas como fermentos de la voluntad exacerbada.

Los mismos excesos de la conquista no son en realidad más que las naturales expansiones de la naturaleza humana, salvajemente energética y voluntariosa en tales circunstancias, y tal vez no sea descabellado atribuir a poquedad moral las pudorosas censuras dirigidas contra verdaderos héroes.

Se dice que en la conquista tomaron parte asesinos y ladrones; pero por encima de esto se debe advertir sociológicamente que el fundamento eterno de la personalidad humana es la acción, la energía, la voluntad y la audacia, y que esos mismos presidiarios que España enviaba a estas tierras, en circunstancias favorables para ello, acabaron convirtiéndose en hombres útiles a la sociedad. Libertados de sus cadenas, alejados de su mísero vegetar en el confinamiento de un horrendo calabozo, aquellos hombres mostraron la virtud más preciada de la especie, el heroísmo, con el que pudieron forjar un mundo nuevo.

No se atribuyan los males derivados de su acción solamente a los actores, sino también a las ideas imperantes en la época, ideas que han cambiado a la par que evolucionaba la humanidad. Sobre el mundo flota algo así como un fluido que lleva a los confines de la Tierra el soplo inefable del bien o el hálito destructor del mal. Tal vez a esto se deba el que nuestros pueblos indohispánicos, que vivieron alejados de la guerra mundial, sufran, no por sus consecuencias, sino también por los censurables excesos de una politiquería demagógica y rebañega.

Recordemos siempre que formamos parte del mundo y que no podemos substraernos al ritmo universal, que impone cada día una mayor solidaridad estimulada por el beneficio que reportan la escuela, el libro, el periódico, el cable y las ideas de confraternidad humana.

En los tiempos prehistóricos y protohistóricos es probable que las ondas morales no alcanzasen a repercutir universalmente por falta de instrumentos; pero en los del descubrimiento y conquista era muy diferente.

De España partió la onda que conmovió a Portugal, que descubrió el Brasil, y después a Inglaterra, que se asentó en

el extremo norte del continente. El soplo fecundo y luminoso animó y reanimó actividades, aunque menores y secundarias, que jamás dejaron de ser psicológicamente interdependientes.

Después, en el propio campo de acción, la onda maravillosa, ya sea por el contagio, la sugestión, el ejemplo, la imitación, la emulación y la autosugestión, no dejó de obrar prodigios, y surgió la constitución de un vastísimo imperio colonial. El colonizador del Perú dirigía sus miradas al de Méjico y viceversa; el organizador de Chile se fijaba en el del Perú y Méjico, y así, por emulación, por impulsos conscientes de voluntad, de energía, se creó algo extraordinariamente grande.

En realidad, sociológicamente, no se puede ver en los descubridores y conquistadores más que a los agentes dilectos de una civilización superior. Así interpretadas las cosas se comprenden mejor, porque abarcan mayor suma de condiciones, facultades y predisposiciones, y aun el mismo conquistador no aparecerá disminuido en sus merecimientos.

Ya no es, no puede continuar siendo el aventurero que va a conquistar salvajes y bárbaros. No. Es infinitamente más que eso. Es el representante circunstancial, la prolongación psicológica de una civilización superior que lo ha lanzado, lo ha empujado y lo sostiene en la demanda, segura de que no tardará en aportarle la ansiada transformación, para dar libre vuelo a los impulsos sociales y poder encauzarlos en forma provechosa.

Aunque aparezca como agente y prolongación psicológica, hay que detenerse a pensar que, de conformidad con el ritmo, la transformación y la evolución que aparejan la vida, el nuevo ambiente, ante las nuevas circunstancias, tuvo que enfrentarse con distintos propósitos, provocar la lucha, vencer la resistencia hasta obtener el cambio deseado.

Después de alcanzada la transformación, gracias a la pugna humana, el agente y el prolongador llenan su misión, y de nuevo refluye la sociedad, la nación. Cortés y Pizarro llenan su misión, grande y hermosamente; pero requerían la coordinación. Fueron jefes capaces de conquistar imperios; pero acaso no hubieran sabido llevar a sus hombres a

la conquista de la tierra, a la colonización; porque ésta ya era obra más vasta, dependía directamente del flujo y reflujo de los mercados, de la navegación y de la organización política.

Es el caso de Méjico y del Perú y de todas las conquistas de América. En cuanto el jefe y sus soldados ultiman las operaciones, aparece España, no para estorbarles ni confundirles, no para pedir ni exigir cuentas, que hartó se le han dado ya a la humanidad integrando nuevas tierras y nuevos seres, sino para completar con la paz y el trabajo lo que hombres de guerra, humanos, al fin, no podían hacer. He ahí la relación, la coordinación, la interdependencia civilizadora, sin que dejemos de recordar que el soldado conquistador jamás dejó de invocar la autoridad imperial. Aunque no había, en la generalidad de los casos, recibido mandatos ni escuchado órdenes directas, el hecho cierto es, según una profunda inducción psicológica para llegar a pensar cuán hondo era el ambiente jerárquico en España, que aun a la distancia y casi a espaldas de él, se sentían los hombres unidos por férreos y tradicionales lazos de afecto, de prestigio y de victoria. Cortés, por más que conquista el Anáhuac por su propia cuenta y riesgo, nunca olvida la autoridad, siempre llena la fórmula política tradicional y se hace acompañar por una encarnación del medio religioso, el noble y bondadoso fraile Olmedo.

Si no hubiesen sido agentes o prolongaciones circunstanciales de una civilización superior, no habrían obrado así ni habrían perseguido propósitos conquistadores tampoco. Rotos los lazos con la patria, puesta de lado la civilización, habría llegado cada cabecilla a ser uno de los tantos embaucadores que tuvieron los indígenas, abrogándose grandes prerrogativas y asumiendo ilimitados poderes. Para ello no tenían que presentar batalla, y la insidia, el cálculo y la doblez habrían acabado por hacer lo demás.

Pero en tales casos no habría habido conquista, sino asonadas, y aquí cabe pensar cuánto requirió en pensamiento, en sentimiento, y sobre todo en voluntad y en energía, una conquista como la del Anáhuac.

La magnitud social de la conquista corrió parejas con la de la civilización que la predisponía, y aunque a primera vista se desprenda del protohistorialista que la corona y la corte se desentendían en algo, psicológicamente hay que pensar que esto bien pudo ser en cuanto a los hombres, a los agentes y prolongadores, pero jamás al hecho social, a la consecuencia civilizadora, porque de otra manera no habrían tenido objeto los estímulos y condicionamientos de los descubridores y de las primeras expediciones con fines colonizadores.

Ello era natural y humano. No se sabía lo que podían dar los agentes y prolongadores, y en tal caso es claro que surgiese la incertidumbre.

Así como para los conquistadores la empresa fué una acción, un trasunto, un aspecto de la poderosa civilización superior hispánica, de idéntica manera la resistencia y oposición de los guerreros indígenas fué una secuela de la civilización primitiva americana.

Los guerreros indios no obraron sólo por su cuenta y riesgo, a tontas y a locas. Por encima de ellos estaba la autoridad política y el ascendiente mítico, es decir, la civilización.

La autoridad y la psicología mítica eran el fruto maduro de la evolución, del desenvolvimiento social, y los seres nacían, se formaban, se desarrollaban y morían bajo el tutelaje cada vez más férreo.

En tal caso ya no había hombres, sino sociedad, y tanto es así que los indígenas mejicanos encendieron la guerra casi por fundamentos exclusivamente sociales, por su religión vulnerada. Es posible que si Cortés y los suyos, en Cozumel, en Zempoalla y Tlatlauquitepec, no hubieran tratado de derribar los cultos, y después, en Tlascala, en Cholula y en Tezcuco, adoctrinado a los jefes y magnates, no habrían encendido el celo azteca y predispuesto el encono general. Si se hubiera esperado algo, aguardado un poco hasta después de consumada la conquista, quizá ésta no habría sido tan tercamente resistida. Los emperadores y los jefes es claro que ante la llegada del conquistador sentirían debilitada su autoridad política, y a los pobres aztecas, que

no tenían tal autoridad y eran los más, es natural que les contrariaba lo que en su fuero interno consideraban como espantosas profanaciones. Las clases cultas, los mismos sacerdotes, que después se les vió en lo más reñido de la batalla, quizá se encargaron de avivar el fanatismo popular, cuya llama devoradora encendería la guerra tremenda. Tanto es así que a la directa profanación del *teocali* azteca de Tenotitlán, por Alvarado y algunos soldados que le dejó Cortés al partir a la costa, siguió la ruptura de las hostilidades y el embate terrible contra los hispánicos, que tuvieron que desalojar el territorio.

Así como la guerra es una función social y, en ciertos aspectos, oficio de muchedumbre, de la misma forma tiene que coordinarse social y civilizadamente.

La religión o psicología mítica azteca, como se ha visto, aportó el primer gran fundamento coordinativo.

El azteca, al sentirse vulnerado en ella, sintió herida de golpe de muerte a su civilización, precisamente porque ésta empezaba y se fundamentaba en la teogonía.

La psicología mítica refundía en cierto modo todos los adelantos, progresos y evoluciones del desenvolvimiento azteca, y no habría que olvidar que hasta el propio emperador Moctezuma era sacerdote.

Los pueblos primitivos, unos más que otros, y entre ellos el del Anáhuac, fueron profundamente supersticiosos y estuvieron sometidos a la sujeción dogmática del sacerdote. Se podría decir que el indio, en general, no comprendía nada tanto como su religión, que salía de dentro para afuera y se embelesaba con la contemplación de sus dioses figurados.

La psicología mítica estaba tan confundida en el azteca con toda clase de conquistas morales y sociales, que podría decirse que encerraba el secreto del principio y del fin de su vida diaria.

Por lo demás, es concebible semejante imperio sentimental, mucho más firme, mucho más duro que el político, sobre todo en mentes sencillas y buenas exacerbadas por toda clase de dolores, abandonos y quebrantos lacerantes.

Un hecho que confirma que entre los hispánicos y los aztecas, por ejemplo, chocaron no los hombres, sino las civilizaciones, nos lo da la religión, puesto que por ella se iniciaron las actividades y se ahondaron más todavía.

En Cortés y los suyos, la religión no era, no pudo ser un atributo personal, no. Era una función social, más aún, la causa de la civilización contemporánea.

Luego, el conquistador del Anáhuac llevaba en su alma, en lo más recóndito de su ser, sentimientos que le había dado el país en que nació y se formó y los cuales en gran parte lo hacían desenvolverse. Un celo exagerado lo llevó a anticiparse en Cozumel, en Zempoalla y Tlatlauquitepec, y el amor exaltado a su religión lo obligó a apresurar la conversión de los tlascaltecas y cholultecas. Acaso se repare que un hombre que comprendía y respetaba tanto la suya, pudo comprender y hacer comprender y respetar la religión ajena. Los hechos parecen advertirnos una incongruencia. Pero, no; hay que pensar que el militante, y sobre todo el guerrero religioso, no pudo considerar como religión lo que no estaba de acuerdo con sus doctrinas.

Si los hispánicos empezaron a chocar por la religión, los indios por ella empezaron a resistir. Por esto asumió la lucha contornos de conflicto social, de choque tremendo entre dos civilizaciones.

Cualquiera ahora, y aun ante los sucesos que se desarrollaban, podría argüir otra cosa; pero el indígena, por más primitivo que fuera, tenía también su sentimentalidad arraigada y por ella ofrendó la vida.

Es posible que si el conquistador, por táctica, como hicieron los romanos y el propio incásico, aunque todavía no conocía el ejemplo de éste, hubiese tratado de conciliar sus creencias con la mítica indígena, muy otro habría sido el desarrollo de las operaciones que siguieron a la conquista del Anáhuac.

Nos mueve a pensar así la circunstancia accidental y felicísima que favoreció a Pizarro en la conquista del antiguo Perú.

El conquistador del imperio sur del continente, acaso

porque su falta de cultura y su ignorancia no le hacían amar el ideal, que desnaturalizaba en las prácticas materialidades, en su camino y en su paso por la cordillera hasta llegar a los alrededores de Cajamarca, en donde estaban el emperador y la corte incásica, ni siquiera hizo intervenir la religión, como Cortés, siendo así que uno de sus consejeros, el que había financiado la empresa, era sacerdote. Bien pudiera ser que al sencillo Pizarro de algo le sirvieran las experiencias pasadas, ya que siempre tenía el ejemplo de Cortés por delante, o quizá le faltaron las oportunidades para hacer de antemano algo en favor de la religión y echar abajo idolatrías indígenas.

Lo cierto del caso es que cuando Atahualpa y sus principales guerreros y sacerdotes fueron apresados y muertos por los soldados de Pizarro, los incásicos, al revés de los aztecas, no sintieron enardecida su alma ni quemadas las entrañas con las profanaciones locales.

Las circunstancias, las experiencias pasadas y acaso su tibieza, favorecieron también a Pizarro en la conquista del Imperio inca, ya que hasta no consumarse jamás se atentó contra el sentimiento religioso popular.

Solamente cuando en el Cuzco, la capital religiosa, se empezó a sacar los adornos de oro y plata de los templos y a remover las *huacas*, las tumbas, para despojarlas de los atavíos de los emperadores sepultados, cobró importancia el desafecto popular hasta subir de tono y terminar en la indignación pública.

La consecuencia directa fué la sublevación del Cuzco y el sitio de los soldados hispánicos en la ciudad.

Psicológicamente se comprenden semejantes alternativas. Si lo que al fin, después de desaparecido el emperador y los principales, se realizó en Cuzco, se hubiera realizado al principio, no cabe duda que muy otros habrían sido los acontecimientos. El elemento popular habría acallado su odio y renunciado a la venganza y sed de exterminio. El sentimiento social, el fermento afectivo de su civilización, la psicología mítica, ante el inaudito atropello se habría considerado, como en el azteca, profundamente herida y escar-

necida. El sentimiento de protesta y los odios populares, siempre en aumento, pudieron haber sido habilidosamente agudizados por el emperador y la corte, para hacer de ellos un instrumento político contra la agresión extraña. Ya no habría sido una guerra de hombre a hombre, sino, como empezó siéndolo en el Anáhuac, una guerra social, el choque mítico feroz de dos civilizaciones.

Ello habría sido natural, ya que no en balde e impunemente se puede atentar contra la conciencia humana. Tanto es así que el sentimiento popular incásico, ignorante de todo e ignorando la venida de los hispánicos y no sabiendo quiénes eran, no saldría de su sorpresa ante el encarcelamiento y muerte de Atahualpa y su corte principal de guerreros y sacerdotes.

La sorpresa llegaría a lo hondo; pero como él no había sido herido ni conturbado y los sucesos le pillaban de improviso, permaneció con los brazos cruzados, agrandando los ojos para ver si alguien se atrevía a tomar el mando, ya que el pueblo, por tradición, por educación, por morbosidad política imperial, no tenía más que obedecer y esperar como mansa llama de la sierra.

El aspecto social y civilizador de la obra de Pizarro al conquistar el Imperio se realizó por no haber herido las creencias de los incas; pero el azteca, con fines sociales y civilizadores, opuso su invicto pecho al profanador de su religión.

Tan cierto es esto que no tenemos que examinar con el protohistorialista los sucesos del Cuzco, que si no influyeron gran cosa en los hechos consumados, sirvieron al menos para exteriorizar la más vigorosa protesta. El sitio y asedio del Cuzco fué como el grito despechado y doliente de una raza. Demostró que el inca, ante sus creencias escarnecidas, ante el espectáculo que ofrecían sus templos y palacios envueltos en llamas prendidas por las flechas incendiarias, era capaz de arrasar montañas.

Si el sentimiento religioso movió la guerra social en algunas sociedades tribales, no por ello dejaron de influir también otros factores, como el atentado a la libertad individual del chilindiano.

Ya revistiese forma mítica como en el azteca o el inca, o afectiva como en el chileindiano, lo cierto es que todo ese inmenso cúmulo de sentimientos, de dogmas, fetiches, amuletos y supersticiones que abrigaba el indio, constituían la trama de una extensa organización social, como sucede en otros aspectos con el civilizado. Las prolongadas guerras religiosas del antiguo mundo, confirman nuestras inducciones.

No es de extrañar que sucediera esto en el primitivo por cuanto solía proceder socialmente, y aunque después profundizara mucho la civilización el superorganismo social, la división del trabajo, las clases, las jerarquías acabaron por anular en gran parte lo comunal, gregario y rebañego de las sociedades tribales. En tal caso se concibe y hasta se comprende que lo que hoy no mueve a una guerra, la provocara entre los indígenas con sobra de motivos.

Tanto el civilizado primitivo como el civilizado superior defendían un pasado tamizado por los siglos, prestigiado por la tradición y consolidado por la estabilización secular. En uno y en el otro gravitaban fuerzas morales poderosas.

Claro está que en el fragor de la batalla no se veía más que hombres de uno y otro lado; pero conviene no olvidar que dentro de ellos se movía el superorganismo social, dándoles tonalidades psicológicas. En su simplicidad el indio hablaba pestes del blanco y éste del salvaje o del bárbaro. Hablaban así como enemigos, como adversarios que la guerra había llevado al último grado, el de la fuerza y la violencia, en cuyo trance el ser humano se olvida de todo, se substraee a la sociedad y a la civilización que ha dejado a la espalda, al otro lado del mar o allá lejos, detrás de la montaña o del río, en la ciudad y en la nación.

Pero por más que la guerra, en su extrema barbarie, obcecara así a los seres humanos, no por eso el protohistorialista primero y los historiadores o manualistas después, han tenido motivos para despojar al hombre de su atributo social y hacerlo retrogradar casi a la animalidad. Esto sólo hubiera sido excusable en los primeros tiempos, frescas todavía las inevitables heridas y rozamientos.

Los hombres de una y otra parte sólo trataban de reba-

jarse, cuando en realidad lo salvaje y bárbaro no eran ellos mismos, sino la guerra, ese instrumento fatídico que fuerzas fatales superiores les hacía manejar con rabiosa terquedad.

Seguir creyendo lo mismo sería persistir en el método anticientífico de no presuponer en el ser humano la aptitud social. Y, oh paradoja, a veces, los que más hablaron de transformación y evolución, por una inconsecuencia inexplicable, eran los que menos conocían a los indígenas.

Considerada sociológicamente la conquista hasta pierde dos consecuencias irrefragables que se le achacan: la crueldad y el exclusivismo guerrero. Ello es natural, puesto que en acciones tan complejas, en que se dan la mano el mundo, la nación, la sociedad, es muy problemático tratar de aislar la persona para hacerla capaz de toda clase de fechorías.

Como hombre de humanidad y de sociedad, el conquistador tenía las ideas comunes de la época; y no sólo de su nación, sino de casi todo el mundo, se podría decir lo mismo.

Lo que hoy conceptuamos crueldad, cinco siglos atrás no lo era, y esto es muy explicable dada la transformación moral que ha experimentado la humanidad.

Por la simultánea evolución de los valores morales, se va transformando en cada época la apreciación moral de la especie humana.

En la postconquista, el mundo no tenía mucho apego a la vida y se la sacrificaba por cualquier bagatela. Hasta los que hoy llamamos orates eran tratados de distinta manera, y se dice que en ocasiones se les daba de palos.

Las guerras, por ejemplo, se tramaban por hechos que hoy nos parecen insignificantes; hasta las había religiosas y raciales exclusivamente.

Sociológicamente, el hombre que llegaba de ultramar al continente precolombino, forzosamente tenía que venir acorazado con las nociones e ideas morales de su época, como ahora lo están con las actuales nuestros pueblos indohispánicos. Las ideas morales, sobre todo, no son frutos de determinados hombres ni de determinados ambientes, sino del mundo, de la humanidad. Aunque son las más tradicionales

y las que más tardan en renovarse, nunca la mente creadora ha dejado de influir en ellas.

El mismo aborígen, cuando trataba de reprimir y castigar al enemigo, lo hacía según su temperamento y su modo de ser, sin noción alguna de la crueldad. Este hecho psicológico basta para hacernos pensar que el mal no estaba en el indio ni en el soldado hispánico, sino en el que, extraño a sus circunstancias, sin conocer los sucesos, por los equívocos y errores inevitables en los atolondramientos de la guerra, se adelantó caprichosamente a dar la apreciación moral que mejor le vino en gana.

Si no admitiéramos los desniveles culturales de las épocas y de los individuos, caeríamos en incongruencias, en ramplonas vaguedades.

La mayoría de nuestros historiadores, no obstante extremar el cariz guerrero y censurar las crueldades de la conquista, no renuncian a loar las guerras fratricidas e internacionales que han ensangrentado el suelo de América. ¿Se concibe mayor inconsecuencia? Y bien notoria. Psicológicamente es la resultante de un estado de espíritu que no deja de traicionarles por su pereza mental o por dejarse llevar de las pasiones. Denigran las acciones guerreras por la crueldad del extraño y enaltecen y disfrazan las propias. En el fondo, la guerra ha autosugestionado al investigador, y éste acomoda las cosas a su conveniencia y según los intereses circunstanciales. Lo malo es que las cosas pierden así en seriedad y en honestidad científica en perjuicio de los escolares, quienes no alcanzan a comprender la dualidad y son víctimas de lamentables confusiones. Lástima grande que nuestras escuelas tengan que ser el sumidero de tales historiadores y manualistas, a los que nadie lee fuera de ellas.

Con espanto y tristeza repasamos de vez en cuando las historias y manuales escolares de algunos países, en los que se aplica el calificativo de bandidos, de salteadores, de asesinos a hombres de pueblos hermanos porque rivalizaron con los nuestros en heroísmo y en gloria. No quiero citar hechos, que cualquiera, con un poco de trabajo, puede comprobar.

Psicológicamente, el tradicionalismo y el dogmatismo guerrero traicionan y se vengan de nuestros cronistas y manualistas, que empiezan por desentenderse y fustigar los encuentros pasados, para acabar ensalzando el mismo propósito guerrero en el republicano moderno.

Es tan irreparable el daño que hasta el relato novelesco ha servido para estragar a nuestros pueblos. En todos nuestros países casi no hay novela que no se refiera a las guerras fratricidas y a las revoluciones para exhibir hechos espeluznantes. En algunas de ellas se dice que antes de dar la batalla, los indígenas afilaron los machetes en las grandes piedras de un abismo de la montaña, y en otra que para ahorrar balas y pólvora se *fusiló* a lanzazos. ¡Cabe mayor atrocidad cuando ni siquiera se procura sacar una moraleja ni llegar a un idealismo educativo! Lo único que se ha perseguido con la más fría parsimonia y total carencia de sensibilidad, es aprovechar y explotar la barbarie y los bajos sentimientos que el populacho abriga todavía.

La parte negra, sombría y trágica de la conquista se sepultó con sus actores, y sobre ello no hay para qué insistir. El mundo no vive ni puede vivir de pesimismo y bajezas. Si fuera así, ya hace tiempo que se habría extinguido la existencia humana. De las religiones, y aun del heroísmo de la guerra, solamente conocemos la parte noble y elevada. Y en ello hay algo de justicia. La mediocridad y bajeza humana son tan grandes que en alguna forma hay que salir de ellas, y el mundo requiere tanta educación, tanta cultura social, que no debe haber ningún propósito que se anteponga a éste.

Cuando la escuela americana evolucione y se transforme en escuela de educación social, de cultura social, lograremos el mismo resultado.

Entretanto, hay que seguir clamando contra los tradicionalismos y dogmatismos estúpidos, sobre todo contra aquellos que nos hacen vivir doscientos años atrás de la actual cultura moderna. ¿La crueldad, el daño personal? Ya pasaron; son cosas que no volverán. De buena o mala fe, fueron obra de unos cuantos hombres, y la sociedad y

la civilización, fruto del mayor desenvolvimiento y de la mayor complejidad, no pueden entorpecerse ni retardarse en la contemplación indefinida de la simplicidad humana. ¿Qué es un acto malo contra cien buenos que se le pueden oponer? Si la vida conduce a la posesión del bien, enseñemos a conocerlo y así haremos obra útil. El mal, lamentable y doloroso, es del pasado; se fué con la muerte de los que lo hicieron; y el mundo, tan angustiado y compungido, no necesita que se le atormente más. Si la especie humana se inclina al bien, ¿para qué recordarle el mal que repudia? ¿Qué se gana con ello? Lo mejor es enseñar a apartarnos de él. Sobre todo a nuestros niños, a nuestros pacientes e inocentes escolares, no hay por qué entristecerles y amargarles sus primeros años, espetándoles cosas siniestras antes de que la propia vida los abruma.

Sociológicamente, la baja pasión del odio que se infunde en nuestros niños al hablarles de crueldad guerrera, causa un mal irremediable a nuestro desenvolvimiento social indohispánico. Nuestros alumnos aceptan la maldad de los hechos sin discernir las causas, tal como se les enseña, y la mente infantil, que debió abrigar solamente luminosas y fecundas ideas de bien, adquiere nociones perniciosas. Teniendo en cuenta la irremediable inclinación al mal de la especie humana, se acentúa la natural tendencia del instinto en vez de corregirla.

¿No habrá nacido de ahí el revolucionario, el caudillo, el demagogo, que han asolado y asolan a nuestros pueblos indohispánicos?

Mientras llega la hora de cambiar nuestra educación, tratemos de ser justos para ir preparando el advenimiento de la bondad y de la ternura entre los hombres.

En vez de gastar tanta tinta hablando de la crueldad, ¿por qué no la gastamos en hacer justicia al héroe, al patriota, al justo?

Sorprende que en nuestros pueblos indohispánicos, a pesar de cuanto se dice de la crueldad nativa, no tengan los héroes y patriotas indios casi ningún monumento. Apenas si la capital de Méjico tiene su inmensa y magnífica esta-

tua de Cuauhtemoc, levantada también en Río de Janeiro.

He ahí un hecho que nos hace sospechar que no han sido ni muy hondas ni muy sinceras las protestas contra la crueldad. Si hubieran sido así, con mayor razón habríamos amado el heroísmo y el patriotismo, la virtud y la justicia indígenas, elevando los imprescindibles monumentos a los hombres que los encarnaron. Hay historiadores y manualistas que en vez de exaltar este amor lo han rebajado llevados de su prejuicio de encontrarlo todo malo, como si el espíritu destructor de las batallas hubiera pasado también por los archivos. Los mismos que declaman contra la crueldad del indio hacen tabla rasa de él, como si antes de la conquista no hubiera habido aquí civilizaciones que pueden ser parangonadas con las europeas y que engendraron nuestros actuales sentimientos de sociabilidad.

Ha habido historiadores, incluso algunos eminentes, que, cegados por sus dogmatismos, ni siquiera han hecho justicia a los héroes de una y otra parte, guiados por un malévolos espíritu de encono y prevención. Han sido pocos en la admiración ante los bellos ejemplos de bondad humana y pródigos en los vulgares relatos de la sevicia indígena. Y países hay donde produce disgusto que no se les mire como blancos cuando continúan siendo fundamentalmente indígenas.

Mucho de cuanto se ha escrito y escribe debe ser depurado a través de la serena sabiduría que proporciona el tiempo, los siglos transcurridos. No se sabe lo que pueden llegar a ser la mayoría de nuestras veintiuna república en el transcurso de dos, tres o cuatro siglos más. Quizá el ritmo de la Historia desplace o suplante a más de la mitad de ellas en la imprescindible evolución sociológica.

Mientras tanto depuremos el ambiente antes que el talonario de cheques o el libro de contabilidad desbanquen los sentimientos de cultura, para que sepanos defendernos dando el verdadero e innegable valor a nuestras magníficas virtudes.

No gastemos tanta tinta en recordar la conquista guerrera cuando la del siglo xx, la del trágico oro, nos está dejando escualidos.

Miremos con amor hacia nuestro pasado, hacia la civilización hispánica y hacia la civilización indígena. La admiración, la gratitud, la justicia y el respeto, son fuentes de vida, la renuevan y contribuyen a la sana convivencia entre los pueblos. El odio, la censura, la reprimenda, limitan, separan, fragmentan, disgregan y con ellos traicionamos a la misma vida y nos entregamos en brazos de la muerte. ¿Será posible que el tradicionalismo y el dogmatismo nos maten? ¿Acaso no podremos libertarnos de su nefasta influencia?

El ambiente guerrero se constituye, forma y desarrolla

Sociológicamente, la sociedad tribal austral culmina en la constitución, formación y desarrollo del ambiente guerrero. Este fenómeno es el más interesante, por no decir el más importante, de la protohistoria chileindiana.

En el ambiente guerrero el indígena opera una profunda transformación social y hasta predispone a una intensa evolución a la civilización primitiva austral. Mediante él empieza a perfilarse la civilización, porque se produce un movimiento de conjunto, una tendencia al más efectivo agrupamiento.

En realidad, antes de que llegara el conquistador, la chileindiana era una simple sociedad tribal. Como en aquella época no se conocían las denominaciones sociales modernas de horda, clan o tribu y predominaba una prevención política respecto al funcionamiento social, Valdivia calificó de behetría el proceso social chileindiano, esto es, la facultad parcial de elegir y deponer al jefe, al *úlmen*.

Estas behetrías tenían su jefe y correspondían sin duda a lo que hoy llamamos tribu. Sabemos hasta por el mismo descubridor que los indígenas australes habían salido ya del clan.

La sociedad tribal existía protohistóricamente y ello lo demuestran la acertada denominación de Valdivia y la organización de las tribus fronterizas que el cronista pudo conocer mejor.

Entre las tribus fronterizas, el protohistorialista anotó las que correspondían a los siguientes nombres: reres,

coyuncheses, gualpes, quilacoyas, queruchureguas, talcahuanos, andalienes, araucanos y tucapeles.

Claro está que habría otras muchas más, que después, con la integración y la coordinación que se operó al formarse el ambiente guerrero, fueron limitándose y haciéndose menos distinguibles.

Por otra parte, estas tribus deben haber sido muy densas y de vasta capilaridad social, y aunque agrupamientos de familias, en ningún caso lo fueron en forma mediana e insignificante. Las tribus fronterizas debieron ser las más populosas por las excelencias del clima que disfrutaban. El protohistorialista, aunque no fijó el porcentaje de la población chileindiana, al menos dejó indicios que nos permiten saber que era bastante numerosa, y en tal caso las tribus fronterizas no serían propiamente una reunión de familias sino algo más difícil de prever. Acaso existía ya algo así como una asociación familiar en grande desde el momento que se pudo formar el ambiente guerrero.

Las tribus lograron desenvolverse bastante, y mediante la industria, el comercio, la mítica, el arte, la educación, la justicia, la cultura, las clases sociales y las lenguas, llegaron a constituir la sociedad tribal.

En esta vasta y profunda etapa evolutiva los sorprendió el protohistorialista. En realidad, era un progreso trascendental. La sociedad, aunque no ligada seriamente por los lazos políticos, ya que cada tribu continuaba siendo una behetría, al menos los económicos, míticos, lingüísticos, artísticos y morales llegaron a constituir el disciplinamiento tribal colectivo. Existía una completa afinidad y coordinación moral social, porque de otra manera no se habría producido la evolución y las tribus se habrían esterilizado, paralizado o destruido en las guerrillas, en los antropológicos encuentros de presa y rapiña, a lo que eran tan dados los más ínfimos de los primitivos. Sin paz, sin seguridad, sin respeto, no se habría conocido la industria y el comercio, la justicia y el arte, que en sí presuponian la simultaneidad y la coordinación generales.

Tan cierto es que existía una inmensa relación y conco-

mitancia psicológica, que en presencia del guerrero blanco todas las tribus se coordinaron políticamente, como ya habían hecho ciento cincuenta años atrás al repeler a los incásicos.

El protohistorialista, en tanto que sorprende a la sociedad tribal austral, asiste a su transformación operada por el ambiente guerrero que se formó de resultas del choque de las dos civilizaciones; es algo protohistórico y está confirmado hasta por la historia, en su otra más profunda evolución, la creación sociológica de un proceso específico.

El protohistorialista encontró a la sociedad tribal austral coordinándose cada vez más y haciéndose, por otra parte, más compleja, comprendiendo la necesidad psicológica de las relaciones, limitaciones, divisiones y subdivisiones para su más completo auge. La sorprendió dividida, por ejemplo, en butalmapus o grandes cantones o regiones, como se dice ahora, las cuales eran las siguientes: pehuenches, gente de los pinos; guilliches, gentes del sur, y pichiguilliches, gente de más al sur todavía, especie de región chica.

Los regionales pehuenches habitaban desde el Bío-Bío al Tolten y constituían las tribus fronterizas más seleccionadas y aptas por razón de sus no tan excesivos elementos físicos. Los pehuenches, al menos en la frontera del inmenso río, se dividían a su vez en tribus que llevaban los nombres ya conocidos de reres, coyuncheses, gualpes, quilacoyas, queruchureguas, talcahuanos, andalienes, araucanos y tucapeles.

Los de la región guilliche se extendían desde el Tolten, el gran río de la actual ciudad de Valdivia, hasta el Río Bueno, más o menos en la provincia del mismo nombre. Su extensión sería un poco mayor que la mitad de la otra dados sus importantes elementos.

Los pichiguilliches tenían su región desde el correntoso y ancho Río Negro hasta donde confina el continente, acaso la actual isla montañosa de Calbuco y la un poco esquivada de Chaullin.

Claro que tales regiones no escondieron una fragmenta-

ción cerrada, sino más bien una variedad impuesta por los excesivos elementos, y la prueba de ello es que cuanto más al sur aparecían menos pobladas y con menor territorio. El nombre de *pichi*, chico, es la revelación de un hecho de geografía primitiva práctica.

Aunque de vez en cuando, por razones de cambio y de mejores medios de vida, los *pichi-guilliches* buscasen a los de la otra región, a los *guilliches*, y éstos a los *pehuenches*, es natural que las divisiones regionales correspondiesen también a divisiones económicas y sociales.

De ahí que se confundieran con la región o *butalmapus*, las reducciones o alianzas o concomitancias de tribus, y la parcialidad, el territorio de la misma tribu.

Con el rechazo del inca, ciento cincuenta años antes de que llegase el protohistorialista, el chileindiano, a la toma de posesión de la tierra por la región, la reducción y la parcialidad, habría agregado sociológicamente la toma de posesión del área territorial, la sede de la sociedad tribal, uno e indivisible frente al enemigo. Moralmente, esta posesión social quedó de manifiesto y después se reafirmó en los rechazos de Almagro y Valdivia.

Por las necesidades naturales, por las exigencias económicas, el protohistorialista sorprendió a la sociedad tribal chileindiana con denominaciones y nombres genéricos, regionales, parciales y tribales. Ello era lógico porque conciliaban los intereses y apremios del momento.

En cuanto al área territorial y a su equivalente el de nación, no era, no pudo ser lo mismo, porque la guerra incásica y después la de Almagro con incásicos y *michimalongos* y la de Valdivia, no lograron formar ambiente. Fueron choques esporádicos y las cosas volvieron a su estado anterior, y en tales circunstancias bien poco necesitaban del nombre genérico o de la denominación general.

Entre los aztecas, los *tlascaltecas*, los *tezcuscianos* y los *zapotecas*, la guerra permanente obligó a los grupos a coordinarse, y la simultaneidad de los peligros y reveses, lo mismo que el ansia de botín y de venganza, los hizo agruparse, mancomunarse, perdiendo bastante o debilitándose

mucho, al menos las divisiones y subdivisiones en regiones, reducciones y parcialidades, para presentar un frente único e inabordable. De ahí surgió la nación que, por en medio de los enemigos, levantó una inmensa mole. Al revés del chileindiano, el *tlascalteca*, frente al *azteca*, ya no vería regiones, ni *pehuenches*, ni *guilliches*, ni *pichi-guilliches*, sino simplemente *aztecas* y acaso el nombre de éstos se lo puso el mismo adversario, derivándose de la palabra *Anáhuac*: en o sobre el agua. Lo mismo harían los aztecas con sus enemigos tradicionales los *tlascaltecas*, a los cuales, porque eran muy productores de maíz, que ellos requerían tanto, empezaban a motejarles *Tlascalala*, tierra de pan, hasta que la tradición y el antagonismo consagraron la denominación nacional.

En la sociedad austral las cosas habían acontecido de manera bien diferente, y aun la misma dura y áspera mesología tuvo que hacerlas más graves. Casi nunca tuvo guerra y parece que no la conoció, ya que los rechazos, encuentros y reencuentros del *Bío-Bío* y de las *ciénagas* del *Andalién* no pudieron predisponer el ambiente, puesto que las acciones no se repitieron ni se prolongaron, ni la oposición ni la resistencia cobraron mayor estabilidad.

No habiéndose alterado la sociedad tribal austral por la constitución y formación de ambiente guerrero, como en el *azteca*, el *tlascalteca*, el *zapoteca* y el *incásico*, era natural que la fragosa y áspera montuosidad chileindiana continuase imponiendo la región, la reducción y la parcialidad.

Por lo demás, en la sociedad tribal austral el congregamiento guerrero general frente a las amenazas y ataques extranjeros, no alcanzaron a hacer ver a los chileindianos la necesidad de que por encima de la montaña, del monte, de la serranía, de las islas, canales, ríos, playas, *ciénagas* y valles, debía existir para ellos una fuerza psicológica, transmitida en este caso por la nación, que los hiciese salir de sus humildes costumbres.

La guerra habría hecho más compleja y complicado más a la sociedad y al mismo tiempo le habría exigido ma-

yor homogeneidad, al menos moral, nacional, sin que la región, la reducción y la parcialidad dejaran de existir.

El choque guerrero de la civilización incásica y de la civilización chileíndiana dió por resultado que de parte de la primera se satisficiera una necesidad psicológica, llenando una laguna social, denominando implícitamente al guerrero austral *enemigo*, araucano en quechúa. Es claro que el incásico no denominaba a la sociedad ni a la civilización, sino al núcleo, a sus invictos enemigos, aunque los aztecas y los tlascaltecas, más afortunados y más concedores, se dieron nombres generales, simbólicos, de concomitancia topográfica. Otras tribus, las de los alrededores o de más allá, por la imitación o el celo tan generalizado entre los primitivos, se daban a sí propios los nombres genéricos con que los sorprendió el protohistorialista.

Es posible que el propio chileíndiano no conociese el mote de *araucano*, enemigo, que le había dado el incásico, y el mismo sobrenombre que el protohistorialista sorprendió en una tribu fronteriza, más se debería a un capricho y no a que el indígena dejase de tener el suyo propio. Quizá la tribu que más atacó a la incásica y por la cual brotó el apodo, sería la misma que la tradición señalaba a los ojos del conquistador, y aunque tuviese como las otras su simbólica denominación topográfica o behetrífica, bien pudiera ser que la eufonía y el uso predominasen.

Si el ataque, lucha o batallas incásicas chileíndianaincásicas, hubiesen logrado estabilizarse, repetirse y prolongarse, creando un ambiente guerrero que luego habría provocado una profunda evolución social, el sobrenombre de araucano quizá habría resultado a la larga un motivo de orgullo y de prestigio para la sociedad tribal austral.

Pero el hecho de que no se alterase nada ni se produjese semejantes resultados, el sobrenombre dado a un grupo y dictado acaso por la rabia, el despecho y la irritabilidad, no puede en justicia transformarse y convertirse en nombre, en denominación nacional.

Si al constituirse y formarse ambiente guerrero, el conquistador y el protohistorialista siguieron la tradición y

continuaron llamando araucano al guerrero austral, las cosas eran muy diferentes y habían cambiado bastante. Ya no se trataba de encuentros parciales ni de grupos ni de tribus dadas. Se trataba de la sociedad tribal, que luego en el ambiente y más tarde con la estabilización en el proceso específico que operó, pasó dichos límites, evolucionó y llegó a perfilar la nación.

En tal caso sería Araucanía, así como la ciudad, con sus fuertes fronterizos, por una magnanimidad evidente, empezó a llamarse Arauco.

No importa que se siguiera llamando araucanos a los guerreros cuando éstos englobaban implícitamente la nación; pero en tal caso Araucanía podía considerarse un homenaje, desde el instante que una civilización superior conceptuase enemiga a la primitiva. No podrá alegarse equívoco, ni ignorancia, porque el mismo prehistorialista nos ha aportado los antecedentes para nuestras inducciones.

Aunque así haya sido, el proceso no deja de comprobar la alternativa de evolución en que se encontraba la sociedad tribal austral. De la misma forma que al niño que nace y va creciendo se le pone nombre, las civilizaciones primitivas, mediante la guerra, empezaron a dárselo como medio de diferenciarse nacionalmente y de comprenderse socialmente.

En la sociedad austral la anomalía evidencia que debido a la falta de interdependencia social, que en los primitivos casi siempre se ha manifestado en la guerra, no alcanzó a constituir la unidad política, como el azteca y el inca, por ejemplo, porque ésta se constituye del reflujo exterior.

Ante la vaguedad de los nombres de naciones primitivas y superiores, que a veces son los que menos comprenden a la civilización ni transparentan la acción social, el de araucano siquiera decía algo porque comprendía una condición fundamental de la sociedad tribal austral. Aunque al principio empezó a ser mote o apodo y la tradición lo aceptó como sobrenombre, después, la transformación social, de individual que había sido lo convirtió en colectivo y pasó a ser nombre genérico. Arauco, Araucanía, como se decía después, eran términos que encuadraban socialmente, y por ellos,

psicofilológicamente, se podría llegar a colegir la evolución que se empezó a operar. Más feliz que el azteca, el nombre ha representado una característica de la civilización chilindiana.

Pero aunque así sea, sociológicamente no es lo mismo. Ni al principio abrazaron la guerra ni después la guerra fué un fin, sino un medio, por no haber otra cosa, que con la consiguiente interdependencia los empujó a crear civilización. Que la guerra originase en seguida una industria, un arte, una mítica determinadas, no por eso se puede aceptar que el pensamiento, la voluntad, el afecto ejecutores, no fuesen sociales y sirviesen condicionalmente, como en etapa pacífica habrían servido de otra forma. Las sociedades primitivas también se transforman, y a veces, una guerra o una conquista les representa un minuto de actividad dentro del milenario conglomerado de energías colectivas.

Además, con la guerra se confunden hechos, cosas, tendencias, acciones y sentimientos que no le pertenecen y que en cualquier otra circunstancia, y aun aparte de la guerra, siguen manifestándose. Así, por ejemplo, los factores económicos, míticos, artísticos, comerciales, industriales, educativos, culturales, etc., cooperaron en la constitución y formación del ambiente guerrero, como antes lo habían hecho con el de paz, sin que por eso fueran la manifestación de uno u otro aspecto, sino una manifestación social, preadaptable y transmutable, pero sin perder ni confundir su fondo humano y eterno.

Por lo demás, la guerra es algo del pasado que aparece súbitamente, interrumpe la paz, no puede obviar las necesidades y condiciones pacíficas de explotación de la tierra, del pastoreo y de la pesca y después no se deja de retornar a ella. Entretanto, una sociedad tribal es una indefinida y simultánea coordinación que no podemos representar como una máquina, pues de poderlo ser la guerra representaría la pieza principal.

Una civilización primitiva, aun la misma chilindiana, tuvo que tener tanto o más de paz, de elaboración y construcción que de guerra.

De ahí que sociológicamente sea más justo renovar también la denominación y persistir en denominarlo chilindiano, porque así se comprende mejor la civilización, y parte del nombre comprende ahora, en la poderosa nación moderna que lo lleva, una de sus más profundas consecuencias, la predisposición afectiva moral y la herencia biopsicológica volitiva.

A través de la protohistoria y de la historia moderna, que ha tenido que seguirle en el esclarecimiento de los hechos, se advierte la constitución y formación del ambiente guerrero. Como la sociología no es historia ni crónica, no intentaremos entrar en detalles ni enumeraciones, sino más bien en hurgar las relaciones, simultaneidades y coordinaciones. Los protohistoriadores e historiadores son clásicos, y a veces no conviene recargar las citas. La historia indohispánica moderna está por hacer y la antigua exige cierta renovación. Por lo tanto, atendiendo al hecho sociológico solamente, dejaremos de lado conjeturas y suposiciones que se ha tratado de presentar como causa, hecho y finalidad sociales.

El ambiente guerrero chilindiano nace sociológicamente de un hecho de incalculables consecuencias y de vastísima trascendencia: el ahorcamiento de los presuntos destructores de un barco en las márgenes del Maule en la primera expedición de Valdivia y los suyos, luego de replegarse y volver atrás en 1544. No se sabe el número de ahorcados; pero debieron ser muchos porque los soldados españoles, con el escarmiento, buscaban sembrar el terror. Esta misma medida presupone la gravedad del peligro y la inminente amenaza y para que se echase mano de ella forzosamente tuvieron que mediar grandes hechos. El conquistador presentía su angustiada situación. El ambiente guerrero empezaba a dejarse sentir por las maniobras, asaltos y encuentros provocados por los chilindianos.

Con el ahorcamiento de chilindianos la horca empezó a ser un símbolo. La misma sogá que anudó la garganta de los patriotas indígenas, serviría para enlazarlos y anudarlos social y moralmente. Y así fué en realidad. Si no hubiera

resultado de esa manera, se habría requerido tantas horcas como chileindianos para quebrar la disciplina interna que surgía del ambiente guerrero.

A la trágica escena de las márgenes del Maule, siguió la retirada, la huida mejor dicho, y solamente después de seis años retornó el conquistador más animoso y mejor preparado que nunca. Esta fuga hacía insensato el ejemplar castigo, sólo justificado en el caso de tener que proseguir las operaciones. En tal caso tenía más visos de venganza y de despecho. Así mismo lo creería el chileindiano, y las mismas víctimas empezarían a proclamar la victoria más maravillosa de todas, la moral.

Psicológicamente, el ambiente guerrero estaba en germen y de la violenta tragedia surgirá como llamarada ardiente y destructora. La horca, instrumento luctuoso y fatídico, desconocido del chileindiano, sería con el tiempo uno de tantos símbolos que nos transparentarían algo del alma de aquellos tiempos, del soplo anímico que dominaba a los contendientes. El alma chileindiana debió haberse presentado más fuerte y más temeraria que nunca, y su arrojo y audacia serían mal vistas y consideradas como desacato e insolente provocación. La rabia y la arrogancia se darían de la mano y ganarían el corazón del verdugo, haciéndole dar un paso tan en falso que equivalía al reconocimiento implícito del enemigo. En el asedio de la ciudad de Santiago se arrojó a los indígenas las cabezas de los caciques que se tenía apresados. Fue un recurso tremendo y sombrío obligado por una situación más desesperante todavía y al que los hispánicos debieron acaso la vida y la victoria, pues como los indígenas peleaban por rescatar a sus jefes, decayeron al ver las cabezas de éstos.

En las márgenes del Maule las cosas pasaron en forma bien diferente, y en descargo de Valdivia debemos reconocer que la responsabilidad corresponde a uno de sus jefes, Villagra, que por su propia cuenta y riesgo tomó tan temeraria resolución. Es posible que el jefe conquistador lamentase después la escena ante los irremediables efectos que había de producir en el alma chileindiana.

Este hecho sería tal vez la causa de que Valdivia retrasara seis años el retorno, para el que se pertrechó como nunca lo había estado. Cuando volvió en 1549, más circunstancias habían cambiado favorablemente para él durante los seis años que habían pasado desde la tragedia espantosa. Los changos, michimalongos y promaucaes fueron vencidos fácilmente en los primeros encuentros y en vez de persistir en su oposición no tardaron en aliarse con el conquistador en su lucha con el chileindiano. Numerosos contingentes de indígenas formaban en la retaguardia española.

Después del lapso de tiempo transcurrido y gracias a las transformaciones operadas entre los indios, el conquistador se había hecho encomendero, y, por lo tanto, terrateniente, labrador, pastor, pescador, cazador y minero. La tierra, cultivada y sembrada en grande, había hecho nacer una industria poderosa, con toda la variedad, prodigalidad y eficiencia de civilizados superiores, introduciéndose multitud de semillas. La ganadería también era una industria, y la cría y reproducción de animales, sobre todo de caballos que tanto se necesitaban, empezaban a dar resultados maravillosos por la opulencia del suelo y la fertilidad y buena calidad de los pastos. Hasta las mismas minas de Quillota y del Norte, de Huasco, Copiapó y Andacollo, que al parecer hacían trabajar los incásicos, proporcionaban vastísimos recursos y elementos para pertrechos de guerra, y es posible que en dichas regiones, inmediatas a la cordillera y en donde los excesivos elementos se imponen con prepotencia, abundase el hierro magnético con el cual se incrementarían el armamento.

El tardo retorno se explica como medida de alta política de Valdivia. Ya había presentido lo que era el chileindiano y la tragedia del Maule vendría a recordarle a cada instante la magnitud de la empresa que echaba sobre sus hombros. De ahí que procurase primero tener a la retaguardia ciudades, campos, tierras, sementeras, industrias, comercio y todo ese inconmensurable dédalo de intereses, relaciones y

Aunque en los del Anáhuac hubiese mediado la psicología mítica, lo cierto del caso es que el indígena austral demostró un valor a toda prueba, superior a la terrible noche tormentosa y a los enfurecidos elementos. Psicológicamente el hecho confirma el esfuerzo sobreponedor contra la naturaleza madrastra, bastante intenso de por sí, ya que al tratar de oponerse al hombre no hacían caso de los elementos.

La preadaptación y acción reaccionadora contra los exacerbados elementos, explica y confirma que se opusiesen tan resuelta y serenamente al enemigo. La presentación en escuadrones compactos y cerrados revela una seguridad y dominio absolutos en el guerrero austral, que el civilizado superior consiguió gracias a la educación, al desarrollo de la energía y a la cultura.

Valdivia y los suyos, al atacar por primera vez a los habitantes de las márgenes del Bío-Bío, se vieron obligados a huir, y el mismo conquistador informaba que los chileindianos «atacaron en escuadrones compactos, como tudescos». Seis años después el mismo Valdivia observa igual fenómeno en la tremenda batalla de la noche del 22 de febrero de 1550, en la que el guerrero indiano malharató a su adversario, dejándole sesenta caballos heridos amén de que casi todos los hombres sufrieron contusiones y algunos heridas graves de larga curación. Esta batalla se llevó a cabo en los pantanos y ciénagas del Andalién, en el sitio donde hoy se levanta la ciudad de Concepción, y por la topografía de la ciudad, y al ganarse hacia ella, desde dos leguas del sitio donde los sorprendió el chileindiano, evidencia que el asedio, que se prolongó durante veintiocho días, fué desesperado, puesto que en las inmediaciones estaban los cerros y lomas, entre ellos el llamado ahora *El Caracol*, que debió servirles a los españoles de maravillosa defensa natural estratégica.

Veinte días después del sitio, que culminó con la aplastante y desesperada batalla de Andalién, el 12 de marzo de 1550, y antes de que transcurriesen los escasos días de aquel verano, los chileindianos atacaron al enemigo, que no estaba ya en el Andalién, actual Concepción, sino a seis

u ocho leguas, en plena costa, en donde se construyó un puerto en el mismo sitio en que está ahora Penco. Por estas maniobras, alternativas, cambios de campamentos y tenaz marcha hacia el mar, se advierte que Valdivia y los suyos pasaron momentos de suma gravedad ante el enconado ataque chileindiano.

En el puerto, a la vista del mar hosco y sombrío y ante el rumorero ensordecedor del viento, que a ciertas horas acrece más todavía en dicho lugar, el guerrero austral, siempre en escuadrones, pero no en tres, como en Andalién, sino en cuatro grandes divisiones, atacó el fuerte marítimo de Penco, casi inexpugnable por su posición estratégica. Circundado de montañas, Penco se asemejaría a una media luna, en cuyo centro emergería como hoy, pues no ha cambiado el medio físico, algo así como una protuberancia o espina dorsal en forma de cerro, que permitía al conquistador, sin bajar al llano, llegar a la playa.

Ante esta posición, milagrosamente estratégica, el soldado chileindiano, después de un mes de batallas, no interrumpidas de día ni de noche, emprendió una tremenda acción casi marítima. El mar, que no le sirvió mucho al indio de América para oponerse a la conquista, apenas comenzada la ruptura empezó a condicionar la grandiosa lucha austral.

El conquistador, o mejor dicho, el protohistorialista en este caso, que aun siendo juez y parte es el único que nos puede orientar sobre los resultados de la batalla del puerto, no nos dice nada de ella, y, cuando más, se limita a informarnos de que las pérdidas del enemigo fueron cuantiosas. Pero las suyas las silencio, así como las de los indios amigos: incásicos, changos, michimalongos y promaucaes que, desprovistos de corazas y de armaduras que apenas alcanzarían para el soldado blanco, debieron caer a montones bajo el arco y la macana del chileindiano.

Pero su silencio desaparece ante la elocuencia de los hechos. Dados los cambios de posiciones y de planes, la marcha de dos leguas más allá de donde proyectaban atravesar el Bío-Bío en balsas para ganar las lomas de las ciéna-

gas del Audalién, posesionarse de Penco y comunicarse por mar, es de suponer que la empresa fué peligrosa y que sus bajas debieron ser importantes, aunque no tanto como las de los chileindianos.

Por encima de las vicisitudes de la lucha, surge el hecho fecundo: la organización en escuadrones y en divisiones del chileindiano.

Ni en el Anáhuac ni entre los otros indios de América se vió semejante conquista moral, aunque los aztecas no tuvieron tampoco oportunidad de demostrarla. Bien pudiera ser que así como se habituaron a combatir de noche desde el primer instante, la organización en escuadrones fuese una adquisición psicológica austral y no una preadaptación, surgida y compelida por las apremiantes circunstancias, no una forzada imitación del momento, que cabría en los comienzos, pero no en el desarrollo de unas operaciones que exigían poseer grandes aptitudes. «Atacaban en escuadrones compactos, como tudescos», decía Valdivia, y claro está que esto revela organización y disciplina.

El indígena comunal, gregario y rebañil, psicológicamente no pudo pelear en escuadrones porque para ello se requería la experiencia, la educación, la aptitud para el esfuerzo y la lucha del chileindiano. El que había peleado brazo a brazo contra el medio físico sobreponedor en la más fecunda disciplina social, que predisponía a la acción individual, parece natural que se aprestase a combatir y se presentase en una forma tan segura, compacta y cerrada.

Tal sistema de combate no podía extrañar en el conquistador, que procedía de un medio civilizado; pero sí en gentes de un medio rudimentario, que en momentos decisivos, sin tiempo para prepararse previamente y sin haber tenido ocasión de copiar métodos ajenos, mostrábase organizados en escuadrones que luchaban con un valor y una audacia admirables en los primitivos, que sorprendieron al mismo Valdivia.

En el Anáhuac, por ejemplo, la existencia comunal y gregaria estaba sometida al autoritarismo y jerarquía imperial. Allí no era posible que de buenas a primeras se pre-

sentasen los indígenas organizados en escuadrones y presentando buen orden de batalla. Así es que al huir el conquistador de Méjico ante la marcha desfavorable del combate de Otumba, los aztecas le esperaron en un recodo del camino para atacarle en confuso tropel.

Entre los incaicos también se desconoció el hecho que comentamos y el sitio de Cuzco no dió ocasión más que para lanzar flechas desde lejos, impregnadas con materias inflamables para prender fuego a las casas.

La organización en divisiones y escuadrones es un signo muy apreciable en el chileindiano, superior, sociológicamente, al sitio y batalla de Andalién, y confirma que estaba en posesión de la necesaria disciplina social y de las mejores aptitudes.

En una sociedad tribal como la chileindiana se explica una organización militar, que no se habría explicado en el clan ni en la horda, puesto que exigía demasiada evolución primitiva, la selección de los más aptos y mejor dispuestos, con lo que se puede inferir el grado de apreciación de la individualidad a que había llegado el aborigen austral. Si el indígena había llegado a tener el peso y la medida en el comercio, con mayor razón pesaría y mediría el valor de los individuos para encargar a cada cual su cometido.

Combatir constantemente durante un mes sin alterar el orden de su formación en escuadrones, muestra la mayor aptitud y predisposición guerrera. Además, en tanto que en la conquista de América los indígenas más sobresalientes, los aztecas y los tlascaltecas, permiten la intromisión del soldado extraño en el propio territorio para atacarle luego, los chileindianos no le dejan franquear el gran río fronterizo, que cruzan a nado para combatir al enemigo que rechazan y persiguen hasta más allá del territorio colindante.

Atravesar de noche el anchuroso río a nado, con las armas en la boca, constituye una de las más imponderables hazañas de la conquista, y revela en los indígenas que todavía no conocían al conquistador, la más inquebrantable y valerosa decisión.

Al revés que los otros guerreros indígenas, el chileindiano

sale de su suelo y trata de cerrar el paso al enemigo, convirtiéndose de atacado en atacante.

Peleó porfiadamente contra un enemigo provisto de armas de fuego, él, que no había conocido el cobre y el bronce. Al principio creyó que el conquistador era el inca; pero al darse cuenta de que eran otros desconocidos los que llegaban, no se desanimó a pesar de la horrorosa mortandad que causaban en sus filas el hierro y el fuego. El mismo Valdivia confesó que a no ser por las armas de bronce, de cobre y de hierro, en vez de salir todos heridos hubiesen quedado muertos en el campo.

He ahí un hecho prodigioso que revela la magnitud de la psicología guerrera chilindiana, que apenas empezaba a perfilarse y que se pone de manifiesto con una tragedia tremenda, sin igual en la conquista de América.

Hacia ya más de un mes, desde que habían avistado las márgenes del Bío-Bío, que los soldados blancos no hacían más que defenderse con tesón de la enconada persecución del indígena. Sin haber podido atravesar el río, tuvieron que cruzar dos leguas hacia la costa para ganar las lomas y cerros de las ciénagas y lodazales de Andalién, siempre hostigados en forma vehemente y frenética por el guerrero indiano.

De Andalién, siempre al margen del Bío-Bío, y sin poder cruzarlo, llegan a la costa, al puerto, en donde desembocaba aquella anchurosa corriente de agua que se había alzado como una valla fatal e inaccesible. El Bío-Bío, el gran elemento que explotaron a su favor los chilindianos, tal vez llevase aquel verano más agua que nunca, y esto dificultaría la invasión. No se sabe tampoco, porque el prehistorista llegaba por primera vez, si la lluvia y la tormenta alentaron el denuedo y la intrepidez del indio.

Sea lo que fuere, lo cierto es que en el puerto de Penco, en presencia del mar, el conquistador continuaba siendo atacado. Hacia más de mes y medio que había intentado cruzar en balsas el río y todavía estaba en las mismas o peores condiciones, porque acaso el mar fué otro nuevo elemento condicional del chilindiano, que sabía nadar a maravilla.

La situación para Valdivia y los suyos tenía que ser desesperante, de vida o muerte. Si los ataques se prolongaban no le quedaría otro remedio que embarcar y regresar al norte, ya que era imposible vencer la temeridad, el arrojo y la audacia de los chilindianos.

De ahí que adoptara el monstruoso y supremo recurso que lo salvaría; pero que proclamaría la victoria inmarcesible del guerrero indígena austral. En efecto, tomando cuatrocientos prisioneros fueron mutilados en diferentes formas. A unos se les cortaron las manos, a otros los pies y las narices, y chorreando sangre los empujaron hacia sus compañeros. Valdivia, en su carta al monarca, informa con la mayor frialdad que se trató de doscientos prisioneros; pero otros escritos han dado la certeza a los historiadores modernos, entre ellos a Barros Arana, de que se trataba de cuatrocientos, y aun bien pudieran haber sido más.

En efecto, la monstruosidad suspendió las hostilidades, y el chilindiano, al retirarse a sus montes y ver a sus mutilados, comprendería con espanto lo que al iniciar sus actividades no había presentado; que el enemigo, por más atacado, perseguido y sitiado que estuviera no dejaba de tener en sus manos un recurso infernal. El pobre indio no sospechó que la guerra llegaría a tan monstruosos extremos. Valdivia y los suyos, por encima de las contingencias de la misma, veían con tristeza y con remordimiento que los chilindianos se alejaban al fin; pero no vencidos en buena lid, ni en batalla abierta, ni en combate rudo. Estaban en el infierno de la guerra y de cualquier modo había que escapar de la muerte.

Es posible que Valdivia y alguno de los suyos, que habían actuado en Europa y observado que guerreros de otros países habían echado mano de monstruosidades peores, creyesen que el chilindiano tendría con ello suficiente escarmiento. ¡Profundísimo error! Entre las civilizaciones superiores, algo gastadas y llenas de refinamientos, es posible que el apego a las comodidades y a los placeres de la existencia diesen más importancia a las monstruosidades y que el pánico contagiase a la muchedumbre guerrera. Pero en el

primitivo, sobre todo el austral, no sucedía lo mismo. Sin refinamientos, sin placeres y sin tener contaminada el alma todavía con la hipocresía ni el egoísmo, no detendrían su mirada en los doscientos o cuatrocientos mutilados. Triste cosa, sin duda; pero como ellos eran demasiado simpies y sencillos y ya estaban embriagados por la guerra, no había más que continuar, sin amilanarse ni desviarse por miramientos o preocupaciones, no olvidándose tampoco de aprovechar la tremenda y trágica lección. Los acontecimientos que se sucedieron al tercer verano, pusieron las cosas en claro.

El hecho fué que las hostilidades se suspendieron por parte del chileindiano, coronadas de manera gloriosa. En cierta forma el triunfo moral empezó a pertenecerle, ya que la monstruosidad frente al sitio y asedio y a la consiguiente suspensión de las hostilidades, de plano y en forma contundente, confirmó la potencia del guerrero indiano. De no ser por esto no se le hubiera aplicado castigo tan monstruoso y que, en tales circunstancias, más que castigo pareció la mezuquina salida de una alternativa trágica de vida o muerte.

El sociólogo piensa así porque la monstruosidad sólo sirvió de dilación favorable al conquistador, substrayéndose de un evidente peligro, sin que por ello el chileindiano suspendiese del todo las hostilidades, ya que se retiró y se contrajo a fraguar nuevos ataques más decisivos.

Si el triunfo moral era suyo, el conquistador, aunque no en su área territorial, había quedado siendo su enemigo y la amenaza más ostensible y cruda.

Los mutilados que llevaron la conmoción a la sociedad tribal entera, estarían ahí, en sus propios lares tan amados, para recordarle algo tremendo, ferozmente terrible. El enemigo también era poderoso y no había caído bajo los persistentes golpes del asedio, persecución y sitio de más de mes y medio. El chileindiano no dejaría de ver con asombro y espanto que un puñado de españoles pudiesen resistir tanto tiempo a la muerte con ánimo imperturbable. La lucha no cejaba y por ambas partes la contienda adquiría caracteres desesperados, y en tales circunstancias urgía cambiar de

táctica y retirarse a las montañas a meditar. Y así lo hizo el valeroso chileindiano.

La desgracia, la adversidad y el dolor dieron más dominio de sí mismo al luchador austral, retemplaron su alma y le hicieron ver claro el peligro, medir las consecuencias y relacionar las condiciones.

Había triunfado moralmente; pero todavía requería el esfuerzo supremo, insuperable, desbordante, para alcanzar el definitivo. El revés le había hecho abrir los ojos y forzado a calcular y a imaginar los riesgos y peligros.

En la forma que había empezado y seguía las hostilidades, no conquistaría el éxito. Demasiado había logrado deteniendo durante más de un mes y medio al enemigo fuera de su territorio, en ultrafrontera, en las márgenes opuestas del grande río divisor.

Aunque urgía cambiar de táctica, la forma inicial de ataque directo, cerrado y continuo, le había dado sin duda la oportunidad de tantear a su enemigo e idear la posibilidad de desarmarlo, aprovechándose de su ignorancia de la topografía del terreno y de sus humanas y naturales deficiencias y descuidos. Derrotados en la forma, pero triunfantes en el fondo por el arsenal de experiencia obtenida y acumulada, con el conocimiento pleno de la responsabilidad, se retrajo a sus ariscos y bruscos montes, en donde estos mismos le ayudarían en la altura y en el aislamiento a ver y a comprender mejor. Lejos de los sucesos, en la soledad montañosa que tanta confianza da al ser humano, el chileindiano recapacitaría y hasta ingeniaría nuevos rumbos, como se vió más tarde.

Desde la monstruosidad del puerto de Penco, al suspender los chileindianos las hostilidades empezaron a poner en práctica un designio trágico, replegándose al mar y a la cordillera y dejando los valles de fácil acceso libres para que el conquistador se precipitara tranquilo y confiado, tal como lo había pretendido al principio. Aunque los pequeños valles estaban cultivados y en ese verano debía de hacerse la recolección, los abandonaron del todo para avivar mejor la curiosidad y los deseos del enemigo.

El conquistador no tardó en penetrar en el área territorial chileindiana, sin que al principio viese por ninguna parte asomos de vida. Los indígenas se alejaban y escondían de intento, y Valdivia y los suyos, en los veranos de 1551 y 1552, empezaron a talar las sementeras, penetrando más hacia al interior y persiguiendo a los aborígenes.

En el recogimiento de los montes y en tanto el conquistador le buscaba para hacerle trabajar y que al no encontrarle talaba los campos, es posible que el chileindiano tomase la resolución de esperar, de aguardar a que el conquistador estuviese dentro y empezase a fundar ciudades y repartirse la tierra como ya lo había hecho en los territorios changos, michimalongos y promaucaes. De esa manera, la situación cambiaba por completo para él, y en vez de ir a buscar al enemigo como había hecho, en adelante procuraría que se presentase en circunstancias más favorables. Entonces, no sólo estaría en su casa y tendría a la mano todos los laberintos y enrucijadas de la montaña, sino que la sociedad tribal entera, la nación, se vería obligada a socorrerle, a ayudarlo, a sostenerle.

En realidad, entre los changos y michimalongos principalmente, el conquistador había fundado ciudades como Santiago, la Serena y Quillota, en donde se habían disgregado y repartido los soldados y en donde no todos los pobladores hispánicos estaban reunidos tampoco, puesto que las labores del campo les obligaban a diseminarse. Si esto pasaba en la ultrafrontera, el chileindiano comprendería que en su territorio el conquistador no tardaría en hacer lo mismo, y en tal caso era tenerlo en la boca del lobo, puesto que distanciados por largas jornadas, que no podían salvar fácilmente los caballos, y repartidos en ciudades y fuertes, les sería más fácil atacarlos.

De conformidad con lo previsto por los chileindianos, Valdivia y los suyos empezaron a hacer lo que habían hecho más al norte, y más le hubiera valido no haberlo hecho porque las hostilidades estaban en suspenso. Engañado por las apariencias se apresuró a fundar fuertes y ciudades y cometió errores que ahora nos parecen realmente monstruosos.

Se justifica que al otro lado del río fundase Concepción a consecuencia de la resistencia chileindiana y por tener un puerto capital. Se justifica, también, que fundase el fuerte y ciudad de Arauco, inmediata a la costa, porque al menos, desde Concepción, podría comunicarse por mar, aparte de que no distaría más de treinta leguas una y otra; pero de ninguna manera se justifica que fundase Valdivia y menos Villarrica. Aunque la primera estaba en la costa, como Arauco, quedaba demasiado lejos de Concepción, y los barquitos de vela no eran suficientes para garantizar la rápida navegación. Lo descabellado de su fundación salta a la vista. La fundación de Villarrica, situada en la falda de la cordillera, es todavía más extraña, puesto que el único medio de comunicación con ella, que quedaba demasiado apartada, sería la cabalgadura y de ésta no se habían obtenido más que resultados precarios por la dificultad del terreno y la consiguiente falta de repuestos de herraduras para hacer frente al excesivo desgaste.

A más de cien leguas de Concepción, al sur, en el corazón del área territorial chileindiana, quedaban Valdivia y Villarrica, y no contento con estas audaces y temerarias fundaciones, fundó en la falda oriental de la cordillera de la costa el fuerte de *Tucapel*, y a unas quince o veinte leguas más al sur, por las inmediaciones, el de Purén, y por los alrededores la ciudad de Los Confines o Angol.

Eran inconcebibles esas fundaciones en el propio territorio chileindiano, al cual se había entrado no en son de paz sino después de las reacciones que motivaron las monstruosas mutilaciones de Penco. El ataque, asedio y persecución durante mes y medio en la ultrafrontera, debieron ser suficiente advertencia para pensar que si el indígena había logrado semejante resultado lejos de su tierra, con mayor razón lo obtendría estando en la suya y siendo ésta tan montañosa y predispuesta al ataque inesperado.

Seis fundaciones hicieron Valdivia y los suyos en la primavera y verano de 1551, 1552 y 1553.

En realidad resultan excesivas si atendemos que a la espalda, ultrafrontera chileindiana, las fundaciones no llega-

ron a ese número, y aún contaron con tres condiciones para ello: la primera, que los changos y michimalongos y promaucaes no estaban tan adelantados como los chileindianos; la segunda, que la mesología no favorecía tanto a los naturales como al indígena austral para oponerse al enemigo, y la tercera que se consiguió la pacificación urdiendo la conspiración contra el chileindiano y quizá con la promesa de botín y de presa y de que una vez que fueran sometidos ellos quedarían libres.

Dígase lo que se quiera, tales fundaciones, no obstante los primeros grandes desastres e incitaciones de levantamientos, fueron en realidad profundos errores que no tardaron en aprovechar los guerreros indígenas. Errores y mayúsculos desde el instante que no obedecían a un objeto práctico ni a ninguna exigencia.

Psicológicamente, bien pudiera obedecer a una extraña e inconcebible táctica, ya que es posible que el conquistador pensara que repartiéndose el territorio y formando una especie de círculo o cordón, no tardaría en obligar al indígena a que se concentrase, supuesto que cada vez se apartaba y retiraba más aprovechándose de la infinita fragmentación, división y accidentes de los montes. Si el designio fué ese, hay que convenir que dió resultados completamente opuestos, obligando al chileindiano a disgregarse más, con lo cual toda reducción en grande era imposible, y al dividirse, subdividirse y fragmentarse los mismos españoles se exponían a las más terribles consecuencias.

Por otra parte, el indígena no podía vivir ni sostenerse mucho tiempo lejos de su campo, y la existencia en las montañas de áspera fragosidad tampoco podía prolongarse demasiado. Ya llevaba dos años desde la tragedia de Penco, que trajo por consecuencia la suspensión de las hostilidades; y su existencia azarosa, errante, penosa no la podía sufrir, él, que amaba tanto su casa, su suelo y los suyos y que había vivido tan apegado al suelo. Acaso vagar como un animal, lejos y sin el afecto de los suyos y junto a tanto abismo, tornasen torva su alma. Aquella vida no la podría soportar más. Había soportado hasta lo indecible y sufrido

entrañablemente viendo desde lejos, al aguaito, como un criminal, que el enemigo profanaba su territorio, destruía su casa y sus sementeras y que algún que otro soldado lascivo abusaba de sus hijas, mujeres y madres.

Es probable que tanto dolor, tanta lucha, tanto padecimiento hiciesen madurar la ternura en el alma aborigen austral y que jamás como entonces se sintiesen más cerca y más hermanos, fraguando planes en comunidad y adoptando decisiones tremendas.

Quizá pensarían que ya no habían podido vencer por la fuerza al conquistador, tratarían en adelante de vencerlo por la debilidad, aprovechando sus errores y sacando partido de sus fracasos y sus vicios.

Al verlo no tan compacto como cuando lo atacaron durante mes y medio sin tregua ni cuartel en la margen opuesta del Bío-Bío, dividido y disgregado en las siete ciudades o fuertes, además del Lavadero de Quilacoaya, en las inmediaciones de Concepción, comprendieron que la ocasión se presentaba. Además, las mujeres y los trabajos de la tierra preocupaban de sus deberes al guerrero enemigo, y éste ya no era como antes, cuando sólo atendía a defenderse a sangre y fuego, lo que, después de todo, resultaba mejor para él.

La sublevación estallaría más fuerte que nunca, aguzada por los sufrimientos del vivir errante y oculto, por la destrucción de sus hogares, de sus útiles de trabajo y de sus campos, tanto más si la cosa se presentaba mejor que antes, porque ya no había vacilaciones, resquemores, ni reticencias ni contemplaciones y un sordo clamor se levantaba de la sociedad tribal entera, herida en lo más hondo, en su ideal de independencia, en el amor de sus mujeres y de sus hijos y en las exigencias económicas, en los intereses terrenos.

No en la primavera, ni al principio ni mediado el verano, sino al finalizar éste, cuando por la abundancia de frío, humedad, lluvias y tormentas las armas de fuego y las cabalgaduras funcionarían menos y peor, hicieron correr entre ellos la flecha ensangrentada, símbolo de declaración de guerra. Los días escogidos no pudieron ser mejores; ni

demasiado desfavorables para los hispánicos ni favorable tampoco si, después de todo, había que dejar alguna salida al enemigo. Si la declaración se hubiera hecho en invierno no habría dado los resultados que se esperaban, porque el grueso del enemigo no podría haberse movilizado ni podido cruzar los ríos caudalosos, ni soportar las tormentas espantosas, y, por el contrario, si en pleno verano o en primavera, la época les habría favorecido a los otros.

Por el cálculo de la estación en relación con los efectos que el clima produciría en el enemigo, se logra inducir que el chileindiano hizo correr la flecha cuando ya había madurado un plan, elaborado todo un formidable sistema, que por las circunstancias y la ejecución, revelan cuán grandes eran sus aptitudes mentales. No se podía esperar menos de una sociedad tribal de cierta cultura, cuyas preadaptaciones e invenciones hacían apta para las mejores combinaciones guerreras primitivas.

Ya en pie de guerra, el chileindiano no atacó de golpe como en el asedio, persecución y sitio que culminó en Pen-co. La táctica había sufrido una profunda transformación, y aunque las ciudades y fuertes estaban guarnecidos por poca gente y fácilmente pudieron dar cuenta de ella, no los atacaron al principio y esperaron a que se les presentase la ocasión. Si hubiesen empezado por ahí habrían fracasado irremediablemente. La consigna era otra y acaso discurrieron primero el todo y en seguida las partes, ya que ellos sabían que Valdivia y el grueso de su ejército estaban en Concepción.

Como no podían atacarlo en sus propios reductos, pusieron en práctica ardidés que les dieron mejores resultados que atacar de frente. Simultáneamente empezaron a simular que atacaban todos los fuertes y ciudades, dando espacio y tiempo a los supuestos sitiados para que corriesen unos en busca de otros; pero no dejándoles llegar adonde estaba el jefe, para que así se atemorizasen recíprocamente. Atacaron con fuerza e ímpetu al fuerte de Tucapel y disimuladamente dieron salida a uno que otro soldado, que corrió enloquecido a Concepción. Se induce tal cosa de lo que acon-

teció después. Valdivia y los suyos se sobrecogerían de espanto al principio, y como pudieron se pusieron en marcha desde los Lavaderos de Quilacoya en socorro de los sitiados.

A la salida, no vieron en ninguna parte a los chileindianos, y Valdivia y los suyos caminaban a marchas forzadas, a la desesperada. Es posible que los indígenas también previesen el cansancio que llevaban y que hacía más angustiosa su situación. Aunque Valdivia presintiese que todos los fuertes y ciudades serían atacados a la vez, la astucia indígena, simulando un formidable ataque a *Tucapel*, le hizo creer que ese era el sitio de mayor peligro, y valerosamente se dirigieron hacia allá. La maniobra chileindiana iba a dar los resultados esperados.

En efecto, para llegar Valdivia y los suyos al fuerte de Tucapel, tenían que repechar forzosamente la falda oriental de la cordillera de la costa y llegar a las últimas graderías en donde se extendía una meseta o loma, que presentaba por el frente un suave declive que no dificultaría gran cosa la subida del ejército de socorro.

Cuando Valdivia y los suyos estaban en la meseta o loma, acorralados como fieras y estrechados contra la montaña más fragosa de la región, los chileindianos irrumpieron gritando su terrible *chivateo*, casi la misma gritería azteca que tanto confundía a los hispánicos.

La posición estratégica chileindiana no podía ser mejor. Conocida por ellos como la palma de la mano, presentida y adivinada en sus más ínfimos detalles, les presentaría una ocasión única, tanto más cuanto que al contrario de la primera vez, sorprendería desprevenido al enemigo, fragmentado, subdividido, con perfecto conocimiento de las fuerzas que en realidad representaban, porque lo había visto pasar hasta tenerle acorralado, al alcance de la mano.

En realidad, el terreno fué escogido con maravilloso golpe de vista, lo que revela el ingenio chileindiano.

Tucapel se levantaba en una serie de colinas y sus laderas más accidentadas se extendían hacia el oeste con mayor vigor. Al pie de las colinas y laderas, en la parte baja, quedaba el río, única abertura que podían haber tenido los con-

quistadores. Cerrada por una división de chileindianos bien armados, el enemigo quedó dentro, como en una jaula, acaso más terrible que las de las fieras, porque las cumbres de los montes apenas eran alcanzadas por la vista. El sitio escogido para la batalla fué la planicie de costado más inaccesible, a fin de que la cabalgadura resultase poco menos que inútil y con el objeto de cerrar la abertura que formaba el río, en cuyas partes bajas y por estar aún en la estación del verano formaba ciénagas y pantanos como en Andalién. Aquí se situó un formidable escuadrón. El enemigo, al querer escapar por una salida de la montaña, provocó una ingeniosa maniobra, haciendo que el chileindiano diese la señal convenida, una fogata, para que el escuadrón apostado en tal punto se aprestase a cerrarle el paso.

Pero por encima de la admirable estrategia montañesa, sociológicamente habría que reparar en el sistema, en el plan o combinación del guerrero indígena. Así como había cambiado de táctica no atacando de frente las reducciones de los fuertes y ciudades y empezó a maniobrar para que en calidad de refuerzos y de socorros llegasen el jefe y los principales conquistadores, de la misma forma, en la batalla célebre de Tucapel, ya no atacó tampoco, sino que esperó con paciencia y serenidad imperturbables a que el enemigo se presentase y en tal forma poder cogerlo sin defensas ni escapatorias, confuso, atolondrado por el asedio pertinaz que tendría que operarse apenas llegase a la posición escogida.

En realidad, es una evolución militar y psicológicamente equivalió casi a una madurez del ambiente guerrero primitivo. No se trató ya de un ataque armado, con la fuerza ciega del animal, confiándolo todo al acaso, a lo fortuito, sin haber hecho muchas combinaciones como al principio en las márgenes del Bío-Bío. Se trataba de un cambio de escenario, el río famoso y el mar, y de una mayor complicación en la táctica, habiéndose la profundizado, y, por consiguiente, variado los recursos y multiplicado las reservas y seguridades. En la evolución pasaba a ser la montaña el primordial elemento estratégico, y si antes la estrategia no había aparecido o no se le dió la importancia debida, ahora empezaba a con-

siderársela un factor indispensable. Más fuerte en los apropiados elementos físicos, es indudable que también lo era en inteligencia guerrera, desde que logró relacionar las causas y condiciones externas naturales y las combinó y las adaptó a singulares e ingeniosas maniobras.

En efecto, el guerrero chileindiano ejecutó un verdadero plan y al empezar la batalla tomó muy en cuenta serios factores psicológicos, como la proporcionalidad, la graduación y la simultaneidad, aparte de las posibilidades y peligros. Así, por el protohistorialista, se le ve escoger primero una planicie rodeada de abismos, en donde el enemigo tenía que ser estrechado o caer en el vacío, y en tal forma la cabalgadura bien poca acción alcanzaría a desarrollar. Al conquistador se le dejó bordear y subir la cordillera y en cuanto se le vió llegar a la arriesgada y satánica planicie se le atacó simultáneamente, tratando a toda costa de cubrir y defender la bajada o salida.

En el ataque también se introdujo otra notoria modificación y aunque siguieron oponiéndose en escuadrones, los asaltos empezaron a ser graduales y los asaltantes se renovaban de vez en cuando, al vérselos ya causados. Al revés de lo sucedido en las márgenes del Bío-Bío, del Andalién y de Penco, en el asedio, persecución y sitio de mes y medio en que atacaron de frente, y cuando más por uno u otro costado, en la batalla de Tucapel, aprovechándose de la situación ventajosísima del terreno, escogido al efecto, atacaron en forma de cuadrilátero.

Además, comprobaron de manera clara y rotunda que no querían destruir de golpe al enemigo, sino cansarlo en una serie de simulacros y ataques para así vencerlo con más seguridad y sacar partido del consiguiente anonadamiento.

Al desastre de la batalla de Tucapel y a la destrucción del fuerte del mismo nombre, siguieron simultáneamente la de las ciudades y fuertes de Valdivia, Villarrica, Purén, Los Confines y Arauco. Las seis ciudades fueron arrasadas y los soldados y familias que no murieron lograron huir milagrosamente a Concepción, y de aquí, al norte, a Santiago.

En la conquista de América las armas europeas no ha-

bían experimentado tan grandes desastres, y si en la huida de Méjico, en la noche trágica en que fueron cortados los puentes, sufrieron un inmenso revés, nunca las pérdidas fueron tan grandes e incalculables como ahora. Seis ciudades destruídas, los esfuerzos colectivos en la fundación y formación de la industria y el comercio agrícola y ganadero superior reducidos a la nada y todo el indomable afán civilizador de centenares de familias y de más de mil españoles desaparecía sin muchos resultados. En realidad, el desastre no solamente alcanzaba al jefe, a los principales caudillos y al gran número de soldados caídos en el campo de las acciones horrorosas; representaba, además, la destrucción de un solo golpe de la civilización superior que empezaba a cegar raíces y que tantos sacrificios y trabajos costaba preadaptar.

Entre los aztecas, por ejemplo, el desastre hispánico se produjo al huir y más por debilidad, torpeza y temeridad de aprovecharse de la noche creyendo despistar a los indios y pasar sin contratiempo por los tres o cuatro puentes que cubrían el lago, las lagunas y los canales, en tanto que los chileindianos no ocasionaron desastres de tal magnitud a ejércitos en fuga, sino a ciudades y fuertes, a toda una colonia, al grueso del ejército y aun a los propios jefes.

Además, en la batalla cordillerana de las inmediaciones del fuerte de Tucapel, en una sola acción perecieron más hispanos, incluso el mismo gobernador, que en el sitio y conquista de Méjico que duró setenta y cinco días, y los aztecas, aunque vieron morir a consecuencia de una pedrada al emperador Moctezuma, al hermano que le reemplazó y a los principales jefes, no lograron abatir al enemigo al ocasionar la muerte de algunos jefes superiores.

En realidad, la batalla de Tucapel, sociológicamente fué la más grande que sostuvieron los soldados de España en toda América, y el mismo sitio de Tenotitlán no puede oponerse, puesto que el del chileindiano fué un plan, un sistema más vasto, una combinación mucho más complicada. Mientras que los aztecas asumen una actitud preferentemente defensiva, los chileindianos, por el contrario, adop-

taron la opuesta desde el principio. En vez de permitir mediante los magnates y palaciegos la entrada amigable del enemigo, el guerrero austral pasó la frontera y de noche y a nado cruzó el inmenso río Bío-Bío, en previsión y resguardo de su patrimonio territorial, y luego de vencer no se replegó, como el azteca, a la capital, en el sitio que trajo por resultado la conquista definitiva, sino que simultáneamente se dispersó por todo el territorio, asediando y sitiando a las ciudades y fuertes. En vez de sitiados fueron sitiadores y debido a un plan vastísimo que requería disciplina, organización, valor, voluntad, tenacidad y decisión indomable, en menos de lo que duró el sitio azteca arrasaron ocho ciudades y fuertes y se enseñorearon de la colonia que había costado tanto trabajo fundar. Además, la entrada del enemigo al territorio, en forma opuesta a la conocida en los aztecas, se debió más a las circunstancias y a sombríos designios que no tardaron en poner en práctica desde que suspendieron las hostilidades en la ultrafrontera, retirándose y ocultándose a los montes, sin que por eso no llegasen a concebir y a concertar el vastísimo plan que tan buenos resultados les dió.

En la sociedad tribal chileindiana, además, debe principalmente considerarse que no habiendo conocido los metales, no pudo, al revés del azteca y demás indígenas americanos, valerse del arma metálica. Apenas tendrían armamento forjado a base de punta de eolito, huesos de animales, león, lobo marino o *chillihueque* o conchas de mariscos tan resistentes como las de los choros y tacas, que aún se dan en los mares del sur.

Este hecho sociológico es de gran importancia y revela la inferioridad de las armaduras chileindianas frente a las del conquistador.

En efecto, no deja de sorprender profundamente que al arma de fuego, de acero y de hierro, al arcabuz, a la espada y a la lanza del soldado de la civilización superior, el chileindiano opusiese tres o cuatro armas de madera, de *voige*, de puntas y elementos de piedras o de huesos de fieras y de alguno que otro animal domesticado. La sorpresa tiene

que ser doblemente mayor por cuanto el chileindiano, no obstante semejante anomalía, ocasionó tan decisivos reveses y desastres al invasor.

El sociólogo piensa en lo que habría sido tan encarnizada y terrible guerra de tener el indígena austral armas metálicas, puesto que no debe ignorarse el papel esencial del arma de acero o bronce, sobre todo entre los chileindianos y los hispánicos que, por peculiares exigencias mesológicas, por la infinidad de montes, accidentes y fragmentaciones de la montaña, a pesar del caballo, tenía que acabar la lucha cuerpo a cuerpo.

La falta de armaduras metálicas fué vencida y reemplazada con creces por la decisión, el empuje, el tesón, el valor y la audacia del guerrero indiano, y ello hace presumir las más serias y notorias aptitudes y tendencias.

Días después de la de Tucapel, el 23 de febrero de 1554, se dió la batalla de Marihueñu, en plena montaña, en un terreno de áspera fragosidad. Los ciento ochenta europeos, casi todos los que habían escapado y paulatinamente se iban retirando a ultrafrontera, en especial de la ciudad de Los Confines (Angol) y los fuertes de Imperial, Purén, Arauco y quizá de más al sur, Valdivia y Villarrica, ganaban el camino más difícil y escabroso, aunque más inmediato, la espantosa cordillera de la costa. Llevaban seis piezas de artillería y enormidad de *yanaconas*, amigos y aliados incásicos, changos michimalongos y promaucaes.

Al igual que en Tucapel, los chileindianos escogieron de antemano el terreno y no irrumpieron hasta que el enemigo blanco hubo ganado determinada posición. Sólo entonces dieron señales de vida.

Marihueñu era el sitio cordillerano que media ahora entre Larraquete, un poco más al sur del puerto de Lota, y Curanilahue, y formaba en la cumbre una planicie que tendría «hasta un tiro de ballesta». Por sus cuatro costados esta reducida planicie estaba cortada por laderas fragosísimas, en las cuales de poco serviría la cabalgadura, ya que las quebradas profundas, los precipicios, los despeñaderos que la circundaban, no serían más que tumbas abiertas.

El enemigo quedó realmente acorralado, más que en Tucapel, y apenas tenía dos salidas, una hacia los espantosos despeñaderos rocosos del mar y la otra hacia una empinada y tortuosa cuesta que conducía al plano que ligaba con el camino a Concepción.

Los chileindianos, en tanto avanzaba hacia la cumbre el enemigo, porque por allí tenía que pasar, echados en el suelo y escondidos en el bosque montañoso esperaban con sigilo, seguros, como en Tucapel, del triunfo y esperanzados de que las laderas inmediatas, en sus infinitos accidentes, les daría refugio en lo más duro de la pelea y así desviarían el golpe mortal del enemigo.

Apenas se presentaron los soldados conquistadores el ejército indígena irrumpió al estentóreo grito de su *chivato*, trabándose la batalla más satánica que registra la conquista americana.

Si en Tucapel se había sabido elegir el terreno, con maravilloso golpe de vista, en Marihueñu las circunstancias de la lucha forzada coexistieron con la certeza del guerrero para escoger la mejor posición.

Pero no quedó ahí la innovación, sino que introdujeron de hecho dos grandes cosas que tampoco se habían conocido en forma semejante en la conquista del Nuevo Mundo: la mujer, el niño y el lazo.

En efecto, las mujeres de los combatientes, que serían una enormidad, puesto que dieron la impresión de un ejército, armadas de lanzas se situaron en la loma de enfrente, en uno de los precipicios vecinos. Solamente al mediodía se acercaron al campo de batalla y aunque estarían designadas para la retaguardia, no por eso dejaron de dar a los europeos la impresión de un ejército hecho y derecho, que de vez en cuando se movía, maniobraba y seguía atento las peripecias del combate sin igual.

Aunque en el sitio de Méjico participaron algunas mujeres, nunca lograron constituir un ejército ni cooperar, aun con la simulación, al éxito total, tanto más si se toma en cuenta que se trataba de un ataque en el cual alcanzaron completa victoria.

Además de las mujeres, los niños, en grupo numerosísimo también, participaron en la batalla al lado de la madre, de la hermana o de la tía y quizá de la abuelita misma. En toda la conquista americana no se encuentra otro episodio tan conmovedor como el de los niños chileindianos que corrieron a derramar su sangre en defensa de la patria.

El hecho de que participase la niñez ya es de la más alta significación social, puesto que solamente entre los calchaquíes, de las estribaciones cordilleranas norteargentinas, se vió maravilla igual. En la batalla de Deteium, mientras la plaza se rendía, las mujeres y los niños habían sido conducidos más allá del campo de batalla; pero al darse cuenta de la indecisa y prolongada lucha, sesenta indiecitos calchaquíes, al parecer incitados por sus madres, se acercaron marcialmente organizados al fuerte con arcos y flechas y con algunos arcos. Llevados ante los jefes conquistadores rogaron por sus padres y abuelos y evitaron que la hecatombe adquiriera mayores proporciones.

Aparte de la mujer y del niño, el chileindiano introduce el lazo, la terrible arma guerrera que usaba contra la fiera y que tan buenos resultados debió darle en la cumbre bordeada de precipicios, quebradas y despeñaderos.

En efecto, el chileindiano, mediante el terrible nuevo elemento, enlazó a la mayoría de los conquistadores, y algunos fueron precipitados contra los hoscos despeñaderos del mar o de las sombrías quebradas.

La victoria que se alcanzó, tanto o más decisiva que la batalla de Tucapel, porque fueron un poco más de la mitad, noventa y seis guerreros blancos los que cayeron en el campo, se debió en gran parte a la nueva arma, sin desconocer por ello la ventaja excepcional que le prestaba Marihueñu.

La aplicación o invención del lazo como arma guerrera psicológicamente representa el dominio de facultades y aptitudes de una nación indígena para alcanzar a discurrir, preadaptar y crear multitud de elementos. Tanto es así que al aplicarse el lazo simultáneamente se aplicaron procedimientos obstaculizadores para la marcha de los caballos y de la infantería, valiéndose de empalizadas y árboles

enormes, imposibles de remover en los riesgos de la huida y en la fatiga del combate. Si se recuerda que desde la terrible planicie de Marihueñu, en donde se trabó la batalla, yendo para Concepción, no le quedaba al hispano otra salida que una empinada y tortuosa cuesta, ya cualquiera imaginará cuánto ayudaron al éxito final los obstáculos sugeridos y aplicados exprofeso.

Después del combate de Marihueñu, que ocasionó en los europeos casi el doble de las víctimas que se experimentaron en el sitio y rendición de Méjico, que duró setenta y cinco días, los chileindianos, iracundos y arrogantes, se dirigieron a la ultrafrontera, vadearon el Bío-Bío y aunque la ciudad había sido abandonada la víspera, no por eso dejaron de destruir e incendiar Concepción el 25 de febrero de 1554.

La capital política no escapó tampoco a los horrores de la guerra y del desastre.

El éxito envalentonó a los chileindianos y les aportó un recurso psicológico estupendo. Las dos batallas de Tucapel y de Marihueñu, decididas a su favor, tuvieron que ser en adelante el mejor estímulo, la mejor fortaleza moral de la nación indiana. Con ellas habían alcanzado algo que no tenían, el prestigio por una parte y por la otra la experiencia que con el conocimiento y las impresiones recibidas tuvieron que aportar mayor seguridad y más confianza en las propias fuerzas. Moralmente era algo maravilloso que jamás dejaría de influir en los designios guerreros indígenas.

Pero no hay que olvidar que el éxito obtenido costó más de lo que pudiera presumirse, atendiendo el resultado de las simples batallas.

En los dos años que siguieron a las victorias de Tucapel y de Marihueñu y a la despoblación y desastre enemigos, se sintió el hambre y la fiebre hizo su fatídica aparición.

Es muy probable que el hambre se debiese a que las mujeres y los niños, que antes atendían a la labranza, a la ganadería y a la pesca, habían también marchado a la guerra en el impulso generoso e incontenible de acabar de una vez por todas con el enemigo; ellos, tan previsores, no olvidaron

las necesidades, porque eso no podría concebirse, sino que se verían obligados a dejar de la mano las sembraderas para reforzar con mayor ímpetu el ataque tremendo.

¡La victoria al precio del hambre!

En toda la conquista americana no se sabe de otro heroísmo y martirio colectivo.

Y como si el hambre fuera poco, débil precio de la victoria, se descolgó sobre la nación indiana la terrible fiebre que ellos llamaron *chavalongo*. Fueron tales los destrozos que diremos solamente que por entonces apareció tal inmensidad de ratones que cubrían las casas y los caminos de las inmediaciones. Es posible que la carnicería atroz, la matanza interminable, cubriese el suelo de cadáveres, y que debido a las pantanosidades, lluvias y calores del verano se descompusiesen en demasía. Es probable, también, que la fiebre ganase a algún soldado conquistador, que sumido en los lodazales o en las ciénagas, o cubierto de lluvias, de temperatura, tan comunes en la zona austral, se ahondase el mal y no tardase en contagiar a los indios amigos y aliados. Como éstos, al igual que el aborigen austral, no la conocían, la falta de inmunidad y el contagio la harían cundir en ellos, de los cuales pasaría a los chileindianos. El desconocimiento de éstos para echar al principio mano de elementos de curación, convertirían al *chavalongo* en un azote.

El protohistorialista expone que a consecuencia de la fiebre, al parecer de viruelas, la mortandad fué realmente inmensa, tanto o más de la que había caído en los campos de batalla. ¡Pobre chileindiano! ¡A qué precio tuvo que cosechar el fruto de sus grandes esfuerzos! Hasta la victoria debían llorarla, puesto que se confundía con el hambre y la peste, y quizá por eso la atmósfera era tan húmeda, porque las lágrimas chileindianas la habían humedecido demasiado.

Después de todo, ya no cupo duda ni confusión, puesto que por encima de la sociedad tribal se trataba de una guerra nacional.

El dilatado campo de acción que comprendía el ataque simultáneo a toda el área territorial en donde en forma de

cuadrilátero el enemigo había levantado sus fuertes y ciudades, demás lo hacía inducir. Es claro que ni una tribu ni un butalnapu determinado habrían sido capaces de echar sobre sus hombros la magnitud de la empresa.

La participación de mujeres y niños por las exigencias tremendas de los hechos, lo más apartado, escondido y atrasado de una nación, sociológicamente está proclamando que ya no se trataba, como al principio, en la ultrafrontera, en las márgenes del Bío-Bío, de encuentros de los más hábiles y dispuestos guerreros de las diferentes tribus, de lo más escogido de la sociedad tribal, sino de algo más vasto, de la nacionalidad, desde el instante que hasta las mujeres y los niños tomaban su parte.

El plan de maniobras y los recursos para el ataque y defensa puestos en práctica, hacen pensar al sociólogo que no se trataba sólo de derrotar al enemigo, sino más bien de conciliar el éxito simultáneo y total, como aconteció, para así ponerse a riesgo de las futuras contingencias y alcanzar la seguridad, la independencia nacional con la completa y definitiva derrota del enemigo. Psicológicamente, con un vasto y complicado plan, tendrían más esperanzas de despejar el suelo de la patria y entregarse, libres y desembarazados como antes, a sus cotidianas labores.

El triunfo chileindiano presupone un plan y tales recursos que sin el concurso espontáneo y simultáneo de la nación no se habrían alcanzado, y de ahí se deduce que forzosamente tuvo que haber ambiente para ello.

El ambiente guerrero chileindiano fué la secuela obligada del aporte nacional, del concurso colectivo, ya que la guerra sólo pueden hacerla las muchedumbres aptas. Pero lo extraño es que se manifestase esta aptitud en la sociedad tribal constituida por los chileindianos, que no tenían, como el azteca, el inca y el tlascalteca, la organización, ni la tradición, ni la psicología míticoguerrera. No cabe duda que para resistir esporádicamente al inca, ciento cincuenta años antes de que llegaran Almagro y los suyos y después a estos mismos y a los soldados de Valdivia, se requería la organización guerrera. Ésta no podía existir sin la estabilización

que predispone el ambiente, y entre los aztecas, los tlascaltecas e incásicos hubo ambiente guerrero, y de ello buena prueba nos la aportan el Imperio, la República y la Confederación.

Entre el chileindiano no hubo ambiente y solamente empezó a formarse con la segunda aparición de Valdivia y los suyos. A partir del verano de 1549 hasta las batallas cordilleranas de Tucapel y Marihueñu y la huída de la colonia de Concepción, en un lapso de cerca de ocho años, a fuerza de preadaptación, estabilización y repetición de los hechos y causas no se formó el del chileindiano.

En tanto que los memorables y trascendentales ambientes guerreros americanos, el de los aztecas, el de los incas y el de los tlascaltecas, para no citar más que los principales en juego durante la conquista, desaparecieron con ésta para siempre, en el chileindiano empezó a perfilarse. Cuarenta años después de desaparecidos el ambiente guerrero del azteca y veinticinco después del inca, casi la vida aprovechable del ser humano, se formó el del chileindiano.

Mediante este ambiente en la sociedad tribal se operó una brusca transición, y sociológicamente dejó de ser tal para convertirse en una nación, primitiva y todo lo que se quiera, pero nación al fin.

Esta profunda evolución, la que en realidad hace presagiar una civilización primitiva en la incipiente nacionalidad, cosa extraña y rara, al revés de todas las otras, no fué condicionada ni predispuesta por la interdependencia social indígena y continental, sino precisamente por la misma civilización superior ultraoceánica, que ya había abatido a todas las otras.

Psicológicamente, y no hay que olvidarlo tampoco, si la sociedad tribal no había constituido ambiente guerrero, ello no quiere decir que después no tuviese aptitudes para formarlo en cuanto las circunstancias y las posibilidades se lo permitieran. Lo que hubo es que en presencia de la segunda aparición del ejército valdiviano, la sociedad se sintió sacudida y simultáneamente tuvo que operar una profunda transmutación. Si no hubiese tenido extractos, sedimentos,

predisposiciones, aptitudes y eclosiones biopsicológicas latentes y acumuladas por la herencia, no habría habido transmutación posible sin duda alguna.

Sociológicamente la transmutación era la consecuencia de la disciplina social chileindiana, transparentada en la existencia económica y familiar, resultado de la lucha y del esfuerzo sobreponedor contra el medio duro y hostil, que, sin hipérbole, se podría decir que era propio de una naturaleza madrastra.

Prehistóricamente, la sociedad tribal austral había sido guerrera contra la naturaleza, y a ello debía sus dotes combativas, sus aptitudes para la lucha y la defensa. La mesología exacerbada empezó por determinar la cualidad combativa ambiente, y la recolección de frutos silvestres, la caza y la pesca eran los comunes combates contra los elementos, porque se tenía que esquivar la lluvia, la tormenta, la pantanosidad, las heladas, los vendavales, etc. La misma ganadería y labranza tuvieron que ser empresas de combate, en donde, hasta por la condición del terreno pedregoso, lleno de maleza y fango, tuvo que surgir temprano el arado, al principio quizá un palo grueso aplanado para despojar los riscos de arbustos, y después puntagudo para remover el terreno y evitar que se pudriesen las siembras con las ciénagas y lodazales que se formaban allí como en toda región montañosa y asaz pedregosa. La aparición prematura del arado, cuando casi todos los primitivos no salieron de la azada, revela que a mayores obstáculos de la naturaleza mayor agilidad de la mente para condicionar y preadaptar herramientas; y claro está que todos los penosos esfuerzos demandados tenían que responder a un ambiente de combatibilidad. Después, la industria, el comercio, el arte, la educación, la justicia, la cultura, las clases sociales y la lengua, en los múltiples e infinitos procesos de inventiva, de creación, de agilidad, de iniciativa, de tenacidad, de perseverancia, rebotando en el pleno desenvolvimiento social tribal, es natural que trasuntasen la combatibilidad psicológica.

Protohistóricamente, la sociedad tribal austral era combativa y su constitución y formación se debieron al duro

combate contra el medio físico. Si había luchado tanto contra la naturaleza, bien pudo luchar contra el conquistador, contra el hombre, no tan horroroso ni tan espantoso como la montaña, la fiera, el terremoto, el maremoto, la erupción volcánica y las perpetuas tormentas. Entre una y otra lucha, bien pudiera ser que la del hombre le resultase más rítmica y menos sombría, más variada y menos lúgubre. Tanto es así que aun para enfrentarse con el hombre, con el enemigo, el chileindiano no depuso ni olvidó la lucha contra la naturaleza y todavía, haciendo de ambas una mixtura extraña e incomprensible en un primitivo, abandonó la vasta orilla, se precipitó sobre el ancho río, dominó la corriente y ganó la otra margen amparado con el espeso velo de la noche, como si lo que hacía fuera la cosa más natural del mundo.

Los encuentros, las batallas, los asedios, los sitios, las escaramuzas, las maniobras, los planes, los desastres, la huida a ultrafrontera, la persecución y otros tantos acontecimientos se conciertan y el ambiente tuvo que constituirse y formarse y de resultados de la evolución sociológica surgir la nación primitiva.

La nacionalidad chileindiana, refundición y prolongación de la sociedad tribal, coexistió con un proceso civilizador específico, y debido a él empezó a crearse una civilización primitiva.



El ambiente se transforma en proceso específico guerrero

De resulta del ambiente guerrero se operó un proceso específico que acentuó la creación de la civilización primitiva austral.

Al triunfo merecido tuvo que seguir la exaltación y la bravuconería, y así la protohistoria nos hace ver que un joven, casi niño, Lautaro, con cuatrocientos de los más apuestos y apolíneos, cruza la frontera y toma posesión de un paraje estratégico a orillas del Mataquito.

Semejante acción no tiene igual en la conquista de América y jamás se vió al indígena, ni aun al azteca y tlascalteca, combatir fuera, en ultrafrontera.

La decisión de Lautaro y sus compañeros, aparte de la exaltación y la bravuconería consiguiente, representaría en los instantes del triunfo el máximo del entusiasmo, puesto que jamás se había visto en el continente un acontecimiento igual. No solamente era joven el jefe y jóvenes también los compañeros, sino que, apartándose del grueso grupo, del ejército entero, se aprestaron por su cuenta y riesgo a la empresa más temeraria. En balde se buscaría en la conquista de América otro espectáculo parecido, que pone bien claro que el ambiente guerrero ya estaba provocando un proceso específico.

Ya lo era en su constitución y formación y en los acontecimientos que se habían venido sucediendo, pues mientras todas las organizaciones militares indígenas habían caído al empuje del glorioso conquistador, la chileindiana, por extraño contraste, empezó a desenvolverse mediante el mis-

mo empuje. Se iba perfilando como efectivo proceso específico la creación de la civilización primitiva a base de la guerra y en su formación hasta las restantes sociedades tribales y naciones indígenas sometidas no habían dejado de influir, estimulando necesariamente al conquistador en la serie ininterrumpida de éxitos.

La decisión de Lautaro, aunque fuese hija del ambiente, no por eso dejaba de entrañar un proceso específico, desde el instante que además de hacer florecer tan precozmente una personalidad, condicionaba la aplicación de hechos casi inconcebibles en la naturaleza indígena de que cuatrocientos guerreros, al mando de un niño, salieran de la frontera en persecución del enemigo.

La valerosa expedición de Lautaro la motivó al parecer la porfiada irrupción del enemigo, que repobló Concepción el 24 de noviembre de 1555, después de cerca de un año de la retirada a Santiago, aunque el 12 de diciembre del mismo año destruyesen por segunda vez la metrópoli del sur, la capital política, de cuyos defensores, que eran sesenta y ocho europeos, perecieron diecinueve.

La vuelta a Concepción haría pensar al joven y animoso jefe que los enemigos no estaban vencidos del todo, y aprovechando la tregua del año siguiente, 1556, en que no se presentaron los conquistadores, se aprestó a franquear la frontera.

Pasado el verano de 1557 bordeó con su valerosa hueste el Bío-Bío y llegó hasta las orillas del Mataquito (Maule). El hecho de que al principio del otoño se aprestase a avanzar más allá de la frontera, al norte, al centro de la colonia, a Santiago, al área michimalonga, pasando el territorio de los promaucaes, hace pensar que sus designios eran terribles, ya que quería aprovechar la entrada del invierno para hacer más crítica la situación del enemigo y que las armas de fuego no diesen todo el resultado que podía esperarse por los efectos de la humedad y la lluvia.

Los chileindianos debían sentirse tan envalentonados que llegaron a creer que con los cuatrocientos lautarinos, cifra insignificante si se repara en el armamento enemigo,

podían aniquilar al conquistador. Para que en una nación entera llegase a tomar cuerpo semejante creencia, psicológicamente habría que pensar que el ambiente guerrero había llegado al límite en que se confunde la cólera con la jactancia. Pero, simultáneamente, nuevas transformaciones sociales estaban evidenciando el poder creador de la nacionalidad primitiva.

Lautaro y los suyos empezaron, después del general desastre de las armas españolas, a aplicar el caballo y la espada. Desde el instante que de manera tan precoz preadaptaron el caballo, ya nadie ni nada los apartaría de él, y su mayor ingenio lo pondrían en la reproducción para así hacer mejor frente a la guerra.

El caballo, que con el azteca, el tlascalteca y el inca no jugó ningún papel, pasó a ser el mejor auxiliar del chileindiano. Aunque el indígena austral lo preadaptó, el uso del caballo sin herraduras por la montaña pedregosa y las caminatas, trotes y carreras por los montes, lomas y cumbres, sería obra exclusivamente suya.

Aparte de la espada y el caballo, los chileindianos preadaptaron el trigo y la cabra, que tan gran influencia tendría en el desarrollo de las operaciones.

El trigo les cayó como una bendición paternal, y como se daba tan bien en los montes, las lomas y las cumbres, podía decirse que habían escapado para siempre a los rigores del hambre y a los efectos tremendos del talamiento de sus sementeras. En los montes, lomas y cumbres laberínticas, no llegaría fácilmente el talador enemigo, tanto más si el trigo podía cosecharlo en invierno, época en que por las heladas, las lluvias, las pantanosidades y las tormentas le sería imposible al conquistador llegar hasta los lugares que se consideraban inaccesibles.

El talamiento de las sementeras le había sido posible a los conquistadores gracias a una preadaptación tropical, al maíz. Como era fruto de las tierras cálidas y requería mucho sol, forzosamente tenía que florecer en verano, la época más propicia para las andanzas enconadas, y como los vientos y las rachas glaciales tendrían que dañar las

siembras, éstas forzosamente tenían que hacerse en los pequeños valles, en las planicies, por donde transitaba su obcecado y terco talador.

El trigo aseguró la mantención al chileindiano, que empezó a abandonar el maíz, la tan cacareada introducción incásica que en la guerra y aun en la creación de la civilización le sería de estorbo, de obstáculo. Con la cabra tuvo otro nuevo elemento condicionador, puesto que las cabras son tan dadas a los montes, y los australes, con superabundancia de pastos, debieron sentarles a maravilla.

La preadaptación del caballo y de la espada, del trigo y de la cabra, envolvían fuertes designios de desenvolvimiento y a la vez de crecimiento, y aunque la irritabilidad y la exaltación marcan en ocasiones la anormalidad, cabe pensar que Lautaro y los suyos, tan jóvenes y plétóricos de vida, no tenían por qué no ser harto entusiastas y decididos, por más que el indígena, tan apegado al suelo y tan letal en sus acciones, no nos permite creer en que dichos arrojos pudieran ser comunes.

A pesar del arrojito y temeridad de los lautarinos se induce un hecho al parecer inexplicable. Si franquearon la ultrafrontera, se alejaron bastante de ésta, unas treinta leguas, e iban en persecución de los enemigos hasta sus mismos propios aposentos del Mapocho, ¿por qué ocuparon, se situaron estratégicamente y levantaron un fuerte a la orilla del Mataquito? Acaso quisieron servir de fortaleza moral avanzada que pusiese en resguardo al área territorial tan querida o quizá en el desconocimiento de la topografía de ultrafrontera imaginasen que la gran ciudad que habían levantado los enemigos, a los pies del Cerro Sagrado y de un gran río, quedaría por allí cerca.

Es posible, también, que los expedicionarios sintiesen la nostalgia de su suelo y que algo confusos e indecisos presionasen al joven y animoso jefe para que no siguiera más adelante. Se piensa así porque no hay que olvidar que el indígena ama y venera la tierra en donde nació y porque después de los lautarinos jamás [se] salió de los lares australes.

Es probable que el extraño acampamiento en las márgenes del Mataquito obedeciera a una elemental prudencia para atraerse primero a los promaucaes y estar así a cubierto de las asechanzas y procurarse los elementos de vida. No obstante, Lautaro y los suyos, en abril de 1557, en el valle-cito de Peteroa (Prov. de Maule), fueron acorralados por el enemigo, pereciendo todos en la más desesperada defensa.

A través de los protohistorialistas y de los historiadores se deduce que los promaucaes contribuyeron a este desastre.

Después de todo, el hecho de que Lautaro y los suyos sucumbiesen por la patria tan lejos de ella, demuestra el ardor, la vehemencia y el sentimiento guerrero del pueblo, la conciencia colectiva. Esa sangre joven ofrendada en tierra extraña a la amada tierra, constituiría el mejor indicio psicológico para transparentar que por encima de la fuerza animal y del contagio gregario indígena, florecía en la nacionalidad chileindiana un sentimiento de patria, de dignidad moral.

La muerte del jefe en el campo de batalla, con el arma al brazo, lejos y en defensa de la patria, debió sacudir a la nación guerrera. La aureola del martirio que circundaría su sagrada memoria, despertaría en los más avisados y envalentonados justas y naturales ambiciones. Lo raro e incomprensible del caso es que la ambición no hubiese obligado a dar malos pasos, cuando aun para un ejército civilizado la muerte del jefe va seguida de trastornos apreciables, y ahí está la de Valdivia, que introdujo la confusión y el espanto entre sus soldados, que no atinaron más que a huir y que por su nerviosidad y precipitación perecieron en el desastre de la cumbre de Marihuéñu, cuando, con más tranquilidad y valor, hubieran podido tomar las más elementales medidas salvadoras.

Luego de la muerte de los principales jefes, unos durante los combates en la margen opuesta del Bío-Bío y otros durante los dos años de andar errantes y ocultos por las montañas, la designación de Lautaro se debió a las circunstancias, a las transformaciones y a los cambios de táctica, y él, aun siendo el más joven, sería el más destacado por su valor y condiciones personales.

Pero a su muerte las cosas habían cambiado del todo, y como no se estaba empezando, sino que ya se había constituido y formado ambiente, fortalecido por la victoria interrumpida, parece natural que las circunstancias hicieran perfilar algunas personalidades, crear algunos intereses y revelar amplias posibilidades.

En tal caso era lógico que se ambicionase el mando, sobre todo si estaba tan prestigiado, cuando el enemigo podía presentarse de nuevo de un momento a otro. De ahí tuvo que surgir la pecha, la opción sin igual.

Los hechos que se desprenden del relato de los protohistorialistas constituyen algo tan real y humano que sin la menor duda podría conceptuarse como la virtud máxima, la manifestación de un proceso específico.

Los acontecimientos predisponen la Asamblea Militar. Antes residía en el *ulmen* la autoridad de la sociedad tribal, y en el jefe guerrero, en Lautaro por ejemplo, la autoridad nacional, impuesta y favorecida por las circunstancias. Basándose en un plano más firme y sólido y habiéndose desenvuelto más las miras, interés y pretensiones, sólo cabía una autoridad más amplia. La de la sociedad tribal, transparentada en el jefe de la parcialidad, en el *ulmen*, y en la del consejo de jefes de *úlmenes*, como la investida al parecer a Lautaro, con el crecimiento psicológico del ambiente y la constitución del proceso específico, ya no se justificaban y, por consiguiente, se hacía necesaria la transformación.

De ahí que no tardase en surgir la Asamblea Militar que daría la autoridad nacional y no la discerniría ya como se había acostumbrado, por tradición o por consejo, sino por lo que equivalió a una verdadera revolución, a una efectiva y profunda transformación del sentimiento de autoridad, por el mérito individual y circunstancial.

Sociológicamente no debe olvidarse que por el condicionamiento del proceso específico guerrero y por la tradicional disciplina social, culminando en el temperamento luchador, emprendedor y esforzado del indígena, no cabía otra transformación tampoco.

Para discernir la autoridad se aplicó un principio de genuina invención chileindiana.

El que lograra alzar por mayor tiempo un grueso madero, que el hombre más corpulento no alcanzara a abrazar, ese sería el elegido.

La prueba se efectuó a la vista de todos.

En la primera Asamblea Militar encargada de discernir el mando del ejército, se presentaron bastantes competidores.

El de mayor fuerza, que había llegado casi el último y que resultó vencedor, fué Caupolicán.

En realidad la designación del nuevo jefe se debió a una condición personal, a un mérito innegable y circunstancial, a su resistencia y fortaleza muscular.

A la muerte de Caupolicán en la singular batalla de Cañete, la Asamblea Militar vuelve a reunirse de nuevo y hace la designación atendiendo a la clásica prueba.

En esta ocasión no se sabe bien quién salió designado: Tucapel, Lincoya o Rengo, porque Ercilla apenas habla de ello.

La asamblea para la designación de jefes no resultó jamás una farsa, puesto que de los que ella designó, el que no murió en el martirio como Caupolicán, cayó peleando heroica y valerosamente.

Psicológicamente era natural que se eligiese así a los jefes. La muchedumbre guerrera primitiva, a despecho de las conquistas y adelantos culturales de algunos pocos, era lógico que atendiese a lo fundamental de la guerra, la fuerza muscular, sobre todo cuando las peculiaridades del terreno la demandaban más que nunca; pero con la fuerza muscular coexistiría el valor, el coraje, la decisión, la audacia, ya en el ambiente.

Al parecer, semejante forma de designación cayó en desuso después de la segunda elección, o al menos se vería la conveniencia de seguir el plan conquistador de elevar jefes simultáneos. Bien pudiera ser que la reserva chileindiana y el estado de guerra permanente, impidieron, también, observar el desenvolvimiento de la jefatura emanada de la memorable asamblea.

Nada de raro tiene que hubiese existido tan temprano semejante organismo social, ya que el chileindiano, en su independencia y libertad completa, en su espíritu de lucha y esfuerzo, que exacerbaba la aptitud y la tendencia personal, en la única forma que pudo someterse a los suyos fué por medio de la libre y pública elección.

Caupolicán, elegido a raíz de la muerte de Lautaro y coincidiendo con la llegada a Peuco de dos o tres buques que traían considerable número de soldados y enormes refuerzos, se dispone a atacar de lleno y traba una batalla casi marítima. ¿Había cambiado la táctica de Tucapel y de Marihueñu, de escoger el terreno y aguardar el instante favorable? Bien pudiera ser que, al igual que Lautaro, por arrogancia, exaltación y bravuconería, ya que recién estaba impuesto, Caupolicán y los suyos se decidiesen a ganar la orilla del mar e introducirse en las olas para atacar al enemigo.

El ataque también pudo deberse al desconocimiento que en ese instante tenían del enemigo los chileindianos, puesto que veían buques por primera vez. Es posible que el indio austral, después de cuatro años de paz, estimase que la nueva forma de llegada del conquistador era más de tanteo, de exploración, y que tampoco se encontraba muy seguro a bordo de las naves.

Por primera vez en la conquista de América el mar es testigo de una tremenda batalla. Al chileindiano ya no le importaba que el líquido elemento favoreciese a su enemigo; lo que le urgía era combatir al impetuoso enemigo, a pesar del mar. Fué una batalla original, profundamente meditada y preparada por el indígena, que discurriría que el enemigo, a merced también de las olas, no podría defenderse desembarazadamente y echar mano de sus armas cortantes y de fuego. Las olas podían echar a perder la pólvora y las arenas resbaladizas contribuirían a desbaratar al enemigo, que no podría moverse por sus pesadas y fuertes armaduras.

Asombra que en el ataque del puerto de Penco, en junio de 1557, ya no tratasen como siempre de oponerse al avance del ejército español, sino a su propio desembarco marítimo que, por ser el primero, debió confundirles.

El buque, la pequeña escuadra, el nuevo grande elemento que se introdujo en la guerra, ni siquiera logró amilanar al indígena, y aunque el recién llegado se guarecía en los barcos, sin importarle nada fué contra él. Es que el ambiente guerrero y su culminación el proceso específico, se desenvolvían en una forma profunda, y por primera vez llegaron en su temerario arrojo a abrazarse por la boca a los cañones para derribarlos.

Aunque hirieron al jefe, al gobernador y a algunos soldados y estorbaron el desembarco, los chileindianos tuvieron que retirarse maltrechos algunos días después.

Transecridos cuatro meses, a la entrada del verano, no obstante el revés casi marítimo, el 7 de noviembre de 1557 presentaron combate y se trabó la batalla de Lagunilla, que también les resultó desastrosa, y a los veintitrés días, como si nada hubiera pasado, el 30 de noviembre, por más que estuviera atrincherado en una ondulación cubierta de árboles que hacía el terreno entre dos lomas, atacaron al enemigo en Millarapue, dejando en el campo cerca de tres mil muertos.

Ya llevaban tres matanzas terribles, dos en el mismo mes, y, sin embargo, a los pocos días, en el valle regado por el río Paicavi, a fines de diciembre del mismo año atacaron denodadamente los guerreros australes; pero introduciendo una novedad en la conquista de América y que pone a gran altura la decisión y la tenacidad chileindiana.

La mayor parte de los soldados indígenas llevaban tablonas a manera de escudo. Había sido tal el efecto destructor de la artillería que antes de decepcionarse discurrirón tal arbitrio, que, al igual que el de Penco, de tirar de la boca de los cañones, demuestran lo terrible de la campaña.

A principios de enero de 1558, valiéndose de esta simulación, trataron de atacar la plaza de Cañete, recién fundada. Algunos indios que siempre llevaban paja y que por lo tanto no llamaban la atención en esos menesteres, introdujeron furtivamente algunas armas para desde dentro del fuerte cooperar al ataque que no tardaría en venir, atroz y violento, desde fuera. Pero el conquistador descubrió el de-

siguio y se aprestó a la defensa. Como los chileindianos trataban de vengar de un solo golpe los cuatro reveses sufridos, atacaron con satánico impulso, creyendo en el éxito de los que se adelantaron fingiéndose servidores e introduciendo armas entre la hierba. El resultado fué una tremenda carnicería indígena.

En la confusión general y el tumulto que produjo el gran desastre, cayó prisionero el jefe, Caupolicán, y se le sometió al suplicio de ser empalado y flechado.

Un episodio emocionante pinta con realidad espantosa aquellos aciagos y tremendos días. Bajaba por una cuesta Fresia, la mujer de Caupolicán, que llevaba un hijito a la espalda, cuando divisó que por otra subían prisionero a su marido. Por lo que sucedió parece que la india atendió más que al amor del esposo a la maltrecha dignidad del jefe.

Acercándose a la planicie en donde tenían a Caupolicán listo para el suplicio, Fresia, al mismo tiempo que le reprochó haberse dejado aprisionar en vida, le arrojó el hijito a los pies porque ella no podía criar ni cuidar al «hijo infame de un infame padre».

La acción de esta mujer india pone de manifiesto los intensos sentimientos que embargaban a la nacionalidad chileindiana, si bien fué injusta.

Caupolicán había dado cinco grandes batallas, la de Penco, Lagunillas, Millarapué, Paicavi, y Cañete. Aunque con poca fortuna, el arrojo y la temeridad le acompañaron siempre y llegaron a manifestarse como nunca en la lucha en medio de las olas, en el esfuerzo para arrebatar los cañones, en el hecho de llevar tablonas como corazas y escudos y en la imperturbabilidad con que afrontaba las descargas de los arcabuces.

Es posible que el enemigo, mejor aleccionado por la dolorosa experiencia y más poderoso que nunca, en vez de dejarse acorrallar como en Tucapel y Marihueñu, tratara a su vez de acorrallar al aborigen y en tal caso a éste no le quedaba más que la disyuntiva de atacar, de hacer frente. En Penco y en Cañete los ataques se justifican; pero en Lagunillas, Millarapué y Paicavi hubo, al parecer, exceso de

temeridad, imprudente arrojo, lo que, por otra parte, se concibe en un jefe que todavía no ha logrado cantar victoria.

El suplicio de Caupolicán revela su sinceridad de propósitos y consecuencia.

Con la desaparición del valeroso jefe indiano, la Asamblea Militar entró en un período crítico, en su tremenda hora de prueba. La nueva convocatoria hizo justicia a Caupolicán al reconocer los méritos del jefe, puestos en duda hasta por su propia compañera por la contrariedad que tantos reveses causó en los chileindianos, acostumbrados a vencer siempre.

Pero la derrota, aunque amarga y dolorosa, como tantas cosas de la vida, era sociológicamente necesaria para reafirmar el intenso proceso específico guerrero.

La desgracia, el dolor, el llanto, el fracaso que siguieron a los macabros reveses, evidencian la serenidad, la resignación, la imperturbabilidad chileindianas, al continuar, como si nada hubiera pasado, más animoso que nunca.

Ningún otro indígena americano, después de apurar el goce inefable del triunfo, se había visto en el trance de apurar el trago amargo de la adversidad. Mejor para él, porque así confirmaría su indiscutible grandeza.

Reunir la Asamblea Militar para designar al nuevo jefe en los instantes más aciagos de la nacionalidad, muestra que los chileindianos, por encima de la abrumadora derrota, no decayeron en espíritu, en ánimo y en decisión.

La Asamblea Militar designó al nuevo jefe en la forma que correspondía frente a un enemigo que se presentaba organizado y poderoso.

La oratoria que ya se había manifestado en la Justa que discernió la palma a Caupolicán, se dejó oír de nuevo. Los discursos debieron adquirir expresiones de elocuencia y entonaciones pavorosas. El de Galvarino, mutilado de ambas manos, debió adquirir las proporciones de un horrendo drama. Jamás la mímica había producido otro efecto igual.

La oratoria chileindiana es un signo de su desarrollo psicológico y de la mayor intensidad del proceso específico, puesto que a las acciones del músculo y del esfuerzo se agre-

gaban las del espíritu. La necesidad de alentar, de estimular el desenvolvimiento, requería las transformaciones y evoluciones y, por consiguiente, las más avanzadas formas, y de ahí surgió la oratoria, que alcanzó la mayor importancia y brillantez. Lautaro, casi un niño, en el fragor de la batalla de Tucapel, pronunció un inflamado discurso, y es posible que tal ocasión fuera una de las pocas veces en que la palabra humana correspondió a los hechos.

Al nuevo jefe se le deparó un período de tregua. Después de la muerte de Caupolicán, del desastre de Cañete y del ataque del desfiladero de las inmediaciones, se pasó un año sin pelear. A la mitad del verano de 1558, en 14 de diciembre, se dió la batalla de Quiapo en las inmediaciones de la actual bahía llamada de El Carnero, cerca del puerto de Lebu. Parece que los chileindianos se habían replegado en este sitio, huyendo de la persecución del enemigo, donde satisfacían sus necesidades con los matiscos y pescados que la región daba en abundancia.

La persecución debió ser implacable. Se sabe que los seiscientos prisioneros indígenas fueron ahorcados.

Este fué el espeluznante epílogo del segundo gobernador de Chile, un muchacho de veintiún años, hijo del virrey del Perú. No satisfecho con las carnicerías de las siete batallas, las de Penco, Lagunillas, Millarapué, Paicavi, Cañete, Desfiladero y Quiapo, perpetró como rabiosa despedida semejante brutalidad. Aunque se trata de culpar a uno de sus capitanes, se podría agregar que en la batalla de Millarapué hizo tomar otros tantos prisioneros y ordenó mutilarlos en forma horrorosa, entre ellos a Galvarino, que tan importante papel desempeñó más tarde.

Los excesos del gobernador y su ejército epilgaron el más tremendo fracaso, puesto que después de siete carniceras batallas sin poder destruir al indígena, tuvo que abandonar el campo de operaciones. La forma de llevar la guerra, sin cuartel, a muerte, espantó a los propios jefes y soldados, y el espanto llegó hasta las Cortes del Rimac.

La guerra a muerte, aunque después tuvo que suspenderse naturalmente, reafirma el proceso específico chileindiano.

Los buques que llegaron a Penco llevaban el ejército más numeroso y mejor armado que hasta entonces habían visto los chileindianos.

Los resultados obtenidos fueron escasos en comparación con lo que nos revela la hacienda pública.

La guerra chileindianahispánica fué una verdadera sangría.

«Aunque siempre vencedores en el campo de batalla (Hurtado de Mendoza y el ejército desembarcado en Penco), eran, dice Barros Arana, en realidad sólo dueños del campo que pisaban. Aquel estado de cosas casi equivalía a estar bloqueado por el enemigo.»

Habían pasado doce años de terrible guerra: dos ejércitos, dos gobernadores, casi dos políticas se puede decir, y el chileindiano no cejaba.

En 1550 hubo una tregua de tres años, y a principios de 1554 se produjo el primer gran levantamiento, cuya guerra se prolongó por dos años, hasta ocasionar un tremendo desastre al conquistador. Después de otra tregua de tres años se registró el segundo levantamiento para impedir el desembarco de Penco, extendiéndose la guerra dos años y produciéndose a consecuencia de los desastres chileindianos la tregua de 1558 a 1563, en que surgió el tercer levantamiento.

Que en veintidós años de guerra hubiera diez de tregua, no quiere decir en modo alguno que se suspendiesen totalmente las hostilidades ni que el indígena se sometiese al conquistador. Estas treguas fueron más bien la suspensión tácita de los grandes combates.

Pero lo que el chileindiano perseguía era recogerse y ocultarse en sus laberínticos montes para prepararse y volver de nuevo con más ímpetu. En estas actividades debió emplear mucha astucia para despistar, encaminándose a la parcialidad más distante donde no se había tenido guerra, o ganando la costa despoblada, la cordillera helada, los bosques espesos y los inmensos lagos.

Las treguas no dejaban tampoco de ocasionarle gran trabajo al conquistador, puesto que con ellas no sacaba nada,

y si es cierto que se suspendían momentáneamente las actividades guerreras, también lo es que el nativo se le escabullía para escapar a los penosos trabajos de recolectar frutos y fabricar armamentos y circular la flecha ensangrentada.

La segunda tregua de dos años y la tercera de cuatro fueron favorables al chileindiano porque el enemigo, vencido, emprendió la retirada al no dar resultado su guerra a muerte, casi de exterminio.

Las otras treguas, la primera de tres años, fueron de terribles consecuencias para el chileindiano, puesto que se le talaron los campos y le destruyeron sus sementeras, predisponiéndole al primer gran levantamiento.

Como todo proceso trágico y complejísimo, las treguas jamás dejaron de ocasionar duros trabajos, pues se seguía en estado de guerra.

La situación era terrible y angustiosa para ambas partes, sobre todo para el conquistador, que se daba cuenta de que las operaciones se complicaban y prolongaban cada vez más sin que se viese por ningún lado la solución, antes al contrario, ya que después de cada tregua el indígena empleaba nuevos procedimientos y mejores armas y se presentaba más decidido y acometedor.

En 1563 se registró el tercer gran levantamiento, que se prolongó tres años. Se puso sitio a Arauco y Concepción, se logró hacer huir a Santiago a un destacamento y en la cuesta de Marihueñu, ya tan fatal al enemigo, se le propinó otro fortísimo golpe, además de las derrotas en la región cordillerana de Catirai y en la quebrada de Lincoya.

El 30 de junio de 1563, en pleno invierno y a fin de capear el mal tiempo, suspendieron el sitio de Arauco, defendida por ciento quince soldados hispánicos y bastantes indios aliados provistos de abundante artillería. El asedio duró treinta y seis días. Con flechas encendidas se prendió fuego a los techos de paja de las casas y el primer destacamento que tuvo la audacia de salir a combatir fué aniquilado. En el incendio, que produjo una sin igual confusión, se perdieron gran parte de las provisiones, los caballos se encabritaron y pereció asfixiado uno de los capitanes. Los

Indígenas, guareciéndose en las lomas vecinas para desviar los efectos de la artillería, llegaron a echar mano de todos los medios, lanzando al único arroyo de donde el enemigo sacaba agua, cadáveres e inmundicias para corromperla. Al ver que los enemigos la seguían bebiendo, no obstante estar putrefacta, cavaron un nuevo cauce, desviando la corriente y privando por completo de agua a los conquistadores. Solamente los rigores del invierno y la abundancia de lluvias los determinó a suspender el prolongado sitio, en el cual se vió en inminente peligro a los sitiados, pues éstos se vieron obligados por el hambre a lanzar fuera del fuerte a los indios auxiliares traídos desde el norte. Para socorrer a los sitiados se envió un buque; pero en la isla de *Leochango*, Santa María, frente a Arauco, los nativos impidieron el desembarco matando al jefe y a algunos de los suyos.

En los primeros días de febrero de 1564, pusieron sitio a Concepción, la capital política, defendida por doscientos españoles. Los ataques y combates eran diarios y los chileindianos lograron incendiar el templo y muchas casas. La llegada de dos buques con refuerzos, uno de Valparaíso y otro de Valdivia, y los rigores del invierno y del hambre que ya se hacía sentir, obligaron a suspender el sitio la noche del 1.º de abril de 1564.

Con los sitios de Arauco y Concepción, el chileindiano introdujo una transformación efectiva en la guerra. Así como trotaba y se escabullía en los años de tregua, se mantuvo firme y constante en ambos sitios, y se dice que del sitio de Arauco se retiraron formados en perfecto orden, dando a entender el valor social de la organización a que habían llegado.

A principios de febrero de 1563, en Catiray, al descender a la región oriental de la cordillera de la costa conocida con el nombre de Mareguano, los chileindianos se parapetaron en firmes palizadas y en alturas de difícil acceso y cavaron hoyos profundos que cubrieron de ramaje, piedra y tierra, para que así cayeran los caballos y los guerreros enemigos.

El resultado de este nuevo procedimiento fué que de noventa conquistadores perecieron más de cuarenta y la mitad

de los quinientos aborígenes aliados, perdiendo, además, enormidad de armamento. Como cabía esperar, los jinetes cayeron en los pozos, entre ellos un hijo del gobernador Villagra. Herido y maltrecho, el resto del ejército tuvo que emprender la retirada.

En las inmediaciones de Marihueñu estaba la famosa cuesta en la cual los indígenas habían ya ocasionado un serio revés al enemigo.

Los combates y las batallas se hacen interminables. Ora triunfan los españoles, como en la quebrada de Lincoya, en el río Vergara, inmediato a Angol, y en el mismo Angol, ora los chileindianos ponen sitio a Arauco y Concepción y valiéndose de una ingeniosa estratagema ocasionan el revés de Marihueñu.

Es la guerra con sus alternativas terribles y trágicas, y de ahí que pudiera decirse que «el río Vergara se tiñó de sangre chileindiana, habiéndose sacrificado además a bastantes guerreros australes, a muchos de los cuales se les cortó los pies y las manos para aterrorizarlos».

Se estaba en 1566 y ya hacía cuarenta y cinco años que se había conquistado el Imperio de Méjico y treinta el del Inca o lo que ellos creían por tal. Pasaban la vida los españoles viviendo del espejismo azteca e incásico, luchando contra un indígena sin ciudades, sin monumentos, sin palacios, sin oro, sin riqueza y sin esperanza de que se sometiese.

La guerra chileindiana no sólo era el punto negro de la conquista, sino la incógnita abrumadora de toda una civilización. Para ella se había echado mano de mayores recursos, de mayores aprestos, de ejercitados jefes militares y, sin embargo, siempre se estaba igual. En ultramar, en el otro continente, en Europa, no comprenderían bien el problema y se harían cruces ante la prolongación de las actividades, mientras que el soldado que asistía de cerca y palpaba la realidad sentíase abatido ante la tenacidad de un enemigo que no sabía nada de España y su rey, de su civilización superior y potencialidad guerrera y que combatiría en tanto no lo dejaran libre. Con el tiempo, la llegada de buques, de nuevos hombres y de mayor y diferente arma-

mento, no dejarían de hacerle pensar que detrás de los valerosos soldados españoles había una nación mucho más poderosa que la suya.

La guerra empezaba a ser favorable a los españoles después de veintidós años de lucha por la desmoralización de sus enemigos, cosa natural porque no en balde habían dejado ya alrededor de quince o veinte mil vidas en los campos de batalla.

Desde 1564 hasta fines de 1569 ya no se registraron hechos guerreros de importancia. Era una nueva tregua como las de 1550-3, 1554-7 y 1558-61.

El fenómeno es explicable y se ha observado aún en las grandes guerras modernas. Después de un serio revés se hace necesaria una tregua para reponerse y prepararse para combatir con más ánimo. Después de un gran triunfo obtenido con inmensos sacrificios, es natural que las fuerzas queden agotadas. Una elemental prudencia obliga a combatir con el calculado interés de no malograr demasiado las fuerzas. Además, las fuerzas humanas, por más fieras y temerarias que se muestren en ocasiones, siempre las guía el instinto de conservación.

Por encima de las fuerzas humanas, en esos cambios de actitudes predominaba el medio físico excesivo, que en gran parte del año no permitía las operaciones, y de lo contrario la misma naturaleza les habría hecho sentir las consecuencias de su temeridad a ambos ejércitos combatientes.

Aunque las treguas traían calmas parciales, no por eso se dejaban de hacer correrías, que eran otras tantas prudentes formas de ganar terreno y que beneficiaban siempre al chileindiano, que cruzaba a nado los ríos más impetuosos llevando entre dientes su arma, pesada a veces, y que trotaba por los cerros como se camina por nuestras calles modernas. Con ellas cansaba y extenuaba al enemigo, desconocedor de la endiablada topografía, montado en pesados caballos no muy aptos para ganar lomas o cumbres y cubierto a todas horas de gruesas armaduras de hierro y acero.

De ahí que la correría resultase la clásica forma guerrera

chileindiana. Las hordas y clanes casi siempre secundaban las correrías guerrilleras. Era su tradición.

En el chileindiano la correría, más que un retroceso era una preadaptación que, con el correr del tiempo, no dejó de ocasionarle serios quebrantos. Ataques como los de ultra Bío-Bío, las batallas de Tucapel y Marihueñu, los sitios de Arauco y Concepción, las estrategias de Marihueñu, Cañete y Purén, no le habían dado los resultados que esperaba: el definitivo aniquilamiento del enemigo. Si ya había dado el máximo su denodado ímpetu, ¡qué le quedaba por hacer! La correría, en tal caso, no era, no podía ser más que la necesaria consecuencia del proceso específico guerrero que se iba acentuando y que, por lo mismo, no podía decidirse de buenas a primeras.

Al indígena que libró grandes batallas ingeniosamente preparadas, sociológicamente no se le puede reprochar por la guerrilla-correría ni se debe ver en ella un principio de decadencia. El medio físico por un lado y la prolongación de la guerra por otro tuvieron que influir en semejante proceso.

Por lo demás, la guerrilla chileindiana no puede ser considerada en rigor como una retrogradación hórdica y clánica, por cuanto obedecía a una conciencia nacional, a un sentimiento social mantenido veinticinco años. Efectivamente, el 7 de enero de 1569, en las estribaciones de Catiray, los chileindianos, en lo alto del cerro que tenía delante algo de llano, en las laderas que finalizaban en una extensa quebrada, se reunieron y se atrincheraron enormes montones de piedras frente al enemigo.

En Quiapo, 1557, y en Marihueñu, 1564, ya se habían atrincherado también; pero lo raro es que a la trinchera circunstancial no sucediese la fortaleza permanente y englobadora de la ciudad.

Era un progreso acentuado por las circunstancias de la guerra móvil en la que residía el secreto de su resistencia, por cuanto si se hubiera concentrado o parapetado en una fortaleza quizá el enemigo habría acabado ya con él. Los sitios de Arauco, de Penco y de Concepción y la destrucción

de los fuertes de Tucapel, Purén, Angol y Villarrica, ya le habían demostrado por cuanto los conquistadores fueron acorralados y sometidos a los mayores sufrimientos.

El hecho de que se aprovechase de la montaña y que al igual que en Marihueñu y Catiray se valiese de estrategias que sólo en contacto con ella le podían dar resultado, no les podían aconsejar que se encerrasen en los fuertes, ya que éstos respondían a un deseo de permanencia y a una necesidad de defensa del predio agrícola y de la morada.

Tan cierto es ello que las empalizadas de Quiapo no se ven en Marihueñu, ni los fosos de Marihueñu en el lanzamiento de piedras enormes sobre la cabeza del enemigo en Catiray. Cambiaba el procedimiento como cambiaba la forma del atrincheramiento.

Así se vió que los soldados hispánicos que intentaron subir adonde se habían agrupado sus enemigos fueron detenidos y repelidos por los chileindianos que, lanzándoles grandes piedras, hirieron a muchos y produjeron la muerte a cuarenta y cuatro. En esta acción los indígenas recurrieron a un ingenioso procedimiento valiéndose de una condición del valle y de las laderas: levantar un enorme polvo que confundió al enemigo y lo envolvió en una densa atmósfera de tierra.

Este triunfo de los chileindianos, si no a la altura de los de Tucapel, Marihueñu, quebrada de Marihueñu y Catiray, al menos evidenció que a pesar de la extenuación y cansancio, el chileindiano estaba en lo mejor de sus transformaciones sociales.

En efecto, en marzo de 1576, a la entrada del invierno, para estorbar mejor al conquistador, y cuando ya iban transcurridos veintiséis años de guerra, el campo de operaciones sufre una evolución profunda.

Se había combatido en las inmediaciones de la costa, en Arauco, Tucapel y Purén y al principio en las márgenes del Bío-Bío. La zona de combate habría sido cuando más algo menos de la cuarta parte, sin que por eso se quiera decir que las otras regiones permaneciesen indiferentes y no aportasen su concurso en hombres y en provisiones; muy por el

contrario, al suspenderse las hostilidades debieron servir de refugio obligado y oculto de los combatientes. Tan efectivo es ello, que ahora la guerra iba a localizarse más allá de la zona clásica.

En ese hecho, aunque parezca una exageración y un recurso de retórica, sociológicamente se trasunta un profundo sentido real de las necesidades y contingencias de la vida. Los chileindianos debieron haber meditado que si todas las zonas a un tiempo entraban en la guerra, después no habrían tenido quién labrase los campos ni recogiese las cosechas y con ellas mantener a los propios guerreros. Además, en caso de derrota se podían refugiar y ocultar en ella y acaso una suma habilidad indígena haría entrever que aunque fuera a cambio de una paz aparente el resto de las zonas no serían molestadas.

De no haber sido así no se comprende el levantamiento y no se podrían aceptar razones de fuerza de uno y de otro lado. El chileindiano, siempre en situación crítica, habría resultado poca cosa para obligar a los indiferentes y remisos a presentarse sobre las armas, en caso que lo hubieran sido. El chileindiano de la zona no guerrera todavía, aun expoliado, esclavizado y maltratado por el encomendero, a la vista de los resultados aún indecisos y problemáticos de los de la costa y de las márgenes del Bío-Bío, demás se percataría que con un levantamiento le iría peor.

Si bien es cierto que el espantoso terremoto de 1575 asoló a las ciudades de la región, Castro, Osorno, Villarrica, Valdivia e Imperial, y que el estado calamitoso del enemigo le presentaba una coyuntura singular, también es cierto que el cambio de zona de guerra obligaba a dejar de la mano a la clásica, puesto que siempre y de vez en cuando se operaba en alguna forma.

Lo que acontecía era un proceso muy explicable y que abarcaba a todos los conglomerados que se desenvolvían y empezaban a crecer. El cambio de zona obedecía a un crecimiento, ya que si se seguía donde se había ya luchado veinticinco años, el agotamiento de recursos, el conocimiento del terreno que poco a poco fué adquiriendo el enemigo, el

interés natural y la necesidad lógica de experimentar otras sensaciones, tanteando y buscando en otras tierras posibilidades que ya no se encontraban, forzosamente tuvieron que determinar el cambio del campo de batalla. El hecho que surgiese más lejos, en el corazón del territorio chileindiano, otra zona guerrera que equilibraba a la de la costa y las márgenes del Bío-Bío, demuestra la evolución de la guerra austral, la virilidad y el vigor del superorganismo primitivo y la vitalidad que iba cobrando la nacionalidad chileindiana.

Por lo demás, desde el instante que la guerra ganó la zona inmediata al Lago Riñihue, podía temerse que no acabaría nunca, porque allí estaba la selva, la más fantástica, cerrada y tupida selva que se haya visto en el Nuevo Mundo y cuyo inmenso prodigio todavía se puede contemplar con estupor. En el bosque inacabable, como otras columnas y otros ejércitos amigos, los chileindianos ganarían los enormes coligues y cipreses, y en esa forma no sólo sería difícil perseguirlos sino que se facilitaba la maniobra de los de la costa y de las márgenes del Bío-Bío, porque el enemigo tenía que verse obligado a distraer sus tropas.

Con el cambio de zona se produjo simultáneamente un hecho de la mayor importancia para el chileindiano y que puso de relieve el poder incontrastable que iba adquiriendo a medida que se desenvolvía, transformaba y crecía, especificando el proceso de la guerra.

La flecha envenenada que casi no se había usado en la conquista de América, hizo su irrupción terrible y trágica con espanto del conquistador. Los muchos que morían a consecuencia de ello infundían el pánico en los demás infelices soldados europeos. Para sus monstruosos y satánicos designios usaban varias hierbas, entre ellas el coligue, con las cuales conseguían que los heridos se hinchasen y muriesen a poco de recibir la herida.

Es posible que el chileindiano, que en la sociedad tribal había llegado a conocer y aplicar ciento veinte plantas, se afanase desde la aparición del enemigo europeo en descubrir tan terrorífico procedimiento. Si el enemigo había echado mano de las mutilaciones, ¿por qué él que se defendía y que

tenía la justicia de su parte no empleaba también medios extremos? Las monstruosidades se relacionaron y no tardaron en hacer más trágica la guerra.

La simultaneidad de la aparición de la flecha envenenada y de la manifestación guerrera de la zona central chilindiana, sociológicamente hace pensar que ésta no se decidió hasta no dar con aquélla, por más que la favoreciera el terremoto de 1575, que ocasionó al enemigo reveses quizá iguales o peores que los que se le había ocasionado en el litoral. Es posible que así haya sido por cuanto las inmensas selvas de las inmediaciones del lago Riñihue bien pudieron atesorar las hierbas buscadas con ansia, el *coligue* y el *voige*, tan apropiadas para su arco satánico. Con la nueva arma los chilindianos se crecían tan seguros como el enemigo con el arcabuz, la malla, la espada y el caballo y presentían que en las armas consistía la superioridad del enemigo, ya que no en su fuerza muscular ni en su número.

Desde 1575 en que se produjo el terremoto y se manifestó la flecha envenenada, en la región central del territorio chilindiano las correrías se sucedieron sin término ni medida.

Al parecer no se llegó a trabar una batalla en grande como la de Tucapel, Marihueñu, Quebrada de Lincoya y Catiray, porque así como el chilindiano desde los desastres de Caupolicán, Penco, Lagunilla, Millarapué, Cañete y hasta los de Quiapo (1557-58), ya no volvió a atacar de frente si no tenía efectivas probabilidades, valiéndose de las montañas y de las estratagemas que urdía, ahora ya no le interesaba enfrentarse por mero alarde de insensata bravuconería. La experiencia le había curado de toda nerviosidad y marchaba y accionaba sobre seguro, toda vez que aunque murieran todos por exterminar a los enemigos sabían por amargas y dolorosas pruebas que otros volverían a presentarse de nuevo porque eran innumerables y estaban fraccionados.

Después del asolamiento de las ciudades por el terrible terremoto y el empleo de la flecha envenenada, los españoles se replugaron a las márgenes del Bío-Bío, en donde esta-

ban los fuertes y poblaciones primeramente fundados, convencidos también por su parte de que era peligroso atacar cara a cara al enemigo.

La flecha envenenada y la selva hacían poco menos que invencibles a los chilindianos. La flecha, sobre todo, era un arma terrible, contra la que se subleva el sentimiento humano, una ofensa a la piedad y a la justicia; pero al fin y al cabo un recurso de guerra, una necesidad combativa. Marca una civilización guerrera en incesante transformación. Sociológicamente cabe pensar que la cultura, la justicia, la educación y la psicología mítica no eran como antes, y si no degenerado habíanse torcido y desviado hacia el mal al mecanizarse en la guerra. Así acontecieron hechos a primera vista incomprensibles en la nacionalidad chilindiana, pero explicables a causa del desenvolvimiento guerrero, que los atenúa. Es posible que dada su cultura y desarrollo psicológico no fuesen los jefes y principales caudillos los que ejecutasen estos actos, sino los indios incultos y venativos de la cordillera, de la región de los lagos y de las islas.

La guerra agudizó la crueldad del chilindiano, si bien en esto no hizo más que imitar al enemigo, que continuaba sometándolo a terribles mutilaciones.

Después de treinta o cuarenta años de guerra, es cuando los protohistorialistas empiezan a advertir las crueldades chilindianas. Valdivia, que escribió cartas reales, Ercilla en su vasta obra poética y Góngora de Marmolejo en una minuciosa historia que abarca hasta el año 1575, no nos aportan datos respecto a los horrores que más tarde cometa el indígena, y eso que actuaron en el propio terreno.

En 1588 González de Nájera empieza a aportar datos y a revelar costumbres extrañas como la del suplicio. ¡Al írsele acabando la vida al prisionero le sacan el corazón sangrante y aún caliente y de mano en mano lo van pasando entre caciques y capitanes, mordiéndolo cada uno y chupándolo!. Aunque los aztecas y otras razas guerreras hacían lo mismo, psicológicamente, con algunos reparos, se podría adelantar que se trataba del perfilamiento de algo que llamaríamos *antropofagiagolatría*.

González de Nájera, que en su calidad de capitán y de guerrero no pudo observar bien, no se muestra reñido con la verdad en absoluto, si bien en su obra son manifiestas las exageraciones y mentiras.

A él se debe la noticia que con las canillas de los españoles hacían los indios cornetas y flautas y que en las ceremonias llevaban la piel seca de los españoles como máscara y que de las calaveras hacían vasos para beber.

En estos hechos, como en lo del corazón, sociológicamente se advierte una relación profunda de psicología mítica que no comprendió ni podía comprender el europeo. Es posible que las cornetas, flautas, máscaras y vasos sirviesen para las ofrendas y libaciones, puesto que el chilindiano era bastante supersticioso.

El protohistorialista que vamos siguiendo, agregaba: «Es tan grande la rabiosa e insaciable sed de que no quede memoria de nosotros, en vida ni en muerte, que hasta los huesos se beben quemados y hechos polvo, mezclados en sus vinos.»

Y para hacer más sombrío el cuadro agregaba: «A muchos, a vista de sus ojos, les van comiendo pedazos del cuerpo a medio asar.»

Psicológicamente habrá mucho de cierto en la horrible pintura; pero existe la atenuante de las circunstancias que contribúan a la realización de semejantes atrocidades. Lo raro, como ya hemos dicho, es que cronistas que estuvieron en el propio terreno durante los primeros cincuenta años de guerra, no hayan adelantado nada sobre un hecho tan trascendental, tanto más cuanto en América era corriente la antropofagia, pues hasta los aztecas, aun el propio Moctezuma, comían carne humana. Los tlascaltecas aliados al mando de Cortés, se alimentaban con los aztecas caídos en el sitio de Méjico. Los horribles sacrificios humanos, tan generalizados aún entre los incásicos, no dejaron de ensombrecer el alma de los conquistadores.

Lo probable es que después de casi cincuenta años de guerra, de la misma forma que el europeo, el chilindiano quebrantase principios morales tradicionales y por venganza

acaso cometiese alguna monstruosidad. También es probable que los hechos se circunscribiesen a determinados grupos, porque en las frecuentes treguas de dos, de tres y de cuatro años, era raro que matasen a algún español.

El hecho, de ser verídico, podría resultar en último caso guerrero, no social ni mucho menos nacional, porque los prisioneros europeos eran pocos para tantos indios y no alcanzarían para todos. En 1553 hicieron unos ciento cincuenta y hasta diez años después, en 1563, en Catiray, no hicieron más, otros cuarenta, habiendo transcurrido dos lustros sin haber hecho prisioneros.

En tales condiciones no puede presentarse el hecho como una cuestión social, aunque después de González de Nájera, otro protohistoriador, Rosales, nos informaba casi de lo mismo, tal vez copiándole, pero sin aludir a lo de «comer pedazos de su cuerpo a la vista del prisionero».

Lo del corazón, las canillas y la calavera pueden justificarse como una transformación de la psicología mítica, así como la molienda de huesos de los prisioneros europeos para beberse el polvo con chicha o vino. De esto a comer pedazos de carne medio cruda, dista un abismo enorme aun tratándose de indígenas, por cuanto ya estaban acostumbrados a hacer libaciones con la chicha en sus ceremonias y constituía uno de los fundamentos de sus tributos míticos.

Ni en los mayores años de necesidad ni cuando se les acorralaba como fieras se les vió comer a los chilindianos carne humana, y nunca se supo de sacrificios ni de maleficios corporales, pues ni siquiera se horadaban ni desfiguraban el rostro como acostumbraban las tribus incásicas, por ejemplo, que se perforaban las orejas y narices para colgarse diversos amuletos.

Es posible que por venganza o para infundir mayor odio y mayor decisión en los combatientes, se inclinaron los principales caudillos a comer pedazos del cuerpo de los jefes enemigos; pero jamás se observó que hicieran lo mismo con las mujeres europeas que caían prisioneras. El propio González de Nájera expuso que los indígenas de las inmediacio-

nes de Purén eran los que más respetuoso trato daban a las mujeres apresadas.

Por lo demás, si nuevos aportes llegaran a confirmar el hecho, aunque en escala restringida, sociológicamente habría que hacer observar que se trataba de una guerra defensiva y que la antropofagia no podía ser la misma que en las horas de paz.

En una guerra defensiva que a veces tenía resplandores de infierno, no era raro que el chileindiano llegase a tal monstruosidad, ya que una guerra tan monstruosa debía haberle connaturalizado con toda clase de excesos.

Pero de ahí a creer en la antropofagia cruda y cerrada dista mucho. Ésta pudo existir contra los jefes enemigos simplemente, o, como en el azteca y el tlascalteca, con las tribus que venían. Los chileindianos no fueron antropófagos, como no lo fueron los europeos que, sitiados en Villarrica a raíz del levantamiento de 1598, se vieron obligados a comer los despojos de los indios auxiliares que morían. Si alguna vez comieron un pedazo de carne semicruda de algún prisionero de calidad, sociológicamente no se les puede acusar de antropofagia, puesto que si la guerra no hubiéra mediado el chileindiano hubiese continuado siendo como antes. Si el vicio o la degeneración existió fué por la guerra, y tanto es así que los indios australes desconocían la antropofagia y los propios protohistorialistas jamás observaron que los indígenas de ultra Bío-Bío la practicasen, aun a escondidas, con los chileindianos que caían a millares, lo que vendría a probar que tampoco aquéllos la practicaron.

En la guerra tremenda y en un indígena de tan profunda psicología mítica como el austral, psicológicamente se advierte la equivalencia de las circunstancias y de los sentimientos éticometáfsicos. Si no fuera así, creeríamos que el indígena era una bestia y que estaba incapacitado para sentir y exteriorizar sus más íntimas creencias supersticiosas.

Lo que era antropofagia para el soldado protohistorialista, para el chileindiano no sería más que un desahogo mítico, y sociológicamente es posible que al morder y chu-

par el corazón del prisionero sacrificado creyera a ciencia cierta que no tardaría en hacer llegar sus dientes al de los encarnizados enemigos vivos merced al maleficio diezma-dor. Al moler los huesos y revolver el polvo con chicha, su bebida clásica y nacional, es probable que conjurase a sus dioses y al hacer sonar las trompetas y flautas hechas con cañillas de prisioneros y al beber en las calaveras de blancos invocase a su sombrío y terrorífico *Pillán*.

Así entendidas las cosas, el sociólogo relaciona una profunda transformación de la psicología mítica, y semejante proceso hace pensar que desde que la guerra la había ganado, sacudiendo la intimidad milenaria y ancestral de los sentimientos colectivos, podía darse por definitivamente social, nacional, propugnadora de un proceso específico.

Paralela a la transformación míticoguerrera, sociológicamente se advierte una profunda transformación que viene a confirmar nuestros reparos y dudas sobre lo aseverado por González de Nájera. El 18 de enero de 1578, después de treinta años de estabilizada la guerra, el *ulmén* Ulpellen, en rescate de su mujer e hijos entregó al español Diego de la Fuente, que tenía cautivo hacía veinte años. Barros Arana, no comprendiendo tampoco a los chileindianos, decía comentando el acontecimiento: «Así, pues, aquella guerra cruel y despiadada comenzaba en medio de sus horrores y devastaciones a civilizar a los indios, haciéndoles comprender que era ventajoso respetar la vida de los prisioneros para rescatar a sus propios parientes que hubieran caído en poder de los españoles, o para obtener algunos objetos que despertaban su codicia.»

Al ilustre historiador se le olvidó agregar, basándose en el testimonio de González de Nájera, que no todos los prisioneros eran sacrificados, ni se les arrancaban pedazos del cuerpo para comerlos medio crudos a la vista de la víctima, pues los chileindianos dejaban algunos para utilizarlos. y por esto dispusieron de numerosos herreros. Tampoco se hace constar que el indígena atemperaba sus procedimientos a los del invasor, que ya no sólo les cortaba los pies y los arrancaba de su propia tierra para obligarlos a servir lejos,

en las inmediaciones del desierto de Atacama o en el Perú, bajo climas opuestos o en terrenos malsanos, cayendo en peores horrores que los de los incásicos, sino que empezaba a arrojar ollas de alquitrán hirviente, como en la batalla de Catiray en 1567, y alcancías explosivas, según el mismo protohistorialista que en forma ligera imputó al chileindiano hechos de dudosa generalización.

La nacionalidad austral, que había demostrado tanta aptitud y tanta habilidad para ir transformándose paulatinamente, no podía renunciar a los resultados inmediatos que obtendría conservando la vida de los prisioneros y castigando con el suplicio, así como ellos hicieron con Caupolichán y Galvarino, los más crueles y empedernidos enemigos.

La conservación de la vida de la mujer española fué proverbial entre los chileindianos, y no se sabe de ninguna que fuese sometida a tortura, sino al contrario. El propio González de Nájera expone que muchas europeas que tenían hijos de indios, no quisieron abandonar ni a los hijos ni al padre.

El rescate de prisioneros debió empezar mucho antes de lo que advirtió Barros Arana, pues los combatientes de determinada región y en el instante de las frecuentes treguas cambiaban prisioneros por elementos de vida o seguridades. Después se observó que procuraba, y a veces salió con la suya, echar mano de los arcabuceros, y así sería cuando en el combate del 21 de marzo de 1578 en las ásperas serranías que formaba la cordillera oriental en las inmediaciones de Marihueñu y Catiray, empleó bastante el arcabuz.

Más adelante no dejó de observarse que al igual que el arcabucero, puso tenaz empeño en aprisionar herreros, que les enseñaron a fabricar el hierro.

El ejemplo clásico de respeto a la vida del prisionero, se dió con Núñez Pineda de Bascañán, que al ser rescatado escribió sus impresiones en su vasto *Cautiverio feliz*.

El sociólogo se pregunta cómo sin respetar y conservar la vida de los prisioneros, y a su vez la de las prisioneras europeas, hubiera podido el chileindiano transformarse tanto y acentuar una efectiva evolución, ya que la sangre espa-

nola empezó a penetrar en la sociedad chileindiana. El fecundo lazo biológico de la humanidad, la savia de la civilización, iba penetrando en la nacionalidad chileindiana con el infiltramiento de la sangre superior.

El hijo de la civilizada y del semicivilizado, revela sociológicamente el grado, la transformación moral que se estaba operando en el mundo austral.

El nuevo germen no sólo tendería a endulzar las costumbres, sino más bien a armonizarlas, y empezó a dar al chileindiano la oportunidad para que se sintiese más humano, puesto que le había sido casi imposible relacionarse con otras sociedades.

Lo que no se vió en la conquista, y en la colonia en grado restringidísimo, que el aborígen tuviese hijo de española, se observó de manera rotunda entre los chileindianos. Hay quien calcula en medio millar las mujeres hispánicas apresadas que dieron hijos a los chileindianos. La cifra resulta excesiva por cuanto los elementos europeos que penetraban o bordeaban el área guerrera no pudieron ser muchos tampoco. Solamente en el rescate de 1604 en Purén, se logró reunir un centenar entre mujeres y niños españoles.

La mezcla racial, como es natural, empezaría a transformar la nacionalidad chileindiana y resultó uno de los más fecundos fundamentos del proceso específico que ya estaba por convertirse en una secular tradición guerrera nacional.

El proceso específico guerrero estaba debiendo su culminación a una extrema medida político-guerreroeconómica que no deja, por ningún motivo, de confirmarlo.

A los veinticinco años de empezada la guerra los conquistadores se vieron obligados a echar mano de recursos extremos. Instituyeron la esclavitud de los chileindianos sorprendidos con el arma al brazo y se llegaron a efectuar campearadas para esclavizarlos, como las de julio de 1577 en Arauco y Millarapué.

La esclavitud se confundió con la mutilación del pie cortado, y en esa forma cada soldado apresador podía vender a un chileindiano a condición de que lo sacase del territorio y lo llevase lejos. Así fueron conducidos algunos esclavos

vos mutilados aborígenes al Perú, y, en 1577, unos trescientos cincuenta a Coquimbo, casi a las puertas del desierto de Atacama. Después se herró a los esclavos, y pasados cincuenta años aún se seguía el lúgubre procedimiento.

La esclavitud, mutilación y herrada del chileindiano llegó a convertirse en una verdadera norma, y este hecho que confirma la gravedad de las cosas, no sólo se debió a las circunstancias y a la necesidad, sino más propiamente a una política previsorá.

Es cierto que la venta de esclavos sostenía y alentaba las actividades de los soldados conquistadores, y no dejará de reconocerse que el sacarlos del territorio con un pie mutilado y conducirlos lejos, a fin de que no volvieran jamás, obedecía a una atroz política. Ya que con las armas y la muerte no se había podido doblegar al guerrero indígena, hubo necesidad de iniciar una labor de debilitamiento moral y social, arrancándolo del suelo tan amado por él. Por más cruel que el procedimiento resultase, era necesario para el conquistador, e implícitamente reconocía la beligerancia y el carácter específico del proceso que se estaba desarrollando hacia cerca de medio siglo.

En la conquista de América no se llegó nunca a tan extremada política y aun para suavizar los sufrimientos del indio se decidió y afianzó la trata de esclavos negros. Entre los chileindianos, por el contrario, el sentimiento fecundo y luminoso que elevó la conquista y restañó las heridas, por excepción fué sofocado y ahogado, abriéndose un amplio paréntesis.

Tenía que ser muy terrible, aciaga, porfiada e indomable la resistencia chileindiana para que se obrase así y se quebrase una tradición de bondad y ternura humanas.

La esclavitud chileindiana, mucho más terrible que la negra porque se trataba de seres sociables y más evolucionados y aun de sombríos mutilados, obedeció, también, a un principio económico. Con ella el soldado se ayudaba y subvenía a sus gastos, puesto que la mayor penuria los rodeaba.

Se ha de saber que el tesorero del rey, Alderete, después

de diez años de guerra, llevó, no de Chileindia, que jamás aportó un centavo, sino del reino de Chile, la cifra pequeña y miserable de sesenta mil pesos oro. Ocho años después, un gobernador, para enviar algo, se apoderó de mercaderías y dineros que llegaron a sumar quince mil pesos oro, suma realmente enorme si se piensa en las penurias que ocasionaba guerra tan larga. Las rentas del tesoro real iban disminuyendo; así se vió que en 1568 producía el impuesto de treinta y cinco a cuarenta mil pesos, mientras que en 1583 no alcanzaba a veintidós mil. Cómo sería de desesperada la situación económica del reino, que al cumplirse casi medio siglo las deudas del erario pasaban de trescientos mil pesos. No obstante, España, al revés que en las otras conquistas, tenía que desembolsar grandes cantidades para el envío de trescientos treinta y cuatro soldados y los correspondientes pertrechos de guerra en 1576.

En realidad, el angustioso proceso económico pone en evidencia la magnitud avasalladora de la guerra chileindiana, que, al cumplir el medio siglo, ya no podía seguir siendo considerada de conquista.

En tanto que la hacienda pública se asfixiaba en medio de las mayores penurias, los chileindianos seguían más esforzados y habilidosos que nunca.

A fin de no estimular al enemigo con el espectáculo de sus muertos, que a veces parecían producto de una verdadera siega, discurrieron un cuerpo de retiradores y ocultadores que presto los sacaban de entre las piernas de los combatientes o de las patas de los caballos. Y hasta llegaron a raparse la cabeza para quitarle al enemigo la posibilidad de cogerlos y arrastrarlos por los cabellos. Psicológicamente, ambos hechos revelan el intenso sentimiento guerrero del indígena. Ocultándole los despojos sangrientos, que los llenaría de dolor y pena, evitaban estimular al enemigo. El raparse los cabellos que amaban tanto, que eran un signo mítico, ocasionó una larga guerra entre los calchaquies. Esto les costaría lágrimas de sangre; pero no importaba porque había que resistir siempre, someterse a todo.

Lo admirable era que esa resistencia porfiada que du-

raba casi medio siglo en sus propios lares, sin ser alternada con alborozados triunfos en la ultrafrontera, persistiese como si hubiese empezado la víspera.

Cuentan los protohistorialistas que el 27 de noviembre de 1578 trabaron los chileindianos un combate feroz en el pequeño valle de Guadalava, cerca de Lumaco, y que el 5 de diciembre del mismo año atacaron la ciudad y fuerte de Angol. Desde 1578 hasta 1584, en medio de los apuros para resistir a los corsarios, los chileindianos sitían fortines y ciudades. En el año 1586 atacaron Angol y cerca del fuerte de Purén procuraron apropiarse de los caballos. En la noche del 24 de febrero de 1586 penetraron en la ciudad angolina por tres puntos distintos y le prendieron fuego, quedando las tres cuartas partes destruídas. Poco después se vió obligado a capitular Purén, huyendo sus defensores a Angol, y los indígenas destruyeron hasta los cimientos del poderoso fuerte. En los veranos de 1587 al 89, los conquistadores se mantuvieron a la defensiva dados sus mediocres elementos, y, no obstante, en noviembre de 1590, en la célebre cuesta de Marihueñu, en donde ocasionaron al enemigo el terrible desastre de 1554, atacaron al conquistador. Casi todos los españoles resultaron heridos. Como la amenaza de los corsarios iba en aumento, transcurrieron algunos años sin combates, hasta que con la llegada del nuevo gobernador, que empieza por fundar dos fuertes, reanudan los hostilidades en el invierno de 1597 atacando los chileindianos el fuerte de San Salvador (antiguo Purén) recién fundado, empezando por desviar la corriente del río Lumaco para anegar el sitio fortificado y obligando a los conquistadores a abandonarlo ante el inminente peligro. A pesar del invierno lluviosísimo los indígenas persistieron todo el año en sus correrías. A la entrada del verano siguiente, en la noche del 22 de diciembre de 1598, trescientos chileindianos, divididos en tres cuadrillas y al mando de Pelantaro, Anganamón y Guaquimilla, sorprendieron el campamento del gobernador con cincuenta españoles y como trescientos indios auxiliares, acampados en un sitio llamado Curalaba, a orillas del río Lumaco, encajonado por altas barrancas. De los cincuenta europeos

apenas quedaron dos vivos, un clérigo y un soldado revuelto entre los muertos. Este desastre español, el segundo en que acaecía el propio gobernador, constituyó uno de los más grandes triunfos chileindianos, evocación de los de Tucapel, Marihueñu y Catiray. Después de este formidable triunfo los chileindianos provocaron en el verano de 1559 un levantamiento que abarcó la inmensa y larga área que comprende desde los lagos y canales de las inmediaciones de Osorno, por el sur, hasta la ultrafrontera, las márgenes del Maule, adonde había llegado Lautaro y que hacía medio siglo que no habían vuelto a divisar. Fué algo impetuoso, como una ola austral. El 16 de enero de 1599 atacaron el fortín de Longotoro y dieron muerte al jefe de la guarnición y a algunos soldados, y el mismo día sitiaron a Arauco, manteniéndose doce días en las trincheras y empalizadas que habían levantado en las inmediaciones y desde las cuales desafiaban a los sitiados; y sólo al ver que no salían a presentar combate y antes de desaprovechar la oportunidad del levantamiento, corrieron a otras regiones. El 11 de febrero de 1599, en las serranías de Caramapangue, sorprendieron una columna que dejaron llegar a un sitio estratégico montañoso, en donde la atacaron con ventaja, matando a ocho españoles, incluso el jefe. El 23 del mismo mes los chileindianos atacaron Angol, haciendo huir a los europeos después de ocasionarles cuatro muertos y de haber destruído la ciudad y casas de los alrededores. En esos mismos días cercaron el fuerte de Mulchen, mataron a todos sus defensores y prendieron fuego a las empalizadas y defensas. En el centro, en Imperial, empezaron a recorrer la región, robando los ganados, destruyendo las haciendas y matando a unos cincuenta enemigos entre agricultores, familiares y soldados. En Boroa, a unas dos leguas de Imperial, quedó destruído el fuerte y perecieron seis europeos. Pocos días después, el 8 de abril, en el mismo centro de operaciones, cortando primero toda posible retirada mediante la destrucción de las balsas que había en el río Cauten, aniquilaron una compañía de treinta y cinco hombres, incluso el capitán. Esta batalla se ponía a la altura de las grandes del pri-

mer medio siglo. El corregidor de Valdivia, en auxilio de Imperial, apenas puso reunir veinte europeos, que fueron liquidados en las cercanías del río Tolten. Villarrica, al pie de la cordillera de los Andes, fué asediada en tanto que la simultaneidad del ataque se dejaba sentir en el norte, más allá de la frontera, y el 7 de marzo, a una legua escasa del Bío-Bío, se abandonó Santa Cruz, siendo saqueadas y quemadas las casas recién abandonadas. En la misma orilla del Bío-Bío abandonaron también los españoles el fuerte Jesús. Los chileindianos, libres de impedimenta, avanzaron por el norte hasta Chillán, ciudad destruyeron y donde mataron cinco o seis europeos, aprisionando a treinta mujeres y niños y llevándose cuanto pudieron. Ya dueños de las márgenes fronterizas, se desviaron hacia la costa para sitiar a Arauco. Dominado el norte y angustiados el centro y la costa, avanzaron hacia el sur. En la madrugada del 24 de noviembre, divididos en cuadrillas que cerraban todas las calles para evitar fugas y montando más de la mitad a caballo, cerca de cinco mil chileindianos atacaron la ciudad de Valdivia, bella y floreciente, que quedó completamente destruída, pereciendo más de cien españoles entre hombres, mujeres y niños. Los cautivos pasaban de trescientos. Apenas pudieron escaparse unos pocos en tres buques mercantes que casualmente estaban fondeados allí. En trescientos mil pesos, tanto o más de lo que ascendían las deudas públicas de todo el reino de Chile, se estimaron las pérdidas de la destrucción de Valdivia, el mayor desastre tenido por las armas europeas. Con el ataque a Osorno, en el extremo sur, en donde acometieron a la ciudad por las cuatro partes poseídas de una furia espantosa, se cierra medio siglo de guerras.

El vigor y la simultaneidad del ataque debieron sorprender a los españoles, que no pudieron salvar ciudades como Valdivia, Imperial, Osorno y Villarrica, a pesar de llegarles constantes refuerzos.

Según informes protohistorialistas, en 1576 llegaron 334; en 1584, 390 con el gobernador Sotomayor y 300 en 1587, todos procedentes de España. Del Perú llegaron 140 en 1597

y en 1599, 130. Ya no se trataba de expediciones de voluntarios como los que conquistaron el Anáhuac y el Imperio inca, sino un alarde de fuerza militar organizada que daba a entender que las cosas habían cambiado en América, que los indios oponían una resistencia desconocida hasta entonces. Y si bien es cierto que no surgió otro Hernán Cortés, no por ello hay que rebajar los méritos de Valdivia y Sotomayor, experimentados en las guerras europeas.

A pesar de tan considerables refuerzos, el ejército conquistador resultó impotente para sofocar el levantamiento de 1599, que arruinó los esfuerzos civilizadores. Las pérdidas materiales fueron un millón de veces superiores al oro enviado a España en este primer siglo de la conquista y las vidas sacrificadas entre jefes, gobernadores, soldados y agricultores, pasaron de mil. Jamás había perdido tanto España en territorio americano.

Sobre el proceso específico chileindiano, surgía el fenómeno sociológico. Se estaba en presencia de dos grandes causalidades sociales: la incorporación del metal a la civilización primitiva y la circunstancial feminización de la jefatura. El chileindiano, tras medio siglo de guerrear, pasó bruscamente de la piedra al hierro, sin conocer el bronce, hecho que sociológicamente revela las aptitudes del chileindiano para su desenvolvimiento social. Sin las armas metálicas no se hubiera estabilizado la resistencia de los chileindianos, así como no hubiese avanzado su arquitectura sin las herramientas de metal.

No cabe duda que los chileindianos llegaron a trabajar el hierro. De lo contrario no habrían podido armar sus ejércitos, ya que las que Lautaro y los suyos recogieron a los indios en Tucapel, eran insuficientes para un núcleo algo importante. Los aztecas e incas fabricaban todos los metales, menos el hierro, y se asegura que para el acero empleaban un procedimiento originalísimo, que se ha perdido. Fabricaron incluso una especie de espada que emplearon mucho.

El hierro en bruto lo obtenían los chileindianos del enemigo y no arrancado de las entrañas de la Naturaleza. De

haber tenido minas la guerra habría tomado desde el primer momento más terrible aspecto. El chileindiano hubiese sabido aprovechar el mineral como supo emplear el veneno de sus plantas para envenenar las flechas.

Es asombroso que sin primeras materias, sin más medios que los despojos que obtenían, llegase el chileindiano a crear una metalurgia aplicada al armamento. Esto, que indica una facultad de invención, demostraba que la lucha no acabaría fácilmente.

Al principio los chileindianos se afanaron por arrebatar las armas metálicas del enemigo. En Tucapel recogieron espadas, corazas, coseletes, espuelas, etc., y en Marihueñu arcabuces y piezas de artillería. Las espadas, corazas y coseletes empezaron a usarlos después de la tregua de tres años, al segundo de haber comenzado la guerra. Parece que ya en la batalla de Quiapo, en 1557, se dispuso el indio a emplear el arcabuz; pero lo cierto es que cinco o seis años más tarde empleaba la espada como lanza luego de haberle arrancado la empuñadura y que en 21 de marzo de 1578 manejó aceptablemente un arcabuz, si bien no falta la versión que atribuye este manejo a un cautivo que se vería obligado a ello. De todos modos, hasta las montañas debieron sentirse sacudidas de emoción al disparar manos indias por primera vez un arcabuz. Estos tiros, los primeros que partían del campo chileindiano, fueron el anuncio de la rápida preadaptación.

Desde entonces sintieron la necesidad de poseer hierro y de aprender a forjarlo, y se dedicaron a la caza de un herrero con más afán que si persiguieran a un gobernador. Y una vez en su poder lo miraron con más prevención que a cualquier otro soldado, puesto que sabía fabricar cosas tan destructoras e infernales.

Refiere González de Nájera que a los herreros cautivos les obligaban no sólo a enseñarles el oficio sino a que anduviesen con ellos vestidos a la india, descalzos, les imponían sus mismas costumbres y les cambiaban sus nombres españoles por otros chileindianos.

Esto señala una verdadera evolución, un hecho socioló-

gico de importancia, y evidencia el grado de cultura a que había llegado la nacionalidad chileindiana. El herrero español ya no era un cautivo, un enemigo peligroso y temible. Era una fuerza social, una técnica manual que había que incorporar al acervo de la comunidad de la misma manera que en la sociedad tribal habíase incorporado el perro salvaje patagónico, el chilihueque, la vicuña, el luanaco y comenzaba a hacerlo con el caballo y la cabra de los españoles. Y si a los animales domésticos tuvo que domesticarlos, al herrero habría de transformarlo, desnacionalizarlo, apartándole de su civilización.

La nacionalidad chileindiana no aspiraba tan sólo a la simple fabricación de armas. Quería la profesión, conocer el oficio, crear una nueva institución social, la del trabajo organizado. El herrero debía acabar siendo un chileindiano más, y para ello se le daba una esposa, a la que se le confiaba la misión de matarle si en presencia de los suyos trataba de llamar la atención o creaba un grave peligro.

Al proceder así, cabe pensar, psicológicamente, que el chileindiano quería convertirse en herrero. Y lo consiguió.

La aparición del herrero chileindiano marca la culminación del proceso específico. Claro que este herrero no se dedicaba a la forja de hierros artísticos. Su fragua sólo se aplicaba a fabricar espadas y lanzas y con el correr del tiempo llegó a la fabricación de la terrible hacha a semejanza de su antigua de piedra y con la cual derribaba empalizadas y defensas en los sitios de Arauco, Concepción y Angol con la misma facilidad que si talase árboles en sus bosques.

Encontrar hierro fué la obsesión de los chileindianos. Por obtenerlo, dice González de Nájera, pasaba a nado los ríos, cubría largos trechos cubiertos de abrojos que le hacían sangrar los pies, afrontaba las tormentas nocturnas y se exponía a los mayores peligros en ciudades, fuertes, fortines y haciendas.

A los prisioneros obligábase a enseñarle el manejo de las temibles armas de fuego que arrebatada al enemigo. En Quiapo, Marihueñu y en el sitio de Imperial (1557-9), emplearon ya arcabuces y escopetas. La pólvora la fabrica-



ban con el azufre de los volcanes que abundaban en la región, con el salitre de los montes y quebradas y con el carbón de espiño que ya sabían producir.

La importancia del arcabuz en una época de milagrerías, era tremenda. El indio tropical lo temía y ante su estampido huía acobardado. Los cuentos y leyendas que comenzaron a circular entre los indios, le atribuían las cosas más increíbles, así como a los españoles el poder más misterioso. Decían los indios que el arcabuz lo disparaba un ser fantástico, poblador de las selvas, al que nunca se le acababan las balas, y al paso de los españoles miraban al caballo y al jinete, que creían una misma pieza, paparruchas que circulaban entre los constructores de las *chinampas* aztecas, de los caminos incásicos y de la nave chilindiana.

Si la metalurgia puede ser considerada como la culminación sociológica del proceso específico, la jefatura femenina guerrera fue la máxima culminación. Contrastando con la abstención guerrera de la mujer española, que no tomó parte en los hechos bélicos si se exceptúa el ejemplo de la que en 1554 reprochó a sus connacionales por amilanarse y huir, la mujer chilindiana participó en los combates repartiendo alimentos, socorriendo a los heridos y sepultando a los muertos, ya en los primeros choques ultra Bío-Bío. Después, en el primer levantamiento tras la tregua de tres años, las mujeres aparecieron en la cuesta de Marihueñu formando una masa compacta y contribuyendo con sus maniobras al éxito de una de las batallas más decisivas para el aborigen continental. Además de combatir, declara Góngora de Marmolejo, acarreaban los gruesos maderos que dificultaban el paso del conquistador a través de quebradas y laderas.

Ercilla, aunque no estuvo en la batalla de Marihueñu, relata en versos vigorosos el prodigio femenino. Al decantarse la victoria por los chilindianos descendieron las mujeres de la alta cumbre lanzando gritos que «herían el cielo» y tomando a «los ya muertos las espadas».

Esos gritos eran el *chivateo*, gritería infernal que seguía a la victoria, clamor que surgía del alma de la compañera

del indio y que constituía el mejor resumen del entusiasmo que sentían al vencer tras los sufrimientos experimentados.

Y en su inspirado Canto X refiere el mismo poeta que las mujeres indias corrían mejor aun cuanto más preñadas, y que hasta las que estaban de ocho meses saltaban sobre los caballos que quedaban sin gobierno tras las impetuosas cargas, cabalgando como verdaderas Amazonas.

Estos hechos pintan la virilidad de la mujer chilindiana, puesto que tales prodigios no los realizaban en terreno llano sino en las más ásperas fragosidades del continente, caso único en la conquista, pues ni aun en el Análucac logró el azteca conducir un caballo.

Al correr las mujeres australes rápidas como flechas, demostraban el impetuoso sentimiento que las arrastraba a la guerra, sentimiento paralelo al ambiente o al proceso específico de la cultura y los sedimentos sociales.

Al tomar las espadas de los muertos y perseguir al conquistador vencido, no sólo revelaba su valeroso ardimiento, sino que reflejaba la huella profunda dejada en su alma por la herencia biopsicológica y que la encaminaba a predisponer los sentimientos latentes acumulados por infinitas generaciones en los milenios de lucha trágica contra la naturaleza madrastra. Realmente, la mujer chilindiana revelaba la disciplina social a que había llegado la colectividad.

Góngora de Marmolejo, que llegó acompañando a Valdivia y que presenció los primeros encuentros, nos informa que durante las batallas las mujeres ganaban las cumbres, quebradas, lomas y laderas para seguir el curso de las operaciones para contribuir a la victoria con su valeroso denuedo en el preciso momento. En los momentos de tregua contribuía también de manera decisiva a afianzar los éxitos de la guerra.

El chilindiano, que para obtener mejor resultado cuando actuaba de centinela, espía, observador o rastreador no vacilaba incluso en entregarse prisionero a sabiendas de que se le mutilaría un pie o se le haría un brazo, es natural que emplease a su esforzada compañera en las más arriesgadas empresas. Y así como hasta las preñadas de ocho meses se

lanzaban a las batallas, las más jóvenes y hermosas se aprovechaban de sus encantos para ayudar a la victoria de los suyos con las poderosas armas del amor, con sus pérfidas seducciones. Las hermosas chileindianas, escogidas y preparadas por sus jefes, que se lanzaban valerosas y decididas al espionaje, debieron ser un elemento imponderable para llegar al éxito final. Su natural belleza seducía al soldado europeo, que buscaba en la bella indiecita solaz para sus largos ocios enervadores.

Acostumbradas a reemplazar al padre enfermo, al esposo ausente y a los hermanos inhábiles en las rudas labores de la labranza, a desjarretar a las fieras acometedoras que sorprenderían en las abruptas serranías, a luchar contra la naturaleza inclemente, ¿qué podía importarles manchar su cuerpo si la patria exigía su doloroso sacrificio? Fue su mayor abnegación y martirio.

Tanto la mujer como el hombre estaban siempre dispuestos a inmolar su vida. Cuenta González de Nájera que un chileindiano con aspecto de enfermo se presentó en un fuerte acompañado de su mujer y de un hijito. Iban llorando, implorando protección. González de Nájera, que a la sazón era jefe del ejército, les pidió nuevas de la guerra y el indio le contestó al punto que «más cuidaba él de comer que de otra guerra»; pero, finalmente, en medio de la noche, intentó incendiar el fuerte a la hora en que sus compañeros desencadenaban un violento ataque. Sorprendido en su traidora acción, el indio afrontó la muerte sin que se le arrancara una palabra ni aceptar los consuelos de la religión cristiana.

La hembra, bellamente triste, como son las indias, no podía dejar de sentir la inflamada conmoción de los suyos. Le tocaba su parte en el sacrificio y soportó estoicamente los vejámenes, los padecimientos y los riesgos de la guerra. Tanta herida abierta debió trazarle con rudeza inexorable su derrotero inconfundible. Tenía que ser un elemento primordial en la lucha armada y en la sacrosanta defensa de su causa puso lo mejor de la entristecida alma indígena.

El conquistador no disponía de tan valioso elemento.

Sus mujeres eran insuficientes y las ideas que sobre el honor tenían las viejas civilizaciones no les consentía actuar en el mismo sentido cerca de los indígenas. Ni ellas ni sus maridos hubiesen permitido semejante prostitución, que las chileindianas se imponían en holocausto a la patria y en defensa y estabilidad de la civilización primitiva. Esta mujer que contribuyó al desenvolvimiento del ambiente guerrero y a la formación del proceso específico, sólo merece respeto por su abnegada conducta.

¡Cuántas victorias chileindianas debieron a esa labor de zapa de la chileindiana! En las cosas del corazón nada se sabe a ciencia cierta, y de la hembra que prodigaba tantas caricias fingiendo un gran amor, no se podía sospechar que le diese al enemigo datos exactos acerca del armamento y caballos y de los soldados y número de indios amigos y aliados que componían las guarniciones y los destacamentos de los fuertes.

A esto se debía que el guerrero austral sorprendiese muchas veces al enemigo cuando éste se hallaba más tranquilo y confiado.

Pero donde culminó la importancia de la mujer en la guerra, lo que justificó todos sus sacrificios, fue en el levantamiento de 1588. Entonces apareció Janqueo, una de los jefes de la sublevación. Hasta entonces las mujeres habíanse limitado a ser auxiliares de los jefes, como Guacolda, la mujer de Lautaro. Ahora no era ya la compañera ni la ayudante; era el jefe mismo. Después de Lautaro había habido el mando supremo; pero éste habíase transformado y en los tiempos de Janqueo había simultáneamente *toqui*, *pilquitoqui* y *mitoqui*, con sus insignias diferentes, que consistían en unos bastones adornados con piedras. Esta división del mando se explicaba por la extensión del campo de operaciones, que comprendía varias regiones. La valerosa mujer asumió una de estas dignidades del mando en toda una región.

Psicológica y sociológicamente la aparición de la mujer jefe es un signo evidente del proceso específico guerrero, por cuanto la parte femenina de la humanidad era nivelada con la masculina, antropológicamente guerrera. Dicha nivela-

ción ya no se operó en la acción, como en la batalla de Marihueñu, sino en el pensamiento ejecutante, lo que equivale a decir que en toda la fuerza del proceso específico había llegado la mujer a abrazar funciones privativas del hombre.

El hecho, por demás interesante allí donde se habían operado tantas transformaciones, desde la sociedad tribal a la nacionalidad, desde el conato de rebeldía hasta el ambiente y el proceso específico guerrero, confirmaba las más profundas, complejas y variadas evoluciones y transformaciones. Sociológicamente, la relativa a la aparición de la mujer-jefe no fué la más interesante ni la más representativa, sino la consiguiente transformación de las ya múltiples e inveteradas. Con la aparición de Janequeo, la mujer, libertándose de su condición de subordinada y esclava, demostró aptitudes mentales y morales que no la distanciaban mucho del hombre.

El crecimiento moral de la guerra y el afianzamiento del proceso específico, obligó al indígena a una castidad extraña y curiosa que contrastaba con la del enemigo.

El chilindiano empezó a ser un poco casto, rehuyendo a la propia mujer para no enviciarse ni debilitarse. Antes de la guerra solamente los sacerdotes habían practicado la castidad, y es posible que diese los mejores resultados desde el instante en que fué practicada casi colectivamente en la guerra.

Frente al desenfreno de la soldadesca, la castidad chilindiana resultaba meritoria, pues el aborígen dejaba de abusar de los placeres genésicos y se abstenía de los placeres licenciosos para estar más sano y vigoroso. Su moderación habría de serle muy útil en la guerra.

Al despertar los instintos aborígenes de sangre, destrucción y exterminio bien pudo ocurrir que anestesiaran los genésicos.

La continencia del indio pudo ser impuesta también por la necesidad. El chilindiano peleaba generalmente en verano y otoño, y cuando venía el mal tiempo regresaba a su hogar y evitaba que la mujer quedase en estado para que al verano siguiente estuviese en condiciones de atender los

deberes derivados de la guerra y las labores de la labranza, lo que no le permitiría la maternidad. Escribe Ercilla que en los primeros diez meses de guerra perecieron en el campo de batalla numerosas mujeres embarazadas y que otras dieron a luz prematuramente a consecuencia de golpes o heridas. La maternidad habría de serles difícil a mujeres que corrían por los montes escarpados espoléadas por la guerra.

Y el mismo indígena, maltrecho, sin hogar, padeciendo hasta lo inaudito, ¿qué tentación habían de reportarle los apetitos genésicos si sólo soñaba con verse libre del enemigo y libertar su suelo?

Ante el espíritu heroico de la mujer chilindiana el sociólogo piensa en el papel decisivo que desempeñó en la estabilización del proceso específico guerrero. Ella vitalizó la inmensa potencialidad de la sociedad tribal.

A la virtud de la abstinencia añadía el chilindiano la del ayuno. Comía poco, y su frugalidad explica que fuese tan ágil y que resistiese sus fatigosas marchas a través de las ásperas fragosidades de la sierra.

El único alimento del indio durante el combate era el *ulpo*, compuesto de harina de trigo o de maíz y agua, que aplacaba el hambre y la sed. Después de las batallas solía regalarse de vez en cuando con mariscos o pescado. Este régimen permitíale mantener sus apreciables cualidades combativas.

Como eran humanos los chilindianos se entregaban a excesos en sus ceremonias de conmemoraciones victoriosas; pero no a la borrachera como se ha dicho. Es posible que estas ceremonias las celebrasen por turno y que en ellas sólo tomase parte el núcleo vencedor y sus familiares; mientras tanto, hacían su vida normal el grueso del ejército y la nación. De otra manera no hubieran dejado de exponerse a las iras del enemigo en acecho, y los chilindianos eran demasiado cautos para correr impremeditadamente tan serios peligros. El hecho de que ni aún en los momentos de fiesta y expansión soltaran su lanza, nos afirma en esta creencia.

El sociólogo debe ver la natural expansión de la alegría que reportaba el triunfo antes que lo que el protohistoria-

lista llamó el vicio de la borrachera, acusación que los historiadores modernos han venido repitiendo a pesar de la sobriedad del chileindiano. Durante la celebración de la victoria se bebía la clásica chicha; pero se pronunciaba discursos, se exhibía los trofeos, se ajusticiaba a los prisioneros y aun se servía un *chillihueque*. Saborear la bebida nacional no quiere decir que todos se emborracharan. Era uno de los placeres, tal vez el mejor de la ceremonia, durante la cual se congregaban también en torno del *canelo*, el árbol sagrado.

El motivo fundamental que les reunía era expansionarse, alborozarse después de los grandes sufrimientos experimentados. Es el júbilo cualidad propia de personas sanas y fuertes y ellos lo demostraban en sus ceremonias con un golpe de talones. El ruido de su taloneo era tal que la tierra parecía hundirse.

En este hecho, como en el *chivateo* durante el combate, residió uno de los secretos de su entusiasmo contagioso. En el alborozo del triunfo y en los horrores de la batalla el chileindiano recurría siempre al taloneo y a la gritería, manifestación anímica de su entusiasmo o de su aflicción.

El azteca, como los héroes de Homero, también conoció el *chivateo*. Este y el taloneo no dejaban de representar en el chileindiano un epifenómeno de la conciencia austral, expresión del más hondo sentir del alma colectiva.

Bastaba el grito para que desapareciera todo temor a la derrota y a la muerte y el taloneo alejaba todo retraimiento. Eran como un sortilegio que ganaba los corazones para el entusiasmo o los arrastraba a la muerte con impavidez escalofriante.

Un alma como la chileindiana, tan sensible a estas anímicas manifestaciones, resulta difícil de comprender para el que no ha vivido entre indios o conocido el entusiasmo contagioso de las multitudes. El grito y el taloneo eran formas de expresar los deseos que abrigaba el indio en su mente misteriosa, una manera de fortalecer el ánimo de los heroicos guerreros chileindianos.

Estos recurrieron, además, a otros procedimientos e invenciones asombrosas, de los que enumeraremos algunos.

El 20 de mayo de 1562, durante el cerco de Arauco que duró cuarenta días, se defendieron del mal tiempo, pues ya estaba entrado el invierno, guareciéndose en unas casitas que ellos mismos construyeron; querían evitar que la lluvia les obligase a levantar el cerco.

Antes de marchar al combate, se bañaban durante la madrugada hombres, mujeres y niños para robustecer sus miembros y acortaban su ración para estar más ágiles y se frotaban el cuerpo con pieles de huanaco o con las plumas de determinadas aves para que se les comunicase la ligereza de movimientos que eran peculiares a los animales de que procedían las pieles o las plumas.

Se alimentaban con las mismas hierbas que comían los pájaros más veloces en su vuelo; se cortaban el cabello para que no los pudieran coger y llevaban en sus vestidos, a modo de talismanes, algunas plumas de aves que debían comunicarles mayor agilidad y hasta llegaron a prenderse colas de zorro para adquirir su astucia y ligereza. Las inhumaciones llegaron a ser muy ceremoniosas, de manera especial con los jefes o guerreros destacados. El cadáver, en medio de una larga y doble fila, era conducido al cerro más cercano, más alto y más inaccesible para que así estuviera a salvo de toda profanación. Abrían un hoyo y en un nicho de piedras depositaban el tosco ataúd junto con los objetos de que más se había servido el muerto, las armas y sus principales trofeos. Los simples guerreros eran sepultados a la manera chileindiana, cubriendo los cadáveres con gruesos troncos, como todavía se ve en los cementerios indígenas, especialmente el de Llanquihué, cercano a Temuco, provincia de Cautín. Según González de Nájera, en el ejercicio y ocupación que llegaron a tener un primor maravilloso fué en la fabricación de sus armas, que perfeccionaban y raspaban con conchas marinas que les servían de cepillo, llevando dentro del asta una sortija que mostraba lo superfluo que habían de quitar. Hacían sus arcos de maravillosa forma y sus flechas eran muy vistosas. Se preciaban tanto del arreo de sus armas que no solamente no daban paso sin ellas, sino que aun bailando en medio de sus borracheras, de día o de noche, no dejaban

lista llamó el vicio de la borrachera, acusación que los historiadores modernos han venido repitiendo a pesar de la sobriedad del chileindiano. Durante la celebración de la victoria se bebía la clásica chicha; pero se pronunciaba discursos, se exhibía los trofeos, se ajusticiaba a los prisioneros y aun se servía un *chillihueque*. Saborear la bebida nacional no quiere decir que todos se emborracharan. Era uno de los placeres, tal vez el mejor de la ceremonia, durante la cual se congregaban también en torno del *camelo*, el árbol sagrado.

El motivo fundamental que les reunía era expansionarse, alborozarse después de los grandes sufrimientos experimentados. Es el júbilo cualidad propia de personas sanas y fuertes y ellos lo demostraban en sus ceremonias con un golpe de talones. El ruido de su taloneo era tal que la tierra parecía hundirse.

En este hecho, como en el *chivateo* durante el combate, residió uno de los secretos de su entusiasmo contagioso. En el alborozo del triunfo y en los horrores de la batalla el chileindiano recurría siempre al taloneo y a la gritería, manifestación anímica de su entusiasmo o de su aflicción.

El azteca, como los héroes de Homero, también conoció el *chivateo*. Este y el taloneo no dejaban de representar en el chileindiano un epifenómeno de la conciencia austral, expresión del más hondo sentir del alma colectiva.

Bastaba el grito para que desapareciera todo temor a la derrota y a la muerte y el taloneo alejaba todo retraimiento. Eran como un sortilegio que ganaba los corazones para el entusiasmo o los arrastraba a la muerte con impavidez escalofriante.

Un alma como la chileindiana, tan sensible a estas anímicas manifestaciones, resulta difícil de comprender para el que no ha vivido entre indios o conocido el entusiasmo contagioso de las multitudes. El grito y el taloneo eran formas de expresar los deseos que abrigaba el indio en su mente misteriosa, una manera de fortalecer el ánimo de los heroicos guerreros chileindianos.

Estos recurrieron, además, a otros procedimientos e invenciones asombrosas, de los que enumeraremos algunos.

El 20 de mayo de 1562, durante el cerco de Arauco que duró cuarenta días, se defendieron del mal tiempo, pues ya estaba entrado el invierno, guareciéndose en unas casitas que ellos mismos construyeron; querían evitar que la lluvia les obligase a levantar el cerco.

Antes de marchar al combate, se bañaban durante la madrugada hombres, mujeres y niños para robustecer sus miembros y acortaban su ración para estar más ágiles y se frotaban el cuerpo con pieles de huanaco o con las plumas de determinadas aves para que se les comunicase la ligereza de movimientos que eran peculiares a los animales de que procedían las pieles o las plumas.

Se alimentaban con las mismas hierbas que comían los pájaros más veloces en su vuelo; se cortaban el cabello para que no los pudieran coger y llevaban en sus vestidos, a modo de talismanes, algunas plumas de aves que debían comunicarles mayor agilidad y hasta llegaron a prenderse colas de zorro para adquirir su astucia y ligereza. Las inhumaciones llegaron a ser muy ceremoniosas, de manera especial con los jefes o guerreros destacados. El cadáver, en medio de una larga y doble fila, era conducido al cerro más cercano, más alto y más inaccesible para que así estuviera a salvo de toda profanación. Abrían un hoyo y en un nicho de piedras depositaban el tosco ataúd junto con los objetos de que más se había servido el muerto, las armas y sus principales trofeos. Los simples guerreros eran sepultados a la manera chileindiana, cubriendo los cadáveres con gruesos troncos, como todavía se ve en los cementerios indígenas, especialmente el de Llanquihué, cercano a Temuco, provincia de Cautín. Según González de Nájera, en el ejercicio y ocupación que llegaron a tener un primor maravilloso fué en la fabricación de sus armas, que perfeccionaban y raspaban con conchas marinas que les servían de cepillo, llevando dentro del asta una sortija que mostraba lo superfluo que habían de quitar. Hacían sus arcos de maravillosa forma y sus flechas eran muy vistosas. Se preciaban tanto del arreo de sus armas que no solamente no daban paso sin ellas, sino que aun bailando en medio de sus borracheras, de día o de noche, no dejaban

jamás la lanza de la mano. «Tráenlas, concluía el citado protohistorialista, de ordinario tan bien tratadas, limpias y resplandecientes que hacen en ello, no sólo ventaja, pero hasta vergüenza a muchos de nuestros españoles.» Fabricaban de preferencia lanzas, arcos, flechas, macanas y porras que tenían en el remate una bala gruesa. También fabricaban macanas de vuelta a manera de hoz contra los caballos y las espadas que cogían al enemigo las enastaban en largas lanzas. En medio de unos robles levantaron en una ocasión algo así como un fuerte; el frente era un foso lleno de agua, más hondo que la altura de un hombre y apenas tenía una entrada de dos pies, por la cual tenían que hacer esfuerzos para alcanzar a ver, por estar los lados rodeados de cerros y ciénagas. En otra ocasión levantaron un fuerte en un alto cerro ante el que se extendía un llano y que dominaba una gran quebrada y las laderas que lo circundaban. El fuerte no tenía otra puerta que la que daba al llano. No era fácil subir hasta él y el llano ofrecía al enemigo el inconveniente de ser muy polvoriento. Desde el fuerte se podía huir a través de las montañas. Diferentes veces los chileindianos operaron en las inmediaciones de Angol tratando de defender el río. En una de estas operaciones, el grueso de las fuerzas avanzó sigilosamente por las alturas y sorprendieron a la guarnición, y cuenta Góngora de Marmolejo «que al capitán Zárate un indio le saltó a las ancas del caballo, le sacó la daga del cinto y buscó por dónde cortarle la cabeza por detrás a causa de que el gorjal de la cota le cubría el pescuezo». En Arauco, refiere el mismo historiador, un indio valiente y decidido «quiso quemar la casa del fuerte y para ello puso a una larga lanza una flecha con fuego atado a ella, y corriendo, dando vueltas para que los arcabuces no tomasen puntería en él, llegó a la casa y metió la flecha entre la paja, que, como la lanza era larga, pudo alcanzarla». En otra circunstancia, con herramientas y palos tostados secaron un foso desde una quebrada, rompiendo una gran loma que estaba en medio.

Estos hechos demuestran cuán dúctil era la inteligencia guerrera primitiva, con lo cual el ambiente y el proceso es-

pecífico guerrero cobraron forma. Como corolario de cuanto afirmamos exponemos cuatro opiniones de distintas épocas y que por lo respetables nos sirven para apreciar en todo su valor el proceso sociológico de la guerra austral.

De Valdivia es este juicio que equivale a una consagración: «He peleado contra muchas naciones y nunca vi pelear con tanto tesón como estos indios.»

Diez años después, escribió Ercilla, refiriéndose a la batalla de Millarapué: «...por estar tan cerrada y tener tan bien ordenada la piquería, cual si fueran soldados alemanes, muy cursados y expertos en semejantes ocasiones.»

Habían transcurrido ya veinticinco años de guerra cuando escribió el capitán Góngora de Marmolejo: «Saben bien desplegar, desfilar, doblar sus escuadrones cuando conviene, formarse en punta cuando quieren romper y en cuadro para estorbar que los rompan; simulan la fuga cuando quieren sacar de sus fuertes a los españoles...»

Y González de Nájera, al cumplirse medio siglo de guerra, declaraba: «Son singulares maestros de estiatagemas y saben elegir los puestos de más efecto para sus emboscadas, las cuales hacen con gran sufrimiento.»

A estos juicios referentes a su genio militar, podemos añadir otro respecto a su condición moral del propio González de Nájera: «No se hurtan unos a otros lo que tienen, porque ausentándose de sus pajizas casas quedan muy seguras con sólo tapar la puerta con un ramo.»

A esto habría que agregar que en la guerra nunca depusieron las armas por el botín a pesar de que se lo brindase Valdivia en Tucapel, los catorce famosos del desfiladero de Cayocupil y el sitio y la toma de Concepción, no obstante tratarse de los primeros encuentros.

Además, durante la guerra, los inválidos trabajaban ahincadamente la tierra, aunque solían llevar picas y todo género de armamento.

Este ejemplo moral de los chileindianos, es verdaderamente impresionante.

El medio físico predispone el ambiente y condiciona el proceso específico guerrero

De la misma forma que en la constitución, formación, estabilización y desenvolvimiento de la sociedad tribal prehistórica tuvieron que influir y condicionar los factores físicos, en la nacionalidad protohistórica, en los primeros encuentros, en la creación del ambiente y en la aparición del proceso específico guerrero era natural que el condicionamiento se dejase sentir.

Aunque se trataba de la mesología, habría que reparar que ya no se trataba de factores, sino del medio físico, puesto que aquellos ya lo habían formado.

Al sobrevenir la guerra, la sociedad tribal austral, mediante los factores físicos, tenía su medio, y ello no amengua que con él coexistiesen manifestaciones físicas nuevas preponderantes: las ciénagas y pantanos; de la misma manera que en la flora y fauna chileindianas: las flechas envenenadas, los tablones para puentes y corazas contra las balas y el perro adiestrado en la persecución del enemigo, que ya lo había sido de la fiera, el caballo y la cabra.

En un proceso sociológico tan complicado y complejo como el específico guerrero operado en medio siglo, hay que indagar la acción física del medio, porque de otra forma no podría explicarse.

Este proceso específico guerrero podría compararse al salto del Laja chileindiano o a las cataratas del Iguazú; la corriente es pausada y monótona hasta llegar al borde, en donde irrumpe frenética e incontenible, para luego, en el llano, seguir nuevamente su curso tranquilo.

En la lucha de medio siglo hubo corrientes pausadas y monótonas al iniciarse las operaciones, luego se sucedían ímpetus tremendos para más tarde caer en el desmayo. La vida es así, y el proceso específico guerrero austral no pudo substraerse a este ritmo, y aunque no se hubiera producido en el transcurso de ciento treinta años la serie de hechos guerreros que dieron por resultado el alejamiento definitivo del enemigo, siempre habría quedado esta campaña como uno de los más grandes fenómenos sociológicos primitivos.

La acción del medio físico y su condicionamiento se observa desde el primer instante. Con él coexistieron circunstancias como la extensión territorial y la situación geográfica, tan excéntrica, tan lejana de los otros lugares de la conquista.

El medio físico chileindiano fué ostensiblemente hostil al hispano, como en la horda y en el clan lo había sido al propio indígena. Quizá si el aborígen austral hubiese tenido otro opositor aborígen en vez del europeo, el medio físico casi polar no habría resultado tan manifiestamente inaccesible. Tan cierto es ello que los montañeses zapotecas y tlascaltecas y el pipil y el calchaquí lucharon contra el conquistador. El medio físico, al mismo tiempo que opuso dificultades al enemigo, favoreció la acción del indígena, casi de la misma forma que las montañas de Oajaca, Méjico, fueron baluarte de las revoluciones, y ahora, las de Nueva Segovia, han determinado las maniobras de los patriotas nicaragüenses. Ello es natural. El que está en su casa, en posesión de los secretos de la topografía del terreno, le es fácil valerse de ellos para detener al invasor. Así, el chileindiano, en una área territorial surcada como ninguna otra de ríos anchos e impetuosos, cubierta de ásperas y fragosísimas montañas, de ciénagas y pantanos, expuesta a perpetuas tormentas y lluvias torrenciales y siempre húmeda y neblinosa, sobre todo en la antigüedad, cuando la tala de la selva y la incorporación definitiva de los terrenos a la agricultura moderna no habían transformado el medio físico, pudo aprovechar las ventajas naturales en contra del conquistador. Como los caminos eran los peores del mundo,

la caballería hispana, que en otras regiones había desempeñado un papel decisivo, frente al chileindiano resultó casi nula por los anchos ríos, las hondas y extensas ciénagas, las quebradas, las lomas y las laderas nevadas, para no invocar los precipicios y despeñaderos y la selva inconmensurable. Estas dificultades quedan demostradas con decir que durante el primer siglo de guerra, ni aun después, pudo emplear el conquistador el carro y el coche.

En realidad, la topografía representó un papel de primer orden en la guerra chileindiana, como lo había desempeñado en la constitución, formación, desenvolvimiento y estabilización de la sociedad tribal prehistórica.

Las condiciones naturales, sociológicamente, estorbaron la formación de hordas y la prolongación indefinida de clanes. El nomadismo no hubiera podido implantarse sino a costa de inmensos sacrificios y esfuerzos que el primitivo no estuvo muy dispuesto a hacer. De ahí se infiere que la transición tribal tuvo que operarse como necesaria consecuencia de la disciplina social que se requería para hacer frente a tan excesiva resistencia física, que condicionó la rápida transición y transformación de las hordas y clanes, porque los grupos no habrían llegado a constituir y formar la sociedad tribal. Las hordas y los clanes, al fundirse en la tribu, adquirieron una conciencia que les llevó a establecer el régimen de propiedad privada y las clases sociales.

Era el prodigio de la topografía que jamás se dejaría de advertir en la sociedad tribal, predisponiéndola a organizarse social y económicamente.

En el chileindiano la parcialidad fué más efectiva que en el *calpulli* azteca o en el *ayllú* aimará o incaico, porque estaba basada en los accidentes del terreno; pero por encima o al margen de la topografía austral, la parcialidad continuó desenvolviéndose, pugnando, ya constituida la sociedad tribal, por formar una nación, cosa que fué posible ante el peligro y la amenaza de la guerra de conquista, en la que continuaron influyendo los agentes físicos y naturales. La falta de interdependencia social habían imposibilitado su formación hasta entonces. No hay que olvidar que el chile-

Indiano era el último de los eslabones de la cadena antropológica, por lo que primitivamente estaba inclinado a vivir en guerra constante con la parcialidad vecina; pero al chocar con el europeo se transformó su organización y de bahuarte guerrero pasó a convertirse en nación, apta para la disciplina social y orientar el desarrollo colectivo hacia una cultura superior.

Aun en este período de evolución civilizadora el chileindiano continuó sometándose a las condiciones topográficas, de lo que prescindía en absoluto el conquistador.

Ercilla, González de Nájera, Rosales y Olivares, por no citar a otros, comentaron el partido que los chileindianos supieron sacar de los accidentes naturales y del medio físico. En la montaña era casi imposible vencerles.

Lozano registró también que los calchaquies supieron hacerse fuertes en la montaña.

El chileindiano, en las asonadas de ultra Bío-Bío, en el ambiente guerrero y en la formación del proceso específico, por lo general maniobró en verano, en los días menos fríos y lluviosos de diciembre y enero especialmente. Apenas hay alguna que otra excepción: el asalto de Caupolicán a Concepción en el invierno de 1557 para pillar desprevenido al enemigo durante su desembarco, y la batalla en las márgenes del Mataquito en abril de 1557; pero hay que tener en cuenta que en Maule el verano se prolonga más que en el sur y que el indígena tuvo que enfrentarse con una sorpresa.

Todos los éxitos militares chileindianos fueron en verano, porque el conquistador, desde que avistó el Bío-Bío, se aprestaba a iniciar sus actividades en esta estación. Así los de Tucapel (enero de 1554); desfiladero de Cayocupil (enero de 1554); Marihueñu (enero de 1554); Concepción (diciembre de 1555); desfiladero de Cayocupil (enero de 1558); Catiray (febrero de 1563); Guadalaba (noviembre de 1578); Angol (diciembre de 1578); Angol (febrero de 1586); Purén (febrero de 1586); Villarrica (diciembre y enero de 1588); Marihueñu (noviembre de 1590); Curalaba (diciembre de 1598); Longotero (enero de 1599); Valdivia (noviembre

la caballería hispana, que en otras regiones había desempeñado un papel decisivo, frente al chileindiano resultó casi nula por los anchos ríos, las hondas y extensas ciénagas, las quebradas, las lomas y las laderas nevadas, para no invocar los precipicios y despeñaderos y la selva inconmensurable. Estas dificultades quedan demostradas con decir que durante el primer siglo de guerra, ni aun después, pudo emplear el conquistador el carro y el coche.

En realidad, la topografía representó un papel de primer orden en la guerra chileindiana, como lo había desempeñado en la constitución, formación, desenvolvimiento y estabilización de la sociedad tribal prehistórica.

Las condiciones naturales, sociológicamente, estorbaron la formación de hordas y la prolongación indefinida de clanes. El nomadismo no hubiera podido implantarse sino a costa de inmensos sacrificios y esfuerzos que el primitivo no estuvo muy dispuesto a hacer. De ahí se infiere que la transición tribal tuvo que operarse como necesaria consecuencia de la disciplina social que se requería para hacer frente a tan excesiva resistencia física, que condicionó la rápida transición y transformación de las hordas y clanes, porque los grupos no habrían llegado a constituir y formar la sociedad tribal. Las hordas y los clanes, al fundirse en la tribu, adquirieron una conciencia que les llevó a establecer el régimen de propiedad privada y las clases sociales.

Era el prodigio de la topografía que jamás se dejaría de advertir en la sociedad tribal, predisponiéndola a organizarse social y económicamente.

En el chileindiano la parcialidad fué más efectiva que en el *calpulli* azteca o en el *ayllú* aimará o incaico, porque estaba basada en los accidentes del terreno; pero por encima o al margen de la topografía austral, la parcialidad continuó desenvolviéndose, pugnando, ya constituida la sociedad tribal, por formar una nación, cosa que fué posible ante el peligro y la amenaza de la guerra de conquista, en la que continuaron influyendo los agentes físicos y naturales. La falta de interdependencia social habían imposibilitado su formación hasta entonces. No hay que olvidar que el chile-

indiano era el último de los eslabones de la cadena antropológica, por lo que primitivamente estaba inclinado a vivir en guerra constante con la parcialidad vecina; pero al chocar con el europeo se transformó su organización y de bahuarte guerrero pasó a convertirse en nación, apta para la disciplina social y orientar el desarrollo colectivo hacia una cultura superior.

Aun en este período de evolución civilizadora el chileindiano continuó sometiéndose a las condiciones topográficas, de lo que prescindía en absoluto el conquistador.

Ercilla, González de Nájera, Rosales y Olivares, por no citar a otros, comentaron el partido que los chileindianos supieron sacar de los accidentes naturales y del medio físico. En la montaña era casi imposible vencerles.

Lozano registró también que los calchaquies supieron hacerse fuertes en la montaña.

El chileindiano, en las asonadas de ultra Bío-Bío, en el ambiente guerrero y en la formación del proceso específico, por lo general maniobró en verano, en los días menos fríos y lluviosos de diciembre y enero especialmente. Apenas hay alguna que otra excepción: el asalto de Caupolicán a Concepción en el invierno de 1557 para pillar desprevenido al enemigo durante su desembarco, y la batalla en las márgenes del Mataquito en abril de 1557; pero hay que tener en cuenta que en Maule el verano se prolonga más que en el sur y que el indígena tuvo que enfrentarse con una sorpresa.

Todos los éxitos militares chileindianos fueron en verano, porque el conquistador, desde que avistó el Bío-Bío, se aprestaba a iniciar sus actividades en esta estación. Así los de Tucapel (enero de 1554); desfiladero de Cayocupil (enero de 1554); Marihueñu (enero de 1554); Concepción (diciembre de 1555); desfiladero de Cayocupil (enero de 1558); Catiray (febrero de 1563); Guadalaba (noviembre de 1578); Angol (diciembre de 1578); Angol (febrero de 1586); Purén febrero de 1586); Villarrica (diciembre y enero de 1588); Marihueñu (noviembre de 1590); Curalaba (diciembre de 1598); Longotoro (enero de 1599); Valdivia (noviembre

de 1599), etc., etc., sin que ello quiera decir que en el invierno no se aprovechara alguna oportunidad. Todos los grandes levantamientos guerreros también se produjeron en verano; el primero, en diciembre de 1553; el segundo, en enero de 1557; el tercero, en diciembre de 1563; el cuarto, en marzo de 1576; el quinto, en noviembre de 1578; el sexto en enero de 1588; el séptimo, en diciembre de 1599, y el octavo, en febrero de 1599.

La mayor parte de los éxitos militares españoles se obtuvieron también en verano: Andalién (enero de 1550); Lagunillas (febrero de 1557); Millarapué (diciembre de 1557); Quiapo (diciembre de 1558) y Cañete (enero de 1558). Después, el indígena, ya más experto y sabiendo escoger las situaciones, sólo le dejó al conquistador efectuar sus tradicionales correrías veraniegas de talas, recuperación de caballos, cautivos, etc.

Los hechos expuestos son la base de una seria inducción climatérica, sobre todo en lo referente al chileindiano, que, desenvolviéndose en un medio abrumador, requería buscar la estación más apropiada. Al conquistador no le sucedía lo mismo, porque a la retaguardia, desde Bío-Bío, al norte, hasta Santiago, el medio físico no era excesivo y su cultura le reportaba enormidad de procedimientos para hacer frente a las necesidades fisiológicas.

Entretanto, el chileindiano, de desenvolvimiento primitivo, seguía casi siendo un hijo de la tierra, dependiendo sus medios de vida de las cosechas que le daban las buenas estaciones y de los mariscos y pescados que el mar le ofrecía durante el tiempo bonancible.

Por lo general, en verano se daban las sementeras chileindianas y es posible que las actividades guerreras, que cada vez se reiniciaban en esta misma estación, respondiesen al deseo vehemente de defender las cosechas, atajando, desviando o distrayendo al enemigo.

El conquistador debió haberse percatado de este desigmo, por cuanto a toda costa procuraba abandonar sus ciudades y fuertes a la entrada del verano y lanzarse a la tala de las sementeras.

Al menos así fué durante los primeros diez o quince años, en los que el chileindiano pudo abandonar el maíz y reemplazarlo por otro elemento, hasta reincorporar definitivamente el trigo.

Pero el indígena siempre, en las cosechas de verano, se mostró propicio a los combates. Labraba penosamente sus campos durante el invierno en un punto estratégico de la montaña, seguro de que a la hora de la recolección asomaría el enemigo que no había tenido tiempo o no había podido dedicarse a los sembrados. De esta manera el guerrero austral libró bastantes combates que causaron incalculables perjuicios al enemigo.

Por lo demás, al menos en el indio, que estaba bloqueado y no podía vivir más que de la labranza y del mar, sociológicamente tuvo que ponerse de manifiesto la influencia de la estación más favorable. Si la agricultura civilizada depende en gran parte del clima, ¿qué no sería la elemental labranza indígena!

Es lógico pensar que sin medios de subsistencia, que en este caso dependían del clima, el chileindiano no podía oponer resistencia, y en tal caso de nada le habría servido la montaña para sus maniobras guerreras.

En el verano, aparte de los medios de subsistencia, el tiempo era menos lluvioso, podía correr y transitar por la montaña y substraerse a las enfermedades provenientes de las mojas. Tanto era así, que el sitio de Arauco, en 1564, tuvo que suspenderse a los cuarenta y dos días, porque las lluvias empezaron a arreciar, y el 23 de abril de 1554, la misma tempestad que hizo suspender el cerco de Cayocupil impidió el ataque a Imperial.

También, en el verano, el aborígen pudo recurrir a un factor físico nuevo, que todavía no había aparecido y que se debió principalmente al clima, a las ciénagas, a los pantanos y a los lodazales. Es posible que desde mucho antes de que llegara el conquistador y se avistase el propio incásico, el chileindiano hubiese advertido que el *chillihueque* la vicuña, el huanaco y el perro regional y aun el hombre mismo, corrían serios peligros en las ciénagas, en los

pantanos y lodazales, sobre todo a orilla de los ríos.

En las márgenes del inmenso Bío-Bío se observan todavía ciénagas interminables y hondísimas, y en los alrededores de la actual ciudad de Concepción y en las inmediaciones de la antigua existen lagunas y lagunillas que constituyen otras tantas ciénagas. Es probable que en toda la conquista de América no hubiese una zona como la de la antigua ciudad conquistadora de Concepción, circundada completamente de inacabables ciénagas, formadas por el Bío-Bío y un mosaico de lagunas. Fueron célebres también las ciénagas de Purén.

Este factor peculiar territorial chileindiano permitió en el verano de 1545 el ataque victorioso y la huida de Valdivia y los suyos, y después, en el verano de 1549, el asedio, persecución y sitio de los conquistadores en ultra Bío-Bío, durante cerca de mes y medio. El sitio y destrucción de Concepción en 1556, también fué facilitado por las ciénagas, pantanos y lodazales, como asimismo las acciones que se sucedieron con el ataque de Lagunillas (1557), el sitio de Arauco (1563), el asedio de Concepción (1564), etc. Es probable que algunos pantanos fuesen cubiertos de tierra seca o de pasto para despistar y empantanar al enemigo. La estrategia tenía que dar los resultados esperados.

También es posible que en ciénagas y pantanos, ligeramente húmedos, que hacían la ilusión de enormes pizarras negruzcas, el chileindiano, seguro de los efectos del reflejo en su color, aun más ennegrecido por el aire marino y por el ardor del sol, sorprendiera al enemigo.

¿Cuánto caballo, cuánto cañón, cuánto perro carnicero se tragarían los pantanos y ciénagas chileindianas? Detían ocultar entre sus aguas pútridas y cenagosas algún raro sortilegio. Esto explica que no obstante el primer descabro de Lagunillas (1557), los chileindianos volvieron a presentarse en combate en el mismo sitio (1557) seguros de la favorable complicidad de los pantanos y ciénagas. Ya antes de aprovecharse de la montaña, el primer jefe, Ainavillo, y los primeros guerrilleros los escogieron como posición inmejorable.

La ciénaga, el pantano y el lodazal tuvieron que resultar un terrible inconveniente para las cabalgaduras, y como el soldado llevaba armas pesadas y montaba a caballo, es natural que el obstáculo fuese insuperable. Hubo batallas como las de Andalién (1550) y Lagunillas (1557) en las que el guerrero indígena peleó sumergido hasta la cintura, y es posible que en caso de apuro ganase la ciénaga, como en otras ocasiones ganaba la quebrada, la ladera y la loma para substraerse así a la persecución del jinete o del soldado enemigo.

El chileindiano, no obstante su fortaleza, era ágil como la liebre, y como no llevaba grandes ni pesadas vestiduras, y cuando más, en el verano, mientras peleaba, ligeras mantitas de lana, es natural que corriese, saltase y se sumergiese en las ciénagas, en los pantanos y lodazales con la mayor celeridad.

El verano permitía acampar donde les sorprendiese la noche y cruzar los ríos que tanto abundaban en la región. Había más de veinte, y algunos como el Bío-Bío, el Cauten, el Toltem y el Riñihue exigían la ayuda de balsas. No disponer de ellas podía deparar el morir ahogado o ser aniquilado por el enemigo.

El guerrero chileindiano condicionó sus planes con los ríos, desbordantes en invierno, mansos y tranquilos en verano, como deseosos de secundar el esfuerzo heroico de los nativos.

El Bío-Bío, grande, inmenso, era no sólo la frontera y el baluarte, sino el límite mítico, el signo de combate. Y al ver que el enemigo había ganado la otra orilla y se apresuraba a atravesarlo en balsas, el guerrero austral, de noche, a nado y con las armas en los dientes, como lavándose del pecado de cobardía, ganó la margen opuesta y lo rechazó. El Bío-Bío, en su eterna marejada, en su imperturbable ruido, le indicaría al indio que no debía cejar, que había que seguir luchando sin desesperarse ni abatirse. Y el espíritu del río operó tal vez el milagro de que los conquistadores siguieran durante mes y medio asediados, perseguidos y sitiados por el indígena.

queras. Al llegar el conquistador, la región chileindiana inmediata a la costa y al Bío-Bío, que desembocaba en el mar, era la más poblada. Este hecho y la tenaz resistencia que opuso el guerrero indígena, determinaron al europeo a valer del mar, estableciendo el servicio de comunicaciones por medio de buques de vela o embarcaciones de remo y fundando las principales ciudades, Concepción, Arauco, Imperial y Valdivia, en verdaderos puertos. La mayoría de los fuertes, Tucapel, Purén, Cañete, San Salvador, etc., no distaban mucho de la costa.

El guerrero chileindiano no se apartó jamás del mar, y aun más allá de la frontera, al acampar en Cannes, en las márgenes del Mataquito, procuró no alejarse de él, como para demandarle auxilio oportuno e inspirarse en el perpetuo movimiento de sus olas.

El indígena obtenía del mar mariscos y peces en abundancia, y a falta de carne de *chillihueque*, vicuña o huanao, muy escasos, el sustento marino debió resultarle inapreciable. Como era fácil salarlo y aun mantenerlo vivo en unos pequeños depósitos de agua salada, optó por aprovecharlo en sus marchas, pues por su poco peso podía llevar alimento bastante nutritivo sin dificultades para el transporte.

La selva, al igual que el mar, el río y el clima, debió condicionar la resistencia violenta austral. Hay que tener en cuenta que en los días que llegó el conquistador, gran parte del área territorial chileindiana era una selva espesa e impenetrable. Habría partes en que sería imposible penetrar porque los árboles formarían algo así como una barrera. A cualquier parte que se hubiera dirigido la vista «se habrían encontrado largos trechos impenetrables, donde los árboles, arbustos y plantas se hallaban de tal manera mezclados y entretajidos con un sin número de enredaderas, lianas y cañaverales, que todo el espacio se llenaba de una masa de vegetación densa y compacta».

En la selva el chileindiano encontró el elemento básico de sus armas, y con ellas, que en gran parte eran de madera, pudo hacer efectiva la resistencia, con lo cual se verá la

importancia decisiva del bosque. Al respecto cabría invocar regiones no selváticas, como la del Cuzco, en donde se centralizó el Imperio de los Incas, quienes, acaso faltos de madera, echaron mano de la piedra para su arquitectura.

Los bosques australes dieron al guerrero abundantes elementos de defensa y ataque.

En la batalla de Concepción del 12 de diciembre de 1555, en la que la ciudad fué destruída por segunda vez, los indígenas atacaron llevando unas varas largas y gruesas como las piernas, con las que hicieron algo así como un fuerte. Llevaban también garrotes largos como el brazo para disparárselos a los caballos a fin de asustarlos y confundirlos. En este ataque, con los garrotes arrojados, la caballería no pudo hacer casi nada, y la infantería, por la embalsada construída durante la batalla, no tuvo mucha libertad de movimientos.

Dps años después, en junio de 1557, al tratar de impedir el desembarco del nuevo gobernador con un numeroso contingente de tropa, el más numeroso que había llegado, los chileindianos tendieron puentes sobre el fuerte que a duras penas habrían podido construir los conquistadores. No solamente los tablones sirvieron para puentes sino también para acorazarse contra los cañones, y creyéndose inmunes llegaron hasta intentar arrastrarlos por la boca. En la batalla de Millarapué, días después, volvieron a emplear los tablones como corazas contra las balas y cañones.

En la desastrosa batalla de Marihueñu (1554) echaron mano del terrible lazo, construído de palo y de *voige*, cuerda vegetal selvática; y la maza, que empezaron a usar muy pronto, fué fabricada con elementos del bosque.

La flecha, la boleadora y la lanza fueron fabricadas con los reyes de la selva chileindiana, los robles, los cipreses, los peñuenes, los lingues, los peumos, los pataguas, los sauces, los maitenes, que resultaban los más resistentes.

Estos reyes de la selva le sirvieron también al guerrero chileindiano para condicionar sus maniobras guerreras, ocultándose tras ellos, utilizándolos unas veces como trincheras y otras como puestos de observación.

¿Cuántas veces el indígena que trepaba por la montaña como la cosa más natural del mundo, no treparía por los altísimos robles, pehuenes o lingues para sorprender desde lo alto al enemigo apostado en un bajo del cerro o en una empinada ladera? Para sus sorpresas le serviría a maravilla la muchedumbre de árboles, porque, ¿quién podría haber imaginado lo que había tras los gruesos troncos y en sus espesas ramas?

De la selva, además, sacó el chileindiano la balsa guerra con la cual podía cruzar los anchurosos ríos y hostilizar, cuando no perseguir, al enemigo, y de la selva salieron las hierbas para la terrible flecha envenenada, como ya habían salido los tremendos troncos con que obstaculizaba la bajada o subida de la emballería en las quebradas lomas y cumbres o los terribles pulos filudos que, escondidos en los pozos excavados ex profeso, sirvieron para infligirle al invasor desastres como los de Catiray (1563) y Elicura (1560).

La selva, por lo demás, no sólo condicionó la guerra, sino también la existencia del guerrero, aportándole en las talas y en las frecuentes pérdidas de sus cosechas frutos silvestres como la murtilla, la frutilla, el peumo y el piñón o pau chileindiano.

Después del gran levantamiento de 1553, sobrevinieron los años de hambre de 1554 y 1555 por estar todos consagrados a las operaciones de la guerra y haber talado el enemigo las sementeras. En esas situaciones críticas los frutos silvestres prestaron decidida cooperación.

En las frecuentes treguas, que no eran desperdiciadas por el conquistador, que trataba de reducir al indio con la destrucción de sus sementeras, el chileindiano vivía siempre huído, alimentándose con los frutos silvestres de la selva. Gracias a ellos el conquistador no alcanzó los resultados que esperaba de la destrucción de las sementeras australes.

El aborigen del centro, de más allá de Cautín, sobrevivió por los frutos de la selva. Pero obtenerlos no era cosa fácil dada la maraña inextricable, el acoso de las fieras y el peligro de las picaduras venenosas de los reptiles e insectos.

De no haber tropezado con el recurso salvador de los

frutos silvestres, es probable que el chileindiano, por su espíritu heroico y su predisposición al sacrificio, se hubiese alimentado con el polvo de las piedras mezclado con agua, a la manera de su clásico *ulpo*.

Para la vida en la montaña le sirvió mucho la experiencia recogida en la caza de las fieras. Resultábale ahora un lugar estratégico para defenderse mejor del hombre.

La región chileindiana fué siempre una gran fortaleza natural. Las montañas, casi inaccesibles, aseguraron en otro tiempo la tranquila existencia de la sociedad tribal y permitieron su evolución.

Si la inmensa fortaleza natural que era el área chileindiana había servido para asegurar su independencia, con mayor razón había de infundir esta seguridad frente al conquistador, máxime cuando toda la población se aprestaba a sacar partido de las profundas experiencias recogidas.

Desde que el conquistador fué avistado en la margen opuesta del Bío-Bío la montaña empezó a servir al indígena, ya que en la cumbre, en la ladera o en la quebrada pudo advertir la extraña presencia. Desde los altos riscos pudo observar a su antojo al conquistador, obligado a cruzar los valles por ir a caballo, contando sus caballos, sus armas y sus indios auxiliares. De cumbre en cumbre, de quebrada en quebrada, de ladera en ladera, el chileindiano, a falta de la ciudad congregadora, como en Tenostitlán, Tlascala y Cuzco, por medio de fogatas los indígenas fueron comunicándose la gran novedad y aprestándose a la resistencia.

Los grandes triunfos militares chileindianos se alcanzaron en plena montaña. Los más decisivos de todos, y los primeros también, fueron los de la cumbre de Tucapel (1554) y los de la cuesta de Marihueñu (1554). Los sitios célebres de Concepción y Arauco, resultaron posibles por la montaña, que les permitió encajonar al enemigo. El sitio y destrucción de Valdivia, Imperial y Osorno fueron viables también porque por diez puntas de cerros pudo emerger simultáneamente la vorágine indígena, obligando así al enemigo a repartir las fuerzas y, con ello, debilitarse grandemente. Los prodigios del desfiladero de Cayocupil (enero de 1554)

y de la Bahía del Carnero, Quiapo (diciembre de 1558), así como las desviaciones de ríos y las inundaciones fueron posibles gracias a la montaña (Arauco, 1563; Cannes, 1557) y San Salvador, inmediaciones de Purén (1588). Los terribles pozos, especie de tumbas cubiertas, tan fatales al enemigo, resultaron efectivos en Cannes (1557), Catiray (1563) y Elicura (1564).

Tanto el factor físico como el natural obraron en conjunto y simultáneamente y se equilibraron y completaron para condicionar el proceso específico.

Las mismas ventajas naturales que ayudaban al indígena, fueron una dificultad para el europeo, aislado, lejos de los centros de aprovisionamiento, sin poder recibir auxilios rápidos.

El chileindiano sacó inmenso partido del medio físico, y sociológicamente se induce su profunda aptitud preadaptadora, que pone muy en alto la evolución psicológica alcanzada. La lucha sobreponedora contra la naturaleza madrastra culminó en la guerra al incorporar definitivamente la brusca mesología a sus actividades sociales.

Al equilibrarse y refundirse con el medio físico, el proceso específico acentuó la potencialidad sociológica, y ello es por demás digno de ser resaltado. El hecho de que sólo durante tres meses del año fuesen posibles las operaciones, comprueba lo excesivo y brusco de la mesología austral, a la par que evidencia el esfuerzo tenaz y el ingenio del indígena para sacar partido de la forzada ventaja. La estación influyó no por ser verano, sino más propiamente porque comprendía los únicos noventa días en que el aborígen, sustrayéndose a los rigores del medio físico, podía dedicarse a hostilizar al enemigo.

La flora y la fauna en la formación del ambiente y en la estabilización del proceso específico

Simultáneamente con el medio físico, la topografía, el clima, el río, el mar, la selva, el pantano, la ciénaga y la montaña, la flora y la fauna contribuyeron a la formación del ambiente y a la estabilización del proceso específico guerrero.

En realidad, los indígenas dependen en gran parte de la flora y de la fauna por ofrecerles sus medios de vida, con la diferencia de que a veces, en el desenvolvimiento social de una nación dada, influye una más que otra.

Así vemos que entre los aztecas, por ejemplo, el mar y sus productos casi no tuvieron ninguna influencia; en la conquista parece que quedaban lejos de los océanos y que no emplearon el perro y el caballo, quizá porque su condición de sitiados no se lo permitía.

Entre los chileindianos, la labranza y los productos de la tierra, aparte de los frutos silvestres, tuvieron decisiva influencia. Lo que llamaban sementeras fué el punto básico de las operaciones militares. Como el indígena, después del asedio, persecución y sitio de ultra Bío-Bío suspendió las hostilidades, el conquistador trató de reducirlo con las talas sistemáticas, aunque con la destrucción de sus siembras y apropiación de sus cosechas tampoco se sometió.

El conquistador, al echar mano de arma tan terrible, que acaso no se había usado en toda la conquista, evidencia que se dió cuenta del papel preponderante de la flora. Es posible que la tala no se operase tanto por destruirle las siembras al indígena cuanto por aprovecharse de sus cose-

chas y restarle sus elementos de vida. Si bien es cierto que los soldados conquistadores no llegaron al millar en los primeros diez años, los indios amigos, aliados y auxiliares, los incásicos, los changos, los michimalongos y promaucaes, ascendían a cuatro o cinco mil, y en tal caso hacía falta una gran cantidad de provisiones, lo mejor de la flora austral.

Está fuera de toda duda que en la tala de las sementeras chileindianas, especialmente en los primeros años, de 1550 a 1553, aun teniendo por objeto someter por hambre al indígena, que el soldado conquistador y con mayor razón el indio aliado se reservaron la mejor parte; pero siempre resultaba un mal evidente para el chileindiano y éste tendría que remediarlo en alguna forma.

La tala la habían practicado los aztecas con las razas vencidas, y con el correr del tiempo, los indígenas australes, al valerse del caballo y al observar los sembrados de trigo y de vid del enemigo, empezaron a destruirlos, acaso con mayor facilidad, puesto que sólo necesitaban dar unas cuantas vueltas para que las patas del animal terminasen la obra. El conquistador, para devastar los campos de patatas y de maíz, tenía que valerse de la hoz, de la *echona* o de la misma espada.

Es indudable que las primeras talas, que debieron pillarle desprevenido, motivaron las grandes hambres del año terrible de 1554, el mismo en que se registró el levantamiento general.

Es probable que la destrucción de las siembras y cosechas, o aprovechamiento por el enemigo en dichos primeros años de violenta sorpresa, operase en el chileindiano la consiguiente reacción psicológica, lanzándolo a una lucha de vida o muerte en la que participaron hasta las mujeres y los niños.

En cuanto al hambre es posible que solamente la hubiesen padecido los que estaban en armas, los costeros, inmediatos a las márgenes del Bfo-Bfo. Los del centro y sur del área territorial chileindiana no participaban en las acciones generales, y es probable que los acontecimientos no les alcanzasen todavía.

Es posible que el enemigo estorbase la recolección de frutos silvestres y aun la pesca y la caza, agravando la situación del indígena.

Pero lo que quizá se concilia con el hecho al parecer inexplicable de la coexistencia del levantamiento general con el hambre del mismo año, en que todos, hasta los viejos y achacosos, olvidándose de sus sementeras, de sus recolecciones en la selva, de su pesca y de su caza, se levantasen como un solo hombre y tratasen de acabar, como así hicieron, con tal estado de cosas.

Sociológicamente se infiere el condicionamiento impondrable de la flora, y, por otra parte, que ésta, tanto en el indio como en el europeo, debió ser de difícil elaboración y cultivo, supuestos los excesivos elementos físicos. Si no hubiera sido difícil el cultivo la tala no habría dado los terribles resultados que dió. En el trópico, por ejemplo, la exuberancia y la fertilidad de la tierra habrían hecho imposible la prosecución de la tarea, por cuanto las continuas, incessantes y vigorosas producciones forestales no habrían dado tregua y hubiesen ocasionado el desaliento. Aunque el conquistador debió haber pertrechado de cosechas sus fuertes y ciudades guerreras y aun transportar los productos de los campos de más allá de la frontera, del centro del reino, de Santiago, parece que no fué así, porque el chileindiano, al tomar posesión de los fuertes y ciudades destruídas, no encontró subsistencias, por lo que el hambre se hizo sentir. El hecho, patentizado por el conquistador, evidencia cuán difícil era el cultivo de la zona austral y los penosos sacrificios que demandaban siembras de otros climas como el maíz.

El chileindiano prehistórico tenía preferencia por la papa y el maíz. La primera parece que era genuinamente regional, o, en último caso, una subespecie, y el segundo algo así como una derivación del portentoso y extendido fruto tropical.

En la labranza chileindiana y en relación con las actividades devastadoras del conquistador, debieron tener los dos, como sucede ahora, el gravísimo inconveniente de no

podían sembrar en las cumbres, quebradas y laderas dema-
siado expuestas a los vientos glaciales.

Va mucho antes de que apareciera el conquistador, y
aun el propio inca, ciento cincuenta años antes que el euro-
peo, el labrador austral se vió precisado a escoger los valles,
que escaseaban, y las partes bajas y abrigadas de la mon-
taña.

Sus siembras florecían en el llano, a su pesar y no obs-
tante los trabajos que ocasionaría a los que vivían en las
cumbres, quebradas y laderas altas.

El hecho de que la labranza resultase condicionada así,
confirma lo penosa que era, sin contar con que al desbor-
darse los lagos de las cumbres y de las laderas se malograrían
las cosechas. Asimismo resultarían malogradas y perdidas
en los años lluviosos, que no escaseaban, en los cuales la
falta de sol perjudicaría sobre todo la siembra del maíz.

El chilindiano, que después resultó un excelente esta-
tega, empezó siéndolo con su labranza, y es probable que
por ella misma ahondase el sentido de la combinación, del
plan, de la maniobra, que no se apartó nunca de él mien-
tras fué guerrero montañés.

Claro está que esa especie de topografía estratégica la-
bradora que había favorecido la producción de sus medios
de vida, ya no era posible al aparecer el conquistador. Que-
daba demasiado expuesta a la obra devastadora del enemigo.

Es probable que si el invasor no hubiese empleado el
sistema de talar los campos hubieran sido otras las perspec-
tivas de la conquista. La devastación sólo condujo a una
guerra a muerte, arrojando el indio los rigores del hambre.

En tales circunstancias el chilindiano debía estar in-
formado por sus espías de que el conquistador sembraba
y cultivaba el trigo más allá de la frontera, desde el centro
del reino hasta las márgenes del Mapocho, diez años antes
de adoptar su sistema de talar los campos, y es probable
que mientras el indígena anduyese huido por los montes
perseguido por el enemigo que fundaba fuertes y ciudades,
sembrase éste el trigo que tan maravillosamente se había
adaptado en la región michimalonga ya sometida.

Nos falta saber si el experimento se hizo también en
las cumbres, en las quebradas, en las laderas y vericuetos
más inaccesibles de la montaña, y claro está que entonces
deberíase al chilindiano, como ya había hecho con la papa
y el maíz, por cuanto el conquistador no tenía porqué re-
correr las partes más abruptas de la montaña, cosa que
érale imposible por ir a caballo y por habitar en ciudades y
fuertes situados en puertos o en las inmediaciones del mar.

Lo cierto es que el indígena obtuvo la preciosa semilla,
que arralgó en su territorio.

Desde el instante que la nacionalidad chilindiana in-
corporó el trigo, se transformó profundamente su flora, así
como cuando más tarde importó la vid, que proporcionó
el vino que tanta importancia adquirió en sus ceremonias.

Con la transformación de la flora al implantarse el cul-
tivo del trigo, que rápidamente se adaptó a la zona fría y
no requería las precauciones de la papa y del maíz, el indí-
gena abandonó sus antiguas siembras y la tala recibió un
duro golpe al fracasar sus atroces designios.

El guerrero chilindiano, a la vez que sembraba el trigo
en las partes más inaccesibles al enemigo para asegurar las
cosechas, seguía sembrando papa y maíz, como de costum-
bre, pero con grandes restricciones. Lo hacía en los sitios
más estratégicos para que, cuando viniese el enemigo, po-
derlo encajonar a su gusto. También lo hacía seguro de la
necesidad del conquistador, y, claro está, la siembra en los
terrenos bien escogidos de antemano no dejaba de ser un
cebo, una provocación o una tentación. Gracias a su inge-
nio, lo que antes había servido para apremiar al chilindia-
no, servíale ahora para apremiar a los mismos enemigos.

En realidad, la flora no pudo dejar de condicionar pro-
fundamente la formación del ambiente y la estabilización
del proceso específico guerrero. Al incorporar el trigo, la
nacionalidad chilindiana no sólo quedó a cubierto del ham-
bre, sino que tuvo su base económica, y desde el instante
que incorporó la vid y pudo fabricar el vino, la psicología
mítica se hizo más profunda y más compleja en las ceremo-
nias con las sentimentales libaciones.

Después, con el correr del tiempo, el chileindiano incorporaría otras plantas de la chacra española, y así, poco a poco, fué variando y haciendo más compleja la flora austral.

Para una nacionalidad tan precaria el trigo y la vid tuvieron que ser de incalculables consecuencias. El indígena desterró el peligro de las talas y con el trigo se vió libre de tener que sucumbir por hambre, y el vino animó sus ceremonias y alegró sus fiestas.

El trigo ofrecía, además, la ventaja de poderse cosechar en invierno. Resistía las bajas temperaturas australes, en época en que el medio físico no era tan benigno como ahora. El mismo González de Nájera afirmaba que llovía constantemente hasta en verano.

Asegurada la cosecha porque al conquistador no le era dable ganar las cumbres ni cruzar el laberúntico macizo montañoso, el chileindiano aprovisionó tranquilamente sus graneros.

Sociológicamente, este hecho señala una evolución profunda de la sociedad tribal y fundamentó sólidamente la nacionalidad, que recibía los beneficios de los grandes recursos frumentarios. La transformación sociológica fué completa.

La parcialidad que imponían en la sociedad tribal las condiciones topográficas, evolucionó hacia la nacionalidad al surgir la guerra. La propiedad privada, egoísta y logrera, se transformó suavizándose paulatinamente. La amenaza de la conquista solidarizaba al indígena, y con la comunidad del afecto impuso una mayor reciprocidad en la economía y la propiedad privada, basada en las necesidades e intereses colectivos.

La guerra era un proceso colectivo y esto hizo que los egosmos individuales cedieran ante las exigencias de la nueva nacionalidad, que nacía con la fuerte raigambre económica de los graneros que permitirían atender a las necesidades de la población y del ejército.

Con el trigo sufrió la flora austral las transformaciones más vastas. La papa y el maíz perdieron su importancia.

El trigo operó un cambio radical en la sociedad chileindiana. Si la flora desempeñó tan importante papel en la formación y desenvolvimiento del ambiente y del proceso específico guerrero, no lo fué menos el de la fauna.

Los animales regionales, el *chillihueque*, el perro, la vicuña y el huanaco, no dejaron de aportar su contribución.

En la sociedad tribal, el *chillihueque* y la vicuña daban lana en abundancia. Sólo por la lana se les mantenía con solícitos cuidados. Se logró la domesticación y la transformación en ganadería.

En la guerra los dos animales eran particularmente útiles. La lana era más necesaria que nunca para fabricar prendas de vestir y mantas que cubrieran al indígena expuesto a las heladas.

Los chileindianos se convocaban haciendo circular la flecha ensangrentada, símbolo de la declaración de guerra, y al congregarse sacrificaban un *chillihueque*. Cuando trataban de ajusticiar un prisionero que se había atraído el odio por sus actos perversos, sacrificaban de preferencia el *chillihueque* de color más negro, para que el alma del cautivo expurgase en los negros abismos del mal sus abominables faltas.

Sociológicamente, el animal condicionaba la psicología mítica guerrera, dándole más fuerza y más realce a la ceremonia de declaración, de triunfo y de ajusticiamiento. A la vista del animal descuartizado, manando sangre, los sentidos del indígena se excitarían bajo la sugestión mágica de algunas partes del animal, como el corazón y el hígado, que por encerrar sortilegio o maleficio habían de fortalecer las creencias que eran como el fondo de todas las reviviscencias antropológicas.

Los españoles observaron que el chileindiano transportaba sus vasijas de chicha y de vino sobre el *chillihueque*; pero no se sabe si esto sucedía ya antes o si fué reflejo del empleo del caballo por el conquistador. El mismo animal era también uncido a una especie de arado; pero nos faltan datos ciertos acerca de la época en que comenzó a hacerlo la sociedad tribal austral.

Antes de la llegada del conquistador, en la prehistoria, parece que el indígena empleaba ya un instrumento que llamaba *queinelvolque*, al que unció dicho animal. Consistía este aparato en un palo duro que acababa en punta que aplicaba al arranque de malezas, remover las ciénagas, sacar las piedras y agujerear la tierra, que la siembra de la papa exigía que estuviese blanda.

No falta quien afirme que el *chillihueque* fué uncido al arado al ver el indígena que así lo hacían los españoles con el caballo. Pero a esto cabe hacer la objeción de que el aborigen empleaba este procedimiento recién llegado el conquistador, cuando aun no había tenido tiempo de adoptar los métodos extranjeros. El chileindiano, además, no dispuso de caballos hasta su victoria de Tucapel, a raíz del primer levantamiento, tres años después de haberse enfrentado con el enemigo en las márgenes del Bío-Bío; pero transcurridos quince o veinte años, poseyendo ya numerosos caballos, que criaba con esmero, continuaba empleando el *chillihueque*, lo que indica la fuerza de la tradición prehistórica y también que el caballo no le podía ser útil en las cumbres y quebradas inaccesibles donde había tenido que refugiarse para evitar que se llevaran a efecto las talas que realizaban los invasores.

Como el hispánico no tenía porqué emplear *chillihueques* disponiendo de caballos, la tracción animal chileindiana constituía en último caso una preadaptación genuina, una transformación social cuya importancia no es mayor ni menor porque se operara en la prehistoria o en la protohistoria, pues lo que importa es evidenciar la facultad de invención y de penetración psicológica del chileindiano, que supo aplicar a sus necesidades las ventajas de la atracción animal, haciéndole transportar al *chillihueque* sus vasijas de *chicha* y vino, sus armas y bagajes o empleándole en las labores del campo.

Pero en presencia del caballo el chileindiano se transformó en un experto jinete, y sin montura, sin riendas ni frenos, sólo con una simple soga, montaba caballos sin herrar que conducía por cerros, montes y quebradas.

Después del *chillihueque*, el *tegua*, perro, tan genuinamente chileindiano, tuvo también gran influencia condicionadora.

El *tegua* debió ser un animal prehistórico. Al sur del área chileindiana, en la Patagonia, vaga todavía un perro salvaje regional, y ahora mismo, en Tierra del Fuego y Punta Arenas, el perro desempeña un papel de primer orden en la conducción de ganados, hasta el extremo de que casi se puede decir que es el solo conductor de los rebaños de ovejas; conoce los desvíos naturales, los sitios peligrosos y acierta el mejor camino.

El perro existía también entre los incas a juzgar por lo que dice Garcilaso y por algunas pinturas y decoraciones.

Entre los chileindianos la domesticación del *tegua* debió ser obra exclusiva de la sociedad tribal y es posible que el perro salvaje, dados los instintose inclinaciones de la especie, se aviniese pronto con la existencia que en la accidentada parcialidad llevaba la familia indiana.

Sobre la cumbre, la quebrada o la ladera, el perro olfatearía y avizoraría la serranía y el horizonte; en las riberas de los ríos y riachuelos, en las hondonadas y bajíos, en las planicies y vallecillos, el sigiloso animalillo anduvo vigilante, y ni los vientos y ruidos tan persistentes en las montañas lograrían confundirlo y entorpecerle el oído.

El *tegua* distinguiría a la fiera artera desde lejos. Mientras el león, por ejemplo, corría por el valle y trepaba por la loma y la ladera, él lo divisaba desde la cumbre y ni el color ceniciento de unos montes ni el pardusco de otros, ni el ennegrecido de los árboles y bosques extraviaba su ojo penetrante.

El *tegua* era el vigía de la parcialidad, siempre en el puesto de mayor peligro, a la vera del camino o a la entrada de la *ruca* humilde, lloviera, tronara o relampagueara. A pesar de su pequeñez prestaba grandes servicios contra el salteador o contra la fiera. Su poder residía en el olfato y el oído. Un ladrido del *tegua* en las pavorosas montañas indianas, advertiría al amo abandonado y triste.

¡Cuánto le debió la sociedad tribal al pobre *tegua*! No

se sabe de donde procedía y se dice que apenas podía ladrar, proferir un quejido, cualidad que poseen hasta los animales inferiores.

El chileindiano entregaríase al sueño reparador seguro de que el perro vigilaría.

Si el ladrido de un perro es hoy el aviso bienhechor para el hombre de la ciudad y del campo, ¡cuánta no sería su elocuencia en las milenarias y desoladas noches glaciales de la prehistoria austral!

Y si en la sociedad tribal fué grande la utilidad del perro, no lo fué menos durante el desenvolvimiento del proceso específico. El chileindiano tuvo en él un precioso auxiliar. Era el centinela incansable que husmeaba el peligro.

Se cuenta que antes de la batalla en la fragorosa cuesta de Marihueñu (abril de 1531), fué el ladrido de un perro el que puso en guardia contra el invasor a los guerreros ocultos en la maleza.

El mismo conquistador empleó el perro en sus campañas, especialmente «el carnicero y cebado en indios». El español Villagra, después de los desastres de Tucapel, Marihueñu y Concepción, en los alrededores de Imperial, centro del área territorial chileindiana que aun no había tomado parte en la guerra, echó los perros a los indios, y se cuenta que en una isla donde éstos se habían refugiado, tal vez la que ahora se llama Budi, cercana a Imperial, hicieron los perros una terrible mortandad. Unos dos mil indígenas murieron despedazados de manera tan cruel. «En aquel tiempo— confirma Góngora de Marmolejo indignado contra tanta bestialidad— había unos terribles perros cebados en indios, ¡cosa de grande crueldad!, que destrozaban a éstos bravamente, haciéndoles la guerra más horrible que se había conocido.»

En toda América, excepto la parte que hoy lleva el nombre de Panamá, había desempeñado el perro un papel muy considerable.

Se cree que el perro que llevaba el conquistador descendía del chileindiano por cuanto ellos jamás pudieron traer tantos como empleaban y cuya fiereza sublevaba la con-

ciencia moral de Góngora de Marmolejo. Seguramente les amaestraban con el hambre para dedicarles a la caza del indio.

Es de creer que Valdivia y otros caudillos principales fueron ajenos a la táctica de emplear el perro carnicero cebado en indio. La iniciativa parece deberse a un pariente del jefe Villagra, que la adoptó después de repetidos desastres.

El chileindiano no sólo estaba inclinado a valerse del perro para la guerra, sino que, por psicología mítica, trató de aprovecharse desde el primer instante del sortilegio o maleficio de la fuerza animal para combatir al enemigo. Así, según Valdivia, más allá de la frontera, en las márgenes opuestas del Bío-Bío, que cruzaron a nado de noche, se presentaron «bien armados de pescuezos de carneros y ovejas (*chillihueques*, vicuñas, huanacos) y cueros de lobos marinos crudos, de infinitos colores, que era en extremo cosa muy vistosa, y grandes penachos, todos con celadas de aquellos cueros a manera de bonetes grandes de clérigos que no hay hacha de arma por acerada que sea que haga daño al que las trajere.» En el sitio de Concepción, que se suspendió el 1.º de abril de 1564, los perros atronaban el aire y los conquistadores mataron muchos, y medio siglo después observaba González de Nájera que los perros campestres indígenas destruían el ganado del conquistador.

Por lo que se desprende del aserto del jefe conquistador, la fauna no sólo servía de condicionadora de la psicología mítica, sino de hecho, como en el caso del perro, para aprovecharse en cualquier forma del animal, ya arrancándole el cuero para fabricar armas, las celadas resistentes entre ellas, ya para considerarse inmunizado tras una piel de lobo marino o de león.

Después del perro, el chileindiano incorporó la cabra y el caballo, traídos por el europeo.

La cabra la preadaptaron rápidamente de manera especial por la topografía montañosa y, al igual que con su *chillihueque*, cuidaron de fomentar los rebaños para no escasear de lana.

Aunque al parecer no aprovecharon la leche de cabra,

como después no aprovecharon los huevos ni la carne de gallina, utilizaron los cachos y los vellones para sus lanzas o flechas y para sus celadas o bonetes.

En la psicología mítica, la cabra debió empezar a condicionar tanto como antes el *chillihueque*, máxime si éste fué extinguiéndose paulatinamente por la destrucción o la apropiación. Después del asedio, persecución y sitio de ultra Bío-Bío y de la inesperada suspensión de las hostilidades, los soldados de Valdivia, al penetrar en el territorio chilindiano, se apropiaron de más de mil *chillihueques* y vicuñas, según la propia carta del jefe al monarca.

Preadaptándose rápidamente a las montañas australes, la cabra se reprodujo en forma prodigiosa y se llegó a tener rebaños numerosísimos.

El trigo y la cabra contribuyeron a hacer más fuerte y decidida la resistencia del indígena; pero el caballo, traído por los europeos, debía ser la incorporación más trascendental.

El chilindiano, después de Tucapel y de Marihueñu y de la despoblación de Concepción, pudo apropiarse de unos cien caballos y aprendió a montar en seguida. Esto operó una profunda transformación. Ésta fué rápida y prodigiosa por demás, si se tiene en cuenta que hoy, transcurridos cuatro siglos, todavía se resisten a montar a caballo la mayor parte de los pobladores de las regiones montañosas de Honduras y Guatemala y de algunas de Méjico, como Oajaca y Morelos, por preferir andar a pie.

Si los indígenas hubiesen logrado incorporar el caballo a la defensa de su territorio, no cabe duda de que se hubiera dilatado más las del Anáhuac, Tlascalala, Cuscatlán y la del Quiché, por ejemplo, dados los maravillosos efectos que produjo entre los guerreros australes, sometidos a un terreno escarpado y pedregoso, lleno de cardos y ciénagas.

El caballo les permitió vencer la fatiga de los caminos, acortar distancias y apresurar la evolución de la sociedad tribal, perfilando la nacionalidad.

El chilindiano comenzó a ir de parcialidad en parcialidad y comunicarse entre sí, y, lo que es doblemente impor-

tante, a experimentar la sensación de conocer el territorio, los lagos, los ríos, las cordilleras y los mares que nunca había logrado ver.

Mediante el caballo pudo repechar montes, cruzar ríos y vencer otros obstáculos físicos, convocar a los parciales, repartir pronto la flecha y los mensajes y desarrollar las actividades más necesarias para la guerra.

Después de la victoria en la margen opuesta del Bío-Bío, a consecuencia de la cual vino una tregua de tres años que interrumpió el levantamiento de abril de 1554, el indígena, que aún no contaba con el caballo, se dedicaba a estropear cuantos podía, sin sospechar el partido que sacaría de él. En la batalla de Andalién le hirieron a Valdivia el caballo sesenta y siete veces. El odio al caballo hacía que los indios escogieran lugares estratégicos para las batallas donde el caballo no pudiera operar. Así sucedió en las de Tucapel, Cayocupil y Marihueñu, donde el indígena, tras diezmar al enemigo, se apoderó de la caballada. El instinto del nativo le hizo presentir que el caballo sería más útil que su *tegua* y su *chillihueque*. Con él se creyó en posesión de una fuerza incontrastable.

A pesar de esto, en el levantamiento de 1557 se registraron hechos sorprendentes. El indígena disponía de caballos. El chilindiano, que había llegado triunfador hasta mucho más allá de la frontera, hasta las lejanas márgenes del Mataquito (Maule), se encontró con las fuerzas de otro gobernador más aguerridas que las que había capitaneado Valdivia, y conoció derrota tras derrota.

Las derrotas chilindianas de 1557-8, los desastres caupolicanos, tal vez se debiesen al caballo, puesto que el indígena se lanzó al combate confiado en su nuevo recurso, siendo así que desconocía la técnica maniobrera de la caballería.

En la desastrosa batalla de Millarapué (noviembre de 1557), los chilindianos se desmontaban para pelear a pie. La caballada dejábanla en la retaguardia, y cuenta Ercilla que durante la confusión del combate muchas mujeres indias montaban caballos que vagaban por los campos de los alrededores. Ahora ya no trataban los indios de para-

petase tras los repliegues de las montañas, sino de atacar a campo abierto, seguros de que a sus espaldas tenían al animal que en caso de derrota les proporcionaría una rápida huida. Pero sus propósitos fracasaron, pues el conquistador tomó sus medidas para evitar que dispusieran del recurso del animal. El chileindiano, engréido por sus anteriores triunfos, no creyó que el enemigo se atreviese a grandes cosas, sin duda.

El sociólogo piensa así siguiendo el curso de las actividades guerreras.

Después de las aciagas derrotas de 1557-8, el chileindiano aprovechó el caballo para lanzarse a grandes correrías. La correría llegó a ser clásica y tuvo las mayores consecuencias en el proceso específico austral. Lautaro la introdujo al franquear la frontera. En estas marchas se desarrollaban las aptitudes guerreras. La clásica correría se adoptó también en la Pampa argentina y llegaba desde el Chaco hasta la Patagonia. Estas correrías, ya muy desarrollada la República, dieron paso al gaucho y fueron el antecedente de las clásicas montoneras. Las realizaron también los charrúas y los valientes que bajo el mando de Artigas cruzaron las inmensas llanuras uruguayas.

Pero la correría, que se justifica en la Argentina y en el Uruguay, no se explica en Chileindia, terreno accidentado, áspero, fragoso cual ningún otro territorio indiano continental. Aquí no deja de ser una maravillosa sorpresa.

Transformado en jinete el chileindiano ya no se creyó esclavo de su enorme sabana de piedra; se sintió más libre, dueño de sí, audaz y temerario al poder cortar los vientos, vadear los ríos, bajar a los abismos y subir a las más altas cumbres sin otro esfuerzo que el de espolear a la bestia que montaba. Esto daríale la ligereza de espíritu, atrofiado tras la larga lucha sobreponedora contra el medio físico. Y al facilitar el caballo las labores de la caza y la pesca y el desarrollo del comercio y la industria, aceleró la formación de la nacionalidad y la constitución del proceso específico.

A la larga el caballo condicionó la doble influencia moral de la guerra y el trasplante al otro lado de la cordillera, en

las estribaciones argentinas, frente a la inmensa Pampa, pues casi paralelamente a la guerra internacional empezaron a constituirse, pared por medio de la gran cordillera de los Andes, tribus que obedecieron al nombre genérico de araucanos, como provenientes de los chileindianos, cuando en gran parte serían quizá emigrados promaucacs, michimalongos y changos que ganaban el lado opuesto a fin de substraerse a los encomenderos y a los atroces servicios forzados de la guerra. No sería raro tampoco que en el éxodo se mezclaran ancianos e inválidos chileindianos que ya no podrían seguir combatiendo.

El condicionamiento sociológico del conquistador en la formación del ambiente y en la estabilización del proceso específico guerrero

El ambiente y el proceso específico sociológico chileno coexistieron con la interdependencia militar conquistadora, que sin los otros no habría sido tal ni habría pasado de mera asonada sometidora. Era natural que en el flujo y reflujo de los acontecimientos se equilibrasen y completasen.

En las guerras de la conquista chocaron dos civilizaciones, la chilena y la hispánica; pero el invasor no representaba íntegramente la civilización española, pues aun siendo hijo de ella las circunstancias especialísimas y su aislamiento en el otro confín del Mundo, no le permitieron proceder como lo hubiera hecho en su terreno propio, en el foco de su civilización. Pero, a pesar de todo, sus actividades difundieron los beneficios de la cultura hispánica, que se desarrollaron durante tres siglos para completar la obra del descubrimiento, conquista y colonización de América.

En la misma Chile india la superioridad del conquistador hizo que éste se destacara; pero cabría decir que, al revés de las civilizaciones azteca e incaica, la chilena apareció más reglamentada y rígida por normas de alta política.

Valdivia, que se presentó revestido de poderes reales, por sus ideas, por su cultura, por los impulsos que dió a la evolución social de los chilenos, no podía menos que ser el reflejo de la nación progenitora.

Los españoles, frente al ambiente y al proceso específico guerrero austral, por más que fuesen la avanzada de la civilización, requirieron continuidad y simultaneidad de propó-

sitos, de colaboración, de acción, dirección, consejo y organización. La civilización hispánica era una cosa cierta, una de las grandes conquistas de la Humanidad, en tanto que la guerra era todo lo contrario, lo incierto, un afán por llegar a un resultado victorioso. Había influido en la predisposición, en la tendencia y en los impulsos; pero faltaba saber si la colaboración, la cooperación, estarían a la altura de las circunstancias y responderían a las necesidades y exigencias de la empresa.

Aquí ya no se trataba propiamente de una cuestión de civilización, porque la hispánica, aun en el imperio colonial, siguió desenvolviéndose, sino más bien de condicionamiento civilizatorio. El condicionamiento partiría de la civilización superior y en ningún caso sería ella misma.

El hecho que pudiese condicionar bien o mal, no afectaba a ella misma, por cuanto era algo ya constituido; afectaba más bien a la política, que, aunque derivada de la civilización, no podía en ninguna forma confundirse con ella y más bien sería una cosa accesoria. Era natural; la civilización superior hispánica era obra social de diez o quince siglos; pero la política estaba sujeta a los intereses personales del momento.

Para la Corte española, la guerra chilena era cosa secundaria, pues le interesaban más las complicaciones de la política europea, las derivaciones de las luchas con los árabes para completar la obra de la unidad nacional después de la Reconquista y otros asuntos de orden interior.

En la propia América, España no sólo tenía que preocuparse de los chilenos. Antes que éstos, estaban las colonias que abarcaban desde las Antillas y Méjico hasta el propio Bío-Bío, y es natural que la organización y estabilización del imperio colonial le demandase más trabajo y mayores sacrificios que la guerra austral. La organización de la paz siempre ha sido más difícil que la guerra, y no sería raro que lo que fueron la confederación azteca, el imperio incásico, la república tlascalense, las naciones maya, quiché, cachiquel y pipil y las sociedades de los zapotecas, mistecas, tonotecas, cholultecas, changos, michimalongos y

promaucaes le demandasen más trabajo que la misma guerra chileindiana.

Es cierto que en la guerra de conquista austral, que operó el ambiente y el proceso específico indígena, España echó mano de recursos y elementos militares muy superiores a los que demandaron la conquista de Méjico y de los Incas. El hecho sería muy satisfactorio para el chileindiano; pero habría que observar que en la conquista y la organización colonial de América, España disgregó, fragmentó y dividió demasiado sus fuerzas, creó nuevas necesidades y tuvo que atender intereses que le demandaron mayores esfuerzos, recursos y elementos. No solamente atendía una región, sino a mil regiones americanas, sin descuidar un instante la seguridad interna amenazada a cada momento por enemigos exteriores.

Si la guerra chileindiana hubiese atraído toda la atención y acaparado todos los elementos y recursos de España, resultaría un hecho de extraordinario relieve en la Historia del Mundo.

Pero la guerra chileindiana no fué más que un problema secundario para una nación que guerreó ocho siglos para su Reconquista, que llevó sus banderas triunfantes por Flandes e Italia y que se lanzó al descubrimiento de América, hecho de más vastas proporciones que cuantos haya podido realizar ninguna otra nación y cuyo resultado fué dar nacimiento a un Nuevo Mundo.

Además, la guerra chileindiana coincidía con la que España sostenía en todo este inmenso continente, donde se luchaba contra el desierto, la selva, la fiebre, el calor, la escasez de recursos y los resabios e instintos bárbaros, cuando no salvajes, de algunas regiones.

Es así, sociológicamente, como podría explicarse, desde el punto de vista de la civilización superior hispánica, la formación del ambiente y la estabilización del proceso específico guerrero chileindiano, con una atenuante todavía: que al operarse el descubrimiento, conquista y colonización de la casi totalidad del continente, es natural que las perspectivas que se entreveía en el mayor campo de actividades

que hubiese visto jamás el hombre, hiciesen nacer multitud de vicios, ambiciones y delitos. No era una consecuencia de la civilización hispánica, sino más bien de los hechos que se desarrollaban lejos, fuera de su radio de acción, en connivencia con otras razas que, acaso por su poco desarrollo moral, debilitaron la moral del civilizado superior.

La cuestión moral se le habría presentado a cualquier otra nación que hubiese estado en el lugar de España; y ahora cabe preguntar, ante la incommensurable extensión de los hechos y de la mayor complicación de los hombres, ¿dónde, en un momento dado, se hubiera podido echar mano de personal que estuviese a la altura de la situación y llenase las esperanzas de una buena administración? Si en el mundo que se descubría y empezaba a civilizarse, se había encontrado el caos prehistórico, ¿de cuándo acá podemos extrañarnos que las confusiones, los excesos y exaltaciones desapareciesen de esta tierra apenas la pisase el blanco? Esto no podía ser porque la misma lucha aparejaba males inevitables que no ha podido remediar la especie humana.

Aunque así hayan sido las cosas, lo malo es que el conquistador y el protohistorialista, frente al chileindiano, no se creyeron españoles sino España, y los historiadores y los manualistas han seguido invirtiendo los hechos. Un grupo de soldados no pudo ser la nación; no se trató de una guerra de naciones que se aprestaran ex profeso y proporcionalmente, si bien la nacionalidad primitiva austral hizo mucho de su parte para resistir al ejército expedicionario civilizado europeo, ya enseñoreado de casi todo el continente.

Psicológicamente puede atribuirse la formación del ambiente y del proceso específico guerrero chileindiano a una ofuscación debida al éxito total en el continente, que impidió pesar la situación, medir los recursos, reparar en las posibilidades y en la organización.

Por parte de los hispánicos se advierte desde un principio una ofuscación. Al parecer no se toma en cuenta al indígena y se confía demasiado en el jefe y en sus soldados, como si la guerra hubiese sido cuestión de escaramuzas de más o menos. El propio prehistorialista nos sugiere esta interpre-

tación por cuanto nos refiere, sin sospechar ni penetrar el designio, una infinita lista de gobernadores, hasta el extremo que en el primer medio siglo de guerra el reino de Chile tuvo quince o veinte, doble que los virreinos de Méjico y Perú, aunque éstos caían también por un principio prudente de renovarlos de cuando en cuando para evitar los vicios inherentes al poder.

Hay que reparar que al revés de las colonias, el gobernador de Chile era jefe militar a la vez, por lo que el cambio era más grave todavía porque afectaba no sólo a las funciones primordiales sino a las alternativas nacionales de la guerra.

Es posible que el cambio continuo de los gobernadores obedeciese a la idea simplista que tienen todavía la mayoría de los gobernantes de nuestros pueblos hispanoamericanos, de que de ellos dependía la solución de las cuestiones, aunque no pudieran hacer nada.

Se concibe semejante ofuscación, como se concibe la de ahora, por la falta de cultura y por el desconocimiento sociológico.

En la conquista de América predominó un principio político opuesto al que ahora impera en Europa, y ello, como es natural, se debió a las evoluciones morales de la época. No tendríamos de qué asombrarnos por cuanto el inca había instituido una monarquía divina y el monarca azteca trataba de divinizarse.

Aunque el conquistador, en realidad, fué la fuerza equivalente y predisponente de la guerra chileindiana, como factor de interdependencia, en el hecho, si no en sus faltas y defectos aprovechados por el indígena, al menos por las circunstancias, la incomprensión del problema, la falta de recursos apropiados y de elementos proporcionados, es indudable que concurren a condicionar el ambiente y el proceso específico austral.

Pero por encima de todo, sociológicamente, el aporte negativo hispánico podría explicarse porque partió de la ofuscación, de un punto de vista errado, muy propio de la época, de considerar a los chileindianos sólo como unos cuantos

salvajes, siendo así que habían llegado a la sociedad tribal y que, al formalizarse la guerra, con la estabilidad se produjo el ambiente que coexistió con la evolución nacionalista.

Luego existía un principio de civilización primitiva, de conciencia, de disciplina social, de sentido moral profundo y serio, que abarcaba hasta los más bajos fondos.

Y más todavía que los principios morales, tenía la herencia, la tradición, la educación de la lucha sobreponedora contra el medio físico. Detrás de las inmensas y sombrías montañas y de los indios mismos, estaba el espíritu, el superorganismo social que había de operar infaliblemente la resistencia.

Por no partir de esa base, cualquier éxito del conquistador, como el de Valdivia y los suyos, que tras de la monstruosidad de Penso (1550) pudo penetrar en el territorio y en tres años fundar las ciudades y fuertes de Arauco, Purén, Tucapel, Imperial, Valdivia y Villarrica, sería meramente transitorio, acaso momentáneo, porque la conciencia moral indígena de la resistencia siempre era la misma, no había cambiado ni presentaba indicios de ser quebrantada. No quebrantada la resistencia moral y nacional, el chileindiano tenía que reaccionar a las primeras de cambio y presentarse más fuerte que nunca. Las batallas serían para el indígena carnicerías y matanzas atroces; pero el espíritu permanecía incólume, y esto siempre dejaba entrever el peligro de una sublevación.

Aunque Valdivia supo afrontar la amenaza del indígena desviándose hacia el mar y fundando ciudades marítimas que fácilmente pudieran comunicarse entre sí, como Concepción, Arauco, Imperial y Valdivia, al parecer no advirtió en realidad toda la fortaleza moral del indígena.

En efecto, con semejantes fundaciones, desparramadísimas, distantes unas de otras más de veinte leguas, parece natural que al indígena se le creyese ya enteramente sometido o imposibilitado de sublevarse.

Tal indicio confirma que se hacía abstracción de la civilización primitiva y que el problema se restringía a unos cuantos exaltados que habría que sojuzgar con la fuerza bruta.

Psicológicamente se concibe que el expedicionario conquistador pensara de este modo exaltado por las embriagueces de la guerra y ansioso de cobrar un prestigio comparable al alcanzado por los dominadores de aztecas e incas.

El político de ultramar debía estar ofuscado. Después de la rápida e incomprensible conquista de todo un mundo, no podía justificar, con sobra de recursos, la resistencia chileindiana. Pero, en realidad, el conquistador tenía motivo para mostrarse confundido. En el confín del continente, en esa especie de lengüeta geográfica austral, no era posible que quedasen unos cuantos indios para proclamar la incomprensible excepción. La confederación de Méjico, la república de Tlascala y el Imperio Inca, ya habían sido conquistados, y el éxito maravilloso de la empresa puso aún de manifiesto la prodigiosa resistencia chileindiana.

Sólo a su confusión cabe achacar el yerro de Valdivia de fundar simultáneamente seis ciudades y fuertes, además de Concepción, más allá de la frontera. Si después de ésta sólo hubiese fundado la de Arauco y procurado durante largo tiempo, hasta que la pacificación hubiese sido un hecho, establecer una verdadera colonización, a la manera ideada por Cortés en el Anáhuac, es posible que no se hubiese tenido que lamentar el primer gran levantamiento de 1554, que trajo por consecuencia la destrucción de las ciudades y fuertes que apenas hacía tres veranos que se habían levantado.

Fué una equivocación establecer semejantes fundaciones, por cuanto así dividía su ejército, que en vez de presentar un todo homogéneo y compacto que lo habría puesto a cubierto de las asechanzas enemigas, disgregó y fraccionó hasta lo imposible sus escasas fuerzas, con lo cual no sólo estimuló y condicionó el levantamiento, sino que lo revistió de todas las posibilidades de éxito.

El primer gran desastre hispánico se debió, pues, principalmente a la propia culpa de Valdivia, que no se penetró de la fortaleza moral de la sociedad tribal, de la que hizo abstracción.

Es natural que el primer gran desastre hispánico ahon-

dase más las ofuscaciones del político al darse cuenta del desplome de seis ciudades. El resultado de ello no se haría esperar.

Así, después de tres años de estar la expedición casi sin gobierno, en 1557 bordeó las márgenes del Bío-Bío un hijo del virrey del Perú, de apenas veintiún años, que llegaba como gobernador trayendo un nuevo ejército.

Nuevo gobernador, nuevo ejército y nuevo jefe, y otro motivo de mayor confusión si cabe, por el giro que tomaban las cosas, de guerra a muerte, como satánica venganza.

Al desviarse al mar y establecer la comunicación marítima siquiera dió Valdivia indicios de prudencia al tratar de desarmar al indígena; pero el joven Hurtado de Mendoza, al frente de un ejército que no conocía la difícil y abrumadora topografía, demostró lo que podía esperarse de un hombre que a la poca edad agregaba la consiguiente falta de experiencia y cultura.

El hecho de que el ejército fuese nuevo y desconocedor de la brusca y áspera fragosidad confirma que ni el virrey ni los políticos del Rimac y del Mapocho conocían la realidad, creyendo que por el terror podrían someter al indígena austral, haciendo caso omiso o desconociendo por completo los substratos sociales. De los que se enseñoreaban en los propios lares incásicos, no podía esperarse otra cosa ciertamente.

El segundo gobernador duró apenas dos años, y al parecer fué destituido, sucediéndole interinamente un capitán de Valdivia, que después fué también gobernador, Francisco de Villagra.

La intrinidad de éste, por dos veces en diez años, revelaba una política carente de coordinación. A la muerte de Villagra le sucedió su pariente Pedro, aquel capitán que había echado a los chileindianos de Imperial «los perros cebados en indio».

Sin quererlo o por fuerza de las circunstancias se estableció en el reino de Chile la oligarquía y el nepotismo, pues los Villagra estuvieron en el gobierno más de quince años.

Este período fué el más largo, lo que da carácter de gravedad a sus mandatos, puesto que en la confusión de los continuos desastres tomaban el gobierno y afrontaban la situación por imposición de las cosas.

Ercilla y Góngora de Marmolejo, que estuvieron en el propio terreno, el segundo con el primero, segundo y siguientes gobernadores, y el primero con el tercero y cuarto, emplean frases muy amargas para calificar a sus propios jefes. Sus quejas no debían ser hijas de la envidia, sino del sano deseo de encarrilar las cosas. Góngora de Marmolejo acusaba a Valdivia de fundar ciudades para reservarse la mejor parte y Ercilla de ser demasiado avaro. Respecto a Villagra agregó el capitán y cronista que era un viejo mujeriego y borracho. Al parecer, el mismo Ercilla encontró insignificante al gobernador que venía con él, Hurtado de Mendoza, puesto que en su poema casi se abstiene de nombrarle.

Los hechos tenían que ser más graves de lo que a simple vista parecen, ya que el gobernador era fiel expresión del punto de vista que imperaba en la época.

En la guerra chileindiana se confundía la autoridad política, civil, religiosa y militar, y se les daba poderes casi omnipotentes y se estimaba a los gobernadores como la cabeza visible, la personificación de la guerra.

Confiar en ellos u ordenar a los mismos, se creía que era como resolver las cosas y encontrar al punto la solución del problema.

Semejante disposición política de la época había de condenar al fracaso la guerra emprendida con tan poco conocimiento y penetración del chileindígena.

Si en la designación de los gobernadores, en los que se trataba de personalizar el poder real, exagerando su importancia y su influencia, esperando y confiando demasiado en los hombres mediocres, se caía en tan lamentables faltas, mayores fueron las que se cometieron en la formación del ejército.

Valdivia confesaba que el grueso de sus tropas lo constituían los descontentos o forzados a salir del Perú por las

continuas guerras civiles entre los propios conquistadores.

He aquí una iniciación desgraciada, un precedente de lo más funesto y que en mucha parte dará la clave de los sucesivos y tremendos fracasos.

Seres amargados, prematuramente decepcionados y llena su alma de odio y mezquindad, no podían servir para una guerra como la austral, tan difícil y penosa, y que, por lo tanto, requería el mayor aporte de abnegación, de entusiasmo, de paciencia, de tenacidad.

No fué raro que esos mismos hombres, que luego fueron los soldados valdivianos, acostumbrados a la vida muelle y poltrona del virreinato, a los refinamientos y zalamerías de la corte palaciega de la América del sur, impusiesen la desacertada fundación de ciudades y fuertes, para así, so pretexto de resguardarlas y dirigir las, tuvieran tiempo de entregarse a la vida ociosa y regalada.

A pesar de todo se siguió trayendo soldados de tal calaña del Perú y se reedificaron los fuertes y ciudades, no obstante las trágicas y dolorosas experiencias. Al medio siglo de guerra este calamitoso estado de cosas sublevó a González de Nájera, cuyas invectivas sobrecogen el ánimo.

Los soldados así traídos y elevados a la categoría de conquistadores, no pudieron desentenderse de su pasado, y en plena actividad guerrera siguieron introduciendo toda clase de vicios en perjuicio de la disciplina.

El primer asomo de indisciplina grave sucedió después del desastre de Tucapel, en el que pereció el gobernador y lo más granado del ejército. En vez de tratar de reunirse todos, para así hacer frente unidos y compactos, los de Purén, Arauco y Concepción maniobraron por su lado para ponerse a salvo. El espantoso desastre de la infernal cuesta de Marihueñu se debió en gran parte a que los soldados acampados en Arauco tomaron precipitadamente la fuga, sin atender la distancia ni la facilidad de comunicaciones, por donde primero se les presentó.

El hecho se repitió en más de una ocasión peligrosa. En el levantamiento general indígena del año 1564, casi todas las fundaciones fueron atacadas sin recibir auxilio unas de

otras, y la guarnición de Imperial negó altaneramente su cooperación a la de Valdivia y todavía se aprestó a repeler por las armas cualquier exigencia, siendo así que la situación era tan crítica que en Santiago, en 2 de febrero de 1564, el cabildo y el vecindario se reunieron alarmadísimos, yendo muchos personalmente a la guerra y dando otros su dinero.

Por los continuos desastres, muchos soldados sólo atinaban a huir. Así, después del Catiray (enero, 1569), a nadie se le dió permiso para salir del país, y un platero de Valdivia, al ser sorprendido en trajines clandestinos, fué ahorcado. De Concepción se fugaron en una embarcación cinco soldados, y los cuatro que fueron apresados, porque al otro lo mataron de un balazo, fueron condenados a servicio perpetuo y a llevar al cuello una argolla de hierro. Muchos hufan a los bosques y traspasaban la cordillera a veces con la complicidad del propio indígena, que así veía decrecer al enemigo.

Pero la indisciplina mayor, casi increíble, fué la que después se hizo proverbial e inveterada y asumió los caracteres de un procedimiento tradicional, consistente en que muchísimos empezaran a asilarse en los conventos y tomaban el hábito religioso. Impone leer las crónicas de la época; el libro de Thayer Ojeda no deja de aterrar.

Casi al cumplir cinco lustros de guerra, a raíz del levantamiento de los chileindianos de la región central y sur, los indígenas empezaron a usar la flecha envenenada, lo que motivó desusados actos de indisciplina.

A los treinta años de guerra, uno de los gobernadores deja de lado la guerra y la emprende contra Santiago, la capital del reino, para resistir la orden de prisión dictada contra él por el teniente general y justicia mayor, todo un doctor por añadidura. Barros Arana, comentando el hecho, agregaba que «a través de la historia que escribe son frecuentísimas las disensiones.»

Si hasta el propio gobernador era condenado a prisión y se resistía a la orden, con razón o sin ella, con los propios soldados nadie podría garantizar una mediana disciplina.

Por lo demás, la indisciplina no sólo provenía de los malos

hábitos de los soldados, en forma tan extraña reclutados, sino también del tratamiento que recibían. El historiador citado, al referirse a la situación de la tropa al primer medio siglo de guerra, exponía: «La condición de la tropa era la más triste y miserable que se pueda imaginar. Aquellos soldados que rara vez recibían paga, mal comidos y peor equipados, vestidos casi siempre con trajes andrajosos, estaban obligados a soportar las mayores privaciones y todo género de sufrimientos.»

Si el reclutamiento hecho en el Perú resultaba funesto y había reportado tan desastrosas consecuencias para una guerra tan trágica y violenta como la chileindiana, cuál sería el segundo que se hizo en España (1590) que mereció del historiador antes citado estas amargas y desconsoladoras palabras: «Doscientos aventureros recogidos de cualquier modo y que venían a Chile casi en la condición de forzados.» Del primero (1576), 334 hombres trajeron armamento miserable y cincuenta de ellos no trajeron ninguna clase de armas.

Al cumplirse casi el medio siglo de guerra, en el Perú, al intentar uno de los inveterados reclutamientos, los agentes del virrey se vieron en la necesidad de pagar cincuenta pesos adelantados a cada soldado con promesa de que el servicio no duraría más de un año.

¡Qué doloroso y triste contraste con los soldados conquistadores de la confederación azteca y del imperio incásico!

¡Cómo habían cambiado los tiempos! Es posible que la prosperidad de las colonias tuviese su influencia en ello; además, se estaba harto de heroísmo.

En tales condiciones no es de extrañar que se produjeran las más escandalosas corruptelas.

Así, primeramente nació la esclavitud forzada, mediante la cual hasta un simple soldado podía hacer lo que le entrase en gana. Cómo serían los abusos que se llegó en 1580, a los treinta años de guerra, a abolir el servicio personal. Aunque se hiciese poco caso de las prescripciones de la corona de España, urge testimoniar su profundo sentimiento de justicia y su enérgica reprobación de los actos que ejecutaban lejos de ella sus subordinados.

En 1577, en las campearadas de Arauco y Millarapué, se hicieron las primeras, notoriamente públicas, de prisioneros, que luego mutilados, se los vendía como esclavos.

En toda la dilatada conquista del Nuevo Mundo jamás se había echado mano de un procedimiento semejante. Es posible que el soldado, para ganarse unos cuantos pesos, tuviese que acceder al pedido del encomendero del Perú o del norte del reino, que compraban sólo esclavos con el pie cortado acaso para que no se fugasen con facilidad. La historia ha registrado el hecho de que encima de un madero firme, con un formón y al golpe de un duro martillo le cortaban el pie al indio, obligándosele después a que metiera la parte mutilada en un caldero de cebo hirviendo para evitar las hemorragias; y que la primera caravana larga y lúgubre, cual espectros arrancados a las fieras montañas, partió, en número de más de 350, hacia Coquimbo en julio de 1577.

Casi a los cincuenta años de guerra, cuando ya llevaba veinticinco de práctica, la institución sublevó al propio González de Nájera, que expone que aunque en 1609 su Majestad autorizó la esclavitud con indios tomados en la guerra, desde muchísimo antes se vendían y negociaban los esclavos por cuantos medios era posible. Con la venta y compra pública de esclavos, que era cosa ya común en su tiempo, al medio siglo de guerra, se descuidaba la guerra y los soldados se distraían. Los negociados estaban a la orden del día, agrega el cronista, y dice que se sacaba hasta mujeres y niños engañados del sur, de Valdivia y Osorno.

Si el soldado llegaba a condicionar la esclavitud forzada, mutilada y marcada, con mayor razón condicionó la disciplina, y en adelante casi fué el amo, anticipándose, por fuerza de las circunstancias, a lo que hace la bárbara soldadesca en nuestros pueblos de ahora. Así el gobernador Oñez de Loyola escribía al rey que en la guerra se disimulaban libertades que en otras partes serían delitos notables, permitiéndose desde muchos años atrás disimular el robo de ganado por los soldados a los propios hacendados compatriotas, aunque la abundancia no sería tan grande porque siempre había hambre.

El patriota González de Nájera, comentando la sorpresa que le causó la indisciplina a uno de los mejores jefes españoles, decía: «Ni banderas se usaban hasta Alonso de Rivera y ni estandarte y trompeta y atambores se iban dejando. El santo y seña no se usaba y fué maravilla y lo impuso el nuevo gobernador.» En seguida el probo militar agregaba que había exceso de generalatos de mar y de tierra, maestros de campos, etc., predominando la política y la influencia del virrey del Perú con los gobernadores. Los abusos e injusticias eran frequentísimos, doliéndose «de idiotas de tal edad (acaso Hurtado de Mendoza) que jamás gobernaron pica ni manejaron arcabuces y sin embargo se les dió el gobierno». Más adelante, con notoria austeridad, exclamaba que no se enviaban más facinerosos del Perú o de otras partes porque daban malísimos ejemplos.

¡Era tan grande la desorganización que al medio siglo de guerra ni siquiera se tenía un hospital ni se podía contar con un médico!

Además, no sólo los soldados, sino hasta los jefes y encomenderos practicaron y pusieron en uso verdaderas corruptelas. Desde temprano se denunciaron las especulaciones para evitarse ir a la guerra, y, aún en 1580 y 1581, los vecinos de Santiago opusieron la más tenaz resistencia para pagar las derramas o impuestos de dinero y de caballos decretados en nombre del gobernador, y aún se llegó a pretender que sólo se llevase al campo de batalla a los desertores presos en la ciudad. En 1579, el capitán del Campo San Miguel escribió al virrey que «había cota que se vendió una y seis veces». La oligarquía y el nepotismo que florecieron con los Villagra, se repitieron con los Quirogas, y, al respecto, Góngora de Marmolejo hace las más dolorosas reflexiones. Bastaría invocar su sombrío retrato del gobernador.

Por otra parte no terminó aquí la desorganización, que llegó más a lo hondo y abarcó a la propia autoridad, al clero y a la propiedad, los fundamentos morales de todas las sociedades coloniales hispanoamericanas.

Todos los documentos de la época denuncian como una enfermedad crónica la competencia y encono de las autori-

dades, y el clero, según Barros Arana, «salvo escasas excepciones no estaba preparado». Si bien es cierto que llegaban de España algunos religiosos que quizá habían hecho ciertos estudios, la mayor parte de los clérigos debían ser turbulentos y pendencieros dispuestos a tomar las armas contra los indios y a mezclarse, como se mezclaban, en las agitaciones civiles de los mismos españoles. Pero, además de eso, en Chile tomaban las órdenes sacerdotales muchos individuos que no habían de llevar a ese estado la menor cultura. Los obispos estaban acostumbrados a dar sacras órdenes a los soldados para librarse de la guerra. «Por esta vía, decía el gobernador Ruiz de Gamboa, se ha consumido la tercera parte de los que en este reino militaban y va en tanto aumento o, por mejor decir, desorden, que entiendo que en breve tiempo habrá más clérigos que legos. Aun muchos tomaban el hábito para salir del país y ya afuera lo dejaban.»

Cada día aumentaba el número de capitanes y soldados que se hacían clérigos, y otros o se fugaban por la cordillera o, lo que era más grave, se pasaban a los propios indígenas.

Pero lo más revelador es que ya casi no se hacía caso de la propiedad, como si el reino fuese la tierra maldita. Así el gobernador Oñez de Loyola, al medio siglo de guerra, declaraba: «Repartimientos en propiedad, no los quieren aceptar los soldados de alguna presunción; y tales ha habido que después de aceptados lo han dejado y siendo como es la gente la más pobre que hay entre todos los vasayos.»

¡Qué situación más trágica!

Se ha de saber que al principio hubo muchos entusiastas desinteresados en la expectativa de la encomienda y que después sólo pagando un salario fijo y estableciendo un determinado plazo de uno o dos años se podía efectuar reclutamientos en el Perú. Al cumplirse el medio siglo de guerra, ni la encomienda querían; no era ideal ni apetencia de nadie.

Habían transcurrido cincuenta años, pasando los hombres y las cosas, y al fin se llegaba a comprender la inutilidad, el fracaso irremediable. ¡Qué penosa situación, que haría compadecerse hasta a sus encarnizados enemigos, los crueles indígenas!

Parece natural que tan calamitosa situación tuviese que repercutir más allá de la frontera de guerra, en la colonia que se alzaba a lo lejos de la zona austral chiloeindiana.

La criminalidad, para ensombrecer más el cuadro, apareció en mayor proporción que las fiebres, las hambres y dolores que los habían azotado cruelmente.

No sólo mataban y robaban los europeos y los indígenas, sino que hasta los esclavos negros asaltaban los campos.

Barros Arana, comentando los hechos, decía: «Desde fines de 1591 hasta fines de 1593, ocho españoles murieron asesinados y diez ahorcados por la justicia. Cuando se toma en cuenta que en esa época la población española de Chile constaba sólo de unos tres mil hombres, se comprende que la criminalidad debía haber tomado las más alarmantes proporciones.»

Era la sombra lúgubre e infernal de la guerra.

Pero en donde la repercusión debía ser inmensamente sensible fué en la economía nacional. Un ligero examen de las pérdidas es posible que alcance a perfilar la incalculable magnitud de la catástrofe. El ilustre historiador tantas veces citado, decía: «Jerónimo de Alderete, en los últimos meses de 1553 y después de doce años de guerra, llevaba apenas poco más de sesenta mil pesos oro. Para los reyes fué una verdadera decepción y parecía casi una insignificancia. García de Mendoza no mandó ningún centavo a España porque la guerra lo consumía todo. Aún llegó hasta requisar y despojar a los propios colonos españoles. Por la violencia tomaba las llaves y se apoderaba de las mercancías y haciendas. Quince mil pesos oro, suma enorme, fueron obtenidos de esa manera.» Más adelante, agregaba: «Las rentas reales no pasaban de treinta o treinta y dos mil pesos y con ellas era necesario costear todos los gastos públicos. Una de las razones que tuvieron presente algunos capitanes para pedir la supresión de la audiencia, era que las entradas del Tesoro no bastaban para pagar los sueldos de los oidores y los demás funcionarios. Los encomenderos, en 1575, empujados también por la guerra, se esquivaban cuanto les era dable de contribuir a sus gastos.» En las páginas siguien-

tes, proseguía: «Las entradas que Chile producía al Tesoro real, iban de año en año en notable disminución. En 1568 la renta anual que producía el impuesto sobre las minas y lavaderos de oro era de treinta y cinco a cuarenta mil pesos. En 1571 en treinta o treinta y dos mil pesos. Doce años más tarde, en 1583, aquellas rentas, computadas un año con otro, no alcanzaban a veintidós mil pesos, mientras que las deudas del erario pasaban ya de trescientos mil. Se apeló a la venta de oficios o sea algunos cargos del Estado. Los cargos de regidores perpetuos fueron comprados con avidez. La producción del oro fué escasa y tuvo razón de su existencia en el trabajo gratuito de los indios. A fines del siglo XVI, los trabajos de los lavaderos de oro estaban casi abandonados.»

Ante hechos tan trágicos, encadenados al través de medio siglo, el sociólogo medita acerca de los excesos que se advirtieron en la guerra. No eran el resultado de la premeditación y la alevosía. Ahí estaba el espantoso balance de medio siglo de guerra conquistadora para revelarlo y aclararlo.

Si entre ellos mismos, como se ha visto en la criminalidad desarrollada en la colonia, cometían excesos, psicológicamente la guerra estaba operando transmutaciones pavorosas, había creado un ambiente moral predisuesto a toda clase de violencias y exaltaciones.

Ante la gravedad de la situación se comprende el alcance de la crueldad conquistadora. Parece que las represiones justicieras se ejercitaron, antes que en el pobre indio, en el civilizado superior de omnímoda autoridad, cuyo poder habría que quebrantar con el mayor rigor para escarmiento de sectas y jerarquías. De todos modos se podría decir que el rigor no fué la regla, no obstante las apremiantes condiciones guerreras, capacidades para exacerbar toda clase de excesos, tanto más cuanto las operaciones las dirigían, por lo general, individuos que no pertenecían al ejército peninsular y que, por lo tanto, estaban substraídos a la cultura y a la elevación de sentimientos propios de una institución tradicional. Por ejemplo, a Caupolicán, jefe guerrero, lo condenaron a la pica, y a Galvarino, a la mutilación de sus

miembros. Semejantes hechos sublevaron a los propios conquistadores y el bueno de Ercilla declara que si él hubiera estado presente se habría evitado el suplicio de Caupolicán. En cuanto a Galvarino, el bondadoso poeta dedica sus más tiernas, nobles y generosas estrofas a ensalzar su desprecio a la muerte. En verdad que el conquistador debió sufrir también suplicios horribles, cuyas noticias no han llegado hasta nosotros. Quizá el indígena ideara suplicios mayores que en la efervescencia del combate conceptuó como reparaciones comunes. Ocasiones hubo en que no dejó con vida a un solo prisionero para que refiriera los suplicios. Tal pasó con el núcleo de los gobernadores Valdivia y Oñez de Loyola, a los que se les separó de su grupo para hacerles caminar largas distancias, desnudos, por pedregales y zarzales y en medio de la befa y del escarnio general.

Si para el indígena resultaban horribles los suplicios, debieron serlo más para el conquistador, dados su cultura y sentimientos. Sobre todo no deja de inspirar profunda compasión la muerte del infeliz Oñez de Loyola, del que sólo se cuentan bondades.

Por ambas partes gravitaba y refluía la atmósfera criminal de la guerra que se respiraba, y es posible que al medio siglo, los contendientes, psicastenizados, ni siquiera reparasen en lo que era un crimen. En el indígena, de escasa evolución moral, se concibe el hecho, y en el soldado civilizado se advierten atenuantes de acuerdo con la moralidad contemporánea, que penaba y castigaba sin los paliativos de la época presente. En días de exacerbado misticismo, que serían tan frecuentes en la ominosa guerra, el castigo y la pena resultaban una institución divina y los que los aplicaban quedaban bien con Dios, sobre todo cuando los aplicaba al indio sacrílego y hereje que en medio siglo de guerra no había hecho más que profanar la religión. El papa, los pontífices, los arzobispos, los obispos, las autoridades eclesiásticas, en fin, bendecían a los conquistadores, los inmutaban contra toda clase de tentaciones por medio de crucifijos y escapularios y en ocasiones los hacían acompañar por un sacerdote. El cura, por otra parte, severa personifi-

cación de la moral teológica de penas y castigos, llegó ante los chileindianos acompañando al guerrero, y si éste conquistaba la tierra, él hablaba del cielo. Los dos traían espada. La del uno era perseguidora, implacable, y la del otro ni siquiera se esgrimía en la guerra. El cura, que cuando no participaba en la guerra estaba junto al guerrero y lo fortalecía con su exaltado misticismo, debió influir mucho en el pobre soldado. Pero los suplicios y castigos iban en aumento, hasta el punto de que un gobernador, recién llegado, escribía al rey, alarmado del espectáculo sombrío de la casi general mutilación: «Por las crueldades de los españoles se ve una multitud de indios cojos, mancos, sin manos o con una sola, ciegos, desnarizados y desorejados.»

Psicológicamente, en los excesos de soldados entrometidos, no del conquistador, mediaban las fatalidades del cambio de ambiente. La corona de España velaba siempre por el buen trato a los indígenas, anuló el servicio personal, impugló la esclavitud y en ocasiones prohibió terminantemente los excesos de la guerra y aun la guerra a muerte, habiendo habido gobernadores, como Alonso de Rivera, en 1603, que hasta llegaron a imponer a sus soldados que no atacasen ni provocasen a los chileindianos.

En realidad, el trasplante tuvo que condicionar la crueldad de algunos, puesto que el soldado conquistador, en las montañas australes, no podía ser el español de su tierra, al menos en cuanto al modo de conducirse. El azote agobiador del clima malsano, que pasaba bruscamente del frío al calor más enervante, era motivo para graves alteraciones psicológicas que provocarían ya la neurastenia, ya la psicastenia. Del medio benigno o algo favorable a las fiebres asoladoras con todo el lúgubre cortejo de paludismo, unsiniasis, malaria, tercianas, etc., que aún persisten entre nosotros, justifica todo un proceso de anormalidades fisiológicas. En la conquista, la gravedad de semejantes trastornos de la salud debieron hacer muchos estragos, puesto que entre los conquistadores no venían tantos higienistas como enfermos demandaban cuidados y atenciones prolíficas, y, además, en aquella época las enfermedades y epidemias tropicales eran

casi desconocidas. En tiempo de escasa higiene y en medios de higiene rudimentaria como los de los aborígenes, el tránsito por las aldeas y pequeñas ciudades americanas no se hacía con la inmunidad de hoy, a pesar de que en algunas de nuestras regiones todavía el agua y los vegetales son infecciosos para el extranjero.

En España, con las medidas coercitivas propias de todas las sociedades avanzadas, su conducta tenía que ser elevada. Los principios morales immanentes de toda colectividad, pueden más que el hombre a veces, y en un pueblo tan católico y tradicionalista como el peninsular de aquella época no sería raro que se aprisionase al individuo con fauces de hierro, máxime cuando el feudalismo europeo diferenciaba poco al hombre humilde de la cosa. Los intereses de la familia atarían desde la cuna hasta el sepulcro, y el principio de autoridad, tan férreo en todo país guerrero, mantendrían al ser humano en perpetua cautela.

En una sociedad civilizada se cumplen normalmente derechos y deberes. El peso de la tradición, el amor de la familia, la vida de relación, regularizan todos los actos del hombre. Pero lejos de este ambiente, fundido en una vida fatigosa, sin esperanza de retorno al solar nativo, los soldados rudos y analfabetos habrían de modificar su mentalidad y sus sentimientos.

Además, se estaba en una guerra de conquista, en país malsano, bajo un clima espantoso y sometido a una alimentación poco agradable. Y el soldado que había cruzado dilatados océanos, ante las condiciones mesológicas ineluctables y ante hombres que creía salvajes, se lanzó furioso a la guerra. Todo esto, más la gravedad que revistieron algunos trances de la guerra, explican sus actos de sevicia.

También debió soliviantarle la tenaz resistencia del chileindiano. Si con menos hombres y no tantos recursos guerreros habíase realizado la conquista de aztecas e incas, el soldado hispánico debió sentir la necesidad de emplear procedimientos inusitados para vencer a un enemigo que, fuerte en sus montañas, se mostraba harto encarnizado.

Aportes y determinaciones individuales chileindianas

El ambiente y el proceso específico guerrero pudieron equilibrarse y completarse con los aportes y determinaciones individuales chileindianos, que revelaban las aptitudes personales de estos indígenas y el grado de perfeccionamiento y madurez alcanzada en la guerra, que predisponía el desarrollo de la personalidad humana.

En la sociedad tribal austral, con la única excepción de la teogonía, la guerra fué el primordial elemento de cohesión que determinó la unidad nacional. Sin esta transformación la guerra hubiera quedado reducida a las formas bárbaras de una guerra de guerrillas y encrucijadas, que hubiera desaparecido finalmente por consunción.

Una institución colectiva como la guerra jamás alcanza la plenitud hasta que por un natural proceso de reacción provoca el desarrollo de la individualidad. Y ello es natural, porque todo es informe, obscuro, caótico si el cerebro no aporta nuevos conocimientos, si no señala nuevas trayectorias. Los primitivos que siempre hagan lo mismo y sean incapaces de renovarse, no alcanzarán a constituir una fuerza social, puesto que la sociedad exige la transformación.

La guerra resulta afirmativa y victoriosa para una nacionalidad cuando detrás de los escuadrones valerosos hay jefes dotados de aptitudes que les permita dominar la situación. En el asedio, persecución y sitio de ultra Bío-Bío, los chileindianos empezaron desde el primer instante a combatir en escuadrones, y claro está que al hacerlo en esta forma

hubieron de tener un jefe. La protohistoria, invariablemente, ha señalado al denodado Ainavillo.

Cuando la guerra, a la inversa, es desastrosa y el efecto se impone, él sólo es el que domina y en tal forma puede haber reacción, y el ser humano, aniquilado, en vez de revelar aptitudes frente a la avalancha dominadora, lo único que hace es obedecer, seguir como obediente rebañado. La misma guerra se restringe, pasando de la acción colectiva permanente a escaramuzas súbitas, de grupos.

Pero en el caso de los chileindianos ya se había llegado a constituir ambiente y a formalizar un proceso específico, y las personalidades que surgieron aportarían el insumo a cúmulo de aplicaciones y elaboraciones que dieron place a las creaciones sociales de aquéllos.

En tal emergencia, la personalidad resume todos los esfuerzos colectivos y hasta sin caer en la paradoja se podría decir que por extraño designio fatal los combatientes se pierden en densas tinieblas para que el jefe resurja con luz esplendorosa. Pero de todas maneras, la personalidad no sintetiza el medio, sino que es la soberbia personificación de la colectividad, haciendo ésta el penoso sacrificio de sumirse en el individuo.

Al cumplirse medio siglo de guerra, los chileindianos poseían la jefatura bien demarcada de *toqui*, *pilquitoqui* y *niquitoqui*, los cuales llevaban insignias diferentes en color y grandeza.

González de Nájera nos informa de que en el fragor del combate los guerreros indígenas no hacían más que repetir el nombre del jefe, acaso para atemorizar y confundir al enemigo. Los nombres de Pelantaro, Anganamón, Nabari y Longotegua eran los predilectos y psicológicamente infiere de ello la importancia social que el indígena daba a la jefatura. El mismo cronista reconocía que los guerreros australes «obedecían mucho a sus capitanes.»

Es claro que en la guerra chileindiana, salvo el arrojo, el empuje, virilidad y valor proverbiales de los guerreros, superior, como es de suponer, en los propios jefes,

cualidades peculiares no podían observarse en el conjunto, si no más propiamente en la personalidad que, a fuerza de su culminación, tuvo que aparecer más inconfundible.

Respecto a ello, entre los chileindianos hubo un punto de vista inequívoco, puesto que el más personal, el más sobresaliente, sea quien fuere, resultaba investido de la autoridad de jefe. Este, en vez de tener un valor nominal, burocrático, como en el azteca y en el inca, por ejemplo, respondía a las efectivas cualidades personales.

En tal caso el jefe guerrero tenía que haberse revelado y ser ya una personalidad en el instante que se formó el ambiente y se constituyó el proceso específico. Se podría observar, por excepcional circunstancia y dada la forma peculiarísima del crecimiento guerrero, que todo jefe era un valor social definitivo. He ahí un punto de partida cierto e inequívoco para sentar la afirmación de que el jefe era la más alta representación, el símbolo de la colectividad.

Un ejemplo clásico, sociológicamente, lo tendríamos en el joven Lautaro, al que los protohistorialistas primero y después los historiadores y manualistas han atribuido todo el plan y toda la dirección de la célebre batalla de Tucapel.

Había de ser muy relevante la figura del jefe chileindiano para que llamase la atención de los españoles, familiarizados desde la niñez con sus legendarios héroes nacionales y en contacto con insignes capitanes.

Por lo demás, el odio y el desprecio al enemigo no habían de permitirle admirar en todo su valor a las poderosas individualidades chileindianas, ni concederles su verdadera grandeza, y por este motivo debieron ser extraordinarios realmente los caudillos indígenas para que sus nombres fueran incorporados a la historia por el mismo conquistador.

Y vencer al español, más que en la guerra, en la admisión y la glorificación, es la forma más difícil y honrosa de triunfar. Los chileindianos no poseían la escritura que les permitiera inmortalizar las gestas de sus caudillos. La indiferencia del conquistador pudo aplastarles con más crueldad que la naturaleza madrastra, y sin la generosidad del

historiador el brillo de sus nombres se hubiera extinguido con su existencia.

Muchas veces nos faltan datos para esclarecer la verdadera personalidad de un jefe, y en tales circunstancias, ya se trate de borrar los contornos exagerados como en el caso de Lautaro, o de acentuar los rasgos diluídos y confusos de mujeres valerosas como Janequeo o Fresia, la pintura no podrá ser más que aproximada.

Aunque así sea, se destacan rasgos de audacia como el de Lautaro al avanzar más allá de la frontera y de arrojo como el de tirarse desde lo alto de un cerro en el combate de Tucapel; actos de serenidad como el de Caupolicán al resistir impasible su martirio; pruebas de tenacidad como las dadas por Pelantaro al atacar una tras otra a las ciudades de Valdivia, Osorno, Arauco, Imperial y Concepción; muestras de prudencia como las de Colocolo, que ataja la disensión y arrastra a sus fieles a la lucha y testimonios de habilidad como los dados por Lepomande, que en Marihueñu dirigía un ejército de mujeres; de temeridad como el de Janequeo, que asumió la responsabilidad del mando, y de dignidad como el de Fresia, que afrontó como debía un caso de conciencia.

Este conjunto de personalidades es el que ofrece a nuestra atención la nacionalidad austral en el momento de su mayor desenvolvimiento y desarrollo.

El fenómeno resulta tanto más interesante, revelador de una profunda evolución social, cuanto se trataba de una sociedad tribal que no había sido guerrera.

Aunque el asunto aparece bastante oscuro, sociológicamente nos importa fijar el valor exacto de las personalidades guerreras chileindianas que demostraron más aptitudes creadoras y mayor originalidad.

Un punto de partida nos lo dan Ercilla y Góngora de Marmolejo al afirmar que en la batalla de Tucapel el jefe era Lautaro. Aún no se había creado la Asamblea Militar encargada de elegir los jefes. La elección de Lautaro, casi un niño, hijo de un buen *ülmen*, Curüñanco, que presidía una parcialidad sobresaliente, se debió sin duda a sus con-

dichos personales y al hecho de haber convivido con los soldados enemigos por haber entrado a los diez y seis años al servicio del gobernador Valdivia como caballero.

En la batalla de Tucapel demostró poseer extensos conocimientos guerreros.

El esbozo de las personalidades guerreras australes que queremos trazar, comenzará por este niño, que demostró notorias aptitudes para el mando.

A los quince años, a la edad en que los niños piensan más en los placeres que en los sacrificios, hijo de una familia poderosa y ante perspectivas que debían predisponerle a esperar más que a solicitar, se lanzó al peligro.

Lautaro, atraído tal vez por la bella arrogancia del caballo, se decidió a solicitar la plaza de caballero de caudillo hispano. No se sabe el secreto designio que abrigaría Lautaro en su mente juvenil. Para un niño acostumbrado a una vida regalada, había de resultar penosa la tarea de cuidar caballos. No cabe duda que de tratarse de un indiecito más humilde hubiera entrado al servicio de la tropa en vez de servir al propio Valdivia. Conviviendo con el enemigo aprendió su táctica y acrecentaba sus anhelos de ver libre el país de sus mayores. Su escasa edad le pondría al abrigo de toda sospecha, y esto contribuía a sus planes. No obstante, toda su familia estaba en completa y abierta rebeldía.

Lautaro se aficionó al caballo y estudió la aplicación que tenía en la guerra. Poco a poco fué adquiriendo los conocimientos que tan feliz resultado habrían de reportarle en Tucapel, donde, según Ercilla, se reveló como un jefe consumado que enardecía a sus guerreros con inflamadas arengas.

Ya suficientemente preparado se pasó a los suyos, y en el citado combate ganó tal reputación que ya nadie pudo discutirle la jefatura. Durante el desastre hispano tuvo especial cuidado de apoderarse de cuantos caballos pudiese, y con ellos creó la primera caballería indígena austral para incluirla en las clásicas correrías que tanta influencia había de tener en la civilización guerrera.

Ya en las célebres batallas de Purén y Marihueñu Lautaro aparece como jefe, y ambas le dieron sonadas victorias.

En Marihueñu acrecienta la caballería y más fuerte y decidido persigue al enemigo y pone sitio a Concepción, la capital política, que arrasa hasta sus cimientos.

Al año siguiente, cruzando la frontera, llegó a las orillas del Mataquito (Maule) con cuatrocientos guerreros experimentados, tal vez montados, a juzgar por la enorme distancia recorrida. Los caballos eran parte del botín recogido en Tucapel, Purén, Arauco, Marihueñu y Concepción, donde discurrió la apertura de zanjas para inutilizar la caballería enemiga, procedimiento que se repitió en Lincoya (1562), Catiray (1563) y en la serranía de Cañete (1567). También recurrió entonces a desviar la corriente del río para privar de agua al enemigo.

En la primavera de 1556 se presentó ante Santiago. El cabildo se aprestó a la defensa y los particulares repartieron considerables cantidades entre los soldados para excitarles a una más encarnizada defensa. No hubo vecino útil que no empuñara las armas para hacer frente al audaz enemigo.

Y allá en Santiago, tras la frontera, lejos de la patria, murió con el arma al brazo a la par que sus cuatrocientos compañeros. Cayó como un héroe.

Lautaro fué una aportación poderosa a la causa chilendiana. Su grandeza la labró el propio enemigo al transportar su cabeza a la capital como el más preciado trofeo de guerra.

Sociológicamente su ejemplo quedará como la expresión de un precoz y espontáneo sentimiento nacional en lo amorfo de aquella sociedad no depurada todavía.

La posteridad ha sido justa con Lautaro. Ercilla y Pérez García tributáronle el merecido homenaje. Pero sus descendientes le deben todavía la reparación del monumento. Como tributo al héroe, reproduciremos las siguientes palabras de Ercilla:

«Lautaro (Aníbal chileno) consiguió cabalmente tantas victorias sobre los españoles como este cartaginés sobre los romanos. Y aunque en menor teatro mostró aquél igual industria y no menos esfuerzo. No nació en el mando, pero mereció tenerlo, elevándole su valor de repente de criado

un príncipe de la guerra, siendo uno de los más principales que en todas las edades han sido artífices de su grandeza. Tuvo siempre por aliada la fortuna, y cuando ésta le faltó, no se faltó él a sí mismo; pues, aun rodeado de la desgracia y acometido por la parca inexorable, halló en su gran corazón mucho valor a qué apelar. Murió gloriosamente con las armas en la mano, haciendo pagar cara la victoria y mostrando que era merecedor de que algún tiempo se hubiera alistado en sus banderas. Murió, sí, mas con magnanimidad, pues dió generoso la vida por su patria y se labró sepulcro honorífico con su ruina. Y así su muerte no le acabó del todo, pues ella le sublimó a vivir la fama eternamente; la cual es justo confesemos que debe ser grande, y aún no sé si la llamé buena. A lo menos no es razón que la parcialidad tenga voto en la calificación de las prendas, ni que queramos obscurecer, porque es nuestro enemigo, al que exaltáramos a héroe si fuera propio; pues si damos a manos llenas los elogios a un Viriato por ser español, no parece equidad se los neguemos a Lautaro por ser indio.»

Si Lautaro es la juventud, Colocolo es la ancianidad y sociológicamente conviene contrastar estas personalidades para así mostrar el profundo desenvolvimiento de la nacionalidad chileindiana.

Tras el martirio de Lautaro, el jefe moral, su gloria, su prestigio, hacen surgir la jefatura en la sociedad tribal, que solamente había llegado al *úlmen*, al jefe de la parcialidad. Designar a un jefe supremo constituía la mayor necesidad para que la sociedad tribal evolucionase hacia la nacionalidad con un gobierno que, no obstante ser militar, era lo que las circunstancias y la brusca evolución exigían.

Claro está que desde el instante que la necesidad psicológica del mando se hizo evidente, de consuno y súbitamente irrumperían las ambiciones desmedidas entre los chileindianos por el exacerbamiento de la bravuconería predispuesta por los recientes triunfos de Tucapel, Cayocupil, Marihueñu y Concepción. En tal caso había que evitar las disensiones procurando asociar a los pretendientes en la común y sana aspiración.

En medio de tales circunstancias, muy explicables en una sociedad tribal, surgió Colocolo. Su personalidad, al igual que la de Lautaro, está autenticada por Ercilla y Góngora de Marmolejo, quien pasa por encima de los acontecimientos para no repetir lo dicho por su antecesor.

Colocolo, que era *úlmen* y que de vez en cuando asistía a reuniones de *úlmenes*, no Consejos de Ancianos como equivocadamente se dice, para dirimir cuestiones y suavizar asperezas propuso la Asamblea Militar y la forma en que ésta, tras la prueba del clásico madero, debía designar al jefe.

Colocolo dedicó los mayores esfuerzos a garantir y consolidar la institución, a pesar de tener ya un pie en la tumba y estar casi ciego. Su venerable ancianidad y la prudencia de sus consejos hicieron mucha mella en los más inquietos y disolventes y sus trenos iracundos y la violencia de sus apóstrofes hicieron comprender la supremacía de la nación sobre los egósinos personales, acallando las aspiraciones de los que querían ser jefes, venciendo los impetuosos afanes de los jóvenes, más exaltados e inconscientes disputadores de la jefatura.

Al crear la Asamblea Militar el gran anciano presintiría seguramente cuán difícil sería su funcionamiento en una sociedad tribal no acostumbrada a semejantes reuniones; pero sabía que las luchas por el mando cesarían una vez elegido el caudillo para consagrarse todos a salvar la nacionalidad.

Colocolo, robusteciendo la suprema autoridad militar e imponiendo la concordia, impulsó una de las más profundas evoluciones sociales chileindianas y echó las bases de la nueva nacionalidad, apta para someterse a la función de un gobierno. Y toda esta obra la realizó en una edad en que ya no suele creerse en la virtud de los hombres ni en la eficacia de ningún ideal.

Sin Colocolo no se habría llegado a la Asamblea Militar, que al fin dió los resultados previstos por su creador: designar a un jefe después de larga y penosa deliberación.

El elegido fué Caupolicán, *toqui* que cosechó derrota tras derrota en el año y medio de su mando.

La prueba resultaba harto dura para la Asamblea Militar. Colocolo tuvo que pugnar de nuevo para que los principios se impusiesen sobre los hombres. Si la segunda Asamblea estuvo a punto de naufragar en el oleaje desencadenado por la ambición, la presencia y las palabras del valeroso viejo, imagen de la muerte, del *psicagogo* indígena, impuso el sentido de la autoridad, de la jerarquía. Nada importaba el suplicio del anterior jefe ni las matanzas de Lagunillas, Millarapué y Cañete (1557). Por encima de Caupolicán, por encima de los guerreros inmolados, estaba el ejemplo victorioso de Lautaro, que con sus primeros triunfos militares había demostrado la necesidad del mando supremo. El sangriento fracaso de Caupolicán, el primer jefe elegido por la Asamblea Militar, no justificaba la desaparición de ésta.

El triunfo moral de Colocolo fué imponer de nuevo sus ideas de organización nacional basada en la unión de sus súbditos. Su sabiduría, sus dotes de estadista, arrancaron palabras de admiración al propio Ercilla, que nos refiere el sistema adoptado para la elección del primer jefe, que consistía en mantener en alto durante el mayor tiempo posible «un líbano fornido que con dificultad se rodeaba con los brazos».

Tucapel lo mantuvo en alto catorce horas, Lincoya un día y una noche y Caupolicán dos días con sus noches. Éste, según Ercilla, no dió pruebas de cansancio y transcurrido el tiempo antedicho lanzó el pesado tronco como si tal cosa.

Góngora de Marmolejo confirma también el hecho prodigioso, tan enorme esfuerzo muscular.

La fuerza física de Caupolicán era fiel reflejo de la fortaleza de una raza habituada a la terrible lucha sobreponedora contra el medio físico. La herencia se manifestaba pujante en esta prueba asombrosa.

El sedimento de energía dejado por las anteriores generaciones, había de manifestarse ante el conquistador y acrecentarse con la guerra.

Caupolicán fué víctima de su fuerza, que le infundía la más elevada confianza para afrontar hasta los obstáculos teni-

dos por insuperables. Jamás rehuyó el combate con el conquistador, que llegaba con grandes refuerzos.

Luchaba con ímpetu satánico, convencido de que nadie en la tierra podía oponerse a su fuerza arrolladora; arrostaba los trances más peligrosos con una temeridad ciega, con furia ancestral. Su impulso trágico contra Cañete tiene todos los caracteres de un pacto con la muerte, dispuesto a acabar con una situación indecisa. Solamente cuando estuvo cubierto de heridas pudieron acorrallarle y aprisionarle los españoles, que más que ganar una batalla anhelaban apresar vivo al famoso caudillo araucano.

Y sin el menor respeto a su augusta grandeza, con desprecio de la conciencia humana, se le empaló.

El suplicio de Caupolicán, hablando claramente, fué un crimen y una torpeza. Se hizo a espaldas de los jefes más cultos, y tanto es así que el propio Ercilla declaró conmovido que él no lo hubiera consentido jamás.

La soldadesca que lo martirizó debía descender de inquisidores, si bien éstos no llegaron nunca a tan extrema brutalidad. Seguramente, creyendo que vivían entre bárbaros, acabaron ellos mismos siéndolo.

¡Qué distinto el suplicio de Cuauhtémoc, el último rey azteca!

Aunque el terrible acto revestía los caracteres de una solemnidad oficial, Hernán Cortés en persona ordenó que se suspendiese el tormento. Sin embargo, para atormentar a Caupolicán fueron designados algunos esclavos negros y varios indios traidores flecheros. La inculta soldadesca, ya lo hemos dicho, fué tan criminal como torpe. Se entregó a los más bajos instintos de venganza para humillar en la persona del jefe a la nacionalidad chileindiana.

Estos excesos sirvieron por lo menos para reprimir más tarde ciertos desmanes, cuando apresados Lobc y Pelantaro se demostró tener un concepto más noble de la autoridad.

Ercilla y Góngora de Marmolejo, y sobre todo el primero, nos informan bastante bien de la personalidad de Lincoya, uno de los pocos sobrevivientes de la hecatombe indígena de ultra Bío-Bío y que durante la primera tregua

de tres años anduvo errante por los montes preparando el gran levantamiento. Aunque no se sabe de fijo si participó en la batalla de Tucapel, lo cierto es que se dejó sentir en ella su influencia, y que pocos días después libró la memorable del pavoroso desfiladero de Cayocupil, entre Imperial y Tucapel, lugar estratégico escogido por el jefe indio para atraer allí la guarnición del fuerte de Imperial con artimañas que dieron el resultado que esperaba.

Emboscados los chileindianos en la cumbre de la montaña tras montones de ramaje y bien provistos de peñascos, los dejaron caer cuando los españoles atravesaban el desfiladero. Al verse atacados intentaron ganar la única salida, que cubrían los lincoyanos. La lucha duró veinticuatro horas, y de no haberla interrumpido una tempestad es probable que no hubiese quedado vivo ninguno de los invasores. Más de la mitad quedaron en el campo de batalla. Los indígenas también quedaron maltrechos, habiendo sido herido el propio Lincoya.

Este hecho de armas fué terrible y ofrece la originalidad del derrumbe de piedras enormes sobre los españoles, procedimiento que ya habían empleado los indios en el sitio de Méjico, donde desde un cerro derrumbaron grandes pedruscos sobre los españoles que iban al asalto. En toda la conquista de América no se registró un episodio de tan trágica grandeza.

Convocada la Asamblea Militar para nombrar el sustituto de Lautaro, Lincoya fué casi el último candidato a la jefatura que se presentó.

Seguro de su victoria mantuvo en alto el clásico madero durante día y medio, doce horas más que sus contrincantes, «corriendo ligero de aquí para allá y mostrando cuán poco se lo impedía aquella carga». Con razón dijo Ercilla «que era bravo y orgulloso, diestro, gallardo, de fiero semblante, de proporción y altura de gigante».

No cabe duda que hubiera podido mantener por más tiempo el madero; pero confiado en el triunfo y habiendo visto que el que más había sostenido el madero veinticuatro horas, terminó su ejercicio cuando aventajaba a todos

en medio día. Pero tras él vino Caupolicán, y ya sabemos la hazaña portentosa de este atleta.

Lincoya se sometió al fallo y cuando Caupolicán reunió a los ülmenes, sacerdotes, dignatarios y guerreros, exponiéndoles sus propósitos, arengando a los fieles y afirmando que el que no le siguiera le tendría por enemigo, cuando se oyó el estruendoso taconeo, especie de clamorosa ovación chileindiana, Lincoya fué el primero que se puso en pie para declarar su admiración y fidelidad al adversario de la víspera.

Es probable que tras la muerte de Caupolicán le sucediese Lincoya en la jefatura, pues Ercilla advierte su presencia en la nueva Asamblea Militar, en la que trató de ahogar todos los resabios de la envidia y las ambiciones desatadas, para evitar el mal ejemplo del enemigo dividido al morir el gran capitán D. Pedro de Valdivia, cuya jefatura se disputaban sus principales caudillos.

Se ignoran las circunstancias de la muerte de Lincoya, que tal vez ocultasen sus propios compañeros para no revelar la pérdida dolorosa e irremediable y evitar la desmoralización y el desánimo de sus huestes.

En la batalla casi marítima de Penco (Concepción), comenzó a destacarse Tucapel.

Corría el año de 1557 cuando al mando de tres naves llegó el nuevo gobernador con un ejército considerable. Los conquistadores, que aún no habían terminado la construcción del fuerte erigido en uno de los vericuetos de la montaña, comenzaron a preparar el desembarco de las fuerzas. La playa se prestaba a maravilla. Entre los que iban a desembarcar figuraba el poeta Ercilla.

De repente apareció Tucapel y tras ganar la muralla del fuerte mediante uno de los puentes que llevaban ex profeso los chileindianos, se lanzó a impedir el desembarco con inaudita saña.

Tucapel esgrimía un bastón fuerte y nudoso e iba cubierto de reluciente malla, procedente de los despojos de las tres grandes batallas ya sostenidas. Ercilla quedó admirado del arrojo y temeridad del jefe chileindiano.

Ya en el fuerte Tucapel manejaba con enorme fuerza su poderosa maza, derribando a cuantos le resistían, mientras los chileindianos se metían en el mar atacando las fuerzas de desembarco y arrojando grandes palos para que los caballos se espantaran.

Los arcabuces y culebrinas hacían estragos entre los indios, y Tucapel, mal herido, blanco de las armas de fuego del enemigo, retrocedió con el grupo que le seguía hasta el cerro inmediato, «que era peinado, muy derecho, sin muro del lado y cuyo salto sería de veinte brazas». Y se lanzó cerro abajo bajo un diluvio de balas que le hirieron en diez partes. Cayó de manera que no se le descompuso ni un pie. Ya en salvo busca el modo de escalar nuevamente la altura, aún herido y maltrecho; pero al ver que los suyos estaban envueltos por el enemigo corre presuroso a socorrerlos, embistiendo furioso como si no estuviese agotado y sangrante.

De no ser por el testimonio de Ercilla, que tal vez luchó con él frente a frente, cabría atribuir este episodio a una fantasía.

En toda la historia de América no hay salto igual al de Tucapel, que recuerda el del jefe calchaquí Hualfin, el de las tres esposas, también calchaquíes, que encendidas de rabia por la cobardía de sus maridos se lanzaron desde la cumbre de un monte elevado, y el del capitán incaico que en el sitio de Cuzco se lanzó al vacío desde una alta torre al no poder resistir más al enemigo, capitán cuyo nombre se perdió en las lejanías del tiempo.

La única diferencia que existe en estos casos es que Tucapel no buscaba la muerte, sino salvar la vida para seguir luchando. Su caída, como un vuelo glorioso, le infundió nuevos ánimos e intentó nuevas proezas hasta que perseguido y acosado como un jabalí se abrió paso entre las filas enemigas tumbando de un golpe al último soldado que se le oponía.

Milagrosamente curado de sus heridas, Tucapel se incorporó a la lucha, sobreviviendo a las tragedias de Lagunillas, Millarapué, Cañete y Quiapo, en las que murieron más de 10,000 guerreros australes. Y en Millarapué lo vio Er-

cilla blandiendo la espada de un soldado que acababa de derribar de un mazazo, sin hacer caso de las muchas heridas que cubrían su cuerpo.

Tucapel tuvo un fin ignorado. Acaso debió expirar en el refugio de sus montes, después de una batalla desastrosa a la que siguió la suspensión de las hostilidades impuesta por los rigores invernales, víctima de las infinitas heridas recibidas.

Galvarino, otro de los principales caudillos de la nacionalidad chileindiana, aunque no fué ungido por el voto de la Asamblea Militar, era el primero en el combate y el más grande por su arrojo. Su renombre no fué proporcionado a su valor, y el mismo Ercilla, tan compasivo con Caupolicán, apenas si le nombra, desdeñoso.

Al darse la batalla de Lagunillas en noviembre de 1557, que costó tres mil vidas a los chileindianos, fueron apresados treinta jefes principales, entre ellos el joven Galvarino, hijo de otro jefe. Desde las mutilaciones de Penco (1549) y de Maule (1554) no se habían repetido tan reprobables procedimientos; pero el nuevo gobernador, demostrando que nada valía ser hijo de virrey, cubrir su pecho con aparatosas bandadas y tener un séquito brillante para abrigar los más bajos instintos, los empleó de nuevo. Y Galvarino fué condenado, con los demás jefes, a ser mutilado. Su valor era tanto que cuenta Ercilla que al ser conducido a su cuartel mostrábase sereno y que al cortársele de un golpe la diestra mano sacó la izquierda alegremente, que también le fué cortada, «sin torcer ceja ni arrugar la frente, y que hasta con menosprecio tendió el cuello».

Fué un ejemplo de dignidad patriótica, una gran lección la que dió Galvarino a sus cobardes verdugos al ofrecerles la mano vigorosa que le quedaba sin una reprobación, sin una queja. Y al ver que no le remataban, se revolvió en su propia sangre, se mordió sus trágicos muñones y con rabia feroz desafió al enemigo, que contemplaba atónito la horrible escena. Y, finalmente, viendo que no le mataban, se lanzó contra un miserable que bajaba por la ladera opuesta cargado con un chileindiano, y con sus muñecas horribles gol-

peó al hombre, que mal lo hubiera pasado sin el oportuno auxilio de unos soldados.

Ercilla lamenta que se dejase con vida al mutilado Galvarino, a quien presenta más tarde en una Asamblea Militar, mostrando sus muñones no bien cicatrizados y arengando a los reunidos con sombría elocuencia.

La palabra, la mímica incomparable, el heroísmo de Galvarino fortalecieron el ánimo y a pesar de la derrota de Lagunillas, volvieron los chileindianos con más bríos al poco tiempo y libraron la desastrosísima batalla de Millarapué (noviembre 1557), en la que tuvieron unos cinco mil muertos y en la que fué capturado de nuevo Galvarino, no se sabe si por propio designio, a fin de extremar la protesta provocadora, o por preferente determinación del conquistador, percatado del efecto moral que había producido entre los suyos y cuya prueba palmaria tenían a la vista, en la aún caliente montaña de restos humanos chileindianos.

Galvarino, con otros prisioneros, fué condenado a la pena capital. Al decir del poeta, que en más de una ocasión hace protestas de que escribe lo que ha visto y en el mismo terreno, casi a la par de los acontecimientos, por falta del verdugo quedó desde Galvarino una forma, según él jamás usada, de ahorcamiento, aunque ya la había usado Villagra en la ribera del Maule (1554). A los condenados a la última pena se les entregaba un lazo y se les autorizaba a que ellos mismos señalasen el árbol en que se les colgaría. Todavía no se le había entregado el lazo cuando Galvarino trepó ligero al árbol más alto y se suspendió en el aire él solo.

La profunda exaltación patriótica de Galvarino la revela el hecho de que al ver a un guerrero amilanado que empezaba a balbucear algunos ruegos, le soltó una terrible reprimenda, y bastó esto para que el otro se echase al cuello el lazo corredizo y se ahorcase sin chistar. Otro guerrero, Libantureo, solicitó animosamente que como única gracia se le permitiera ahorcarse del árbol más alto para que todos pudieran ver que moría por su patria, luego de ver el ejemplo de Galvarino.

Si los suplicios en la ribera del Maule y en el puerto de Concepción pudo disculparlos la desesperada gravedad en que se encontraban los conquistadores, los de Lagunillas y Millarapué no se justificaban después de causar 3,000 y 5,000 muertos respectivamente a los indígenas. Y por si esto era poco, días después, tras el desastre de Cañete fueron fusilados a mansalva los prisioneros y en Quiapo se ahorcaba a 600.

¿Por qué calló Ercilla estos hechos que más tarde dieron motivo a la destitución y al proceso del joven gobernador, mozalbeta sanguinario? Fué lástima que no condenara hechos tan ruines que reprobaba toda conciencia honrada.

Galvarino ha pasado nimbado de gloria a la historia, y su memoria ensalza las virtudes de la nacionalidad chileindiana.

En plena juventud, Rengo, otro jefe, contribuyó a los grandes triunfos indígenas y se destacó en el ataque y destrucción de la capital política y guerrera del reino, Concepción (diciembre de 1555). El eco de su fama lo recogió Ercilla al llegar a América dos años después y referir el siguiente episodio:

Después de los triunfos de Tucapel, Cayocupil y Marihueñu y de la huída de los defensores de los fuertes de Imperial, Purén y Arauco, ante el sitio y asalto de Concepción, Rengo descubrió a tres españoles a caballo a larga distancia de los suyos. Corriendo, llenándoles de injurias en su lengua, los persiguió más de tres leguas con un arma que era del peso y tamaño de una viga con punta de espada o de lanza clavada en un extremo. Rengo esgrimía fácilmente la enorme maza, que jamás usaron Caupolicán, Lincoya ni Tucapel a pesar de su gran fuerza. Más de veinte veces chocaron Rengo y los tres jinetes, y éstos no pudieron librarse de su persecución hasta que Rengo creyó del caso volverse con los suyos.

Este caso individual resume la potencialidad guerrera chileindiana.

Al avanzar los conquistadores, entre los que iba Ercilla, luego de su accidentado desembarco, se trabó la tremenda

y memorable batalla de Lagunillas. El poeta nos referirá hechos observados por él mismo.

En efecto, en el fragor del combate Rengo se retiró a una de las ciénagas de las inmediaciones, desafiando al ejército con su ya célebre y monstruosa maza. A todo el que se le acercaba lo descuartizaba en el acto al golpe de su terrible arma. Había matado a dos o tres y quebrantado a otros tantos cuando cayó sobre él «una lluvia espesa de proyectiles, turbando el aire claro». Aunque Rengo estaba con lodo a la cintura, las descargas parece que hicieron el prodigio de enfurecerle, pues, en medio de la ciénaga, cubierto de lodo, de sudor y de sangre, «ronca, bufa y rebufa» sin inmutarse ante los tiros que le disparan a diestra y siniestra. El grueso de los suyos ya iba en derrota, y Rengo, feroz, como si él solo fuera un ejército, con la maravilla de su maza, de su brazo y de su agilidad, siguió impertérrito la desigual contienda, «en medio de la ciénaga honda y llena de espesura a la redonda», dice Ercilla.

Allí, bajo el cieno, se apagó el poderoso aliento del valeroso chileindiano, que a pesar de su nombre, Rengo, no sabemos que cojeara, pues ni Ercilla ni Góngora de Marmolejo aluden a este defecto físico.

También Ercilla nos refiere el trágico suicidio de Mallen, aun sucedido tres o cuatro meses antes de su llegada en las riberas del Mataquito (Maule, abril de 1557). Mallen se retiró herido al bosque buscando curación para sus heridas, y al no oír los ecos del combate volvió en busca de sus compañeros; pero al ver muertos a Lautaro y a sus guerreros no quiso ser el único sobreviviente y se dió muerte con su misma espada.

Este episodio no parece ser invención retórica, puesto que el heroísmo floreció siempre en la nacionalidad guerrera austral.

Mallen fué el primer indígena que inmoló su vida. Caupolicán y Galvarino fueron posteriores.

Después de los héroes que llevamos registrados, Ercilla y Góngora de Marmolejo coinciden en nombrar a otros de menor relieve, entre ellos a Angol, Cayocupil, Millarapué,

Paycabi, Lemolemo, Mareguano, Gualemo, Lebopia, Elicura, Ongolmo, Tomé, Andalicán, Purén, Cayeguano, Alcatipay, Talcahuano, Mareande, Paynaguala, Leucotón, Guaticol, Leocato, Guacón, Narpo, Talca, Curioyman, Rauco, Torbo, Millapol, Guacoldo, Colca, Maulén, Corpillán, Guancho, Canio, Maylongo, Guamán, Crino, Talcuén, Titaguán, Longoval, Peteguelén, Mapochó, Pillolco, Chilcano, Camomangue, Millanco, Lepomande, Orompelló, Torquín, Larcos, Corpillán, etc.

El heroísmo chileindiano condicionó de tal modo la guerra que los conquistadores no lograron sobreponerse a la situación. El mismo Valdivia pasó a la posteridad más que como soldado por haber sido el fundador de Chile, lo que logró con su tenacidad, comparable a la de los hombres más grandes de la Historia. Después, heroicos capitanes como Rivera, no pudieron hacer casi nada en parte por la falta de elementos y las dificultades del terreno.

Las individualidades chileindianas fueron trasunto del proceso específico guerrero. El mérito principal corresponde a los que dieron un alto ejemplo de su valer iniciando el desenvolvimiento social y nacional, adaptando los recursos naturales a la acción, creando una táctica, inventando, organizando, combatiendo. Los demás, fueron sus imitadores y continuadores. La mayor contribución social de los primeros guerreros se funda en la caballería de Lautaro, en el valor moral de Colocolo, en el ímpetu de Caupolicán, en la estrategia de Lincoya, en la temeridad de Tucapel, en la dignidad de Galvarino, en la audacia de Rengo, en la abnegación de Mallen, que dignificaron la raza.

Al desarrollarse la nacionalidad, las aptitudes guerreras ya no fueron patrimonio de unos pocos. Nuevas y más variadas figuras surgían a cada paso; pero ninguna ofrece los rasgos característicos, inconfundibles de las ya enumeradas.

La primera fase de la guerra permitió la culminación de estas individualidades. La segunda fase es la de la correría y la maniobra hábilmente preparada. Los chileindianos acabaron por convencerse de que no podrían exterminar nunca a los invasores al saber que tras ellos había una nación de

inmensa fuerza. Sin embargo, determinaron afrontar la situación y sacar todo el partido posible de sus medios de combate, dilatando la guerra.

Góngora de Marmolejo, que permaneció en la guerra más tiempo que Ercilla, añade a los nombres que nos dió este poeta los de Millalelmo, Loble, Payllatoro, Paiscalar y Cancomangue. González de Nájera, que actuó antes de transcurrido el primer medio siglo de la conquista, cita a Anganamón, Pelantaro, Nabalburi y Longotegua.

Los más destacados de todos estos fueron Millalelmo y Pelantaro. El primero, según Góngora, «es un valiente indio práctico en la guerra, a la que adapta los fosos (ya aplicados por Lautaro, que se llevó el secreto de su construcción) y la organización de guerrillas, consiguiendo los grandes triunfos de Lincoya (diciembre, 1562), Catiray (febrero, 1563) y serranía de Cañete (diciembre, 1567).

Al dividir a sus hombres en guerrillas buscaba no ofrecer grandes blancos a la artillería enemiga y aprovechar las ventajas que se presentaran empleando flechas, hondas y boleadoras. Se cree que el primer tiro de arcabuz que hicieron los indígenas en 1578, salió de las fuerzas que él mandaba.

La revelación de Pelantaro coincide con el período de mayor desarrollo de la nacionalidad chileindiana con el levantamiento de las zonas central y sur extrema del área guerrera en el año 1576. El ejército de su mando apresó al gobernador en Curalaba y destruyó las ciudades de Valdivia, Imperial, Villarrica y Osorno, reivindicando la posesión de más de la mitad del área chileindiana. Es probable que a Pelantaro se debiese también la difusión de la herrería chileindiana.

Millalelmo surgió diez o quince años después de las primeras personalidades y Pelantaro a los treinta o treinta y cinco. En este intervalo debieron surgir otras individualidades poderosas, que se desvanecieron seguramente en la vorágine de la guerra, anuladas por las rivalidades de los numerosos caudillos que coexistieron en los tiempos en que el ambiente y el proceso específico guerrero iban labrando el pleno desenvolvimiento de la nacionalidad.

Revelación y concurso de personalidades femeninas

La manifestación guerrera de la mujer chileindiana tornó más profundo el ambiente y el proceso específico, aunque éstos sin aquélla siempre habrían sido tales y no se les habría restado un adarme.

Claro está que la coexistencia de la mujer aportó una fuerza nueva y relevante.

Sociológicamente el caso es por demás sugerente y confirma serias inducciones.

En primer lugar, el hecho se registró en la sociedad tribal poligámica, en tanto que en las nacionalidades acentuadamente monogámicas, como la azteca y la incásica, casi no se operó.

De ello se derivan consecuencias enormes. Si a la poligámica chileindiana se la hubiese mantenido esclava o semiesclava, no se explicaría tan temeraria determinación. Por el contrario, si se hubiese considerado tal, habría aprovechado la guerra para sublevarse, lo mismo que las indias del Alto Paraná, que al decir de Azara se entregaban por lujuria al enemigo. En último caso, al no atreverse a ello, la mujer pudo haber disimulado su interés o entusiasmo por las actividades guerreras del marido o del padre.

En ambos casos, psicológicamente, no se llegaría a explicar qué fuerza aparte de la misma social pudo arrastrarla a la guerra.

En cambio, en las nacionalidades primitivas monogámicas, la mujer, que pudo llevar mejor vida que la poligámica chileindiana y con ello aprestarse mejor, no lo hizo.

Pudiera ser que por encima del carácter monogámico de la azteca y de la incásica y de toda mujer indígena continental, por extraño contraste hubiera habido una falla moral, una efectiva prevención contra la mujer, de considerarla en realidad esclava en la mayoría de los casos. Esta explicación toma cuerpo en la tradición prehistórica de que los magnates eran dueños y señores de la mujer. El Inca, en realidad, era el marido de las *Virgenes del Sol*, mil quinientas de las más hermosas y más jóvenes muchachas del reino. Moctezuma, según testimonio de Oviedo, tenía «más de cuatro mil hijas de señores». Además, el culto religioso a que se la sometía, sacrificándose en el Cenote de Chichén Itzá, en la laguna de Ilopango, en las montañas del Cuzco, revelan su condición de inferioridad respecto al hombre, puesto que él la sindicaba y nunca empezó por sindicarse ni darle el ejemplo, por más que fuera el sacerdote. Muy por el contrario, el hombre era siempre el sacrificador de mujeres o de enemigos. Ante estos hechos parece todavía rara la monogamia en climas ardientes y voluptuosos y, en cambio, en el frío y casi glacial la poligamia, pero con el más profundo respeto por la mujer, sin haberse intentado sacrificarla nunca, sin que jamás nadie, ni aun el más poderoso *úimen*, llegase a poseer más de diez.

En estas dos formas de la evolución femenina se advierten los sedimentos y extractos sociales. En la monogámica, se inducirá acaso el condicionamiento de rebuscadas y manidas civilizaciones que la obligaron a empadronarse, aunque la facilidad de la vida agrícola y el trópico pudieron inclinar al indígena, como de hecho inclinaron a los magnates, a la poligamia. Es posible que los reyes, sacerdotes, guerreros y principales para su sólo placer personal, como por las consecuencias parece advertirse, fomentasen la monogamia en el común del pueblo, en la colectividad. De ahí que resultara más una fuerza subrepticia, forzando aún a la naturaleza y contrariando el desenvolvimiento social. En tal caso, se explicaría su acción pasiva, frente a la conquista de América, cuando no condicionadora, al igual que la mujer del Alto Paraná.

En cambio, la chileindiana, si es cierto que era poligámica, lo era en el hecho, y nadie, ningún Atahualpa ni ningún Moctezuma, pudo tener derecho sobre cualquiera de ellas. Muy por el contrario, el indígena le guardaba grandísimo respeto, como atestiguó Valdivia. Debido a la lucha y al esfuerzo sobreponedores, parece natural que se operase de parte del hombre, por la fuerza de las circunstancias y por fatalidades del sexo, una absorción, como se transparenta en la poligamia, puesto que la mujer, débil en el embarazo y en el parto, forzosamente tenía que ir tras el condicionamiento fuerte, que era el hombre. Tan cierto parece ser ello que Ercilla renueva a cada instante, frente a la fidelidad, castidad y lealtad de las mujeres, sus más sentidas y admirativas frases laudatorias.

Por lo demás, sociológicamente se induce que así como la reacción contra el medio físico excesivo predispuso por necesidades económicas la poligamia, por las mismas necesidades económicas y por las luchas sobreponedoras, las mujeres y los hombres fueron así nivelados en el común trabajo y en la brega común.

La nivelación moral del esfuerzo parece lógico que no dejase atrás a la mujer en el desarrollo de la energía y en el desenvolvimiento de la voluntad y con el correr del tiempo, en el milenario proceso, era natural que la herencia biopsicológica, en el cúmulo inmenso de los sedimentos, debió haber formado hábitos, tendencias y predisposiciones que tuvieron que influir en la descendencia, y así se explicaría que la madre esforzada, enérgica y musculosa, condicionase la fuerza fenomenal de los arquetipos chileindianos, Caupolicán o Lincoya, Tucapel o Rengo, que no pudieron producirse sin la intervención preadaptadora materna.

Una mujer de esfuerzo, de lucha y de trabajo como la india austral, psicológicamente, frente a la guerra de conquista, tuvo que transmutarse, como ya se había transmutado el hombre, pescador, labrador, cazador y ganadero, esto es, de guerrero contra la naturaleza en guerrero contra el hombre agresor. Esa transmutación era la consecuencia lógica de la herencia biopsicológica, de la educación y de

la estructura moral de la sociedad tribal, en donde había nacido y se había formado.

Eso explica que la mujer indígena que luchaba contra la naturaleza, luchase contra el enemigo al operarse la interdependencia guerrera.

De ahí que los españoles la vieran con asombro formando una línea del ejército chileindiano en la batalla de Marihueñu y observando otras con avidez y mal contenida nerviosidad desde las cumbres o laderas de la montaña vecina el curso de las batallas, aparte de que muchísimas de ellas habían trabajado en descuajar gruesos árboles y conducirlos a las quebradas para dificultar el descenso de la caballada y de cruzar un campo erizado de flechas y ondas de los indios amigos y auxiliares changos, michimalongos y promaucaes, para llevarles la ración alimenticia al padre, al esposo, al hermano o al hijo durante la pelea.

Es posible que muchas de ellas, tan animosas que hasta se las vió embarazadas de ocho meses correr por el campo y participar en la batalla, ocultasen el sexo y simulasen ser hombres para así pelear mejor, no inspirar lástima y aportar mayor ayuda.

El aporte guerrero de la mujer no debió ser esperado, y de ahí que resultase más meritorio, como una fuerza imprevedida que se revela cuando más necesaria puede ser. Su participación en la guerra, sociológicamente estabilizó más e hizo más profundo el ambiente y el proceso específico guerrero.

Semejante participación guerrera femenina, por más que haya condicionado el ambiente y el proceso específico, puso de manifiesto que la forma familiar poligámica de la sociedad tribal, lejos de constituir una esclavitud o un retardo o paralización moral de la mujer, respondió a un proceso sentimental elevado, porque de no ser así, la guerra, al transformar tantas cosas, habría empezado por libertarla a ella, o, en último caso, le habría dado la oportunidad para aprovecharse más en su favor, puesto que hasta la misma forma familiar poligámica austral, si no se transformó, al menos se restringió bastante ante la falta de hombres, que iban

cayendo en las batallas, y consiguió mejorar su situación moral, el trato, la consideración, desde el instante que ella también se sacrificaba.

Frente a la poligamia guerrera activa y a la monogamia pasiva, cuando no indiferente, puesto que los reyes, sacerdotes, capitanes y magnates lo primero que hacían era entregar sus propias hijas al enemigo, sociológicamente se advierte que la situación de la mujer austral en la sociedad tribal correspondió a una posición moral ventajosa, llenando serias e inequívocas funciones sociales. Entre la monogamia disfrazada azteca e incásica, en la que los magnates eran reyes y señores, y la poligamia efectiva y cruel chileindiana, en la que nadie fuera del marido podía tocar a la mujer casada, al parecer resulta más ventajoso el estado moral de la última, aunque de hecho el estado familiar de ambas era bastante primitivo. Se piensa así porque en el instante de peligro en la mujer chileindiana se operó una profunda transformación y se mostró capacitada para elevadas funciones, en tanto que la azteca y la incásica, mejor esta última, en la forma monogámica, pero de hecho instrumento del magnate, aparte de víctima propiciatoria interna en los sacrificios y externa en los tributos a los vasallos extranjeros, ¿de dónde con semejante mansedumbre y sujeción, que mataba en germen todo acondicionamiento propugnador elevado, iba a sacar aptitudes para la guerra? Sólo los apremios de una situación desesperada explican la participación, no de una línea de ejército femenino como en Marihueñu, sino de unas cuantas valientes mujeres en el sitio de Tenochtitlán.

De ahí que las chileindianas, sin experiencia, sin tradición y sin práctica militar, se hacen guerreras, claro está que por las circunstancias. Jóvenes, casi niñas, la guerra les dió un nuevo encanto. No son las vírgenes sin destino sentimental, sino la amada que participa de los peligros del combate al lado del amado o del pretendiente. Precoces, impacientes, impetuosas, desbordadas, jadeantes, en brazos de la doble juventud, la de la edad y la del corazón, despreciando la vida y sacrificando el futuro, las jóvenes chileindianas coo-

peraron a la clásica resistencia. Cubriendo la retaguardia, preparaban a los guerreros sus comidas y bebidas favoritas, le proporcionaban las prendas de vestir más necesarias, les atendían, les curaban. Se enardecían ante el incendio y la destrucción de la amada casa, de la *ruca*, donde nacieron, vivieron y murieron sus padres y en donde ellas también esperaban vivir y morir. El orgullo de la madre que veía al hijo aureolado por el sacrificio, el dolor de la viuda y el llanto de las huérfanas, agudizaban la cólera del indígena. Es seguro que a muchas de ellas las sorprendería la muerte llevando agua o prodigando consuelos a los moribundos, como una hermana de la caridad primitiva.

Las mujeres aportaron a la guerra una enorme fuerza moral de que careció el conquistador, que, por otra parte, se creía por sí solo harto capaz de vencer al indio. Los prejuicios religiosos y políticos no dejarían de influir en la resistencia del español a llevar sus mujeres a la conquista. Además, si resultaba tan penoso trasladarse desde España al Nuevo Mundo, no iban a llevar también mujeres consigo. Las primeras españolas que llegaron, pocas en número, lo hicieron con el fin de acompañar al esposo, capitán o gobernador. No consideraban a la mujer capacitada para participar en sus empresas. Las civilizaciones superiores nunca las aceptaron para la guerra. Ya Aristóteles escribió en su *Política*: «Las mujeres de los lacedemonios eran muy perjudiciales para la guerra. Lo cual se mostró muy claro en la empresa de los tebanos, en la que no sirvieron las mujeres de Esparta para otra cosa sino para sembrar más terror que los mismos enemigos; el mal les ocurrió a los lacedemonios desde el principio.» Ante la afirmación categórica de los hechos cabe inducir que al igual que la poligamia o la monogamia indígena, la manifestación guerrera femenina fué el resultado del desenvolvimiento social y la falta de trabas que imponían otras civilizaciones.

Góngora de Marmolejo nos informó sobre la participación variada de la mujer, y Ercilla, que llegó después, confirmó sus pormenores y añadió los nombres de algunas personalidades femeninas. Los que les siguieron, entre ellos González

de Nájera, tan franco a veces, ni siquiera aluden a las mujeres, cosa rara por cierto. ¿Es que ya no se manifestarían otras? Pero ahí está Janequeo, que se reveló en los años del capitán cronista. Es posible que para no hacer más crítica la situación ante la corte, se abstuviesen los jefes españoles de exponer hechos que les convendría por el momento reservar o que el afán de originalidad, de no repetirse, tuviese en ello alguna influencia. Bien pudiera ser que la emulación o la mal contenida envidia ante el éxito de Ercilla, cuyas estrofas, aunque no impresas, se recitaban todavía en los campamentos, impulsaran a sus sucesores a prescindir de la mujer. Ercilla, poeta joven y entusiasta, debió sentirse halagado al leer sus versos a sus compañeros en las largas noches heladas; él mismo afirma que los escribía en plena actividad guerrera. Además, el soldado era hombre y a falta de mujeres de su nacionalidad no pudo menos que evocar a la heroica chileindiana.

Empecemos el desfile de las guerreras chileindianas por la que se destacó primero. Guacolda, de diez y ocho años, la compañera insigne de Lautaro, tan joven como el fundador de la caballería indígena, apareció desde el primer instante junto a él. Es posible que asistiese a la batalla de Tucapel y que colaborase con el ejército de mujeres y niños en la de Marihueñu y en el asedio y destrucción de Concepción. Pero en donde su acción culmina, es en Canne, valle de Peteroa, en la ribera del Maule, más allá de la frontera, donde sucumbió con el jefe, su esposo, y los cuatrocientos valientes, cuya pérdida originó el suicidio de Mallen.

Era Guacolda tan valiente que Lautaro consintió en que le acompañara. De no ser así es probable que los mismos *álmenes*, sacerdotes y amigos lo hubiesen disuadido.

Guacolda, compañera y auxiliar del guerrero, debió endulzarle a Lautaro, con su presencia, el júbilo de los primeros triunfos. La poca edad de ambos, recién salidos de la adolescencia, pondría una nota de cálida ternura en las trágicas escenas de la guerra.

Tegualda, también muy joven y esposa de uno de los jefes más significados, triunfó en la guerra corriendo a ca-

ballo largas distancias, vadeando ríos, trepando hasta las más altas montañas junto al esposo.

Semejante abnegación, ya proverbial en la mujer chilindiana, continuó hasta la muerte.

Cuenta Ercilla que una noche en que estaba de guardia descubrió un bulto que se movía. Era Tagualda, que arrastrándose, agazapada, había cruzado la línea de fuego en busca del cadáver de su esposo, muerto aquel día en un duro combate. Los españoles, para hacer más cruel el escarmiento, habían retrasado la incineración o el permiso para retirar los cadáveres para amedrentar al chilindiano, tan supersticioso ante la muerte. En medio de la noche tenebrosa, sin pensar que pudo atravesarla la flecha enemiga, buscó Tegualda los ensangrentados despojos del marido, y al dar con el cuerpo inanimado besó con amorosos transportes las heridas por donde escapó la vida como si pretendiera infundírsela de nuevo. Y al rayar el día se le permitió llevarse el cadáver, que ella depositaría en la tumba indiana, donde se ofrecía el ejemplo del que se sacrificó por la patria querida.

Fresia, la mujer de Caupolicán, bajaba por la ladera de un monte con su hijito en brazos cuando vio que el formidable guerrero era conducido prisionero. Con el ansia de liberarle miró angustiada por si descubría la presencia de sus leales, y al no ver a nadie, convencida de que el héroe debió morir antes de entregarse, ignorando que Caupolicán había sido apresado gravemente herido, en un impetuoso arrebato de su dignidad lastimada, inmoló la vida del hijito a los pies del pobre jefe ya en trance de muerte.

De este hecho se desprende que en una sociedad guerrera que practicaba la castidad predominase sobre la atracción de los sexos y los frutos del amor la moral patriótica, el idealismo nacional.

Casi medio siglo después apareció Janequeo, mandando una división. Las crónicas no le concedieron importancia y hubiera caído en injusto olvido de no ser por Álvarez de Toledo, otro poeta sensible y generoso con la mujer como Ercilla.

Janequeo, hija del *toqui* Guanalcoa, ya no era la esposa del jefe, sino el jefe en persona. Al frente de las huestes reclutadas en las serranías de Nahuelguta, Purén y Tucapel, ocupaba los sitios de mayor responsabilidad y peligro. Sin abdicar de su dignidad casó con Güepotán, que también llegó a ser jefe y que fué destrozado con su ejército en la frontera.

La valía de Janequeo se demuestra diciendo que actuó a la par de otros jefes eminentes, como Millalelmo y Pelantaro, que no hubieran permitido la entronización de una mujer sin atesorar cualidades que la abonasen para el desempeño de tan alto cargo, tan respaldado por la Asamblea Militar y privativo hasta entonces de los hombres, que lo ambicionaban hasta el punto de disputárselo con el mayor empeño.

Janequeo, única mujer que desempeñó el mando, surgió a la vida militar a raíz del general levantamiento de 1588, uno de los momentos más grandes de la nacionalidad chilindiana.

La historia no dice cómo murió, aunque se supone que fué víctima del sarampión que asoló la ciudad de Imperial. Tampoco se sabe cuánto tiempo permaneció desempeñando la jefatura, que entonces compartía con otros jefes dada la extensión que alcanzó el teatro de operaciones al incorporarse a la guerra las zonas central y sur de Chileindia, secundando a las zonas norte y costera inmediata al Bío-Bío. Probablemente dirigió el asedio de Villarrica, en las estribaciones de la cordillera, en donde la situación del enemigo fué tan crítica que se alimentaba de los despojos de los que caían, y que contribuyese con sus fuerzas a la destrucción de Valdivia y Osorno, con lo que el centro y el sur del país quedaron libres para siempre.

Janequeo, sin la serena reflexión que dan los años, solía adelantarse en el combate, volando sobre su caballo. Sus guerreros debían angustiarse al ver a la mujercita, tan valerosa y varonil, avanzar sola contra el enemigo.

El sociólogo, ante la excelsa personalidad de Janequeo, llamada la Juana de Arco india por Ramón Briceño, piensa

que pocos como ella representaron tan dignamente a la maravillosa nacionalidad chileindiana, pródiga en personalidades masculinas y femeninas a pesar de los obstáculos que unas y otras encontraban para revelarse.

La revelación de tantas notables figuras femeninas guerreras, es un caso digno de meditación y de estudio. Ercilla aporta infinitos pormenores sobre ellas y aún cita a Glaura y a otras más secundarias, de menos influencia social.

Es cierto que las hace hablar como mujeres nacidas de un medio civilizado superior. Pero estas exteriorizaciones poéticas constituyen la parte accesoria del poema. No es improbable que Fresia pronunciase las más dolorosas frases en el momento de ver prisionero a Caupolicán, que Guacolda se despidiese de Lautaro con los más acendrados acentos, que Teguvalda se mostrase elocuente en su aflicción por cuanto la mujer chileindiana reveló con sus actos su valía.

Con estas figuras reveladas por Ercilla, se ha observado un fenómeno extraño. En tanto que todos le han seguido para determinar fechas, describir episodios y citar los nombres de los jefes que brillaron en las guerras de la conquista, todos también han echado el velo del olvido sobre las mujeres que el gran poeta hace figurar en *La Araucana*. El capitán Alvarez de Toledo hizo algo peor, que aceptó el mismo Barros Arana, quien mientras atribuyó a creación poética la figura de Janequeo, poniendo en duda su existencia, exaltó a la heroína femenina española Inés de Córdoba de Aguilera, de la que un moderno renovador de los estudios históricos, Crescente Errázuriz, dice que fué dudoso que existiera. Alvarez de Toledo, que quiso oponer y aun eclipsar a una heroína indígena con otra española, cometió la falta de originalidad de titular su poema con el título que Alonso de Ercilla había puesto al suyo: *La Araucana*.

Siempre ha existido una especie de complicidad universal en lo de ocultar los méritos de la mujer, condenada a la esclavitud en la antigüedad y más tarde sometida a los medievales prejuicios religiosos. En la misma *Iliada* no hay heroínas, y en toda la Historia de Grecia el sociólogo qué-

dase impresionado ante la carencia de valores femeninos. Hipatia, por ejemplo, parece fruto de una tradición incierta, y Safo tiene acentuados caracteres de leyenda. En la Roma imperial, Mesalina llena el cuadro y absorbe la atención histórica...

La cultura actual ha permitido que la mujer comience a revelarse intelectualmente. Nuestra América, ¡quién lo creyera!, se está llevando la palma en esto, y en la misma región montañosa donde surgieron Guacolda, Teguvalda, Fresia y Janequeo, ha nacido la mujer más grande de todas como para no interrumpir la tradición y aclarar las sombras de un mundo lleno de incomprensión y falto de la debida sensibilidad cultural para apreciar la verdad.

Psicológicamente, es interesante contrastar el caso de Ercilla, revelando las personalidades femeninas de la conquista, con el de Alvarez de Toledo, Góngora de Marmolejo y González de Nájera, que respondían a las ideas de una época, a la creencia predominante en Europa, de que la mujer sólo se destacaba en la vida monástica. Pero las cualidades de sensibilidad, de sentimiento, de ternura, de amor no suelen darse en rudos soldados, y Ercilla, poeta tierno e inspirado, llegó a militarizarse tan poco, amargado ante el espectáculo de la guerra, que se apartó de ella al año o año y medio de haber ido a tomar parte en la conquista.

Pero la bondad y la poesía, espléndidos frutos de la ternura humana, perdurarán siempre y las heroínas de Ercilla están en lo más profundo del alma de América, de esta América nuestra tierna y sentimental. Después de cuatro siglos sobreviven como nunca, deshaciéndose el equívoco de publicistas de antaño y de hogaño.

No obstante la culpable incomprensión, nuestras heroínas, sobre todo Janequeo, son glorificadas en nuestras escuelas, donde la niñez aprende a amar y admirar a sus ascendientes indígenas.

A España todo un Mundo le está reconocido por la generosa inspiración de uno de sus más grandes poetas.

El desarrollo cultural chileindiano

La sociedad tribal prehistórica, ya lo hemos dicho, instituyó el *ulmen*, jefe de parcialidad, como la autoridad clásica.

Este *ulmen* era elegido a voluntad y temporalmente, y por lo general, en vez de ser el más anciano era el más acomodado o el que mayores servicios podía prestar a la tribu.

Una autoridad así investida se explica sociológicamente por dos hechos singulares: por el condicionamiento económico en donde los recursos de subsistencia fueron precarios y hacían necesaria la colaboración del más acomodado y porque en una sociedad tribal de lucha y esfuerzos sobreponedores, se entendería que el que había llegado a tener más comodidades que los otros tenía que ser el más enérgico, el más trabajador y el más activo, y en la mayoría de los casos habría de haber descartado a los ancianos, porque los excesivos elementos físicos y los trabajos e impulsos abrumadores de todo orden no guardarían relación con la edad. Tan cierto debe ser ello, que Ercilla, que casi sorprendió la sociedad tribal, encontró *úlmenes* jóvenes, entre ellos Caupolicán y Tucapel, por más que no adelantó la edad precisa de los mismos. También es cierto que sorprendió al padre de Lautaro y a Colocolo de *úlmenes*; pero ello no quiere decir que porque ya fuesen ancianos. Es posible que en la mayoría de los casos, en las acciones ejecutivas de la *maloca* y el *malón*, por los accidentes y fragmentaciones de la montaña, por las perpetuas tormentas y por la abrumadora mesología durante gran parte del año, el *ulmen* no pudiese ser un anciano; y acaso lo fué en la parcialidad, en donde fácilmente podía ponerse en contacto con los suyos.

La noción del jefe anciano, que ya suena a tradicionalismo, hay que desecharla hasta nuevas y más exactas investigaciones en cuanto al chileindiano. Es probable que en la multitud de casos que se cita y se invoca, el jefe fuese por tradición el más anciano; pero habría que reparar que el medio físico y las precarias condiciones económicas no serían tan apremiantes como en la región austral, y la facilidad del clima, tropical por lo general, y la excesiva fertilidad harían que, aun sobrando la comida, se comiese poco, como acontece ahora.

Por lo demás, el *ulmen* chileindiano, en la *maloca* y el *malón*, prehistóricamente presupuso el consejo, puesto que tenía que mediar el entendimiento de los jefes de una u otra parcialidad antes de resolver y obrar, y es probable que en los casos más dificultosos se llamase de pasada a consulta a los *úlmenes* de las parcialidades vecinas. En tal caso, que es lo más probable, ya se vislumbra en principio el consejo.

Pero habría que agregar que en las clásicas ceremonias míticas y en los tradicionales torneos de juegos físicos, se congregaba el mayor número de parcialidades, y se subentiende que los *úlmenes* también se congregaban por separado o en forma más o menos ostensible.

En todo caso la idea de aproximación social, tan fuerte en el chileindiano, no sería raro que coexistiese con la de la aproximación de los *úlmenes*, por más que ya estaría descartada en la consulta y en la ejecución de las fórmulas cardinales del derecho en la *maloca* y el *malón*.

De todas maneras la aproximación, reunión o consejo de *úlmenes* no sería un Consejo de Ancianos, sino más bien un Consejo de jefes de parcialidades, aunque de por sí, sociológicamente, en la denominación de Consejo de Ancianos, parece subentenderse una crasa incompreensión del indígena. La fórmula teórica es moderna; pero los hechos son antiguos, milenarios, y en tal caso no se sabría advertir la lógica, por más que eso de suponer invariablemente al jefe tribal como un anciano es manifiestamente ilógico, pues por encima de las contingencias, entre los chileindianos, fueron también jóvenes. Psicológicamente, es probable que la presunción

obedezca a una idea simplista del primitivo, creyéndosele apto nada más que para ser dirigido por una especie de gerontocracia, al igual que nuestros pueblos modernos indohispánicos, que, por lo general, no creen más que en la aptitud gubernamental de los viejos. Por lo demás, habría que recordar que en la prehistoria, a la llegada del conquistador, era adolescente el emperador incásico y casi joven el de los aztecas, aparte de que los chileindianos, al organizarse, dieron la jefatura militar a un joven también. Ello no quita para que en muchísimos casos los ancianos fuesen jefes, por cuanto los intereses económicos y sociales de familia y de clase tenían que subsistir en ocasiones.

La idea del consejo de jefes chileindianos es prehistórica y subsistió hasta la sociedad tribal, aunque por la guerra no se pudo observar bien su funcionamiento.

Pero la inducimos de la Asamblea Militar, ya que ésta debió ser sociológicamente la secuela de una profunda transmutación, porque así no más no brotaría el concepto, sobre todo entre los primitivos.

La Asamblea Militar sería un reflejo del *Consejo de úlmenes* en cuanto a la consulta, a la reunión, a la aproximación, a la necesidad de contrastar pareceres; pero de hecho equivalió a una transformación, desde el instante que no se trataba de consejo, de deliberaciones de autoridades, sino de algo que es muy diferente y más complicado, de la designación de la suprema autoridad.

Ello en manera alguna haría olvidar o desmerecer la coexistencia del consejo de *úlmenes*, puesto que la idea de *jefe* y de *consejo* partían de ahí, aunque la noción de jefatura y el hecho real tuvieron que ser anteriores o contemporáneos al mismo consejo. Claro está que del consejo de jefes a la Asamblea mediaba una enorme distancia, una profunda evolución, puesto que a ella, al revés del consejo, pertenecerían por derecho propio todos los chileindianos dispuestos a defender a la patria. Aquí, en la fuerza internacional predisponente, hay algo que conviene aclarar.

La evolución no se operó por necesidad institucional, porque si no hubiera habido guerra internacional el consejo

de jefes de parcialidades habría continuado lo mismo y jamás habríase operado la transformación. No es cierto, como han dicho algunos sociólogos y otros han repetido, que el Consejo de Ancianos, antes que a la monarquía hereditaria personal, aceptara siempre la jefatura militar como la suprema encarnación de la autoridad. Puede que el caso haya sido cierto en cuanto a los charrúas, por ejemplo; pero en la sociedad tribal chileindiana fué muy diferente.

Si a causa de la guerra, el Consejo de jefes designaba a su vez al jefe militar, que por las circunstancias los compendia y resumía, el hecho podría explicarse por una necesidad institucional.

Pero en la sociedad tribal chileindiana no son los jefes, ni los *úlmenes*, ni el Consejo de los mismos, los que discernían la jefatura. Muy por el contrario; antes de poder discernirla tuvieron que llegar a la Asamblea, lo que psicológicamente demuestra las dificultades y tropiezos del principio de representación. Es probable que en la representación tribal, aunque hubiese intentado ir más allá del *úlmen*, la parcialidad, más física que otra cosa, estabilizaría los hechos y mantendría como aletargados los principios de representación y de autoridad. Se piensa así teniendo en cuenta que la Asamblea Militar chileindiana, al manifestarse, dió un brusco salto, pasando por transiciones que habrían sido previstas.

La Asamblea Militar, frente al Consejo de *úlmenes*, entrañó una profunda evolución sociológica, y los bruscos saltos y lagunas que debieron mediar entre ellos, presuponen el considerable desenvolvimiento moral, cultural y psicológico de la sociedad tribal que permitió abordarlos con éxito.

Es probable que el principio de representación en la Asamblea Militar, desde el momento que se constituyó, resultase más profundo; ya no se trataba de designar por medio de fórmulas más o menos vagas al jefe de la parcialidad, sino de discernir el mando supremo militar de la nación, que requería mayor capacidad y mayor poder de ejecución.

El hecho de que se idease la Asamblea Militar, puesto que el Consejo de jefes de parcialidades, a juzgar por lo que hizo con Lautaro, no creyó necesario efectuar la designación, permite inducir que más que una evolución institucional se operó una evolución social.

En los aztecas y los incas, por ejemplo, frente a la guerra internacional no se produjo ninguna transformación de la autoridad y el principio monárquico subsistió invariable. Los calchaques simbolizaron la jefatura militar en el célebre don Juan de Calchaquí, y se dice que los charrúas del Consejo de Ancianos pasaron al mando supremo guerrero representado en un jefe, y no se ha sabido nada de Asamblea Militar. Lo que quería decir, que acaso se produjo la consiguiente transmutación institucional advertida por los sociólogos.

Pero eso no quita que la Asamblea Militar chileindiana obedeciese a una evolución social, a la transformación de la sociedad tribal en nacionalidad, y es posible que en los casos citados, de no haber continuado la guerra, las cosas habrían vuelto al estado de antes, puesto que al parecer respondieron a las necesidades del momento.

Entretanto, la Asamblea Militar, aunque hubiera pasado la guerra, siempre habría dejado la experiencia y la tradición del mejor principio de representación. Acaso, después, ya no se habrían conformado con sus clásicos *úlmenes*, jefes de parcialidades, y habrían requerido los jefes de *butalmapus* o regiones para así, paulatinamente, llegar acaso, en un supremo esfuerzo impresentido, a un Consejo de jefes, pero ya no de parcialidades, sino de las tres o cuatro regiones en que estaba dividida el área chileindiana.

Aunque así fuera, no podría desconocerse tampoco la coexistencia de la guerra. Claro está que aparte de la guerra coexistieron otras necesidades psicológicas, porque de no ser así se habría operado simplemente la evolución institucional. La guerra, sin lugar a dudas, coordinó las necesidades, deseos, aspiraciones y exigencias culturales ambientes, y es posible que si la sociedad tribal, por más que hubiese mediado la guerra, de no haber sido tal, no sólo no

habría resistido sino que ni siquiera habría operado la evolución institucional que supone pasar del Consejo de jefes, ancianos o no, a la jefatura militar predispuesta por él.

La Asamblea Militar, más que una institución típica chileindiana, más que una profunda predisposición y tendencia de la guerra internacional, estabilizada y prolongada, aunque parezca paradójica, fué la consecuencia natural y lógica de la disciplina social prehistórica, mediante la cual, todos los seres, por la lucha y el esfuerzo sobreponedores contra la naturaleza madrastra, habían logrado, en el mayor desarrollo primitivo de la acción, de la energía y de la iniciativa, el mutuo respeto, la recíproca consideración, el consiguiente aprecio moral. El ser humano había llegado de este modo a ser más dueño de sí mismo y, a la vez, más consciente del dominio personal. En tal caso no es de extrañar que se manifestase la pugna abierta, amplia y generosa, y que el individuo, a la larga, cobrase mayor estímulo, más aspiraciones y tuviese más seguridad en sí propio.

En realidad, la Asamblea Militar presupone la tendencia a la perfecta y unánime posibilidad y a la oposición, debiendo los aspirantes a la jefatura someterse a una prueba pública única. Si la sociedad tribal no se hubiese fundamentado en el espíritu de lucha, de esfuerzo, de acción y de energía individuales, no habría existido la tendencia de superarse en la competición estimuladora. En las hordas y clanes, y aun en las sociedades tribales comunales, como la incásica por ejemplo, habría sido difícil que se estableciera una Asamblea. Esta tenía que ser atributo de luchadores esforzados, como los chileindianos.

La Asamblea Militar fué el feliz coronamiento de una necesidad psicológica ambiente, y es posible que ante el común peligro y la común contribución nada estorbaba su funcionamiento, así como en el instante en que se necesitaba aunar las voluntades se requiriese también aunar las tendencias y las ambiciones personales.

La Asamblea Militar fué la más fecunda institución social chileindiana, y se podría asegurar que de no haber existido casi desde el primer instante, habríase perdido la guerra,

puesto que los guerreros, al convocarse, al consultarse, al investirse a sí mismos el mando, psicológicamente tuvieron que sentir mayor entusiasmo por la empresa, puesto que sus anhelos, sus aspiraciones, sus ambiciones, sus orgullos, sus vanidades, se satisfacían. Por lo demás, la asamblea, en vez de jerarquizar y mancomunar a todos en la obediencia, los puso en un efectivo pie de igualdad, con lo cual la energía, la iniciativa, el arrojo individuales no fueron dificultados. Este hecho explicaría la revelación de personalidades, de héroes, de capitanes, de estrategas y de mártires, y aun de las heroínas, y también que al desenvolverse y al acentuarse el proceso específico con el natural crecimiento, los mayores frentes de combate, las numerosas posiciones del enemigo, el quintuplicado escenario de acción, la jefatura se dilata y perdiéndose algo de su fundamental rigidez, surgiendo los subjefes regionales, los comandantes parciales y los capitanes circunstanciales, habiéndose acaso tomado precauciones para que en el mismo combate se reemplazase en el acto al jefe o subjefe caído. El gobierno militar, personalizado en los diferentes jefes, no decayó nunca y se mantuvo en pie hasta el fin, con fuerza incontrastable.

Por lo demás, la Asamblea Militar tampoco fué una simple investidora de jefes ni señaló la mera evolución de la jefatura, sino que, más propiamente, fué la que incubó, planeó y sistematizó todas las obras, hechos y acciones guerreros indígenas, y en ese mayor trabajo tuvo un auxiliar poderosísimo con la oratoria, mediante la cual la Asamblea Militar adquirió grandes proporciones y no degeneró en conciliábulo o en junta de rabadanes.

En efecto, en la sociedad tribal el sacerdote y el *ulmen* tuvieron que ser oradores, y en las ceremonias míticas, en los torneos y juegos de pruebas públicas se hacía gala de las dotes oratorias. Entre los chileindianos, la oratoria era una necesidad social por las peculiares condiciones físicas que los rodeaba.

Al sobrevenir la guerra, la oratoria tuvo que transformarse inmensamente y parece lógico que ganase mayor

prestigio, se profundizase y adquiriese los contornos de una institución nacional, hasta el extremo que después se enseñó y se obligó a cultivarla a los niños.

En la Asamblea Militar, la oratoria tuvo que ser el complemento, y no sería raro que concurriese a estabilizarla y a elevarla a la categoría de institución máxima, desde el momento que la enardecida palabra hablada, el inflamado verbo estaba en su elemento al atraer, al congregar, al asociar a los seres. La palabra fué el vínculo maravilloso que dió vida a la Asamblea Militar, pues con ella se abrió una válvula de escape a las pasiones, tan fuertes en el indígena.

En la sociedad tribal, el chileindiano concurría con el sacerdote a torneos de oratoria, y en sus ceremonias y juegos, sobre todo en la clásica *chueca*, los gritos, los aullidos y los alaridos fueron transformándose hasta convertirse en espontáneas efusiones de la multitud.

La oratoria sacerdotal, y aún la *ulménica* de los jefes, al convocar a la parcialidad para los tradicionales *malones* y *malocas*, ya en la prehistoria debió alcanzar la categoría de un hecho social. Se piensa así porque el indígena, que nunca se reunió en pueblo y jamás conoció la ciudad, y, por consiguiente, la arquitectura y la serie de instituciones que reporta la vida en comunidad, por extraño contraste estuvo predisposto a la oratoria. Psicológicamente, es posible que este fenómeno sociológico lo explique la misma falta de pueblo y de ciudad, ya que al quedar los indígenas entregados a su parcialidad, solos, abandonados, casi distanciados, hablándose y comunicándose rara vez, no sería extraño que con mayor ardor los predispusiese a ella la reunión, la ceremonia, el culto, el torneo público, que pasaron a ser las instituciones sociales que tuvieron rítmicamente que asociar a los seres en las consiguientes expansiones morales de la convivencia, la asociación y los juegos y distracciones. Al ser poderosa, como parece que lo fué la aptitud y la condición de franquear la parcialidad y de agruparse y alternarse de vez en cuando, nada de extraño tendría que el indígena, que se convocaba tras un anhelo moral de efusión y expansión, requiriese las altas formas, efusivas y

expansivas, de la oratoria. En forma parecida debe explicarse también la vista de águila del indígena, que llegó a conocer hasta por el rastro la carrera del venado, y es posible que de tanto mirar a lo lejos, de parcialidad a parcialidad, se le afinase la mirada.

El sacerdote, condicionado por la fuerza ambiente social, debió ser el natural fundamento de la oratoria, que comenzaría por ser predominantemente mítica. Los primitivos, ante la arenga, peroración o declamación del sacerdote, es probable que acabasen profiriendo gritos y alaridos, algo así como expansiones del alma largamente retenidas. En indígenas silenciosos, lo más del tiempo tristes y melancólicos, cuando no sombríos y trágicos por la manera especial de vivir, lejos unos de otros, sin poderse ver tras las accidentadas cordilleras y sin comunicarse durante gran parte del año por las constantes tormentas, es natural que al sentirse acompañados, fortalecidos, en momentánea comunidad, se desahogasen profiriendo gritos y alaridos que terminarían por hermanarlos. Semejantes gritos y alaridos, aparte de expresar la queja personal recóndita, también pudieron ser condicionados en la comunicación verbal de parcialidad a parcialidad, que no podría hacerse sino en forma entrecortada y lanzando fuertes voces. Por lo demás, gentes tan silenciosas, por extraño contraste, al ponerse en relación, siquiera algunos momentos, es natural que tomase la palabra para comunicarse y profiriese gritos y alaridos para sentirse más cerca unos de otros. Psicológicamente, el placer, el anhelo de ternura, de afecto, de simpatía humana, los chileindianos no habrían podido manifestarlo en otra forma tampoco.

Al sobrevenir la guerra de conquista y perfilarse la protohistoria, la sociedad tribal austral había instituido la oratoria y el *chivateo* desde que se iniciaron las actividades combativas.

Los gritos, los aullidos, los alaridos se hicieron impresionables, llegando a ser de rigor que el combate diera comienzo tras el agudo *chivateo*, que no dejaba de sobresoger de espanto al enemigo por su monotonía y que por su tono

trágico tal vez considerase como un eco de ultratumba. En el combate, los chileindianos jamás dejaron de proferir alaridos, como cóndores famélicos en persecución de la ansiada presa. El guerrero indígena, de acuerdo con sus exiguos medios de educación refleja, se alentaba, se estimulaba con la estentórea efusión y adquiría mayores bríos con la algarabía.

La guerra impuso los alaridos, gritos, aullidos, llamadas por medio del cuerno y la caracola, y, sobre todo, el *chivateo*, y también la oratoria, que de sacerdotal y *ulménica* se transformó en arenga bélica, que arrastraba a las masas tremantes de entusiasmo a lanzarse fieramente al combate sin más armas que el garrote o el lazo. La oratoria debió tener gran influencia sobre aquellos primitivos que se sentían más unidos por las ansias guerreras que por los ideales religiosos. El verbo inflamado que cantaba las victoriosas proezas debió arrebatárles hasta el delirio, así como la evocación de la derrota les infundiría ánimos para resarcirse. El clásico *ialoneo* sonó como ovación estruendosa que los indígenas tributaban al que sabía llegar a su corazón con la magia de la palabra.

El sociólogo ve en la oratoria el vestigio del desenvolvimiento social en su aspecto psicológico. La oratoria bélica no había tenido hasta entonces expresión en la conquista de América. Los aztecas no la conocieron, puesto que ni Hernán Cortés ni Bernal Díaz del Castillo nos aportan pormenor alguno a este respecto.

En cuanto al fondo y forma de la oratoria chileindiana bien poco sabemos; las fuentes resultan insuficientes. Ercilla y Góngora de Marmolejo hablan con entusiasmo de los discursos indígenas, y el poeta, acaso porque la poesía tiene muchos puntos de contacto con semejante expansión sentimental, fué el primero que trató de reflejar las arengas chileindianas. Aunque los indígenas hablaran en torpe prosa y en su pobre dialecto, Ercilla los hace expresarse en verso.

Ercilla, consecuente con su época y tradicionalista, hace hablar como civilizados superiores a los primitivos, y aun-

que en su tiempo era desconocida la concepción sociológica de la preadaptación moral, es innegable que en cuanto al tono y a los sentimientos de heroísmo y desprecio por la muerte, el poeta fué bastante fidedigno. Aparte de este mérito, el poeta nos presenta a los oradores, y, según su descripción, se puede calcular el efecto que producían. Así inducimos que Lautaro, el vencedor de Tucapel, arengando a sus soldados, tendría el poderoso atractivo que dan los pocos años y los muchos hechos. Caupolicán, con su ojo bizco, en los instantes de frenética ira, adquiriría tal fealdad que acaso por ella sola consiguió muchas veces lo que no habría podido obtener con sus puños capaces de derribar un cerro. El volcánico Tucapel, que saltó de la montaña abajo, haría saltar a la multitud sugestionada. Lincoya que echó medio cerro sobre el conquistador, a falta de otros peñascos lanzaría sus palabras fervorosas. Rengo, sumido hasta medio cuerpo en la ciénaga inmundada, debió emplear su verbo como una catapulta. Pero en Galvarino y Colocolo la oratoria alcanzaría singular esplendor. El primero, al accionar sus brazos mutilados, impresionaría terriblemente, y el segundo, con su ancianidad venerable, con su aspecto de esfinge, causaría una sensación inenarrable.

Los instintos de raza y los sentimientos míticos y nacionalistas tuvieron que cobrar forma, expresarse y estabilizarse, y se puede asegurar que por la oratoria de pasivos se tornaban instantáneamente en activos. Si la montaña amiga, que tanto contribuía a acentuar la resistencia, hubiera desaparecido, habría quedado la palabra para fortalecerle.

Desde el instante que el chileindiano aplicó la oratoria a la guerra, fué el nervio de sus actividades combativas. La montaña, el caballo y las armas fueron triplemente vigorizados por lo más noble del patrimonio humano. El chileindiano, vencedor de los elementos físicos y de los hombres, ¿cómo no iba a dominar la palabra?

Por Ercilla sabemos que los jefes eran oradores, y esto explica que la oratoria alcanzase tanto prestigio entre los chileindianos desde el primer instante.

Casi todos los protohistoriadores que sucedieron a Erci-

lla y Góngora de Marmolejo, desde González de Nájera hasta Olivares, dan cuenta del desarrollo creciente de este arte, que se enseñaba incluso a los niños para loar los triunfos o anatematizar al enemigo. Además, aprendían de memoria poesías patrióticas.

González de Nájera describió con lujo de detalles las ceremonias míticas, patrióticas y guerreras chileindianas, en las cuales se hacía derroche de oratoria, y Olivares, casi a los dos siglos, declaraba con sincera admiración: «Como el orador movido halla a mano las fórmulas más vivas y eficaces de imprimir su afecto en los otros, es indecible cuán bien usan estos indios de aquellas sentencias que encienden en el ánimo de los oyentes los afectos de la ira, indignación y furor que arden en el ánimo del orador, y a veces los de lástima, compasión y misericordia, usando de vivísimas propopeyas, hipótesis, reticencias irónicas y de aquellas interrogaciones retóricas que sirven no para preguntar sino para reprender y argüir».

Los conquistadores no fueron muy pródigos en palabras. Sólo Cortés menudeaba los discursos durante la conquista de Méjico; pero Valdivia fué siempre sobrio en sus expresiones. En una carta al rey alude brevemente a una arenga que pronunció a raíz de la mutilación de los cuatrocientos chileindianos en Penco.

González de Nájera describió la Asamblea Militar y los concursos oratorios a que daban motivo. Empezaban los indios por plantar en un sitio cerrado de arboledas el clásico árbol del canelo, el árbol sagrado, de cuyas ramas colgaban las cabezas de los españoles caídos en el combate o sacrificados después. A la redonda del árbol instalaban bancos hechos con tablones donde se sentaban los jefes, *álmenes* y sacerdotes. De las mismas ramas adornadas con cabezas pendían unas cintas de lana de colores que sujetaban desde sus bancos, puestos en pie, los jefes. Hombres, mujeres y niños concurrían vestidos con los despojos de los soldados europeos y con hábitos de clérigo, casullas, capas de coro y otros ornamentos de iglesia. Algunos ostentaban pieles de fieras, de cabrones de deformes cuernos, etc., y otros

se ponían «capas de espesas hojas de breviarios y misales» y «capas de cédulas de gobernadores de aquel reino según las he visto», agregaba el cronista. Ya todos reunidos, empezaban a bailar, y al mismo tiempo, siguiendo el compás, las autoridades movían las cuerdas para que también bailarían las cabezas. El baile era seguido de un canto que según González de Nájera parecía un lloro, dada la tristeza que infundía oído desde lejos. Estas asambleas o ceremonias duraban días y noches. Cuando sacrificaban prisioneros, les sacaban el corazón y aún caliente lo pasaban de mano en mano entre las autoridades, mordiéndolo y chupándole la sangre. En estas ocasiones llevaban piel seca de enemigos como máscara y bebían en calaveras, lanzando palabras burlescas. Después intervenían los pobres niños. Según el propio González de Nájera, les ponían el cuchillo en la mano y entregándoles un cautivo desnudo y atado, les enseñaban a cortar sus carnes, que luego asaban y comían, y finalmente, le cortaban la cabeza, en lo que ya eran muy diestros, declamando versos aprendidos de memoria y en los que injuriaban al enemigo y loaban los triunfos obtenidos.

Las asambleas militares, sobre todo en los primitivos, no muy jerarquizados todavía, se convocarían unas veces para elegir los jefes o subjefes o trazar planes, y otras, como la apuntada, para celebrar ceremonias míticas, para escenas de triunfo o para sacrificar prisioneros. El hecho de que los chileindianos hiciesen sus asambleas públicas, al revés del guaraní, que hasta ahora ocultaba sus ceremonias, revela que tenían especial interés en provocar al enemigo.

La Asamblea Militar y sus complementos, la oratoria y las ceremonias míticas y guerreras, debieron motivar que entre los españoles se implantara el Parlamento, reunido por primera vez en el vallecito de Quilín, cercano a Cholchol, en las inmediaciones de Temuco, provincia de Cautín, el 6 de enero de 1641, al que asistieron el gobernador, sus principales, capitanes, sacerdotes y autoridades de la real audiencia. Estos Parlamentos se hicieron clásicos. Se celebraban a la llegada de un nuevo gobernador y culminaron en los celebrados en la capital del reino, en Santiago, el 12

de febrero de 1760 y el 13 de febrero de 1772, con asistencia del gobernador, obispo y principales autoridades. Las tropas presentaron armas, formando filas desde la entrada, la quinta de la Ollería, hasta el palacio del gobernador, con chirimías, tambores y pífanos como si se hubiera tratado de embajadores de una potencia que convenía satisfacer.

En dichos Parlamentos, aunque tarde, demasiado tarde, por medio de regalos, de halagos y de festejos, y aun de seguridades y promesas que en parte se cumplían, se trató de conseguir la paz.

Es posible que el propio gobernador los idease ante la tendencia que hacia la Asamblea tenía el chileindiano y convencido de que con un jefe solo o con un determinado grupo no podría pactar nada que resultase hacadero.

Sociológicamente se vislumbra aquí el principio representativo y deliberativo que, no obstante los dos siglos transcurridos desde la fundación de la primitiva Asamblea Militar, todavía reservaba fecunda savia. Es claro que estos Parlamentos, como la Asamblea Militar, tuvieron que ser representativos, salvo las pruebas electivas, porque de lo contrario hubiera sido difícil congregarse a tantas personalidades. Así, al Parlamento de Negrete, inmediato a Los Angeles, asistieron, según el acta, 161 *úlmenes* o caciques, como les llama el protohistorialista, 16 capitanes, 11 mensajeros, 77 subcapitanes y 2,380 guerreros, en total unos 2,645 chileindianos. La importancia de estos Parlamentos debe calcularse en los muchos gastos que reportaban por las fiestas que transcurrían durante varios días, sirviéndose mucho vino y bastante carne asada. Se calcula que el Parlamento de Negrete, celebrado el 4 de marzo de 1793, costó al tesoro real la suma de 10,897 pesos, cantidad enorme si se tiene en cuenta la pobreza del erario y los desembolsos ocasionados por la guerra inacabable.

La Asamblea Militar se reunía antes que los Parlamentos, puesto que a éstos iban los indígenas con instrucciones de antemano acordadas. Su existencia garantizaba el principio representativo y la oratoria, que en la sociedad chileindiana resumieron el desenvolvimiento y el crecimiento

intelectual, y a juzgar por el pronunciado individualismo de ambas manifestaciones se podría sociológicamente inducir que a la nacionalidad austral, aunque hubiese conocido la noción, le habría sido difícil llegar al gobierno unipersonal, monárquico, hereditario o electivo como los aztecas, incas, tlascaltecas, quichúes, pipiles, chibchas, etc., esto es, de casi todas las sociedades tribales continentales anteriores a la conquista. Parecido caso se dió en la civilización superior de los griegos, que, no obstante su insuperable cultura, nunca tuvieron un gobierno unipersonal nacionalizado. Aunque parezca una paradoja, el hecho es que el mismo individualismo, que en la forma pudo favorecer el gobierno unipersonal, en el fondo lo obstaculizaba al no ceder a nadie ventaja ni considerar la mayoría conveniente discernir en determinado individuo la autoridad por creerse todos aptos para ella.

En realidad, el chileindiano no tuvo más gobierno que el que pudo conciliarse con su agresivo individualismo y con las apremiantes circunstancias. No por su forma especial de gobierno, no conocida en el continente indígena, puede suponerse que no alcanzó a bordear la civilización, cuando eso mismo confirma la originalidad fecunda del desenvolvimiento social y el propio crecimiento individual.

Además de la evolución profunda del gobierno y de la oratoria, se advierten todavía otras transformaciones sociales que demuestran que, no obstante el proceso unilateral y en cierto modo retardatario de la guerra que se prolongaba demasiado, el pensamiento, la cultura, la noción intelectual, cobraron mayor impulso que en la sociedad tribal. Descontando el arte militar chileindiano, que surge espontáneo, variado y complejo, a través del ambiente y del proceso específico, se inducen aún transformaciones de todo orden.

En la mítica se advierte la creación de nuevos dioses, entre ellos el dios de la guerra *Epanamún*, y de nuevos símbolos hopolátricos, verbigracia, la flecha ensangrentada, el hacha de piedra y los bastones de mando. En la música advertimos las caracolas, las flautas y los pitos hechos con

canillas de enemigos, y la *trutruca* empezó a exhalar himnos guerreros, al parecer como reflejo de la banda del conquistador. En la poesía, en el canto y en el baile se advirtieron transformaciones predisuestas por la guerra, como enseñar estrofas patrióticas a los niños. Se llegó, además, a una especie de zoolatría e iconografía al chupar el corazón sangrante del enemigo, al adornarse con sus principales prendas y al cubrirse con pieles para adquirir la agilidad y fiereza de algunos animales. Por la gimnasia, ya predispuesta en la clásica *chueca*, niños de ocho años levantaban pesos enormes o quebraban troncos bastante gruesos. Se puede decir que los chileindianos llegaron a crear una higiene guerrera, bañándose todos los días al amanecer, aun en invierno, para tener más fuerza, disminuyendo a la vez la alimentación y haciéndose más castos para ser más ligeros y robustos, aparte de prescripciones y observaciones morales que sería imposible tratar de precisar. Aunque la protohistoria no nos da detalles, el chileindiano discurrió un sistema de equitación, haciendo que el caballo corriese sin herraduras por la montaña sin que jamás se encabritase, desbocase ni se apartase de su dueño y consiguiendo que nunca tropezase ni se confundiese al vadear los ríos o al cruzar las ciénagas, aparte de condicionarlo para que el jinete pudiese manejar con maestría la boleadora y lanzar la flecha envenenada o tirar a larga distancia el lazo. También crearon nuevas palabras, tales como *hueichán*, hacer la guerra y presentar batalla; *pruloncón*, cantar o celebrar el triunfo; *quechán*, recoger el botín; *michicún*, emprender la fuga, y muchas más respecto al caballo, las armas y costumbres del civilizado superior europeo. En su *quipu*, especie de escritura, pese al designio aritmético que le daban los incásicos, introdujeron también serias modificaciones que llegaron a acercarse a la escritura figurativa de los aztecas. Así como el terreno blando del bajo Egipto obstaculizó el desarrollo de la Arquitectura, los elementos físicos chileindianos obstaculizaron las manifestaciones artísticas figurativas. Los chileindianos no tuvieron, como los aztecas, una fibra como el *magüey* para representar sus signos. Con todo se advierten los visi-

bles progresos que el *quipu* alcanzó con la guerra, y por encima del condicionamiento numerador se advirtieron otras complicaciones que sirvieron para combinar levantamientos y batallas. En la guerra se descubrió un *quipus*, completamente diferente al usado en la sociedad tribal prehistórica, y, por consiguiente, bastante distinto al usado en otras regiones continentales y ultracontinentales. Aparte de las fajas, de los colores y de la anudación correspondientes, el nuevo *quipus* comprendía, además, un palo hueco, considerablemente grueso, como una cuarta de largo, en cuyo hueco se exhibía un dedo de español, y que estaba envuelto o forrado en hilo. No solamente el *quipus*, así renovado, sirvió para comunicarse, citarse, estar sobre aviso o presentar excusas, sino también ciertas tablitas de forma reducida y piedrecitas de colores.

En todos los hechos expuestos se alcanza a relacionar sociológicamente la mejor disposición de crecimiento cultural nacional chileindiano. De haber salido vencedores o podido remediar la falta de interdependencia e incorporar otros clanes para dar mayor impulso al comercio y a la industria, la evolución hubiera llegado a ser necesariamente más profunda.

Las instituciones seculares en el atavismo guerrero chileindiano

Puntualizados sociológicamente el ambiente y el proceso específico nacionalista guerrero chileindiano, caben algunas observaciones respecto a las relaciones, coexistencias y determinaciones biopsicológicas que tuvieron que aportar mayor profundidad y complejidad, hasta casi bordear la civilización primitiva, el superorganismo austral.

En verdad, después de medio siglo de violenta y azarosa guerra, no habiéndose producido el agotamiento inherente a tan prolongada acción, más que humana social y nacional, parece evidente que la herencia empezara a ponerse en juego y a predisponer, aunque de hecho con la lucha y el esfuerzo sobreponedores milenarios ya había condicionado la resistencia, la asombrosa fortaleza y la constitución física del chileindiano. Si la guerra hubiese concluido al medio siglo con la conquista austral, se podría decir que ello poca importancia habría tenido en el desenvolvimiento de las aptitudes ya reveladas por el primitivo. Pero como no terminó, sino que muy al contrario siguió impetuosa, por más que después el buen sentido y la cordura de los españoles se impusieron para aplacarla, no es extraño advertir las consecuencias.

A partir del ambiente y del proceso específico nacionalista guerrero, o mejor dicho, después del medio siglo de guerra, el indígena persistió en su aptitud y fué acrecentándose hasta pasar dos siglos y operarse la independencia de América. Por más que al fin, después de sesenta y cinco años de guerra, el conquistador, ante el resultado negativo y el poder cada día más incontrastable del indígena, cam-

biase de rumbos, suspendiendo de hecho durante veinticinco años las hostilidades, al principio, ello afectaría directamente al conquistador; pero el guerrero indígena, seguro de la amenaza y del poder que se alzaba más allá de la frontera, seguiría de pie igual que antes y quizá más dueño de sí al sentirse más posesor de su territorio. Tan cierto es ello que aun después de los veinticinco años de tregua y siguientes a ésta hasta la independencia, que les entregó totalmente su territorio, los chileindianos continuaron siendo indomables guerreros, ya cruzando la cordillera y ganando la pampa argentina, ya participando en favor o en contra de la independencia del reino.

Sociológicamente, asombra la inmensa vitalidad de la nacionalidad guerrera que, no obstante los dos siglos y medio de lucha, no perdió sus arrestos y persistió en sus actividades en forma indefinida, saltando sobre la muerte, la decepción y el desengaño. Solamente una nación desenvuelta a base de disciplina social en la milenaria lucha contra el medio físico abrumador, pudo resistir tanto y operar el maravilloso prodigio.

En toda esa formidable maravilla primitiva la herencia biopsicológica, que se advierte ya desde la obscura prehistoria, desempeñó un papel trascendentalísimo, sobre todo en las predisposiciones, tendencias y hábitos heredados y transmitidos.

La herencia biopsicológica, que llegó hasta culminar en un atavismo guerrero, supuesta la milenaria lucha prehistórica y la secular guerra protohistórica, en parte explicaría la inmensa constancia y la infinita consecuencia guerrera de la nacionalidad, que estuvo substraída a la defección de Tescuco, de la confederación azteca, a la ruptura del imperio incásico y al condicionamiento de la conquista por las mujeres del Alto Paraná, según reveló Azara. Se repara con asombro que hasta los chileindianos isleños, en especial los de Lonchengo, frente a Arauco, a la primera oportunidad seguían rebelándose, cuando la isla, al igual que las Antillas, en la Colonia; a su condición geográfica pudo deberse la prolongación de la mansedumbre.

El atavismo guerrero explicaría también aproximadamente no sólo la constancia y la consecuencia, sino el sacrificio, la temeridad y la inmutabilidad chileindianas, puesto que se llegó a ser frugal y casto, a bañarse en agua fría, a levantar enormes pedruscos y a romperlos y a despreciar la muerte, dejándose mutilar o haciéndose mutilar y sufriendo sin chistar, sin quejarse, ni murmurar, casi sin pestañear, los mayores dolores y torturas.

Cualquiera que haya sido el ritmo conquistador, sociológicamente tuvo que ser muy diferente del chileindiano, y si pudiendo poner mayor empuje sólo fué impulsado a medias o en forma deficiente, el hecho es que el guerrero austral, sin penetrar la situación que ha revelado después la historia, aportó tanto o más de lo que en buena lid pudo dar, oponiendo cada vez mayor resistencia, sin someterse del todo nunca. Maltrecho, herido, derrotado o en desgracia, el hecho es que después de una prudente tregua reparadora volvía más agresor que otras veces. Es posible que ni el mismo soldado conquistador supiese la crítica situación que ahora, con la comparación histórica, apenas alcanzamos a vislumbrar que le aquejó, y si los jefes llegaron a penetrarla no sería raro que para evitarse riesgos la ocultase al enemigo indígena, y quizá, como observó Lucas Alamán, en cuanto a los aztecas, calculadoramente el conquistador exagerase el poderío imperial hispánico para así sobrecoger y amilanar en algo a los primitivos.

De todas maneras, después de medio siglo y merced al condicionamiento biopsicológico, la guerra se inicia aún con mayores bríos, y se podría decir, en presencia de los nuevos hechos, que ya no se trataba de proceso específico sino más propiamente de la secular tradición institucional en el atavismo guerrero chileindiano, cosa en sí estupenda, espantable, si se piensa que por encima de la educación, del ambiente y de los hombres la naturaleza condicionaba la guerra en su infinita gama de predisposiciones, tendencias y hábitos heredados.

En efecto, el año 1600 se inauguró con violentos desastres. Se sabe por el protohistorialista que el 5 de abril

de 1600, sus pobladores abandonaron definitivamente Imperial, tras el oportuno auxilio del nuevo gobernador con cuatrocientos soldados y después de haber perecido en el sitio alrededor de setenta y cuatro españoles, tener los chileindianos la ciudad ganada y haberse refugiado los sitiados en las casas del Obispo, en donde llegaron a comer animales inmundos, el cuero de las monturas y adargas y las hierbas de los campos de los alrededores que podían procurarse con tanto peligro. Trece días después, el 18 de abril de 1600, fué abandonada la ciudad de Angol, que había sufrido tanto como Imperial. El éxodo fué terrible y trágico, sobre todo para los ancianos, mujeres y niños; al llegar a Santiago los refugiados de ambas ciudades vivieron casi de limosna. Al año siguiente, en 1601, capituló Villarrica, después de un sitio de tres años y de haber tenido que comer sus moradores la carne de los indios que caían en el combate, quedando apenas uno que otro prisionero y diez mujeres cautivas. Tres años después, en febrero de 1604, fué abandonada la ciudad de Osorno y el fuerte de Valdivia, recién construido. La guarnición de Osorno, que tres años antes estaba formada por más de 400 hombres, apenas llegaba a ochenta y los 220 del fuerte de Valdivia, fundado poco después de la destrucción de la ciudad en 1599, quedaron reducidos a treinta y seis, más catorce mujeres y dos indios auxiliares. Sesenta y dos soldados y muchas mujeres y niños murieron de hambre y tuvo que ahorcarse a tres soldados dispuestos a pasarse al enemigo. En el naufragio de la costa de Lavapié (Arauco), en pleno invierno, fueron apresados el capitán y treinta hombres que iban a socorrer el fuerte y la ciudad, y en Concepción fueron cerradas las calles con tapias. Verdaderamente impresionan tantos horrores, que quisiéramos pasar en silencio, así como que en Imperial se entregó a las vírgenes para aplacar a los enfurecidos guerreros indígenas.

La enumeración de estos trágicos hechos, tan inútiles por otra parte, resulta asaz dolorosa; pero las reales exigencias de nuestro trabajo nos obligan a ello muy a nuestro pesar.

La destrucción de Villarrica y la despoblación de Osorno

y de Angol y del recién fundado fuerte de Valdivia, fueron terribles para la causa de la civilización, porque después de medio siglo de llantos, de trabajos, de padecimientos y zozobras se abandonó para siempre el centro y sur del área territorial chileindiana, en donde se llegó a tener florecientes ciudades. Era la guerra maldita que abatía a la civilización superior; pero hay que convenir que el progreso humano siempre se ha labrado entre lágrimas y quebrantos, pesares y angustias, afrontando los riesgos de la guerra. ¡Qué vida más triste y extraña y qué disyuntiva más pavorosa la de los chileindianos, que tenían que defender su tierra destruyéndola al mismo tiempo, y la de los conquistadores, que combatían por imponer el progreso y la civilización, cayendo finalmente bajo el peso del penoso fracaso, superior a sus fuerzas!

Los sucesos el centro y sur chileindianos, tuvieron que gravitar sobre el conquistador en el futuro. Después cambió de rumbo y jamás intentó bordearlos de nuevo. Transcurridos casi dos siglos el gobernador O'Higgins llegó a repoblar Osorno en 1795, y el fuerte de Valdivia parece que fué el resultado de una transacción, apremiada por los corsarios, que también causaban perjuicios a los chileindianos atacando sus bases de aprovisionamiento.

La destrucción del centro y sur del país chileindiano no sólo obligó a cambiar de planes y a ponerlos en práctica sin pérdida de tiempo. El 19 de marzo de 1605, el nuevo gobernador llegó a Concepción acompañado del padre jesuita Luis Valdivia, y en la misma tarde fueron convocados a Parlamento los *ülmenes*, jefes tribales, expresándoseles en su propia lengua que quedaban libres del trabajo personal y que sólo debían pagar un impuesto en dinero o en especie. En cada distrito celebraron el mismo Parlamento. El de Paicavi se verificó el 9 de abril de 1605, en Lebu y Arauco el 24 del mismo mes y año y el último en los alrededores del Bío-Bío. Al parecer el mismo jesuita fué el portador de la indulgencia para los conquistadores, del Papa Paulo V, seguro de que causaría buen efecto entre los mismos. Las cosas debieron ponerse serias porque no obstante los Parla-

mentos y la Bula los guerreros chileindianos atacaron Boroa el 29 de septiembre de 1606, matando unos ciento cincuenta españoles y aprisionando a otros catorce o quince. Ya libres por el centro y por el sur del país, empezaron a merodear por el Bío-Bío y pasaron la frontera, atacando al pueblecillo de Duao, en la orilla norte del río Maule, dieron muerte a algunos enemigos y se llevaron a varias mujeres y niños como cautivos. En el verano de 1602, aun contando con mayores refuerzos que las otras veces, el gobernador no pasó el Bío-Bío y se contrajo a los alrededores, a pesar de que los chileindianos atacaron dos o tres veces el fuerte de Santa Fe, donde quedaron treinta y nueve españoles heridos. En marzo de 1604, los guerreros indígenas cayeron como una avalancha sobre las estancias de Hualqui y Talcahuano, destruyéndolas. En los precisos instantes en que el Padre Valdivia estaba por llegar, el 28 de enero de 1605, los indios cercaron el fuerte de Yumbel, en el que perecieron veinticinco españoles e hicieron algunos prisioneros.

Debido a la crítica situación y a la nueva política inaugurada por el jesuita Valdivia, como si los militares no hubieran sido competentes, en los cinco años siguientes (1606-1610), los soldados europeos no penetraron en el territorio chileindiano, concretándose a realizar excursiones alrededor del fronterizo Bío-Bío. Únicamente en diciembre de 1609, en las inmediaciones de Purén, en una caprichosa incursión, perdieron treinta y cinco hombres y considerable botín, y en marcha rápida para Angol, en una angostura montañosa, perecieron veinte soldados y los dos oficiales que los mandaban.

En 1611, tras cinco años de respetar el territorio chileindiano, instauraron la guerra defensiva, desde los desastres del sur y centro del país indígena.

Pero procuremos penetrar la situación que presentaba el conquistador, empezando por lo más fundamental, la disciplina militar. En la capital del reino, en Santiago, con motivo de los sucesos del centro y sur del país chileindianos cundieron gérmenes de rebelión. Cuarenta y cuatro soldados

portugueses que habían llegado como auxiliares y 300 soldados venidos del sur, que estaban en la mayor miseria, pasaron a ser un verdadero peligro, y solamente la llegada del nuevo gobernador en 1600 atenuó un poco las asperezas. Con las tropas que trajo el gobernador Rivera, el ejército español de Chile en 1600 era de 1,151 soldados. Y no fué el número sino la calidad lo que decepcionó al mandatario, pues apenas había 500 útiles, descontando los auxiliares y reclutados en el Perú, que no tenían condiciones de soldado. En las operaciones los soldados de infantería y caballería marchaban juntos. Para atacar había que avisar con un día de anticipación, ya que los soldados dormían en casa de los amigos o parientes. Los cargos de centinela eran considerados afrentosos y se daban a los infelices. En 1601 el gobernador no pudo socorrer las ciudades del sur y hacía cuatro años que no se pasaba a Arauco, quedando a la zaga en la frontera. Por esos días el gobernador Rivera, en el fuerte de Santa Fe, inmediato al Bío-Bío, hizo ahorcar a un alférez y a once soldados que llegaron del Perú y que tramaban complots para pasarse a los indígenas. Poco después se fugaron nueve soldados en Talcahuano, y el mandatario tuvo que escribir a la Corte para que no le enviasen más reclutados del Perú, y aun el propio Rivera se vió envuelto, en 1605, en una ruidosa competencia con los obispos de Santiago y Concepción, relegándosele en seguida a Tucumán, Argentina. La indisciplina militar era efecto de la situación ambiente. Rivera, antes de emprender la consabida expedición al sur, impuso contribuciones extraordinarias, creó empréstitos, dando en cambio libranzas contra el Tesoro real para cuando pudiera pagarlas, y ordenó que en los pueblos o asentos de indios se sacasen caballos, vacas y carneros para el ejército. Se quitaron a los vecinos y moradores de Santiago todas las armas, cabalgaduras y sillas y mucha parte de sus haciendas. Concepción y Chillán no tenían más víveres que los que les enviaban de Santiago, porque los campos estaban abandonados y eran presas de las correrías chileindianas. En esos días de 1601 a 1602, llegaron unos 500 soldados de Europa y a pesar de la estrechez de la si-

tuación se hicieron suscripciones públicas para vestirlos. El gobernador, a pesar de contar con los mayores elementos que jamás tuvo nadie y de permanecer a retaguardia, al otro lado del Bío-Bío, pidió a la Corte más soldados, armas y dinero en 1602, aunque en los primeros días de mayo de aquel año llegó a Valparaíso un buque cargado de víveres, vestuario y dinero para pagar a todos los soldados. A fines de 1605, el cabildo y el gobernador exigían mayor subvención y más soldados, no obstante el predicamento del padre Valdivia. «A pesar del situado, dice Barros Arana, cuando llegó el caso de pagarles el sueldo decretado por el rey, los soldados fueron víctima de la más escandalosa explotación ejercida por algunos empleados superiores. Se les cargaba la comida y el vestuario a precios excesivos». En 1601 empezó a llegar a Chile algún dinero en oro y plata amonedado en el Perú, y en 1604 el monarca elevaba a 120,000 ducados la subvención anual para los gastos de la guerra, prometiendo mandar un socorro de 1,000 hombres, a fin de que se estableciese lo más pronto posible el ejército permanente de 1,500 hombres. Semejante ayuda fiscal se contrapesaba con la continua llegada de soldados; así, en 1601, llegaron 400 de España; en 1602, 140 del Perú; en 1604, 371 del Perú; en 6 de noviembre de 1605, 942 de España. Se los recibió con procesiones y otras fiestas, al mismo tiempo que se elevó la subvención a 140,000 ducados para elevarla en 1606 a 250,000 ducados. Entonces se creó la Real Audiencia en Santiago.

A pesar de haberse creado el ejército permanente con los 1,763 soldados llegados en los últimos cuatro años, de las continuas subvenciones y de la elevación del monto de éstas, el padre Valdivia, de acuerdo con el gobernador, inició su acción pacifista a principios de 1605, se estuvo cinco años sin penetrar en son de guerra en el territorio chileindiano, y por último, en el consejo presidido por el rey a fines de mayo de 1610 y previa conformidad del virrey del Perú, se acordó la guerra defensiva pedida por él mismo. Así, en noviembre de 1611 el virrey decretó la guerra defensiva y dió al Padre Valdivia el título de visitador general y ordenó

que el gobernador y la Real Audiencia secundasen su acción, disponiendo el indulto absoluto e incondicional de todos los indios rebeldes y que se fijase el Bío-Bío como límite fronterizo, destruyéndose los fuertes que todavía hubiesen quedado en el territorio guerrero indígena, al mismo tiempo que derogó la real cédula que declaraba esclavos a los indios que se tomase prisioneros en la guerra y mandó que los que se hallaban en el Perú para ser vendidos como esclavos fueran restituidos a su patria.

Sería difícil conciliar la política tan extraña de enviar tanto refuerzo de soldados y conceder tanta subvención con las actividades enunciadas y determinadas por el virrey. Además, la guerra defensiva no fué cuestión de acuerdo y fórmulas, porque el 7 de diciembre de 1612 se celebró en ese sentido el primer Parlamento y los chileindianos exigieron la destrucción del fuerte de Paicavi, la cual se empezó la misma tarde. En 1615, el rey ordenó siguiese la guerra defensiva, no obstante el ejército permanente de más de 2,000 soldados, y en 1618, al principio del año y con la llegada del nuevo gobernador, el Padre Valdivia hizo retroceder la frontera española a la margen opuesta del Bío-Bío, despoblándose los fuertes de San Jerónimo y de Catiray, con lo cual el clásico río volvió a quedar como el límite natural.

Semejante estado de cosas apenas duró quince años. A la muerte del rey Felipe III, su sucesor Felipe IV, en cédula fechada el 13 de abril de 1625, ordenó la suspensión de la guerra defensiva y autorizó de nuevo la esclavitud. ¡Qué inconsecuencia en la política!

Entretanto, los chileindianos, no obstante la acción pacifista de Valdivia y la guerra defensiva de quince años, persistieron en su resistencia; pero aquí aportaremos algunos pormenores dados por González de Nájera, antes de que se operasen esas nuevas situaciones. Según este capitán, después del triunfo de Boroa, los guerreros indígenas se mostraron muy reservados. Desde los cerros se comunicaron la victoria unos a otros, mientras distraían al gobernador y trataban de desviarlo. Sembraban murtillo, frutilla y otras frutas en los

sitios más ásperos para atraerlos. Fingían desaparecer y en seguida aparecían como si hubieran brotado de debajo de la tierra. Conocían todos los recursos estratégicos y aprovechaban cualquier descuido. Tenían caballería e infantería organizadas como las de los españoles y durante los frecuentes aguaceros atacaban con furia porque sabían que las armas de fuego no serían de tanto efecto. Por armas tenían picas muy derechas que llegaban a treinta y tres palmos con los pedazos de espadas u hojas enteras; flechas que eran de dos palmos y medio de un caño que llamaban *trabas* o *colcos*, con puntas de huesillos o conchas hirientes; macanas de unos quince palmos de largo y tan gruesas como la muñeca, con una vuelta al cabo de palmo y medio que se ensanchaba, de un par de dedos de grueso, a modo de tabla y cuya vuelta formaba un codillo. Como armas defensivas usaban los coseletes, capacetes y adargas de cuero de buey. Otros coseletes eran de barba de ballena; resistían las flechas y estaban formados de tablas de la anchura de una mano, cosidas una contra otra, de manera que viniese a ceñir el cuerpo en forma de coraza. Algunos guerreros traían coletos, cotas, petos y espaldares de hierro y celadas de cresta antigua. Si antes los chileindianos presentaban blanco y ellos mismos incitaban a la batalla, en aquel entonces se hicieron más cautos y ya fué casi imposible atacarlos y vencerlos. Cuando no se juntaban daban a entender con falsa que lo hacían y cuando lo querían efectuar lo disimulaban con habilidad. Sus empresas las resolvían durante las noches de luna llena sin aparato ni estruendo ni arbolarse de banderas, sin rumor de atambores, trompetas, bandos ni ordenanzas. A una sorda señal dejaban sus casas y tierras con maravillosa prontitud, sin mandato que los hubiese inclinado y sin moverlos cebo de interés o sueldo. A veces los mensajeros mostraban como señal una cabeza de español y los jefes promotores de la guerra daban la vuelta y ponían la punta de la saeta ensangrentada hacia donde estaba el enemigo. El cronista, como curiosa anécdota, refiere que «variaba cada día el punto de desembarco, hasta que al fin pusieron en ocho sitios emboscadas y sorprendieron a los sitiados». Un día

de entrada de invierno el fuerte de Bío-Bío quedó casi anegado. Desde la parte que quedaba más distante, la caballería e infantería indígena desafiaba con bravatas. Entre tanto, en la más cercana aguardaba un batallón escondido. Viendo que los españoles salían con precaución, largaron diez caballos para ver si salían. En 1601 los guerreros chileindianos solían reunir dos, tres mil y hasta cuatro mil caballos, en tanto que los hispánicos apenas podían reunir seiscientos. Además, los potreadores, al parecer instruidos por los indios, hacían despeñar y perniquebrar los caballos o malparir a las yeguas de los soldados europeos. Tras la caza de caballos pasaban ríos correntosos de noche, con la mayor cautela, y después, arrastrándose y como si los llevasen a pastorear, aparentaban escarbar la hierba; otras veces pasaban en tropel y al descuido los arrastraban o atacaban escoltas de caballería y a caballo ellos mismos. Combatían también a caballo contra los españoles montados y al revés que ellos venían livianos, usaban fustecillos (sillas) pequeños, fabricados de madera muy leve, tan amoldados a sus caballos con sus cojines de lana que apenas pesarían seis libras. Los estribos y espuelas eran de madera, los frenos de barba de ballena o *voigue* y las riendas de cuero o *voigue*, fibra vegetal. La caballería usaba la lanza, en cuya punta había pedazos de espada. Los chileindianos no les ponían herraduras a los caballos, no obstante las fraguas y herreros que podían fabricárselas. La caballería chileindiana tenía mucha fama y su nombre había llegado hasta Coquimbo. En la guerra apenas canjeaban un principal indígena; antes de que llegasen los soldados pegaban fuego a sus casas, *rucas*, y las cosechas las enterraban y a veces dejaban como cebo algo en los sitios más expuestos para luego dejarse caer. Cada familia dábale maña para conservar su rebaño de cabras y carneros. Hoy (1602), proseguía González de Nájera, «es maravilla hallar para comer, menos para destruir, y hasta los mismos españoles venden armas a los chileindianos para atrapar alimentos y por el hambre hasta los centinelas se atreverían a cambiar objetos de hierro, acero y espadas, y los indios se dejaban hacer pedazos antes de revelar quién se

los había cambiado». Algunos soldados del Perú «llevaban escondidas debajo del agua las espadas para entregarlas a los indios y aun la pólvora de los frascos en las calabazas que los mismos les daban muy bien tapadas». González de Nájera dice que los sorprendió al darles permiso para irse a bañar a un río de Paicavi. Con las hoces con que segaban acostumbraban a cortar cabezas de caballos y de soldados y con las hachas derribaban con suma rapidez enormes árboles que tendían sobre los pasos abruptos para estorbar la marcha de la caballada. Amaban tanto sus casas, ríos, peñas, riscos, montañas y parajes que cuando se les iba a matar se revolcaban por el suelo, pidiendo fueran a hacerlo allá, donde habían nacido y vivido. Repartían bien el ataque y mantenían hachadores, retiradores de abrojos, retiradores de heridos, llevadores de cadáveres, apresadores de caballos, conductores de prisioneros, que solían amarrar de un brazo con una cuerda, y minadores que hacían hoyos debajo de los fuertes o en las entradas. Tenían repartidos los que llevaban ollas llenas de paja y estopa, en donde con palillos encendían el fuego que comunicaban a las flechas. También tenían repartidos los hachadores que arremetían contra el fuerte como si talaran un monte. Acometían gritando el nombre de sus capitanes y corrían como si nada sobre los abrojos calculadamente puestos en los sitios más buscados. Por lo demás, eran inmutables y pacientísimos en el sufrimiento. El capitán cronista observó que al cortárseles un pie o una mano, sin siquiera insinuárseles, ponían los otros y luego metían los miembros mutilados en un caldero de cebo hirviendo para cicatrizar las heridas. Observó dos casos típicos. A un verdugo torpe un indígena le quitó el machete y él mismo se cortó el pie, y otro, al escaparse, puso una hacha en mano de un compañero, se hizo cortar la mano y se la mandó con el mismo envuelta en hierba a su antiguo amo, diciéndole que buscara ahora quién sacara oro.

Si los pormenores chileindianos, entresacados de otros muchos, de González de Nájera, causan una impresión muy viva, mayor la causarán hechos de sus compatriotas que

observó de cerca y que nos harán comprender mejor el porqué de las acciones del Padre Valdivia y la guerra defensiva. Con gran valor moral, nos denunció que muchos encomenderos, hasta muy pocos años ha, avisaban el ataque de los españoles secretamente a los rebeldes, «esperanzados de que se volvieran y no los mataran». Los soldados españoles, con las espuelas, andaban calzados sobre el pie desnudo y apenas les daban para el mes cuatro celemines de trigo o de cebada, que es la cuarta parte de una fanega, y muchas veces se les daba tres y medio. Muchos se pasaban a los guerreros indígenas por hambre, por ver de irse por la cordillera o por servir a liviandamente.» Trece soldados, con un alférez, prosigue diciendo, fueron apresados al tratar de huir. El gobernador ordenó que le dieran garrote al jefe y después hizo ahorcar a los otros, aunque tres huyeron embarcados. Refiere, además, que en el segundo fuerte que tenía a su cargo los soldados se pasaban al enemigo. Del fuerte de Nacimiento huyeron diecinueve soldados y del de Imperial cuatro. Los indígenas les mostraban, para seducirlos, vasijas llenas de agua y racimos de uva que los soldados, sedientos y hambrientos como estaban, apetecían. Luego expone su parecer, que se resuelve en una acerba crítica para los españoles. Era un error fortificarse en los cuarteles, y al parapetarse tras las empalizadas se encerraban como carneros. Desestimaban grandemente la infantería y sobre todo en tierra fragosa. No habían aprendido a variar los métodos de la guerra así como los indios cambiaban los suyos, manteniendo las fronteras abiertas y los fuertes tan divididos y desterrados que enflaquecían las fuerzas. Los intérpretes o farautes, por lo general prohuautas y michimalongos, eran el brazo derecho de los gobernadores y resaltaba el interés con que lo torcían todo. Era error buscar mestizos que intercedieran para la paz. La paz y la guerra eran puestas en manos de estos intérpretes. Los gobernadores y jefes, como no sabían la lengua, resultaban engañados, y ellos enredaban, aconsejaban, dirigían y mentaban. El intérprete iba delante guiando al gobernador y a veces resultaba ser un espía chileindiano. Llevaban las tro-

pas a inútiles campearas con el propósito de atrapar indios para venderlos como esclavos, con lo cual degeneraba la autoridad y la disciplina. Con la desnudez y el hambre no podía hacerse casi nada. Después, y esto para que se repararan las faltas trascendentales, terminaba proponiendo: gobernadores experimentados, ministros soldados, españoles bien sustentados, indios amigos desagaviados, caballos, fronteras bien guarnecidas de fuertes, dinero, armas, el bastimento necesario y los indios amigos. De éstos, decía: «La de Chile será una guerra vana e inútil si no se junta una cantidad proporcionada de indios amigos.» Y para terminar, exponía: «Hay que tener el método de ofender sin ser ofendidos, como los indios; en las fronteras ocupar las entradas; para pasar los ríos deben tenerse chatas o pontones; cada fuerte debe distar de otro a lo más, siete, ocho o nueve leguas; tratando al mismo tiempo de suprimir los excesos de empleados, generalato de mar y tierra y maestros de campo y restringir la politiquería que llegaba a incubar «gobernadores que jamás gobernaron pica ni manejaron arcabuz» y reglamentar el comercio de prisioneros esclavos de guerra que en aquél entonces era un asqueroso negociado, vendiéndose públicamente por cuantos medios se podía.

No obstante situación tan angustiosa, revelada por uno de los jefes más prominentes, se dejó de la mano la guerra defensiva y se persistió en los mismos errores. Así se comprende que los españoles, envalentonados con la orden de Felipe IV, a principios de 1627, penetraran hasta Imperial, adonde no habían llegado desde el éxodo de 1602, con lo cual, de hecho, después de dieciséis años de guerra defensiva o de tregua, se reanudaron las actividades combativas. De nuevo empezaron a apresar indígenas que, siguiendo el sistema antiguo, pasaban a ser propiedad del soldado, marcándoseles y vendiéndoseles como esclavos. El nuevo gobernador, en vez de seguir el método gradual que practicó y aconsejó un militar de tanta reputación como Alonso de Rivera, instauró el sistema de las incursiones con objeto de atrapar indios que hiciesen las veces de esclavos. Los años de 1627 y 1628 se pasaron en simples correrías y apenas en

Imperial hubo un encuentro en que perecieron veintiocho españoles. Pero el 6 de febrero de 1628, los indios pusieron fuego a los galpones y empalizadas del fuerte de Nacimiento, llevándose dos pequeños cañones de bronce y todas las armas que pudieron recoger. El 15 de mayo del año siguiente, en el sitio denominado Las Cangrejas, inmediato a Yumbel, los chileindianos obtuvieron una gran victoria, matando a setenta españoles y haciendo treinta prisioneros, entre éstos a Francisco Núñez de Pineda Bascuñán, y si no hubiera sido porque el invierno arreciaba, el desastre habría resultado completo. En esa época había mil setecientos soldados en todo el frente guerrero. El 24 de enero de 1630, en el valle de Pilcolhué, que quedaba al fondo de las montañas inmediatas a Millarapué, los guerreros indígenas derrotaron al nuevo gobernador y mataron a más de cuarenta soldados y oficiales, entre ellos seis de renombre, y en la noche del 14 de marzo de 1630 atacaron de nuevo el fuerte Yumbel, pereciendo veinte españoles, quedando más de cuarenta heridos y llevándose mayor número de cautivos y enorme botín. Como contrapesando el éxito de Yumbel, los soldados europeos, el 13 de enero de 1631, en las inmediaciones de Arauco, dieron una violenta batalla, en la que perecieron 814 indígenas. Otros 580 fueron hechos prisioneros. En el Perú y en la capital del reino español, Santiago, se celebraron grandes fiestas, porque hacía más de treinta años que no se había obtenido un mediano triunfo. Hasta 1641, es decir, los diez años subsiguientes, se pasó en simples correrías. El 6 de enero de 1641 se celebró en los llanos de Quilín, a orillas del río Chol-Chol, un solemne Parlamento, acaso remedo o prolongación de los que presidió el jesuita Valdivia y que precedieron a la tregua de cinco años y a la guerra defensiva de dieciséis. Según los acuerdos, los indígenas conservarían su libertad y en adelante ya no se les podría inquietar ni reducir a la esclavitud, devolviendo ellos a su vez los cautivos y rechazando la alianza con los corsarios. El nuevo gobernador empleó todo el resto del verano en hacer efectivas las resoluciones, y el 29 de abril de 1643 el rey Felipe IV firmó en Madrid una cédula aprobando dichas paces, con

lo cual transcurrió el año de 1642 en la mayor tranquilidad. Los chileindianos dieron libertad a algunos cautivos y el nuevo gobernador, al llegar el 21 de mayo de 1646, inauguró su gestión enviando emisarios pacifistas y convocando a otro Parlamento, que se reunió en el mismo Quilín el 24 de febrero de 1647. El 24 de enero de 1651, con el arribo del tercer gobernador pacifista, se celebró también el tercer Parlamento, en Boroa. Después se implantó la costumbre que cada tres o cuatro años, con la llegada de nuevo gobernador, sistema extraño e incorregible de removerlos sistemáticamente, fuesen de rigor los Parlamentos.

Sociológicamente, la impresión de conjunto de este segundo medio siglo de actividades guerreras, confirmada por el porvenir y los hechos indígenas, es que los soldados europeos iban agotándose paulatinamente en la guerra, con lo cual el chileindiano manifestaba un mayor anhelo de reivindicación e independencia. En 1641, a los doce años de guerrear nuevamente, se acordó establecer otra paz en uno de los famosos Parlamentos. La nacionalidad indígena era tratada como potencia. Su poderío quedaba demostrado en las acciones militares de los últimos doce años, durante los cuales apenas alcanzaron los españoles el insignificante éxito de las intermediaciones de Arauco, que tanto alborozo causó en el Perú y en Santiago, y que al parecer se inclinó más al negociado de esclavos que otra cosa, que en aquél entonces adquirió los más agudos y escandalosos abusos. Los soldados europeos ya estaban agotados y presentían que no podrían vencer en definitiva a los guerreros chileindianos, como comprobaban los repetidos desastres de Yumbel y de Las Cangrejas, más allá de la frontera, quizá más allá de donde llegó Lautaro. Ya no provocaban el ataque y se requería salir fuera, ganar el límite tradicional y pasar el Bío-Bío, en donde el enemigo estaba entregado a las labores agrícolas.

Los desastres de 1629 y 1630 fueron repetición de los de 1621. En enero de este año, los indígenas, al atacar los cuarteles de Yumbel, sorprendieron y apresaron muchos caballos; en 9 de abril del mismo año de 1621, pegaron fuego al mismo fuerte de Yumbel y en menos de media hora se

quemaron más de sesenta casas de paja, mil fanegas de trigo y mucha ropa de soldados, y el 25 de mayo atacaron el fortín situado al Norte del Bío-Bío, en cuyo ataque perecieron diez europeos. El levantamiento de 1655, a pesar de los Parlamentos que se celebraban, nos revela la astucia del chileindiano frente a la escasa sinceridad de las paces. Después de más de medio siglo, desde el año 1599, no se había producido un levantamiento. El presente no se podía comparar a los cuatro o seis anteriores por grande e inusitado. Ningún otro había sido tan general; alcanzaba una extensa zona de más allá de la frontera. En la madrugada del 14 de febrero de 1655, desde el Bío-Bío hasta el Maule, irrumpió la espantosa vorágine arrasadora, abarcando también los fuertes de la costa de Valdivia, Arauco y Nacimiento, que quizá, por tácita convención, se había acordado dejar en los famosos Parlamentos, puesto que una de sus bases terminantes era que los guerreros chileindianos no pudiesen ejecutar alianzas con los corsarios. En pocas horas más de cuatrocientas grandes estancias que había entre ambos ríos fueron destruídas, valuándose las cuantiosas pérdidas en más de ocho millones. La plaza de Nacimiento fué abandonada por los soldados y sus doscientos moradores, y las de ultra Bío-Bío, al norte, hacia el mar, San Rosendo, Talcamávida y Colcun, fueron abandonadas, replegándose sus habitantes y guarniciones hacia Concepción. Los indios de Concepción desmantelaron Boroa después de un sitio de trece meses y auxiliaron a Arauco. Concepción quedó materialmente sitiada.

Semejante desastre costó a los españoles la pérdida de trescientas vidas. Un número probablemente mayor de mujeres y niños pasaron a gemir en un espantoso cautiverio. Las haciendas y estancias levantadas después de más de un siglo de penas y trabajos, fueron totalmente destruídas.

Como si el asolamiento de la región ultra bio-biana y maulina hubiera sido poco, el 14 de enero de 1657, cuando apenas en el territorio de los chileindianos los europeos estaban al sur en la isla grande de Chiloé, al centro casi de otra isla, en Valdivia, y un poco más al norte, en la playa de

Arauco, atacaron impetuosamente la plaza de Conuco, cerca de Concepción y poblada por unos doscientos españoles, que perecieron casi en su totalidad, tomaron algunos prisioneros y apenas si se salvaron unos pocos que quedaron confundidos entre los cadáveres. A los pocos días, en el sitio de Lonquen, inmediato a Yumbel, sufrieron los españoles otro pequeño desastre, y en la isla Santa María, frente a Arauco, a mediados de marzo de 1657, hicieron los indígenas veinticinco prisioneros de un buque español de socorro. En 1659 llegaron a Santiago los pobladores de Chillán, en la ultra frontera, porque la ciudad había sido destruída. En 1659 perecieron en el Maule en una irrupción quince europeos y perdieron seis prisioneros, y en las inmediaciones de Concepción, en agosto de 1660, en un encuentro, perecieron setenta soldados españoles, incluso el jefe.

Como consecuencia de tanto desastre, mayormente dolorosos por tratarse de la ultra frontera chileíndiana, el gobernador, el obispo de Concepción y la Real Audiencia informaron al Rey que la guerra defensiva podría salvar el reino, clamando por más tropa y dinero y proponiendo como frontera la ribera norte del Maule. Lo que quería decir que ni la margen opuesta del Bío-Bío, ni Concepción, ni la ultra frontera chileíndiana servían ya. Había que retroceder y ganar todavía el territorio extranjero que ocupaban los clanes promaucaes, mantenido hasta los incas, no obstante la lejanía y la falta de comunicaciones.

Por lo demás, hay que considerar que la situación de los españoles la agravaban las continuas asonadas de los corsarios y los espantosos terremotos.

Los corsarios, además de aprovechar la forma isleña y desolada de las costas australes, trataron, sin duda alguna, de aprovechar también la guerra chileíndiana. Ya en una ocasión, en Chiloé, los indígenas habían auxiliado a los corsarios para vengarse de los españoles, y debió ser tan efectiva la ayuda que los soldados, como atroz venganza, metieron en una casa a los *úlmenes* y guerreros principales y los quemaron vivos. Los corsarios imponían grandes sacrificios a los españoles y para que no se repitiera lo de Chiloé

es por lo que tal vez se pactó en los Parlamentos que no estableciesen los indios alianzas con ellos.

El 25 de mayo de 1615 fundearon frente a la isla de La Mocha, y el 28 del mismo mes en la de Santa María, frente a Concepción, los corsarios holandeses, obligando a fortificar los fuertes marítimos y a concentrar 700 soldados en Valparaíso. En 1624, nueve años después, los mismos corsarios holandeses volvieron a poner en un aprieto al reino.

Los terremotos no dejaron de obstaculizar al europeo, y a los de Concepción, en 1570, y Valdivia, en 1575, se agregó el de Santiago el 13 de mayo de 1647, por el cual quedó completamente destruída la ciudad, como asimismo el extenso radio de Santiago al Maule y de Santiago a Choapa por el Norte. La lluvia que cayó diez días después y que adquirió proporciones de temporal, causó también muchos daños en la población. Cómo sería la magnitud del desastre que la corte, después de muchas solicitudes, eximió de tributo por seis años a la ciudad de Santiago, proponiéndose, además, la reducción del censo y la supresión de la Real Audiencia. Diez años después, el 15 de mayo de 1657, Concepción quedó abrumada bajo un espantoso terremoto que se sintió con espantosa fuerza desde el río Maule al Cautín.

Para hacer frente a los corsarios y a la obra devastadora de los terremotos, aumentaron las fuerzas militares. En 1624 desembarcaron en el país en lamentable estado 85 soldados enviados de España, sobrevivientes de un naufragio en el estrecho de Magallanes, en el que perecieron más de doscientos; del Perú llegaron, en 1628, noventa en vez de cuatrocientos; el 23 de diciembre de 1629, con el nuevo gobernador llegaron del Perú a Concepción otros quinientos; en diciembre de 1636, también del Perú, cien individuos para ser soldados, y en noviembre de 1630, el gobernador, tras una leva, logró reunir ciento cincuenta soldados.

Estos refuerzos debieron ser poca cosa dada la costumbre de pasarse al enemigo o de fugarse. Fernández de Córdoba, que desconocía el estado de indisciplina general, uno de sus primeros actos al arribar a Concepción fué cortarles los dedos de la mano y remitir desterrado a Chiloé al oficial

mayor del veedor general por cohecho. No todo estaba podrido. Pero si esta actitud es merecedora de elogios, para mayor comprensión de la situación del europeo no debieron silenciarse hechos que al parecer motivaron la tragedia española. El 18 de septiembre de 1624 falleció el cuarto gobernador, Osoreo de Ulloa, a la edad de 84 años, sin contar a los dos que perecieron a manos del enemigo. En 1647, en una incursión pacífica, le sobrevino un ataque de gota al gobernador en Tucapel, y fué preciso trasladarle a Concepción, en donde murió. Respecto a este quinto mandatario, caído en deceso en plenas funciones, decía Barros Arana: «La historia carece de datos seguros para pronunciarse si en verdad la muerte de don Martín de Mújica fué por efecto de un crimen.» Y si en lo relativo a la vida de los propios gobernadores se suponían hechos graves, habría que reparar en lo que hacían ellos en el desempeño de sus funciones. Por primera vez en la historia del reino se vió que el cabildo y el pueblo de Concepción depusieron al gobernador Acuña por su mal gobierno y la codicia de sus cuñados ansiosos de esclavos, si bien la Real Audiencia lo repuso. La tragedia ganaba también a los que no eran militares y gobernantes. A mediados de 1656 se produjo una querrela entre frailes y monjas que dió origen a la intervención de la fuerza pública, con gran escándalo de todo el reino.

Semejante suceso forzosamente tenía que ser provocado, por una parte, por la excitación de los ánimos ante la marcha de la guerra, y por otra, a consecuencia de la aguda y crítica situación que originaba.

En presencia de estos hechos el sociólogo se pregunta si no había llegado la hora de abandonar la guerra y dejar tranquilo al chileindiano. Los hechos que se sucedieron van a darnos la respuesta clara y terminante. Al parecer, los militares no lo creyeron así, y a la desesperada, no obstante ir de fracaso en fracaso, persistieron inútilmente, por algún tiempo. Así, el 20 de mayo de 1667, en la región de Imperial, adonde no habían llegado hacía más de sesenta años, fundaron el fuerte de Vergen. Apenas fundado lo atacaron los chileindianos, pereciendo todos los defensores, sesenta sol-

dados y un jefe. A consecuencia de este desastre y de la llegada de los corsarios, se estableció durante cerca de cincuenta y seis años la tregua o suspensión de las hostilidades, que en 1723, a raíz del último levantamiento, se reanudaron por parte de los guerreros indígenas. Con los éxitos obtenidos, salvo una que otra asonada, como la de Purén en 16 de marzo de 1723, los chileindianos quedaron para siempre dueños de su territorio. La independencia afianzó su situación. Pero antes se celebraron en la capital del reino, en Santiago, dos importantes Paramentos, el 14 de febrero de 1760 y el 13 de febrero de 1772, en los que a los chileindianos se les trató como embajadores de una potencia y se les rindieron homenajes.

La responsabilidad de tales resultados, que parecerán increíbles, corresponden en buena parte a la desmoralización política de aquella época y a las dificultades que entrañaba actuar desde la lejanía ultraoceánica. Para que sirvan a nuestros pueblos de lección los desastres que acarrea la mala política, que empaña a veces incluso el honor de las naciones, convendría, aunque sucintamente, exponer algunas inmoralidades ya del dominio de la Historia. El 9 de abril de 1662 se dió por cédula real a fray Dionisio Cimbrón, el viejo obispo de Concepción, el encargo de constituir una junta de guerra; pero la muerte del prelado, ocurrida poco antes, dejó sin efecto el nombramiento de esta junta en beneficio exclusivo de la burocracia militar. El 23 de enero de 1664 llegó el nuevo gobernador Meneses, y al punto empezó a recibir regalos y aun solicitantes para los ascensos, las encomiendas y los puestos de administración, convirtiéndose en granjería casi todos los servicios públicos. «Para sostener aquel orden de cosas, dice Barros Arana, el gobernador necesitaba tener contenta su tropa, y estando mal pagada era necesario retribuirle de alguna manera. Los documentos de la época refieren a este respecto que Meneses dió a sus soldados la más escandalosa libertad para cometer toda clase de desacatos.» La desmoralización llegó al máximo cuando dicho gobernador, a pesar de la miseria reinante, expendió las mercaderías que llegaron a Concepción desde

el Perú como si hubiesen sido suyos. El 19 de octubre de 1667 casi fué asesinado de un pistoletazo, trabándose después un encuentro personal en el que resultó muerto el agresor. Al fin el susodicho gobernador intentó fugarse; pero se le metió en la cárcel y se le siguió juicio de residencia, lo que quiere decir que el virrey no consentía tamaña inmoralidad. El gobernador Henríquez, que llegó en 1670, adquirió una fortuna considerable mediante la venta de indios esclavos, y fué tal el clamor que se levantó, que la propia Reina intervinó, dándose generosamente la libertad a los nativos. Allá por el año 1702 el gobernador casi provocó la guerra civil al conceder muchísimos indios por dinero, y en la distribución del situado, al paso que él tomó para sí el pago de sus sueldos íntegros y apartó otras cantidades para gastos que no se consideraban indispensables, dió a los soldados y a los oficiales irrisorias cantidades a cuenta. El ejército de la frontera, que estaba fraccionado entre Yumbel y Arauco, se declaró en abierta rebelión y marchó hacia Concepción, en donde residía el gobernador. Después de serias incidencias se acordó el indulto; pero el gobernador no cumplió la palabra empeñada, y con sus esbirros penetró en la iglesia del pueblo y a viva fuerza sacó a los supuestos cabecillas y los hizo ajusticiar en garrote vil. Los cadáveres fueron colgados en la plaza de Yumbel. El Rey, como era natural, reprochó enérgicamente tales desmanes. En 1704, en un ejército formado apenas por ochocientos hombres, setecientos o más eran graduados, desde alférez hasta maestros de campo generales. Sólo por extremada pobreza se era soldado raso, y hacer el servicio de centinela era considerado una afrenta. Acontecía así porque los gobernadores habían conferido títulos militares y ascensos por su propia voluntad, separando del servicio a los oficiales que no gozaban de su favor y nombrando a otros para que pudieran gozar el sueldo sin prestar servicio efectivo. En octubre de 1714 el gobernador nombró a un hijo suyo de veintidós años gobernador de las armas del ejército real y corregidor de la ciudad de Concepción. El período gubernamental fué un escándalo, sobre todo por los negocios de contrabando con los buques franceses.

La impunidad estaba asegurada por la guerra civil que estalló en España en 1710. En 1723, un sobrino del gobernador, que ocupaba la más alta situación en el ejército de la frontera, excedió todas las inmoralesidades, sentando un precedente que sería a la larga hartó funesto. Entendiéndose con los indígenas empezó a venderles vinos y licores, especialmente aguardiente. A principios de mayo de 1770, en vista de que no se les pagaba sus sueldos, subleváronse los soldados recientemente llegados de España, haciéndose fuertes en el convento de San Francisco. Para reducirlos fué preciso abonarles parte de lo que se les adeudaba.

A estas inmoralidades gubernamentales agréguese la situación económica fiscal y la acción destructora y obstaculizadora de los terremotos. Por los protohistorialistas se sabe que el virreinato de Perú, asediado por la corte, casi no tenía con qué mandar el situado anual, y se pasaron largos períodos sin enviarlo. A principios de 1695 llegó el situado cuando se llevaba un atraso de cinco años. A consecuencia de esta anomalía las tropas pasaban una miseria espantosa, y a veces se alimentaban y vestían por la fuerza, saqueando a los encomenderos con la promesa de pagar en cuanto se cumpliera con ellos; pero casi nunca podían hacerlo. Muchos hacendados, como es natural, con tanta sangre no tenían ni para comprar semilla. En 1723, el situado ascendía a cien mil pesos sólo para el ejército de Concepción, y otros cincuenta mil para el de Valdivia, cantidades que llegaban la mitad en ropa y la mitad en dinero. Cuando se piensa en aquella situación del reino, nuestra imaginación nos lleva a nuestras antiguas colonias criminales americanas, donde se registraban escándalos casi iguales.

El 23 de mayo de 1751 se produjo un tremendo terremoto que causó algunos perjuicios en Santiago y en Concepción, aparte de un fuerte temporal de lluvia, la salida de mar, casi un maremoto que apenas respetó unos trozos de la muralla empinada en los cerrros. Desde entonces la ciudad fué cambiada desde el puerto al sitio que ocupa en la actualidad. Veintidós años antes, el 8 de julio de 1730, se había desatado otro violento terremoto que produjo daños de consideración

en todo el reino, y cuya intensidad llegó hasta el fuerte de Valdivia, en donde también causó daños.

Dada la penosa y aguda crisis de la política gubernamental militar del reino, finalmente, cuando ya era demasiado tarde, se inauguraron obras que producirían excelentes resultados. En el campo de Longuino, inmediato a Laja, en el Parlamento que se celebró el 3 de enero de 1784, se establecieron las ferias periódicas al norte del Bío-Bío, en donde los chileindianos concurrían gozosos a comerciar; en 1795, el gobernador Ambrosio O'Higgins llegó a Osorno con un grupo de familias, a las que les repartió lotes y semillas y les prohibió enajenar, dictando prescripciones para que no se abusara de los nativos. Los chileindianos, como es natural, al no obligárseles a nada y consultárseles en Parlamento para que facilitasen la radicación de familias agrícolas, no pudieron decir que no, con lo cual, después de casi dos siglos que no habían vuelto a pisarla, desde la destrucción de 1602, se pudo refundar Osorno, superviviendo a la independencia y floreciendo hasta ahora.

Estos dos hechos, sociológicamente, demuestran que de haber sido abandonada antes la antigua y desmoralizada política militarista, se hubiera podido llegar a la anhelada conciliación, si bien no todos los gobernadores observaron la misma conducta de exacciones y depredaciones que, en realidad, fué lo que más excitó a los chileindianos durante los dos siglos de guerra.

Es necesario que no se olviden semejantes lecciones, para que la evolución de los pueblos no resulte obstaculizada o deprimida por los menguados intereses privados o de clase.

El desenvolvimiento colonial del reino de Chile

Si en la conquista de América hubo una región, capitania, virreinato o reino, profundamente demarcado por los factores físicos, fué, en forma predominante, Chile.

El extenso desierto por el norte, la inmensa cordillera por un costado y el mar por el otro, tuvieron que estrechar la inconmensurable faja territorial que se extendía entre la montaña y el mar, y al no tener por dónde hacerlo con facilidad, se prolongó hacia el sur, hacia la tenebrosa región chileindiana.

Fué tan fuerte esa especie de engarzamiento físico, que no sólo cohesionó a los descubridores y pobladores, sino a las razas indígenas que poblaban el territorio: los changos al norte, los michimalongos al centro y los promaucaes al sur, sin contar los de la zona austral, y pronto resultaron estrechados sin escapatoria alguna y rápidamente asimilados.

Si no hubiera mediado la cordillera, el desierto y el mar, habría sido distinta la fisonomía del reino de Chile. De haber estado encajonado como Méjico o el Perú, por ejemplo, la facilidad de expansión le habría aportado medios para disgregarse y la colonización hubiera sido más fácil. Pero si no estuvo encajonado, como los otros, por distintos pueblos, con los que se alternaba e intercambiaba, al menos tuvo el peor encajonamiento, el de la naturaleza física, que lo obligaba a vivir a sus solas expensas.

Si el descubridor, poblador o colono miraba hacia el norte, hacia el virreinato del Perú, instantáneamente veía alzarse el pavoroso desierto de Atacama, que no pudo atra-

vesar sino bordear por las tremendas moles andinas. Si lo hacía por la cordillera, se le representaría ésta como un inaccesible contrafuerte, y si hacía el mar, los peligros de la navegación.

En tal caso, a la colonia no le restaba otra cosa que mirar hacia el sur, a la zona austral, a la región guerrera, y se podría decir, por lo que se deduce de los hechos de la época, que la guerra contra el chileindiano fué un forzado apéndice geográfico, al menos en ciertas circunstancias. Tan efectivo es ello, que a medida que se desenvolvía y crecía la colonización española en América, el reino de Chile también fué creciendo y acercándose a los virreinos del Perú y de la Plata, y por intermedio de ellos a las otras colonias y a la misma Europa, y de resultas de tan profunda transformación la guerra fué aflojando cada día más. Hasta se podría decir que a medida que declina la guerra se desenvuelve y crece la colonia de ultra Bío-Bío hacia el desierto. Tan extraño ritmo se deduce hasta de la propia historia. Así, después de medio siglo, a excepción casi de los soldados, había en 1600 en el reino de Chile 2,000 españoles repartidos en diez aldeas modestísimas. Santiago, la capital, tenía apenas 500 habitantes; pero Concepción, por ser un campamento militar, tenía más. En cambio, un siglo o siglo y medio más tarde de empezada la guerra, había entre españoles y mestizos 80,000, y al alborear el año 1800, transcurridos dos siglos y medio de la guerra clásica, 500,000. Un dato muy revelador es que después de las actividades pacifistas del padre jesuita Valdivia, de la guerra defensiva y casi del abandono de la guerra, el reino tenía en 1740 una población de 120,000 almas entre españoles y mestizos, y sesenta años después, cuando se celebraban los tradicionales Parlamentos y se hacía efectiva la suspensión de la guerra, la población pasó de 120,000 a medio millón, en poco menos de medio siglo.

Estos hechos tan trascendentales, patentizados y confirmados por la historia, ¿a qué se debieron? Ya hemos inducido el desenvolvimiento y crecimiento colonizador que arrastró al reino de Chile. En 1700 el comercio llevaba una

vida lánguida por las trabas que se le imponía. Se hacía poco caso del cobre y apenas se sacaba para los usos de la guerra; la explotación de la plata se hacía en modesta escala, y el cebo, el cáñamo y el trigo, que era lo que más se exportaba, nunca importaban arriba de cuatro o cinco centenares de miles de pesos por año. Pero un siglo después, el comercio con Perú y Buenos Aires representaba un valor anual de más de un millón de pesos y a España se enviaba cobre en barras, oro y plata amonedados y algunos artículos de exportación reducida, como el *culen* y la *cachanlahuen*. La plata que se extraía de las minas representaba más del doble de los derechos fiscales, que fluctuaban alrededor de 300,000 pesos.

Claro está que con el desenvolvimiento y crecimiento colonizador español colonial americano, que permitió al reino comerciar en gran escala con Buenos Aires, Lima y España, coexistió también la suspensión de la guerra. Los ánimos debían haberse inclinado a ello ante las perspectivas económicas que resarcían a las colonias limítrofes de tantos reveses guerreros.

La guerra chileindiana debió ser algo tan supremamente terrible que para imaginarlo basta examinar los graduales aumentos en la cifra de población apenas establecida la paz. El ritmo demográfico es el mejor índice sociológico.

La guerra, sobre todo en el primer medio siglo, bastante en el segundo y menos en el tercero, condicionó grandemente la existencia del reino, haciéndola más lánguida y estrecha. Que después de medio siglo de colonia, en 1600, se llegase apenas a dos mil almas, no deja de ser, en realidad, cruelmente espantoso, cuando hubo veces en que sólo un ejército, como el que trajo Hurtado de Mendoza en 1557, sumaba casi la mitad.

Es que el infierno de la guerra absorbía a los seres e infundía por doquier la más tremenda desolación. Las familias apenas se constituían porque los hombres tenían que ir al combate, y las contadas madres, en las aflicciones, angustias y miserias por que pasaban, bien poca cosa podrían hacer. Como en aquellas obscuras épocas no se llevaba estadísticas

sanitarias, nos faltan datos para saber los estragos de la tuberculosis, de la anemia, del raquitismo que condicionarían la más espantable mortalidad infantil; pero tenemos dos inducciones que nos harán evocar todo el lúgubre pasado. Las fiebres y pestes que cundían cada otoño y que llegaron a ocasionar terribles estragos, bastaban para un completo agotamiento fisiológico. El contagio, las penurias y los quebrantos en manera alguna pudieron ser ajenos al michirralongo, a los clanes del centro del reino, y por ello se induce que de 60,000 que eran cuando los españoles se aposentaron en el río Mapocho, medio siglo después, en 1606, apenas restaban cuatro mil.

La guerra no sólo mataba y destruía de cerca, en el combate, sino también a grandes distancias. Cuando se repara en lo que dice la historia que desde Bío-Bío al desierto de Atacama, en todo lo que era el reino de Chile, que por fatalidades geográficas tuvo que hacer frente a la guerra, después de dos siglos y medio, en 1800, casi ya no quedaban indios, con infinita tristeza se advierten las monstruosas consecuencias de la larga tragedia austral.

La guerra chileíndiana no sólo se había tragado un par de miles de vidas españolas y miles de indígenas de ultra Bío-Bío, sino que condicionó y apresuró la desaparición de las hordas y clanes del norte y centro del país. En el sur del país las lluvias tremendas arrastraron mares de sangre humana.

El reino y la colonia de la retaguardia, especie de plataforma natural del guerrero europeo, empiezan a transformarse al cesar la guerra y a cobrar mayor desenvolvimiento social. La gente huía de los campamentos para reconcentrarse en ciudades, campos o haciendas. Ello era natural; mientras se hubiese persistido en la guerra, la industria, el comercio, la cultura y la organización social, el alma de la ciudad y de la nación civilizada no hubieran evolucionado y a la larga habría sobrevenido el consiguiente agotamiento.

Pero aunque tarde, por la interdependencia comercial e industrial colonial hispanoamericana, y también por el natural cansancio, se produjo el cambio y la guerra fué abando-

nada. Con ello acaso perdieron los militares, pero la causa de la civilización, tan gloriosamente sostenida por España, triunfó. La paz le permitió darle mayor amplitud a la colonia y más esplendor al reino que se alzaba ultra el Bío-Bío.

Fortalecidos por la seguridad y la tranquilidad que brindaba la paz, los colonos fueron a trabajar la tierra, a hacerla producir y a fundamentar la familia humana, base de toda nacionalidad. Es cierto que la seguridad y la tranquilidad eran el precio de dolorosísimas experiencias y que, al revés que en la mayoría de las colonias, tenía que empezarse a trabajar sin encomiendas, porque la guerra se había tragado al indio amigo o auxiliar.

Mediante el tranquilo y reposado trabajo de la tierra y de la mina, abandonado por las zozobras de la guerra, se pudo llegar a crear una industria y a sostener con el extranjero un comercio que bordeaba el millón de pesos. Gracias a la agricultura, que demandaba la ayuda de la mujer, pudo consolidarse la familia, y con ella, en sesenta años, obtener el resultado maravilloso de cuadruplicar casi la población.

Pero hay que convenir en que si la guerra resultó fatal y desastrosa para el auge de la colonia del reino de Chile, en los primeros instantes, infundió también condiciones morales que a la larga resultaron beneficiosas.

La colonia se había estado formando y constituyendo en la escuela dolorosa, pero fecunda, del sacrificio, que forzosamente tuvo que aportar el ejemplo vivo de lo que más vale en la vida: la lucha, el esfuerzo, la energía y la acción. En cierto modo, por un extraño designio, la colonia repetía el mismo esfuerzo que hizo el chileíndiano prehistórico al reaccionar contra el medio hostil y al sobreponerse a la naturaleza. Era ésta la mejor manera de echar las bases de un país que había de ser grande por su tradición.

Esa misma colonia que por una implacable y atroz selección de la guerra había liquidado al indígena de los alrededores, se levantaba casi por su propio esfuerzo y mantuvo la unidad biológica y la unidad racial, y ello, sociológicamente, explica un hecho maravilloso, casi único en el continente.

Más dueña de sí y más recogida en sus propios esfuerzos, la colonia, ajena al mestizaje, no cayó en el hibridismo y le resultó fácil apresurar la evolución moral, sobre todo porque no había intereses encontrados y no se corría el peligro de regresiones, taras y atavismos perturbadores. Este hecho explica biopsicológicamente que la colonia tomase, al cesar la guerra, un vuelo impresentido y que, no obstante la rapidez e improvisación, que pudieron reportar el atolondramiento y la confusión, viviese siempre tranquila, no registrándose jamás un crimen político.

La disciplina social, la fuerza moral, extinguieron los resabios de la guerra, el robo, el crimen, el bandidaje y la vagancia. El sufrimiento pasado permitió afrontar el presente, y los españoles, en vez de persistir en la conquista del chile-indiano, lanzáronse a la de la tierra, más beneficiosa para la humanidad. Y así surgió una grande y poderosa nación.

Si en la conquista de América hubo realmente una colonia y nacionalidad predominantemente de sangre y esfuerzo españoles, esa fué Chile, y cosa rara, si hubieran triunfado en la guerra no habría sido así, porque el indígena, como en otras regiones, por la fuerza de las cosas hubiérase incorporado a la vida civilizada superior con la consiguiente mezcla de razas.

Apartados del indio, la lucha y el trabajo cohesionaron moralmente a los españoles del reino de Chile e hicieron que cada cual confiase en su propio esfuerzo, con lo cual el reino tuvo seres emprendedores y esforzados, amantes del orden, en ningún caso asonadores y acuadrilladores, creando con su ejemplo una tradición admirable.

Para el desenvolvimiento sociológico de América importó más este hecho, que mantenía las virtudes de la raza española en toda su pureza, que ganar la guerra; al contrario, la heroica resistencia chileindiana contribuyó a crear héroes, mártires y luchadores españoles que a la larga, en la evocación y en el recuerdo, tuvieron que gravitar sobre el futuro para ejemplo de los colonos, estimulándolos y fortaleciéndolos en el sacrificio y en la privación.

La guerra austral, moralmente, condicionó a la colonia, y

desde un principio se induce, y se comprueba por multitud de hechos, que estuvo expuesta al flujo y reflujo de las operaciones, aportando a cada momento hombres, dinero, armas, animales y cosechas. Ninguna otra colonia española resultó más sacrificada ni sufrió tantas privaciones.

Si para los indígenas de ultra Bío-Bío, al norte, la guerra fué la casi total liquidación de su raza, para el europeo fué una violenta selección moral. Ya hemos dado algunas cifras y expuesto las causas que motivaron el fin de las hordas y clanes changos, michimalongos y promaucaes, lo que no puede parecer extraño cuando se sabe que los conquistadores españoles echaban mano de miles de tales auxiliares que, por no ignorar la escasez de recursos del territorio chile-indiano, estaban obligados a llevar consigo «una gran máquina de caballos, ganado y bagaje». González de Nájera decía medio siglo después de empezada la guerra: «Los indios auxiliares sustentan en la guerra nuestros caballos, son los que fabrican nuestros fuertes y barracas y los que atrincheran y fortalecen nuestros cuarteles. Son seguros y diligentes mensajeros para despachar cartas por tierras peligrosas en caso de avisos importantes. Pasan a nado caudalosos ríos, llevándolas levantadas en alto con la mano o palo hendido. Son los más capitales enemigos que tienen los indios rebeldes o de guerra y de quienes reciben los mismos rebeldes mayores ofensas, además de ser con ellos cruélsimos, porque como ladrones de casa saben la tierra y dónde los han de hallar. Son sueltos y diestros en andar por los montes como criados en ellos, adonde siguen y dan alcance a los contrarios, mejor que nuestros españoles, para los cuales son diestros y seguros guías en sus correrías y trasnochadas. Abren paso con hachas a nuestro campo, haciendo camino en el cerrado bosque. Son fieles centinelas y atalayas en las emboscadas que hacen nuestros españoles y en las que ellos ponen son muy sufridos y cuidadosos. No hay langosta, tempestad, ni el mismo fuego que así destruya y abrase las mieses y casas de los enemigos cuanto lo son ellos cuando marchan por sus tierras y en suma pelean con valor hasta morir por los nuestros. Todos estos oficios hacen nuestros

amigos en nuestra ayuda y favor, especialmente si no se les hacen agravios de nuestra parte.»

¡Pobrecitos changos, michimalongos y promaucaes! ¡Cómo no iban a ser liquidados si en su inocencia e ingenuidad salvajes no se dieron cuenta del propio mal que se hacían con su derroche de entusiasmo!

Esta ayuda hizo que los primeros combates de Lagunillas, Andalién, Millarapué, Quiapo y Cañete costaran miles de vidas chileindianas, mientras era escaso el número de bajas españolas. Pero, con todo, el conquistador perdió en Chileindia cerca de dos mil hombres, casi el triple de los que había costado la conquista de América.

Al empezar la era de paz y de trabajo, los españoles comprendieron, tras las pesadumbres soportadas durante muchos años, la utilidad del cambio de rumbo, deponiendo los prejuicios de su educación feudal y abrazando el arado y la azada para la siembra fecunda.

Sociológicamente, la guerra despertó las energías humanas y predispuso la voluntad para condicionar el cultivo de la tierra. Sin ella habría sido casi imposible la adaptación a un suelo inclemente, porque exigía el alimento de los soldados y el ganado. Las necesidades del ejército vencieron dificultades enormes, insuperables casi, en un terreno montañoso y harto expuesto a las inclemencias de la naturaleza. Las variaciones atmosféricas motivaban grandes heladas, terribles aluviones, espantosos temporales, copiosísimas lluvias, y con primitivos y deficientes elementos de labranza, escasez de bueyes y sobre todo de caballos, cuando no se los requisaba para la guerra, el cultivo no resultaría muy fácil. Para llegar a los cerros, colinas y quebradas eran necesarios caminos que no había y materiales imposibles de conseguir, dinero y conocimientos de cultivo poco usuales y que no podían improvisarse de la noche a la mañana. Además, si se tiene en cuenta el misonéismo y la escasa afición a las innovaciones de los colonos de aquella época, se adivinará la suma de tenacidad que las circunstancias requerían.

Por la montuosidad del reino de Chile, era insignificante la parte del territorio que podía ser dedicada a la agricultu-

ra. En todos los dominios españoles de América no podía haber territorio que exigiese mayores esfuerzos para su cultivo ni clima más inclemente, por lo que la producción agrícola fué casi nula en comparación con la del Trópico. El colono español tuvo que crear la agricultura, por cuanto no podían constituirlos los escasos productos indígenas, la papa, el maíz, la murtilla y la frutilla. En el Trópico, dada la fertilidad del terreno, era grande la variedad de productos y hasta había especies de gallinas y pavos completamente desconocidas en la zona meridional.

A excepción de la papa y del maíz y de alguna que otra fruta, todo fué nuevo y preadaptado por la tenaz y laboriosísima colonia española. En la ganadería tuvieron que introducirlo y preadaptarlo todo, ya que el *chillihuague* y la *vi-cuña* estaban confinados en las montañas chileindianas.

El patrón y el labriego debieron haberse aferrado a la tierra con muda resignación, sometiéndose a sus imperiosos mandatos, cual si se tratase de una madrastra cruel. La tierra no podía ser abandonada un instante porque se corría el riesgo de perder el fruto del trabajo y de no recuperarlo fácilmente, máxime cuando, al revés del Trópico, se producía poco y se consumía demasiado por el excesivo desgaste fisiológico que imponían los crudos inviernos.

Semejante condicionamiento de la existencia colonial era natural que predispusiese la mansedumbre, la ocupación maquina, la superstición del suelo, la autosugestión del terreno, y de ahí se derivó la jerarquía agrícola, ya predis puesta por la jerarquización guerrera secular ambiente, puesto que cualquiera que recorra los archivos del primer siglo y medio de la colonia, se sorprenderá al ver que el español casi no tuvo otra ocupación que la guerra austral.

Las necesidades económicas tuvieron que predisponer la jerarquización, y aunque resultasen transmutaciones de las militares y religiosas, la falta de industria, el escaso comercio exterior, la vida demasiado patriarcal que todavía no había desenvuelto y logrado crear en firme la división del trabajo y las profesiones, tuvieron que ayudar a predisponerlas.

La jerarquía agrícola, que se acrecentó por causas ajenas

a la voluntad del hombre, por la necesidad de concentrar en una mano la mayor suma de elementos dadas las dificultades del terreno y también por el individualismo acentuado por la guerra, fué uniéndose insensiblemente a la casta militar y a la clase sacerdotal. Esta alianza acabó haciendo más fuerte la jerarquía, que fué en parte como fruto de una selección, el triunfo de los mejor dotados.

Pero hubo un momento, particularmente en los albores de la independencia, en que el terrateniente fué fatal para la colonia, tanto como los militares lo habían sido para la sociedad austral. Labriegos y terratenientes acabaron distancándose con la creación de los privilegios. Así como la posesión de la tierra ha originado en todas partes y en todos los tiempos sangrientas luchas, en la sociedad chilena la propiedad territorial fué como el resultado natural de un hondo proceso sociológico.

Viviendo en un estado de guerra permanente, el terrateniente tuvo que ser militar y ejercer el gobierno y a la larga acaparó también los poderes de la Iglesia, que llegó a representar la mayor suma de poder en definitiva merced a la mucha duración de la guerra, que obligaba al militar a trasladarse al campo de batalla y a la autoridad civil a ocuparse activamente de los graves asuntos de la administración. Además, la Iglesia convivía con la colonia agobiada por quebrantos y sinsabores que la religión trataba de remediar consolando a las almas afligidas y su poder llegó a ser incontrastable cuando los hombres de mayor figuración abrazaron el sacerdocio para huir de la vida del campamento. La Iglesia tenía la ventaja de ser una institución local, en tanto que los militares lo mismo venían que se marchaban y su reclutamiento era ajeno en absoluto al ejército de España, que jamás llegó en calidad de tal a tierras de América.

Y como los bienes que la guerra aventaba, tanto de militares como de civiles, pasaban a la Iglesia a falta de deudos, la clerecía reunió incalculables riquezas, que contribuyeron eficazmente a la obra de reorganización del país, a la misión caritativa que la Iglesia se había impuesto.

Era necesario que el poder se centralizase para hacer

frente a los cataclismos que se sucedían y que pesaban casi en su totalidad sobre el pobre colono, y lo asumió el sacerdote por su gran ascendencia moral y social. Investido de carácter divino por los sencillos feligreses, acabó sobreponiéndose al mismo terrateniente colonial. Y surgió el terrateniente sacerdotal, que fué positivamente un factor cohesionador porque por su ministerio religioso reunía en torno suyo a las almas.

La Iglesia, al tener en su mano casi toda la tierra, centralizó la organización económica necesaria para vencer las dificultades de un agro indomable, lo que tal vez no hubiese hecho otro poder en aquellas circunstancias. Esto sirvió de mucho, y aunque es cierto que el sacerdote se hizo prepotente, el labriego pudo al fin ver satisfechas casi por completo sus necesidades, cosa que hasta entonces había logrado harto medianamente.

La protohistoria nos informa del poder terrícola de la Iglesia; las cifras nos ayudarán a conocer mejor el problema. «Los conventos de Santo Domingo, San Agustín, la Merced y la Compañía de Jesús — escribía el obispo de Santiago, — se van apoderando de muchas tierras que heredan y compran, y no solamente ellos no quieren pagar diezmos, mas defienden a los colonos, a quienes las alquilan para que no los paguen y ellos los cobran. A este paso, en poco tiempo más, sería toda la tierra de estas religiones, si V. M. no pone el remedio que conviene.» «Los jesuítas, sobre todo — agregaba Barros Arana, a los pocos años de su arribo a Chile, — tenían extensas y valiosas estancias y seguían procurándose muchas otras hasta constituir, un siglo más tarde, una riqueza verdaderamente prodigiosa.» En 1767 los jesuítas tenían, aparte de las propiedades urbanas, casas y conventos, más de cincuenta haciendas, algunas de una extensión muy considerable y casi todas ellas las más ricas y productivas del reino. Poseían, además, una abundante provisión de instrumentos de labranza, muchísimo ganado y más de mil doscientos esclavos que en esa época representaban un capital enorme. En Santiago y otras ciudades tenían casas y almacenes cuyos arriendos y entradas, en conjunto, resultaban crecidos.

Claro que con el correr del tiempo y el desenvolvimiento

de la colonia, y sobre todo con la cesación de la guerra, las clases civiles, inspiradas en el edificante ejemplo del clero terrateniente, no tardaron en convertirse en terratenientes ellas mismas, y con ello la jerarquía de la tierra ya no fué solamente sacerdotal. Después, con la explotación de las minas, que paulatinamente se irían desenvolviendo a la par que la industria y el comercio, contrapesaron un tanto el poder eclesiástico; pero su influencia incontrastable sobrevivió a la independencia y se reflejó hasta nuestros días, sobre todo en la parte central del país, antigua sede de los latifundios coloniales.

Aunque así sucediera y suceda todavía, sociológicamente la jerarquía de la tierra, unida a la militar y a la sacerdotal, que en ocasiones han gobernado el mundo, tuvo que resultar muy beneficiosa para la formación y constitución moral y política de la colonia o del reino, puesto que a falta de tradición y de educación refleja, ningún sometimiento social más constructivo que el de la tierra, pues al jerarquizarse su explotación y producción, disciplinó, sin duda alguna, a la inmensa mayoría de los labriegos.

La jerarquía territorial que de manera predominante se asentó en lo que fué colonia, más predispuesta por la larga guerra que por otra cosa, resultó un valor inapreciable, como la militar y sacerdotal en el desenvolvimiento del reino, dada la penuria ocasionada por los chileindianos, que en más de una ocasión estuvieron a punto de abatirla por completo. La jerarquía militar culminó en la guerra y la sacerdotal en el imperio de las almas, necesitadas de consuelo espiritual y obligadas a procurarse su sustento material sin el que no es posible la vida.

El único medio de obtenerlo lo ofrecía la agricultura, la explotación de la tierra, y el esfuerzo que se requirió para ello resultó altamente educador. Atender a las necesidades fisiológicas exigió un trabajo mental intenso, y los colonos se instruían sin libros, sin profesores y sin escuelas. Saber que el trabajo requería el orden, la organización, la puntualidad y una previsión vigilante, era ya una forma de disciplinar la mente. Esta preparación no tardó en dar paso a ideas más

hondas. La laboriosidad engendraba la fortaleza de las almas e infundía hábitos de disciplina social. El labriego respetaba al patrón, dueño de la tierra; pero se sentía cada vez más hombre, más libre, menos rebañiego. La personalidad del español se acentuaba a la par que el mestizo iba adquiriendo ideas de dignificación individual, apartándole de inclinaciones viciosas.

Más metódico el colono, con honda raigambre moral y con elementos psicológicos de asociación definida adquiridos en la lucha con la tierra y en el esfuerzo heroico para conquistar el sustento de la familia, parece natural que el alma colectiva así forjada resultase la más apropiada para el mejor desenvolvimiento político, institucional y social. Resultado de semejante proceso sociológico fué la colonia fuerte, pacífica, ordenada y organizadora, como ninguna otra acaso en el continente, no obstante la brega sobreponedora contra el medio físico, el espejismo de la guerra fracasada y desastrosa y la escasa interdependencia por el aislamiento y lejanía del reino. Dicho proceso se transparenta, además, en toda la historia colonial chilena, la más esforzada y a su manera la más tranquila, sin ningún crimen político ni ninguna revolución, a pesar de que, al principio sobre todo, la guerra pudo exacerbar las pasiones disociadoras. Haber alcanzado en la colonia semejante perfeccionamiento social es obra por demás meritoria y haber conseguido que la colonia que nació guerrera resultase después la más amante de la paz, el orden, el trabajo y la acción laboriosa y productora, refundida y solidarizada en la jerarquización de la tierra, revela, en realidad, una maravillosa evolución social.

Los resultados de la misma traspasarían la colonia y a la larga tuvieron que formar una tradición moral educativa. El pueblo colonial no pudo más que dedicarse a trabajar, a organizarse en la lucha sobreponedora contra la tierra, en contraposición a otros pueblos coloniales donde, sin haberse hecho manifiesta la jerarquía de la tierra por la abundancia y variedad de frutos y por la gran fertilidad del suelo, la mayoría de sus hombres vivieron una vida fácil y muelle, desocupado el brazo y vacía el alma, con lo cual fomentaron

el vagabundaje y pasaron a ser presa de las asonadas y convulsiones internas.

En realidad, en el coloniaje americano las revueltas y las revoluciones fueron posibles por la existencia de una inmensa masa analfabeta y porque los medios de subsistencia al alcance de la mano no hacían mirar por el mañana ni preocuparse por el trabajo. La naturaleza era demasiado generosa para que a cada pájaro le faltase su grano. Desocupado el brazo y vacía el alma, los individuos se consideraron al margen de la sociedad o se asemejaron a los rebaños, siempre dispuestos a seguir las inclinaciones de la vida baja y ociosa. Y la falta de ocupación trajo consigo otros males que con el correr del tiempo llegarían a ser fatales. Los colonos, lejos de España, substraídos a su fiscalización y a la observancia de las leyes, pensando que con la misma facilidad con que habían conquistado la tierra podían conquistar el mando, anhelo que siempre se transparenta en los entrometidos, como no habían trabajado nunca ni tenían nada que perder, se lanzaron al despojo, que encubrieron con la revolución y la asonada.

En este hondo proceso sociológico existe la excepción de la colonia chilena, desenvuelta paralelamente a la jerarquización de la tierra; y con el contraste resalta mejor el profundo condicionamiento.

En la sociedad chilena no se cometió el despojo del indio porque éste abandonó el cultivo de la tierra obligado por la guerra larguísima, interminable, atroz. Por lo demás, allí no se comía si no se trabajaba la tierra, y esta necesidad no dejaba tiempo para pensar en el mando ni en revoluciones. Así se desarrolló la vida agrícola colonial, que dió el fruto social del terrateniente, que más tarde se transformó en plutócrata.

El aristócrata adinerado colonial fué un producto del individualismo forjado por la guerra, que tendía a toda clase de jerarquías.

De ahí que en los albores de la independencia alentase una poderosa aristocracia plutocrática que haría sentir su influencia hasta los tiempos de la República.

El idealismo de la civilización española en la guerra de conquista chileindiana

La guerra secular contra la nacionalidad chileindiana vestigia el idealismo civilizador de la conquista y de la colonización americana.

Empezó después de consumada la conquista de casi todo el continente y cuando ya estaba muy adelantada la colonización, que había realizado más de lo que podía esperarse de cualquiera civilización determinada y logrado superar, en las condiciones más deprimentes de guerras y convulsiones internas, todos los antiguos esfuerzos de evolución social universal.

La conquista y colonización de América labraron la gloria de España, que al dar un Nuevo Mundo a la Humanidad realizó la obra civilizadora más profunda que haya conocido la Historia.

Con sobra de motivos pudo España dedicarse a vegetar y a vivir después de su primer grande impulso, tal como hizo Inglaterra, no tratando de extender la conquista y colonización de América más allá de lo que podía exigir el egoísmo político contemporáneo. Con razón y justicia nadie puede hacerle el menor reparo, ya que por encima de las logrerías de los gobiernos y de las trapacerías de los políticos, incorporó nuevas energías al mundo, llegando hasta donde posiblemente no había llegado nadie con propósito civilizador, hasta el desolado y abandonado Polo Sur, por medio de sus hijos más enérgicos y emprendedores.

Si España hubiese tenido el mezquino propósito, operada la conquista, de sacarles el jugo a las colonias, como se

advierte en la antigua y medioeval historia conquistadora, no habría tenido por qué extenderse tanto ni por qué gastar tanta energía.

Ahora mismo, en las Antillas, en la Honduras Británica (Corozal y Belice) y en las colonias holandesas de las inmediaciones del Brasil y Venezuela, el sociólogo observa con espanto que ya no se trata de colonizar, sino de descolonizar para implantar la inferioridad humana de la africanización manumitida mediante el bracero negro, que se contenta con lo que le dan, convirtiendo dichas regiones en simples factorías.

Estos hechos, que constituyen un atentado contra la Humanidad y un peligro muy próximo para nuestra América, evidencian que en pleno siglo XX, a pesar de todos los adelantos culturales y científicos, naciones poderosas, conglomerados sajones, se muestran más atrasadas y más perversas que la España conquistadora y colonizadora, la nación más reformista y liberal de su tiempo.

Con torpe ligereza se ha acusado a la civilización descubridora, conquistadora y colonizadora americana de explotadora, a ella, que mezcló su sangre y su espíritu y no se dedicó a diezmar al indígena. Para convencerse de ello basta con observar lo que a vista de todos los hispanoamericanos está haciendo el capitalismo yanqui para desplazar al hijo del país, tanto en las Antillas, en Barbados y en Belice como en Panamá, introduciendo el esclavo negro, para con menor costo y riesgo hacer su negocio, estrangular a los pueblos, aunque después de sacar pingües ganancias acuse a los mismos pueblos expoliados de degeneración social. Hay que reparar, además, en que ya no se trata de un indio, sino de un connacional, de un civilizado superior, a la altura de los hijos de cualquiera otra nación.

Las logrerías imperialistas modernas se extienden desde las Antillas a Panamá y Centro América, y ellas santifican la obra de España, que si cometió abusos fueron producto de la incultura de los tiempos, inevitables, además, en toda empresa humana. Las mismas conquistas de Grecia y Roma, las naciones civilizadoras por excelencia, dejaban un triste

cortejo de expoliaciones; pero no por eso renunciaban a sembrar los beneficios de la civilización. Pero, ¿qué va quedando detrás de la infiltración yanqui de nuestros días? La africanización de las Antillas, el vasallaje de Panamá y de la costa atlántica centroamericana, las revoluciones de Méjico, la invasión de Nicaragua, manifestación genuina del absolutismo capitalista que en su desenfreno siembra males por doquier.

Pero España nunca hizo lo que se está haciendo ahora, arrasar pueblos por el vil materialismo, por las más bajas pasiones, porque de haber procedido así no existirían las actuales repúblicas, a las que los procedimientos del civilizado siglo XX quieren convertir en simples factorías.

España pudo, terminada la conquista, dedicarse a extraer un provecho que le era necesario después de tanto sacrificio hecho a pesar de que la nación necesitaba los recursos dedicados a la gran empresa ultramarina; y en vez de hacerlo así empleó sus energías en la guerra chileíndiana, a la que otra nación hubiera renunciado al ver que no le convenía, máxime cuando abandonar a su suerte a la sociedad tribal austral no hubiera rebajado en lo más mínimo el alto nivel alcanzado al conquistar un Nuevo Mundo, hecho que nadie podía superar. Y mantuvo la lucha durante siglo y medio en condiciones angustiosas.

Ejemplo semejante no muestra afanes voraces ni logrerías imperialistas. Una nación que tenía en sus manos todo un mundo pletórico de posibilidades, no iba a inmovilizarse por ningún interés menguado en una guerra espantosa. Aquella fué una guerra idealista, puesto que el chileíndiano no poseía oro y plata o en tan escasa cantidad que no valía la pena realizar tamaño esfuerzo. Toda la historia de España responde a esta tradición ideal, hidalga y caballeresca. Si hubo abusos fueron culpables los capitanes y gobernadores, no la nación española.

La guerra de conquista chileíndiana, si por un lado no dió los resultados apetecidos, por otro concurrió a traspasar la colonia, el reino, que en su formación, constitución, desenvolvimiento y crecimiento moral y social fueron casi obra exclusiva suya.

Fué la colonia más esforzada y enérgica de cuantas formaron el Imperio Colonial de España en América, y por su voluntad y tenacidad, que luego se coordinaron en la disciplina y la organización, fué rápidamente un núcleo poderoso de cultura, de industria, de comercio y de trabajo.

Debido a sus profundas aptitudes de desenvolvimiento social, la colonia delineó un espíritu superior, y al surgir la paz, con la concordia, la reciprocidad, el intermedio, el comercio y la familia, empezó a su vez a conquistar socialmente a la nacionalidad chileindiana. Así se observó que en 1784 estableció en la frontera las primeras ferias que subsisten hasta hoy día, y que debían mancomunar y atraer tanto a los chileindianos. Después, el gobernador O'Higgins, a la cabeza de unas cuantas familias de labradores, se estableció en Osorno, la ciudad que yacía dos siglos destruida.

En esa forma inició la colonia predispuesta por la guerra la conquista social de la civilización superior que después, los hombres de la misma y sus descendientes directos, mantendrían hasta hoy día. De todas maneras, si la civilización no logró vencer en la guerra, empezó a vencer en lo que vale e importará siempre más, la concordia, la reciprocidad, el intercambio, el comercio, la industria y la cultura.

¡He ahí una de las grandes lecciones de la protohistoria americana que ojalá no olviden nunca los pueblos para bien de la Humanidad dolorida!

Es posible que el cansancio que determinó al conquistador a abandonar la guerra, después de siglo y medio, lo sintiese el indígena, deseoso también de un cambio, deseo muy humano por cierto. Pero sus actividades combativas no habían amenguado, y lo demuestra que a los ochenta años de haber cesado la guerra se alistara para una nueva campaña al obtenerse la independencia y que liquidada ésta marchasen los chileindianos a través de las estribaciones de la cordillera, a veces en número de cinco mil, a sumarse a las asonadas que se registraban en la pampa argentina, dando mucho que hacer al propio gobierno de Rivadavia.

Y si dejaron en paz a la colonia fué porque durante un siglo demostró ésta que no intentaba socavar la soberanía

chileindiana y que sólo estaba absorbida en los crecientes afanes de un comercio y una industria en pleno desarrollo, labor muy loable ajena en absoluto a las preocupaciones bélicas.

El progreso de la colonia que se alzaba al norte del Bío, en la clásica ultrafrontera, no dejaría de observarlo con entusiasmo, y las ferias comerciales haríanle comprender la necesidad de establecer relaciones económicas desechando de una vez todo recelo.

Esta política de relación e intercambio comercial debió llegar a lo más hondo de la nacionalidad chileindiana, que para subsistir necesitaba desarrollar el antiguo trueque de productos, ya substituído por el más evolucionado sistema de la oferta y la demanda.

Con estas ferias la colonia y la nacionalidad chileindiana se hicieron mutuamente necesarias. La colonia hacía muchas transacciones con la ya pacificada zona austral, y la papa y el maíz, que se daban maravillosamente en la zona austral, pasaron a ser un lucrativo negocio.

La colonia y la nacionalidad se equilibraron; pero como ya no había indios encomendados porque los barrió la guerra, ni el chileindiano quería abandonar sus tierras a cambio de un jornal, los colonos se vieron necesitados de mano de obra, tratando entonces de establecer la trata de esclavos negros. Así llegaron los jesuitas a disponer de unos 1,200 esclavos, con los que se lograba un notable aumento en la producción agrícola en momentos en que el número de colonos era bastante escaso.

En sesenta años se cuadruplicó la población, que en 1800 llegó a 500,000 habitantes. En toda la colonia había unos diez o doce mil negros y mulatos; pero los esclavos serían una mitad aproximadamente. El desmesurado crecimiento de la población, que poco más de medio siglo antes ascendía a 120,000 almas, obligó a traer a dichos elementos del Perú.

Los negros ejercieron poca o ninguna influencia en la colonia, donde por las duras condiciones del trabajo y los rigores del clima fueron sometidos a una verdadera selección, pereciendo los menos fuertes y limitándose mucho la

descendencia, teniendo en cuenta lo muy prolíficos que eran en los trópicos.

La guerra de la independencia fué también un factor de selección, así como la austral lo había sido para los changos, michimalongos y promaucaes. Los negros formaron el célebre cuerpo de los húsares de la Muerte, nombre que reclamó sus fueros para que no quedara en vida uno de sus componentes, como se observa entre los descendientes de la colonia entroncados con la moderna nación chilena. Al revés de lo que sucede en casi todo el Trópico y en las regiones andinas subtropicales argentinas de San Juan, Salta, La Rioja y Jujuy, no se advierte la menor huella de la raza negra.

La gradual desaparición de negros y mulatos proclama el grado del esfuerzo que tuvieron que realizar los antiguos colonos para sobreponerse a la brusquedad de los elementos físicos.

En el conjunto de la colonia o reino de Chile se calcula que había de un treinta a un cuarenta por ciento de vascos. En el vasto imperio colonial español se registró una profunda infiltración de sangre vascongada. Esto lo confirman los documentos de la época y explica el anormal proceso del desenvolvimiento colonial en la región meridional del Nuevo Mundo. La irrupción vasca se registró en los comienzos de la guerra chileindiana, y Ercilla y los héroes de su gran poema *La Araucana* fueron la culminación de este hecho, que nos induce a pensar que el desenvolvimiento de la colonia exigía la aportación de los españoles más esforzados, enérgicos y emprendedores.

Los sacrificios realizados en la lucha porfiada de dominar la tierra haciéndola apta para el laboreo, eclipsan cuantos horrores pudieran cometerse en la guerra y cubren de prestigio a la maravillosa colonia que ha hecho perdurar el noble espíritu idealista y caballeroso de España en las tierras curbiertas otrora de luto y hoy entregadas a la paz, al comercio y a la industria.

La misma civilización contenida durante casi dos siglos por los bravos chileindianos, floreció magnífica en cincuenta años de paz, desbordándose como lluvia fecundante, hacien-

do finalmente que en esta franja de tierra ya no hubiera chileindianos ni colonos, sino chilenos.

Con esta evolución social de seres que por su pasado belicoso parecían refractarios a toda absorción, España, la grande y generosa España, puso un broche de oro a su magnífica obra, realmente idealista.

Civilización primitiva chileindiana

Terminaremos este ensayo de *Sociología primitiva chileindiana* sintetizando el cúmulo inmenso de factores, coexistencias e interdependencias acentuados en el ambiente y en el proceso específico, desenvueltos en la tradición secular institucional del atavismo guerrero hasta consolidarse y llegar a lo que se podría llamar civilización primitiva.

La civilización, como genuino producto social nacional, confirmó y dió visos de verdad científica a la *Sociología primitiva chileindiana*, ya que para que ésta exista debe fundamentarse en algo propio, arraigar en el exclusivo desenvolvimiento y perfilar el peculiar crecimiento social.

A través de todo el enorme proceso de transformaciones y evoluciones, se advierte la civilización primitiva. Los hechos expuestos en la obra y las inferencias sociológicas, así nos lo hacen sugerir.

Pero todavía, ya que anteriormente existieron otras civilizaciones primitivas, tendríamos que llegar a la comparación, a un postulado científico que nos oriente y nos aporte alguna experiencia.

Sin salirnos del continente, los aztecas y los incásicos podrían servirnos de punto de comparación, puesto que sus civilizaciones guerreras no han merecido considerables reparos y no se ha podido dejar de admitir que hubiesen sido tales.

Pero semejante punto de comparación nos ofrece una dificultad insalvable y al parecer inconciliable: que en tanto dichas civilizaciones desaparecen con la llegada del conquistador, la chileindiana empieza a acentuarse. Ambas, la az-

teca y la incásica, resultan muy diferentes de la austral, sobre todo porque ésta no surgió ni se desenvolvió entre primitivos, y aun los primitivos, como los mismos aztecas e incásicos, al resultar abatidos, condicionaron al guerrero superior europeo, desde el instante que éste se sintió fortalecido con el triunfo y pudo echar mano de los múltiples recursos que ellos tenían. Además, en formación, estabilización y desenvolvimiento las civilizaciones aztecas e incásicas duraron menos que la chileindiana, a pesar de que ésta brotó de los mismos elementos interdependientes que arruinaron a aquéllas.

Por lo demás, habría que observar que sobre la civilización austral no gravitaron civilizaciones que casi fueron subrepticias, como las de los mayas y toltecas y la de los aimaraes y los uros, ni que la interdependencia social ni la posición geográfica la condicionaron como a estas otras.

Se podría agregar que la extrema lejanía, el total aislamiento y aun la propia interdependencia guerrera superior europea, restringió algo la más profunda y resaltante manifestación de la civilización austral, porque, al revés de la azteca y de la incásica, el hecho de que jamás pudiera liquidarse la guerra la perjudicó bastante, y así ya no se pudo, como habían podido las otras, acentuar la infiltración y apresurar la asimilación, con lo que la organización institucional habría tenido que ser más vasta y compleja. De haberse operado la conquista de parte de la civilización chileindiana, y entramos en el terreno de las hipótesis, se habría tardado poco en perfilar las formas y las instituciones políticas ya algo más elevadas e internacionales, y el compás de espera que envuelve toda conquista, la responsabilidad de ser nación, hubiera impulsado a la civilización chileindiana a organizarse para la paz, al mismo tiempo que para la guerra. Así, sus instituciones militares y culturales, la Asamblea Militar, la enseñanza de la oratoria y de la poesía, el aprendizaje de la gimnasia y la práctica de la higiene moral y sexual, que llegaron a un vasto desarrollo, habrían tenido que acentuarse más todavía y dar paso a la Academia, sin olvidar que la aparición de ésta daría motivo para que

se fundaran otras instituciones todavía más representativas.

Pero la civilización chileindiana quedó a medio camino por fatalidades geográficas y de interdependencia. Esto no quiere decir que no se pronunciase, ni apareciese, ni pudiera, en relación con la azteca y la incásica, considerarse tal, puesto que eran muy diferentes. Si las de antes de la conquista, proporcionalmente y en el aspecto político, avanzaron más, la de después y frente a la misma, aunque no pudo lograrlo, al menos desarrolló profundamente la política de la resistencia secular, aun teniendo en contra la lejanía y el aislamiento y la agravante inmensa de que frente a un conquistador de civilización superior le fué imposible hacer tal cosa, ya que ellas mismas sucumbieron bajo su impetuoso empuje.

Por lo demás, el aspecto político sería una fase, no olvidando que la civilización chileindiana bosquejó otras, como la que le dió vida, la de la resistencia doblemente secular, y que no bosquejaron ni entrevieron siquiera las otras.

Entre ambas desequivalencias, en realidad, sería difícil decir cuál de los dos grupos llegó a altura más alta de civilización: si el que se reveló con razas o civilizaciones similares o el que se acentuó con la civilización superior europea.

Los aztecas y los incas, por ejemplo, introdujeron en sus respectivas civilizaciones diferentes matices; pero habría que reparar que las hordas, clanes y hasta sociedades tribales sometidas, siendo casi del mismo desenvolvimiento evolutivo, se lo permitieron y las equivalencias tuvieron que relacionarse.

Entre los chileindianos el hecho fué por demás diferente, ya que no sólo lucharon contra el medio físico excesivo y la abrumadora falta de interdependencia, sino contra una raza y una civilización mucho más evolucionada.

Tan cierto es ello que los aztecas e incas que constituyeron su civilización, condicionándose con los organismos similares, no pudieron resistir al superior europeo.

El mérito mayor de la civilización primitiva austral está en que coexistió con la resistencia, que no pudieron

presentar aztecas e incas; y podría observarse que para resistir dos siglos impunemente, como hicieron los chileindianos, en algo tuvieron que basarse, algo tuvo que relacionarlos, y gracias a ello surgió tan clara y prepotente la noción de civilización. La misma epepeya de Ercilla la inspiró el chileindiano. La guerra de conquista americana no produjo un poema parecido.

Aparte de técnicas y de instituciones que, ya alcanzada la civilización, irrumpen y se desenvuelven instantáneamente, habría que fijarse en la importancia que alcanzó la parte moral entre los australes. En este aspecto, acaso el principal y eterno, el más genuino y colectivo al par que humano y personal, la civilización primitiva chileindiana no tiene igual.

En tanto que la azteca y la incásica se aprestaron a defender, como era natural, el privilegio jerárquico en unos y burocrático en otros, los chileindianos, sin haber llegado nunca más que a la simple jerarquía estrictamente necesaria y sin haberse burocratizado nunca, lo que no estaba en la índole de su evolución social, se organizaron militarmente pasando por encima hasta de las exigencias militares, a pesar de que nunca habían sido guerreros, a lo que les obligaba la presencia del invasor. Además, las mil mujeres españolas y los considerables botines que tomaban a menudo, que podrían dar motivo a la revuelta, jamás quebrantaron la consecuencia nacional.

En realidad, el principal mérito de la civilización chileindiana está en la profundidad e intensidad de deberse a sí misma, sin haber requerido para estabilizarse ni el principio burocrático ni los incentivos supersticiosos tan caros al indígena.

Ahora, después de hechos los reparos consiguientes y partiendo de lo que en sí fueron como civilizaciones guerreras la azteca y la incásica, sociológicamente se advierte que la chileindiana fué superior, más profunda, más variada, más original, desde el instante que coexistió ya no con aquellas con la interdependencia similar, sino al contrario, con la más desequivalente y evolucionada.

Los chileindianos, por otra parte, pusieron en práctica cosas tan profundas y originales como la aportación de la mujer, la Asamblea Militar y la oratoria, aparte de que los sistemas, planes y combinaciones de que echaron mano en la guerra tampoco tuvieron igual, pues ya sabemos que los aztecas apenas pudieron resistir y que los incas vieron consumarse la conquista con toda impavidez.

A todo eso agréguese el medio físico y la casi ninguna esperanza de abatir al enemigo, y se tendrá una idea de la civilización austral. El indígena quiso siempre que lo dejaran dueño de su propio territorio, y de ahí su resistencia secular, que jamás estimuló el afán de una victoria definitiva, por lo que tiene doble mérito.

En tales condiciones, es realmente un asombro que haya llegado a disponerse y a constituirse una civilización cuando la naturaleza madrastra, la falta de interdependencia, la falta de influencias exteriores, la carencia de tradición y de ambiente y los sacrificios necesarios constituían grandes e insuperables obstáculos. El asombro es mayor si se piensa que tras tan prolongada resistencia, ya reivindicada la nacionalidad, sobrevino la independencia, y, no pudiéndose contener más en la larga inactividad, se lanzaron de nuevo al combate. Al cesar las operaciones al poco tiempo ya no se conformaron a vivir confinados en su pacificado territorio. Y en pos de la guerra, en grupos que a veces llegaban a 5,000 hombres, atravesaron la cordillera para luchar en la pampa argentina. Sus arremetidas contra Buenos Aires determinaron las represiones del gobierno de Rivadavia y su política de poblar el desierto. La fundación de las ciudades al sur de Buenos Aires respondió al principio a la necesidad de limitar las correrías chileindianas. Estas acciones, que se prolongaron durante más de medio siglo, inspiraron la epopeya popular argentina del *Martín Fierro*. La fundación de ciudades australes argentinas motivaron que el chileindiano retrocediera paulatinamente hacia Chile, y después de la guerra del Pacífico, acabó por pacificarse e incorporarse definitivamente a la nación chilena.

La civilización chileindiana fué acentuadamente guerre-

ra porque las fatalidades mesológicas e interdependientes le impidieron desenvolverse más.

El estado permanente de guerra es lo que caracteriza a toda civilización primitiva. La horda y el clan no sabían practicarla. Su organización nace al constituirse las tribus. La sociedad tribal que triunfa en la guerra mediante la creación de una disciplinada cultura militar, pasa a constituir una nacionalidad civilizada, que se concreta en nuevos métodos, instituciones y sistemas y en la revelación de personalidades salientes, que entre los chileindianos fueron tanto masculinas como femeninas.

La civilización chileindiana no pudo ser pacífica porque se desarrolló en un medio ultra primitivo, y las mismas civilizaciones azteca e incásica no dejaron tampoco de ser guerreras a pesar de haber sido fácilmente vencidas por el conquistador.

Una civilización primitiva constituye realmente una creación sociológica y un fenómeno social primitivo, obra embrionaria, con defectos que las mismas civilizaciones no siempre pueden evitar. Por eso advierten los sociólogos que en civilizaciones superiores se advierten lagunas que las hacen parcialmente inferiores a otras no tan brillantes.

Ya que se ha hablado tanto de la civilización superior hispánica, es justo que se hable también de la primitiva chileindiana, para que se penetre el desenvolvimiento embrionario de toda evolución social y se contrasten los aspectos más opuestos.

Hasta ahora la conquista de América, la civilización guerreña hispánica, ha sido estudiada desde un punto de vista que ya es tradicional, aunque muy meritorio, partiendo de sus propias fuentes, de sus exclusivos medios. Por ser poderosa y magnífica casi todos se habían sobrecogido ante ella.

Pero ya es hora que se piense también en el indígena, en la civilización primitiva, para que de esa forma, ante una nueva fase del problema, se afronte otro punto de vista que ofrece un positivo interés.

Sociológicamente, el estudio integral de un profundo

proceso nos puede dar la clave para comprender mejor el conjunto, haciéndolo más comprensivo, más hondo y más nuevo. En esa forma comprendido y completado el estudio hasta la parte tradicional resulta beneficiada.

Esto es lo que hemos pretendido en nuestro estudio y ensayo que finaliza con la civilización guerrera austral. De una atenta meditación se deducirá una mayor consideración moral para los conquistadores, desde el instante que no fueron resistidos simplemente por salvajes, sino por una civilización primitiva.

Ahora convendría inquirir si dicha civilización alcanzó, como tal, a relacionar el pasado, la antigua colonia, y el presente, la actual patria chilena.

En la formación de la colonia es innegable la relación y para convencerse basta exponer dos hechos de consecuencias trascendentales. Primeramente, el de la energía, la voluntad, el sacrificio y la resignación que demostraron los colonos en la guerra, que les tocó muy de cerca y que en gran parte por ellos se mantuvo y se estabilizó, puesto que desde un principio aportaron los indios auxiliares y amigos los primordiales elementos económicos, los animales, dinero y soldados, cuyo proceso se advierte a través de toda la historia colonial. El otro hecho consiste en que al operarse la selección del indígena chango, michimalongo y promaucaes, sacrificados y casi eliminados en los menesteres de la guerra, la colonia fué de la sangre blanca más pura, y a falta de braceros los colonos tuvieron que seguir demostrando su energía para vencer y laborar la tierra con su solo esfuerzo.

Las consecuencias sociológicas de semejantes hechos crearon al poco, en la colonia, un ambiente primero y un proceso específico después, y, con el correr del tiempo, la secularización y tradicionalidad, fundamentadas en la energía y el trabajo, la lucha y el esfuerzo. En tales condiciones la herencia biopsicológica también tuvo que coexistir en las predisposiciones, tendencias y hábitos que se manifestaron en la descendencia como tradición inveterada de acción y voluntad.

La independencia de Chile, como la de las demás colo-

nias americanas, motivó una amplia transformación política; pero biopsicológicamente los seres casi siguieron siendo los mismos, sin poderse substraer a la ancestral herencia.

La República dió paso a la patria chilena, y ésta no sólo recibió de rebote la aportación colonial, sino que fué aún más lejos, acaso exagerando demasiado el valor de la tradición, pues antes que de los españoles, hasta hace poco tiempo al menos, el pueblo se consideraba descendiente directo de los chileindianos.

La sombra del pasado flotaba siempre y no podía desviarse por más que los resquemores patrióticos, exacerbados por las circunstancias, diesen más importancia a una que a otra sangre, siendo así que la indígena, la propia chileindiana, como se desprenderá de la protohistoria, antes que como tal, porque la mezcla fué escasa, influyó en lo que vale más, el espíritu, la energía, el esfuerzo y la voluntad. Por lo demás, no era extraña semejante paradoja, puesto que, descendientes de colonos esforzados, tenaces y luchadores, psicológicamente no podrían evocar más que con emoción y orgullo la dramática y dolorosa civilización chileindiana, y, además, no en balde se había desarrollado la inmensa tragedia en lo que pasaba a ser su tierra.

La gravitación moral guerrera chileindiana era tan fuerte que se dieron por ciertas aportaciones que nunca existieron, por cuanto el cruzamiento de las razas española y chileindiana fué tan débil que no podía reflejarse en el conglomerado biológico de una gran nación. Después de todo no tiene nada de extraño que el sentir popular exagerase la aportación recibida, sugestionado por la innegable consistencia de la civilización chileindiana.

Al presenciar el desenvolvimiento cultural, industrial y comercial que está elevando a Chile y que tan aguda vibración patriótica le infunde, el sociólogo no puede menos que preguntarse qué quedará en lo futuro de la civilización chileindiana.

Seguramente subsistirá la energía, el valor, la inteligencia que es la savia de la raza; quedará el amor a un ideal nacionalista; el peso de una tradición heroica, y la Humanidad,

al menos la americana, contemplará admirada su pasado inmortal.

La civilización chileindiana cumplió en la Historia una misión que no todos los pueblos lograron realizar. Esto es la mayor justificación de su orgullo.

A España, la generosa nación, le corresponde la gloria de haber motivado la profunda revelación chileindiana, dando ejemplo de abnegación y heroísmo.

Fin de la SOCIOLOGÍA PRIMITIVA CHILEIN-
DIANA, que continuará con la SOCIOLOGÍA
CHILENA y la SOCIOLOGÍA AMERICANA

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
La sociedad prehistórica chileindiana al operarse el descubrimiento del continente	5
En la época prehistórica los chileindianos se mecanizaban en la lucha contra el medio físico.....	24
La civilización superior hispanoeuropea predispuso la evolución profunda de los primitivos continentales.....	41
La interdependencia social en la conquista.....	58
La irrupción del soldado conquistador.....	98
El choque de dos civilizaciones.....	116
Transmutación psicológica que se opera en el superorganismo primitivo.....	136
Nueva visión del desenvolvimiento social chileindiano	158
Evolución de la sociedad tribal al determinarse la guerra de conquista.....	176
Caracterización sociológica del descubrimiento, conquista y colonización del continente.....	196
El ambiente guerrero se constituye, forma y desarrolla	219
El ambiente se transforma en proceso específico guerrero	259
El medio físico predispone el ambiente y condiciona el proceso específico guerrero.....	306

	<u>Págs.</u>
La flora y la fauna en la formación del ambiente y en la estabilización del proceso específico.....	321
El condicionamiento sociológico del conquistador en la formación del ambiente y en la estabilización del proceso específico guerrero.....	336
Aportes y determinaciones individuales chileindianos	356
Revelación y concurso de personalidades femeninas	375
El desarrollo cultural chileindiano.....	386
Las instituciones seculares en el atavismo guerrero chileindiano.....	403
El desenvolvimiento colonial del reino de Chile.....	427
El idealismo de la civilización española en la guerra de conquista chileindiana.....	441
Civilización chileindiana.....	448

COLECCION SÓCRATES

CALVINO COOLIDGE

Presidente de los Estados Unidos

EL PRECIO DE LA LIBERTAD

Ptas. 5

DR. F. MIRABENT VILAPLANA

Profesor de la Universidad de Barcelona

LA ESTÉTICA INGLESA DEL SIGLO XVIII

Ptas. 6

PROF. AGUSTÍN VENTURINO

SOCIOLOGÍA PRIMITIVA CHILEINDIANA

TOMO I

CON COMPARACIONES MAYAS,
AZTECAS E INCÁSICAS

Ptas. 6

TOMO II

LA CONQUISTA DE AMERICA
Y LA GUERRA SECULAR AUSTRAL

Ptas. 7'50

DR. J. XIRAU PALAU
Catedrático de la Universidad de Barcelona

EL SENTIDO DE LA VERDAD

Ptas. 4

EN PREPARACIÓN

DR. LUIS PERICOT GARCÍA
Catedrático de la Universidad de Valencia

LA ESPAÑA ANTIGUA

TOMO I

PREHISTORIA

(Edades de la Piedra y del Bronce)

TOMO II

LA ÉPOCA IBÉRICA

(Hallstatt. Colonizaciones. Cultura ibérica)

TOMO III

LA ÉPOCA ROMANA

(Conquista. Colonización)

PROFESOR STIELER

ESTUDIO Y EDUCACION DE LOS AFECTOS

La evolución de la humanidad

PRIMERA SECCIÓN

Introducción (Prehistoria, Protohistoria) Antigüedad

- Vol. 1. — **LA TIERRA ANTES DE LA HISTORIA** (Los orígenes de la Vida y del Hombre), por EDMUNDO PERRIER.
- Vol. 2. — **LA HUMANIDAD PREHISTÓRICA** (Esbozo de Prehistoria general), por JAIME DEMORGAN.
- Vol. 3. — **EL LENGUAJE** (Introducción lingüística a la Historia), por F. VENDRYES.
- Vol. 4. — **LA TIERRA Y LA EVOLUCIÓN HUMANA** (Introducción geográfica a la Historia), por LUCIANO FEBVRE, con el concurso de L. BATAILLON.
- Vol. 5. — **LAS RAZAS Y LA HISTORIA** (Introducción etnográfica a la Historia), por EUGENIO PITTARD.
- Vol. 6. — **DE LOS CLANES A LOS IMPERIOS** (La organización social entre los primitivos y en el Oriente antiguo), por A. MORET y G. DAVY.
- Vol. 7. — **EL NILO Y LA CIVILIZACIÓN EGIPCIA**, por A. MORET.
- Vol. 8. — **MESOPOTAMIA. LAS CIVILIZACIONES BABILÓNICA Y ASIRIA**, por L. DELAPORTE.
- Vol. 9. — **LA CIVILIZACIÓN EGEA**, por G. GLOTZ.
- Vol. 10. — **LA FORMACIÓN DEL PUEBLO GRIEGO**, por A. JARDÉ.
- Vol. 11. — **EL GENIO GRIEGO EN LA RELIGIÓN**, por C. SOURDILLE.

- Vol. 12. — **EL ARTE EN GRECIA**, por A. DE RIDDER Y W. DEONA.
- Vol. 13. — **EL PENSAMIENTO GRIEGO Y LOS ORÍGENES DEL ESPÍRITU CIENTÍFICO**, por L. ROBIN.
- Vol. 14. — **LA CIUDAD GRIEGA** (El desarrollo de las instituciones), por G. GLOTZ.
- Vol. 15. — **EL IMPERIALISMO MACEDÓNICO Y LA HELENIZACIÓN DEL ORIENTE**, por P. JOUGUET.
- Vol. 16. — **LA ITALIA PRIMITIVA Y LOS COMIENZOS DEL IMPERIALISMO ROMANO**, por LEÓN HOMO.
- Vol. 17. — **ROMA Y GRECIA** (El genio romano en la Religión, la Literatura y el Arte), por ALBERTO GRENIER.
- Vol. 18. — **LAS INSTITUCIONES POLÍTICAS ROMANAS: REPÚBLICA Y CESARISMO**, por LEÓN HOMO.
- Vol. 19. — **ROMA Y LA ORGANIZACIÓN DEL DERECHO**, por J. DECLAREUIL.
- Vol. 20. — **LA ECONOMÍA ANTIGUA**, por J. TOUTAIN.
- Vol. 21. — **LOS CELTAS**, por HENRI HUBERT.
- Vol. 22. — **EL IMPERIO ROMANO**, por VÍCTOR CHAPOT.
- Vol. 23. — **GERMANIA**, por HENRI HUBERT.
- Vol. 24. — **PERSIA**, por Clemente HUART.
- Vol. 25. — **CHINA Y ASIA CENTRAL**, por MARCEL GRANET.
- Vol. 26. — **LA INDIA**, bajo la dirección de SYLVAIN LÉVY y A. FOUCHER, por J. BACOT, A. BASTON, J. BLOCH y P. MASSON-OURSSEL.

PRECIO DE CADA VOLUMEN: PTAS. 12.

LOS PRÍNCIPES DE LA LITERATURA

LADISLAO REYMONT

Premio Nobel de 1924

LOS CAMPESINOS

Tomo I. *Otoño.* Tomo III. *Primavera.*
» II. *Invierno.* » IV. *Verano.*

SELMA LAGERLÖF

Premio Nobel de 1909

El maravilloso viaje de Nils Holgersson a través de Suecia

2.^a edición. Con 22 ilustraciones

NICOLÁS GOGOL

LAS ALMAS MUERTAS

E. PHILLIPS OPPENHEIM

Príncipe de los novelistas ingleses

MILLONARIOS A LA FUERZA

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

C. de la Real Academia Española

TABARÉ (La leyenda patria)

JENS PETER JACOBSEN

MARÍA GRUBBE



ÉCA DE QUEIROZ
EL PRIMO BASILIO

OVIDIO
ARTE DE AMAR.—LOS AMORES

PIERRE LOTTI
De la Academia Francesa

AZIYADÉ

GUSTAVO FLAUBERT

SALAMBÓ

LEÓNIDAS LEONOV

LOS ALDEANOS DE VORY

RABINDRANATH TAGORE
Premio Nobel de 1913

LA ESCUELA DEL PAPAGAYO

SHERWOOD ANDERSON

POBRE BLANCO

GRAZIA DELEDDA
Premio Nobel de 1926

MARIANA SIRCA

UAHC

10-C-90-VA-OF01 LI003-683



1400856

COLECCIÓN

I. — CALVINO COOLIDGE
Presidente de los Estados Unidos

EL PRECIO DE LA LIBERTAD

Pesetas 5.—

II. — DR. F. MIRABENT VILAPLANA
Profesor de la Universidad de Barcelona

LA ESTÉTICA INGLESA EN EL SIGLO XVIII

Pesetas 6.—

III. — AGUSTÍN VENTURINO

SOCIOLOGÍA PRIMITIVA CHILEINDIANA

Tomo I.—Prehistoria, con comparaciones
mayas, aztecas e incásicas

Pesetas 6.—

IV. — DR. J. XIRAU PALAU
Catedrático de la Universidad de Barcelona

EL SENTIDO DE LA VERDAD

Pesetas 4.—

V. — AGUSTÍN VENTURINO

SOCIOLOGÍA PRIMITIVA CHILEINDIANA

Tomo II.—La conquista de América
y la guerra secular austral

Pesetas 7,50

EN PREPARACIÓN:

DR. LUIS PERICOT GARCÍA
Catedrático de la Universidad de Valencia

LA ESPAÑA ANTIGUA

Tomo I. — PREHISTORIA
(Edades de la Piedra y del Bronce)

Tomo II. — LA ÉPOCA IBÉRICA
(Hallstatt. Colonizaciones. Cultura Ibérica)

Tomo III. — LA ÉPOCA ROMANA
(Conquista. Colonización)